LIBRO dot.com

La Prima Bela

Honoré de Balzac

LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

A D. Miguel Ángel Cajetani
Príncipe de Téamo

No es al príncipe romano, ni al heredero de la ilustre casa de Cajetani, que ha suministrado Papas a la Cristiandad, a quien dedico este pequeño fragmento de una larga historia, sino al sabio comentarista del Dante.

Usted me ha hecho descubrir la maravillosa armazón de ideas sobre la que el más grande de los poetas italianos ha construido su poema, el único que los modernos pueden oponer al de Homero. Antes de oír a usted, la Divina Comedia parecíame un inmenso enigma, cuya solución nadie había encontrado, y menos que nadie los comentaristas. Comprender de ese modo a Dante es ser tan grande como él; bien que todas las grandezas le son a usted familiares.

Publicando, en un volumen dogmático, la improvisación con que usted hubo de encantarme en una de las veladas en que se descansa de haber visto Roma, un sabio francés lograría una reputación, ganaría una cátedra y muchas cruces. Quizá usted ignora que la mayor parte de nuestros catedráticos viven sobre Alemania, sobre Inglaterra, sobre el Oriente o sobre el Norte, como insectos posados sobre un árbol; y, como el insecto, llegan a convertirse en parte integrante de aquél, pidiendo prestado su valor al del sujeto. Italia no ha sido explotada aún en cátedra abierta. Por eso no se me tendrá nunca en cuenta mi discreción literaria. Despojándole a usted, habría podido convertirme en un hombre docto con la fuerza de tres Schlegel, mientras que ahora voy a quedarme en simple doctor en medicina social, veterinario de las enfermedades incurables, aunque no sea más que para ofrecer un testimonio de agradecimiento a mi cicerone y unir el ilustre nombre de usted a los de los Porcia, los San Severino, los Pareto, los de Negro, los Belgiojoso que, en La comedia humana, representarán aquella íntima y continua alianza entre Italia y Francia, que ya el obispo Bandello, autor de cuentos muy picarescos, consagraba de la misma manera en el siglo XVI, en aquella magnífica colección de novelas de Shakespeare, algunas veces hasta partes enteras y textualmente.

Los dos bosquejos le dedico constituyen las dos fases eternas de un mismo hecho. Homo duplex, ha dicho nuestro Buffon; ¿por qué no añadir: Res duplex? Todo es doble, hasta la virtud. También Molière presentaba siempre los dos lados de todo problema humano; Diderot, a imitación suya, escribió un día Esto no es un cuento, quizá la obra maestra de Diderot, donde presenta la sublime figura de la señorita Lachaux inmolada por Gardanne, frente a la de un amante perfecto muerto por su querida. Mis dos novelas están, pues, colocadas en pareja, como dos gemelos de sexo distinto. Es una fantasía literaria a la que por una vez puede uno entregarse, sobre todo en una obra donde se intenta representar todas las formas que sirven para vestir el pensamiento. La mayor parte de las disputas humanas todo en una obra donde se intenta representar formas que sirven para vestir el pensamiento. La mayor parte de las disputas humanas proceden de que existen a la vez sabios e ignorantes, constituidos de tal manera, que no ven más que un solo lado de los hechos o de las ideas, no ver pretende que la cara que ha visto es la única verdadera, la única buena. Así el Libro Santo ha lanzado esta frase profética: «Dios ha entregado el mundo a las disputas de los hombres.» Confieso que este solo pasaje la Escritura debiera inducir a la Santa Sede para darle a usted el gobierno de las dos Cámaras, para obedecer a aquella sentencia comentada, en 1814, por disposición de Louis XVIII.

Que su talento y la poesía que lleva usted en sí protejan a los dos episodios de Los parientes pobres.

De vuestro afectísimo servidor,

DE BALZAC
París, agosto - septiembre de 1846.

Hacia mediados del mes de julio del año de 1838, uno de esos coches recientemente puestos en circulación por las plazas de París, llamados milores, rodaba por la calle de la Universidad, conduciendo a un hombre grueso, de mediana estatura, vestido con el uniforme de la Guardia Nacional.

Entre el número de esos parisienses acusados de ser tan espirituales encuéntranse los que se creen infinitamente mejor de uniforme que con su traje ordinario, y que suponen en las mujeres gustos lo bastante depravados como para imaginar que han de verse favorablemente impresionadas ante el aspecto de una gorra de pelo y por el arnés militar.

El rostro de aquel capitán, perteneciente a la segunda legión, respiraba una propia satisfacción, que hacía resplandecer su tez encendida de color y su rostro medianamente mofletudo. Ante aquella aureola que la riqueza adquirida en el comercio pone en la frente de los tenderos ya retirados, adivinábase en el capitán a uno de los elegidos de París, por lo menos antiguo adjunto de su distrito. Creed también que no faltaba la cinta de la Legión de Honor sobre su pecho, arrogantemente combado a la prusiana. Instalado altivamente en el rincón del milor, aquel hombre condecorado dejaba errar sus miradas sobre los transeúntes que, a menudo, en París, recogen de este modo agradables sonrisas dirigidas a hermosos ojos ausentes.

El milor se detuvo en la parte de calle comprendida entre la de Bellechasse y la de Borgoña, a la puerta de una gran casa recientemente construida, sobre una parte del patio de un antiguo palacio con jardín. Habían respetado el palacio, que conservaba su primitiva forma en el fondo del patio reducido a la mitad.

Sólo en el modo como el capitán aceptó los servicios del cochero para bajar del milor habríase reconocido al cincuentón. Hay gestos cuya franca pesadez tiene toda la indiscreción de una partida de bautismo. El capitán volvió a ponerse el guante amarillo de la mano diestra y, sin preguntar nada al portero, dirigiose hacia la gradería del piso bajo del palacio, con un aire que parecía querer decir: «Esta mujer es mía.» Los porteros de París tienen un golpe de vista certero y no detienen nunca a las gentes condecoradas, vestidas de azul y de grave andar; en suma, conocen a los ricos.

Aquel piso bajo estaba todo él ocupado por el señor barón Hulot de Ervy, comisario ordenador en tiempos de la República, antiguo intendente general del Ejército y director entonces de una de las más importantes administraciones del Ministerio de la Guerra, consejero de Estado, gran oficial de la Legión de Honor, etc.

Este barón Hulot habíase llamado él mismo de Ervy, lugar de su nacimiento, para distinguirse de su hermano, el célebre general Hulot, coronel de los granaderos de la Guardia Imperial, a quien el emperador había hecho conde de Forzheim después de la campaña de 1809. El hermano mayor, el conde, encargado de la custodia de su hermano menor, por paternal prudencia habíalo colocado en la administración militar, donde, gracias a sus dobles servicios, el barón obtuvo y mereció el favor de Napoleón. Desde 1807 el barón Hulot era intendente general de los ejércitos de España.

Después de haber llamado, el capitán burgués hizo grandes esfuerzos para colocarse en su sitio el uniforme, que se había levantado, tanto por detrás como por delante, empujado por la acción de un vientre piriforme. Recibido tan pronto como le hubo visto un criado de librea, aquel hombre importante e imponente siguió al criado que, abriendo la puerta del salón, dijo:

- El señor Crevel.

Al oír aquel nombre, admirablemente adecuado al talante de quien lo llevaba, una señorona rubia, muy bien conservada, pareció como si hubiese recibido una conmoción eléctrica y se levantó.

- Hortensia, ángel mío, vete al jardín con tu prima Isabela - dijo vivamente a su hija, que bordaba a algunos pasos de ella.

Después de haber saludado graciosamente al capitán, la señorita Hortensia Hulot salió por una puerta vidriera, llevándose consigo a una vieja solterona que parecía de más edad que la baronesa, aunque tuviese cinco años menos.

- Se trata de tu matrimonio - dijo la prima Bela al oído de su prima Hortensia, sin mostrarse ofendida por las maneras que la baronesa usaba para despedirlas, contando apenas con ella.

La manera de vestir de aquella prima hubiese, en caso de necesidad, explicado la falta de consideraciones con que era tratada.

Aquella solterona llevaba un traje de merino color pasa, cuyo corte y galones databan de la Restauración, una pañoleta bordada, que podría valer tres francos, y un sombrero de paja cosida con adornos de satén azul bordados, como se ve entre las vendedoras del mercado. Ante el aspecto de los zapatos, de piel de cabra, cuya forma delataba la mano de un zapatero de ínfima clase, un extraño hubiera vacilado para saludar a la prima Bela como a una parienta de la casa, pues parecía enteramente una costurera de diario. Con todo, la solterona no salió sin hacer un afectuoso saludo al señor Crevel, saludo al cual este personaje respondió con un signo de inteligencia.

-¿Vendrá usted mañana, verdad, señorita Fischer? - dijo.

-¿No tiene usted gente? - Preguntó la prima Bela.

- Mis hijos y usted, nada más - replicó el visitante.

- Bien - respondió -; entonces, cuente conmigo.

- Aquí estoy, señora, a sus órdenes - dijo el capitán de la milicia burguesa, saludando de nuevo a la baronesa Hulot.

Y lanzó sobre la señora Hulot una mirada como la que Tartufo lanza a Elmira cuando un actor de provincias cree necesario señalar las intenciones de su papel, en Poitiers o en Coutances.

- Si quiere usted seguirme por aquí, caballero, estaremos mucho mejor que en este salón, para hablar de negocios - dijo la señora Hulot, designando una habitación próxima que, en la distribución de la casa, estaba destinada a sala de juego.

Aquella habitación no estaba separada más que por un ligero tabique del tocador, cuya ventana daba sobre el jardín, y la señora Hulot dejó al señor Crevel solo durante un momento, pues creyó necesario cerrar la ventana y la puerta del tocador, a fin de que nadie pudiese ir a escucharles. Tuvo asimismo la precaución de cerrar también la puerta vidriera del salón grande, sonriendo a su hija y a su prima, que vio sentadas en un antiguo quiosco, en el fondo del jardín. Volvió, dejando abierta la puerta de la sala de juego, con el fin de oír abrir la del salón grande si alguien entraba en él. Yendo y viniendo de este modo, la baronesa, no siendo observada por nadie, dejaba que su fisonomía expresase todos sus pensamientos; y quien la hubiese visto, casi se hubiera asustado de su agitación. Pero volviendo de la puerta de entrada del salón grande a la sala de juego, su rostro se ocultó bajo aquella reserva impenetrable que todas las mujeres, aun las más francas, parecen tener a sus órdenes.

Durante estos preparativos, por lo menos singulares, el guardia nacional examinaba los muebles del salón donde se hallaba. Viendo los cortinones de seda antaño rojos, desteñidos en violeta por la acción del sol y limados en los pliegues por un largo uso; una alfombra de donde habían desaparecido los colores; muebles desdorados, cuya seda jaspeada de manchas veíase usada por bandas, muestras de desdén, de contento y de esperanza sucediéronse ingenuamente sobre su llano rostro de comerciante hecho rico. Mirábase en el espejo, por encima de un antiguo reloj Imperio, pasándose a sí mismo revista, cuando el frufrú del traje de seda anunciole la presencia de la baronesa, recobrando su primitiva posición.

La baronesa, después de haberse dejado caer sobre un pequeño sofá, que seguramente habría sido muy lindo allá por el año de 1809, indicó a Crevel una butaca cuyos brazos estaban terminados por bronceadas cabezas de esfinge, cuya pintura se iba por escamas, dejando ver a trozos la madera, haciéndole señas para que se sentase.

- Estas precauciones que toma usted, señora, serían un augurio encantador para un...

- Un amante - replicó ella, interrumpiendo al guardia nacional.

- La palabra es débil - dijo él, colocando su diestra sobre su corazón y poniendo en blanco unos ojos que casi siempre hacen reír a una mujer cuando pueden contemplar fríamente semejante expresión -. ¡Amante! ¡Amante! Diga usted embrujado...

- Escuche usted, señor Crevel - dijo la baronesa, demasiado seria para poder reír - Tiene usted cincuenta años, es decir, diez menos que el señor Hulot, lo sé; pero a mi edad las locuras de una mujer deben estar justificadas por la belleza, por la juventud, por la celebridad, por el mérito, por alguno de esos esplendores que nos deslumbran hasta el punto de hacernos

olvidarlo todo, hasta nuestra edad. Si usted tiene cuarenta mil libras de renta, en cambio su edad contrapesa su fortuna; por eso, usted no posee nada de cuanto una mujer puede exigir.

-¿Y el amor? - dijo el guardia nacional, levantándose y avanzando -. Un amor que...

- No, caballero, amor no, terquedad - dijo la baronesa, interrumpiéndole, para poner fin a aquella ridiculez.

- Sí, terquedad y amor - repuso él -, y también algo mejor, derechos...

-¡Derechos! - gritó la señora Hulot, que se mostró sublime de desprecio, de reto, de indignación -. Pero - repuso ella - con este tono no acabaremos nunca, y yo no le he pedido a usted que viniese aquí para hablar de lo que fue causa de que le despidiese, a pesar del parentesco de nuestras dos familias...

- Yo he creído...

-¡Todavía! - repuso ella -. ¿No ve usted, caballero, en la manera ligera y desenvuelta con que hablo de amante, de amor y de todo cuanto hay de más escabroso para una mujer, que estoy completamente segura de ser virtuosa? No temo nada, ni siquiera a que se sospeche de mí por encerrarme con usted. ¿Es ésta la conducta de una mujer débil? ¡Bien sabe usted por qué le he rogado que viniese!...

- No, señora - replicó Crevel, adoptando un aire frío.

Se mordió los labios y recobró su posición.

- Pues bien: seré breve para abreviar nuestro mutuo suplicio - dijo la baronesa Hulot, mirando a Crevel.

Crevel hizo un saludo irónico, en el cual un hombre del oficio habría reconocido las maneras de un antiguo viajante de comercio.

- Nuestro hijo se casó con su hija...

-¡Si volviera a tener que hacerse...! --dijo Crevel.

- Ese matrimonio no se haría - respondió vivamente la baronesa -, lo dudo. Con todo, usted no tiene por qué quejarse. Mi hijo no sólo es uno de los primeros abogados de París, sino que además es diputado desde hace un año, y su aparición en la Cámara fue lo bastante sonada como para hacer pensar en que dentro de poco tiempo será ministro. Victorino ha sido nombrado dos veces ponente de leyes importantes y, si quisiera, podría ser ya abogado de la Sala de casación. Así, pues, si quiere usted darme a entender que tiene un yerno sin suerte...

- Un yerno a quien me veo obligado a sostener - repuso Crevel -, lo que me parece peor, señora. De los quinientos mil francos constituidos como dote de mi hija, doscientos han ido a parar Dios sabe dónde... a pagar las deudas de su señor hijo, a amueblar de un modo sorprendente su casa, una casa de quinientos mil francos que apenas si renta quince mil, porque él ocupa la mejor parte, sobre la que debe doscientos sesenta mil francos... Apenas si

la renta cubre los intereses de la deuda. Este año tengo que dar a mi hija una veintena de miles de francos para que puedan comer. Y mi yerno que, según dicen, ganaba treinta mil francos en los Tribunales, va a descuidar los Tribunales por la Cámara...

- Eso, señor Crevel, es algo aparte que nos aleja del asunto. Pero para acabar con todo eso, si mi hijo llega a ser ministro, si le hace a usted nombrar oficial de la Legión de Honor y consejero de la Prefectura de París, creo que para un antiguo perfumista no tendrá usted por qué quejarse.

-¡Ah! Ya estamos en ello, señora. Soy un tendero, un comerciante, un antiguo vendedor de pasta de almendra, de agua de Portugal y de aceite cefálico, y debo sentirme muy honrado con haber casado a mi hija única con el hijo del señor barón Hulot de Ervy, pues mi hija será baronesa. Esto es Regencia, es Luis XV, es aristocrático, está muy bien... Quiero a Celestina como se quiere a una hija única; la quiero tanto que, para no darle hermanos, acepté todos los inconvenientes de la viudedad en París (¡y en la fuerza de la edad, señora!); pero sepa usted que, a pesar de ese insensato amor para mi hija, no mermaré mi fortuna para su hijo, cuyos gastos a mí, que soy negociante, no me parecen claros.

- Caballero, en este mismo instante ve usted en el Ministerio de Comercio al señor Popinot, un antiguo droguista de la calle de los Lombardos...

-¡Amigo mío, señora!... - dijo el perfumista retirado - Porque yo, Celestino Crevel, antiguo primer dependiente del padre César Birotteau, compré las existencias del dicho Birotteau, suegro de Popinot; el cual Popinot, simple dependiente en aquel establecimiento, es quien me lo recuerda, pues no acostumbra a ser orgulloso (es una justicia que hay que hacerle) con las gentes acomodadas y que poseen sesenta mil francos de renta.

- Bueno, caballero; las ideas que usted califica con la palabra Regencia no están ya en su lugar en una época en que se acepta a los hombres por su valor personal; y eso es lo que usted ha hecho al casar a su hija con mi hijo...

-¡Usted no sabe cómo se concertó ese matrimonio! - exclamó Crevel - ¡Ah! ¡Maldita vida de soltero! ¡Sin mis calaveradas, mi Celestina sería hoy la vizcondesa de Popinot!

- Pero una vez más, no discutamos sobre cosas pasadas - repuso enérgicamente la baronesa - Hablemos del motivo de queja que me proporciona la conducta extraña de usted. Mi hija Hortensia ha podido casarse; su matrimonio dependía completamente de usted; le creía animado de sentimientos generosos; pensé que sabría hacer justicia a una mujer que jamás ha tenido en su corazón otra imagen que la de su marido; que habría usted reconocido la necesidad en que estaba de no recibir a un hombre capaz de comprometerla, y que usted se apresuraría, por honor a la familia con la que está unido, a favorecer el enlace de Hortensia con el consejero señor Lebás... Y usted, caballero, ha hecho fracasar ese matrimonio...

- Señora - respondió el antiguo perfumista -, he obrado como un hombre honrado. Vinieron a preguntarme si los doscientos mil francos de dote atribuidos a la señorita Hortensia serían pagados, y yo respondí textualmente lo siguiente: «No lo garantizaría. Mi yerno, a quien la familia Hulot constituyó como dote una suma semejante, tenía deudas, y creo que si el señor Hulot de Ervy muriese mañana, su viuda se quedaría sin pan.» Esto es todo, hermosa señora.

-¿Habría usted empleado ese lenguaje, caballero - preguntó la señora Hulot, mirando fijamente a Crevel -, si por usted hubiera yo faltado a mis deberes?...

- No habría tenido derecho para decirlo, querida Adelina - exclamó aquel singular amante, cortando la palabra a la baronesa -, porque usted habría encontrado la dote en mi cartera...
Y uniendo la acción a la palabra, el gordo Crevel puso una rodilla en tierra, y viendo a la señora Hulot sumida por aquellas palabras en un mudo horror, que él tomó por incertidumbre, le besó la mano.

- Comprar la felicidad de mi hija a costa de... ¡Oh! Levántese usted, caballero, o llamo...

El antiguo perfumista se levantó con gran dificultad. Aquella circunstancia púsole tan furioso, que recobró su posición. Casi todos los hombres se encariñan con una postura con la que creen hacer resaltar todas las ventajas de que les ha dotado la Naturaleza. En Crevel esta actitud consistía en cruzar los brazos a la manera de Napoleón, poniendo la cabeza de perfil y lanzando su mirada como el pintor se la hacía dirigir en su retrato, es decir, hacia el horizonte.

- Guardar - dijo él, con un furor bien fingido -, guardar respetos a un liberti...

- A un marido, caballero, que se los merece - repuso la señora Hulot, interrumpiendo a Crevel para no dejarle pronunciar palabras que no quería oír.

- Mire, señora, usted me ha escrito para que viniese, usted quiere saber las razones de mi proceder, usted me saca de quicio con sus actitudes de emperatriz, con su desdén y su... desprecio. ¿No se diría que yo soy un negro? Créame, se lo repito, tengo derecho para hacerle... para hacerle a usted la corte... pues... Pero, no, la quiero a usted demasiado para callarme...

- Hable usted, caballero; dentro de pocos días cumplo cuarenta y ocho años y no soy una necia mojigata; puedo oírlo todo...

- Vamos a ver... ¿Me da usted su palabra de mujer honrada - pues, desgraciadamente para mí, es usted honrada - de no nombrarme nunca, de no decir que soy yo quien la descubrió este secreto?

- Si ésa es la condición de la revelación, le juro no decir nunca a nadie, ni siquiera a mi marido, la persona por quien yo haya sabido las enormidades que usted va a confiarme.

- Lo creo, puesto que no se trata más que de usted y de él.

La señora Hulot palideció.

-¡Ah, si todavía quiere usted a Hulot, va usted a sufrir! ¿Quiere usted que me calle?

- Hable usted, caballero, puesto que, según dice, se trata de justificar ante mis ojos las declaraciones que me ha hecho y su persistencia en atormentar a una mujer de mi edad, que quisiera casar a su hija y después... morirse tranquila.

- Usted lo ve, es desgraciada...

-¿Yo, caballero?

-¡Sí, bella y noble criatura! - exclamó Crevel - No has hecho más que sufrir demasiado...

-¡Caballero, cállese usted y salga, o hábleme de una manera conveniente!

-¿Sabe usted, señora, cómo nos conocimos el señor Hulot y yo?... En casa de nuestras queridas, señora.

-¡Oh! ¡Caballero!...

- En casa de nuestras queridas, señora - repitió Crevel con tono melodramático, abandonando su posición para hacer un gesto con la mano derecha.

- Está bien, caballero. ¿Y después? - dijo tranquilamente la baronesa, con gran aturdimiento de Crevel.

Los seductores de poco más o menos jamás comprenden a las almas grandes.

- Yo, viudo desde hace cinco años - repuso Crevel, hablando como un hombre que se dispone a contar su historia -, no queriendo volverme a casar, por el interés de mi hija, a la que idolatro, y no queriendo tampoco tener líos en mi casa, aunque tuviese entonces una muy bonita señora en la caja, le puse un piso, según se acostumbra a decir, a una obrerita de quince años, de una belleza milagrosa y de la que, lo confieso, me enamoré hasta perder la cabeza. Tanto, señora, que rogué a mi propia tía, haciéndola venir de mi país (¡la hermana de mi madre!) que viviese con aquella encantadora criatura y la vigilase, con el fin de que permaneciese todo lo prudente que era posible en aquella situación, ¿cómo diré?... chocante... no, ilícita... La pequeña, cuya vocación para la música era visible, tuvo maestros y recibió educación (¡había que ocuparla en algo!). Por otra parte, yo quería ser a la vez su padre, su bienhechor y, soltemos la palabra, su amante; matar dos pájaros de un tiro, haciendo una buena acción y una buena amiga. He sido feliz durante cinco años. La pequeña tiene una de esas voces que son la fortuna de un teatro, y no puedo calificarla de otro modo que diciendo que es un Duprez en enaguas. Me ha costado dos mil francos al año, únicamente para proporcionarle su talento de cantante, y tan loco me volvió por la música, que tuve abonado para ella y para mi hija un palco en los Italianos. Yo iba a él, alternativamente, un día con Celestina y otro día con Josefa...

- Pero ¡cómo! ¿Esa ilustre cantante...?

- Sí, señora - repuso Crevel con orgullo - Esa famosa Josefa me lo debe todo... En fin, cuando la pequeña tuvo veinte años, en 1834, creyendo haberla ligado a mí para siempre y habiéndome vuelto muy débil con ella, quise procurarle algunas distracciones dejándola verse con una linda actriz joven llamada Jenny Cadine, cuyo destino tenía alguna semejanza con el suyo. También esta actriz se lo debía todo a un protector, que la había educado a su gusto. Este protector era el barón Hulot...

- Lo sé, caballero - dijo la baronesa con voz tranquila y sin la menor alteración.

-¡Bah! - gritó Crevel, cada vez más asombrado -. ¡Está bien! Pero ¿sabe usted que ese monstruo de hombre protegió a Jenny Cadine a la edad de trece años?

- Lo sé, caballero. ¿Y qué más? - dijo la baronesa.

- Como Jenny Cadine - repuso el antiguo negociante tenía veinte años, lo mismo que Josefa, cuando se conocieron, el barón representaba el papel de Luis XV junto a la señorita de Romans, desde 1826, y usted tenía entonces doce años menos...

- Caballero, he tenido mis razones para dejar al señor Hulot en libertad.

- Esa mentira, señora, bastará indudablemente para borrar todos los pecados que usted haya cometido y le abrirá las puertas del cielo - replicó Crevel con un aire sagaz que hizo ruborizarse a la baronesa -. Diga usted eso a otros, mujer sublime y adorada; pero no al padre Crevel que, sépalo usted bien, ha banqueteado en partidas de dos a dos demasiadas veces con su infame marido para no saber todo lo que usted vale. Muchas veces, entre copa y copa, dirigíase reproches, detallándome las perfecciones de usted. ¡Oh! La conozco a usted bien; es usted un ángel. Entre una muchacha de veinte años y usted, un libertino vacilaría; yo, no vacilo.

-¡Caballero!...

- Bueno, me detengo... Pero sepa usted, santa y digna mujer, que los maridos, una vez borrachos, cuentan tantas cosas de sus esposas en casa de sus queridas, que ríe uno hasta reventar.

Las lágrimas de pudor que rodaron entre las hermosas pestañas de la señora Hulot detuvieron en seco al guardia nacional, quien ya no pensó en volverse a poner en posición.

- Continuaré - dijo -. El barón y yo nos hicimos amigos por nuestras queridas. El barón, como todas las gentes viciosas, es muy amable y realmente un buen muchacho. ¡Oh, cómo me agradaba aquel perillán! Tenía unas ocurrencias... En fin, dejemos esos recuerdos... Llegamos a ser como hermanos... El infame, completamente Regencia, trataba de depravarme, predicándome el sansimonismo con respecto a las mujeres, dándome ideas de gran señor, de aristócrata; pero vea usted, yo quería mi pequeña hasta el punto de haberme casado con ella, sí no le hubiese temido a tener hijos. Entre dos viejos papás, amigos... como lo éramos nosotros, ¿cómo quiere usted que no pensásemos en casar a nuestros hijos? Tres meses después del matrimonio de su hijo con mi Celestina, Hulot (no sé cómo pronuncio su nombre, ¡el infame!, puesto que nos ha engañado a los dos, señora), pues bien, el infame me sopló a mi pequeña Josefa. Ese malvado, que se sabía suplantado por un joven consejero de Estado y por un artista (¡perdone lo poco!) en el corazón de Jenny Cadine, cuyos éxitos eran cada vez más burlones, me quitó mi pobre queridita, una bendición de Dios; pero seguramente la habrá visto usted en los Italianos, donde él la hizo entrar con su influencia. Su marido no es tan prudente como yo, que soy tan pautado como un papel de música (había ya gastado mucho con Jenny Cadine, que le costaba muy cerca de treinta mil francos al año). Pues bien, sépalo usted, señora, acaba de arruinarse por Josefa. Josefa es judía, se llama Mirah, que es el anagrama de Hiram, un nombre israelita para poder reconocerla, porque es una niña abandonada en Alemania (las indagaciones que yo he hecho prueban que es hija natural de un rico banquero judío). El teatro, y sobre todo las instrucciones que Jenny Cadine, la señora

Schontz, Málaga y Carabina le han dado acerca de la manera de tratar a los viejos a esa pequeña que yo tenía en una vida honesta y poco costosa, han desarrollado en ella el instinto de los primeros hebreos para el oro y las alhajas; en una palabra, para el becerro de oro. La célebre cantante, convertida en áspera para mi educación, quiere ser rica, muy rica. Por eso no disipa nada de lo que por ella disipan. Se ha ensayado sobre el señor Hulot, a quien ha desplumado. ¡Oh! ¡Lo que se dice afeitado! Este desgraciado, después de haber luchado contra uno de los Keller y contra el marqués de Esgrignon, locos los dos por Josefa, sin contar los idólatras desconocidos, va a vérsela robar por ese duque tan poderosamente rico que protege a las artes. ¿Cómo lo llaman ustedes?... Un enano... ¡Ah! El duque de Herouville. Este gran señor tiene la pretensión de tener para él solo a Josefa. Todo el mundo cortesanesco habla de ello, y el barón no sabe nada; pues esto pasa en el decimotercer distrito lo mismo que en todos los demás; el amante es, como los maridos, el último que se entera. ¿Comprende usted ahora mis derechos? Su esposo, hermosa dama, me ha privado de mi felicidad, de la única alegría que he tenido después de mi viudedad. Sí, si no hubiese tenido la desgracia de tropezarme con ese viejo ridículo, poseería todavía a Josefa; porque yo, vea usted, nunca la hubiese metido en el teatro, hubiera permanecido retirada, prudente y mía. ¡Oh, si usted la hubiese visto hace ocho años: delgada y nerviosa, la tez morena de una andaluza, como dicen, los cabellos negros y lucientes como la seda, ojos con largas pestañas negras que lanzaban relámpagos, una distinción de duquesa en los gestos, la modestia de la pobreza, la gracia honesta, la gentileza de una corza salvaje! Por culpa del señor Hulot, todos esos encantos, esa pureza, todo, se ha convertido en un cepo para cazar lobos, en una hucha para las monedas de cinco francos. Como suele decirse, la pequeña es la reina de las impuras. En fin, hoy hasta murmura, ella que no sabía nada, ni siquiera el significado de esa palabra.

En aquel momento el antiguo perfumista se enjugó los ojos, por donde rodaban algunas lágrimas. La sinceridad de aquel dolor obró sobre la señora Hulot, que salió de la especie de meditación en que había caído.

- Pues bien, señora, ¿Puede uno a los cincuenta y dos años volver a encontrar un tesoro parecido? A esta edad el amor cuesta treinta mil francos anuales; he conocido la cifra por su marido, y yo quiero demasiado a Celestina para arruinarla. Cuando la vi a usted en la primera reunión que nos dio, no supe comprender cómo ese infame Hulot podía entretener a una Jenny Cadine... Tenía usted todo el aire de una emperatriz... Usted no tiene treinta años, señora -repuso -; me parece usted joven y es usted hermosa. Le doy mi palabra de honor de que aquel día me sentí profundamente conmovido y me dije: «Si no tuviese a mi Josefa, puesto que el papá Hulot abandona a su mujer, ésta me vendría al pelo.» ¡Ah! Perdóneme, es un término de mi antiguo ser. El perfumista reaparece en mí de cuando en cuando, y eso precisamente es lo que me impide aspirar a ser diputado. Así que en cuanto me vi tan vilmente engañado por el barón, pues entre dos viejos perillanes como nosotros las queridas de los amigos debieran ser sagradas, me juré a mí mismo quitarle su mujer. Era de justicia. El barón no tendría nada que decir, y podemos contar con la impunidad. Usted me puso de patitas en la calle como a un perro sarnoso a las primeras palabras que le he comunicado del estado de mi corazón; con eso ha redoblado usted mi amor, mi terquedad el usted quiere, y será usted mía.

-¿Cómo?

- No lo sé, pero será. Mire, señora, un imbécil perfumista, ¡retirado!, que no tiene más que una idea en la cabeza, es más fuerte que un hombre de talento, que las tiene a millares. Estoy chiflado por usted, y es usted ¡mi venganza! Le hablo con el corazón en la mano, como

hombre decidido a todo. Lo mismo que usted me dice: «No seré suya», hablo fríamente con usted. En fin, según el refrán, juego a cartas vistas. Sí, será usted mía, en un tiempo dado... ¡Oh! Aunque tenga usted cincuenta años, todavía será usted mi querida. Y esto sucederá, porque de su marido lo espero todo...

La señora Hulot lanzó sobre aquel burgués calculador una mirada tan fija de terror, que él creyó que se habla vuelto loca y se detuvo.

- Usted lo ha querido, me ha cubierto con su desprecio, me ha desafiado, ¡y he hablado! - dijo, experimentando la necesidad de justificar la falta de cortesía de sus últimas palabras.

-¡Oh, hija mía! ¡Hija mía! exclamó la baronesa con una voz de moribunda.

-¡Ah! ¡Ya no conozco a nadie! - repuso Crevel -. El día en que me quitaron a Josefa yo estaba como un tigre a quien le arrebatan sus cachorros... En fin, estaba como la veo a usted en este momento. Su hija es para mí el medio de conseguirla a usted. Sí, he hecho abortar el enlace de su hija... y no la casará usted sin mi ayuda. Por muy hermosa que sea Hortensia, la hace falta una dote...

-¡Ay de mí! Sí - dijo la baronesa, enjugándose los ojos.

- Pues bien, trate usted de pedir diez mil francos al barón - repuso Crevel, recobrando su posición favorita.

Y esperó durante un momento como un actor que señala una pausa.

- Si los tuviese se los daría a la que reemplazase a Josefa - dijo forzando a su medium -. En la senda en que está, ¿se mantiene alguien? ¡Le gustan demasiado las mujeres! (En todo hay un justo medio, como dijo nuestro rey.) ¡Y, además, en esto mézclase la vanidad! ¡Es un hombre guapo! ¡Los llevará a todos ustedes a la miseria por divertirse él! Por otra parte, ya está usted camino del hospital. Mire, desde que no he puesto los pies en esta casa, no ha podido usted renovar los muebles de su salón. La palabra apuro parece como si vomitase por todas las grietas de estas telas. ¿Cuál es el yerno que no saldría horrorizado de las demostraciones mal disimuladas de la más horrible de las miserias, la de las gentes comme il faut? He sido droguero, Y conozco todo eso. No hay nada como el golpe de vista de un comerciante de París para saber descubrir la riqueza real y la riqueza aparente... Están ustedes sin un céntimo

- díjole en voz baja - Se ve en todo, hasta en el vestido de vuestro criado. ¿Quiere usted que le revele horribles misterios que están ocultos a sus ojos?...

- Caballero - dijo la señora Hulot, que lloraba a lágrima viva -, ¡basta, basta!

- Pues bien, mi yerno da dinero a su padre, y esto es lo que quería decirla al principio respecto a los gastos de su hijo. Pero yo velo por los intereses de mi hija... esté usted tranquila.

-¡Oh! ¡Casar a mi hija y morir!... - exclamó la desgraciada mujer, perdiendo la cabeza.

- Pues bien, aquí tiene el medio - dijo el antiguo perfumista.

La señora Hulot miró a Crevel con un aire esperanzado que cambió tan rápidamente su fisonomía, que este solo movimiento debiera haber enternecido a aquel hombre y hacerle abandonar su ridículo proyecto.

- Usted será hermosa diez años todavía - repuso Crevel, en posición -; sea bondadosa conmigo, y la señorita Hortensia se casará. Hulot me ha otorgado el derecho, como decía a usted, de hablar tan claramente, y no se enfadará. Desde hace tres años voy aumentando mis capitales, porque mis calaveradas se han restringido. Tengo trescientos mil francos de lucro, además de mi fortuna, que son suyos...

- Salga usted, caballero - dijo la señora Hulot -, salga, y no vuelva a ponerse ante mi vista. Sin la necesidad en que me ha colocado usted de saber el secreto de su cobarde conducta en el asunto del matrimonio proyectado para Hortensia... Sí, cobarde... - repuso a un gesto de Crevel -. ¿Por qué hacer pesar semejantes odios sobre una pobre joven, sobre una criatura hermosa e inocente?... Sin esa necesidad que hería mi corazón de madre no me hubiese usted vuelto a hablar, no hubiera vuelto a entrar en mi casa. Treinta y dos años de honradez y de lealtad de mujer no perecerán bajo los golpes del señor Crevel...

- Antiguo perfumista, sucesor de César Birotteau, A la reina de las rosas, calle de San Honorato - dijo irónicamente Crevel -, antiguo adjunto del alcalde, capitán de la Guardia Nacional, caballero de la Legión de Honor, enteramente lo mismo que mi predecesor.

- Caballero - repuso la baronesa -, el señor Hulot después de veinte años de constancia, ha podido cansarse de su mujer, pero esto no le importa a nadie más que a mí; pero ya ve usted, señor, que ha ocultado bien sus infidelidades, pues ignoraba le hubiese sucedido a usted en el corazón de la señorita Josefa...

-¡Oh! - exclamó Crevel -. ¡A precio de oro, señora!... Esa curruca, desde hace dos años, le cuesta más de cien mil francos. ¡Ah! ¡Ah! No está usted enterada de todo...

- Dé usted tregua a todo esto, señor Crevel. Por usted no he de renunciar a la dicha que experimenta una madre pudiendo abrazar a sus hijos sin sentir remordimientos en el corazón, viéndose respetada, querida por su familia, y entregaré sin mancha mi alma a Dios...

-¡Amén! - dijo Crevel con esa amargura diabólica que se esparce sobre el rostro de las personas pretenciosas cuando han naufragado otra vez en parecidas empresas -. Usted no conoce la miseria en su último periodo, la vergüenza..., el deshonor... He intentado instruirla, quisiera salvarlas, a usted y a su hija... Pues bien, usted deletreará la parábola moderna del padre pródigo desde la primera letra hasta la última. Sus lágrimas y su altivez me conmueven, porque ver llorar a una mujer a la que se ama es horrible... - dijo Crevel, sentándose - Todo lo que puedo prometerle, querida Adelina, es no hacer nada contra usted ni contra su marido; pero no mande usted nunca a mi casa a pedir informes. ¡Eso es todo!

-¿Qué hacer, pues? - exclamó la señora Hulot.

Hasta entonces la baronesa había sostenido valerosamente las triples torturas que aquella explicación imponía a su corazón, pues sufría como mujer, como madre y como esposa. En efecto, cuanto más arrogante y agresivo se había mostrado el suegro de su hijo, tanto más fuerza había encontrado en la resistencia que oponía a la brutalidad del droguero; pero la

bondad que éste manifestaba en medio de su exasperación de amante rechazado, de guapo guardia nacional humillado, aflojó sus fibras, prontas a romperse; se retorció las manos, se deshizo en lágrimas, y estaba en tal estado de estúpido abatimiento, que se dejó besar las manos por Crevel, puesto de rodillas ante ella.

-¡Dios mío! ¿Qué hacer? - repuso, enjugándose los ojos - ¿Puede ver una madre fríamente a su hija perecer? ¿Cuál será la suerte de una criatura tan hermosa, tan fuerte por su vida casta al lado de su madre como por su naturaleza privilegiada? Algunos días se pasea por el jardín, triste, sin saber por qué; la encuentro con los ojos llorosos...

- Tiene veintiún años - dijo Crevel.

-¿Es preciso meterla en un convento? - preguntó la baronesa -. Pues en semejantes crisis, la religión es a menudo impotente contra la naturaleza; las hijas más piadosamente educadas pierden la cabeza... Pero levántese usted, caballero. ¡No ve usted que ahora todo ha terminado entre nosotros, que me da usted horror, que ha derribado la última esperanza de una madre!...

-¿Y si la levantase?... - dijo.

La señora Hulot miró a Crevel con una expresión delirante que le conmovió; pero ocultó la piedad de su corazón, a causa de esta frase: ¡Me da usted horror! La virtud es siempre demasiado de una pieza, ignora los matices y los temperamentos con ayuda de los que se sale de una falsa posición.

-¡Oh! Aunque una muchacha sea tan hermosa como la señorita Hortensia, hoy no se casa sin dote - hizo observar Crevel, volviendo a tomar su aire molesto -. Su hija posee una de esas bellezas espantosas para los maridos; es como uno de esos caballos de lujo que exigen cuidados demasiado costosos, para tener muchos compradores. ¡Ir por la calle dando el brazo a una mujer semejante! Todo el mundo le mirará, le seguirá, deseará a su esposa. Este éxito inquieta a muchas gentes que no quieren tener que matar amantes; porque, después de todo, nunca se mata más que uno. Usted no puede, en la situación en que se encuentra, casar a su hija sino de tres maneras: ¡con mi ayuda, usted no quiere! También, encontrando un viejo de sesenta años, muy rico, sin hijos, que los desee tener...; esto, aunque es difícil, puede encontrarse; si hay tantos viejos que toman Josefas, Jenny Cadine, ¿por qué no se va a encontrar uno que hiciera la misma tontería legalmente?... Si yo no tuviese a mi Celestina y nuestros dos nietos, me casaría con Hortensia. De las dos, la última manera es la más fácil...
La señora Hulot alzó la cabeza y miró al antiguo perfumista con ansiedad.

- París es una ciudad donde se dan cita todas las gentes de energía, que crecen como salvajes sobre el territorio francés, y en él pululan muchos talentos, sin casa ni hogar, valientes capaces de todo, hasta de hacer fortuna... Pues bien, esos mozos... (Su servidor lo fue en su tiempo, y ha conocido varios... ¿Qué tenía Tillet, qué tenía Popinot, hace veinte años? Chapoteaban los dos en la tienda de papá Birotteau, sin otro capital que el deseo de llegar a ser que, según yo, vale tanto como el más hermoso capital... ¡Los capitales se consumen, mientras que la moral siempre permanece!... ¿Qué tenía yo?... El deseo de medrar, decisión. Tillet es hoy igual a los más importantes personajes. El pequeño Popinot, el droguista más rico de la calle de los Lombardos, ha llegado a diputado y ya le tenemos ministro...) Pues bien, uno de esos condotieros, como suele decirse, de la comandita, de la pluma o de la brocha, es el único ser capaz, en París, de casarse con una muchacha sin un cuarto, pues todos

ellos son gentes de valor. El señor Popinot se ha casado con la señorita Birotteau sin esperar un céntimo de dote. ¡Esas gentes son locas, creen en el amor lo mismo que creen en su fortuna y en sus facultades! Buscad un hombre de energía que se enamore de vuestra hija, y se casará con ella sin mirar al presente. No me negará usted que para ser un enemigo no carezco de generosidad, ya que este consejo va en contra mía.

-¡Ah, señor Crevel! Si quisiera usted ser mi amigo, abandonar esas ideas ridículas...

-¿Ridículas? Señora, no se haga usted tan poco favor, mírese usted... ¡Yo la amo y usted vendrá a mí! Quiero que llegue un día en que pueda decirle a Hulot: «¡Tú me quitaste a Josefa y yo a tu mujer!...» ¡Es la antigua ley del Talión! Y perseguiré la realización de mi proyecto, a menos que usted no llegue a ser excesivamente fea. Triunfaré, por lo siguiente - dijo, poniéndose en posición y mirando a la señora Hulot -: Usted no encontrará ni un viejo ni un joven que se enamoren - repuso tras una pausa -, porque quiere usted demasiado a su hija para entregarla a los manejos de un viejo libertino y, por otra parte, no se resignará usted, la baronesa Hulot, la hermana del viejo teniente general que mandaba los viejos granaderos de la antigua guardia, a tomar el hombre de energía allí donde esté, pues podría ser un simple obrero, como era simple mecánico hace diez años alguno que hoy es millonario, simple capataz, simple contramaestre de una fábrica. Y entonces, viendo a su hija, empujada por sus veinte años, capaz de algo deshonroso, usted se dirá: «Vale que sea yo la que se deshonre; y si el señor Crevel quiere guardarme el secreto, voy a ganar la dote de mi hija, doscientos mil francos por diez años de vínculo con ese antiguo vendedor de guantes... ¡el padre Crevel!...» Le aburre a usted, y lo que digo es profundamente inmoral, ¿verdad? Pero si se viese usted atacada por una pasión irresistible, se haría usted, para obedecer a ella, los mismos razonamientos que se hacen todas las mujeres que aman... Pues bien; el interés por Hortensia meterá dentro de su corazón estas capitulaciones de la conciencia...

- Le queda a Hortensia un tío...

-¿Quién? ¿El padre Fischer?... Tiene que arreglar sus negocios, y por culpa del barón, cuyo rastrillo pasa sobre todas las cajas que están a su alcance.

- El conde Hulot...

-¡Oh! Señora, su marido ha recurrido ya a las economías del viejo teniente general; con ellas ha amueblado la casa de su cantante... Vamos a ver... ¿Dejará usted que me vaya sin alguna esperanza?

- Adiós, caballero. Se cura fácilmente de una pasión por una mujer de mi edad, y confío que acabará por adoptar ideas cristianas. Dios protege a los desgraciados...

La baronesa se levantó para obligar al capitán a retirarse, acompañándole hasta el gran salón.

-¿Acaso debe vivir la hermosa baronesa Hulot entre semejantes guiñapos? - dijo.

Y señaló una lámpara vieja, una araña desdorada, los cordones de la alfombra; en suma, los andrajos de la opulencia, que convertían aquel gran salón blanco, rojo y oro en un cadáver de las fiestas imperiales.

- La virtud, caballero, brilla sobre todo esto. ¡No tengo deseo de poseer un magnífico mobiliario convirtiendo esa belleza que usted me otorga en cepos para cazar lobos, en huchas para las monedas de cinco francos!

El capitán se mordió los labios al reconocer las palabras con que acababa de calificar la avidez de Josefa.

-¿Y por quién esa perseverancia? - dijo.

En aquel momento la baronesa llegaba con el antiguo perfumista a la puerta.

-¡Por un libertino!,.. - añadió, haciendo una mueca de hombre virtuoso y millonario.

- Señor, si tuviese usted razón, entonces mi constancia tendría algún mérito. Eso es todo.

Dejó al capitán después de haberle saludado como se saluda para quitarse de encima un importuno, y volviose lo bastante lentamente para verle por última vez recobrar su posición. Fue a abrir las puertas que había cerrado y no pudo advertir el gesto amenazador con que Crevel le dijo adiós. La baronesa andaba altivamente, noblemente, como un mártir en el Coliseo. Sin embargo, había agotado sus fuerzas, pues dejose caer sobre un diván de su tocador azul, como una mujer que se pone enferma, y permaneció con los ojos clavados en el quiosco en ruinas, donde su hija charlaba con la prima Bela.

Desde los primeros días de su matrimonio hasta aquel momento la baronesa había amado a su marido, como Josefina acabó por amar a Napoleón, con un amor admirativo, con un amor maternal, con un amor cobarde. Si ignoraba los detalles que Crevel acababa de darle, sabía, sin embargo, sobradamente que desde hacía veinte años el barón Hulot le era infiel; pero se había puesto sobre los ojos un velo de plomo, había llorado silenciosamente y jamás se le había escapado una palabra de reproche. En cambio de aquella angelical dulzura había obtenido la veneración de su marido y que la rodease de una especie de culto divino. El afecto que una mujer demuestra a su marido, el respeto de que ella le rodea son contagiosos dentro de la familia. Hortensia creía a su padre un modelo completo de amor conyugal. En cuanto al hijo, educado en la admiración del barón, en quien cada uno veía a uno de los gigantes que secundaron a Napoleón, sabía que su posición se la debía a su nombre, al puesto y a la consideración paternales; por otra parte, las impresiones de la infancia ejercen una larga influencia, y todavía le tenía miedo a su padre; así, si hubiese sospechado las irregularidades reveladas por Crevel, ya demasiado respetuoso para quejarse, las habría excusado por razones extraídas de la manera que los hombres tienen de ver este asunto.

Ahora es necesario explicar la abnegación extraordinaria de esta hermosa y noble mujer, y he aquí la historia de su vida en pocas palabras.

En un pueblo situado sobre las extremas fronteras de la Lorena, al pie de los Vosgos, tres hermanos llamados Fischer, simples labradores, marcharon, a consecuencia de las quintas republicanas, para ingresar en el ejército llamado del Rin.

En 1799, el segundo de los hermanos, Andrés, viudo, y padre de la señora Hulot, dejó a su hija a los cuidados de su hermano mayor, Pedro Fischer, al que una herida recibida en 1797 le había dejado incapaz de servir, e hizo algunas empresas parciales en los transportes militares,

servicio que se le concedió por la protección del ordenador Hulot de Ervy. Por un azar bastante natural, Hulot, que fue a Estrasburgo, vio a la familia Fischer. El padre de Adelina y su joven hermano eran entonces aprovisionadores de los forrajes de Alsacia.

Adelina, de dieciséis años de edad, podía ser comparada a la famosa señora Du Barry. Hija como ella de la Lorena, era una de esas beldades completas, fulminantes; una de esas mujeres semejantes a la señora Tallien, que la Naturaleza fabrica con un esmero particular; les otorga sus dones más preciados, la distinción, la nobleza, la gracia, la finura, la elegancia, una carne aparte, una tez molada en ese taller desconocido donde trabaja la Casualidad. Esas bellas mujeres se parecen todas entre sí: Blanca Capello, cuyo retrato es una de las obras maestras de Broncino; la Venus de Juan Goujon, cuyo original es la famosa Diana de Poitiers; la señora Olimpia, cuyo retrato está en la galería Doria; en fin, Ninón, la señora Du Barry, la señora Tallien, la señorita Georges, la señora Recamier, todas esas mujeres que se han conservado bellas a despecho de los años, de sus pasiones o de su vida de excesivos placeres, tienen en el talle, en la contextura, en el carácter de la belleza semejanzas sorprendentes, capaces de hacernos creer que existe en el océano de las generaciones una corriente afrodisia de la que salen todas las Venus, hijas de la misma onda salada.

Adelina Fischer, una de las más hermosas de esa divina tribu, poseía los caracteres sublimes, las líneas serpentinas, el tejido venenoso de esas mujeres que nacieron reinas. La rubia cabellera que nuestra madre Eva recibió de manos de Dios, una estatura de emperatriz, un aire de grandeza, contornos augustos en el perfil, una modestia pueblerina, detenían a su paso a todos los hombres, encantados ante ella como los aficionados ante un lienzo de Rafael; así, al verla, el ordenador hizo de la señorita Adelina Fischer su mujer, dentro del tiempo legal, con gran asombro de los Fischer, crecidos todos en la admiración por sus superiores.

El mayor, soldado de 1792, herido gravemente en el ataque de las líneas de Wissemburgo, adoraba al emperador Napoleón y a todo lo que se relacionaba con el Gran Ejército. Andrés y Juan hablaban con respeto del ordenador Hulot, aquel protegido del emperador, a quien, por otra parte, debían su suerte, porque Hulot de Ervy, viéndoles inteligentes y probos, les había sacado de los convoyes del ejército para ponerlos al frente de una administración de urgencia. Los hermanos Fischer habían prestado grandes servicios durante la campaña de 1804. Hulot, al llegar la paz habíales procurado aquella provisión de forrajes en Alsacia, sin saber que más tarde sería enviado a Estrasburgo para allí preparar la campaña de 1806.

Para la joven campesina fue este matrimonio como una asunción. La hermosa Adelina pasó, sin transición, del barro de su pueblo al paraíso de la corte imperial. En efecto en aquel tiempo, el ordenador, uno de los trabajadores más probos y más activos de su Cuerpo, fue nombrado barón, llamado por el emperador y agregado a la Guardia imperial. Aquella hermosa aldeana tuvo el valor de educarse por amor a su marido, de quien estaba realmente loca. Por otra parte, el ordenador en jefe era, como hombre, una réplica a lo que Adelina era como mujer. Pertenecía al Cuerpo escogido de buenos mozos. Alto, bien formado, rubio, de ojos azules y de un fuego, un movimiento y un matiz irresistibles, de elegante talle, se hacía notar entre los de Orsay, los Forbin, los Ouvrad, en fin, en el batallón de los guapos mozos del Imperio. Conquistador e imbuido por las ideas del Directorio en cuestión de mujeres, su carrera galante viose entonces interrumpida durante bastante tiempo por su fidelidad conyugal.

Fue, pues, desde el principio, el barón para Adelina una especie de dios que no podía cometer una falta; ella se lo debía todo: la fortuna, tuvo coche, palacio y todo el lujo de su época; la felicidad, era públicamente amada; un título, era baronesa; la celebridad, la llamaron en París la hermosa señora Hulot; en fin, tuvo el honor de rehusar los homenajes del emperador, que le regaló un collar de diamantes y que la distinguió siempre, pues de tiempo en tiempo preguntaba: «Y la hermosa señora Hulot, ¿sigue siendo honesta?» Era hombre capaz de vengarse de aquel que hubiera triunfado allí donde él había fracasado.

No se necesita, pues, mucha inteligencia para reconocer en un alma sencilla, ingenua y bella como la de la hermosa señora Hulot las razones del fanatismo que ponía en su amor. Después de haberse aferrado a la idea de que su marido no podría tener nunca culpa con ella, en su fuero interno convirtiose en la servidora humilde, adicta y ciega de su creador. Notad, por otra parte, que estaba dotada de un gran sentido, de ese buen sentido del pueblo, que hubo de contribuir a que su educación fuese sólida. En sociedad, hablaba poco, nunca mal de nadie; no buscaba brillar; reflexionaba acerca de todo, escuchaba y buscaba como modelo a las mujeres más honestas, a las de mejor cuna.

En 1815 Hulot siguió la línea de conducta del príncipe de Wissemburgo, uno de sus amigos íntimos, y fue uno de los organizadores de aquel ejército improvisado, cuya derrota terminó el ciclo napoleónico en Waterloo. En 1816 el barón se convirtió en uno de los enemigos del ministerio Feltre, y no se vio reintegrado al Cuerpo de intendencia hasta 1823, pues necesitaban de él para la guerra de España. En 1830 reapareció en la Administración como en la cuarta categoría después de ministro, cuando aquella especie de conspiración hecha por Luis Felipe en los antiguos bandos napoleónicos. Después del advenimiento al trono de la rama del hijo segundo, de la que fue activo cooperador, quedó de director indispensable en el Ministerio de la Guerra. Además había obtenido el bastón de mariscal, y el rey ya no podía hacer nada más por él, a menos de nombrarle ministro o par de Francia.

Desocupado desde 1818 a 1823, el barón Hulot había entrado en el servicio activo cerca de las mujeres. La señora Hulot hacía remontar las primeras infidelidades de su Héctor al gran final del Imperio. La baronesa había representado, pues, durante doce años, en su hogar, el papel de prima donna assoluta, sin partición. Gozaba siempre de aquella antigua afección inveterada que los maridos sienten por sus mujeres cuando éstas se resignan al papel de suaves y virtuosas compañeras; sabia que ninguna rival resistiría durante dos horas a un reproche hecho a su marido; pero cerraba los ojos y se tapaba los oídos, queriendo ignorar la conducta de su marido fuera de casa. En suma, trataba a su Héctor como una madre trata a un niño mimado. Tres años antes de la conversación que acababa de tener lugar, Hortensia reconoció a su padre en el teatro de las Variedades, en un palco proscenio del primer piso, en compañía de Jenny Cadine, y exclamó:

-¡Allí está papá!

- Te engañas, ángel mío; está en casa del mariscal - respondió la baronesa.

La baronesa había visto perfectamente a Jenny Cadine; pero en vez de sentir una opresión en el corazón viéndola tan linda, se dijo a sí misma: «¡Qué feliz debe de ser ese pillo de Héctor!» Sin embargo, sufría, entregábase secretamente a espantosas rabias; mas volviendo a ver a su Héctor, recordaba siempre sus doce años de felicidad pura y perdía la fuerza para articular una sola queja. Hubiera deseado que el barón la tomase como confidente; pero jamás se había

atrevido a darle a entender que conocía sus calaveradas, por respeto a él mismo. Tales excesos de delicadeza sólo se encuentran entre las hermosas hijas del pueblo, que saben recibir golpes sin devolverlos; tiene en las venas restos de la sangre de los primeros mártires. Las muchachas de noble cuna, como son iguales a sus maridos, experimentan la necesidad de atormentarles y de marcar, como se marcan los tantos en el billar, sus tolerancias con palabras mordaces, con un espíritu de venganza diabólica, ya para asegurarse ora una superioridad, ora un derecho a la revancha.

La baronesa tenía un admirador apasionado en su cuñado, el teniente general Hulot, el venerable comandante de los granaderos infantes de la Guardia Imperial, a quien debían darle el bastón de mariscal durante los últimos días de su vida. Este viejo, después de haber mandado, desde 1830 a 1834, la división militar donde se encontraban los departamentos bretones, teatro de sus hazañas en 1799 y 1880, había venido a establecerse en París, cerca de su hermano, al cual significaba siempre un cariño de padre. El corazón del viejo soldado simpatizaba con el de su cuñada; la admiraba como a la más noble y más santa criatura de su sexo. No se había casado, porque había querido tropezar con una segunda Adelina, inútilmente buscada a través de veinte países y de veinte campañas. Para no decaer en aquella alma de viejo republicano sin reproche y sin tacha, de quien decía Napoleón: «Ese valiente Hulot es el más testarudo de los republicanos, pero no me traicionará nunca», Adelina hubiera soportado sufrimientos todavía más crueles que aquellos que le acababan de acometer. Pero aquel viejo, de setenta y dos años de edad, destrozado por treinta campañas, herido en Waterloo por vigésima séptima vez, era para Adelina una admiración, pero no una protección. El pobre conde, entre otras enfermedades no oía más que con ayuda de una trompetilla.

Mientras el barón de Hulot de Ervy fue un guapo mozo, los amores pasajeros no tuvieron influencia alguna sobre su fortuna; pero a los cincuenta años fue preciso contar con las Gracias. A esa edad el amor, en los hombres viejos, se transforma en vicio; se mezclan con él vanidades insensatas. También hacia ese tiempo vio Adelina que su marido se había vuelto de una exigencia increíble para el adorno de su persona, tiñéndose los cabellos y las patillas, usando cinturones y corsés. Quería seguir siendo guapo a toda costa. Ese culto por su persona, defecto que tan criticado había sido antaño por el barón, llegó en él hasta la minucia. Por fin descubrió Adelina que el Pactolo que desaguaba en casa de las queridas tenía su fuente de origen en su propia casa. Desde hacía ocho años, una considerable fortuna se había disipado, y tan radicalmente, que dos años antes, con ocasión del matrimonio del joven Hulot, el barón se había visto obligado a confesar a su mujer que sus títulos constituían toda su fortuna.

-¿Dónde nos llevará esto? - fue la observación de Adelina.

- Estate tranquila - respondió el consejero de Estado -; te dejo los emolumentos de mi cargo, y yo me ocuparé del matrimonio de Hortensia y de nuestro porvenir haciendo negocios.

La fe profunda de aquella mujer en el alto valor, en las capacidades y en el carácter de su marido había tranquilizado aquella inquietud momentánea.

Ahora la naturaleza de las reflexiones de la baronesa y sus lágrimas, después de la marcha de Crevel, debían imaginarse perfectamente. La pobre mujer sabía que desde dos años antes se encontraba en el fondo de un abismo pero se creía allí sola. Ignoraba cómo se había hecho el matrimonio de su hijo, ignoraba las relaciones de Héctor con la ambiciosa Josefa; además, creía que nadie en el mundo conocía sus dolores. Luego, si Crevel hablaba tan ligeramente de

las disipaciones del barón, Héctor iba a perder su consideración. Entreveía en los groseros discursos del antiguo perfumista irritado el compadrazgo odioso al que se debía el matrimonio del joven abogado. ¡Dos perdidas habían sido las sacerdotisas de aquel himeneo, propuesto en alguna orgía, en medio de familiaridades degradantes de dos viejos borrachos!

-¡Se olvida de Hortensia! - se dijo -. Sin embargo, la ve todos los días. ¿Le buscará algún marido entre esos pillos?

La madre, más fuerte que la mujer, hablaba en aquel momento completamente sola, pues veía a Hortensia riendo con su prima Bela, con aquella risa loca de la juventud descuidada, y sabía que aquellas risas nerviosas eran indicios tan terribles como los ensueños llorosos de un paseo solitario por el jardín.

Hortensia se parecía a su madre, pero tenía cabellos de oro, naturalmente ondulados y tan abundantes que asombraban. Sus carnes brillaban como si fuesen de nácar. Veíase claramente en ella el fruto de un matrimonio honesto, de un amor noble y puro en toda su fuerza. Eran un movimiento apasionado en la fisonomía, una alegría en las facciones, un regocijo natural de juventud, una frescura de vida, una riqueza de salud que vibraban fuera de ella y producían rayos eléctricos. Hortensia atraía las miradas. Cuando sus ojos, de un azul marino, nadando en ese fluido que en ellos vierte la inocencia, se detenían sobre un transeúnte, éste se estremecía involuntariamente. Por otra parte, su tez no se veía manchada por ninguna de esas rubicundeces con que las rubias doradas suelen pagar su láctea blancura, no teniendo su cutis alteración alguna. Alta, entrada en carnes sin ser gruesa, de un talle esbelto, cuya nobleza igualaba la de su madre, merecía ese título de diosa tan prodigado por los autores antiguos. Así es que cuantos veían a Hortensia en la calle no podían contener la exclamación: «¡Dios mío, qué muchacha tan hermosa!» Era tan inocente, que al volver a casa acostumbraba a decir:

- Pero ¿qué les pasa a todos, mamá, para exclamar: «¡Qué muchacha tan hermosa!», cuando vas tú conmigo? ¿No eres tú más hermosa que yo?...

Y, en efecto, a los cuarenta y siete años cumplidos la baronesa podía ser preferida a su hija por los aficionados a las puestas de sol; pues, como dicen las mujeres, no había perdido nada de sus ventajas, por uno de esos fenómenos raros, sobre todo en París, donde, en ese género, Ninón escandalizó; tanto pareció robar su parte a las feas en el siglo XVII.

Pensando en su hija, la baronesa volvió al padre, viole cayendo de día en día: por grados, hasta hundirse en el lodo social, y quizá un día despedido del ministerio. La idea de la caída de su ídolo, acompañada de una visión indistinta de las desgracias que Crevel había profetizado, fue tan cruel para la pobre mujer, que perdió el conocimiento a la manera de los extáticos.

La prima Bela, con la que hablaba Hortensia, miraba de tiempo en tiempo para saber cuándo podrían volver al salón; pero su joven prima la distraía tan bien con sus preguntas en el momento en que la baronesa volvió a abrir la puerta vidriera, que ni siquiera se enteró.

Isabela Fischer, cinco años más joven que la señora Hulot y, sin embargo, hija del mayor de los Fischer, estaba lejos de ser bella como su prima; también había estado prodigiosamente celosa de Adelina. La envidia formaba la base de aquel carácter lleno de excentricidades,

palabra empleada por los ingleses para designar las locuras, no de las cosas pequeñas, sino de las grandes. Aldeana de los Vosgos, en toda la extensión de la palabra; delgada, morena, de cabellos negros y relucientes, cejas espesas y juntas como un ramillete, los brazos largos y fuertes, pies gruesos, algunas verrugas en su rostro largo y simiesco; tal es el retrato conciso de aquella virgen.

La familia, que vivía en común, había sacrificado a la muchacha vulgar por la muchacha bonita, el fruto áspero por la flor deslumbrante. Sabela trabajaba la tierra, cuando su prima era mimada; así le ocurrió un día que, encontrando sola a Adelina, quiso arrancarle la nariz, una verdadera nariz griega que hasta las viejas admiraban. Aunque fue castigada por aquella maldad, no por eso dejó de seguir rompiendo las ropas y estropeando los collares de la privilegiada.

Cuando el matrimonio fantástico de su prima, Sabela hubo de someterse ante aquel destino, como los hermanos y hermanas de Napoleón se sometieron ante el brillo del trono y el poder del mando. Adelina, excesivamente buena y cariñosa, acordose en París de Sabela, y la mandó llamar, en 1809, con intención de sacarla de la miseria casándola. En la imposibilidad de casar tan pronto como Adelina hubiese querido a aquella muchacha de ojos negros, de espesas cejas, que no sabía ni leer ni escribir, el barón comenzó por darle una profesión; puso a Sabela como aprendiza en casa de los bordadores de la corte imperial, los famosos hermanos Pons.

La prima, llamada Bela en abreviatura, convertida en obrera bordadora de plata y oro, enérgica como buena montañesa, tuvo la fuerza de voluntad de aprender a leer, a contar y a escribir, ya que su primo, el barón, habíale demostrado la necesidad de poseer esos conocimientos para montar un taller de bordados. Quería hacerse rica, y en dos años se metamorfoseó. En 1811, la campesina fue primera dependienta bastante gentil, bastante diestra y bastante inteligente.

Esta industria, llamada pasamanería de plata y oro, comprendía las charreteras, las agujetas, los cordones; en suma, toda esa inmensa cantidad de cosas brillantes que relucían sobre los ricos uniformes del ejército francés y sobre los uniformes civiles. El emperador, como italiano muy amigo de los vestidos, había bordado de oro y de plata todas las costuras de sus servidores, y su Imperio abarcaba ciento treinta y tres departamentos. Estas provisiones, hechas ordinariamente por los sastres, gentes ricas y sólidas, o directamente por los grandes dignatarios, constituían un comercio seguro.

En el momento en que la prima Bela, la obrera más hábil de la casa Pons, donde dirigía la fabricación, hubiera podido establecerse, estalló la derrota del Imperio. La rama de olivo de la paz que tenían en la mano los Borbones asustó a Sabela, tuvo miedo de que hubiese una baja en aquel comercio, que no iba a tener ya más que ochenta y seis departamentos que explotar en lugar de ciento treinta y tres, sin contar la enorme reducción del ejército. Espantada, finalmente, por los diversos azares de la industria, rechazó los ofrecimientos del barón, que la creyó loca. Ella justificó aquella opinión riñendo con el señor Rivet, adquiridor de la casa Pons, con quien el barón quería asociarla, volviendo a ser sencilla obrera.

La familia Fischer había caído de nuevo en la precaria situación de donde el barón Hulot la había sacado.

Arruinados por la catástrofe de Fontainebleau, los tres hermanos Fischer sirvieron a la desesperada en los Cuerpos francos de 1815. Al mayor, padre de Sabela, lo mataron. El padre de Adelina, condenado a muerte por un Consejo de guerra, huyó a Alemania y murió en Treves en 1820. El pequeño, Juan, vino a París a implorar a la reina de la familia que, según decían, nadaba en oro y no aparecía nunca en las reuniones más que con diamantes en la cabeza y en el cuello, gruesos como avellanas, regalados por el emperador. Juan Fischer, que entonces tenía cuarenta y tres años, recibió del barón Hulot una suma de diez mil francos para emprender una pequeña empresa de forrajes en Versalles, obtenida en el Ministerio de la Guerra por la influencia secreta de los amigos que el antiguo intendente general allí conservaba.

Estas desgracias de familia, el disfavor del barón Hulot, la certeza de ser poca cosa en aquel inmenso movimiento de hombres, de intereses y de negocios, que hacía de París un infierno y un paraíso, domaron a Bela, la cual perdió entonces toda idea de lucha y de compararse con su prima, después de haber sentido las diversas superioridades de ésta; pero la envidia permaneció oculta en el fondo del corazón, como un germen de peste que puede estallar y destruir una villa si se abre el fatal ovillo de lana donde está comprimido. De tiempo en tiempo solía decirse:

- Adelina y yo somos de la misma sangre; nuestros padres eran hermanos; ella vive en un palacio y yo en una guardilla.

Pero todos los años, el día de su santo y el primero de año, Sabela recibía regalos de la baronesa y del barón; el barón, excelente para con ella, le pagaba la leña para el invierno; el viejo general Hulot la recibía un día en su casa a comer, y tenía siempre puesto el cubierto en casa de su prima. Se burlaban mucho de ella, pero no llegaban a avergonzarse. Finalmente habíanle procurado su independencia en París, donde vivía a su gusto.

En efecto, esta joven tenía miedo a toda clase de yugo. Su prima la ofrecía tenerla en su casa... Bela descubría el ronzal de la domesticidad; muchas veces, el barón había resuelto el problema de casarla; pero seducida en el primer instante, pronto rehusaba temiendo que la reprochasen su falta de educación, su ignorancia y su falta de fortuna; en fin, si la baronesa le hablaba de vivir con su tío y de cuidar de la casa en lugar de ama de llaves, que tenía que costar cara, respondía que de ese modo todavía se casaría menos.

La prima Bela presentaba en sus ideas esa singularidad que se observa en las naturalezas que se han desarrollado muy tarde, entre los salvajes, que piensan mucho y hablan poco. Su inteligencia aldeana había por otra parte adquirido, en las charlas del taller y con el roce con los obreros y obreras, una dosis de mordacidad parisiense. Esta joven, cuyo carácter se parecía prodigiosamente al de los corsos, trabajaba inútilmente por los instintos de las naturalezas fuertes, hubiera deseado proteger a un hombre débil; pero a fuerza de vivir en la capital, la capital la había cambiado exteriormente. El barniz parisiense no cuajaba en aquella alma vigorosamente templada. Dotada de una astucia que se había vuelto profunda, como todas las personas condenadas a un celibato real, con el giro picante que imprimía a sus ideas hubiese parecido temible en cualquier otra situación. Mala, hubiese hecho reñir a la familia más unida. Durante los primeros tiempos, cuando tuvo algunas esperanzas en cuyo secreto no penetró nadie, decidiose a llevar corsés, a seguir las modas, y logró entonces un momento de esplendor durante el cual el barón la juzgó casadera... Sabela fue entonces la morena picante de la antigua novela francesa. Su mirada penetrante, su tez verdosa y su talle de caña podían

tentar a un mayor retirado; pero ella se contentaba, según decía riendo, con su propia admiración. Por otra parte, acabó por encontrar su vida feliz, después de ver cubiertas sus necesidades materiales, pues comía todos los días fuera de casa, después de haber trabajado desde el amanecer. No tenía, pues, que procurarse más que el almuerzo y el alquiler de la casa, ya que la vestían y la daban muchas de esas provisiones aceptables, como el azúcar, el café, el vino, etc.

En 1837, después de veintisiete años de vida pagada a medias por la familia Hulot y por su tío Fischer, la prima Bela, resignada a no ser nada, dejábase tratar sin cumplidos; hasta rehusaba asistir a las grandes comidas, prefiriendo la intimidad que le permitía tener su valor, y evitábase los sufrimientos del amor propio. Por todas partes, en casa del general Hulot, en la de Crevel, en la del joven Hulot, en la de Rivet, el sucesor de los Pons, con quien se había reconciliado y la agasajaba, en casa de la baronesa, parecía ser de la casa. En fin, en todas partes sabia mimar a los criados dándoles de tiempo en tiempo algunas pequeñas propinas y hablando siempre con ellos durante algunos instantes antes de entrar en el salón. Aquella familiaridad, por medio de la que se colocaba francamente al nivel de los criados, procurábase su subalterna benevolencia, muy esencial para los parásitos. «¡Es una buena muchacha!», era lo que todo el mundo decía refiriéndose a ella. Su complacencia, sin límites cuando no se la exigía era, por otra parte, así como su falsa bondad, una necesidad de su situación. Había acabado por comprender la vida al verse a merced de todo el mundo y, queriendo agradar a todos, reía con los jóvenes a quienes era simpática por una especie de embeleco que siempre les seduce, adivinaba y secundaba sus deseos, se hacía su intérprete y les parecía una buena confidente, puesto que carecía del derecho para reñirles. Su absoluta discreción le valía la confianza de las personas de edad madura, pues, como Ninón, poseía cualidades de hombres. En general, las confidencias van más bien de arriba abajo que de abajo arriba. Se emplea mucho más a los inferiores que a los superiores en los asuntos secretos; se convierten en cómplices de nuestros pensamientos reservados, asisten a las deliberaciones; por eso Richelieu se consideró como llegado al Poder cuando alcanzó el derecho de asistir al Consejo. Creíase a aquella pobre muchacha en tal dependencia con todo el mundo que parecía condenada al mutismo absoluto. La prima se llamaba a sí misma el confesonario de la familia. Sólo la baronesa conservaba una especie de desconfianza, recordando los malos tratos que durante su infancia había recibido de su prima, más fuerte que ella, aunque de menos edad. Además, por pudor, sólo a Dios hubiese confiado sus pesares domésticos.

Quizá aquí sea necesario hacer observar que la casa de la baronesa conservaba todo su esplendor a los ojos de la prima Bela, la cual no había notado, como el advenedizo mercader perfumista, la angustia escrita sobre las butacas rozadas, sobre los cortinajes ennegrecidos y sobre la seda acuchillada. Ocurre con el mobiliario con quien se vive como con nosotros mismos. Mirándose uno todos los días, acaba, como le sucedía al barón, por creerse joven, apenas cambiado, cuando los demás ven sobre nuestras cabezas una cabellera que se vuelve parda, acentos circunflejos en nuestra frente y gran hinchazón en nuestro abdomen. Aquella habitación, iluminada siempre para la prima Bela por las bengalas de las victorias imperiales, seguía, pues, resplandeciendo siempre.

Con el tiempo la prima Bela había adquirido manías de solterona bastante singulares. Así, por ejemplo, en lugar de obedecer a la moda, quería que la moda se ajustase a sus costumbres y se plegase a sus fantasías, siempre atrasadas. Si la baronesa le daba un lindo sombrero nuevo, algún traje a la moda del día, en seguida la prima Bela lo modificaba en su casa, cada cosa a su manera, y lo estropeaba haciéndose un traje que participaba de las modas imperiales y de

sus antiguos vestidos loreneses. El sombrero de treinta francos se convertía en un pingo y el traje en un andrajo. La prima Bela, en este punto, era de una testarudez de mula; quería agradarse a ella sola, y así se creía encantadora; cuando en realidad sus gustos, armoniosos en cuanto la convertían en solterona de pies a la cabeza, la hacían tan ridícula que, aun con el mejor deseo, nadie podía admitirla en su casa los días de gala.

Su espíritu rígido, caprichoso, independiente; la inexplicable fiereza de aquella muchacha, a quien el barón por cuatro veces había encontrado marido - un empleado de su administración, un mayor, un asentista de víveres y un capitán retirado -, y que había rechazado a un cordonero, que después se había hecho rico, le valía el nombre de Cabra, que el barón le daba riendo. Pero este apodo no respondía más que a las extravagancias de la superficie, a esas variaciones que nos notamos todos, unos a otros, en sociedad. Aquella muchacha que, bien observada, hubiese mostrado el lado feroz de la clase aldeana, era siempre la niña que quería arrancar la nariz a su prima, y que quizá, si ella no se hubiera hecho razonable, la hubiera matado en un paroxismo de envidia. Lo único que la movía a domar aquella impetuosidad natural con que las gentes del campo pasan, lo mismo que los salvajes del sentimiento a la acción, era el conocimiento de las leyes y del mundo. Quizá consiste en esto toda la diferencia que separa al hombre natural del hombre civilizado. El salvaje no tiene más que sentimientos; el hombre civilizado tiene sentimientos e ideas. Así, en los salvajes el cerebro recibe, por decirlo así, pocas impresiones, perteneciendo entonces por entero al sentimiento que le invade, mientras que en el hombre civilizado las ideas influyen sobre el corazón transformándolo, introduciendo en él mil intereses y mil sentimientos, mientras que el salvaje sólo admite una idea a la vez. Ésta es la causa de la superioridad momentánea del niño sobre los padres, y que cesa con el deseo satisfecho, mientras que en el hombre salvaje esa causa es continua. La prima Bela, la salvaje lorenesa, un tanto traidora, pertenecía a esa categoría de caracteres, más comunes en el pueblo de lo que parece y que pueden explicar su conducta en las revoluciones.

En el momento en que comienza esta escena, si la prima Bela hubiera dejado vestirse a la moda, si se hubiese habituado, como las parisienses, a llevar todas las modas nuevas, hubiese sido presentable y aceptable; pero conservaba la rigidez de un bastón. Ahora bien; en París, la mujer sin gracias es como si no existiese. Así que la negra cabellera, los hermosos ojos duros, la rigidez de las líneas del rostro, la sequedad calabresa de la tez, que convertían a la prima Bela en una figura del Giotto y que hubieran sido medios de sacar partido para una parisiense, sobre todo su modo raro de vestir, dábanle una apariencia tan extraña, que a veces se asemejaba a esos monos vestidos de mujer que suelen llevar los saboyanos. Como era muy conocida en las casas unidas por lazos de familia a aquella donde vivía, y como restringía sus relaciones sociales a ese círculo, gustando de su casa, sus singularidades no asombraban a nadie y desaparecían en medio del inmenso movimiento parisiense de la calle, donde no se mira más que a las mujeres bonitas.

Las risas de Hortensia eran producidas en aquel momento por un triunfo obtenido sobre la obstinación de la prima Bela, la cual acababa de hacer una confesión que aquélla le pedía desde hacía tres años. Por disimulada que sea una solterona, hay un sentimiento que la hará romper siempre su silencio, y es la vanidad. Desde hacía tres años, Hortensia, convertida en excesivamente curiosa en cierta materia, asediaba a su prima con preguntas que, por lo demás, denotaban una inocencia perfecta; quería saber por qué su prima no se había casado. Hortensia, que conocía la historia de los cinco pretendientes rechazados, había compuesto su pequeña novela, creía que la prima Bela estaba dominada por alguna pasión, y de eso

resultaba una serie continuada de bromas. Hortensia decía, hablando de ella y de su prima: «Nosotras, las solteronas», y en varias ocasiones la prima Bela le había respondido con un tono agradable: «¿Quién te dice a ti que no tengo novio?» El novio de la prima Bela, falso o verdadero, se convirtió entonces en objeto de continuas burlas. Por fin, después de dos años de esa menuda guerra, la última vez que la prima Bela había ido a casa de Hortensia, la primera palabra de ésta había sido:

-¿Cómo está tu novio?

- Bien - había respondido -; sufre un poco ese pobre muchacho.

-¡Ah! ¿Es delicado? - había preguntado la baronesa, riendo.

- Ya lo creo, es rubio... Una negrita como yo no puede querer más que a un rubito que tenga el color de la Luna.

- Pero ¿qué es? ¿Qué hace? - dijo Hortensia -. ¿Es un príncipe?

- Príncipe de la herramienta, como yo soy la reina de la canilla. ¿Puede acaso una pobre muchacha como yo ser amada por algún propietario que tenga rentas, por algún duque y par, o por algún príncipe encantador de tus cuentos de hadas?

-¡Oh! ¡Cuánto me gustaría verle! - exclamó Hortensia, sonriendo.

-¿Para saber cómo es el hombre capaz de amar a una vieja cabra como yo? - respondió la prima Bela.

- Debe de ser un monstruo, algún viejo empleado con barbas de chivo - dijo Hortensia, mirando a su madre.

- Pues bien; en eso te engañas, señorita.

- Pero ¿de veras tienes un novio? - Preguntó Hortensia con aire de triunfo.

-¡Tan cierto como tú no lo tienes! - había respondido la prima con acento de molesta.

- Pues bien, Bela, si tienes un novio, ¿por qué no te casas?... - había dicho la baronesa, haciendo una seña a su hija - Hace ya tres años que se habla de él, has tenido tiempo de estudiarle y, si te ha sido fiel, no debieras prolongar una situación fatigosa para él. Por otra parte, es una cuestión de conciencia; además, si es joven, ya es tiempo de que busques un báculo para tu vejez.

La prima Bela había mirado fijamente a la baronesa y, viendo que se reía, le había contestado:

- Sería casar al hambre con las ganas de comer; es obrero y yo soy obrera; si tuviésemos hijos serían obreros... No, no; nos queremos platónicamente... ¡Es más barato!

-¿Por qué lo ocultas? - había preguntado Hortensia.

- Viste blusa - había replicado la solterona, riéndose.

-¿Le quieres? - había preguntado la baronesa.

-¡Ah, ya lo creo! Le quiero por sí mismo a ese querubín. Cuatro años hace que lo llevo en mi corazón.

- Pues bien; si le quieres por él mismo - había dicho gravemente la baronesa -, si existe, serías muy criminal para con él. No sabes lo que es querer.

- Todas nosotras sabemos ese oficio desde que nacemos - dijo la prima.

- No: hay mujeres que quieren y hay mujeres que son egoístas. Éste es tu caso...

La prima había bajado la cabeza, y su mirada hubiera hecho temblar a aquel que la hubiera recibido, pero había mirado su canilla.

- Presentándonos a tu pretendiente, Héctor pudiera colocarle y ponerle en situación de hacer fortuna.

- No es posible - había dicho la prima Bela.

-¿Por qué?

- Es un polaco, un refugiado...

-¿Un conspirador? - exclamó Hortensia -. ¡Qué feliz eres! ¿Ha tenido aventuras?

- Se ha batido por Polonia. Era profesor en el gimnasio, cuyos alumnos comenzaron la revolución y, como estaba colocado allí por el gran duque Constantino, no puede esperar perdón.

-¿Profesor de qué?

-¡De Bellas Artes!

-¿Ha llegado a París después de la derrota?

- En 1833, después de recorrer Alemania a pie...

-¡Pobre muchacho! ¿Y tiene...?

- Cuando la insurrección apenas tenía veinticuatro años; hoy tiene veintinueve...

- Quince años menos que tú - le había dicho entonces la baronesa.

-¿De qué vive?... - había preguntado Hortensia.

- De su talento...

-¡Ah! ¿Da lecciones?...

-¡No - había dicho la prima Bela - las recibe, y duras!

-¿Y es bonito su nombre?

- Wenceslao.

-¡Qué imaginación tienen las solteronas! - había exclamado la baronesa -. Cualquiera te creería, oyéndote hablar, Sabela.

-¿No ves, mamá, que es un polaco tan acostumbrado al knout, que Bela le recuerda esta pequeña dulzura de su patria?

Las tres se habían echado a reír, y Hortensia había cantado: ¡Wenceslao! ¡Ídolo de mi vida!, en lugar de: ¡Oh, Matilde...! Y había habido allí como una especie de armisticio durante algunos instantes.

- Estas muchachitas - había dicho la prima Bela, mirando a Hortensia cuando había vuelto junto a ella - se creen que sólo ellas pueden ser amadas.

- Mira - le había respondido Hortensia, encontrándose sola con su prima -, pruébame que Wenceslao no es un cuento, y te regalo mi chal amarillo de casimir.

-¡Pero si es conde!

-¡Todos los polacos son condes!

- No es polaco... Es de Li... tu..., Litu...

-¿Lituania?

- No...

-¿Livonia?

- Eso es.

- Pero ¿cómo se llama?

- Veamos; quiero saber si eres capaz de guardar un secreto...

-¡Oh prima! Seré muda...

-¿Como un pez?

-¡Como un pez!

-¿Por toda tu vida?

-¡Por toda mi vida!

- No. ¿Por tu felicidad en la Tierra?

- Sí.

- Pues bien; ¡se llama Wenceslao Steinbock!

- Un general de Carlos XII había que llevaba ese nombre.

- Era un tío segundo suyo. Su padre se había establecido en Livonia después de la muerte del rey de Suecia; pero perdió su fortuna cuando la campaña de 1812, y murió, dejando al pobre niño sin recursos a la edad de ocho años. El gran duque Constantino, a causa del nombre de Steinbock, lo tomó bajo su protección y lo puso en un colegio...

- No me desdigo - había respondido Hortensia -; dame una prueba de su existencia y tendrás mi chal amarillo. ¡Ah! Ese color es el que mejor sienta a las morenas.

-¿Me guardarás el secreto?

- Sí, te contaré los míos.

- Pues bien; la vez próxima que venga traeré la prueba.

- Pero la prueba ha de ser el novio - había dicho Hortensia.

La prima Bela, ansiosa desde su llegada a París de poseer un casimir, se había sentido fascinada ante la idea de que fuera suyo el casimir amarillo que el barón había dado a su mujer en 1808, la cual, según ocurre en todas las familias, había pasado de la madre a la hija en 1830. En diez años el chal se había estropeado bastante; pero este precioso tejido, siempre encerrado en una caja de sándalo, a la solterona le parecía siempre nuevo, lo mismo que el mobiliario de la baronesa. Pensaba aquélla hacer un regalo a la baronesa por el día de su santo, el cual, según creía, habría de probar la existencia de su fantástico novio.

Este regalo consistía en un sello de plata, compuesto de tres figuritas adosadas y envueltas en follajes, sosteniendo el globo terráqueo. Aquellos tres personajes representaban la Fe, la Esperanza y la Caridad. Los pies descansaban sobre monstruos que se despedazaban entre sí, agitándose entre ellos la simbólica serpiente. En 1846, después del inmenso paso que hicieron dar al arte de Benvenuto Cellini, la señorita de Fauveau, los Wagner, los Jeanest, los Froment-Meurice y los escultores en madera como Lienard, aquella obra maestra no sorprendería a nadie; pero en aquel momento, una joven experta en joyería debió de quedar asombrada al manejar aquel sello, cuando la prima Bela se lo presentó diciéndola:

- Toma, ¿qué te parece esto?

Las figuras, por su dibujo, por sus ropajes y por sus actitudes, pertenecían a la escuela de Rafael; por su ejecución recordaban la escuela de los broncistas florentinos que crearon los

Donatello, Brunelleschi, Ghiberti, Benvenuto Cellini, Juan de Bolonia, etc. El Renacimiento en Francia no había fundido monstruos más caprichosos que aquellos que simbolizaban las malas pasiones. Las palmas, las hierbas, los juncos y las cañas que envolvían a las Virtudes eran de un efecto, de un gusto, de un adorno capaz de desesperar a las gentes del oficio. Una cinta unía las tres cabezas entre sí, y en los espacios comprendidos entre cada dos cabezas, veíase una W, una gamuza y la palabra fecit.

-¿Quién ha esculpido esto? - preguntó Hortensia.

- Mi novio - respondió la prima Bela -. Le ha costado diez meses de trabajo; por eso ha tenido que trabajar más este tiempo. Me ha dicho que Steinbock significaba, en alemán, animal de las rocas o gamuza. Piensa firmar así sus obras... ¡Ah! Ahora sí que tendré tu chal.

-¿Y por qué?

-¿Puedo yo comprar semejante joya? ¿Puedo encargarla? Es imposible; luego me la ha dado él. ¿Quién puede hacer semejantes regalos? ¡Un novio!

Hortensia, con un disimulo del que se habría asustado Sabela Fischer si lo hubiera notado, se guardó muy bien de expresar toda su admiración, aunque sentía esa sorpresa que se apodera de las personas cuya alma sabe sentir la belleza cuando ante sus ojos aparece una obra maestra sin defectos, completa, inesperada.

-¡Caramba! -dijo- Es muy bonita.

- Sí, muy bonita - repuso la solterona -; pero yo prefiero un casimir de color naranja. Pues bien, querida, mi novio pasa el tiempo trabajando en cosas de este gusto. Desde su llegada a París ha hecho tres o cuatro tonterías de esta clase, y ahí tienes el fruto de cuatro años de estudios y de trabajos. Ha estado de aprendiz en casa de unos fundidores, de unos joyeros... ¡Bah! Han pasado miles de cosas. Ahora me ha dicho que dentro de algunos meses será célebre y rico...

- Pero ¿es que lo ves?

-¡Toma! ¿Crees acaso que todo esto es una fábula? Te he dicho la verdad, en broma.

-¿Y te quiere? - preguntó vivamente Hortensia.

-¡Me adora! - respondió la prima, adoptando un aire grave - Mira, hija mía, él no ha conocido más que mujeres pálidas, insulsas, como lo son todas las del Norte; una muchacha morena, esbelta, joven como yo, le ha inflamado el corazón. Pero ¡ni palabra!, me lo has prometido.

- Ocurrirá con éste como con los otros cinco - dijo Hortensia con aire burlón, mirando el sello.

- Seis, señorita, pues dejé uno en Lorena que por mí, todavía hoy, descolgaría la Luna.

- Éste lo hace mejor - dijo Hortensia - porque te trae el Sol.

Estas continuadas bromas, seguidas de las locuras que pueden adivinarse, engendraban aquellas risas que habían redoblado las angustias de la baronesa, haciéndola comparar el porvenir de su hija con el presente, en que la veía entregarse a toda la alegría propia de su edad.

- Mas para ofrecerte joyas que exigen seis meses de trabajo, debe deberte muchos favores - preguntó Hortensia, a la que aquella alhaja hacía reflexionar profundamente.

-¡Ah! ¡Quieres saber demasiadas cosas de una vez! - respondió la prima Bela - Pero escucha..., mira, voy a meterte en un complot.

-¿Y estaré con tu novio?

-¡Ah! ¡Cómo desearías verle! Pero ya comprenderás que una solterona como vuestra Bela, que durante cinco años ha sabido guardar un novio, lo oculta muy bien... Así es que déjame tranquila. Yo, ya ves, no tengo ni gato, ni canario, ni perro, ni loro, y una vieja como yo bien necesita algo que querer, con que estar ocupada; por eso me he procurado un polaco.

-¿Tiene bigotes?

- Así de largos - dijo la Bela, mostrándole una cestilla cargada de hilos de oro.

Acostumbraba a llevar siempre consigo su labor y trabajaba mientras esperaba la comida.

- Si sigues haciendo preguntas, no sabrás nada. No tienes más que veintidós años y eres más charlatana que yo, que tengo cuarenta y dos, y aun cuarenta y tres.

- Escucho, soy de piedra - dijo Hortensia.

- Mi novio ha hecho un grupo de bronce de diez pulgadas de alto - repuso la prima Bela - Representa a Sansón desquijarando a un león, y lo ha enterrado para que se enmohezca y pueda creerse que es tan antiguo como Sansón. Y ahora esta obra maestra está expuesta en la tienda de un anticuario de la plaza del Carrousel, cerca de mi casa. ¡Si tu padre, que conoce al señor Popinot, ministro del Comercio y de la Agricultura, y al conde de Rastignac, pudiese hablarles de ese grupo como de una hermosa obra antigua que hubiese visto al pasar! Parece ser que los grandes personajes se dedican a estos artículos en lugar de ocuparse de nuestros dragones... Mi novio haría su fortuna si comprasen o, por lo menos, fuesen a examinar ese mal pedazo de cobre. El pobre muchacho afirma que tomarían esa tontería por antigua y que la pagarían muy cara. En este caso, si es uno de los ministros el que compra el grupo, irá a presentarse a él, le probará que es el autor y se verá llevado en triunfo... ¡Oh, ya se cree sobre el pináculo! El pobre muchacho tiene tanto orgullo como los condes nuevos.

- Quiere repetir lo de Miguel Ángel; mas para estar enamorado, no ha perdido el ingenio... - dijo Hortensia -. ¿Y cuánto quiere?

-¡Mil quinientos francos!... El anticuario no debe darlo por menos, ya que necesita cobrar una comisión.

- Papá es en este momento comisario del rey - dijo Hortensia -. Ve todos los días a los dos ministros en la Cámara, y yo me encargo de que haga tu negocio. ¡Será usted rica, señora condesa de Steinbock!

- No, mi hombre es demasiado perezoso, permanece semanas enteras modelando en cera roja y no adelanta nada. ¡Bah! Se pasa la vida en el Louvre, en la Biblioteca, mirando estampas y dibujándolas. Es un correescaparates.

Y las dos primas continuaron bromeando. Hortensia reía como cuando uno se esfuerza por reír, pues se sentía invadida por un amor que todas las jóvenes han sentido, el amor de lo desconocido, el amor en el estado vago y cuyos pensamientos se concretan en torno a una figura que les es arrojada por la casualidad, como la florescencia de la escarcha se deposita sobre las briznas de paja suspendidas por el viento en el margen de una ventana. Desde hacía diez meses había hecho un ser real del novio fantástico de su prima, por la razón de que ella, como su madre, creía en el celibato perpetuo de su prima; y desde que hacía ocho días, aquel fantasma había llegado a ser el conde Wenceslao Steinbock, el sueño tenía su partida de bautismo, la vaporosa niebla se solidificaba en un hombre joven de treinta años. El sello que tenía en la mano, especie de Anunciación donde el genio resplandecía como una luz, tuvo la potencia de un talismán. Hortensia se sentía tan dichosa, que se permitió dudar de que aquel cuento fuera historia; fermentaba su sangre y reía como una loca para engañar a su prima.

- Pero me parece que la puerta del salón está abierta - dijo la prima Bela -; vamos a ver si se ha marchado el señor Crevel.

- Mamá está muy triste desde hace dos días; sin duda se habrá roto el matrimonio de que se trataba.

-¡Bah! Eso puede, arreglarse; se trata, ahora puedo decírtelo de un consejero de la corte. ¿Te gustaría ser la señora presidenta? Si eso depende del señor Crevel, me dirá seguramente algo y mañana sabré si hay esperanzas...

- Prima, déjame el sello - pidió Hortensia -; no lo enseñaré a nadie... Dentro de un mes es el santo de mamá y te lo devolveré por la mañana.

- No, entrégamelo... Necesita un estuche.

- Pero se lo enseñaré a papá para que pueda hablar al ministro con conocimiento de causa, pues las autoridades no deben comprometerse - dijo ella.

- Pues bien; no se lo enseñes a tu madre; eso es todo lo que te pido, pues si supiese que tengo novio, se burlaría de mí...

- Te lo prometo...

Las dos primas llegaron a la puerta del tocador en el momento en que la baronesa acababa de desmayarse, y el grito que lanzó Hortensia bastó para reanimarla. Bela fue a buscar sales. Cuando volvió encontró a la madre y a la hija cada una en los brazos de la otra, la madre calmando los temores de su hija, y diciéndola:

Librodot

- Esto no es nada, es una crisis nerviosa. Aquí tienes a tu padre - añadió, reconociendo la manera de llamar del barón -; sobre todo no le hables de esto...

Adelina se levantó para salir al encuentro de su marido, con la intención de llevarlo al jardín, mientras esperaban la comida, y hablarle del matrimonio deshecho, haciéndole explicarse acerca del porvenir y tratar de darle algunos consejos.

El barón Héctor Hulot mostrose en actitud parlamentaria y napoleónica, pues se distingue fácilmente a los imperiales - gente adicta al Imperio - por su combadura militar, por sus trajes azules con botones de oro, abrochados hasta el cuello, por sus corbatas de tafetán negro y por el paso de autoridad que contrajeron a causa de la costumbre del mando despótico impuesto por las apuradas circunstancias en que se encontraron. Preciso es convenir que nada en el barón hacía adivinar al viejo; era su vistan todavía tan buena, que leía sin lentes; su hermoso rostro oblongo, encuadrado entre unas patillas muy negras, ¡ay!, ofrecía una encarnación animada por los jaspeados que descubren a los temperamentos sanguinarios, y su vientre, contenido por un cinturón, manteníase, como dice Brillat -Savarin, majestuosamente. Un gran aire aristocrático y mucha afabilidad servían de envoltura al libertino con quien Crevel había hecho tantas locuras. Era uno de esos hombres cuyos ojos se animan a la vista de una mujer hermosa y que sonríen a todas las bellas, hasta a las que pasan y no han de volver a ver más.

-¿Has hablado algo? - dijo Adelina, viéndole pensativo.

- No - contestó Héctor -; pero estoy cansado de haber oído hablar durante dos horas seguidas sin llegar a votar... ¡Hacen combates de palabras en los que son los discursos como cargas de caballería que no dispersan al enemigo! Han sustituido la palabra a la acción, lo que regocija poco a las gentes acostumbradas a avanzar, como le decía al mariscal al separarme de él. Pero ya basta con haberse aburrido sobre los bancos de los ministros, divirtámonos aquí...

-¡Buenos días, Cabra!... ¡Buenos días, Cabrita!

Y cogió a su hija por el cuello, la abrazó, la atormentó, la sentó sobre sus rodillas y colocó su cabeza sobre sus hombros para sentir aquella linda cabellera de oro sobre su rostro.

- Está fastidiado, cansado - se dijo la señora Hulot - y todavía voy a fastidiarle más... Esperemos. ¿Te quedarás con nosotros esta noche?... - preguntole en alta voz.

- No, hijas mías. Después de la comida os dejaré, y si no hubiese sido el día de la Cabra, de mis hijos y de mi hermano, no me habríais visto...

La baronesa tomó un periódico, miró los teatros y dejó el papel, donde había visto Roberto el Diablo anunciado en la ópera, Josefa, que había pasado hacía seis meses de la ópera italiana a la ópera francesa, cantaba el papel de Alicia. Esta pantomima no pasó desapercibida para el barón, que miró fijamente a su mujer. Adelina bajó los ojos, salió al jardín, y su esposo la siguió.

- Vamos a ver, ¿qué ocurre, Adelina? - dijo, cogiéndola por el talle, atrayéndola hacia sí y abrazándola - ¿No sabes que te quiero más que...?

-¿Más que a Jenny Cadine y a Josefa? - respondió ella con atrevimiento e interrumpiéndole.

-¿Quién te ha dicho eso? - preguntó el barón, que, soltando a su mujer, retrocedió dos pasos.
- Me han escrito una carta anónima, que he quemado, donde me decían amigo mío, que el matrimonio de Hortensia se ha deshecho por causa de la penuria en que nos encontramos. Tu mujer, querido Héctor, no habría jamás dicho una palabra; ha sabido tus relaciones con Jenny Cadine y ¿se quejó nunca? Pero la madre de Hortensia está obligada a decirte la verdad...

Hulot, después de un momento de silencio terrible para su mujer, de cuyo corazón escuchábanse los latidos, descruzó los brazos, la cogió, estrechola contra su corazón, la besó en la frente y le dijo con aquella fuerza exaltada que presta el entusiasmo:

-¡Adelina, eres un ángel y yo soy un miserable!

- No, no - respondió la baronesa, poniéndole bruscamente su mano sobre los labios para impedirle que hablase mal de sí mismo.

- Sí, en este momento no tengo ni un céntimo para dar a Hortensia, y soy muy desgraciado; pero puesto que así me abres tu corazón, puedo verter en él penas que me ahogaban... Si tu tío Fischer se ve apurado, soy yo quien le ha puesto así: ¡ha firmado por mí veinticinco mil francos en letras de cambio! ¡Y todo eso para una mujer que me engaña, que se burla de mí cuando no estoy delante, que me llama viejo gato teñido!... ¡Oh! ¡Es horrible que cueste más caro satisfacer un vicio que alimentar una familia! ¡Y es irresistible!... Te prometería ahora no volver jamás a casa de esa israelita abominable, y si me escribiese dos líneas, iría, como entraba uno en fuego en tiempos del emperador.

- No te atormentes, Héctor - dijo la pobre mujer, desesperada, olvidándose de su hija, al ver que las lágrimas asomaban a los ojos de su marido -. Toma, aún tengo mis diamantes. ¡Ante todo, salva a mi tío!

- Tus diamantes apenas si valen hoy veinte mil francos. Eso no le bastaría al padre Fischer; así es que guárdalos para Hortensia. Ya veré mañana al mariscal.

-¡Pobre amigo mío! - exclamó la baronesa cogiendo las manos de su marido y besándolas.
Ésta fue toda la reprensión. Adelina ofrecía sus diamantes y el padre se los daba a Hortensia: la mujer consideró aquel esfuerzo como algo sublime, y quedó sin fuerzas.

-¡Es el amo, puede cogerlo todo; me deja mis diamantes, es un dios!

Tal fue el pensamiento de aquella mujer, que ciertamente había obtenido más con su dulzura que otra con alguna celosa cólera.

El moralista no sería capaz de negar que, generalmente, las personas bien educadas y muy viciosas son mucho más amables que las gentes virtuosas; teniendo crímenes que purgar, solicitan por previsión la indulgencia mostrándose benévolos con los defectos de sus jueces, y pasan por ser excelentes. Aunque haya personas muy encantadoras entre las gentes virtuosas, la virtud se juzga lo bastante hermosa por sí misma, para creerse dispensada de dar pruebas; además, las gentes realmente virtuosas, pues es preciso excluir a los hipócritas, tienen casi todas ligeras sospechas sobre su situación; se creen burladas en el gran mercado de la vida, y tienen palabras agridulces a la manera de las gentes que pretenden desconocidas. Así es que el barón, que se reprochaba la ruina de su familia, desplegó todos los recursos de su inteligencia

y de sus gracias de seductor para su mujer, para sus hijos y para la prima Bela. Viendo venir a su hijo y a Celestina Crevel, que daba de mamar a un menudo Hulot, estuvo encantador con su nuera; la colmó de cumplimientos, cosa a la que la vanidad de Celestina no estaba acostumbrada, porque jamás hubo joven adinerada que fuese tan vulgar ni tan perfectamente insignificante. El abuelo tomó al chiquillo lo besó, lo encontró delicioso y encantador; hablole con el hablar de las nodrizas; profetizó que aquel niño sería más alto que él; deslizó halagos en honor a su hijo Hulot, y entregó el niño a la rolliza normanda encargada de cuidar de él. Celestina cambió con la baronesa una mirada que quería decir: «¡Qué hombre más adorable!» Naturalmente, ella defendía a su suegro contra los ataques de su propio padre.

Después de haberse mostrado suegro agradable y abuelo halagador, el barón condujo a su hijo al jardín para hacerle observaciones llenas de buen sentido acerca de la actitud que debía tomar en la Cámara en un caso delicado surgido aquella mañana. Llenó de admiración al joven abogado por la profundidad de sus puntos de vista, lo enterneció con su tono amistoso y, sobre todo, por la especie de deferencia con que parecía querer colocarlo a su nivel en lo sucesivo.

El hijo del señor Hulot era el joven tal como lo fabricara la revolución de 1830; el espíritu infatuado de política, respetuoso con sus esperanzas, ocultándolas bajo una falsa gravedad, muy envidioso de las reputaciones consagradas, soltando frases en lugar de esas palabras incisivas que son como los diamantes de la conversación francesa, pero lleno de delicadeza y confundiendo el ceño con la dignidad. Estas personas son sepulcros ambulantes que contienen un francés de antaño; el francés se agita a rachas y da golpes contra su envoltura inglesa; pero la ambición le retiene y consiente en disimularse. Este sepulcro va siempre forrado de negro.

-¡Ah! Ya está aquí mi hermano - dijo el barón Hulot, yendo a recibir al conde hasta la puerta del salón.

Después de haber abrazado al sucesor probable del difunto mariscal Montcornet, se lo llevó, cogiéndole del brazo con demostraciones de afecto y de respeto.

Este par de Francia, dispensado de ir a las sesiones a causa de su sordera, mostraba una hermosa cabeza enfriada por los años, de cabellos todavía lo bastante abundantes para que pudiesen estar como pegados por la presión del sombrero. Pequeño, rechoncho, un tanto enflaquecido, llevaba su verde vejez con aire vivaracho, y como conservaba una excesiva actividad para estarse condenado al reposo, dividía su tiempo entre la lectura y el paseo. Sus costumbres tranquilas veíanse en su rostro blanco, en su actitud, en su conversación honesta llena de cosas sensatas. Jamás hablaba de la guerra, ni de las campañas; sabía que era ya demasiado grande para tener que hacerlo. En un salón, limitaba su papel a una observación continua de los deseos de las damas.

- Estáis todos muy contentos - dijo, viendo la animación que el barón repartía en aquella pequeña reunión de familia -. Sin embargo - dijo -, Hortensia no está casada - advirtiendo en el rostro de su cuñada rastros de melancolía.

- Eso vendrá siempre demasiado pronto - le gritó al oído la prima Bela, con una voz formidable.

-¡Está usted bien, mal grano que no ha querido florecer! - le respondió riendo.

Librodot

El héroe de Forzheim quería bastante a la prima Bela, pues encontraba entre ellos dos algunas semejanzas. Sin educación y salido del pueblo, sólo su valor había sido quien había labrado su fortuna militar, y su buen sentido pasaba por listeza. Lleno de honor y con las manos puras, acababa radiantemente su hermosa vida en medio de aquella familia donde se habían concentrado todas sus afecciones, sin sospechar los extravíos, secretos aún, de su hermano. Nadie gozaba más que él del hermoso espectáculo de aquella reunión, donde nunca brotaba el menor motivo de discordia, donde hermanos y hermanas se amaban igualmente, pues Celestina había sido en seguida considerada como de la familia. Por eso el bravo y pequeño conde de Hulot preguntaba de vez en cuando por qué no venía el padre Crevel.

- Mi padre está en el campo - le gritaba Celestina.

Esta vez le dijeron que el antiguo perfumista se hallaba viajando.

Aquella unión tan verdadera de la familia hizo pensar a la señora Hulot:

- He aquí la más segura de las felicidades, y ésta, ¿quién podrá quitárnosla?

Viendo a su favorita Adelina objeto de las atenciones del barón, el general se burló tan bien de ello, que el barón, temiendo el ridículo, dirigió su galantería a su nuera, que en aquellas comidas de familia era siempre el objeto de sus halagos y sus cuidados, pues esperaba hacer por ella volver al padre Crevel y obligarle a adjurar de todos sus resentimientos. Cualquiera que hubiese visto aquel interior de familia habríale costado trabajo creer que el padre estaba arruinado, la madre desesperada, el hijo en el último grado de la inquietud sobre el porvenir de su padre y la hija ocupada en robarle un novio a su prima.

A las siete, al ver el barón a su hermano, a la baronesa y a Hortensia ocupados en jugar al whist, marchose para ir a aplaudir a su querida en la ópera, llevándose a la prima Bela, que vivía en la calle del Deanato y que pretextaba la soledad de aquel barrio desierto para irse siempre después de comer. Todos los parisienses declararán que la prudencia de la solterona era racional.

La existencia del grupo de casas que se encuentran a lo largo del antiguo Louvre es una de esas protestas que los franceses gustan de hacer contra el buen sentido, para que Europa se tranquilice acerca de la dosis de inteligencia que se les concede y ya no les tema. Quizá haya en esto, sin nosotros saberlo, algún gran pensamiento político. Seguramente que no sería algo fuera de lugar el descubrir este rincón del París actual, porque más adelante no se lo podrían imaginar; y nuestros nietos, que indudablemente verán el Louvre terminado, se negarían a creer que semejante barbarie haya subsistido durante treinta y seis años en el corazón de París, frente al Palacio donde tres dinastías han recibido, durante estos últimos treinta y seis años, a lo más selecto de Francia y de Europa.

Desde el postigo que conduce al puente del Carrousel hasta la calle del Museo, todo hombre que haya estado en París, aunque no haya sido más que unos días, se ha fijado en una docena de casas con fachadas ruinosas, donde los propietarios descorazonados no hacen ninguna reparación, y que son los restos de un antiguo barrio en demolición desde el día en que Napoleón decidió terminar el Louvre. La calle y el callejón del Deanato, he ahí las únicas vías interiores de aquel conjunto sombrío y desierto, donde los habitantes probablemente son fantasmas, ya que nunca se ve a nadie. El pavimento, mucho más bajo que el de la calzada de

la calle del Museo, se encuentra al nivel del de la calle de Froidmanteau. Enteradas ya por la elevación de la plaza, aquellas casas están cubiertas por la sombra eterna que proyectan las galerías altas del Louvre, ennegrecidas de este lado por el viento del Norte. Las tinieblas, el silencio, el aire glacial, la profundidad cavernosa del suelo concurren a hacer de esas casas especies de criptas, tumbas vivientes. Cuando a lo largo de ese medio barrio muerto pasa un cabriolé, y cuando la mirada penetra en la callejuela del Deanato, el alma siente frío, preguntándose quién puede vivir allí, qué debe pasar allí por la noche, a la hora en que esta callejuela se convierte en una caverna de bandidos, y donde los vicios de París, envueltos en el manto de la noche, se entregan a locas carreras. Este problema, espantoso por sí mismo, se hace horrible cuando se ve que aquellas pretendidas casas están rodeadas por un pantano del lado de la calle de Richelieu, por un océano de pesados adoquines por la parte de las Tullerías, pequeños jardines y siniestras barracas del lado de las galerías, y estepas de piedras de cantería y de demoliciones por la parte del viejo Louvre. Enrique III y sus meninos que buscan sus calzas, los amantes de Margarita en busca de sus cabezas, deben bailar zarabandas a la luz de la Luna en aquellos desiertos dominados por la bóveda de una capilla todavía en pie, para demostrar que la religión católica, tan arraigada en Francia, sobrevive a todo. Pronto hará cuarenta años que el Louvre grita por todas las bocas de aquellos muros despanzurrados, de aquellas ventanas abiertas: «¡Extirpad esas verrugas de mi cara!» Indudablemente se ha reconocido la utilidad de ese peligroso paso y la necesidad de simbolizar en el corazón de París la alianza íntima entre la miseria y el esplendor, que caracteriza a la reina de las capitales. Al igual de estas ruinas frías, en cuyo seno el periódico de los legitimistas adquirió la enfermedad de que muere, las infames barracas de la calle del Museo y el recinto de tablas de los mercaderes allí establecidos, ¡quizá alcancen una vida más larga y más próspera que la de las tres dinastías!

Desde 1823, la modicidad del alquiler de las casas condenadas a desaparecer había atraído a la prima Bela para habitar allí, a pesar de que el estado del barrio la obligaba a retirarse antes de que cerrase la noche. Por otra parte, aquella necesidad se avenía con la costumbre aldeana por ella conservada de acostarse y levantarse con el Sol, lo que procura a las gentes del campo notables economías en el alumbrado y en la calefacción. Vivía, pues, en una de las casas a las que la demolición del famoso palacio ocupado por Cambacerés ha devuelto las vistas a la plaza.

En el momento en que el barón dejó a la prima de su mujer en la puerta de aquella casa, diciéndole: «¡Adiós, prima!», una mujer joven, pequeña, esbelta, bonita, vestida con gran elegancia y exhalando un escogido perfume, pasaba entre el coche y la pared para entrar también en la casa. Esta dama cambió, sin ninguna clase de premeditación, una mirada con el barón, tan sólo por ver al primo de la inquilina; pero el libertino experimentó esa viva impresión que experimentan todos los parisienses cuando se tropiezan con una linda mujer que, como dicen los entomologistas, realiza su desiderata, y antes de subir al coche se puso con prudente lentitud uno de sus guantes, para tomar una posición y poder seguir con la vista a la joven, cuyo traje veíase agradablemente balanceado por algo distinto a esos horribles y fraudulentos miriñaques de crinolina.

- He ahí - se decía - una mujercita gentil a quien gustoso haría feliz, pues ella me lo haría a mí.

Cuando la desconocida hubo llegado al descansillo de la escalera que correspondía al piso principal, miró a la puerta de la calle con el rabillo del ojo, positivamente sin volverse, y vio

al barón clavado en su sitio por la admiración, devorado por el deseo y por la curiosidad. Era como una flor que todas las parisienses aspiran con agrado al hallarla a su paso. Ciertas mujeres, esclavas de sus deberes, virtuosas y lindas, vuelven a sus casas bastante enfadadas cuando no han reunido su ramito durante el paseo.

La joven subió rápidamente la escalera. Pronto una ventana de la habitación del segundo piso hubo de abrirse, y en ella se mostró, pero en compañía de un hombre cuyo cráneo pelado y mirada poco enojada revelaban a un marido.

-¡Qué astutas y espirituales son esas criaturas!... - se dijo el barón - Así me indica dónde vive. Es algo demasiado peligroso, sobre todo en este barrio. Tengamos cuidado.

El director alzó la cabeza cuando hubo subido al milord, y entonces la mujer y el marido se retiraron vivamente, como si el rostro del barón hubiese producido sobre ellos el efecto mitológico de la cabeza de Medusa.

- Diríase que me conocen - pensó el barón -. Entonces todo se explicaría.

En efecto, cuando el coche hubo remontado la calzada de la calle del Museo, se inclinó para volver a ver a la desconocida y la vio otra vez en la ventana. Avergonzada de verse sorprendida contemplando la capota bajo la cual estaba su admirador, la joven se echó vivamente hacia atrás.

- Yo sabré quién es por la Cabra - se dijo el barón.

El aspecto del consejero de Estado había producido, como va a verse, una sensación profunda sobre la pareja.

- Es el barón Hulot, el director de mis oficinas - exclamó el marido, abandonando la ventana.

- Oye, Marneffe, ¿no es prima suya la solterona del tercer piso, que vive con un joven? ¡Es raro que no lo hayamos sabido hasta hoy, y por casualidad!

-¡Vivir con un joven la señorita Fischer! - repitió el empleado - Eso serán habladurías de la portera... No hablemos tan ligeramente de la prima de un consejero de Estado que hace y deshace en el ministerio. ¡Mira, vamos a cenar, que te estoy esperando desde las cuatro!

La muy linda señora Marneffe, hija natural del conde Montcornet, uno de los lugartenientes más célebres de Napoleón, había sido casada, mediante una dote de veinte mil francos, con un empleado subalterno del Ministerio de la Guerra. Por la influencia del ilustre teniente general, mariscal de Francia durante los seis meses últimos de su vida, aquel plumífero había llegado a la inesperada plaza de primer comisario de sus oficinas; pero en el momento en que iba a ser nombrado subjefe, la muerte del mariscal había cortado las esperanzas de Marneffe y de su mujer. La exigüidad de la fortuna del señor Marneffe, que había agotado ya la dote de la señorita Valeria Fortin, ora en el pago de sus deudas como empleado, ora en las compras necesarias para un mozo que pone una casa, pero sobre todo por las exigencias de una linda mujer habituada en casa de su madre a goces que no quiso renunciar, habían obligado al matrimonio a realizar economías en el alquiler.

Librodot

La situación en la calle del Deanato, poco alejada del Ministerio de la Guerra y del centro parisiense, agradó a los señores Marneffe, que desde hacía cuatro años vivían en la casa de la señorita Fischer.

El señor don Juan Pablo Estanislao Marneffe pertenecía a esa clase de empleados que se resisten al embrutecimiento por esa especie de poder que da la depravación. Aquel hombrecito delgado de cabellos y barba poco espesos, cara descolorida, paliducha, más gastada que arrugada, los ojos con párpados ligeramente enrojecidos y provistos de antiparras, de porte mezquino y de más mezquino talante, realizaba el tipo que cada cual se imagina de un hombre llevado ante los tribunales por atentado a las costumbres.

La habitación ocupada por este matrimonio, tipo de muchos matrimonios parisienses, ofrecía las engañosas apariencias de ese falso lujo que en tantos interiores reina. En el salón, los muebles tapizados con terciopelo de algodón pasado, las estatuitas de yeso simulando el bronce florentino, la araña mal cincelada, simplemente pintada de color, con arandelas de cristal fundido; la alfombra, cuya baratura se explicaba tardíamente, gracias a la cantidad de algodón introducida por el fabricante y que se hacía visible a primera vista; todo, desde las cortinas que os hubiesen hecho ver que el damasco de lana no tiene tres años de esplendor, todo acusaba la miseria como un pobre andrajoso a la puerta de una iglesia.

El comedor, mal cuidado por una sola sirvienta, presentaba el aspecto nauseabundo de los comedores de los hoteles provincianos; todo estaba allí grasiento y mal conservado.

El cuarto del señor, bastante parecido al cuarto de un estudiante, amueblado con una cama de soltero y unos muebles ajados y gastados como su mismo amo, sólo se limpiaba una vez a la semana. Aquel horrible cuarto, en donde todo estaba tirado y en el que los calcetines sucios pendían de sillas de crin desfundadas, cuyas flores reaparecían dibujadas por el polvo, anunciaban bien claramente al hombre que siente indiferencia por su hogar, que vive fuera, entregado al juego, en los cafés o por otras partes.

El cuarto de la señora era una excepción en medio de la degradante incuria que deshonraba la habitación oficial, donde las cortinas eran amarillas por causa del polvo y del humo, y donde el niño, evidentemente abandonado a sí mismo, dejaba sus juguetes tirados por todas partes. Situados en el ala que unía, por una parte sólo, la casa edificada en la parte anterior de la calle con el cuerpo de edificio adosado al fondo del patio de la propiedad vecina, el dormitorio y el tocador de Valeria, elegantemente tapizados de sarga, con muebles de palisandro y alfombra de moqueta, denotaban la presencia de una mujer bonita y, digámoslo casi de la mujer entretenida. Sobre el tapete de terciopelo de la chimenea se alzaba el reloj entonces de moda. Veíase un pequeño Dunkerque bastante bien guarnecido, varias jardineras de porcelana china lujosamente montadas. La cama, el tocador, el armario de luna, el vis à vis, las obligadas baratijas que demostraban los caprichos y las fantasías de la época.

Aunque todo fuese de tercer orden en cuanto a riqueza y elegancia, aunque todo datase de tres años antes, un petimetre no hubiese podido decir otra cosa sino que aquel lujo estaba impregnado de burguesía. El arte, la distinción que resulta de las cosas que el gusto sabe apropiarse, faltaban allí en absoluto. Un doctor en ciencias sociales hubiese reconocido al amante en algunas de aquellas futilidades de bisutería rica que no pueden provenir más que de ese semidiós, siempre ausente y siempre presente en una mujer casada.

La comida que hicieron el marido, la mujer y el niño, aquella comida retrasada cuatro horas, hubiese explicado la crisis financiera que aquella familia padecía, pues la mesa es el termómetro más seguro de la fortuna en los hogares parisienses. Una sopa de hierbas hecha con caldo de judías, un pedazo de ternera con patatas, inundado de agua roja en lugar de salsa; un plato de judías y cerezas de calidad inferior, todo ello servido y comido en platos y fuentes cascados, con los cubiertos poco sonoros y tristes de metal, ¿era un banquete digno de aquella linda mujer? El barón hubiese llorado si hubiera sido testigo de ella. Las garrafas empañadas no bastaban a ocultar el feo color del vino, tomado por litros en la tienda de la esquina. Las servilletas servían hacía una semana. En fin, todo denotaba una miseria sin dignidad, la indiferencia de la mujer y la del marido con respecto a la familia. El observador más vulgar se habría dicho, viéndoles, que aquellos dos seres habían llegado a ese funesto momento en que la necesidad de vivir hace buscar una feliz truhanería.

La primera frase que Valeria dijo a su marido va, por otra parte, a explicar el retraso que había sufrido la cena, debido probablemente al interesado apego de la cocinera.

- Samanon no quiere aceptar tus letras de cambio más que al cincuenta por ciento, y pide como garantía una hipoteca sobre tu sueldo.

La miseria, secreta aún en casa del director de la Guerra y que tenía como biombo un sueldo de veinticuatro mil francos, sin contar las gratificaciones, en casa del empleado había, pues, llegado al último período.

- Has hecho a mi director - dijo el marido, mirando su mujer.

- Así creo - respondió ella sin asustarse de aquella palabra tomada de la jerga de entre bastidores.

-¿Qué va a ser de nosotros? - repuso Marneffe -. El propietario nos embargará mañana. ¡Y tu padre, que tiene la ocurrencia de morir sin hacer testamento! La verdad es que esas gentes del Imperio se creen todas inmortales como su emperador.

-¡Pobre padre mío! - dijo ella -. No tenía más hija que yo y me quería mucho. La condesa habrá quemado el testamento. ¿Cómo iba a olvidarme, él, que de tiempo en tiempo me daba tres o cuatro billetes de mil francos a la vez?

- Debemos cuatro plazos, o sea mil quinientos francos; ¿los valen nuestros muebles? That is the question!, ha dicho Shakespeare.

- Mira, adiós, gatito mío - dijo Valeria, que no había tomado más que algunos trozos de ternera, cuyo jugo había extraído la criada para un valiente soldado regresado de Argel -. ¡A grandes males, grandes remedios!

- Valeria, ¿dónde vas? - exclamó Marneffe, cortando a su mujer el camino de la puerta.

- Voy a ver a nuestro casero - respondió ella, arreglando sus cabellos, que brotaban debajo de su lindo sombrero -. Tú debieras ponerte a bien con esa solterona, toda vez que es prima del director.

La ignorancia en que están los inquilinos de una misma casa de sus recíprocas situaciones sociales es uno de los hechos constantes que mejor pintan el atractivo de la vida parisiense; pero es fácil de comprender que un empleado que va todos los días muy de mañana a su oficina, que vuelve a su casa para comer, que sale todas las tardes, y que una mujer entregada a los placeres de París puedan no saber nada de una solterona albergada en el tercer piso, en el fondo del patio de su casa, sobre todo cuando esta solterona tiene las costumbres de la señorita Fischer.

Sabela era la primera de la casa en ir a buscar la leche, el pan y el cisco, sin hablar a nadie, y se acostaba con el Sol; jamás recibía cartas ni visitas y tampoco frecuentaba a las vecinas. Era la suya una de esas vidas anónimas, entomológicas, como las hay en algunas casas, donde al cabo de cuatro años se sabe que en el cuarto piso existe un anciano que ha conocido a Voltaire, a Pilastre de Rosier, a Beaujon, a Marcel, a Molé, a Sofía Arnoult, a Franklin y a Robespierre. Lo que los señores Marneffe acababan de decir acerca de Sabela Fischer lo habían sabido a causa del aislamiento del barrio y de las relaciones que su apurada situación había establecido entre ellos y los porteros, con cuya amistad procuraban contar, por la cuenta que les tenía. Ahora bien; la altivez, el mutismo, la reserva de la solterona habían engendrado entre los porteros ese respeto exagerado, esas relaciones frías que denotan el oculto descontento en el inferior. Los porteros creíanse, por otra parte, en su clase, como dicen en el Palacio, iguales a un inquilino cuyo alquiler era de doscientos cincuenta francos. Siendo ciertas las confidencias de la prima Bela a su primita Hortensia, podía comprender todo el mundo que la portera, en las conversaciones íntimas con los Marneffe, había podido calumniar a la señorita Fischer, creyendo simplemente que murmuraba de ella.

Cuando la solterona recibió la palmatoria de manos de la respetable señora Olivier, la portera se adelantó para ver si las ventanas de la guardilla que había encima de su habitación estaban iluminadas. En julio, y a aquella hora, estaba el patio tan oscuro que la solterona no podía acostarse sin luz.

-¡Oh! Esté usted tranquila. El señor Steinbock está en casa, ni siquiera ha salido - dijo maliciosamente la señora Olivier a la señorita Fischer.

La solterona no respondió nada, pues en esto seguía aún siendo aldeana, burlándose del qué dirán de las gentes que estaban por debajo de ella; y del mismo modo que los aldeanos no ven más que su aldea, ella no se preocupaba sino de la opinión del pequeño círculo en medio del cual vivía. Subió, pues, resueltamente, no a su habitación, sino a aquella guardilla. He aquí por qué. A los postres había metido en su saquito frutas y golosinas para su novio, e iba a dárselas, enteramente lo mismo que una solterona lleva una golosina a su perro.

Encontró, trabajando a la luz de una lamparilla cuya claridad se aumentaba pasando a través de un globo de cristal lleno de agua, al héroe de los sueños de Hortensia un joven pálido y rubio, sentado ante una especie de banco cubierto de herramientas de cincelador, de cera roja, de cinceles, de pedestales y de cobres fundidos sobre el modelo, vestido con una blusa y teniendo un pequeño grupo de cera para modelar, que contemplaba con la atención de un poeta absorto en su trabajo.

- Tome, Wenceslao, mire lo que le traigo - dijo ella, colocando su pañuelo sobre un rincón del banco.

Librodot

Después abrió su saquito y sacó con precaución las golosinas y las frutas.

- Es usted muy buena, señorita - respondió el pobre desterrado con una voz triste.

- Esto le refrescará, pobre hijo mío. Usted se calienta la cabeza trabajando de ese modo, y no ha nacido para tan rudo oficio.

Wenceslao Steinbock miró a la solterona con aire asombrado.

- Coma usted - exclamó ella bruscamente -, en lugar de contemplarme como a una de esas figuras que tanto le agradan.

Al recibir aquella especie de golpe en palabras, el asombro del joven cesó, pues reconoció entonces a su mentor hembra, cuya ternura le sorprendía siempre, de tal modo como estaba acostumbrado a ser tratado con rudeza. Aunque Steinbock tuviese veintinueve años, parecía, como algunos rubios, tener cinco o seis años menos; y al ver aquella juventud, cuya frescura había cedido bajo las fatigas y las miserias del destierro, unida a aquella cara seca y dura, se habría creído que la Naturaleza sufriera un engaño al darles el sexo. El joven se levantó y fue a tumbarse sobre un viejo sofá Luis XV, cubierto de terciopelo de Utrech amarillo, cual si desease descansar. Entonces la solterona tomó una ciruela claudia y se la presentó cariñosamente a su amigo.

- Gracias - dijo éste tomando la fruta.

-¿Está usted cansado? - preguntó ella, dándole otra fruta.

- No estoy cansado del trabajo, sino de la vida - respondió.

-¡Vaya unas ideas! - repuso ella con una cierta acritud -. ¿No tiene usted un genio bueno que vela por su persona? - añadió, ofreciéndole las golosinas y viéndoselas comer con gusto - Mire, mientras comía en casa de mi prima he pensado en usted.

- Ya sé - dijo, dirigiendo a Sabela una mirada cariñosa y triste a la vez - que a no ser por usted, hace ya tiempo que no viviría; pero mi querida señorita, los artistas necesitan distracciones...

-¡Ah! ¡Ya estamos así! - exclamó, interrumpiéndole, poniendo los brazos en jarras y fijando en él sus chispeantes ojos - ¿Quiere usted ir a perder su salud en las infamias de París, como tantos obreros que acaban por ir a morir al hospital? No, no; haga usted primero una fortuna, hijo mío, y cuando tenga rentas se divertirá, pues entonces tendrá con qué pagar a los médicos y los placeres, siendo como es tan libertino.

Al recibir aquella arremetida, acompañada de miradas que le inundaban de una llama magnética, Wenceslao Steinbock bajó la cabeza. Si la más mordaz maledicencia hubiese podido ver el comienzo de aquella escena, habría reconocido desde luego la falsedad de las calumnias lanzadas por los esposos Olivier contra la señorita Fischer. Todo, los acentos, los gestos y las miradas de aquellos seres, acusaba la pureza de su vida secreta. La solterona desplegaba la ternura de una maternidad brutal, pero positiva. El joven sufría como un hijo respetuoso la tiranía de una madre. Aquella extraña alianza parecía ser el resultado de una

voluntad poderosa, obrando incesantemente sobre un carácter débil, sobre esa peculiar inconsistencia de los eslavos que, desplegando un valor heroico en los campos de batalla, dan pruebas de un increíble desorden en su conducta, de una blandura moral cuyas causas deberían estudiar los fisiólogos, ya que los fisiólogos son a la política lo que los entomólogos a la agricultura.

-¿Y si muero antes de ser rico? - Preguntó melancólicamente Wenceslao.

-¡Morir! - exclamó la solterona -. ¡Oh! No le dejaría morir. Yo tengo vida para los dos, y si fuese necesario, le daría mi sangre.

Al oír aquella exclamación violenta e ingenua, las lágrimas humedecieron los párpados de Steinbock.

- No se entristezca usted, mi pequeño Wenceslao - repuso Sabela, conmovida - Mire, creo que a mi prima Hortensia le ha parecido muy bonito su sello. Vamos, yo haré que venda usted bien su grupo de bronce, y así quedará en paz conmigo... ¡Hará usted lo que quiera, será libre! ¡Vamos, ríase!...

- No estaré nunca en paz con usted, señorita - respondió el pobre desterrado.

-¿Por qué no? - preguntó la aldeana de los Vosgos, fingiendo ponerse de parte del livonio y en contra de sí misma.

-¡Porque usted no solamente me ha alimentado, me ha albergado y me ha cuidado en la miseria, sino que además me ha fortalecido! Me ha hecho ser lo que soy, ha sido a veces dura conmigo, me ha hecho sufrir...

-¿Yo? - dijo la solterona - ¿Va usted a empezar de nuevo con sus tonterías acerca de la poesía y de las artes, haciendo castañetear los dedos y extendiendo los brazos como un loco para hablar de su hermoso ideal y de sus locuras del Norte? ¡Lo bello no vale tanto como lo sólido, y lo sólido soy yo! ¿Usted tiene ideas en el cerebro? ¡Magnífico! Yo también tengo ideas... ¿De qué sirve lo que se tiene en el alma si no se saca de ello ningún partido? Los que tienen ideas no están, pues, más adelantados que los que no las tienen si éstos saben moverse... En lugar de pensar en sus sueños, es preciso trabajar. ¿Qué ha hecho usted desde que me he marchado?...

-¿Qué ha dicho su bonita prima?

-¿Quién le ha dicho a usted que es bonita? - preguntó vivamente Sabela, con un acento donde rugían unos celos de tigre.

- Usted misma.

- Sí, se lo dije para ver la cara que ponía. ¿Tiene usted ganas de correr tras de las faldas? Pues bien, fúndalas usted, produzca sus deseos en bronce; porque aún tendrá que pasarse algún tiempo sin amoríos, y sobre todo sin mi prima, querido mío... Éste no es manjar para su boca; ella necesita un hombre de sesenta mil francos de renta, y ya lo ha encontrado... Pero ¡cómo!

¿Está la cama sin hacer? - dijo mirando a través del otro cuarto - ¡Oh! Pobre gatito mío, le he tenido olvidado...

Diciendo esto, la vigorosa joven se desembarazó de sus guantes, de su sombrero y de su manteleta, y como una criada, hizo en un instante la camita de colegial donde dormía el artista. Aquella mezcla de brusquedad, de rudeza y aun de bondad puede dar una explicación del imperio que Sabela había adquirido sobre aquel hombre, a quien consideraba como una cosa suya. ¿No nos atrae la vida por sus alternativas de bueno y de malo? Si el livonio hubiese topado con la señora Marneffe en lugar de dar con Sabela Fischer, habría encontrado en su protectora una complacencia que le hubiese conducido por alguna senda cenagosa y deshonrosa en la que se habría perdido. No habría trabajado y, por consiguiente, el artista no habría brotado. Así es que, al mismo tiempo que deploraba la áspera avidez de la solterona, la razón le decía que debía preferir aquel lazo de hierro a la perezosa y peligrosa existencia que llevaban algunos de sus compatriotas.

He aquí las causas a que era debido el enlace de aquella energía femenina y de aquella debilidad masculina, especie de contrasentido que, según parece, es bastante frecuente en Polonia.

En 1833, la señorita Fischer, que a veces trabajaba por la noche cuando tenía mucho que hacer, sintió, a eso de la una de la madrugada, un fuerte olor de ácido carbónico y oyó las quejas de un moribundo. El olor del carbón y el estertor de la agonía provenían de una guardilla situada encima de los dos cuartos de que se componía su habitación; supuso que un joven recién llegado a la casa, y que se había alojado en aquella guardilla, desalquilada hacía tres años, se estaba suicidando. Subió rápidamente, hundió la puerta con su fuerza de lorenesa y encontró al inquilino retorciéndose sobre su catre en medio de las convulsiones de la agonía. Apagó el brasero. Abierta la puerta, renovóse el aire y el desterrado quedó salvado; después, cuando Sabela lo hubo acostado como a un enfermo, al verlo dormido, pudo reconocer las causas del suicidio en la absoluta desnudez de los dos cuartos de aquella guardilla, donde no existía más que una mala mesa, el catre y dos sillas.

Sobre la mesa había este escrito, que leyó:

«Soy el conde Wenceslao Steinbock, nacido en Prelie, Livonia.

«Que no se acuse a nadie de mi muerte, pues las razones de mi suicidio están encerradas en estas palabras de Kosciusko: Finis Poloniae.

«El sobrino segundo de un valeroso general de Carlos XII no ha querido mendigar. Mi débil constitución me impedía el servicio militar, y ayer vi el fin de los cien táleros con que he venido de Dresde a París. Dejo veinticinco francos en el cajón de esta mesa para pagar el alquiler que debo al propietario.

«Como no tengo parientes, mi muerte no interesa a nadie. Ruego a mis compatriotas que no acusen al Gobierno francés, pues no me he dado a conocer como refugiado, no he pedido nada, no he encontrado a ningún desterrado y nadie sabe que vivo en París.

«Habré muerto animado por pensamientos cristianos. ¡Que Dios perdone al último de los Steinbock!

Wences1ao.»

La señorita Fischer, excesivamente conmovida ante la probidad del moribundo, que pagaba su alquiler antes de matarse, abrió el cajón y vio, en efecto, cinco monedas de cinco francos.

-¡Pobre joven! -exclamó- ¡Y no hay nadie en el mundo para interesarse por él!

Bajó en seguida a su habitación, tomó su labor y volvió a trabajar a aquella guardilla, velando al pobre livonio. Fácilmente se podrá juzgar el asombro del desterrado cuando al despertar vio a una mujer a la cabecera de su cama. Creyó que continuaba su sueño. Al mismo tiempo que hacía cordones de oro para un uniforme, la solterona se había prometido proteger a aquel pobre muchacho, a quien había admirado mientras dormía. Cuando el joven conde estuvo completamente despejado, Sabela le animó, interrogándole para saber cómo podría hacerle ganarse la vida. Wenceslao, después de haberle contado su historia, añadió que había debido su plaza a su reconocida vocación por las artes; siempre se había sentido con disposición para la escultura; pero el tiempo necesario para los estudios le pareció demasiado largo para un hombre sin dinero, y en aquel momento se sentía demasiado débil para dedicarse a un oficio manual o para emprender la escultura en grande. Estas palabras fueron griego para Sabela Fischer. No dejó de responderle a aquel desgraciado que París ofrecía tantos recursos, que un hombre de buena voluntad siempre encontraba medios de vivir. Las gentes de corazón no perecían cuando procuraban obrar con cierta paciencia.

- Yo no soy más que una pobre muchacha, una aldeana, y he sabido crearme una posición independiente - y agregó para terminar -: Escúcheme. Si usted se decide seriamente a trabajar, tengo algunas economías y le iré dando todos los meses el dinero necesario para vivir, pero estrictamente para vivir, no para hacer el calavera, ni para corretear... En París se puede comer por cinco reales diarios, y yo le haré su almuerzo con el mío todas las mañanas. Además amueblaré su cuarto y pagaré las enseñanzas que crea necesarias. Usted me dará garantías del dinero que yo vaya gastando por usted, y cuando sea usted rico me lo devolverá todo. Pero si usted no trabaja, no me consideraré comprometida a nada, y le abandonaré.

-¡Ah! - exclamó el desgraciado, que sentía aún la amargura de su primer abrazo con la muerte

- Los desterrados de todos los países tienen razón en tender sus brazos a Francia, como las almas del purgatorio al paraíso. ¿En qué nación como en ésta se encuentran socorros y corazones generosos en todas partes, hasta en una guardilla? ¡Mi querida bienhechora, usted lo será todo para mí, yo seré su esclavo! Sea usted amiga mía - añadió, haciendo una de esas demostraciones cariñosas tan comunes en los polacos y que contribuyen a que se les acuse injustamente de serviles.

-¡Oh! No; yo soy demasiado celosa y le haría desgraciado; pero seré con gusto algo así como su compañera - repuso Sabela.

-¡Oh! Si supiese usted con qué ardor llamaba yo a una criatura cualquiera que me quisiese, aunque fuese un tirano, cuando luchaba a brazo partido en el vacío de París - repuso Wenceslao - Yo echaba de menos Siberia, adonde el emperador me enviaría si volviese a mi patria. Sea usted mi providencia... Yo trabajaré, seré mejor de lo que soy, aunque no haya sido nunca mal muchacho.

-¿Hará usted todo lo que yo le diga? - preguntó ella.

- Sí.

- Pues bien; le tomo a usted por hijo - respondió la solterona alegremente -. Heme ya con un muchacho que acaba de salir de la tumba. Vamos, empecemos. Yo voy a buscar mis provisiones, usted se viste, y cuando oiga que doy golpes en el techo con el mango de la escoba, vendrá usted a participar de mi almuerzo.

Al día siguiente la señorita Fischer tomó informes en casa de los fabricantes para quienes trabajaba acerca de la profesión de escultor. A fuerza de preguntar logró descubrir el taller de Florent y Chanor, casa especial donde se fundían y cincelaban los bronces ricos y los servicios de plata de gran lujo. Allí llevó a Steinbock en calidad de aprendiz escultor, proposición que pareció extraña, ya que allí se fundían los modelos de los artistas más famosos, pero no se enseñaba a esculpir. La persistencia y la testarudez de la solterona lograron colocar a su protegido como dibujante de adornos. Steinbock no sólo supo en seguida modelarlos, sino que los inventó nuevos, pues tenía gran vocación. Cinco meses después de haber acabado su aprendizaje de cincelador trabó conocimiento con el famoso Stidmann, el principal escultor de la casa Florent. Al cabo de veinte meses Wenceslao sabía más que su maestro; pero en treinta meses las economías reunidas por la solterona durante dieciséis años viéronse agotadas por completo. ¡Dos mil quinientos francos en oro! Una suma que ella pensaba colocar a interés y que estaba representada, ¿por qué?, por la letra de cambio de un polaco. Por esta razón, Sabela trabajaba en aquel momento como en su juventud, a fin de atender a los gastos del livonio. Pero cuando vio entre sus manos un papel en lugar de las monedas de oro, perdió la cabeza y fue a consultar al señor Rivet, que desde hacía quince años se había convertido en el consejero de su primera y más hábil obrera. Al saber aquella aventura, el señor y la señora Rivet riñeron a Sabela, la trataron de loca, criticaron a los refugiados, cuyas andanzas para llegar a ser una nación comprometían la prosperidad del comercio y la paz, y animaron a la solterona a que se procurase lo que se llama en términos comerciales una garantía.

- La única garantía que ese mocito puede ofrecerle es su libertad - dijo el señor Rivet.

Don Aquiles Rivet era juez en el Tribunal de Comercio.

- Y a fe que no es ninguna broma la cárcel por deudas para los extranjeros - repuso -. Un francés permanece cinco años en la cárcel y después sale de ella sin haber pagado las deudas; es verdad, porque ya no se ve apremiado más que por su conciencia, que suele dejarle tranquilo; pero un extranjero no sale jamás de la cárcel. Deme usted su letra de cambio, endósela a nombre de mi tenedor de libros, quien la hará protestar; les perseguirá a los dos, obtendrá contradictoriamente un juicio que decretará el libramiento, y cuando todo esté en regla le firmará a usted una contraletra. Obrando así, los intereses correrán, ¡y tendréis siempre una pistola cargada contra su polaco!

La solterona dejó ponerse en regla sus cosas, advirtiendo a su protegido que no le preocupase aquel procedimiento, hecho únicamente para dar garantías a un usurero que consentía en adelantarle algún dinero. La estratagema era debida al genio inventivo del juez del Tribunal de Comercio. El inocente artista, ciego por su confianza en su bienhechora, encendió su pipa

con los papeles timbrados, pues fumaba, como todos los que tienen penas o energías que adormecer. Un buen día el señor Rivet hizo ver a la señorita Fischer un documento, diciéndole:

- Tiene usted a su Wenceslao Steinbock atado de pies y manos, y de tal modo, que en veinticuatro horas puede usted hacer que le alojen en Clichy para el resto de su vida.

Aquel digno y honrado juez de comercio experimentó aquel día la satisfacción que debe producir la certidumbre de haber cometido una mala nueva acción. La beneficencia tiene tantas maneras de manifestarse en París, que esta singular expresión responde a una de sus variaciones. Una vez cogido el livonio entre las redes del procedimiento comercial, tratábase de lograr el pago, pues el notable comerciante consideraba a Steinbock como un estafador. El corazón, la probidad y la poesía eran en los negocios, según su manera de ver, siniestros. Rivet, por interés de la pobre señorita Fischer, que según él decía, había sigo engañada por un polaco como una pava, fue a ver a los ricos fabricantes de cuya casa acababa de salir Steinbock. Ahora bien; secundado por los notables artistas de la platería parisiense ya citados, Stidmann, que hacía llegar el arte francés a la perfección que tiene ahora y que le permite luchar con los florentinos y el Renacimiento, encontrábase en el despacho de Chanor cuando el bordador fue a pedir informes acerca del llamado Steinbock, un refugiado polaco.

-¿Por quién dice usted el llamado Steinbock? - exclamó burlonamente Stidmann -. ¿Por casualidad es un joven livonio que yo he tenido como discípulo? Pues sepa usted, señor, que es un gran artista. Dicen que yo me creo el diablo; pues bien, ese pobre mozo ignora que puede convertirse en un dios.

-¡Ah! - dijo River con satisfacción.

Después repuso:

- Aunque usted hable con cierta brusquedad a un hombre que tiene el honor de ser en el Tribunal del Sena...

- Dispensad, cónsul... - interrumpió Stidmann, llevándose el dorso de la mano a la frente.

- Me satisface mucho - continuó el juez - lo que usted acaba de decir. ¿De modo que ese muchacho podrá ganar dinero?...

- Evidentemente - dijo el viejo Chanor -; pero es preciso que trabaje; alguno hubiera reunido ya si se hubiese quedado en nuestra casa. ¿Qué quiere usted? Los artistas tienen horror a la dependencia.

- Porque tienen conciencia de su valer y de su dignidad - respondió Stidmann - Yo no critico a Wenceslao porque vaya solo, porque trate de hacerse un hombre y de llegar a ser un gran hombre, ¡está en su derecho! Sin embargo, ¡yo bien he perdido al abandonarme!

- He ahí - exclamó Rivet -, he ahí las pretensiones de los jóvenes al salir del huevo universitario... Pero ¿por qué no empiezan por crearse una renta, para después buscar la gloria?

-¡Porque recogiendo escudos se echan a perder las manos! - respondió Stidmann -. A la gloria le corresponde traernos la fortuna.

-¡Qué quiere usted! - dijo Chanor a Rivet -. No se les puede atar.

-¡Se comerían el ronzal! - replicó Stidmann.

- Todos estos señores - dijo Chanor, mirando a Stidmann - tienen tantas fantasías como talento. Derrochan atrozmente, tienen queridas, tiran el dinero por la ventana, nunca tienen tiempo para hacer sus trabajos, descuidan sus encargos; así se da el caso de que obreros que no valen lo que ellos se enriquecen. Después se quejan de los malos tiempos, mientras que si fuesen aplicados tendrían montes de oro...

- Anciano padre Lumignon - dijo Stidmann -, me hace usted el efecto de aquel librero de antes de la Revolución, que decía: «¡Ah! Si yo pudiese tener a Montesquieu, Voltaire y Rousseau, bien miserables, en mis manos, y guardar sus pantalones en una cómoda, ¡qué buenos libros me escribirían, con los que yo haría una fortuna!» Si se pudiesen forjar obras hermosas tan fácilmente como clavos, las harían los comisionistas... ¡Deme usted mil francos y cállese!

El sencillo Rivet volvió encantado a ver a la pobre señorita Fischer, que comía en su casa todos los lunes y a quien seguramente encontraría allí.

- Si puede usted hacerle trabajar - dijo - será usted más feliz que juiciosa, siendo reembolsada en sus intereses, en sus gastos y en su capital. Ese polaco tiene talento y puede ganarse la vida; pero enciérrele sus pantalones y sus zapatos, impídale usted ir a la Cabaña y al barrio de Nuestra Señora de Loreto, téngale atado. Sin estas precauciones su escultor callejeará, y usted no sabe lo que los artistas llaman callejear... ¡Qué horrores! Acabo de saber que un billete de mil francos se les va en un solo día.

Este episodio ejerció una influencia terrible en la vida interior de Wenceslao y de Sabela. La bienhechora mojó el pan del desterrado en el ajenjo de los reproches cuando vio comprometidos sus ahorros y los creyó perdidos. La buena madre se convirtió en una madrastra, amonestó a aquel pobre muchacho, lo torturó, reprochándole porque no trabajaba bastante aprisa y por haber escogido una profesión difícil. No podía creer que los modelos en cera roja, las figuritas, los proyectos de ornamentos, los ensayos pudiesen tener valor. Pronto, arrepentida de sus durezas, trataba de borrar sus huellas con cuidados, con dulzuras y con atenciones. El pobre muchacho, después de haberse lamentado por encontrarse bajo la dependencia de aquella furia y bajo el dominio de una aldeana de los Vosgos, estaba maravillado de los mimos y de aquella solicitud maternal, enamorada únicamente de lo físico, de lo material de la vida. El polaco obró como una mujer que perdona los malos tratamientos de una semana a causa de las caricias de una fugitiva reconciliación. De este modo la señorita Fischer tuvo sobre aquella alma un imperio absoluto. El amor del dominio, que existía en germen en aquel corazón de solterona, se desarrolló rápidamente. Pudo satisfacer su orgullo y su necesidad de acción: ¿no tenía una criatura suya a quien reñir, a quien dirigir, a quien adular y a quien hacer feliz sin temor a ninguna rivalidad? Lo bueno y lo malo de su carácter se ejercieron, pues, por partes iguales. Si a veces martirizaba al pobre artista, tenía en cambio delicadezas semejantes a la gracia de las flores campestres; Wenceslao estaba seguro de que ella gozaba viendo que nada le faltaba y que hubiese dado la vida por él. Como todas las damas hermosas, el pobre muchacho olvidaba el mal y los defectos de aquella muchacha que,

por otra parte, le había contado su vida para excusar su carácter salvaje, y nunca recordaba más que los beneficios. Un día la solterona, desesperada porque Wenceslao se había ido a paseo en lugar de trabajar, le armó un escándalo.

- Usted me pertenece - le dijo - Si es usted hombre honrado debe procurar devolverme cuanto antes lo que me debe.

El hidalgo, que sintió encenderse en él la sangre de los Steinbock, se puso pálido.

-¡Dios mío! - dijo ella - Muy pronto nos veremos reducidos a los seis reales que gano yo, una pobre mujer.

Los dos indigentes, irritados por el duelo de la disputa, se animaron uno contra otro; y entonces el pobre artista reprochó por primera vez a su bienhechora el haberle arrancado de la muerte- para darle una vida de forzado, peor que la nada, donde al menos se descansaba - dijo

-. Y le habló de huir.

-¡Huir! - exclamó la solterona - ¡Ah! El señor Rivet tenía razón.

Y le explicó al polaco cómo en veinticuatro horas podía hacer que le encarcelasen para el resto de sus días. Aquello fue un mazazo. Steinbock sumiose en una negra melancolía y en un mutismo absoluto. Al día siguiente, por la noche, Sabela oyó preparativos de suicidio en el cuarto de su protegido, se apresuró a subir y entregole la letra y un recibo en regla.

-¡Tenga usted, hijo mío, perdóneme! - le dijo con los ojos húmedos -. Sea feliz, déjeme; yo le atormento demasiado; pero dígame que pensará alguna vez en la pobre muchacha que le puso en situación de ganarse la vida. ¡Qué quiere! Usted es la causa de mis maldades; yo puedo morir, ¿y qué sería de usted sin mí?... He aquí la razón de la impaciencia que tengo por verle fabricar objetos que puedan venderse. Yo no le pido mi dinero por mí, quite de ahí. Tengo miedo a esa pereza que usted llama meditación, de sus concepciones, que le roban tantas horas durante las cuales pasa usted el tiempo mirando al techo, y quisiera que hubiese usted contraído la costumbre del trabajo.

Aquellas palabras fueron dichas con un acento, con una mirada y con una actitud, y acompañadas de tantas lágrimas, que conmovieron al artista, el cual cogió a su bienhechora, la estrechó contra su corazón y la besó en la frente.

- Guarde usted esos documentos - le respondió con una especie de alegría -. ¿Para qué me ha de meter usted en Clichy? ¿No estoy aquí aprisionado por el agradecimiento?

Este episodio de su vida común y secreta, ocurrido seis meses antes, había hecho producir a Wenceslao tres cosas: el sello que guardaba Hortensia, el grupo expuesto en casa del anticuario y un admirable reloj que acababa en aquel momento, pues estaba revisando los últimos detalles del modelo.

Aquel reloj representaba las doce horas, admirablemente caracterizadas por doce figuras de mujer arrastradas en una danza tan loca y tan rápida, que tres amores, subidos sobre un montón de flores y de frutas, no podían detener a su paso más que a la hora de las doce de la

noche, cuya clámide aparecía rota en las manos del amor más atrevido. Este asunto descansaba sobre un pedestal redondo, de admirable ornamentación, en el que se agitaban animales fantásticos. La hora estaba indicada en una boca monstruosa que bostezaba, y cada hora era un símbolo afortunadamente imaginado que caracterizaba las ocupaciones habituales del día.

Ahora es fácil comprender la especie de apego extraordinario que la señorita Fischer había concebido por su livonio; deseaba verle feliz, viéndole, por el contrario, decaído y enervado en su guardilla. La lorenesa cuidaba a aquel niño con la ternura de una madre, con el celo de una mujer y con el ingenio de un dragón; así es que se arreglaba de modo que no pudiese hacer ninguna locura, ni ninguna calaverada, teniéndole siempre sin dinero. Hubiera querido conservar a su víctima y a su compañero para ella sola, juicioso como a la fuerza era, sin comprender la barbarie de aquel deseo insensato, pues ella habíase acostumbrado a todas las privaciones. Amaba lo bastante a Steinbock para no casarse con él y lo quería demasiado para cedérselo a otra mujer; no sabía resignarse a no ser más que madre y se sentía como loca cuando pensaba en representar otro papel. Estas contradicciones, aquellos celos feroces, aquella dicha de poseer a un hombre, todo influía poderosamente en el corazón de aquella solterona. Enamorada realmente desde hacía cuatro años, acariciaba la loca esperanza de hacer durar aquella vida inconsecuente y sin finalidad, cuya persistencia habría de causar la pérdida de aquel a quien llamaba su hijo. Esta lucha entre sus instintos y su razón la volvían injusta y tiránica. Vengábase en aquel muchacho de no ser joven, ni bella, ni rica; después de cada venganza reconocía sus culpas por sí misma y se entregaba a humillaciones y ternuras infinitas. No concebía el sacrificio por su ídolo hasta después de haberle hecho reconocer su poder a hachazos. Era aquello, en suma, la Tempestad, de Shakespeare, invertida: Calibán dueño de Ariel y de Próspero. En cuanto a este desgraciado joven, de pensamientos elevados, meditativo, inclinado a la pereza, dejaba ver en los ojos, como los leones enjaulados del Jardín de Plantas, el desierto que su protectora hacía en su alma. El trabajo forzado que Sabela exigía de él no satisfacía las necesidades de su corazón. Su aburrimiento se convertía en una enfermedad física, y moría sin poder pedir, sin saber procurarse el dinero a veces necesario para una locura. Durante ciertos días de energía, en que la sensación de su desgracia aumentaba su exasperación, miraba a Sabela como debe mirar las aguas salitrosas un viajero sediento que cruza una costa árida. Aquellos frutos amargos de la indigencia y de aquella reclusión en París eran saboreados por Sabela como placeres. Preveía también ella, con terror, que la más pequeña pasión podría privarle de su esclavo. A veces reprochábase, cuando obligaba con su tiranía y sus reproches a aquel poeta a convertirse en un gran escultor de pequeñeces, de haberle proporcionado los medios de poderse pasar sin ella.

Al día siguiente estas tres existencias, tan diversas y realmente miserables, la de una madre desesperada, la del matrimonio Marneffe y la del pobre desterrado, debían verse todas afectadas por la ingenua pasión de Hortensia y por el extraño desenlace que el barón iba a hallar en su desgraciada pasión por Josefa.

En el momento de entrar en la ópera, al consejero de Estado le sorprendió el aspecto un tanto sombrío del templo de la calle Lepelletier, donde no vio ni gendarmes, ni luces, ni criados, ni barreras para contener a la multitud. Miró el cartel y vio una tira blanca, en medio de la cual se leía esta frase sacramental: Suspendida por indisposición.

Inmediatamente se dirigió a casa de Josefa, que vivía en las cercanías, como todos los artistas de la ópera, en la calle Chauchat.

Librodot

- Señor, ¿qué desea usted? - le dijo el portero, con gran asombro suyo.

-¿Ya no me conoce usted? - le respondió el barón con inquietud.

- Al contrario, señor; por lo mismo que tengo el honor de conocerle, le pregunto: ¿adónde va usted?

El barón sintió un estremecimiento mortal, que le dejó helado.

- Pues ¿qué ha ocurrido? - preguntó.

- Si el barón subiese a la habitación de la señorita Mirah se encontraría allí con la señorita Eloísa Brisetout y con los señores Bixiou, León de Lora, Lousteau, Vernisset, Stidmann y algunas mujeres llenas de pachulí que estrenan la casa.

- Pues ¿dónde está?...

-¿La señorita Mirah?... No sé si haré bien en decírselo a usted.

El barón deslizó dos monedas de cinco francos en la mano del portero.

- Pues bien; está ahora en la calle de la villa del Obispo, en un palacio que, según dicen, le ha regalado el duque de Herouville - respondió en voz baja el portero.

Después de haber preguntado el número de aquel palacio, el barón tomó un milord y se trasladó a dicha calle, deteniéndose ante una de esas bonitas casas modernas con puerta de dos hojas, cuyo lujo empieza a notarse ya en los mecheros del gas.

El barón, vestido con su levita de paño azul, corbata blanca, chaleco blanco, pantalón de mahón, botas de charol y mucho almidón en la pechera, ante los ojos del portero de aquel nuevo edén, pasó por un invitado que llegaba retrasado. Su prestancia, su manera de andar, todo en él justificaba aquella opinión.

Al toque de campana dado por el portero apareció un criado en el peristilo. Este criado, nuevo como el palacio, dejó entrar al barón, que le dijo con un tono de voz acompañado por un gesto imperial:

- Pase usted esta tarjeta a la señorita Josefa.

El patito miró maquinalmente la habitación en que se encontraba, y se vio en un salón de espera lleno de flores raras, cuyo mobiliario debía costar por lo menos cuatro mil duros. El criado volvió a poco, rogando al señor que entrase en el salón, aguardando allí a que se levantasen de la mesa para tomar el café.

Aunque el barón hubiese conocido el lujo del Imperio, que indudablemente fue uno de los más prodigiosos y cuyas creaciones, si no fueron durables, no dejaron de costar por eso sumas enormes, quedó como deslumbrado y aturdido en aquel salón cuyas tres ventanas daban a un jardín mágico, a uno de esos jardines hechos en un mes con tierras transportadas y flores trasplantadas y cuyos céspedes parecen obtenidos por procedimientos químicos. Admiró no

sólo los detalles, los dorados, las esculturas más costosas del estilo llamado Pompadour, las telas maravillosas que el primer tendero enriquecido hubiese podido encargar y obtener a peso de oro, sino aquello que sólo los príncipes pueden escoger, encontrar, pagar y regalar; dos cuadros de Greuze y dos de Watteau, dos cabezas de Van Dick, dos paisajes de Ruysdael, dos de Guaspre, un Rembrand y un Holbein, un Murillo y un Ticiano, dos Teniers y dos Metzu, un Van Huysum y un Abraham Mignon; en fin, doscientos mil francos en cuadros, puestos en marcos admirables. Los marcos valían casi tanto como las telas.

-¡Ah! ¿Lo comprendes ahora, mi buen hombre? - le dijo Josefa.

Habiendo entrado de puntillas por una puerta secreta, caminando sobre alfombras de Persia, sorprendió a su adorador en uno de esos estados de estupefacción en que los oídos zumban de tal modo que no se oye nada más que el toque de agonía del desastre.

Aquella palabra de buen hombre, dirigida a un personaje de tanta categoría en la Administración y que pinta admirablemente la audacia con que esas criaturas amargan las más grandes existencias, dejó al barón clavado en su asiento. Josefa, vestida toda de blanco y amarillo, estaba tan bien adornada para aquella fiesta, que todavía podía brillar, en medio de aquel lujo insensato, como la joya más rara.

-¿No es verdad que es muy bonito? - repuso ella -. El duque ha empleado en esto todos los beneficios de un negocio en comandita, cuyas acciones se han vendido con alza. No es tonto mi duquesito, ¿verdad? No hay como los grandes señores de antaño para saber cambiar el carbón de piedra en oro. Antes de comer me ha traído el notario a firmar el contrato de adquisición de esta finca, hecho a mi nombre. Todos los que están ahí dentro son grandes señores: De Esgrignon Rastignac, Máximo, Lenoncourt, Verneuil, Laginski, Rochefide, la Palférine y los banqueros Nucingen y de Tillet, con Antonia, Málaga, Carabina y la Schontz, todos se han compadecido de ti. Sí, viejo mío, estás invitado, pero con una condición: que te has de beber en seguida el equivalente de dos botellas en vinos de Hungría, de Champaña y de Cap para que te pongas a su nivel. Querido mío, aquí todos están demasiado alegres para que no se suspendiera la función de la ópera. Mi director está borracho como una cuba.

-¡Oh, Josefa! - exclamó el barón.

-¡Qué estúpida es una explicación! - interrumpió ella, sonriendo - Vamos a ver, ¿vales tú los seiscientos mil francos que cuestan el palacio y el mobiliario? ¿Puedes tú traerme un título de treinta mil francos de renta, como el duque me ha traído, metido en un cucurucho de papel de los que encierran grageas los tenderos de comestibles?... ¡Ahí tienes una bonita idea!

-¡Qué perversidad! - dijo el consejero de Estado, que en un momento de rabia hubiera trocado los diamantes de su mujer para reemplazar al duque de Herouville durante veinticuatro horas.

-¡Mi oficio es ser perversa! - replicó ella - ¡Ah! ¡Vaya un modo que tienes de tomar la cosa! ¿Por qué no has inventado una comandita? ¡Dios mío! Pobre gatito teñido, ¡si deberías darme las gracias! Te abandono en el momento en que podías comerte conmigo el porvenir de tu mujer, la dote de tu hija y... ¡Ah! ¿Lloras?... ¡El Imperio se va!... Voy a saludar al Imperio.

Adoptó una postura trágica y dijo:

-¡Le llaman a usted Hulot! Pues ya no le conozco...

Y se fue.

La puerta, entreabierta, dejó pasar como un relámpago un chorro de luz del crescendo de la orgía y cargado con los olores de un festín de primer orden.

La cantante volvió a mirar por la puerta entreabierta y encontrando a Hulot plantado sobre sus pies como si hubiera sido de bronce, dio un paso hacia delante y volvió a aparecer.

- Caballero - dijo -, he cedido los guiñapos de la calle Chauchat a la menuda Eloísa Brisetout de Bixiou; si quiere usted ir allí a reclamar su gorro de dormir, su calzador, su cinturón y cera de teñirse las patillas, ya de antemano he dado orden de que se los devolviesen.

Tan horrible burla dio por resultado el hacer salir al barón como debió salir Lot de Gomorra, pero sin volverse como la mujer.

Hulot volvió a su casa marchando furioso, hablando solo, y encontró a su familia jugando tranquilamente al whist, a diez céntimos ficha, tal como él les había visto empezar. Viendo a su marido, la pobre Adelina creyó en algún espantoso desastre, en un deshonor; entregó sus cartas a Hortensia y llevose a Héctor a aquel mismo saloncito donde cinco horas antes Crevel le predecía las más vergonzosas agonías de la miseria.

-¿Qué tienes? - dijo ella asustada.

-¡Oh, perdóname! Pero déjame contarte estas infamias.

Desahogó su rabia por espacio de diez minutos.

- Pero amigo mío - respondió heroicamente aquella pobre mujer -, semejantes criaturas no conocen el amor, ese amor puro y sincero que tú mereces. ¿Cómo has podido tú, que eres tan perspicaz, tener la pretensión de luchar con un millón?

-¡Querida Adelina! - exclamó el barón abrazando a su mujer y estrechándola contra su corazón.

La baronesa acababa de derramar un bálsamo sobre las sangrientas llagas del amor propio.

- Seguramente, entre nosotros dos, que se le quite la fortuna al duque de Herouville, y ella no dudaría - dijo el barón.

- Amigo mío - repuso Adelina, haciendo un último esfuerzo -, si no puedes pasarte sin queridas, ¿por qué no tomas, como Crevel, mujeres que no sean caras y de una clase que se sientan largo tiempo felices con poco? Con ello, todos saldríamos ganando. Concibo la necesidad, pero no comprendo la vanidad...

-¡Oh! ¡Qué buena y excelente mujer eres! - exclamó -. Yo soy un viejo loco, no merezco tener un ángel como tú por compañera.

- Yo soy sencillamente la Josefina de mi Napoleón - respondió ella con un tinte de melancolía.

- Josefina no te igualaba - dijo - Ven, voy a jugar al whist con mi hermano y mis hijos; es preciso que empiece a desempeñar mi oficio de padre de familia, que case a mi Hortensia y que entierre al libertino...

Aquella bondad conmovió tan fuerte a la pobre Adelina, que dijo:

-¡Qué mal gusto tiene esa criatura al preferir a quienquiera a mi Héctor! ¡Ah! Yo no te cedería por todo el oro del mundo. ¡Cómo es posible dejarte cuando se tiene la dicha de ser amada por ti!

La mirada con que el barón recompensó el fanatismo de su mujer la confirmó en la opinión de que la dulzura y la sumisión eran las más poderosas armas de la mujer. En esto se equivocaba. Los sentimientos nobles llevados a lo absoluto producen resultados semejantes a los de los más grandes vicios. Bonaparte llegó a ser emperador por haber ametrallado al pueblo a dos pasos del sitio en donde Luis XVI perdió la monarquía y la cabeza por no haber dejado derramar la sangre de un señor Sauce...

Al día siguiente, Hortensia, que puso el sello de Wenceslao debajo de su almohada para no separarse de él mientras dormía, se vistió muy temprano y mandó decir a su padre le rogaba fuese al jardín en cuanto se hubiera levantado.

A eso de las nueve y media, el padre, condescendiendo a la petición de su hija, dábale el brazo e iban juntos a lo largo de los muelles, por el puente Real, en la plaza del Carrousel.

- Hagamos como que estamos paseando, papá - dijo Hortensia, desembocando por el postigo para atravesar aquella inmensa plaza.

-¿Pasear por aquí? - dijo burlonamente el padre.

- Finjamos que vamos al Museo y allá lejos - dijo ella, mostrando las barracas adosadas a las paredes de las casas que forman ángulo recto con la calle del Deanato -. Mira, allá hay anticuarios.

- Allí vive tu prima.

- Ya lo sé; pero es preciso que ella no nos vea...

-¿Y qué quieres hacer? - dijo el barón, estando a unos treinta pasos de las ventanas de la señora Marneffe, en la que pensó de improviso.

Hortensia había llevado a su padre ante el escaparate de una de esas tiendas situadas en el ángulo de la manzana de casas que se extiende a lo largo de las galerías del viejo Louvre y que hace frente al palacio de Nantes. La joven entró en aquella tienda; su padre se quedó fuera, ocupado en mirar las ventanas de la bonita mujer que la víspera había dejado impresa su imagen en el corazón del viejo buen mozo, como para calmar la herida que iba a recibir, y no pudo evitar el poner en práctica el consejo de su mujer.

- Dejémonos caer sobre las pequeñas burguesas - se dijo, recordando las adorables perfecciones de la señora Marneffe -. Esa mujercita me hará olvidar pronto a la ambiciosa Josefa.

He aquí lo que pasó simultáneamente dentro y fuera de la tienda.

Examinando las ventanas de su nueva amada, el barón vio al marido que, al mismo tiempo que se cepillaba la levita, estaba en acecho y parecía esperar a alguien en la plaza. Temiendo ser descubierto y reconocido más tarde, el enamoradizo barón volvió la espalda a la calle del Deanato, pero poniéndose de perfil, a fin de poder lanzar una ojeada de cuando en cuando. Este movimiento hízole darse casi de cara con la señora Marneffe que, viniendo de los muelles, doblaba el promontorio de las casas para dirigirse a la suya. Valeria sintió como una conmoción al recibir la asombrada mirada del barón y le contestó con una ojeada de gazmoña.

-¡Bonita mujer - exclamó el barón -, por la que haría yo muchas locuras!

-¡Eh!, caballero - le respondió, volviéndose como una mujer que adopta una resolución violenta -, es usted el barón de Hulot, ¿verdad?

El barón, cada vez más estupefacto, hizo un gesto afirmativo.

- Pues bien; puesto que la casualidad ha hecho que nos encontremos dos veces y que yo tenga la suerte de intrigarle o interesarle, le diré que en lugar de hacer locuras debiera usted hacer justicia... La suerte de mi marido depende de usted.

-¿Cómo es eso? - preguntó galantemente el barón.

- Es un empleado de su dirección, en el Ministerio de la Guerra, división del señor Lebrun, despacho del señor Coquet - respondió ella, sonriendo.

- Yo estoy dispuesto, señora... señora...

- Señora Marneffe.

- Mi querida señora Marneffe, a hacer injusticias por sus hermosos ojos... Tengo una prima que vive en su misma casa, y un día de estos iré a verla, lo más pronto posible... Entonces puede usted hacerme su petición.

- Dispense mi audacia, señor barón; pero ya comprenderá que cuando me he atrevido a hablarle de este modo es porque estoy sin protección.

-¡Ah! ¡Ah!

-¡Oh, caballero! Usted se equivoca - dijo ella, bajando los ojos.

El barón creyó que el Sol acababa de desaparecer.

- Estoy desesperada, pero soy una mujer honrada - repuso ella -. Hace seis meses que he perdido a mi único protector, el mariscal Montcornet.

-¡Ah! ¿Es usted su hija?

- Sí, señor, pero no me ha reconocido nunca.

- Con el fin de poderle dejar una parte de su fortuna.

- No me ha dejado nada, señor, porque no se ha encontrado ningún testamento.

-¡Oh, pobrecilla! El mariscal viose sorprendido por la apoplejía... Vamos, aguarde usted, señora; algo se debe hacer por la hija de uno de los caballeros boyardos del Imperio.

La señora Marneffe saludó graciosamente y se sintió tan satisfecha de su éxito como el barón lo estaba del suyo.

-¿De dónde diablos vendrá tan temprano? - se preguntó, analizando el movimiento onduloso de la bata, a la que imprimía una gracia quizá exagerada -. Tiene el rostro demasiado fatigado para venir del baño, y su marido la espera. Es inexplicable y me da mucho que pensar.

Una vez que la señora Marneffe hubo desaparecido, el barón quiso saber lo que su hija hacía en la tienda. Al entrar en ella, como siguiese mirando a las ventanas de la señora Marneffe, estuvo a punto de tropezar con un joven de frente pálida y ojos grises y chispeantes, vestido con un gabán de verano de merino negro, pantalón de cutí y borceguíes de cuero amarillo, que salía como un atolondrado, y lo vio correr hacia la casa de la señora Marneffe, donde entró. Al meterse en la tienda, Hortensia había visto al instante en ella el famoso grupo colocado sobre una mesa que había a la entrada de la puerta.

Sin las circunstancias a que ella debía su conocimiento, aquella obra maestra hubiese indudablemente sorprendido a la joven, por lo que es preciso llamar el brío de las cosas grandes, ella que seguramente hubiera podido servir en Italia de modelo para la estatua del Brío.

Todas las obras de los genios no poseen en el mismo grado ese brillo, ese esplendor visible para todos los ojos, aun para los de los ignorantes. Así, ciertos cuadros de Rafael, tales como la célebre Transfiguración, la Madona de Foligno, los frescos de los Stanze, en el Vaticano, no causarán de pronto la admiración como el Violinista de la galería Sciarra, los retratos de los Doni y la Visión de Ezequiel, de la galería Pitti; el Cristo con la cruz a cuestas, de la galería Borghese; el Matrimonio de la Virgen, del Museo Brera, en Milán; el San Juan Bautista, de la tribuna, y San Lucas peinando a la Virgen, en la Academia de Roma, no tiene el encanto del retrato de León X y de la Virgen de Dresde. Sin embargo, todo es del mismo valor. Hay más. Los Stanze, la Transfiguración, los camafeos y los tres cuadros de caballete del Vaticano son el último grado de lo sublime y de la perfección. Pero estas obras maestras exigen por parte del admirador más instruido una especie de tensión, un estudio para ser comprendidas en todas sus partes; mientras que el Violinista, el Matrimonio de la Virgen y la Visión de Ezequiel penetran por sí mismas en el corazón por la doble puerta de los ojos, y en él se hacen lugar, gústale a todo el mundo recibirlas así, sin ningún trabajo; eso, si no es el colmo del arte, es su mayor fortuna. Este hecho prueba que existen en la generación de las obras artísticas los mismos azares que en las familias, donde hay hijos felizmente dotados que nacen guapos y sin causar daño a sus madres, a los que todo sonríe, a los que todo les sabe bien; en una palabra, que hay flores del genio como las flores del amor.

Este brío, palabra italiana intraducible y que comenzamos a emplear, es el carácter de las primeras obras. Es el fruto de la petulancia y de la intrépida fogosidad del talento joven, petulancia que se vuelve a encontrar más tarde en ciertas horas afortunadas; pero ese brío no sale ya entonces del corazón del artista, y en lugar de derramarlo sobre sus obras como un volcán, lanza sus fuegos, lo sufre, lo debe a las circunstancias, al amor, a la rivalidad, a menudo al odio, y más aún a los imperiosos mandatos de una gloria que tiene que sostener.

El grupo de Wenceslao era con respecto a sus obras futuras lo que el Matrimonio de la Virgen a la obra total de Rafael: el primer paso del talento dado con una gracia inimitable, con la vivacidad de la infancia y su amable plenitud, con su fuerza oculta bajo carnes rosadas y blancas, hundidas por hoyuelos que parecen formar ecos a las risas de la madre. Dícese que el príncipe Eugenio ha pagado cuatrocientos mil francos por ese cuadro, que valdría un millón para un país privado de obras de Rafael, y, sin embargo, no darían nunca esta suma por el más hermoso de los frescos, cuyo valor, no obstante, es muy superior como arte.

Hortensia contuvo su admiración pensando en la suma de sus economías de muchacha soltera y, adoptando un aire indiferente, le preguntó al comerciante:

-¿Qué precio tiene eso?

- Mil quinientos francos - respondió el comerciante, dirigiendo una mirada a un joven sentado en un taburete de un rincón.

Aquel joven quedose alelado viendo a la viviente obra maestra del barón Hulot. Hortensia, prevenida por aquella mirada, reconoció entonces al artista por el rubor que cubrió su rostro, pálido por el sufrimiento, vio relucir en dos ojos grises un resplandor encendido por su pregunta, contempló aquella figura delgada y larga como la de un monje sumido en el ascetismo y adoró aquella boca rosada y bien dibujada, la fina barbilla y los cabellos castaños y sedosos del eslavo.

- Si lo diese usted por mil doscientos francos - respondió ella - le diría que me lo enviase.

- Es antiguo, señorita - hizo observar el comerciante, que, a semejanza de todos sus colegas, creía haberlo dicho todo con aquel non plus ultra del baratillo.

- Dispénseme usted, señor, está hecho este año - respondió ella con dulzura -, y precisamente vengo para rogarle que, si aceptan ese precio, nos envíe al artista, pues tal vez le procuraríamos trabajos bastante importantes.

- Si los mil doscientos francos son para él, ¿qué me quedará a mí? Yo soy comerciante - dijo el tendero con sencillez.

-¡Ah! Es verdad - replicó la joven, dejando escapar cierta expresión de desdén.

-¡Ah! Señorita, lléveselo usted; yo me entenderé con el comerciante - exclamó el livonio fuera de sí.

Fascinado por la sublime belleza de Hortensia y por el amor hacia las artes que en ella se manifestaba, añadió:

- Yo soy el autor del grupo; hace diez días que vengo tres veces al día para ver si alguien reconoce su valor y lo compra. ¡Usted es mi primera admiradora; lléveselo!

- Caballero venga usted con el comerciante dentro de una hora... Aquí está la tarjeta de mi padre - respondió Hortensia.

Después, viendo al comerciante internarse en la trastienda para envolver el grupo en un paño, agregó en voz baja, con gran asombro del artista, que creyó soñar:

- Por interés de su porvenir, don Wenceslao, no enseñe usted esa tarjeta ni diga el nombre del comprador a la señorita Fischer, porque es prima nuestra.

Estas palabras «prima nuestra» produjeron un desvanecimiento en el artista, el cual entrevió el paraíso viendo en él a una de sus Evas caídas. Soñaba con la hermosa prima de que Sabela le había hablado, tanto como Hortensia soñaba con el novio de su prima y, cuando la vio entrar, se había dicho:

¡Ah!, ¡Si pudiese ser así!

Ya se comprenderá la mirada que los dos amantes cambiaron entre sí. Fue un volcán, pues los enamorados virtuosos no emplean la menor hipocresía.

- Pero ¿qué diablos haces ahí dentro? - preguntó el padre a su hija.

- He gastado mis mil doscientos francos de economías. Ven.

Y volvió a cogerse del brazo de su padre, que repitió:

-¡Mil doscientos francos!

- Y hasta mil trescientos...; pero tú me prestarás la diferencia.

-¿Y en qué has podido gastar esa suma en esta tienda?

-¡Ah! Ahí tienes - respondió la feliz joven -. Si he encontrado un marido, no será caro.

- Hija mía, ¿un marido en esa tienda?

- Escucha, padrecito, ¿me prohibirías casarme con un gran artista?

- No, hija mía. Hoy un gran artista es un príncipe sin título. Es la gloria y la fortuna, las dos ventajas sociales más grandes, después de la virtud - añadió con tono ligeramente gazmoño.

- Entendido - respondió Hortensia -. ¿Y qué piensas de la escultura?

- Que es un mal partido - dijo Hulot, moviendo la cabeza - Se necesitan grandes protectores, además de un gran talento, pues el Gobierno es el único consumidor.

Hoy que no hay grandes existencias, ni grandes fortunas, ni palacios sustituidos, ni mayorazgos, la escultura es un arte sin salida. No se venden más que cuadritos, figuritas... Así es como las artes se ven amenazadas por el diminutivo.

-¿Pero un gran artista que tuviese aceptación?... - repuso Hortensia.

- Es la solución del problema.

-¿Y que fuese apoyado?

-¡Todavía mejor!

-¿Y noble?

-¡Bah!

-¿Conde?

-¿Y esculpe?

- No tiene fortuna.

-¿Y cuenta con la de la señorita Hulot? - dijo irónicamente el barón, dirigiendo una mirada inquisitorial a su hija.

- Ese gran artista, conde y que esculpe, acaba de ver a tu hija por primera vez en su vida y durante cinco minutos, señor barón - respondió Hortensia a su padre con aire tranquilo -. Ayer, ya ves, mientras tú estabas en la Cámara, mamá se desmayó. Este desmayo, que ella atribuyó a sus nervios, provenía de algún disgusto relativo a mi abortado matrimonio, pues ella me ha dicho que, para desembarazarse ustedes de mí...

- Te quiere demasiado para haberse expresado de ese modo...

- Poco parlamentario - repuso Hortensia riendo -; no, no se expresó de ese modo, pero yo sé que una joven casadera que no se casa es una cruz muy pesada para que la lleven unos padres honrados. Pues bien; ella piensa que si se presentase un hombre de energía y de talento a quien bastase una dote de treinta mil francos todos seríamos felices. En fin, ella juzgaba conveniente prepararse para la modestia de mi suerte futura y privarme de que me entregase a sueños demasiado hermosos..., lo cual significa la ruptura de mi matrimonio y que no hay dote.

- Tu madre es una buena, noble y excelente mujer - respondió el padre profundamente humillado, aunque bastante feliz por aquella confidencia.

- Ayer me dijo que usted le autorizaba vender sus diamantes para casarme; pero yo quisiera que ella guardase sus diamantes y además quisiera encontrar un marido. Creo haber encontrado al hombre, al pretendiente que responde al programa de mamá...

-¡Aquí! ¡En la plaza del Carrousel!... ¡En una mañana!

-¡Oh, papá! El mal viene de más lejos - respondió ella maliciosamente.

- Pues bien, veamos, hijita mía, contémoslo todo a nuestro buen papá - dijo Hulot con aire malicioso, ocultando sus inquietudes.

Bajo la promesa de un secreto absoluto, Hortensia le contó el resumen de sus conversaciones con la prima Bela. Después, al volver a casa, enseñó a su padre el famoso sello como prueba de la sagacidad de sus conjeturas. El padre admiró en su fuero interno la profunda destreza de las jóvenes movidas por el instinto, reconociendo la sencillez del plan que aquel amor ideal había sugerido en una noche a aquella inocente joven.

- Vas a ver la obra maestra que acabo de comprar; van a traerla, y el querido Wenceslao acompañará al comerciante... El autor de un grupo así tiene que hacer fortuna; pero obtén para él, por medio de tu influencia, el encargo de hacer una estatua y después una plaza en el Instituto.

-¡Qué aprisa vas! - exclamó el padre -. Si os dejasen hacer a vosotras, os casaríais en el plazo legal, dentro de once días...

-¿Se espera once días? - respondió ella, riendo -. Pues le he amado en cinco minutos, como amaste tú a mamá al verla, y él me quiere como si nos conociésemos desde hace dos años. Sí - dijo ella, respondiendo a un gesto de su padre, he leído diez volúmenes de amor en sus ojos. ¿Y no será aceptado por usted y por mamá como marido mío cuando haya demostrado que es un hombre de genio? ¡La escultura es la primera de las artes! - exclamó ella, batiendo palmas y saltando -. Mira, voy a contártelo todo...

-¿Aún hay, pues, algo más? - preguntó el padre, sonriendo.

Aquella inocencia completa y parlanchina había tranquilizado del todo al barón.

- Una confesión de la menor importancia - respondió ella -. Le amaba sin conocerle, pero estoy loca por él desde hace una hora que le he visto.

- Un poco demasiado loca - respondió el barón, a quien el espectáculo de aquella ingenua pasión alegraba.

- No me castigues por mi confianza - repuso ella -. Resulta tan agradable poder gritar al corazón de su padre:

«¡Amo y soy feliz amando!» ¡Ahora verás a mi Wenceslao! ¡Qué frente llena de melancolía!... ¡Qué ojos grises, en los que brilla el sol del genio!... ¡Y qué distinguido es! ¿Qué crees tú, es un país hermoso la Livonia? ¡Casarse mi prima Bela con ese hermoso joven, ella que podría ser su madre! ¡Esto sería un crimen! ¡Qué celosa estoy de lo que ha debido hacer por él! Me figuro que no verá con gusto mi casamiento.

- Mira, ángel mío, no le ocultemos nada a tu madre - dijo el barón.

- Tendríamos que enseñarle este sello, y he prometido no descubrir a mi prima que, según dice, tiene miedo a las bromas de mamá - respondió Hortensia.

Librodot

-¿Tienes escrúpulos por lo del sello y, sin embargo, le robas el novio a tu prima Bela?

- He hecho una promesa por el sello, pero no he prometido nada por su autor.

Esta aventura, de una sencillez patriarcal, convenía singularmente a la situación secreta de aquella familia; de modo que el barón, al mismo tiempo que alababa a su hija por su confianza, le dijo que en adelante tenía que ponerlo todo en manos de sus padres.

- Ya comprendes, hija mía, que no eres tú la que tiene que asegurarse de si el novio de tu prima es conde, si tiene los papeles en regla y si su conducta ofrece garantías. En cuanto a tu prima, rechazó cinco partidos cuando tenía veinte años menos, y no será un obstáculo; yo me encargo de ello.

- Escuche usted, padre mío; si quieren verme casada, no hablen a mi prima de nuestro enamorado más que en el momento de firmar mi contrato de matrimonio... Desde hace seis meses le hago preguntas respecto a ese punto... Pues bien; ¡hay algo inexplicable en ella!...

-¿Qué? - dijo el padre, intrigado.

- En fin, sus miradas no son buenas cuando voy demasiado lejos, aunque lo haga en broma, respecto de su novio, Tome sus informes; pero déjeme a mí dirigir mi barca. Mi confianza debe tranquilizarle a usted.

- El Señor ha dicho: «¡Dejad que los niños se acerquen a mí!», y tú eres uno de ellos que vuelven - respondió el barón con ligero tono irónico.

Después del almuerzo anunciaron al comerciante, al artista y al grupo. El súbito rubor que coloreó el rostro de su hija puso al principio inquieta a la baronesa y después atenta, y la confusión de Hortensia y el fuego de sus miradas le revelaron pronto el misterio, tan mal oculto en aquel joven corazón.

El conde de Steinbock, vestido de negro, pareció al barón un joven muy distinguido.

-¿Haría usted una estatua en bronce? - le preguntó, teniendo en las manos el grupo.

Después de haberlo admirado sinceramente, el barón pasó el bronce a su mujer, la cual no entendía ni jota de escultura.

-¿Verdad, mamá, que es muy hermoso? - dijo Hortensia a su madre al oído.

-¡Una estatua!... Señor barón, no es tan difícil de hacer como adornar un reloj como el que ve usted y que el señor ha tenido la complacencia de traer - respondió el artista a la pregunta del barón.

El comerciante estaba ocupado en colocar sobre el armario del comedor el modelo de las doce horas, que los amores tratan de detener.

- Déjeme ese reloj - dijo el barón, estupefacto ante la belleza de aquella obra - Quiero enseñarlo a los ministros del Interior y del Comercio.

-¿Quién es ese joven que tanto te interesa? - preguntó la baronesa a su hija.

- Un artista bastante rico para explotar ese modelo; podría ganar con él cien mil francos - dijo el anticuario, que adoptó un aire capaz y misterioso al ver la armonía de las miradas entre la joven y el artista -. Basta con vender veinte ejemplares a ocho mil francos, pues cada ejemplar costaría alrededor de unos mil escudos de trabajo; pero numerando cada ejemplar y destruyendo el modelo, seguramente que se encontrarán veinte aficionados de ser los únicos poseedores de esa obra.

-¡Cien mil francos! - exclamó Steinbock, mirando alternativamente al comerciante, a Hortensia, al barón y a la baronesa.

- Sí, cien mil francos - repitió el comerciante - Y si yo fuese bastante rico se lo comprarla por veinte mil, pues destruyendo el modelo se convierte en una propiedad. Un príncipe pagaría por esa obra treinta o cuarenta mil francos y adornaría con ella su salón. No se ha hecho nunca, en arte, un reloj que satisfaga a la vez a los burgueses y a los conocedores, y ese que está ahí, señor, es la solución de esta dificultad...

- Aquí tiene, para usted, señor - dijo Hortensia, entregando seis monedas de oro al comerciante, que se retiró.

- No diga usted nada a nadie de esta visita - fue a decirle el artista al comerciante en el umbral de la puerta- Si le preguntasen dónde hemos llevado el grupo, nombre al duque de Herouville, el célebre aficionado que vive en la calle de Varenne.

El comerciante alzó la cabeza en señal de asentimiento.

-¿Cómo se llama usted? - preguntó el barón al artista cuando éste volvió.

- El conde Steinbock.

-¿Tiene usted los papeles que prueban quién es?

- Sí, señor barón - están en lengua rusa y alemana, pero sin legalizar.

-¿Se siente usted con fuerzas para hacer una estatua de nueve pies?

- Sí, señor.

- Pues bien; si las personas a quien voy a consultar están contentas de sus obras, puedo obtener para usted el encargo de hacer la estatua del mariscal Montcornet, que quieren erigir en el Père Lachaise, sobre su tumba. El Ministerio de la Guerra y los antiguos oficiales de la guardia imperial dan una suma bastante importante para que tengamos derecho a escoger el artista.

-¡Oh, señor! ¡Sería mi fortuna! - dijo Steinbock, que permaneció estupefacto al ver tantas felicidades a la vez.

- Esté usted tranquilo - respondió graciosamente el barón - Si a los dos ministros a quien voy a enseñar el grupo de usted y ese modelo les gustan estas dos obras, su fortuna está en buen camino.

Hortensia estrechaba el brazo de su padre hasta hacerle daño.

- Tráigame sus papeles y no diga nada de sus esperanzas a nadie, ni siquiera a nuestra prima Bela.

-¿Sabela? - exclamó la señora Hulot, acabando de comprender el fin, sin adivinar los medios.

- Puedo darle prueba de mi saber haciendo el busto de la señora... - añadió Wenceslao.

Admirado de la belleza de la señora Hulot, hacía un momento que el artista comparaba a la madre con la hija.

- Vamos, señor, la vida puede convertirse en hermosa para usted - dijo el barón, completamente seducido por el exterior fino y distinguido del conde Steinbock -. Pronto sabrá usted que nadie tiene mucho tiempo e impunemente talento en París, y que todo trabajo constante encuentra aquí recompensa.

Hortensia, ruborosa, alargó al joven una bonita bolsa argelina que contenía sesenta monedas de oro. El artista, siempre algo hidalgo, respondió al rubor de Hortensia con un color de pudor bastante fácil de interpretar.

-¿Es éste, por casualidad, el primer dinero que recibe usted por sus trabajos? - preguntó la baronesa.

- Sí, señora, por mis trabajos de arte; pero no por mis penas, pues he trabajado como obrero.

- Bien; esperamos que el dinero de mi hija le dará suerte - respondió la señora de Hulot.

- Y cójalo sin escrúpulos - añadió el barón, al ver que Wenceslao tenía la bolsa en la mano sin cerrarla -. Esta suma está reembolsada por algún gran señor, tal vez por un príncipe, que nos la devolverá seguramente con usura, para poseer esta hermosa obra.

-¡Oh! ¡La aprecio demasiado, papá, para cederla a nadie, aunque sea a un príncipe real!

- Puedo hacer para la señorita otro grupo más bonito que ése...

- Ya no sería éste - respondió ella.

Y como avergonzada de haber dicho demasiado se fue al jardín.

-¡Voy a romper el molde y el modelo apenas vuelva a casa! - dijo Steinbock.

-¡Vamos, tráigame sus papeles, y pronto oirá usted hablar de mí si responde a todo lo que yo espero de usted, señor!

Al oír aquella frase, el artista se vio obligado a marcharse. Después de haber saludado a la señora de Hulot y a Hortensia, que volvió expresamente del jardín para despedirse, fue a pasearse por las Tullerías, sin poder, sin atreverse a entrar en su guardilla, donde su tirano iba a acosarle a preguntas y a arrancarle su secreto.

El enamorado de Hortensia imaginaba grupos de estatuas a cientos; se sentía con fuerza para cortar él mismo el mármol, como Canova, el cual, débil como él, estuvo a punto de morir. Estaba transfigurado por Hortensia, convertida para él en la inspiración visible.

-¿Ésas tenemos? - dijo la baronesa a su hija -. ¿Qué es lo que significa esto?

- Pues bien, querida mamá, acabas de ver al novio de nuestra prima Bela, que espero sea ahora el mío... Pero cierra los ojos, hazte la ignorante. ¡Dios mío! Yo que quería ocultártelo todo y voy a decírtelo todo.

- Vamos, adiós, hijas mías - dijo el barón a su hija y a su mujer -, tal vez vaya a ver a la Cabra, y sabré por ella muchas cosas de ese joven.

- Papá, sé prudente - repitió Hortensia.

-¡Oh! ¡Hijita mía! - exclamó la baronesa cuando Hortensia hubo acabado de contarle su poema, cuyo último canto era la aventura de aquella mañana -. ¡Hijita mía, lo más astuto de la Tierra será siempre la Ingenuidad!

Las pasiones verdaderas tienen su instinto. Poned un goloso en situación de poder coger una fruta de un plato y veréis cómo no se engaña y cogerá, hasta sin ver, la mejor. Del mismo modo dejad a las jóvenes bien educadas la elección absoluta de sus maridos, y si están en situación de tener los que ellas designen se equivocarán rara vez. La Naturaleza es infalible. La obra de la Naturaleza, en esta materia, se llama amar a primera vista. En amor, la primera vista es sencillamente la segunda vista.

El contento de la baronesa, aunque oculto bajo la dignidad materna, igualada al de su hija, pues de las tres maneras de casar a Hortensia de que había hablado Crevel, la mejor, a pesar suyo, parecía deber realizarse. Vio en aquella aventura una respuesta de la Providencia a sus fervientes plegarias.

El forzado de la señorita Fischer, obligado, no obstante, a entrar en su alojamiento, tuvo la idea de ocultar la alegría del enamorado bajo la alegría del artista, feliz por su primer éxito.
-¡Victoria! Mi grupo está vendido al duque de Herouville, que va a darme trabajo - dijo, tirando los mil doscientos francos en oro sobre la mesa de la solterona.

Como podrán suponer, había cerrado la bolsa de Hortensia y la tenía sobre su corazón.

- Está bien - respondió Sabela -; es una dicha, pues yo me consumía trabajando. Ya ve usted, hijo mío, que el dinero se gana muy lentamente en el oficio que ha tomado usted, pues éste es el primero que recibe y pronto hará cinco años que trabaja. Esta suma apenas si basta para reembolsarme de lo que usted me ha costado desde la letra de cambio que reemplaza a mis economías. Pero esté usted tranquilo - añadió después de haber contado el dinero -; toda esta

Librodot

suma la gastará usted. Con esto tenemos la vida asegurada para un año; en un año, si continúa usted así, puede empazarse conmigo y tener una buena suma suya.

Al ver el éxito de su astucia, Wenceslao contó mil mentiras a la solterona acerca del duque de Herouville.

- Quiero que se vista usted todo de negro, a la moda, y que renueve usted su ropa blanca, pues debe usted presentarse bien vestido en casa de sus protectores - respondió Sabela -. Además, necesitará usted una habitación más grande y más decente que su horrible guardilla y tendrá que amueblarla bien. ¡Qué contento está usted! Ya no es usted el mismo - añadió, examinando a Wenceslao.

- Han dicho que mi grupo es una obra maestra.

- Pues bien, tanto mejor. Haga otros - replicó aquella solterona, que estaba solamente por lo positivo y que era incapaz de comprender la alegría del triunfo o la belleza en las artes -. No se preocupe ya de lo que está vendido; fabrique alguna otra cosa para vender. Ha gastado usted doscientos francos, sin contar su trabajo y su tiempo, en ese diablo de Sansón. Su reloj le costará hacerlo más de dos mil francos. Mire, si quiere usted creerme, debería terminar esos dos muchachitos coronando a la joven con claveles; eso seducirla a los parisienses. Yo voy a pasar por casa del señor Graff, el sastre, antes de ir a casa del señor Crevel... Suba usted a su casa, déjeme vestir.

Al día siguiente, el barón, que estaba loco por la señora Marneffe, fue a ver a su prima Bela, la cual quedó estupefacta al abrir la puerta y verle ante ella, pues nunca había ido a hacerle ninguna visita, y se dijo: «¿Tendrá Hortensia envidia de mi novio?» Pues la solterona había sabido la víspera, en casa del señor Crevel, la ruptura del matrimonio con el consejero de la Corona.

- Cómo, primo mío, ¿usted aquí? Viene usted a verme por primera vez en su vida, y seguramente que no es por mis hermosos ojos.

-¡Hermosos! Es verdad - replicó el barón -; tienes los ojos más hermosos que he visto...

-¿A qué viene usted? Mire, estoy avergonzada de recibirle en semejante chiribitil.

La primera de las dos piezas de que se componía la habitación de la prima Bela le servía a la vez de salón, de comedor, de cocina y de taller. Los muebles eran como los de las casas de obreros acomodados: sillas de nogal, rellenas de paja; una mesita para comer, de nogal; una mesa para trabajar, grabados iluminados en marcos de madera ennegrecida, cortinas de muselina en las ventanas, un gran armario de nogal, y el suelo bien frotado, reluciente de limpieza, todo esto sin una señal de polvo, pero lleno de tonos fríos, un verdadero cuadro de Terburg, donde nada faltaba, ni siquiera el tono gris, representado por un papel en otra época azulado y que había pasado al tono gris. En cuanto al cuarto de dormir, nadie había penetrado nunca en él.

El barón lo abrazó todo de una mirada, vio la señal de la mediocridad en cada cosa, desde la estufa de hierro fundido hasta los utensilios de la casa, y le entraron náuseas, diciéndose:

-¡He aquí la virtud! ¿Que por qué vengo? - respondió en voz alta - Eres una joven demasiado lista para que dejes de adivinarlo, y vale más que te lo diga - exclamó, sentándose, mirando a través del patio y descorriendo la cortina de muselina plisada -. Hay en esta casa una mujer muy bonita.

-¡La señora Marneffe! ¡Oh, ya caigo! - dijo ella, comprendiéndolo todo -. ¿Y Josefa?

-¡Ay de mí! Prima, todo ha terminado... He sido puesto a la puerta como un lacayo.

-¿Y usted querría...? - preguntó la prima, mirando al barón con la dignidad de una mujer gazmoña que se ofende un cuarto de hora antes de tiempo.

- Como la señora Marneffe es una mujer distinguida, esposa de un empleado, a quien puedes ver sin comprometerte - repuso el barón -, quisiera que te visitases con ella. ¡Oh! Tranquilízate, tendrá los mayores miramientos con la prima del señor director.

En este momento se sintió el rozar de una falda en la escalera, acompañado por el ruido de los pasos de una mujer calzada con borceguíes superfinos. El ruido cesó en el descansillo. Después de dos golpecitos dados a la puerta, la señora Marneffe se presentó:

- Dispénseme, señorita, esta irrupción en su casa; pero no la encontré ayer cuando vine a hacerla una visita. Somos vecinas, y si yo hubiera sabido antes que era usted prima del señor consejero de Estado, hace mucho tiempo que le hubiese pedido su protección para mí. He visto entrar al señor director, y entonces me he tomado la libertad de venir, pues mi marido, señor barón, me ha hablado de un trabajo acerca del personal que será sometido mañana a la firma del ministro.

Parecía estar conmovida, palpitar; pero lo único que había hecho era subir las escaleras rápidamente.

- No tiene usted necesidad de solicitante, hermosa señora - respondió el barón -. Soy yo quien tengo que pedirle el favor de dejarme verla.

- Pues bien, si la señorita no lo toma a mal, venga usted - dijo la señora Marneffe.

- Vaya usted, primo mío. Pronto iré a reunirme con ustedes - dijo la prima Bela.

La parisiense contaba de tal modo con la visita y con la inteligencia del señor director, que no sólo se había hecho enterito un tocado apropiado para semejante visita, sino que además había arreglado su habitación. Desde por la mañana había puesto flores, compradas al fiado. Marneffe había ayudado a su mujer a limpiar los muebles, a dar lustre a los objetos más pequeños, enjabonándolos, cepillándolos, quitando el polvo a todo. Valeria quería hallarse en un ambiente lleno de frescura, a fin de agradar al señor director y agradar lo bastante para tener derecho a ser cruel, a entretenerle como a un niño, empleando los recursos de la táctica moderna. Había juzgado a Hulot. Dejad a una parisiense en la desesperación veinticuatro horas y derribará un ministerio.

Este hombre del Imperio, acostumbrado al género Imperio, debía ignorar en absoluto las maneras del amor moderno, los nuevos escrúpulos, las diferentes conversaciones inventadas

desde 1830, y en las que la pobre débil mujer acaba por hacer que la consideren como la víctima de los deseos de su amante, como una hermana de la Caridad que cura llagas, como un ángel que se sacrifica. Este nuevo arte de amar emplea infinidad de palabras evangélicas en la obra del diablo. La pasión es un martirio. Se aspira a lo ideal, a lo infinito, y por una y otra parte quieren llegar a ser mejores por el amor. Todas estas hermosas frases son un pretexto para emplear aún más ardor en la práctica, más rabia en las caídas que se empleaban en el pasado. Esta hipocresía, que caracteriza nuestros tiempos, ha gangrenado la galantería. Los amantes son dos ángeles y, si pueden, obran como dos demonios. El amor no tenía tiempo para analizarse de este modo a sí mismo entre dos campañas, y en 1809 iba, en cuestión de éxitos, tan aprisa como el Imperio. Ahora bien; cuando la Restauración, el guapo Hulot, al convertirse en mujeriego, en un principio había consolado a algunas amigas caídas entonces, como astros apagados del firmamento político y, una vez anciano, se había dejado coger por las Jenny Cadine y las Josefas.

La señora Marneffe había preparado sus baterías al saber los antecedentes del director, que le fueron contados extensamente por su marido, después que éste hubo tomado algunos informes en su oficina. La comedia del sentimiento moderno podía tener para el barón el encanto de la novedad, pues digámoslo, Valeria estaba decidida, y el ensayo que hizo de su poder aquella mañana respondió a todas sus esperanzas. Gracias a estas maniobras sentimentales, novelescas y románticas, Valeria obtuvo, sin haber prometido nada, la plaza de subjefe y la cruz de la Legión de Honor para su marido.

Esta lucha no se realizó, como es consiguiente, sin comidas en el Rocher de Cancale, sin invitaciones para el teatro y sin muchos regalos de mantillas, chales, trajes y joyas. Como la habitación de la calle del Deanato era poco agradable, el barón proyectó amueblar una con magnificencia en la calle de Vanneau, en una encantadora casa moderna.

El señor Marneffe obtuvo una licencia de quince días para poder ir a arreglar asuntos de interés de su país y una gratificación. Se prometió hacer un viajecito a Suiza para estudiar el bello sexo.

Si el barón Hulot se ocupó de su protegida, no por eso olvidó a su protegido. El conde Popinot, ministro de Comercio, era amante de las artes, y dio dos mil francos por un ejemplar del grupo Sansón, con la condición de que se rompería el molde para que no existiese más que su Sansón y el de la señorita de Hulot. Aquel grupo excitó la admiración de un príncipe, al cual le enseñaron el modelo del reloj, que fue comprado por él en treinta mil francos, con la condición de que había de ser el único poseedor. Consultados los artistas, entre los cuales estaba Stidmann, declararon que el autor de aquellas dos obras podía hacer una estatua. Inmediatamente el mariscal príncipe de Wissemburgo, ministro de la Guerra y presidente del Comité de suscripción para el monumento del mariscal Montcornet, convocó a dicho Comité, acordando en él confiar a Steinbock la ejecución de la estatua. El conde de Rastignac, que era entonces subsecretario de Estado, quiso una obra del artista cuya gloria surgía aclamada por sus rivales. Obtuvo de Steinbock el delicioso grupo de los dos muchachos coronando a una muchacha, y le prometió un taller en el depósito de mármoles del Gobierno, situado, como es sabido, en el Gros-Caillou.

Aquello fue el éxito, pero el éxito como se obtiene en París, es decir, loco, el éxito capaz de aplastar a las gentes que no tienen hombros para soportarlo, lo cual, entre paréntesis, ocurre frecuentemente. Se hablaba en los periódicos y en las revistas del conde de Steinbock, sin que

él ni la señorita Fischer lo sospechasen siquiera. Todos los días, tan pronto como la señorita Fischer se iba a comer, Wenceslao se encaminaba a casa de la baronesa, pasando allí una o dos horas, excepto el día en que Sabela iba a casa de su prima Hulot. Este estado de cosas duró algunos días.

El barón, seguro de las cualidades y del estado civil del conde de Steinbock; la baronesa, prendada de su carácter y de sus costumbres, y Hortensia, orgullosa de su aprobado amor y de la gloria de su pretendiente, no vacilaban ya en hablar de aquel matrimonio. Finalmente, el artista se creía en el colmo de la dicha, cuando una indiscreción de la señora Marneffe lo puso todo en peligro. He aquí cómo:

Sabela, a quien el barón Hulot deseaba relacionar con la señora Marneffe para tener siempre un testigo de vista de aquel hogar, había comido ya en casa de Valeria, la cual, por su parte, deseando saber algo de la familia Hulot acariciaba mucho a la solterona. Valeria tuvo, pues, la idea de invitar a la señorita Fischer a estrenar la nueva habitación que ocuparía en breve. La solterona, contenta de hallar una casa más adonde ir a comer, y cautivada por la señora Marneffe, le había tomado cariño. De todas las personas con quienes había tenido relaciones, ninguna había hecho tantos gastos por ella. En efecto, la señora Marneffe, que mimaba cuanto podía a la señorita Fischer era, por decirlo así, para ella lo que la prima Bela era para la baronesa, para el señor Rivet, para Crevel y par todos los demás que la invitaban a comer. Los Marneffe habían excitado sobre todo la conmiseración de la prima Bela, dejándola ver la profunda miseria de su hogar, revistiéndola como siempre de los más hermosos colores; amigos socorridos, que fueron ingratos, enfermedades, un madre, la señora Fortin, a quien habían ocultado sus angustias y que murió creyéndose siempre en la opulencia gracias a sacrificios sobrehumanos, etc.

-¡Pobre gente! - le decía a su primo Hulot -. Hace usted bien en interesarse por ellos, porque son muy buenas personas y lo merecen. Apenas pueden vivir con lo mil escudos de sueldo del subjefe, y desde la muerte de mariscal Montcornet están empeñados. Es una verdadera barbarie eso de que el Gobierno quiera que un empleado que tiene mujer e hijos viva en París con dos mil cuatro cientos francos de sueldo.

Una joven que parecía tenerle amistad, que se lo decía todo para consultarle, que la adulaba y que parecía dejarse guiar por ella, pasó a ser al poco tiempo más amada por la prima Bela que todos sus parientes.

Por su parte, el barón, admirando en la señora Marneffe una decencia, una educación y unos modales que no habla visto en Jenny Cadine, ni en Josefa, ni en ninguna de sus amigas, se había enamorado de ella, en un mes, con pasión de anciano, pasión insensata que parecía razonable. En efecto, no veía allí ni burlas, ni orgías, ni gastos locos, ni depravación, ni desprecio por las cosas sociales, ni aquella independencia absoluta que, en sus relaciones con la actriz y la cantante, había sido causa de todas sus desgracias. Tampoco veía en ella aquella rapacidad de cortesana, comparable a un estómago insaciable.

La señora Marneffe, que se había convertido en su amiga y confidente, hacía mil remilgos para aceptar la menor cosa de él.

Librodot

- Pasemos por los ascensos, las gratificaciones y todo lo que pueda usted lograr del Gobierno; pero no empiece a deshonrar a la mujer a quien dice amar tanto - decía Valeria -, porque si no, no le creeré... y a mí me gusta creerle - añadía, dirigiendo al cielo una mirada de santa.

Cada regalo que le hacía aceptar era una especie de violación de conciencia, la toma de una fortaleza. El pobre barón empleaba estratagemas para ofrecer una bagatela, que no dejaba por eso de costarle cara, y se felicitaba de haber encontrado al fin una virtud, de haber hallado la realización de sus sueños. En aquel hogar primitivo - se decía - el barón era tan dios como en su casa. El señor Marneffe parecía hallarse a mil leguas de creer que el Júpiter de su ministerio tuviese la intención de descender sobre la casa de su mujer como una lluvia de oro, y hacíase criado de su augusto jefe.

La señora Marneffe, de veintitrés años de edad, mujer de la clase media, pura y timorata, flor escondida en la calle del Deanato, debía ignorar las depravaciones y la desmoralización cortesanescas, que causaban ahora disgusto horrible al barón, pues éste no había conocido todavía los encantos de la virtud que lucha, y la tímida Valeria se los hacía saborear, como dice la canción, a todo lo largo del río.

Una vez planteada así la cuestión entre Héctor y Valeria, nadie se asombrará de saber que Valeria hubiese sabido por Héctor el secreto de la próxima boda del gran artista Steinbock con Hortensia. Entre un amante sin derechos y una mujer que no se decide fácilmente a convertirse en una querida hay luchas orales y morales en que la palabra descubre frecuentemente el pensamiento, del mismo modo que, en un asalto, el florete adquiere la animación de la espada del duelo. El hombre más prudente imita entonces al señor de Turena. El barón había dejado, pues, entrever toda la libertad de acción que el matrimonio de su hija le daría, para responder a la amable Valeria que, más de una vez, había exclamado:

-¡No concibo que una mujer cometa una falta por un hombre que no pueda ser todo suyo!
El barón le había jurado ya mil veces que, desde hacía veinticinco años, todo había terminado entre la señora Hulot y él.

-¡Dicen que es tan hermosa! - replicaba la señora Marneffe - Quiero pruebas.

- Las tendrá usted - dijo el barón, feliz con aquel deseo de Valeria que la comprometía.

-¿Cómo? Sería preciso que no me dejase usted nunca - había respondido Valeria.

Héctor se había visto entonces obligado a revelar sus proyectos en ejecución de la calle de Vanneau, para demostrar a su Valeria que pensaba en darle aquella mitad de vida que pertenece a una mujer legítima, suponiendo que el día y la noche participan por igual de la existencia de las gentes civilizadas. Habló de separarse con decoro de su mujer, dejándola sola, una vez que su hija se hubiese casado. La baronesa pasaría entonces todo el tiempo en casa de Hortensia y en la de los jóvenes esposos Hulot, y estaba seguro de la obediencia de su mujer.

- Desde entonces, mi angelito, mi verdadera vida, mi verdadero hogar estará en la calle de Vanneau.

-¡Dios mío, cómo dispone usted de mí!... - dijo entonces la señora Marneffe - ¿Y mi marido?

Librodot

-¿Ese guiñapo?

- Lo cierto es que, comparado con usted, es eso... - respondió ella riendo.

La señora Marneffe sintió unas ganas atroces de ver al joven conde de Steinbock después de haber sabido su historia; quizá quería obtener alguna joya suya, mientras viviesen bajo el mismo techo. Esta curiosidad desagradó tanto al barón, que Valeria juró no mirar nunca más a Wenceslao. Pero después de haberse hecho recompensar el abandono de aquel capricho con un pequeño servicio

completo para té, de porcelana antigua de Sevres, guardó ese deseo en el fondo de su corazón, escrito como en una agenda. Así, pues, un día en que había rogado a su prima Bela viniese para tomar el café juntas, en su habitación, puso sobre el tapete la cuestión de su novio, con el fin de saber si podría verle sin peligro.

- Amiguita mía - dijo ella, pues se trataban mutuamente de amiguitas -, ¿por qué no me ha presentado usted todavía a su novio? ¿Sabe usted que se ha hecho célebre en poco tiempo?

-¿Él célebre?

- Pero... ¡Si no se habla más que de él!

-¡Bah! - exclamó Sabela.

- Va a hacer la estatua de mi padre, y yo puedo serle muy útil para el buen éxito de su empresa, pues la señora Montcornet no puede, como yo, prestarle una miniatura de Sain, una obra maestra hecha en 1809, antes de la campaña de Wagram, miniatura que le fue dada a mi pobre madre cuando Montcornet era aún joven y guapo.

En tiempo del Imperio, Sain y Augustin compartían el imperio de la pintura en miniatura.

-¿Dice usted, amiguita, que va a hacer una estatua? - Preguntó Sabela.

- De nueve pies, encargada por el Ministerio de la Guerra. Pero ¿de dónde sale usted? ¿He de tener yo que darle esas noticias? El Gobierno le va a dar además al conde de Steinbock un taller y casa en el depósito de mármoles del Gros-Caillou, del que tal vez sea director su polaco... Una plaza de dos mil francos, que le vendrá como anillo al dedo.

-¿Cómo sabe usted todo eso, cuando yo no sé nada? - dijo al fin Sabela, saliendo de su estupor.

- Vamos a ver, mi querida prima Bela - dijo graciosamente la señora Marneffe -, ¿es usted capaz de sentir una amistad verdadera, a toda prueba? ¿Quiere usted que seamos como dos hermanas? ¿Quiere usted jurarme que no tendrá nunca secretos para mí, como yo no los tendré para usted, y quiere usted ser mi espía como lo seré yo suya? ¿Quiere usted, sobre todo, jurarme que no me venderá nunca a mi marido ni al señor Hulot, y que no dirá nunca que he sido yo la que le he dicho...?

Librodot

La señora Marneffe se detuvo en su plática, pues le asustó el aspecto de la prima Bela. La fisonomía de la lorenesa se había vuelto terrible. Sus ojos negros y penetrantes tenían la fijeza de los tigres. Su cara se parecía a las que atribuimos a las pitonisas, pues apretaba los dientes para impedir que castañeteasen, y una espantosa convulsión hacía temblar sus miembros. Había metido su ganchuda mano entre su gorro y sus cabellos para empuñarlos y sostener su cabeza, que le parecía se había vuelto demasiado pesada: ardía. El humo del incendio que la consumía parecía salir a través de sus arrugas, cual si fuesen grietas producidas por una erupción volcánica. Aquello fue un espectáculo sublime.

- Pero ¿Por qué se detiene usted? - le dijo con voz ronca, hueca - Seré para usted todo lo que era para él. ¡Oh! Le hubiera dado mi sangre.

-¿Le amaba usted, pues?

- Como si fuese mi hijo.

- Bien - repuso la señora Marneffe respirando más a gusto - Si no le ama usted más que como hijo, se va usted a poner muy contenta, pues ¿usted quiere verle feliz?

Sabela respondió con un movimiento de cabeza rápido, como el de una loca.

- Se casa dentro de un mes con la primita de usted.

-¡Con Hortensia! - gritó la solterona, dándose un golpe en la frente y levantándose.

-¿Cómo? ¿De modo que ama usted a ese joven? - preguntó la señora Marneffe.

- Amiguita mía, vamos a unirnos hasta morir - dijo la señorita Fischer -. Sí; si usted tiene afectos, me serán sagrados. En fin, los vicios de usted se convertirán para mí en virtudes, porque voy a necesitar de sus vicios.

-¿De modo que vivía usted con él? - exclamó Valeria.

- No; quería ser su madre.

-¡Ah! Pues entonces no puedo entender nada - repuso Valeria -, pues entonces no ha sido usted burlada ni engañada, y debe sentirse muy dichosa al ver que hace un buen matrimonio, al verle lanzado. Por lo demás, todo ha acabado para usted, no lo dude. El artista va todos los días a casa de la señora de Hulot tan pronto como usted se va a comer.

-¡Adelina! - exclamó Sabela - ¡Oh! ¡Adelina, me la pagarás! ¡He de hacer que te vuelvas más fea que yo!

- Pero ¡está usted pálida como una muerta! - repuso Valeria -. Pero ¿hay algo entre ustedes? ¡Oh! ¡Qué estúpida soy! - exclamó la señora Marneffe -. Cuando la madre y la hija se ocultan de usted es porque temen que opondría obstáculos a ese amor; pero de todos modos, si usted no vivía con ese joven... Todo esto, amiguita, resulta para mí más oscuro que el corazón de mi marido.

Librodot

-¡Oh! Usted no sabe - repuso Sabela -, usted no sabe lo que es esa artimaña: es el último golpe que mata. ¡Y cuántos, cuántos golpes he sufrido yo en el alma! ¡Usted ignora que desde la edad en que se siente yo me he visto inmolada a Adelina! Me daban golpes y a ella le hacían cariños. Iba yo a misa como una desastrada y ella vestida como una señora. Yo cavaba el jardín, mondaba las legumbres y ella no movía los dedos más que para arreglar sus trapillos. Ella se ha casado con el barón, ha venido a brillar a la corte del emperador, y yo permanecí hasta el año 1809 en mi aldea esperando un partido conveniente durante cuatro años. Ellos me sacaron de allí, pero para hacerme obrera y para proponerme empleados y capitanes que parecían porteros... Yo he tenido durante veinticinco años todas sus sobras... Y he aquí, que, como en el Antiguo Testamento, el pobre posee una sola oveja, que constituye su dicha, y el rico, que tiene rebaños, ambiciona la oveja del pobre y se la roba... sin advertírselo, sin pedírsela... ¡Adelina me arrebata mi dicha! ¡Adelina!... ¡Adelina! ¡Te veré en el lodo y más baja cien veces que yo! Hortensia, a quien yo amaba, me ha engañado... El barón... No, eso no es posible. Vamos a ver: dígame usted lo que hay de cierto en todo.

- Cálmese usted, amiguita mía.

- Valeria, ángel mío querido, voy a calmarme - respondió aquella extraña joven, sentándose -. Una sola cosa puede volverme la razón: deme usted una prueba.

-¡Pero si su prima posee el grupo Sansón, cuya litografía ha publicado una revista! Hortensia lo pagó con sus economías, y el barón es quien, considerándolo ya como su futuro yerno, lo lanza y le consigue todo.

-¡Agua! ¡Agua! - gritó Sabela después de haber fijado sus ojos en la litografía, bajo la que se leía: Grupo perteneciente a la señorita Hulot de Ervy- ¡Agua! ¡Mi cabeza arde! ¡Me vuelvo loca!

La señora Marneffe trajo agua; la solterona se quitó el gorro, se soltó sus cabellos negros y metió varias veces la cabeza en la palangana que sostenía su nueva amiga; mojó así varias veces su frente, conteniendo el amago de congestión. Después de esta inmersión, recobró todo su imperio sobre sí misma.

-¡Ni una palabra! - le dijo a la señora Marneffe al mismo tiempo que se secaba -. ¡Ni una palabra de todo esto! ¿Ve usted? Ya estoy tranquila y todo está olvidado. Ahora estoy pensando en otra cosa.

- Seguramente que mañana está en el manicomio - se dijo la señora Marneffe, mirando a la lorenesa.

-¿Qué hacer? - repuso Sabela -. Mire usted, ángel mío, es preciso callarse, inclinar la cabeza e ir a la tumba como va el agua directamente al río. ¿Qué puedo intentar yo? Yo quisiera reducir a polvo a toda esa gente, a Adelina, a su hija, al barón; pero ¿qué puede una parienta pobre contra toda una familia rica?... Sería la historia del puchero de barro contra el puchero de hierro.

- Sí, tiene usted razón - respondió Valeria -; vale más sacar de todo esto el partido que se pueda. Ésta es la vida en París.

Librodot

- Y no lo dude - dijo Sabela -, yo moriré pronto si pierdo a ese muchacho, a quien creía poder servir siempre de madre y con quien contaba vivir toda mi vida.

Las lágrimas aparecieron en sus ojos y se detuvo. Esta sensibilidad en aquella muchacha de azufre y de fuego hizo temblar a la señora Marneffe.

- Menos mal - dijo, cogiendo la mano de Valeria - que la tengo a usted, lo que me sirve de consuelo en esta gran desgracia... Nos amaremos mucho... Y ¿por qué nos hemos de separar? Yo no seré nunca un estorbo para usted. A mí no me amarán nunca. Todos los que me han querido se casaban conmigo a causa de la protección de mi primo... ¡Tener energía para escalar el paraíso y emplearla en procurarse pan, agua, guiñapos y una guardilla! ¡Ah, amiguita mía! ¡Esto sí que es martirio! En él me he consumido.

Dicho esto, se detuvo bruscamente y fijó en los azules ojos de la señora Marneffe una mirada negra que atravesó el alma de aquella mujer bonita como la hoja de un puñal hubiese atravesado el corazón.

-¡Y para qué hablar! - exclamó, dirigiéndose un reproche a sí misma -. ¡Ah! Jamás he dicho otro tanto. ¡La lucha volverá a manos de su amo! - añadió después de una pausa, empleando una frase del lenguaje infantil -. Como usted dice muy bien, agucemos los dientes y procuremos el mayor provecho posible.

- Tiene usted razón - dijo la señora Marneffe, a quien espantaba aquella crisis, y que no recordaba haber emitido este apotegma -. Creo que está usted en lo cierto, hijita mía. Ande, la vida no es tan larga; hay que sacar de ella todo el partido que se pueda empleando a los demás para placer nuestro. Yo, que soy aún joven, ya estoy desengañada. Fui educada con gran mimo; mi padre se casó por ambición y casi me olvidó después de haber hecho de mí su ídolo, luego de haberme educado como a la hija de una reina. Mi pobre madre, que me hacía soñar un gran porvenir, murió de pena al verme casada con un empleadillo con mil doscientos francos, viejo y frío libertino, a los treinta y nueve años, corrompido como un baño de esclavos, y que no veía en mí más que lo que han visto en usted; un instrumento de fortuna. Pues bien, he acabado por ver que este hombre infame es el mejor de los maridos. Me deja en libertad, prefiriendo a las sucias perdidas de la calle, y si se queda para sí el sueldo, jamás me pide cuentas acerca del modo que tengo de procurarme recursos...

A su vez, la señora Marneffe se detuvo, como mujer que se siente arrastrada por el torrente de las confidencias, y admirada de la atención que le prestaba Sabela, creyó conveniente estar segura de ella antes de hacerla dueña de sus últimos secretos.

- Vea usted, amiga, cuál es mi confianza en usted - repuso la señora Marneffe, a la que Sabela contestó con un signo excesivamente tranquilizador.

A veces se jura con los ojos y con un movimiento de cabeza con más solemnidad que ante los tribunales de justicia.

- Yo tengo las apariencias de la honradez - repuso la señora Marneffe, poniendo su mano sobre la mano de Sabela como si fuera a prestar juramento -. Soy una mujer casada y hago lo que quiero, hasta tal punto que, por la mañana, al salir para el ministerio, si le da la ocurrencia a Marneffe de decirme adiós y se encuentra cerrada la puerta de mi cuarto, se va tan

tranquilamente. Quiere a su hijo menos de lo que yo quiero a uno de los niños de mármol que juegan al pie de uno de los dos Ríos, en las Tullerías. Si yo no vengo a comer, come muy bien con la criada, pues la criada es toda para el señor, y todas las noches sale después de la cena para no volver hasta media noche o la una de la madrugada. Desgraciadamente, hace un año que estoy sin doncella, lo cual quiere decir que hace un año que estoy viuda... No he tenido más que una pasión, una dicha... Era un rico brasileño que hace un año marchó, ¡ésa es mi única falta! Se marchó a vender sus propiedades, a realizarlo todo para poder establecerse en Francia. ¿Qué encontrará de su Valeria? Un estercolero. ¡Bah! Después de todo, suya será la culpa, y no mía. ¿Por qué tarda tanto en volver? Además, ¿quién sabe si no habrá naufragado, como mi virtud?

- Adiós, amiga mía - dijo bruscamente Sabela -; no nos separaremos ya nunca. La quiero a usted, la estimo y soy toda suya. Mi primo me atormenta para que vaya a vivir en su futura casa de la calle de Vanneau; yo no quería, porque he adivinado la razón de esta nueva bondad.

- Sí, ya sé que usted me hubiera vigilado - dijo la señora Marneffe.

- Ésa es la razón de su generosidad - replicó Sabela -. ¡En París la mitad de los beneficios son especulaciones, como la mitad de las ingratitudes son venganzas! Con una parienta pobre se obra como con las ratas cuando se les pone un pedazo de tocino como cebo. Aceptaré el ofrecimiento del barón, porque esta casa se me ha hecho odiosa. En cuanto a eso, tenemos las dos bastante talento para callar lo que nos daña y decir lo que debe decirse; de modo que nada de indiscreciones y una amistad...

-¡A toda prueba! - exclamó gozosamente la señora Marneffe, satisfecha de tener una confidente, una especie de tía honrada -. Escuche usted, veo que el barón se porta perfectamente en la calle de Vanneau.

- Ya lo creo - repuso Sabela -. ¡Como que se ha gastado treinta mil francos! No sé de dónde los ha sacado, porque Josefa le había desangrado por completo. ¡Oh! Ha caído usted bien - añadió -. El barón es capaz de robar para la que tiene su corazón entre unas manitas blancas y satinadas como las de usted.

- Bueno, amiguita mía - repuso la señora Marneffe, con la seguridad de las mujeres, que no es más que indiferencia -, tome usted de esta casa lo que pueda servirle para su nuevo albergue: esta cómoda, este armario de luna, esta alfombra, la colgadura...

Los ojos de Sabela se dilataron por efecto de un goce insensato, pues no se atrevía a creer en semejante regalo.

-¡Hace usted más por mí en un momento que mis parientes ricos en treinta años! - exclamó -. ¡Nunca se han ocupado de si tenía o no muebles! En su primera visita, hace algunas semanas, el barón hizo una mueca de rico al ver el aspecto de mi miseria... Pues bien; gracias, amiga mía, yo le haré recobrar centuplicado lo que esto vale. Más adelante verá usted cómo.

Valeria acompañó a su prima Bela hasta el descansillo, donde las dos mujeres se besaron.

Librodot

-¡Cómo hiede la condenada! - se dijo la mujer bonita cuando estuvo sola -. Procuraré no besar con frecuencia a mi primita. Sin embargo, hay que andar con cuidado, debo mimarla mucho, porque me será muy útil y tal vez me haga hacer fortuna.

Como verdadera criolla de París, la señora Marneffe aborrecía la pena, tenía la negligencia de las gatas, que sólo corren y se mueven forzadas por la necesidad. Para ella la vida debía ser todo placer y el placer no debía tener dificultades. Le gustaban las flores, con tal que se las llevasen a casa. No concebía una noche de teatro sin tener un buen palco entero para ella y un coche para volver a casa. Valeria había adquirido estos gustos de cortesana de su madre, mimada por el general Montcornet durante las estancias que hacía en París, y que, durante veinte años, había visto todo el mundo a sus pies; pero como era una gastadora lo había disipado todo y se lo había comido con esa vida lujosa cuyo programa se ha perdido desde la caída de Napoleón. Los grandes del Imperio han igualado con sus locuras a los grandes señores de antaño. Durante la Restauración, la nobleza se ha acordado siempre de haber sido perseguida y robada; de modo que, aparte dos o tres excepciones, se ha convertido en económica, juiciosa, previsora; en fin, burguesa y sin grandeza. Después, el año 1830 consumó la obra de 1793. En lo sucesivo, en Francia habrá grandes nombres, pero no grandes casas, a menos de grandes cambios políticos difíciles de prever. Todo toma aquí el sello de la personalidad. La fortuna de los más juiciosos es vitalicia. Se ha destruido la familia.

El poderoso abrazo de la miseria, que estrangulaba a Valeria el día en que, según la expresión de Marneffe, había hecho a Hulot, había decidido a esta joven a tomar su belleza como medio de hacer fortuna. Así es que hacía algunos días sentía la necesidad de tener a su lado, al igual que una madre, una amiga adicta de esas a quienes se confía lo que se debe ocultar a una doncella de servicio y que puede obrar, ir y venir y pensar por nosotros; un testaferro, en suma, que consienta en un reparto desigual de la vida. Ahora bien; Valeria había adivinado, lo mismo que Sabela, las intenciones que llevaba el barón al relacionarla con la prima Bela. Aconsejada por la temible inteligencia de la criolla parisiense, que se pasa las horas tendida sobre un diván, paseando la linterna de su observación por todos los rincones oscuros de las almas, de los sentimientos y de las intrigas, había ideado convertir en cómplice a su espía. Probablemente su terrible indiscreción era premeditada; había reconocido el verdadero carácter de la ardiente y apasionada muchacha, y quería atraérsela. Esta conversación se parecía, pues, a la piedra que arroja un viajero a un abismo para hacerse la demostración física de su profundidad. Y la señora Marneffe había sentido miedo al ver que aquella muchacha, en apariencia tan débil, tan humilde y tan poco de temer, era a la vez un Yago y un Ricardo II.

En un instante, la prima Bela se había mostrado tal cual era; en un instante aquel carácter de corso y de salvaje, al romper las débiles ligaduras que le sujetaban, había recobrado su amenazadora altura, como la rama de un árbol se escapa de las manos del niño que la ha doblado hasta él para quitarle los frutos.

Para el que observe el mundo social será siempre objeto de admiración la plenitud, la perfección y la rapidez de las concepciones en las naturalezas vírgenes.

La virginidad, como todas las monstruosidades, tiene riquezas especiales, grandezas absorbentes. La vida, cuyas fuerzas están economizadas, adquiere en el individuo virgen una resistencia y una duración incalculables. El cerebro se ha enriquecido con el conjunto de sus facultades reservadas. Cuando las gentes castas necesitan su cuerpo o su alma, y recurren a la

Librodot

acción o al pensamiento, ven que sus músculos son de acero, que su inteligencia posee una ciencia infusa, la magia negra de la voluntad.

Desde este punto de vista, la Virgen María, no considerándola por un momento más que como un símbolo, eclipsó por su grandeza todos los tipos indios, egipcios y griegos. La Virginidad, madre de las grandes cosas, magna parens rerum, tiene en sus hermosas manos blancas la llave de los mundos superiores. En fin, esa grandiosa y terrible excepción merece todos los honores que le confiere la Iglesia católica.

En un momento, pues, la prima Bela se convirtió en el mohicano, cuyos lazos son inevitables, cuyo disimulo es impenetrable y cuyas rápidas decisiones están fundadas sobre la perfección inaudita de los órganos. Fue el odio y la venganza sentidos sin transición, como se sienten en Italia, en España y en Oriente. Estos dos sentimientos, que son engendrados por la amistad y por el amor llevados a lo absoluto sólo son conocidos por los países bañados por el sol. Pero Sabela fue sobre todo hija de Lorena, es decir, se resolvió a engañar.

No emprendió de buena gana esta última parte de su papel; hizo una tentativa singular, debido a su profunda ignorancia. Pensó que la cárcel era lo que creen todos los niños que es; confundió el guardar en secreto con el encarcelamiento. El guardar en secreto es el superlativo del encarcelamiento, y este superlativo es el privilegio de la justicia criminal.

Al salir de casa de la señora Marneffe, Sabela se fue a casa del señor Rivet y lo halló en su despacho.

- Bueno, mi buen señor Rivet - le dijo, después de haber echado el cerrojo a la puerta -, tenía usted razón; los polacos son todos unos canallas; gentes sin fe ni ley.

- Sí, gentes que quieren incendiar a Europa - dijo el pacífico Rivet -, arruinar el comercio y a los fabricantes, por una patria que, según dicen, está llena de pantanos y de espantosos judíos, sin contar los cosacos y los aldeanos, especie de bestias feroces difícilmente clasificadas dentro del género humano. Esos polacos desconocen los tiempos actuales. ¡Nosotros no somos ya bárbaros! La guerra se va, mi querida señorita, se ha ido con los reyes. Nuestro tiempo es el triunfo del comercio, de la industria y de la formalidad que creó la Holanda. Sí - dijo, animándose -, estamos en una época en que los pueblos deben obtenerlo todo por el desenvolvimiento de las instituciones constitucionales; he aquí lo que los polacos ignoran, y yo confío... ¿Qué dice usted, hermosa mía? - añadió, deteniéndose al ver, por la actitud de su obrera, que la alta política estaba fuera de su comprensión.

- Aquí está el legajo - replicó Bela -. ¡Si no quiero perder mis tres mil doscientos diez francos será preciso meter a ese pillo en la cárcel!

-¡Ah! Ya se lo decía yo a usted - exclamó el oráculo del barrio de San Dionisio.

La casa Rivet, sucesor de Pons hermanos, seguía siempre establecida en la calle de las Malas Palabras, en el antiguo palacio de Langeais, construido por esta ilustre casa en la época en que los grandes señores se agrupaban en torno del Louvre.

-¡Por eso le he colmado de bendiciones mientras venía hacia aquí! - respondió Sabela.

- Si él no sospecha nada podrá ser detenido a las cuatro de la mañana - dijo el juez, consultando su almanaque para ver la hora de la salida del Sol -; pero esto no podrá hacerse hasta pasado mañana, porque no se puede prender a nadie por deudas sin conminarle antes al pago. Así es que...

-¡Qué ley más estúpida! - dijo la prima Bela - De ese modo el deudor se escapa.

- Tiene perfecto derecho - replicó el juez, sonriendo -. Así, mirad, he aquí cómo...

- En cuanto a eso, yo cogeré el papel - dijo Bela, interrumpiendo al cónsul -, se lo entregaré diciendo que me he visto obligada a buscar dinero y que mi prestamista ha exigido esa formalidad. Como conozco al polaco, sé que ni siquiera abrirá el papel y continuará fumando su pipa.

-¡Ah! No está mal, no está mal, señorita Fischer. Bueno, esté usted tranquila, que se arreglará el asunto. Pero un instante... No es todo el encerrar a un hombre; ese lujo judicial no se emplea más que para coger su dinero. ¿Cree usted que cobrará así? ¿Quién le pagará?

- Los que le dan dinero.

-¡Ah! Sí, ya no me acordaba que el ministro de la Guerra le ha encargado del monumento erigido a uno de nuestros clientes. ¡Ah! Esta casa ha hecho muchos uniformes para el general Montcornet, el cual no tardaba en ennegrecerlos con el humo de los cañones. ¡Qué valiente era! ¡Y pagaba puntualmente!

Un mariscal de Francia habrá podido salvar al emperador o a su país, pero el ¡pagaba puntualmente! siempre será su mejor elogio en boca de un comerciante.

- Bueno, hasta el sábado, señor Rivet, que tendrá usted sus grandes platos. A propósito: le advierto que abandono la calle del Deanato y voy a vivir a la calle de Vanneau.

- Hace usted bien, porque la veía con pena en ese agujero que, a pesar de mi repugnancia para todo lo que imita a la oposición, deshonra, ¿me atreveré a decirlo? Sí, deshonra el Louvre y la plaza del Carrousel. Adoro a Luis Felipe, es mi ídolo, es la representación augusta y exacta de la clase sobre la que ha fundado su dinastía, y no olvidaré nunca lo que ha hecho por la pasamanería al restablecer la Guardia Nacional.

- Cuando le oigo hablar a usted así - dijo Sabela -, me pregunto por qué no es usted diputado.

- Temen mi adhesión a la dinastía - respondió Rivet -. Mis enemigos políticos son los del rey. ¡Ah! Es un carácter noble, una hermosa familia. En fin - repuso, continuando su argumentación -, es nuestro ideal; costumbres, economía, todo. Pero la terminación del Louvre es una de las condiciones que le impusimos para darle la Corona, y la lista civil, a la que no se ha señalado límite, estoy conforme en ello, nos deja el corazón de París en un estado lamentable... Por lo mismo que soy partidario del justo medio me gustaría ver el justo medio de París en otro estado. El barrio donde usted vive hace temblar. Si siguiera usted en él, la hubieran asesinado un día u otro... Pues bien; ya tenernos al señor Crevel como jefe de batallón de su legión... Confío en que seremos nosotros los que le proporcionemos sus charreteras.

- Hoy como en su casa, y procuraré enviárselo.

Sabela creyó que tendría para ella al livonio tratando de cortar todas las comunicaciones entre el mundo y él. No trabajando más, el artista se vería olvidado como un hombre enterrado en una cueva, adonde sólo ella iría a verle. Tuvo de este modo dos días de dicha, pues esperaba asestar golpes de muerte a la baronesa y a su hija.

Para ir a casa del señor Crevel, que vivía en la calle de los Saucedales, tomó por el puente del Carrousel, el muelle Voltaire, el muelle de Orsay, la calle Bellechasse, la calle de la Universidad, el puente de la Concordia y la avenida de Marigny. Aquella ruta ilógica estaba trazada por la lógica de las pasiones, siempre excesivamente enemiga de las piernas. La prima Bela, mientras pasó por los muelles, miró hacia la orilla derecha del Sena, andando con lentitud. Su cálculo era justo: había dejado a Wenceslao vistiéndose y pensaba que tan pronto como el enamorado se viera libre de ella iría a casa de la baronesa por el camino más corto. En efecto, en el momento en que pasaba arrimada a lo largo del parapeto del muelle de Voltaire, devorando la ribera con sus miradas, y marchando con el pensamiento por la otra orilla, descubrió al artista en cuanto desembocó por el postigo de las Tullerías para ganar el puente Real. Alcanzó allí a su infiel y pudo seguirlo sin ser vista por él, ya que los enamorados rara vez vuelven la cabeza; lo siguió hasta la casa de la señora Hulot, donde le vio entrar como hombre acostumbrado a venir con frecuencia.

Aquella última prueba, que confirmaba las confidencias de la señora Marneffe, puso a Sabela fuera de sí.

Llegó a casa del jefe del batallón, recientemente elegido, en ese estado de irritación mental que hace cometer asesinatos, y encontró al padre Crevel esperando a sus hijos, el joven matrimonio Hulot, en el salón.

Pero Celestino Crevel es un representante tan ingenuo y tan verdadero del advenedizo parisiense, que es difícil entrar sin ceremonia en casa de este feliz sucesor de César Birotteau. Celestino Crevel es por sí solo todo un mundo; por eso merece, más que Rivet, los honores de la paleta, a causa de su importancia en este drama doméstico.

-¿Habéis notado que en la infancia o en los comienzos de la vida social nos creamos con nuestras propias manos un modelo, muchas veces sin darnos cuenta de ello? Así es como el dependiente de una casa de Banca sueña, al entrar en el salón de su amo, con poseer un salón semejante. Si hace fortuna, veinte años más tarde, no será el lujo que esté entonces de moda el que entronice en su casa, sino el lujo de antes, que tanto le fascinara. No se conocen todas las tonterías que son debidas a esa envidia retrospectiva, del mismo modo que se ignoran todas las locuras debidas a esas rivalidades secretas que llevan los hombres a imitar el tipo que se han formado y a consumir sus fuerzas para hacerse notar. Crevel fue teniente de alcalde porque su amo lo había sido, y era jefe de batallón porque había envidiado las charreteras de César Birotteau. También, impresionado por las maravillas realizadas por el arquitecto Grindot, en el momento en que la fortuna sopló a su amo, Crevel, como él decía, no se había parado en barras cuando se trató de decorar su habitación; se dirigió con los ojos cerrados y la bolsa abierta a Grindot, arquitecto que estaba entonces completamente olvidado. No se sabe cuánto tiempo duran las glorias pasadas, sostenidas por las admiraciones anteriores.

Librodot

Grindot había reproducido allí por milésima vez su salón blanco y oro, tapizado de damasco rojo. El mobiliario de palisandro, esculpido como se esculpen las obras corrientes, sin finura, había sido dentro de la fabricación parisiense un legítimo orgullo para la provincia cuando la Exposición de productos de la industria. Las lámparas, los brazos, el cenicero, la araña y el reloj pertenecían al género rocalla. La mesa redonda, inmóvil en medio del salón, ofrecía un mármol incrustado de todos los mármoles italianos y antiguos venidos de Roma, donde se fabrican esas especies de mapas mineralógicos semejantes a muestrarios de sastres y que causaban periódicamente la admiración de todos los burgueses a quienes Crevel recibía. Los retratos de la difunta señora de Crevel, de Crevel, de su hija y de su yerno, debidos al pincel de Pedro Grassou, pintor de gran fama entre las gentes de la clase media, a quien Crevel debía lo ridículo de su actitud byroniana, guarnecían las paredes, formando pareja los cuatro. Los marcos, pagados a mil francos cada uno, armonizaban perfectamente Con todo aquel lujo de café que seguramente hubiese hecho encogerse de hombros a un verdadero artista.

El oro jamás ha perdido la menor ocasión de mostrarse estúpido. Se contarían hoy diez Venecias en París si los comerciantes retirados hubiesen tenido ese instinto de las grandes cosas que distingue a los italianos. Aun en nuestros días, un negociante milanés lega quinientos mil francos al Duomo para el dorado de la Virgen colosal que corona la cúpula. Canova ordena en su testamento a su hermano que construya una iglesia de cuatro millones, y el hermano añade algo de lo suyo. Un burgués de París - y todos ellos sienten, como Rivet, un gran amor por su París -, ¿pensaría nunca en hacer levantar los campanarios que faltan en las torres de Nuestra Señora? Ahora bien; contad las sumas recogidas por el Estado en herencias sin herederos. Se habrían acabado los embellecimientos de París con el importe de las tonterías de cartón piedra, de pastas doradas y de esculturas falsas consumidas en quince años por los individuos de la clase de Crevel.

Al extremo de aquel salón se hallaba un magnífico gabinete amueblado con mesas y armarios imitación de Boule.

El dormitorio, tendido con pieles de Persia, daba también al salón. La caoba en toda su gloria infestaba el comedor, donde unas vistas de Suiza, provistas de ricos marcos, adornaban los tableros. El padre Crevel, que soñaba con hacer un viaje a Suiza, tenía interés en poseer aquel país pintado hasta el momento en que fuese a verlo en la realidad.

Crevel, antiguo teniente de alcalde, condecorado, guardia nacional, había reproducido fielmente, como se ve, todas las grandezas, hasta las mobiliarias, de su infortunado predecesor. Allí donde uno había caído, cuando la Restauración, éste, completamente olvidado, se había levantado, no por un extraño azar de la fortuna, sino por la fuerza de las cosas. En las revoluciones, lo mismo que en las tempestades marítimas, los valores sólidos se van a pique y sólo quedan a flote las cosas ligeras. César Birotteau, realista, gozando de favor y siendo envidiado, pasó a ser el punto de mira de la opulencia burguesa, mientras que la triunfante burguesía veíase asimismo representada por Crevel.

Aquella habitación, que costaba mil escudos de alquiler y rebosaba de todas esas cosas vulgares que procura el dinero, ocupaba el primer piso de un antiguo palacio situado entre patio y jardín. Todo estaba allí conservado como los coleópteros en casa de un entomólogo, pues Crevel paraba allí muy poco.

Librodot

Aquel local suntuoso constituía el domicilio legal del ambicioso burgués. Servido allí por una cocinera y un ayuda de cámara, tomaba dos criados más y encargaba las comidas de cumplido a casa de Chevet cuando obsequiaba a los amigos políticos, a gentes a quienes quería deslumbrar, o cuando recibía a su familia. El sitio de la verdadera vida de Crevel, que estaba antes en la calle de Nuestra Señora de Loreto, en casa de la señorita Eloísa Brisetout, habíase transferido, según se ha visto, a la calle de Chauchat. Todas las mañanas el antiguo negociante - todos los plebeyos retirados se titulan antiguos negociantes - pasaba dos horas en la calle de los Saucedales resolviendo sus asuntos, y el resto del tiempo se lo dedicaba a Zaida, lo que a ésta le atormentaba mucho. Orosmario Crevel tenía un trato cerrado con la señorita Eloísa; ella le debía quinientos francos mensuales de dicha, sin reciprocidad. Además, Crevel le pagaba la comida y todos los extraordinarios. Este contrato con primas, pues le hacía muchos regalos, parecía económico al ex amante de la célebre cantante. Solía decir, respecto a este punto, a los negociantes viudos que amaban demasiado a sus hijas, que era preferible tener caballos alquilados por meses que cuadra propia. Sin embargo, si se recuerda la confidencia hecha por el portero de la calle de Chauchat al barón, ya se sabrá que Crevel no ahorraba ni el cochero ni el groom.

Como se ve, Crevel había hecho de modo que su excesivo amor a su hija redundase en beneficio de sus placeres. La inmoralidad de su situación estaba justificada por razones de alta moral. Además, el antiguo perfumista sacaba de aquella vida - vida necesaria, vida desarreglada, Regencia, Pompadour, mariscal Richelieu, etc. -. un barniz más de superioridad. Crevel aparecía como hombre de grandes vuelos, como gran señor de pie pequeño, como hombre generoso, sin pequeñez de ideas, y todo ello por mil doscientos o mil quinientos francos al mes. No era todo esto efecto de una hipocresía política, sino efecto de vanidad burguesa que, sin embargo, daba el mismo resultado. En la Bolsa, Crevel pasaba por ser superior a su época y, sobre todo, por un hombre que sabía vivir.

En esto Crevel creía haber dejado al buen Birotteau a cien codos por debajo de él.

-¡Cómo! - exclamó Crevel lleno de rabia al ver a la prima Bela -. ¿Es usted la que casa a la señorita de Hulot con un joven conde a quien usted ha educado para ella?...

-¡Cualquiera diría que eso le contraría! - respondió Sabela, fijando en Crevel una mirada penetrante -. ¿Qué interés tiene usted en impedir que mi prima se case? Porque usted hizo abortar, según me han dicho, su matrimonio con el hijo del señor Lebás...

- Usted es una muchacha buena y muy discreta - repuso el padre Crevel - Ahora bien; ¿cree usted que yo perdonaré nunca al señor Hulot el crimen de haberme quitado a Josefa... y, sobre todo, para convertir a una joven honrada, con quien yo hubiera acabado por casarme allá en mi vejez, en una perdida, en una saltimbanqui, en una corista de la ópera? ¡No! ¡No! ¡Nunca!

- Y, sin embargo, el señor Hulot es un buen hombre - dijo la prima Bela.

-¡Amable, muy amable, demasiado amable! - repuso Crevel -. Yo no le deseo ningún mal; pero quiero tomarme la revancha, y me la tomaré. ¡Es mi idea fija!

-¿Y es ese deseo la causa de que no vaya usted ya a casa de la señora de Hulot?

- Tal vez...

Librodot

-¡Ah! ¿De modo que le hacía usted la corte a mi prima? - dijo Sabela, sonriendo -. Lo sospechaba.

- Sí, y me ha tratado como a un perro; peor aún, como a un lacayo; mejor dicho, ¡como a un detenido político! Pero saldré vencedor - añadió, cerrando los puños y golpeándose la frente.

-¡Pobre hombre! ¡Sería espantoso que hallase a su mujer faltándole, después de verse abandonado por su querida!

-¡Josefa! - exclamó Crevel - ¿Lo ha dejado Josefa? ¿Lo ha despedido? ¿Lo ha arrojado de su lado?... ¡Bravo, Josefa! ¡Josefa, me has vengado! ¡Te enviaré dos perlas para que adornes con ellas tus orejas, mi ex bicha!... No sabía nada de eso, porque, después que la vi a usted al día siguiente de aquel en que Adelina me echó de su casa, me fui a casa de los Lebás, a Corbeil, de donde ahora vuelvo. Eloísa ha hecho lo imposible para enviarme al campo, y ya he sabido la razón de su deseo: quería estrenar sin mí la habitación de la calle de Chauchat, con artistas, histriones y gentes de letras... ¡He sido burlado! Pero la perdonaré, porque Eloísa me entretiene. Es una Dejazet inédita.

¡Qué tunantuela es esta muchacha! He aquí la carta que encontré ayer por la noche:

«Viejo mío, he alzado mi tienda en la calle de Chauchat. He tomado la precaución de que mis amigos viniesen a secar las paredes. Todo está dispuesto. Venga usted cuando quiera, señor. Agar espera a su

«Abraham.»

- Eloísa me dará más noticias, pues conoce al dedillo la vida bohemia.

- Pues mi primo ha recibido impasible ese desengaño - respondió la prima.

-¡No es posible! - dijo Crevel, deteniéndose en su paseo, semejante al ir y venir de un péndulo.

- El señor de Hulot tiene ya sus años - hizo observar maliciosamente Sabela.

- Le conozco - repuso Crevel - Los dos nos parecemos en cierto punto: Hulot no podrá pasar sin algún amorío. Es capaz de reconciliarse con su mujer - se dijo - Sería novedad para él, y entonces ¡adiós mi venganza! ¿Se sonríe usted, señorita Fischer?... ¡Ah! ¿Usted sabe algo?

- Me río de las cosas de usted - respondió Sabela - Sí, mi prima está aún bastante guapa para inspirar pasiones; yo, si fuese hombre, la amaría.

-¡Quien tuvo, retuvo, - exclamó Crevel - ¡Usted se burla de mí! El barón habrá encontrado algún consuelo.

Sabela movió la cabeza, haciendo un gesto afirmativo.

-¡Ah! ¡Qué feliz es pudiendo reemplazar a Josefa de la mañana a la noche! - dijo Crevel, continuando -. Pero no me asombra, porque él me decía una noche cenando que, en su

juventud, para no estar nunca desprovisto, tenía siempre tres queridas; la que estaba a punto de abandonar, la reinante y la que cortejaba para el porvenir. ¡Debía de tener de reserva alguna modistilla en su vivero, en su parque de los Ciervos! ¡Es muy Luis XV el mocito! ¡Oh! ¡Qué feliz es, siendo guapo! Sin embargo, envejece mucho..., está marcado..., habrá ido a dar con alguna obrera...

-¡Oh! No - respondió Sabela.

-¡Ah! - dijo Crevel - ¡Qué no daría yo porque no se pudiera poner el sombrero! Me será imposible recobrar a Josefa, porque las mujeres de esa clase no vuelven nunca a su primer amor. Por otra parte, como suele decirse, una reconciliación no es un amor nunca. Pero prima Bela, yo daría, es decir, yo me gastaría cincuenta mil francos por quitarle la querida a ese guapo, probándole que un hombre como yo, con faja de jefe de batallón y cabeza de futuro alcalde de París, no se deja soplar la dama sin coronar al peón.

- Mi situación - respondió Sabela - me obliga a oírlo todo y a no saber nada. Puede usted hablar conmigo sin temor, pues no digo nunca lo que me confían. ¿Por qué quiere usted que yo falte a esta ley de mi conducta? Nadie tendría ya confianza en mí.

- Ya lo sé - replicó Crevel -. Es usted la perla de las solteronas... Pero ¡qué diablo!, hay excepciones. Mire usted, nunca le ha procurado rentas la familia.

- Pero me queda el orgullo de no ser gravosa para nadie - dijo Bela.

-¡Ah! Si usted quisiera ayudarme a vengarme - repuso el antiguo negociante - yo pondría a su nombre diez mil francos en renta vitalicia. Dígame, hermosa prima, dígame quién es la sustituta de Josefa, y tendrá usted con qué pagar el alquiler, el desayuno y aquel buen café que le gusta tanto, sustituyéndolo por moka puro, ¿eh? ¡Oh! ¡Qué bueno es el moka puro!

- Me interesa más seguir siendo discreta que esos diez mil francos en renta vitalicia, que me proporcionarían cerca de quinientos de renta - dijo Sabela -; porque, además, mi buen señor Crevel, el barón se porta muy bien conmigo: va a pagarme el alquiler.

-¿Sí? ¡Ya verá cuánto tiempo se lo paga! ¡Confíe en él! - exclamó Crevel -. ¿De dónde va a sacar el dinero el barón?

-¡Ah! No lo sé. El caso es que él se gasta más de treinta mil francos en la habitación que destina para su nueva dama.

-¡Una dama! ¡Cómo! ¿Es por ventura alguna mujer honrada? ¡Qué suerte tiene el muy bandido! No hay como él para eso.

- Una mujer casada, muy distinguida - repuso la prima.

-¿De veras? - exclamó Crevel, abriendo unos ojos movidos tanto por el deseo como por aquellas palabras: Una mujer muy distinguida.

Librodot

- Sí - contestó Sabela -; lista, toca el piano, veintitrés años, cara cándida, cutis de deslumbradora blancura, dientes de perrita, ojos como estrellas, frente soberbia... y ¡unos piececitos! Nunca los he visto iguales..., no son más anchos que la ballena de su corsé.

-¿Y las orejas? - preguntó Crevel vivamente interesado por aquella filiación amorosa.

- Orejas dignas de ser esculpidas - respondió ella.

-¿Y manos pequeñas?

- En una palabra, le digo que es una verdadera alhaja. ¡Tan honesta! ¡Tan pudorosa! ¡Tan delicada!... Un alma hermosa, un ángel que posee todas las distinciones, pues su padre es un mariscal de Francia.

-¡Mariscal de Francia! - exclamó Crevel, dando un salto prodigioso sobre sí mismo - ¡Dios mío! ¡Caramba! ¡Recontra! ¡El muy maldito! Dispénseme, prima, me vuelvo loco... ¡Yo creo que darla cien mil francos...!

- Sí, ya está usted fresco; ya le digo que es una mujer honrada, una mujer virtuosa. Únicamente que el barón ha sabido componérselas.

- Pero ¡si le digo a usted que no tiene un céntimo!

- Ha habido por medio un marido ascendido...

-¿Por dónde? - dijo Crevel con amarga risa.

- Nombrado subjefe; y ese marido, que sin duda será complaciente..., está hecho para llevar además una cruz.

- El Gobierno debiera tener cuidado y respetar a los que ha condecorado no prodigando de ese modo las cruces - dijo Crevel con aire molesto -. Pero ¿qué tiene ese maldito barón para tener tanta suerte? ¡Yo creo que valgo tanto como él! - añadió, mirándose en un espejo y poniéndose en posición -. Eloísa me ha dicho muchas veces, en el momento en que las mujeres no mienten, que yo era asombroso.

-¡Oh! - replicó la prima -. A las mujeres les gustan los hombres gordos, porque casi todos son buenos y, entre usted y el barón, yo le escogería a usted. El señor Hulot es ocurrente, guapo, airoso; pero usted es sólido y, además, ahí tiene, ¡parece usted aún más truhán que él!

-¡Parece mentira! ¡Cómo les gusta a las mujeres este aire, hasta a las devotas! - exclamó Crevel tan contento, que fue a coger a Bela por la cintura.

- La dificultad no está en eso - dijo Bela, continuando -. Ya comprenderá usted que una mujer que tiene tantas ventajas no va a ser infiel a su protector por una bagatela, y la cosa costaría más de cien mil francos, pues esa dama ve ya a su marido jefe de oficina antes de dos años... La miseria es la que empuja a ese pobre angelito al abismo.

Crevel se paseaba de un lado a otro de su salón como un loco.

-¿Y él debe de estar interesado por esa mujer? - preguntó después de un momento, durante el cual su deseo, avivado así por Sabela, se convirtió en una especie de rabia.

-¡Figúrese! - repuso Sabela -. Como que yo no creo que haya obtenido aún ni esto - dijo, haciendo sonar la uña de su pulgar contra una de sus enormes paletas blancas -, y ya lleva gastados más de diez mil francos en regalos.

-¡Oh! ¡Qué buena broma si yo llegase antes que él! - exclamó Crevel.

-¡Dios mío! ¡Qué mal hago yo en decirle nada de esto! - repuso Sabela, fingiendo sentir remordimientos.

- No. Quiero avergonzar a su familia de usted. Mañana mismo voy a poner a su nombre una suma al cinco por ciento, de modo que tenga seiscientos francos de renta; pero me lo dirá usted todo, ¿verdad? El nombre y la casa de la Dulcinea. A usted ya puedo decirle que nunca he tenido una mujer distinguida, y la mayor ambición mía es poder conocer una. Las huríes de Mahoma no son nada en comparación con lo que yo me figuro de las mujeres de la buena sociedad. En fin, ése es mi ideal, mi locura; tanto que, mire usted, la baronesa Hulot no tendrá nunca cincuenta años para mí - dijo Crevel sin saber que había tratado con una de las mujeres de espíritu más delicado del siglo pasado -. Atienda usted, mi buena Sabela; estoy decidido a sacrificar cien, doscientos... ¡Chitón! ¡Que vienen mis hijos! Los veo que atraviesan el patio. Yo no diré nunca que he sabido nada por usted, le doy mi palabra de honor, pues no quiero que pierda usted la confianza del barón, sino todo lo contrario. ¡Y debe de amar mucho a la mujer mi compadre!

-¡Oh! ¡Está loco por ella! - dijo la prima -. No ha sabido encontrar cuarenta mil francos para casar a su hija y los ha hallado para esta nueva pasión.

-¿Y le cree usted amado? - preguntó Crevel.

-¡A su edad!... - respondió la solterona.

-¡Oh! ¡Qué estúpido soy! - exclamó Crevel - ¡Yo que le tolero un artista a Eloísa, enteramente lo mismo que Enrique IV le consentía a Gabriela que tuviese a Bellegarde! ¡Oh! ¡La vejez! ¡La vejez! Buenos días, Celestina; buenos días, cielo mío. ¿Y tu rorro? ¡Ah! ¡Aquí está! Palabra de honor, empieza a parecérseme. Buenos días, Hulot, amigo mío, ¿cómo va?... Pronto tendremos un casamiento más en la familia.

Celestina y su marido hicieron una seña mostrando a Sabela, y la hija le respondió descaradamente a su padre:

-¿Cuál, pues?

Crevel tomó una actitud maliciosa como si diese a entender que su indiscreción iba a ser reparada.

- El de Hortensia - respondió pero aún no está decidido. Vengo de casa de Lebás, y se hablaba de la señorita Popinot para nuestro joven consejero de la Audiencia real de París, a quien no le disgustaría ser nombrado primer presidente en provincias... Vamos a comer.

Librodot

A las siete Sabela volvía a su casa en ómnibus, pues tenía prisa de volver a ver a Wenceslao, que la tenía engañada hacía veinte días y al cual llevaba aún el saco lleno de frutas apiladas por el mismo Crevel, cuyo cariño hacia su prima Bela había duplicado. Subió a la guardilla con una rapidez capaz de quitar la respiración a cualquiera, y encontró al artista ocupado en terminar los adornos de una caja que quería ofrecer a su querida Hortensia. El grabado de la caja representaba hortensias, con las que jugaban unos amorcillos. El pobre enamorado, para sufragar los gastos de aquella caja que tenía que ser de malaquita, había hecho para Florent y Chanor dos hacheros, dos obras maestras, teniendo que cederles la propiedad.

- Amiguito mío, hace algunos días que trabaja usted demasiado - dijo Sabela, enjugándole la frente cubierta de sudor y besándosela - Semejante actividad me parece peligrosa en el mes de agosto. La verdad es que podría resentirse su salud... Mire, aquí tiene melocotones Y ciruelas de casa del señor Crevel... No se canse tanto; he pedido prestados dos mil francos, y a no ser que ocurriese una desgracia, podremos devolverlos si usted vende su reloj... Sin embargo, tengo dudas acerca de mi prestamista, pues acaba de enviarme este papel timbrado.

Diciendo esto, colocó el auto de prisión debajo del boceto del mariscal Montcornet.

-¿Para quién hace usted esas cosas tan bonitas? - le preguntó tomando las ramas de hortensias, de cera roja, que Wenceslao había dejado para coger las frutas.

- Para un joyero.

-¿Que joyero?

- No lo sé. Stidmann me rogó que hiciera esto, que le corre prisa.

-¡Pero si son hortensias! - dijo con voz hueca -. ¿Cómo es que no ha trabajado usted nunca en cera para mí? ¿Tan difícil le era inventar un anillo, un cofrecito o cualquier otra cosa, un recuerdo? - dijo, dirigiendo una mirada horrenda al artista, cuyos ojos estaban por fortuna distraídos - ¡Y usted dice que me ama!

-¿Lo duda usted, señorita?

-¡Oh! ¡Vaya un señorita más caluroso! Mire, usted ha sido mi único pensamiento desde que le vi moribundo ahí... ¡Cuando le salvé, usted se entregó a mí, y yo no le he hablado nunca de este compromiso, pero yo me creí comprometida conmigo misma! Me dije: «¡Puesto que este muchacho se entrega a mí, quiero hacerle feliz y rico!» Ahora bien; yo he logrado hacer su fortuna.

-¿Cómo? - Preguntó el pobre artista, en el colmo de la dicha, y demasiado ingenuo para sospechar que aquello pudiera ser un lazo.

- He aquí cómo - respondió la lorenesa.

Sabela no pudo resistir el placer salvaje de mirar a Wenceslao, el cual la contemplaba con un amor filial que reflejaba su amor a Hortensia, lo que engañó a la solterona. Al ver por primera vez en su vida la llama de la pasión en los ojos de un hombre creyó haberla ella encendido, y le dijo:

- El señor Crevel nos da cien mil francos en comandita para fundar una casa de comercio si usted quiere casarse conmigo. Ese hombre gordo tiene ideas muy raras. ¿Qué le parece a usted? - preguntó ella.

El artista, que se había puesto pálido como un muerto, miró a su bienhechora con una mirada que permitía adivinar sus pensamientos. Permaneció absorto y atontado.

-¡Jamás me han dicho de un modo tan elocuente que soy horriblemente fea! - repuso Sabela con amarga risa.

- Señorita - respondió Steinbock -, mi bienhechora no será nunca fea para mí; yo siento por usted un vivo afecto, pero no tengo aún treinta años y...

- Sí, ¡y yo tengo cuarenta y tres! - dijo Bela -. Mi prima Hulot, que tiene cuarenta y ocho, despierta aún pasiones frenéticas; ¡pero ella es guapa!

-¡Quince años de diferencia entre nosotros, señorita! ¿Qué casamiento haríamos? Por nosotros mismos creo que debemos reflexionarlo. Ciertamente que mi agradecimiento igualará sus beneficios. Por otra parte, le devolveré a usted su dinero antes de pocos días.

-¡Mi dinero! - exclamó ella -. ¡Oh! Me trata usted como si fuera un usurero sin corazón.

- Perdóneme, Pero ¡me habla usted de él con tanta frecuencia! - repuso Wenceslao - En fin, usted que me ha creado, no me destruya.

_Ya veo que quiere usted abandonarme - dijo, moviendo la cabeza - Pero ¿quién le ha dado fuerzas para ser ingrato, usted que era dúctil como un guante? ¿Ya no tiene usted confianza en mí, que soy su genio protector? ¡Yo, que he pasado tantas noches trabajando para usted; yo, que le he entregado las economías de toda mi vida; yo, que durante cuatro años he partido con usted mi pan, el pan una pobre obrera, con usted, y que se lo daba todo, hasta mi valor!

- Señorita, ¡basta!, ¡basta! - dijo el artista, arrodillándose y tendiendo las manos hacia ella -. No añada usted una palabra más. ¡Dentro de tres días hablaré, se lo diré todo; déjeme - le dijo, besándole las manos -, déjeme ser feliz! Amo y soy amado.

Pues bien; sé feliz, hijo mío - dijo Sabela, levantándole.

Después le besó la frente y los cabellos con el frenesí que debe sentir el condenado a muerte al saborear su última mañana.

-¡Ah! Es usted la más noble y la mejor de las criaturas - dijo el pobre artista -; es usted igual a la que amo.

- Yo le quiero aún a usted lo bastante para temer por su porvenir - repuso Sabela con aire sombrío - ¡Judas se ahorcó!... ¡Todos los ingratos acaban mal! Usted me abandona y ya no hará nada bueno. Tenga usted en cuenta que, sin casarnos, soy una solterona, lo sé, no quiero agostar la flor de su juventud, su poesía, como usted dice, en mis brazos, que son sarmientos de viña; pero sin casarnos, ¿no podemos permanecer juntos? Escúcheme, tengo espíritu comercial, y en diez años de trabajo puede lograrse una fortuna, pues me llamo Economía;

Librodot

mientras que con una joven, que sólo representará gastos, lo disipará usted todo y sólo pensará en hacerla feliz. La dicha no crea nada más que recuerdos. Yo misma, cuando pienso en usted, permanezco con los brazos caídos durante horas enteras. Ahora bien, Wenceslao, quédate conmigo... Mira, ahora lo comprendo todo; tendrás queridas, mujeres bonitas, semejantes a esa pequeña Marneffe que quiere verte, que te dará la dicha que no puedes hallar conmigo. Luego, cuando yo te haya procurado treinta mil francos de renta, te casarás.

- Señorita, es usted un ángel, y no olvidaré nunca este momento - respondió Wenceslao, enjugándose las lágrimas.

- Así es como quiero verte, hijo mío - dijo, mirándole con embriaguez.

Es tan fuerte en nosotros la vanidad, que Sabela creyó en su triunfo. ¡Había hecho tan gran concesión ofreciendo a la señora Marneffe! Experimentó la emoción más viva de la vida, y por primera vez sintió que la alegría inundaba su corazón. Por disfrutar de otra hora semejante hubiera vendido su alma al diablo.

- Estoy comprometido - respondió él - y amo a una mujer, contra la cual ninguna otra podrá prevalecer. Pero usted es y será siempre la madre que yo he perdido.

Estas palabras cayeron como una avalancha de nieve sobre aquel cráter ardiente. Sabela se sentó, contempló con aire sombrío aquella juventud, aquella distinguida belleza, aquella frente de artista, aquella hermosa cabellera, todo lo que despertaba sus comprimidos instintos de mujer, y algunas lágrimas que se secaron muy pronto humedecieron por un instante sus ojos. Se parecía a esas frías estatuas que los escultores de la Edad Media colocaron sentadas sobre las tumbas.

- No te maldigo - dijo, levantándose con brusquedad - porque no eres más que un niño. ¡Que Dios te proteja!

Y bajó, encerrándose en su habitación.

-¡Pobre criatura! Me ama - exclamó Wenceslao -. ¡Ha sido calurosamente elocuente! Está loca.

Este último esfuerzo de la naturaleza seca y positiva para conservar a su lado a aquella imagen de la belleza y de la poesía había sido tan violento, que sólo puede compararse a la salvaje energía del náufrago haciendo la última tentativa para llegar a la orilla.

Dos días después, a las cuatro y media de la mañana, en el momento en que el conde de Steinbock dormía con el más profundo sueño, oyó llamar a la puerta de su guardilla; salió a abrir y vio entrar a dos hombres mal vestidos, acompañados por un tercero cuyo uniforme anunciaba a un desgraciado alguacil.

-¿Es usted el señor Wenceslao, conde de Steinbock? - le preguntó este último.

- Sí, señor.

- Caballero, me llamo Grasset, sucesor del señor Lonchard; soy guardia de comercio...

- Bien ¿y qué?

- Queda usted detenido, caballero, y es preciso que nos siga a la cárcel de Clichy... Vístase usted... Como usted ve, hemos guardado las formas: no traigo guardia municipal y tengo abajo un coche.

- Va usted a ser embalado con todo género de miramientos... - dijo uno de los corchetes -; así es que contamos con su generosidad.

Steinbock se vistió, bajando la escalera sujeto cada uno de sus brazos por un corchete; cuando estuvo dentro del coche, el cochero partió sin recibir órdenes y como hombre que sabe adonde ir; al cabo de media hora, el pobre extranjero se hallaba bien y debidamente registrado en el libro de entrada de la cárcel, sin haber formulado ninguna reclamación, pues tan grande era su sorpresa.

A las diez fue llamado a la escribanía de la cárcel y allí encontró a Sabela que, hecha un mar de lágrimas, le dio dinero para que viviese bien y se procurase un cuarto bastante espacioso para poder trabajar.

- Hijo mío - le dijo ella -, no hable usted a nadie de su detención, no escriba a alma viviente, porque eso perjudicaría su porvenir. Hay que ocultar esta mancha; pronto le habré puesto en libertad; voy a reunir esa suma...; esté usted tranquilo. Escríbame diciendo lo que debo traerle para sus trabajos. O moriré o quedará usted pronto libre.

-¡Oh! Le deberé a usted dos veces la vida - exclamó -, porque perdería más que la vida si me creyesen un mal sujeto.

Isabela salió con el corazón lleno de alegría: teniendo al artista bajo llave, confiaba poder hacer que abortase su casamiento con Hortensia, diciéndole a ésta que era casado y que, indultado por los esfuerzos de su mujer, había salido para Rusia. Así, para ejecutar este plan, a eso de las tres de la tarde se trasladó a casa de la baronesa, a pesar de no ser el día en que ella acostumbraba a comer; pero quería gozar de las torturas de que iba a ser presa su primita en el momento en que Wenceslao tenía costumbre de ir.

-¿Vienes a comer, Bela? - preguntó la baronesa, ocultando su desconcierto.

- Sí.

-¡Bueno! - respondió Hortensia - Voy a decirles que sean puntuales, porque a ti no te gusta esperar.

Hortensia hizo una seña a su madre para tranquilizarla, pues se proponía decirle al ayuda de cámara que despidiese al señor Steinbock cuando éste se presentase; pero el criado había salido. Hortensia viose obligada a hacer su recomendación a la camarera, y ésta subió a su cuarto a buscar su labor con el fin de permanecer en la antesala.

-¿Y mi novio? - dijo la prima Bela a Hortensia cuando ésta hubo vuelto - Ya no me hablas nunca de él.

-A propósito, ¿qué es de él? - dijo Hortensia - Veo que se hace célebre. ¡Qué contenta debes estar - le susurró al oído a Bela - al ver que no se habla más que del señor don Wenceslao Steinbock!

-¡Ya lo creo! - respondió la solterona -. El caballero se desordena. Si no se tratase más que de encantarle hasta el punto de hacerle olvidar los placeres de París, conozco mi poder; pero dicen que para traerse a un artista semejante, el emperador Nicolás le indulta...

-¡Ah! ¡Bah! - respondió la baronesa.

-¿Cómo sabes tú eso? - preguntó Hortensia, que sintió oprimido su corazón.

- Porque una persona que está unida a él por los lazos más sagrados le ha escrito ayer - repuso la atroz Bela -. Quiere marcharse. ¡Ah! Sería muy estúpido dejando Francia por Rusia.

Hortensia miró a su madre, inclinando la cabeza; la baronesa apenas tuvo tiempo para coger a su hija, desmayada y blanca como el encaje de su pañoleta.

- Isabela, ¡has matado a mi hija! - exclamó la baronesa -. Has nacido para nuestra desgracia.

-¡Ah! ¿Qué culpa tengo yo de esto, Adelina? - preguntó la lorenesa, levantándose y adoptando una actitud amenazadora, a la que la baronesa, en medio de su turbación, no prestó atención ninguna.

- Perdóname - respondió Adelina, sosteniendo a Hortensia - Llama.

En este momento se abrió la puerta y las dos mujeres volvieron la cabeza a un tiempo y vieron a Wenceslao Steinbock, a quien la cocinera, en ausencia de la camarera, había abierto la puerta.

-¡Hortensia!- exclamó el artista, dando un salto hasta el grupo formado por las tres mujeres.

Besó a su prometida en la frente, ante los ojos de su madre, pero tan piadosamente, que la baronesa no se enfadó. Este beso era mejor que todas las sales inglesas contra el desmayo.

Hortensia abrió los ojos, vio a Wenceslao y recobró los colores. Un instante después se encontraba completamente bien.

-¿Esto es lo que usted me ocultaba? - dijo la prima Bela, sonriendo, a Wenceslao y fingiendo adivinar la verdad por la confusión de sus dos primas- ¡Cómo me has robado a mi novio! - le dijo a Hortensia, conduciéndola al jardín.

Hortensia contó inocentemente la novela de su amor a su prima. Su padre y su madre, persuadidos de que Bela no se casaría nunca, habían autorizado, según ella decía, las visitas del conde de Steinbock. Únicamente que Hortensia, como perro viejo, atribuyó a la casualidad la adquisición del grupo y la venida del autor, el cual, según ella, había querido saber el nombre de su primer adquirente. Steinbock fue al cabo de un rato a unirse con las dos jóvenes, para dar las gracias con efusión a la solterona por su pronta libertad. Isabela respondió jesuísticamente a Wenceslao que como el acreedor no le había hecho más que

Librodot

vagas promesas, ella pensaba ir a sacarlo al día siguiente, y que el prestamista, avergonzado de aquella innoble persecución, se había sin duda adelantado a ella. Por otra parte, la solterona pareció feliz y felicitó a Wenceslao por su dicha.

-¡Mal hijo! - le dijo delante de Hortensia y de su madre - Si usted me hubiese confesado anteayer que amaba a mi prima Hortensia y que era correspondido, me habría evitado muchas lágrimas. Creía que iba usted a abandonar a su antigua amiga, a su institutriz, mientras que, por el contrario, va a ser primo mío; en adelante me pertenecerá usted por lazos débiles, es cierto, pero que bastan a los sentimientos que usted me inspira...

Y besó a Wenceslao en la frente. Hortensia se arrojó en los brazos de su prima y rompió a llorar.

- Te debo mi felicidad - le dijo - No lo olvidaré nunca...

- Prima Bela - dijo la baronesa, abrazando a Isabela durante la embriaguez que sentía al ver que las cosas se hablan arreglado tan bien -, el barón y yo tenemos una deuda contigo y queremos pagártela; ven al jardín a hablar de negocios - dijo, llevándosela.

Isabela representó en apariencia el papel del ángel bueno de la familia; se veía adorada por Crevel, por Hulot, por Adelina y por Hortensia.

- Queremos que no trabajes más - dijo la baronesa -. Suponiendo que puedas ganar dos francos diarios, excepto los domingos, hacen seiscientos francos al año. Pues bien; ¿a cuánto ascienden tus economías?

-A cuatro mil quinientos francos...

-¡Pobre prima! - dijo la baronesa.

Alzó los ojos al cielo; tan enternecida estaba al pensar en las penas y privaciones que suponía aquella suma amontonada durante treinta años. Isabela, que se ofendió por aquella exclamación, vio el desdén burlón para la advenediza, y su odio adquirió una dosis formidable de hiel en el momento en que su prima abandonaba todos sus recelos acerca del tirano de su infancia.

- Aumentaremos esa suma con dos mil quinientos francos - repuso Adelina - y colocaremos el total a tu nombre, como usufructuaría, y a nombre de Hortensia como única propietaria; de este modo tendrás seiscientos francos de renta.

Isabela pareció estar en el colmo de la dicha. Cuando volvió del jardín con el pañuelo en los ojos y ocupada en secar lágrimas de alegría, Hortensia le contó todos los favores que llovían sobre Wenceslao, el bien amado de toda la familia.

En el momento en que el barón entró, encontró, pues, a su familia toda reunida, pues la baronesa había saludado oficialmente al conde de Steinbock con el nombre de hijo y había fijado la boda, reservándose la aprobación de su marido, para de allí en quince días. De modo que, apenas se presentó en el salón el consejero de Estado, viose rodeado de su mujer y de su hija, que corrieron a él, la una para hablarle al oído y la otra para abrazarle.

Librodot

- Ha ido usted demasiado lejos comprometiéndome de ese modo, señora - dijo severamente el barón -. Ese casamiento aún no está hecho - dijo, dirigiendo una mirada a Steinbock, a quien vio palidecer.

El desgraciado artista se dijo:

- Conoce mi arresto.

- Venid, hijos míos - añadió el barón, llevándose al jardín a su hija y a su futuro.

Y fue a sentarse con ellos en uno de los bancos del quiosco, carcomido por el musgo.

- Señor conde, ¿ama usted a mi hija tanto como yo amaba a su madre? - le preguntó el barón a Wenceslao.

- Más, señor - dijo el artista.

- La madre era hija de un aldeano y no tenía un céntimo.

- Deme usted a la señorita Hortensia tal como está ahora, hasta sin canastilla de boda...

-¡Le creo a usted! - dijo el barón, sonriendo -, Hortensia es hija del barón de Hulot de Ervy, consejero de Estado, director del ramo de Guerra, gran oficial de la Legión de Honor, hermano del conde de Hulot, cuya gloria es inmortal y que dentro de poco será mariscal de Francia. ¡Y... tiene dote!...

- Es verdad - dijo el artista -, parezco tener ambición; pero aunque fuese mi querida Hortensia la hija de un obrero, me casaría con ella.

- Eso es lo que quería saber - añadió el barón -. Vete, Hortensia, déjame hablar con el señor conde; ya ves que te ama muy sinceramente.

-¡Oh, padre mío! Ya sabía yo que usted bromeaba - respondió la feliz joven.

- Mi querido Steinbock - dijo el barón con una gracia infinita de dicción y un gran encanto en los modales cuando estuvo solo con el artista -, constituí a mi hijo una dote de doscientos mil francos, de los cuales el pobre muchacho no ha tocado un céntimo, ni tocará. La dote de mi hija será de doscientos mil francos, que usted reconocerá haber recibido...

- Sí, señor barón.

-¡Qué aprisa va usted! - dijo el consejero de Estado -. Haga el favor de escucharme. No se puede pedir a un yerno la abnegación que tiene uno derecho a esperar de un hijo. Mi hijo sabía todo lo que yo podía hacer y todo lo que haré por su porvenir: será ministro, y así hallará fácilmente los doscientos mil francos. En cuanto a usted, joven, es otra cosa. Recibirá usted sesenta mil francos en una inscripción al cinco por ciento a nombre de su mujer. Ese haber estará gravado con una rentita que se dará a Isabela; pero ésta no puede vivir mucho, pues está tísica, lo sé. No diga usted este secreto a nadie; que la pobre joven muera tranquila.

Mi hija tendrá una canastilla de veinte mil francos; su madre invierte en ella seis mil francos de sus diamantes...

- Señor, me colma usted - dijo Steinbock, estupefacto.

- En cuanto a los ciento veinte mil francos restantes...

- Basta, señor - dijo el artista -, no quiero más que mi querida Hortensia.

-¿Quiere usted escucharme, joven ardiente? En cuanto a los ciento veinte mil francos no los tengo; pero los recibirá usted...

-¡Señor!

- Pero los recibirá usted del Gobierno en encargos que yo obtendré para usted, doy mi palabra de honor. Va usted a tener un taller en el depósito de mármoles. Exponga algunas hermosas estatuas, y le haré entrar en el Instituto. En las altas esferas nos miran con benevolencia a mi hermano y a mí, y espero salir airoso pidiendo para usted trabajos de escultura en Versalles por una cuarta parte de la suma. Finalmente, recibirá usted algunos encargos de la ciudad de París y de la Cámara de los Pares; tendrá usted tanto trabajo, querido mío, que se verá obligado a tomar ayudantes. Así es como le pagaré. Vea usted si la dote, de este modo pagada, le conviene... Consulte sus fuerzas...

- Me siento con fuerzas para hacer yo solo la fortuna de mi mujer si todo eso me faltase - dijo el noble artista.

-¡Así me gusta! - exclamó el barón - ¡La hermosa juventud sin dudar de nada! ¡Yo hubiese derrotado ejércitos enteros por una mujer! Vamos - dijo, cogiendo la mano del joven escultor y golpeándosela -, tiene usted mi consentimiento. El domingo que viene se firmará el contrato, y el sábado siguiente al altar, ¡el día del santo de mi mujer!

- Todo va bien - dijo la baronesa a su hija, que estaba pegada a la ventana -; tu futuro y tu padre se están abrazando.

Al entrar por la noche en su casa, Wenceslao descifró el enigma de su libertad: encontró en la portería un gran paquete sellado que contenía el expediente de su deuda con un recibo en regla, redactado debajo del juicio y acompañado de la siguiente carta:

«Mi querido Wenceslao:
«Esta mañana, a las diez, he ido a verte para presentarte a una alteza real que deseaba conocerte. Allí he sabido que los ingleses te habían conducido a una de sus islitas, cuya capital se llama C1ichy's Clastle.

«Al instante he ido a ver a León de Lora, a quien he dicho riendo que no podías dejar la campiña donde estabas por falta de cuatro mil francos y que ibas a comprometer tu porvenir si no te presentabas a tu real protector. Bridau, ese hombre de genio que ha conocido la miseria y que sabe tu historia, estaba allí, por fortuna. Hijo mío, entre los dos han reunido la suma, y he ido a pagar por ti al beduino que ha cometido un crimen de leso genio encerrándote. Como

Librodot

yo tenía que estar a mediodía en las Tullerías no he podido ir a verte aspirando el aire libre. Como sé que eres hidalgo he respondido de ti a mis dos amigos, pero ve a verles mañana.

«León y Bridau no querrán tu dinero; pero te pedirán cada uno un grupo, y tienen razón. Esto es lo que piensa el que quisiera poder decirse tu rival, y que no es más que tu compañero

«Stidmann.»

«P. D.- He dicho al príncipe que no volverías del viaje hasta mañana, y ha dicho: ¡Está bien, hasta mañana!'»

El conde Wenceslao se acostó sobre las sábanas de púrpura y sin una arruga que nos tiende el Favor, ese celeste cojo que para las gentes de genio camina más lentamente aún que la Justicia y la Fortuna, porque Júpiter ha querido que no tuviese una venda en los ojos. Fácilmente equivocado por las galas de los charlatanes, atraído por sus costumbres y por sus trompetas, gasta en ver y pagar sus paradas el tiempo que debía emplear en ir a buscar a las gentes de mérito en los rincones donde se ocultan.

Ahora es necesario explicar cómo el señor barón de Hulot había llegado a reunir las cifras de la dote de Hortensia, y a satisfacer los horrorosos gastos de la deliciosa habitación donde debía instalarse la señora Marneffe. Su concepción financiera llevaba el sello del talento que guía a los disipadores y a las gentes apasionadas a los barrancos donde tantos accidentes les hacen perecer. Nada demostrará mejor el singular poder que comunican los vicios y al cual se deben los golpes hábiles que de vez en cuando dan los ambiciosos, los voluptuosos; en fin, todos los devotos del diablo.

La víspera, por la mañana, el anciano Juan Fischer, por no tener los treinta mil francos que había cogido de la caja su sobrino, se veía en la necesidad de declararse en quiebra si el barón no se los remitía.

Este digno anciano, de cabellos blancos y de setenta años, tenía una confianza tan ciega en Hulot, que para aquel bonapartista era una emanación del sol napoleónico, que se paseaba tranquilamente con el dependiente del Banco por la antecámara del pequeño piso bajo de ochocientos francos de alquiler, desde donde dirigía las diversas empresas de granos y de forrajes.

- Margarita ha ido a buscar los fondos a dos pasos de aquí - le decía.

El hombre vestido de gris y con galones de plata conocía tan bien la honradez del viejo alsaciano, que quería dejarle los treinta mil francos en billetes; pero el anciano le obligaba a quedarse, objetando que aún no habían dado las ocho. Un cabriolé se detuvo y el anciano salió precipitadamente a la calle y tendió la mano con sublime certeza al barón, que le dio treinta mil francos en billetes de Banco.

- Vaya usted tres puertas más allá, ya le diré por qué - dijo el anciano Fischer -. Aquí tiene usted la suma - dijo el anciano, volviendo a entrar y entregando el dinero al representante del Banco, a quien acompañó hasta la puerta.

Librodot

Cuando el dependiente del Banco se perdió de vista, Fischer hizo volver el cabriolé donde esperaba su augusto sobrino, el brazo derecho de Napoleón, y le dijo, llevándole a su casa:

-¿Quiere usted que se sepa en el Banco de Francia que me ha entregado usted los treinta mil francos que había usted endosado?... Ya es mucho el que haya puesto la firma un hombre como usted.

- Vamos al fondo del jardinillo, padre Fischer - dijo el alto funcionario -. Es usted fuerte - añadió, sentándose bajo un cenador y midiendo de pies a cabeza al anciano como un comerciante de carne humana mide a un sustituto.

- Fuerte para colocarme en renta vitalicia - respondió alegremente el ancianito seco, delgado, nervioso y de ojos vivos.

-¿Le perjudica el calor?

- Al contrario.

-¿Qué le parece el África?

-¡Un bonito país!... Los franceses fueron allí con el cabito.

- Se trata para que nos salvemos todos - dijo el barón -, de ir a Argelia.

-¿Y mis negocios?

- Un empleado de la Guerra, que toma el retiro y que no tiene de qué vivir, le compra su casa de comercio.

-¿Qué haré en Argelia?

- Proveerá usted los víveres de guerra, granos y forrajes; ya tengo su nombramiento firmado. Encontrará usted las provisiones en el país al setenta por ciento más barato del precio que le pondremos aquí.

-¿Quién me las entregaría?

- Los razzias, los achours, los califas. Hay en Argelia (país poco conocido, aunque sea nuestro desde hace ocho años) infinidad de granos y forrajes. De modo que cuando estos géneros pertenecen a los árabes, se los cogemos bajo infinidad de pretextos; después, cuando están en nuestro poder, los árabes se esfuerzan por recobrarlos. Se combate mucho por los granos; pero no se sabe nunca exactamente las cantidades que han robado ambas partes. No hay tiempo en el campo raso de contar los hectolitros como en el mercado, como los henos en la calle del Infierno. Los jefes árabes, lo mismo que nuestros spahis, como prefieren el dinero, venden estos géneros a precios muy bajos. La administración militar tiene necesidades fijas; compra géneros a precios exorbitantes, calculados por la dificultad de procurarse víveres y por los peligros que corren los transportes. He aquí la Argelia desde el punto de vista del empleado aprovisionador.

Librodot

Es un embrollo atemperado por la botella de tinta de toda Administración naciente. Nosotros, los administradores, no podremos ver claro en esta cuestión hasta dentro de doce años; pero los particulares tienen buenos ojos. Así, pues, le envío allí a hacer su fortuna; le coloco a usted como Napoleón colocaba a un mariscal pobre a la cabeza de un reino donde se podía proteger secretamente el contrabando. Estoy arruinado, mi querido Fischer. Me hacen falta cien mil francos de aquí a un año...

- No veo ningún mal en cogérselos a los beduinos - replicó tranquilamente el alsaciano -. Eso se hacía así cuando el Imperio.

- El comprador de su establecimiento vendrá a verle a usted esta mañana, y le entregará diez mil francos - repuso el barón de Hulot - ¿No es eso todo lo que usted necesita para ir a África? El anciano hizo un signo de asentimiento.

- Respecto a los fondos, allá lejos, esté tranquilo - repuso el barón -. Cobraré el resto del precio de la venta de su establecimiento. Lo necesito.

- Todo lo mío le pertenece, hasta mi sangre - dijo el anciano.

-¡Oh! No tema usted nada - dijo el barón, atribuyendo a su tío más perspicacia de la que tenía - respecto a nuestros negocios de achour, su honradez no sufrirá lo más mínimo; depende todo de la Autoridad, y como soy yo quien la ha colocado allí, estoy seguro de ella. Esto, papá Fischer, es un secreto de vida o muerte; le conozco, y por eso le he hablado sin rodeos ni circunloquios.

- Iré - dijo el anciano -. ¿Y durará mucho?

- Dos años. Tendrá usted cien mil francos para vivir feliz en los Vosgos. - Se hará como usted desea; mi honor es el suyo - dijo tranquilamente el ancianito.

- Así me gustan los hombres. Sin embargo, no se marchará usted sin haber visto a su sobrinita feliz y casada; será condesa.

El achour, la razzia de las razzias y el precio dado por el empleado de la casa Fischer no podían aportar inmediatamente sesenta mil francos para la dote de Hortensia, incluido en ella el ajuar, que costaría unos cinco mil francos, y los cuarenta mil gastados o por gastar con la señora Marneffe. En fin, ¿de dónde había sacado el barón los treinta mil francos que acababa de llevar? He aquí de dónde. Algunos días antes, Hulot había ido a asegurarse por una suma de ciento cincuenta mil francos y por tres años en dos Compañías de seguros sobre la vida. Provisto de la póliza de seguridad, cuya prima había sido pagada, había sostenido esta conversación con el señor barón de Nucingen, par de Francia, en cuyo coche se hallaba al salir de una sesión de la Cámara de los Pares para ir a comer con él.

- Barón, necesito setenta mil francos y se los pido. Usted me indica un testaferro en quien yo delegaré por tres años la cuota empeñable de mi sueldo, que asciende a veinticinco mil francos anuales y que suma en total setenta y cinco mil. Usted me dirá: «Se puede usted morir.»
El barón hizo una seña de asentimiento.

Librodot

- Pero aquí tiene usted una póliza de seguro por ciento cincuenta mil francos que le será transferida hasta la cantidad de ochenta mil - respondió el barón, sacando un papel de su bolsillo.

-¿Y si le destituyen? - dijo el barón millonario, riéndose.

El otro barón antimillonario se quedó pensativo.

- Tranquilícese usted, pues sólo le hago esta obgueción paga hacegle veg que le hago algún favog degandole la suma. Veo que se encuentra usted muy apugado.

- Caso a mi hija - dijo el barón de Hulot -, y carezco de fortuna como todos los que continúan empleados en la Administración en una época ingrata, en que jamás las Cámaras sabrán recompensar espléndidamente a sus servidores adictos, como lo hacía el emperador.
- Vamos, ha tenido usted a Gosefa, lo cual lo explica todo - dijo el par de Francia -. Aquí, paga entre nosotros, el duque de Hegouville le ha hecho un gran favog quitándole de encima a esa sanguigüela.

- Conozco esa desgracia y sé compadeceg - añadió, queriendo citar un verso francés - Escuche usted un consego. Ciegue usted su tienda; si no, se va a veg pegdido.

Este sospechoso negocio se hizo mediante la intervención de un usurero llamado Vauvinet, uno de esos negociantes que van a la vanguardia de las grandes casas de Banca, como ese pececillo que parece ser el criado del tiburón. Este aprendiz cancerbero estaba tan satisfecho de poder conquistarse la protección de aquel gran personaje, que prometió al señor barón de Hulot negociarle treinta mil francos de letras de cambio a noventa días, comprometiéndose a renovarlas cuatro veces y a no ponerlas en circulación.

El sucesor de Fischer debía dar cuarenta mil francos para obtener aquella casa, pero con la promesa de la provisión de los forrajes en un departamento próximo a París.

Tal era el dédalo espantoso en que sumían las pasiones a uno de los hombres más probos hasta entonces, a uno de los trabajadores más hábiles de la Administración napoleónica: la concusión, para saldar la usura, y la usura, para dar pasto a sus pasiones y para casar a su hija. Aquella ciencia de prodigalidad, todos aquellos esfuerzos, los hacía para aparecer grande a los ojos de la señora Marneffe, para ser el Júpiter de aquella Dánae de la clase media. No se despliega más actividad, más inteligencia y más audacia para hacer honradamente una fortuna que la que desplegó el barón para meter la cabeza en un avispero; atendía a las ocupaciones de su cargo, daba prisa a los tapiceros, iba a ver a los obreros e inspeccionaba minuciosamente los menores detalles de la casa de la calle de Vanneau. Entregado por entero a la señora Marneffe, no dejaba por eso de asistir a las sesiones de las Cámaras, se multiplicaba, y ni su familia ni nadie echaba de ver sus preocupaciones.

Adelina, estupefacta al saber que su tío estaba salvado y al ver que figuraba una dote en el contrato, sentía una especie de inquietud en medio de la dicha que le causaba el matrimonio de Hortensia, realizado en condiciones tan honrosas; pero la víspera del matrimonio de su hija, combinado por el barón de modo que coincidiese con el día en que la señora Marneffe tomaba posesión de su habitación de la calle de Vanneau, Héctor hizo cesar el asombro de su mujer mediante esta comunicación ministerial:

Librodot

- Adelina, he aquí ya casada nuestra hija; así es que todas nuestras angustias respecto a este punto han cesado. Ha llegado para nosotros el momento de retirarnos del mundo, pues ahora, apenas transcurran tres años, tendré el tiempo necesario para tomar el retiro. ¿Por qué hemos de continuar gastos inútiles en lo sucesivo? La casa nos cuesta seis mil francos de alquiler, tenemos cuatro criados y nos comemos treinta mil francos al año. Si quieres que yo cumpla mis compromisos, pues he empeñado mi sueldo por tres años a cambio de la suma necesaria para establecer a Hortensia y para el vencimiento de la letra de tu tío...

-¡Ah! Has hecho bien, amigo mío - dijo Adelina, interrumpiendo a su marido y besándole las manos de contento.

Aquella confesión ponía fin a los temores de Adelina.

- Tengo que pedirte algunos sacrificios - repuso, soltando sus manos y depositando un beso en la frente de su mujer -. Me han encontrado en la calle de Plumet, en un primer piso, una habitación hermosa y digna, adornada con magníficos entarimados, que no cuesta más que mil quinientos francos, en la que sólo necesitarás una doncella para ti y donde yo me contentaré con un criadito.

- Sí, amigo mío.

- Sosteniendo nuestra casa con sencillez, sin dejar de conservar las apariencias, tú no gastarás más allá de seis mil francos al año, excepción hecha de mis gastos particulares, de los cuales me encargo yo.

La generosa mujer se abrazó al cuello de su marido, loca de alegría, exclamando:

-¡Qué dicha para mí el poder demostrarte de nuevo lo mucho que te amo! -exclamó- ¡Y qué hombre de recursos eres!

- Recibiremos una vez a la semana a nuestra familia, y yo, como ya sabes, como muy pocas veces en casa. Tú podrás, sin comprometerte, ir a comer dos veces a casa de Victorino y otras dos a casa de Hortensia. Ahora bien, como creo que podré lograr una completa reconciliación con Crevel, comeremos una vez a la semana en su casa, y estas cinco comidas y la nuestra llenarán la semana, suponiendo algunas invitaciones fuera de la familia.

-¡Oh! De ese modo haré economías - exclamó Adelina.

-¡Ah! Eres la perla de las mujeres.

-¡Mi bueno y divino Héctor! - respondió ella - Yo te bendeciré hasta mi último suspiro porque has casado bien a nuestra querida Hortensia.

Así fue como empezó la mengua de la casa de la hermosa señora de Hulot y, digámoslo, su abandono solemnemente prometido a la señora Marneffe.

El gordo y pequeño Crevel, invitado, como es natural, a la firma del contrato de matrimonio, obró como si no se hubiese realizado la escena con quien comienza este relato y cual si no tuviese queja alguna contra el barón de Hulot. Celestino Crevel estuvo amable; siguió siendo

un poco demasiado «antiguo perfumista»; pero empezaba a elevarse a lo majestuoso a fuerza de ser jefe de batallón. Habló de bailar en la boda.

- Hermosa señora - le dijo graciosamente a la baronesa de Hulot -, las gentes como nosotros saben olvidarlo todo. No me destierre usted de su casa y dígnese embellecer algunas veces la mía viniendo a ella con sus hijos. Puede estar tranquila, jamás le volveré a recordar nada de lo que yace en el fondo de mi corazón. He obrado como un imbécil y perdería demasiado no pudiendo verla.

- Caballero, una mujer honrada no tiene oídos para los discursos a que usted hace alusión; y si cumple usted su palabra, no dude del placer que tendré viendo cesar una división siempre aflictiva en las familias.

- Pero vamos a ver, rencoroso - dijo el barón de Hulot, llevando a la fuerza a Crevel al jardín-, veo que evitas encontrarme en todas partes, hasta en mi casa. ¿Es que dos aficionados al bello sexo deben reñir nunca por unas faldas? Vamos, a decir verdad, eso es cosa de tenderos.

- Señor mío, yo no soy tan guapo como usted, y mis pocos medios de seducción me impiden reparar mis pérdidas tan fácilmente como las repara usted.

-¿Ironía? - respondió el barón.

- Está permitida contra los vencedores cuando uno es el vencido.

La conversación comenzada en este tono terminó con una completa reconciliación; pero Crevel mostró gran interés en hacer constar su derecho a tomar una revancha.

La señora Marneffe quiso ser invitada a la boda de la señorita de Hulot. Para ver a su futura querida en su salón, el consejero de Estado viose obligado a invitar a todos los empleados de su división, hasta a los subjefes. Entonces se hizo necesario un gran baile. Como buena mujer de su casa, la baronesa calculó que una velada sería más barata que una comida y permitiría recibir más gente. El matrimonio de Hortensia tuvo, pues, gran resonancia.

Fueron testigos el mariscal príncipe de Wissemburgo y el barón de Nucingen, por parte de la futura, y el conde de Rastignac y Popinot, por parte de Steinbock. La celebridad adquirida por éste había contribuido a que los más ilustres miembros de la emigración polaca le hubiesen buscado; así es que el artista se creyó en el deber de invitarles. El Consejo de Estado y la Administración de que formaba parte el barón; el Ejército, que quería honrar al conde de Forzheim, iban a estar representados por sus más distinguidos miembros. Se contó con unas doscientas invitaciones obligadas. ¿Quién no comprenderá desde este momento el interés de la señora Marneffe en aparecer en todo su esplendor en medio de una asamblea semejante?

Hacía un mes que la baronesa consagraba el valor de sus diamantes al hogar de su hija, si bien conservando los más hermosos para que formasen parte del ajuar. Esta venta produjo quince mil francos, de los cuales cinco mil fueron empleados en el ajuar de Hortensia. ¿Qué eran diez mil francos para amueblar la habitación de los recién casados si se tienen en cuenta las exigencias del lujo moderno? Pero los jóvenes esposos Hulot, el padre Crevel y el conde de Forzheim hicieron importantes regalos, pues el anciano tío tenía en reserva una suma para el servicio de plata. Gracias a tantos auxilios, una parisiense exigente hubiese quedado

satisfecha de la instalación del joven matrimonio en la habitación que habían escogido en la calle de Santa Dominica, cerca de la explanada de los Inválidos. Todo estaba allí en armonía con su amor, tan puro, tan franco y tan sincero por una y otra parte.

Por fin llegó el gran día, pues debía ser también un gran día lo mismo para Hortensia y Wenceslao que para el padre: la señora Marneffe había decidido estrenar su nueva casa con una juerga al día siguiente de su falta y del matrimonio de los dos enamorados.

¿Quién no ha asistido una vez en su vida a un baile de boda? Cada cual puede hacer una llamada a sus recuerdos, y se sonreirá seguramente al evocar a todas aquellas personas endomingadas, tanto por su aspecto como por el atavío de rigor. Si el hecho social ha probado alguna vez la influencia del medio, nunca mejor que en este caso. En efecto, el endomingamiento de los unos ejerce tal influencia sobre los otros, que las gentes más acostumbradas a ir bien vestidas parecen pertenecer a la categoría de aquellos para quienes la boda es una fiesta señalada en su vida. En fin, recordad aquellas gentes graves, aquellos ancianos para quienes es todo de tal modo indiferente que conservan sus trajes negros de diario; los casados viejos, cuya cara anuncia la triste experiencia de la vida que los jóvenes comienzan; los placeres, que son allí como el ácido carbónico en el champaña; las jóvenes envidiosas, las mujeres ocupadas del éxito de su tocado; los parientes pobres, cuyo traje contrasta con el de la generalidad; los golosos, que sólo piensan en la cena, y los jugadores en el juego. Todo está allí, ricos y pobres, envidiosos y envidiados, filósofos y gente llena de ilusiones, agrupados como las plantas de un ramillete en torno de una flor rara: la recién casada. Un baile de boda es el mundo en pequeño.

En el momento más animado, Crevel tomó al barón por el brazo y le dijo al oído, con el aire más natural del mundo:

-¡Pardiez! Vaya una mujer bonita aquella del color rosa que te fusila con sus miradas...

-¿Quién?

- La mujer de aquel subjefe a quien tú asciendes Dios sabe cómo, la señora Marneffe.

-¿Cómo sabes tú eso?

- Mira, Hulot, procuraré perdonarte las que me has hecho si quieres presentarme en casa de esa mujer. Yo te prometo a mi vez presentarte en casa de Eloísa. Todo el mundo pregunta quién es esa criatura encantadora. ¿Estás seguro de que no habrá ninguno en tus oficinas que explique el porqué del nombramiento de su marido? ¡Oh! Feliz pillastre, vale más que un despacho... ¡Ah! De buena gana pasaría por su despacho... Bueno, seamos amigos, Cinna.

- Más que nunca - dijo el barón al perfumista -, y te prometo ser buen muchacho. Dentro de un mes te invitaré a comer con ese angelito, porque ahora me trato con los ángeles, amigo mío. Te aconsejo que hagas como yo, que renuncies a los demonios...

La prima Bela, instalada en la calle de Vanneau, en una bonita habitación, en el piso tercero, dejó el baile a las diez, para volver a ver los títulos de los mil doscientos francos de renta en dos inscripciones, de los cuales eran propietarias la condesa de Steinbock y la señora del joven Hulot. Ahora se comprenderá cómo el señor Crevel había podido hablar a su amigo

Librodot

Hulot de la señora Marneffe y conocer un secreto ignorado por todo el mundo, pues el señor Marneffe, ausente, la prima Bela, el barón y Valeria eran los únicos que conocían aquel misterio.

El barón había cometido la imprudencia de regalarle a la señora Marneffe un traje demasiado lujoso para la mujer de un subjefe; así es que las demás mujeres sintieron envidia del lujo y de la belleza de Valeria. Esto dio lugar a cuchicheos por detrás de los abanicos, pues la apurada situación de los Marneffe era tanto más conocida entre sus compañeros cuanto que el empleado solicitaba recursos en el momento en que el barón se había enamorado de su señora. Por otra parte, Héctor no supo ocultar su embriaguez viendo el éxito de Valeria, la cual, decente, llena de distinción, envidiada, fue sometida a ese examen atento que tanto temen las mujeres al entrar por primera vez en un mundo nuevo.

Después de haber metido a su mujer, a su hija y a su yerno en el coche, el barón halló medio de evadirse sin ser notado, dejando a su hijo y a su nuera el cuidado de desempeñar el papel de señores de la casa. Subió al coche de la señora Marneffe y la acompañó a su casa; pero notó que estaba muda y pensativa, casi melancólica.

- Valeria, veo que mi dicha le causa tristeza - dijo, abrazándola en el fondo del coche.

- Amigo mío, ¿cómo no quiere usted que una pobre mujer no esté siempre pensativa al cometer su primera falta, aun cuando la infamia de su marido le devuelva la libertad?... ¿Cree usted que carezco de alma, de creencias y de religión? Usted ha demostrado esta noche la más indiscreta de las satisfacciones y me ha pregonado odiosamente. La verdad es que un colegial no hubiese sido tan fatuo como usted. Todas esas mujeres me han molestado por su culpa con miradas y palabras picantes. ¿Cuál es la mujer que no mira por su reputación? ¡Usted me ha perdido! ¡Oh! Ahora soy bien suya, no tema, y para excusar esta falta mi único recurso es serle fiel. ¡Monstruo! - añadió, riéndose y dejándose besar - ¡Qué bien supo usted lo que hacía! La señora Coquet, la mujer de nuestro jefe, ha venido a sentarse a mi lado para admirar mis encajes. «Son de Inglaterra - ha dicho - ¿La cuestan muy caros, señora?» «No lo sé - le contesté -. Estos encajes provienen de mi madre. No soy lo bastante rica para comprarlos semejantes.»

Como se ve, la señora Marneffe había acabado por fascinar de tal modo al guapo del Imperio, que éste creía que le hacía cometer la primera falta y le había inspirado una pasión capaz de hacerla olvidar sus deberes. La joven se decía abandonada por el infame Marneffe al cabo de tres días de matrimonio por espantosos motivos. Después había seguido siendo la muchacha más juiciosa y más feliz, pues el matrimonio le parecía una cosa horrible. De esto provenía su actual tristeza.

-¡Si fuese lo mismo el amor que el matrimonio! - dijo llorando.
Estas lindas mentiras, que dicen casi todas las mujeres en la situación en que se hallaba Valeria, hacían entrever al barón las rosas del séptimo cielo. De este modo, Valeria hizo mil remilgos, mientras que el enamorado artista y Hortensia esperaban tal vez impacientemente a que la baronesa hubiese dado su última bendición y su último beso a la cándida y pura doncella.

A las siete de la mañana el barón, en el colmo de la dicha, pues había hallado en su Valeria a la más inocente joven y al diablillo más consumado, volvió a su casa a devolver su libertad al

Librodot

joven matrimonio Hulot. Aquellos bailadores, extraños casi todos en la casa y que habían acabado por apoderarse del terreno como en todas las bodas, se entregaban a esas interminables contradanzas últimas, llamadas cotillones; los jugadores estaban aferrados a sus mesas, y el padre Crevel ganaba seis mil francos.

Los periódicos distribuidos por los repartidores contenían en las gacetillas el siguiente suelto:
«Esta mañana se efectuó, en Santo Tomás de Aquino, el matrimonio del conde de Steinbock con la señorita Hortensia de Hulot, hija del barón Hulot de Ervy, consejero de Estado y director del Ministerio de la Guerra, y sobrina del ilustre conde de Forzheim. Esta solemnidad llevó allí a mucha gente, entre la cual se veía a nuestras celebridades artísticas: León de Lora, José Bridau, Stidmann, Bixiou; a las notabilidades de la Administración militar y del Consejo de Estado, a varios miembros de ambas Cámaras y a lo más distinguido de la emigración polaca, como los condes Paz, Laginski, etc.

«El señor conde Wenceslao Steinbock es sobrino segundo del célebre general de Carlos XII, rey de Suecia. El joven conde, que tomó parte en la insurrección, vino a buscar asilo a Francia, donde la justa celebridad de su talento le ha valido el adquirir carta de naturaleza.»
Así, a pesar de la espantosa situación del barón Hulot de Ervy, no faltó nada de lo que exige la opinión pública, ni siquiera la celebridad dada por los periódicos al matrimonio de su hija, cuya celebración fue en un todo semejante a la de su hijo con la señorita Crevel. Esta fiesta atenuó los rumores que corrían acerca de la situación financiera del director, del mismo modo que la dote de su hija explicó la necesidad en que se había visto de tener que recurrir al crédito.

Aquí termina, en cierto modo, la introducción de esta historia. Este relato es el drama que la completa lo que son las premisas en una proposición, lo que es la exposición en toda tragedia clásica.

Cuando en París una mujer ha resuelto comerciar con su belleza, no siempre eso es una razón para que logre hacer fortuna. Hay en esta ciudad admirables criaturas, muy inteligentes, que están en una mediocridad espantosa y acaban muy mal una vida comenzada por los placeres. He aquí por qué dedicarse a la vergonzosa carrera de las cortesanas con intención de obtener beneficios, conservando las apariencias de una burguesa casada y honesta, no basta. El vicio no obtiene fácilmente sus triunfos; en esto se asemeja al genio, pues ambos exigen un concurso de circunstancias felices para operar el cúmulo de la fortuna y del talento. Suprimid las extrañas fases de la Revolución y el emperador no existiría, no hubiera sido más que una segunda edición de Fabert. La belleza venal sin aficionados, sin celebridad, sin la cruz del deshonor que le da la fama de fortuna disipada, es un Corregio en un desván, es el genio expirando en su guardilla. Una Lais, en París, debe, pues, ante todo, encontrar un hombre rico que se apasione por ella lo bastante para darla un precio. Ella debe, sobre todo, conservar una gran elegancia, que para ella viene a ser su anuncio; tener bastante porte para halagar el amor propio de los hombres y poseer ese ingenio a lo Sofía Arnould que despierte la apatía de los ricos; debe, en fin, hacerse desear por los libertinos pareciendo ser fiel a uno solo, cuya dicha es entonces envidiada.

Estas condiciones, que esa clase de mujeres llaman suerte, se realizan con bastante dificultad en París, a pesar de ser una ciudad llena de millonarios, de desocupados y de gentes hastiadas. La Providencia ha protegido fuertemente en esto, sin duda, a los matrimonios de empleados y a la pequeña burguesía, para quienes estos obstáculos están por lo menos duplicados a causa

del medio en que realizan sus evoluciones. Sin embargo, hay todavía en París bastantes señoras Marneffes para que Valeria deba figurar como tipo en esta historia de costumbres. De estas mujeres, unas obedecen a la vez a pasiones verdaderas y a la necesidad, como la señora Colleville, que estuvo liada durante mucho tiempo con uno de los oradores más célebres del partido de la izquierda, con el banquero Keller; otras se sienten empujadas por vanidad, como la señora Baudraye, que siguió siendo casi honrada a pesar de su huida con Lousteau; aquéllas son arrastradas por las exigencias del lujo, y estas otras por la imposibilidad de atender a los gastos de su hogar con sueldos demasiado exiguos. La parsimonia del Estado o de las Cámaras causa muchas desgracias y engendra muchas corrupciones. En este momento se habla mucho acerca de la situación de las clases obreras y se las considera explotadas por el fabricante; pero el Estado es cien veces más duro que el industrial más ambicioso: en materia de sueldos lleva la economía hasta un límite imposible. Trabajad mucho y la industria os pagará en razón de vuestro trabajo; pero ¿qué da el Estado a tantos oscuros y adictos trabajadores?

Desviarse del sendero del honor es, en la mujer casada, un inexcusable crimen; pero hay en esta situación muchos grados. Algunas mujeres, lejos de ser depravadas, ocultan sus faltas y siguen siendo honradas en apariencia, como las dos cuyas aventuras acaban de ser relatadas, mientras que otras unen a sus faltas las ignominias de su especulación. La señora Marneffe es, pues, en cierto modo, el tipo de esas ambiciosas casadas que desde un principio aceptan la depravación con todas sus consecuencias y están decididas a hacer fortuna divirtiéndose sin tener en cuenta los medios; pero que tienen casi siempre, como la señora Marneffe, a sus maridos por embaucadores y cómplices. Estos Maquiavelos con faldas son las mujeres más peligrosas, y de todas las malas parisienses son las peores. Una verdadera cortesana, como las Josefas, las Schontz, las Málagas, las Jenny Cadine, etc., lleva en la franqueza de su situación una advertencia tan luminosa como la linterna roja de la prostitución o como las lámparas del treinta y cuarenta. El hombre sabe entonces que se expone a la ruina. Pero la almibarada honradez, las apariencias de virtud y los manejos hipócritas de una mujer casada, que no deja nunca ver más que las necesidades vulgares de un hogar y que se niega aparentemente a las locuras, provoca silenciosas ruinas, que son tanto más singulares cuanto que todo el mundo las excusa al no poder explicárselas. Es el innoble libro de gastos y no la gozosa fantasía el que devora las fortunas. Un padre de familia se arruina sin gloria y le falta en la miseria el gran consuelo de la vanidad satisfecha.

Esta retahíla va como una flecha al corazón de muchas familias. En todas las esferas de la vida social se ven señoras Marneffes, hasta en medio de las Cortes, pues Valeria es una triste realidad moldeada en vivo hasta en sus menores detalles. Desgraciadamente, este retrato no corregirá a nadie de la manía de enamorarse de los ángeles de dulce sonrisa, de aire soñador y de cara cándida, pero cuyo corazón es una caja de caudales.

Unos tres años después de la boda de la señorita Hortensia, en 1841, el barón Hulot de Ervy pasaba por haberse moderado, por haberse desuncido, según la expresión del primer cirujano de Luis XV, y, sin embargo, la señora Marneffe le costaba dos veces más que lo que le había costado Josefa. Pero Valeria, aunque iba siempre bien vestida, afectaba la sencillez de una mujer casada con un subjefe; guardaba el lujo para sus batas, para su casa, y así sacrificaba sus vanidades de parisiense en favor de su querido Héctor. Sin embargo, cuando iba al teatro se presentaba siempre con un bonito sombrero y un traje de última moda, y el barón la acompañaba en coche para llevarla a algún palco escogido.

Librodot

La habitación de la calle de Vanneau, que ocupaba todo el segundo piso de un palacio moderno situado entre patio y jardín, respiraba honestidad. El lujo consistía en colgaduras de Persia y hermosos y cómodos muebles. Por excepción, el dormitorio ofrecía las profusiones hechas para las Jenny Cadine y las Schontz, tales como cortinas de encaje, casimires, colgaduras de brocado y una guarnición de chimenea cuyos modelos habían sido hechos por Stidmann, y una pequeña vitrina llena de maravillas. Hulot no había querido ver a su Valeria en un nido inferior en magnificencia al cenagal de oro y perlas de una Josefa. Las dos piezas principales, el salón y el comedor, habían sido amuebladas, la una con damasco rojo y la otra con encina tallada. Pero llevado del deseo de ponerlo todo en armonía, al cabo de seis meses el barón había añadido el lujo sólido al lujo efímero, regalándole grandes valores muebles, como, por ejemplo, un servicio de plata cuya factura pasaba de veinticuatro mil francos.

La casa de la señora Marneffe adquirió en dos años reputación de ser muy agradable. Se jugaba en ella, y la misma Valeria viose pronto señalada como una mujer amable y distinguida. Para justificar el cambio de su situación corrió el rumor de un inmenso legado que su padre natural, el mariscal de Montcornet, le había transmitido mediante un fideicomiso. Pensando en el porvenir, Valeria había añadido la hipocresía religiosa a su hipocresía social. Puntual a los actos religiosos del domingo, tuvo todos los honores de la piedad. Presidió mesas petitorias, se hizo dama de la caridad, entregó el pan bendito e hizo algunas obras buenas en el barrio, todo a costa de Héctor. Todo en su casa era honrado. Así, muchas gentes afirmaban la pureza de sus relaciones con el barón, objetando la edad del consejero de Estado, a quien atribuían un gusto platónico por la gentileza de ingenio, los modales, el encanto y la conversación de la señora Marneffe, casi semejante al del difunto Luis XVIII por las billas bien torneadas.

El barón se retiraba a eso de media noche con todo el mundo y volvía un cuarto de hora después. He aquí el secreto de este profundo secreto:

Los porteros de la casa eran el señor y la señora Olivier, los cuales, por recomendación del barón, amigo del propietario, habían pasado de su oscuro y poco lucrativo cuarto de la calle del Deanato a la productiva y magnífica portería de la calle de Vanneau. Ahora bien; la señora Olivier, antigua costurera de la casa de Carlos X, que había perdido su posición al caer la monarquía legítima, tenía tres hijos. El mayor, pasante ya de notario, era objeto de la adoración de los esposos Olivier. Este Benjamín, amenazado de ser soldado durante seis años, iba a ver interrumpida su brillante carrera, cuando la señora Marneffe le libró del servicio militar pretextando uno de esos vicios de conformación que los consejos de revisión saben descubrir cuando así se lo recomienda algún poder ministerial. Olivier, antiguo piquero de Carlos X, y su esposa se hubieran dejado, pues, matar por el barón de Hulot y por la señora Marneffe.

¿Qué podía decir la gente, que desconocía el antecedente del brasileño señor Montes de Montejanos? Nada. Por otra parte, la gente se muestra siempre llena de indulgencia con una dueña de un salón donde uno se divierte. A todos sus atractivos, la señora Marneffe añadía la ventaja de ser un poder oculto. Por eso, Claudio Vignon, que había pasado a ser secretario del mariscal príncipe de Wissemburgo y que soñaba con pertenecer al Consejo de Estado en calidad de refrendario, era habitual en aquel salón, adonde acudían también algunos diputados, buenos muchachos y jugadores. La sociedad de la señora Marneffe se había formado con sabia lentitud; las agregaciones sólo se admitían tratándose de gentes de opiniones y costumbres regulares, interesadas en sostenerse, en proclamar los méritos

infinitos de la dueña de la casa. Retened este axioma: el compadrazgo es en París la verdadera santa alianza. Los intereses acaban siempre por dividirse, mientras que las gentes viciosas se entienden siempre.

Al tercer mes de su instalación en la calle de Vanneau, la señora Marneffe recibía ya al señor Crevel, nombrado casi en seguida alcalde de su distrito y oficial de la Legión de Honor. Crevel vaciló algún tiempo; se trataba de dejar aquel célebre uniforme de guardia nacional, con el que se pavoneaba en las Tullerías, creyéndose tan militar como el emperador; pero la ambición, aconsejada por la señora Marneffe, fue más fuerte que la vanidad. El señor alcalde había juzgado sus relaciones con la señorita Eloísa Brisetout completamente incompatible con su actitud política. Mucho tiempo antes de su advenimiento al trono burgués de la Alcaldía, sus galanterías fueron rodeadas del más profundo misterio. Pero como se comprenderá, Crevel había pagado el derecho a tomar la revancha del rapto de Josefa tan frecuentemente como quisiese, mediante una inscripción de seis mil francos de renta a nombre de Valeria Fortin, esposa separada en bienes del señor Marneffe. Valeria, dotada quizá por su madre del genio particular de la mujer de vida alegre, adivinó al primer golpe de vista el carácter de aquel grotesco adorador. Las palabras: «Jamás he poseído a una mujer de mundo», dichas por Crevel a Isabela y repetidas por ésta a su querida Valeria, habían sido cobradas con usura en la transacción a que debió ella sus seis mil francos de renta al cinco por ciento. Después procuró no perder su prestigio a los ojos del antiguo viajante de César Birotteau.

Crevel había hecho un matrimonio por interés casándose con la hija única de un molinero de la Brie, cuyas herencias formaban las tres cuartas partes de su fortuna, pues la mayor parte de las veces los detallistas se enriquecen, más que con los negocios, con la alianza de la tienda y de la economía rural. Gran número de cortijeros, de molineros, de ganaderos y de labradores de las cercanías de París sueñan con las glorias del mostrador para sus hijas y ven en un detallista, en un joyero o en un cambista un yerno con más satisfacción que si fuese notario o procurador, cuya elevación social les inquieta; temen ser despreciados después por estas eminencias burguesas. La señora Crevel, mujer bastante fea, muy vulgar y muy tonta y que murió con oportunidad, no había procurado a su marido más placeres que los de la paternidad. Ahora bien; al principio de su carrera comercial este libertino, encadenado por los deberes de su profesión y contenido por la indigencia, había desempeñado el papel de Tántalo. En relación, según él, con las mujeres más distinguidas de París, las acompañaba hasta la puerta con saludos de tendero, admirando su gracia, su manera de llevar las modas y todos los efectos anónimos de lo que se llama la raza. Elevarse hasta una de aquellas hadas de salón era un deseo concebido desde su juventud y comprimido en su corazón. Obtener los favores de la señora Marneffe fue, pues, para él, no sólo la realización de su quimera, sino además una cuestión de orgullo, de vanidad y de amor propio, como se ha visto. Su ambición se acrecentó con el éxito. Sintió enormes goces de cabeza, y cuando la cabeza está perdida, el corazón se resiente y la dicha se decuplica. La señora Marneffe presentó por otra parte a Crevel refinamientos que él no sospechaba, pues ni Josefa ni Eloísa le habían amado, mientras que la señora Marneffe juzgó necesario engañar bien a aquel hombre, en quien veía una caja eterna. Los engaños del amor falso son más encantadores que la realidad. El amor verdadero implica disputas de gorriones en que se hiere en lo vivo; pero la querella en broma es, por el contrario, una caricia hecha al amor propio del burlado. De esta suerte, la rareza de las entrevistas mantenía en estado de pasión el deseo de Crevel. Chocaba siempre contra la virtuosa dureza de Valeria, la cual fingía remordimientos y hablaba de lo que su padre podía pensar de ella en el paraíso de los valientes. El buen hombre tenía que vencer una especie de frialdad de la que la astuta comadre le hacía creer que triunfaba, pareciendo ella ceder a la pasión loca de aquel

burgués; pero recobraba, como avergonzada, su orgullo de mujer decente y sus aires de virtud enteramente lo mismo que una inglesa y aplastaba siempre a su Crevel con el peso de su dignidad, pues Crevel la había juzgado virtuosa desde el principio. En fin, Valeria poseía especialidades de ternura que hacían fuese tan indispensable a Crevel como el barón. En presencia del mundo ofrecía el encantador enlace del candor púdico y soñador, de la decencia irreprochable y del ingenio realzado por la gentileza, por la gracia y por los modales de la criolla;- pero en la conferencia íntima y familiar excedía a las cortesanas y era picaresca, entretenida y fértil en invenciones nuevas. Este contraste resulta agradabilísimo para los tipos como Crevel, que se sienten adulados creyendo ser los únicos autores de aquella comedia, de la cual se figuran disfrutar solos, y que se ríen de aquella deliciosa hipocresía, admirando a la actriz.

Valeria se había apropiado admirablemente al barón Hulot y le había obligado a envejecer mediante una de esas finas adulaciones que puede servir para dar una idea del espíritu diabólico de esta clase de mujeres. En las organizaciones privilegiadas llega un momento en que como una plaza sitiada que se resiste por mucho tiempo, se declara al fin la verdadera situación. Previendo la próxima disolución del guapo del Imperio, Valeria juzgó necesario precipitarla, seis meses después de aquella unión clandestina y doblemente adúltera.

- Viejo gruñón, ¿por qué te compones tanto? - le dijo -. ¿Tienes acaso pretensiones? ¿Quieres por ventura serme infiel? A mí me gustarías más si no te atildases tanto. Hazme el sacrificio de tus gracias postizas. ¿Crees tú acaso que te amo yo por el betún de tus botas, por tu cinturón de caucho, por tu chaleco de fuerza o por tu tupé postizo? Además, que cuanto más viejo seas, menos temor tendré de que una rival me arrebate a mi Hulot.

Creyendo en la amistad divina tanto como en el amor de la señora Marneffe, con la cual contaba acabar sus días el consejero de Estado había seguido este consejo privado cesando de teñirse las patillas y el cabello. Después de haber recibido de Valeria esta conmovedora declaración, el grande y hermoso Héctor se presentó un día completamente canoso. La señora Marneffe le probó fácilmente a su querido Héctor que había visto cien veces la línea blanca formada por el crecimiento de los cabellos.

- Los cabellos blancos sientan admirablemente a su cara - dijo ella al verle -: la suavizan; está usted mucho mejor...; así está encantador.

En fin, el barón, una vez lanzado por esta senda, se quitó el chaleco de piel y el corsé y se desembarazó de todas sus correas. El vientre entonces cayó y la obesidad se hizo patente. El roble se convirtió en una torre, y la pesadez de los movimientos fue tanto más espantosa cuanto que el barón envejeció prodigiosamente, desempeñando el papel de Luis XII. Las cejas siguieron siendo negras y recordaron vagamente al guapo Hulot, del mismo modo que en algunos restos de ruinas feudales se conserva un ligero detalle de escultura para hacer ver lo que fue el castillo en sus buenos tiempos. Esta discordancia tornaba la mirada, animada y joven aún, tanto más extraña en su cara morena, cuanto que allí, adonde por mucho tiempo florecieron tonos de carne a lo Rubens, se veían, por ciertas ajaduras y por el profundo surco de las arrugas, los esfuerzos de una pasión en pugna con la naturaleza. Hulot fue entonces una de esas hermosas ruinas humanas en las que la virilidad se nota en esos mechones de pelo en los oídos, en la nariz y en los dedos, produciendo el efecto de los musgos que brotan sobre los monumentos casi eternos del Imperio romano.

Librodot

¿Cómo había podido Valeria mantener a Crevel y a Hulot a un mismo tiempo en su casa, cuando el vengativo jefe de batallón deseaba triunfar ruidosamente sobre Hulot? Sin responder inmediatamente a esta pregunta, que será contestada por el drama, hemos de advertir que Isabela y Valeria habían inventado entre las dos una prodigiosa máquina cuyo poderoso juego contribuía a este resultado. Marneffe, al ver a su mujer embellecida por el medio ambiente que ocupaba, como el sol de un sistema sideral, parecía a los ojos del mundo haber sentido encenderse su pasión y se sintió loco de amor por su mujer. Si estos celos convertían al señor Marneffe en un gran estorbo, daban en cambio un valor extraordinario a los favores de Valeria. Marneffe daba, sin embargo, muestras de gran confianza en su director, confianza que degeneraba en una bondad casi ridícula. El solo personaje que le irritaba era precisamente Crevel.

Marneffe, destruido por esos excesos propios de las grandes capitales, que fueron descritos por los poetas romanos y para los que nuestro pudor moderno no tiene nombre, se había vuelto horrible como una figura anatómica de cera. Pero aquella enfermedad ambulante, vestida de hermoso paño, balanceaba sus piernas como espátulas en un elegante pantalón. Aquel pecho descarnado se perfumaba con blancas ropas, y el almizcle ocultaba los fétidos olores de la podredumbre humana. Aquella fealdad del vicio expirante pero lleno de afeites y de lujo, pues Valeria había puesto a Marneffe en armonía con su fortuna, con su cruz y con su destino, asustaba a Crevel, el cual no sostenía fácilmente la mirada de los blancos ojos del subjefe. Marneffe era la pesadilla del alcalde. Al notar el singular poder que Isabela y su mujer le habían conferido, este malvado pillo se divertía con él y lo manejaba como un instrumento; siendo las cartas el último recurso de aquella alma tan gastada como el cuerpo, desplumaba a Crevel, que se creía obligado a ser complaciente con el respetable funcionario ¡a quien engañaba!

Al ver a Crevel tan niño ante aquella horrible e infame momia, cuya corrupción era para el alcalde un secreto, y al verle sobre todo tan profundamente despreciado por Valeria, que se reía de Crevel como se ríe uno de un bufón, el barón se creía tan al abrigo de toda rivalidad, que le convidaba constantemente a comer.

Valeria, protegida por estas dos pasiones alerta y por un marido celoso, atraía todas las miradas y excitaba todos los deseos en el círculo en que reinaba. Así es que, guardando las apariencias, había llegado en tres años a realizar las condiciones más difíciles del éxito que buscan las cortesanas y que tan rara vez realizan, ayudadas por el escándalo, por su audacia y por el brillo de su vida pública. Como un diamante bien tallado por Chanot admirablemente, la belleza de Valeria, escondida poco antes en la mina de la calle del Deanato, valía más de su valor y hacía desgraciados a muchos... ¡Claudio Vignon amaba a Valeria en secreto!

Esta explicación retrospectiva, bastante necesaria cuando se vuelve a ver la gente al cabo de tres años de intervalo, viene a ser el balance de Valeria. He aquí ahora el de su asociada Isabela:

La prima Bela ocupaba en la casa Marneffe la posición de una parienta que hubiera acumulado en sí las funciones de señora de compañía y camarera; pero ignoraba las dobles humillaciones que afligen la mayor parte del tiempo a las criaturas que tienen la desgracia de tener que aceptar estas posiciones ambiguas. Isabela y Valeria ofrecían el espectáculo conmovedor de una de esas amistades tan vivas y tan poco probables entre mujeres, que las parisienses, que siempre son demasiado ocurrentes, en seguida las calumnian. Aquel contraste

Librodot

de la naturaleza seca y varonil de la lorenesa con la hermosa naturaleza criolla de Valeria sirvió de pasto a la calumnia. Por lo demás, la señora Marneffe había dado apariencias de verdad, sin saberlo, a la chismografía, con los cuidados que tributó a su amiga, llevada de un interés matrimonial que había de hacer completa la venganza de Isabela, según se va a ver en seguida. En el modo de ser de la prima Bela se había operado una inmensa revolución; Valeria, que quería vestirla, había sacado de esto un gran partido. Aquella singular muchacha, sometida ahora al corsé, tenía un talle fino, gastaba bandolina para sus lisos cabellos, aceptaba sus vestidos tal como se los entregaba la costurera, llevaba borceguíes escogidos y medias de seda grises, todo ello incluido en las facturas de Valeria y pagado por quien de derecho le correspondía. Restaurada de este modo, siempre con casimir amarillo, Bela no hubiese sido conocida por los que la hubiesen vuelto a ver después de esos tres años. Este otro diamante negro, que es el más raro de los diamantes, tallado por una mano hábil y convenientemente montado, era apreciado en todo su valor por algunos empleados ambiciosos. El que veía a Bela por primera vez, se estremecía involuntariamente al notar la agreste poesía que la hábil Valeria había sabido poner de relieve cultivando con adornos a aquella Nona sangrienta, y sabiendo encuadrar con arte, mediante espesas bandas de pelo, aquella cara seca y verdosa en la que brillaban unos ojos de un color negro semejante al de los cabellos. Bela, al igual de una Virgen de Cranach y de Van Dyck, como una Virgen bizantina, salidas de sus cuadros, conservaba la rigidez y la corrección de aquellas caras misteriosas, primas hermanas de Isis y de las divinidades puestas en las repisas por los escultores egipcios. Aquello era una especie de granito, de basalto o pórfido que andaba. Libre de la miseria para el resto de sus días, Bela tenía muy buen humor y llevaba consigo la alegría a todas las casas adonde iba a comer. Por otra parte, el barón pagaba el alquiler del cuartito, amueblado, como es sabido, con los desechos del tocador y del cuarto de su amiga Valeria.

La solterona solía decir:

- Después de haber empezado una vida como una cabra hambrienta, la acabo como una leona.
Continuaba confeccionando las obras más difíciles de la pasamanería para el señor Rivet; pero, según ella, lo hacía para no perder el tiempo. Y, sin embargo, como se va a ver, su vida estaba excesivamente ocupada; pero en la inteligencia de las gentes llegadas del campo está grabada siempre la idea de no abandonar nunca el modus vivendi, semejándose en esto a los judíos.

Todas las mañanas, la prima Bela iba por sí misma al mercado, muy temprano, con la cocinera. En el plan de Bela, el libro de gastos que arruinaba a Hulot tenía que enriquecer a su querida Valeria y, en efecto, la enriquecía.

¿Cuál es la dueña de casa que desde 1838 no ha experimentado los funestos resultados de las doctrinas antisociales extendidas entre las clases inferiores por escritores incendiarios? En todas las casas la plaga de los criados es hoy la mayor de las plagas financieras. Con muy raras excepciones, que merecerían el premio de la Virtud, los cocineros son ladrones domésticos, ladrones descarados, de los cuales se ha hecho encubridor el Gobierno desarrollando de este modo la inclinación al robo, autorizando casi a las cocineras con la antigua broma acerca de la sisa. En las casas en que estas mujeres buscaban antes dos francos para un billete de Lotería, toman hoy cincuenta francos para la Caja de Ahorros. ¡Y los fríos puritanos que se entretienen en hacer en Francia experiencias filantrópicas creen haber moralizado al pueblo! Entre la mesa de los amos y el mercado los criados han establecido su impuesto secreto, y la ciudad de París no es tan hábil para percibir sus derechos de consumos

Librodot

como lo son ellos para sacar los suyos de todo. Además del cincuenta por ciento con que gravan las provisiones de boca, exigen grandes aguinaldos a los comerciantes. Los tenderos de más talla tiemblan ante este poder oculto, y todos, sin distinción, lo subvencionan: cocheros, joyeros, sastres, etc. Al que intenta vigilar a sus criados, éstos le contestan con insolencia o con las costosas tonterías de una fingida torpeza; hoy toman ellos informes de los amos como antes los amos los tomaban de ellos. El mal, que ha llegado ya al colmo y contra el que los tribunales empiezan, aunque en vano, a proceder, no puede desaparecer más que por una ley que obligue a los criados a la cartilla del obrero. Entonces el mal cesaría como por encanto. Estando obligado todo criado a presentar su cartilla y los amos a consignar en ella la causa de la expulsión, es indudable que la desmoralización encontraría un gran freno. Las gentes que se ocupan de la alta política de actualidad ignoran hasta dónde llega la depravación de las clases inferiores en París; iguala a la envidia que les devora. La estadística no consigna el espantable número de obreros de veinte años que se casan con cocineras de cuarenta y cincuenta, enriquecidas con el robo. Se tiembla al pensar en las consecuencias de semejantes uniones desde el triple pie punto de vista de la criminalidad, de la degradación de la raza y de los malos matrimonios. Respecto al daño puramente financiero producido por los robos domésticos, es enorme desde el punto de vista político, La vida, encarecida así el doble, prohibe lo superfluo en muchos hogares. ¡Lo superfluo!... Es la mitad del comercio de los Estados, como es la elegancia de la vida. Para muchas gentes, los libros y las flores son tan necesarios como el pan.

Isabela, a quien esta importante plaga de las casas de París le era conocida, pensaba dirigir el hogar de Valeria al prometerle su apoyo en la terrible escena en que ambas se habían jurado ser como dos hermanas. Así es que había hecho venir del interior de los Vosgos a una parienta por parte de madre, antigua cocinera del obispo de Nancy, solterona piadosa y de gran probidad. Sin embargo, temiendo su inexperiencia en París y, sobre todo, los malos consejos que pervierten tantas lealtades frágiles, Isabela acompañaba a Maturina al mercado y procuraba acostumbrarla a saber comprar. Conocer el verdadero precio de las cosas para que el vendedor no abuse, comer platos sin actualidad, como el pescado, por ejemplo, cuando no son caros, estar al corriente acerca del valor de los comestibles y presentir el alza para comprar en baja, ese espíritu de dueña de casa es, en París, lo más necesario para la economía doméstica. Como Maturina percibía buena soldada y gran número de regalos, tenía bastante apego a la casa para sentir satisfacción con las compras baratas. De modo que hacía ya algún tiempo que competía con Isabela, la cual la creía ya bastante instruida para no ir al mercado más que los días en que Valeria tenía gente, lo cual ocurría, entre paréntesis, con bastante frecuencia. He aquí por qué. El barón había empezado por guardar el más estricto decoro; pero su pasión por la señora Marneffe se había vuelto en poco tiempo tan viva y tan ávida, que deseó dejarla lo menos posible. Después de haber comido allí cuatro veces a la semana, le pareció encantador hacerlo todos los días. Seis meses después del matrimonio de su hija, dio dos mil francos mensuales a título de pensión. La señora Marneffe invitaba a las personas cuyo trato gustaba a su querido barón y, por otra parte, como se hacía siempre comida para seis, el barón podía llevar otras personas de improviso. Isabela resolvió con su economía el problema extraordinario de sostener espléndidamente aquella mesa mediante la suma de mil francos y dar mil francos al mes a la señora Marneffe. Como que el tocado de Valeria era pagado espléndidamente por Crevel y por el barón, las dos amigas sacaban aún otros mil francos al mes de estos gastos. De esta suerte, aquella mujer tan pura y tan cándida poseía entonces cerca de unos ciento cincuenta mil francos de economías. Había acumulado sus rentas y sus beneficios mensuales, capitalizándolos y aumentándolos con enormes ganancias debidas a la generosidad con que Crevel hacía participar al capital de su duquesita de la buena

suerte de sus operaciones financieras. Crevel había iniciado a Valeria en la jerga y en las especulaciones de Bolsa y, como todas las parisienses, al poco tiempo sabía más que su maestro. Isabela, que no gastaba un céntimo de sus mil doscientos francos, y cuyo alquiler y demás gastos estaban pagados, que no sacaba un céntimo de su bolsillo, poseía también un capitalito de cinco a seis mil francos, que Crevel le manejaba paternalmente.

Esto no obstante, el amor del barón y el de Crevel eran una ruda carga para Valeria. El día en que el relato de este drama se reanuda, excitada por uno de esos acontecimientos que hacen en la vida el oficio de la campana, a cuyos sones se reúnen las asambleas, Valeria había subido a casa de Isabela para entregarse a aquellas buenas elegías largamente habladas, especie de cigarrillos fumados a chupetones, por las que las mujeres procuran suavizar los mil contratiempos de su vida.

- Isabela, amor mío, tener que distraer esta mañana a Crevel durante dos horas es cosa bien aplastante. ¡Oh! ¡De qué buena gana te enviaría en mi lugar!

- Desgraciadamente, eso no puede ser - dijo Isabela, sonriendo - Yo moriré virgen.

-¡Tener que entregarme a dos viejos! ¡Hay momentos en que me avergüenzo de mí misma! ¡Ah! ¡Si mi pobre madre me viese!

- Tú me tomas por Crevel - respondió Isabela.

- Dime que no me desprecias, mi querida Bela.

-¡Ah! ¡Si Yo hubiese sido bonita, cuántas aventuras hubiera tenido! - exclamó Isabela -. Ya estás justificada.

- Pero tú sólo hubieras escuchado a tu corazón - dijo la señora Marneffe, suspirando.

-¡Bah! - respondió Isabela -. Marneffe es un muerto a quien se han olvidado de enterrar, el barón es algo así como tu marido y Crevel es tu adorador; yo te veo como a todas las mujeres perfectamente en regla.

- No, no es de ahí, querida mía, de donde proviene mi dolor; tú no quieres entenderme.

-¡Oh! Sí - exclamó la lorenesa -, pues lo sobreentendido forma parte de mi venganza. ¿Qué quieres? Ya trabajo para ello.

-¡Amar a Wenceslao con locura y no lograr siquiera verle! - dijo Valeria, retorciéndose los brazos - Hulot le propone que venga a comer a casa y el artista se niega. ¡Ese monstruo de hombre no sabe que es idolatrado! ¿Qué es su mujer? Un buen bocado, sí, es hermosa; yo lo comprendo, no valgo lo que ella.

- No tengas cuidado, hijita mía, ya vendrá - dijo Isabela con el tono con que hablan las nodrizas a los niños que se impacientan -. Yo lo quiero, y vendrá...

-¿Pero cuándo?

- Tal vez esta semana.

- Déjame abrazarte.

Como se ve, aquellas dos mujeres eran una sola persona; todos los actos de Valeria, hasta los más torpes, sus placeres, sus enfados, se decidían después de maduras deliberaciones entre ellas.

Isabela, extraordinariamente conmovida ante aquella vida de cortesana, aconsejaba a Valeria en todo y proseguía el curso de sus venganzas con una lógica implacable. Por otra parte, adoraba a Valeria, a la que había convertido en su hija, en su amiga, en su amor; hallaba en ella la obediencia de las criollas y la molicie de la voluptuosa; charlaba con ella todas las mañanas con más placer que con Wenceslao. Ambas podían reírse de sus comunes malicias y de la estupidez de los hombres y recontar juntas los crecientes intereses de sus respectivos tesoros. Isabela había encontrado, además, en su empresa y en su nueva amistad pasto para su actividad en mucha mayor abundancia que en su insensato amor por Wenceslao. Los goces del odio satisfecho son los más ardientes y los más fuertes en el corazón. El amor es, en cierto modo, el oro, y el odio el hierro de esa mina de sentimientos que existen en nosotros. En fin, Valeria ofrecía en toda su gloria a Isabela esa belleza que ella adoraba como se adora todo lo que no se posee, belleza más manejable que la de Wenceslao, que había sido siempre para ella frío e insensible.

Al cabo de tres años escasos, Isabela empezaba a ver los progresos del trabajo de zapa subterráneo en que consumía su vida y empleaba su inteligencia. Sabela pensaba y la señora Marneffe obraba. La señora Marneffe era el hacha e Isabela era la mano que la manejaba, y la mano demolía a golpes apresurados a aquella familia que cada vez le era más odiosa, pues se odia cada vez más, como se ama cada día más cuando se ama. El amor y el odio son sentimientos que se alimentan por sí mismos; pero de los dos, el odio tiene vida más larga. El amor tiene por límite fuerzas limitadas, y saca su poder de la vida y de la prodigalidad; el odio se parece a la muerte, a la avaricia; es, en cierto modo, una abstracción activa por encima de los seres y de las cosas. Sabela, entregada a la vida que le era propia, desplegaba en ella todas sus facultades y reinaba a la manera de los jesuitas, con poder oculto. Su cara resplandecía. Sabela soñaba con ser la mariscala Hulot.

Esta escena, en que las dos amigas se decían crudamente sus menores pensamientos sin andarse en rodeos, tenía lugar precisamente al volver del mercado, adonde Sabela había ido para preparar los elementos de una buena comida. Marneffe, que codiciaba la plaza del señor Coquet, lo recibía con la virtuosa señora Coquet, y Valeria esperaba que Hulot tratase aquella misma noche de la dimisión del jefe de oficina. Sabela se vestía para ir a casa de la baronesa, donde comía aquel día.

-¿Volverás para servirnos el té, Bela mía? - dijo Valeria.

- Así lo espero...

-¿Cómo que lo esperas? ¿Has llegado acaso a acostarte con Adelina para beber sus lágrimas mientras duerme?

-¡Si eso fuese posible - respondió Sabela, riéndose - no diría que no! Ella expía ahora su dicha, y yo, que soy feliz, recuerdo mi infancia. A cada uno lo suyo. Ella se verá sumida en el lodo y yo ¡seré condesa de Forzheim!...

Isabela se dirigió hacia la calle de Plumet, adonde iba hacía algún tiempo, como se va al teatro, a saciarse de emociones.

La habitación escogida por Hulot para su mujer consistía en una grande y vasta antesala, un salón y un dormitorio con gabinete tocador. El comedor era lateralmente contiguo al salón. Dos cuartos para criados y una cocina, situados en el tercer piso, completaban este albergue, digno aún de un consejero de Estado, director del Ministerio de la Guerra. El palacio, el patio y la escalera eran majestuosos. La baronesa, obligada a amueblar su salón, su cuarto y el comedor con las reliquias de su esplendor, había tomado lo mejor de los despojos del palacio de la calle de la Universidad. Por otra parte, la pobre mujer amaba aquellos mudos testigos de su dicha, que tenían para ella una elocuencia casi consoladora. Entreveía en sus recuerdos flores, como veía en aquellas alfombras rosetones apenas visibles para los demás.

Entrando en la vasta antesala donde doce sillas, un barómetro, una gran estufa y largas cortinas de indiana blanca bordada de rojo recordaban las horribles antesalas de los ministerios, el corazón se oprimía, pues se presentía la soledad en que aquella mujer vivía. El dolor, lo mismo que el placer, se crea una atmósfera propia. Al primer golpe de vista dirigido al interior de una casa se sabe si reina en ella el amor o la desesperación. Se hallaba Adelina en un inmenso dormitorio amueblado con hermosos muebles de Jacobo Desmalters, de caoba guarnecida con adornos del Imperio, aquellos bronces que han hallado medio de ser más fríos que los cobres de Luis XVI. Y se estremecía uno al ver a aquella mujer sentada en un sofá romano, ante las esfinges de una mesa de costura, que había perdido sus colores, afectando una alegría engañosa y conservando su aire imperial, como sabía conservar la bata de terciopelo azul que se ponía en casa. Aquella alma altiva sostenía el cuerpo y mantenía la belleza. Al final del primer año de su destierro en aquella habitación, la baronesa había medido su desgracia en toda su extensión.

- Relegándome aquí, mi Héctor me ha hecho la vida aún más hermosa que lo hubiera sido para una pobre aldeana - se dijo ella -. Me quiere así; hágase su voluntad. Yo soy la baronesa Hulot, la cuñada de un mariscal de Francia, no he cometido la menor falta, mis dos hijos están establecidos y puedo esperar la muerte envuelta en los velos inmaculados de mi pureza de esposa, en el crespón de mi evaporada dicha.

El retrato de Hulot, pintado por Roberto Lefevre en 1810, con el uniforme de comisario ordenador de la Guardia Imperial, se veía sobre la mesa de labor en que Adelina escondía una Imitación de Jesucristo, que era su lectura habitual tan pronto como le anunciaban alguna visita. Aquella Magdalena irreprochable también escuchaba la voz del Espíritu Santo en su destierro.

- Marieta, hija mía - dijo Sabela a la cocinera, que fue a abrirle la puerta -, ¿cómo va mi buena Adelina?

-¡Oh! Bien, al parecer, señorita; pero hablando entre nosotras, si persiste en sus ideas, se matará - dijo Marieta a Isabela al oído -. A decir verdad, debería usted animarla a que hiciese otra vida. Ayer la señora me dijo que le diese por la mañana diez céntimos de leche y un

panecillo de cinco y que le sirviese para comer, ya un arenque o bien un poco de carne fiambre, ordenándome que cociese una libra para toda la semana, bien entendido, los días que come sola... No quiere gastar más que cincuenta céntimos diarios para su alimentación, y esto no es razonable. Si yo le hablase de este lindo proyecto al señor mariscal, podría malquistarse con el señor barón y desheredarlo, mientras que usted, que es tan buena y tan astuta, sabrá arreglar las cosas de otro modo.

- Pero ¿por qué no se dirige usted a mi primo? - dijo Isabela.

-¡Ah! Mi querida señorita, hace unos veinticinco días que no ha venido. En fin, desde que estuvo usted aquí la última vez. Además, la señora me ha prohibido, con la amenaza de despedirme, el pedirle dinero al señor. Pero ¡ah!, respecto a penas, ya lo creo que las ha tenido la pobre señora. Ésta es la primera vez que el señor la olvida tanto tiempo... Cada vez que llamaban corría a la ventana...; pero desde hace cinco días no se levanta del sofá. ¡Está leyendo! Cada vez que va a casa de la señora condesa, me dice: «Marieta, si viene el señor, dígale que estoy en casa y envíe al portero a buscarme; le pagaré bien el viaje.»

-¡Pobre prima! - dijo Bela -. Eso me parte el corazón. Todos los días le hablo de ella a mi primo; pero ¿qué quiere usted? Él me contesta: «Tienes razón, Bela, soy un miserable. Mi mujer es un ángel y yo soy un monstruo... Iré mañana...» Y sigue en casa de la señora Marneffe. Esa mujer le arruina y él la adora y no vive más que a su lado. Yo hago lo que puedo. Si yo no estuviese allí, si yo no tuviese conmigo a Maturina, el barón habría gastado el doble, y como no tiene casi nada, se habría levantado la tapa de los sesos. Pues bien, mire usted, Marieta; de ocurrir esto, estoy segura que Adelina se moriría de pena. Así al menos yo procuro ahorrar lo posible e impido que mi primo gaste demasiado.

-¡Ah! Eso es lo que dice la pobre señora, que ya conoce los favores que le debe - respondió Marieta - Me decía que la había juzgado a usted mal durante mucho tiempo.

-¡Ah! - exclamó Isabela -. ¿Y no le ha dicho a usted más que eso?

- No, señorita; si quiere usted darle gusto, háblele del señor. La considera a usted feliz porque puede verle todos los días.

-¿Está sola?

- No, dispense, está el mariscal. ¡Oh! Viene todos los días, y ella le dice siempre que ha visto al señor por la mañana y que se retira muy tarde por la noche.

-¿Y tenemos hoy buena comida? - preguntó Bela.

Marieta dudaba si responder y apenas se atrevía a sostener la mirada de la lorenesa, cuando la puerta del salón se abrió y el mariscal Hulot salió tan precipitadamente que saludó a Bela sin mirarla, al mismo tiempo que dejaba caer un papel. Bela recogió aquel papel y corrió hacia la escalera, pues era inútil llamar a un sordo; pero hizo de modo que no pudiese alcanzar al mariscal y, al volver, leyó furtivamente lo que sigue, escrito con lápiz:

«Mi querido hermano: Mi marido me ha dado el dinero del gasto para el trimestre; pero mi hija Hortensia se hallaba en tal apuro, que le presté la suma entera, que apenas si bastaba para

que saliese del paso. ¿Puede usted prestarme algunos centenares de francos? No quiero volver a pedirle dinero a Héctor, porque un reproche suyo me haría demasiado daño.»

-¡Ah! - Pensó Isabela -. ¡Qué apurada debe de estar para que se haya decidido a humillar su orgullo de este modo!

Sabela entró, sorprendió a Adelina llorando y, abrazándose a su cuello, le dijo:

- Adelina, querida mía, lo sé todo. Toma, el mariscal, que corría como un galgo, iba tan emocionado que ha dejado caer este papel... ¿Ese malvado de Héctor no te ha dado dinero desde...?

- No, me lo ha dado puntualmente - respondió la baronesa -; pero Hortensia lo ha necesitado, y...

- Y tú no tenías con qué darnos de comer - dijo Bela, interrumpiendo a su prima - Ahora ya comprendo el aire embarazado de Marieta cuando yo le hablaba de la comida. Adelina, estás haciendo la chiquilla. Mira, déjame que te dé mis economías.

- No, gracias, mi buena Bela - respondió Adelina enjugándose las lágrimas -. Este apuro es momentáneo y ya he buscado medios de salir de él. Mis gastos en lo sucesivo serán de dos mil cuatrocientos francos anuales, incluido el alquiler, y los tendré. Sobre todo, Bela, ni una palabra a Héctor. ¿Está bueno?

-¡Oh! ¡Como el puente Nuevo! Alegre como unas castañuelas, y no piensa más que en su hechicera Valeria.

La señora Hulot miraba en este momento un gran pino que se veía desde su ventana, e Isabela no pudo leer nada de lo que expresaban los ojos de su prima.

-¿Le has dicho que era hoy el día en que comíamos todos aquí?

- Sí, pero ¡bah! La señora Marneffe da una gran comida; y como espera tratar de la dimisión del señor Coquet, la comida es antes que todo. Mira, Adelina, escúchame; ya conoces mi carácter feroz en lo que atañe a independencia. Tu marido, querida mía, te arruinará seguramente. Yo he creído poder seros útil a todos en casa de esa mujer; pero es una criatura de una depravación sin límites, que logrará de tu marido cosas que le pondrán en el caso de deshonrarnos a todos.

Adelina hizo el movimiento de una persona que recibe una puñalada en el corazón.

- Sí, mi querida Adelina, estoy segura de ello y me creo en el deber de desengañarte. Ahora bien; pensemos en el porvenir. El mariscal es viejo, pero vivirá aún mucho; tiene un buen sueldo, y a su viuda, si él llegase a morir, le quedaría una pensión de seis mil francos. Con esta suma yo me comprometería a manteneros a todos. Emplea tu influencia con el buen hombre para que se case conmigo. No hago yo esto porque desee ser la señora mariscala, pues me preocupan tanto estas cosas como la conciencia de la señora Marneffe; pero así tendréis todos pan, y digo todos, porque veo que Hortensia carece de él, cuando tú tienes que darle el tuyo.

El mariscal se presentó, el veterano había corrido de tal modo, que venía enjugándose la frente con el pañuelo.

- Le he entregado dos mil francos a Marieta - le dijo a su cuñada al oído.

Adelina enrojeció hasta la raíz del cabello. Dos lágrimas humedecieron sus pestañas, todavía largas, y estrechó silenciosamente la mano del anciano, cuya fisonomía expresaba la dicha de un amante feliz.

- Adelina, quería hacerle a usted un regalo con esa suma - dijo continuando -; así es que, en lugar de devolvérmela, escoja usted misma lo que más le guste.

Dicho esto, el anciano tomó la mano que le tendía Sabela, y tan distraído estaba en medio de su goce, que se la besó.

- Eso promete - dijo Adelina a Isabela, sonriendo lo más que podía sonreír.

En este momento llegaron el joven Hulot y su mujer.

-¿Come mi hermano con nosotros? - preguntó el mariscal con sequedad.

Adelina tomó un lápiz y escribió en una hoja de papel estas palabras:

«Lo espero. Esta mañana me ha prometido comer aquí; pero si no viniese, lo habrá retenido el mariscal, pues está agobiado de trabajo.»

Y le presentó el papel. Había inventado esta manera de conversar con el mariscal, y para ello tenía siempre hojas de papel y un lápiz preparados sobre su mesa de costura.

-Ya sé - respondió el mariscal - que está agobiado de trabajo con eso de Argelia.

Hortensia y Wenceslao entraron en aquel momento, y la baronesa, al verse rodeada de su familia, dirigió al mariscal una mirada que sólo fue comprendida por Isabela.

La felicidad había embellecido considerablemente al artista, adorado por su mujer y mimado por el mundo.

Su cara se había llenado casi, y su elegante talle ponía de relieve las ventajas que la sangre da a todos los verdaderos hidalgos. La gloria prematura, la importancia y los engañosos elogios que el mundo dirige a los artistas, como se dan los buenos días o como se habla del tiempo, dábanle aquella conciencia de su valor que degenera en fatuidad cuando el talento se va. La cruz de la Legión de Honor completaba a sus propios ojos al gran hombre que él creía ser.

Después de tres años de matrimonio, Hortensia estaba con su marido como un perro con su amo, respondía a todos sus movimientos con una mirada que parecía una interrogación, tenía siempre fijos en él los ojos, como un avaro sobre su tesoro, y enternecía con su admirada abnegación. Se reconocía en ella el genio y los consejos de su madre. Su belleza, que seguía siendo siempre la misma, estaba entonces alterada poéticamente además por las dulces sombras de una oculta melancolía.

Librodot

Al ver entrar a su prima, Isabela pensó que la queja contenida hacía ya tiempo iba a romper la débil envoltura de la discreción. Desde los primeros días de la luna de miel, Sabela había juzgado que el joven matrimonio tenía rentas demasiado pequeñas para una pasión tan grande. Al besar a su madre, Hortensia cambió con ella de boca a oído y de corazón a corazón algunas frases cuyo secreto fue comprendido por Bela por los movimientos de cabeza de que fue acompañado.

- Adelina va a trabajar como yo para vivir - pensó la prima Bela -. Quiero que me ponga al corriente de lo que hará. Esos bonitos dedos sabrán, al fin, como los míos, lo que es el trabajo obligado.

A las seis, la familia pasó al comedor, donde Héctor tenía puesto su cubierto.

- Déjelo usted - dijo Adelina a Marieta -; el señor viene a veces tarde.

-¡Oh! Mi padre vendrá - dijo el joven Hulot a su madre -. Me lo ha prometido en la Cámara al separarnos.

Como una araña en el centro de su tela, Isabela observaba todas las fisonomías. Después de haber visto nacer a Hortensia y a Victorino, sus ojos eran para ella como cristales a través de los cuales leía en sus almas jóvenes. Ahora bien; por ciertas miradas que dirigió Victorino a su madre, adivinó alguna desgracia próxima a caer sobre Adelina, desgracia que Victorino no se atrevía a revelarle. El joven y célebre abogado estaba triste por dentro. Su profunda veneración por su madre estallaba en el dolor con que la contemplaba. Hortensia estaba evidentemente preocupada con sus propias penas, y desde hacía ya quince días sabía Isabela que la recién casada empezaba a sentir las primeras inquietudes que causa la falta de dinero a las gentes honradas y a las mujeres jóvenes a quienes la vida ha sonreído siempre y que disfrazan sus angustias. Así es que desde el primer momento la prima Bela adivinó que la madre no le había dado nada a su hija. La delicada Adelina había, pues, recurrido a las falaces palabras que la necesidad sugiere a los que piden prestado. La preocupación de Hortensia, la de su hermano y la profunda melancolía de la baronesa hicieron la comida triste, sobre todo si se tiene en cuenta el frío que le comunicaba la sordera del anciano mariscal. Tres personas animaban la escena: Isabela, Celestina y Wenceslao. El amor de Hortensia había desarrollado en el artista la animación polaca, aquella vivacidad del espíritu gascón y aquella atractiva turbulencia que distingue a esos franceses del Norte. Su estado de ánimo y su fisonomía decían claramente que creía en sí mismo y que la pobre Hortensia, fiel a los consejos de su madre, le ocultaba todos los tormentos domésticos.

- Debes de ser muy feliz - dijo Sabela a su primita al levantarse de la mesa -. Tu mamá te ha sacado de apuros dándote su dinero.

-¡Mamá! - respondió Hortensia, asombrada -. ¡Oh, pobre mamá! ¡Yo que quisiera saber hacer dinero para ella! Isabela, ¿no lo sabes? Pues bien; tengo la horrible sospecha de que trabaja en secreto.

En este momento atravesaban el gran salón oscuro y sin luces siguiendo a Marieta, que llevaba el quinqué del comedor al dormitorio de Adelina. Victorino tocó el brazo a Isabela y a Hortensia. Comprendiendo ambas la significación de aquella seña, dejaron a Wenceslao, al

mariscal, a Celestina y a la baronesa ir al dormitorio y permanecieron agrupados en el alféizar de una ventana.

-¿Qué hay, Victorino? - dijo Sabela -. Apuesto a que es algún otro desastre producido por tu padre.

-¡Ay de mí! Sí - respondió Victorino - Un usurero llamado Vauvinet tiene letras de cambio contra mi padre por valor de sesenta mil francos y quiere perseguirle. Yo he querido hablarle de este deplorable asunto a mi padre en la Cámara, pero él no ha querido comprenderme y casi ha huido de mí. ¿Hay que prevenir a mamá?

- No, no - dijo Sabela -; tiene demasiadas penas y le daríais un golpe mortal. Vosotros no sabéis cómo está. A no ser por vuestro tío, hoy no hubierais podido comer aquí.

-¡Ah, Dios mío! Victorino, somos unos monstruos - dijo Hortensia a su hermano - Isabela nos comunica lo que nosotros hubiéramos debido adivinar ya. Esta comida me ahoga.

Hortensia no acabó, y poniéndose el pañuelo en la boca para contener el estallido de un sollozo, rompió a llorar.

- Le he dicho a ese Vauvinet que viniese a verme mañana - repuso Victorino -; pero ¿se contentará con mi garantía hipotecaria? No lo creo. Esas gentes quieren dinero contante para seguir ejerciendo la usura.

- Vendamos nuestra renta - dijo Isabela a Hortensia.

-¿Y qué serían quince o dieciséis mil francos - replicó Victorino - haciendo falta sesenta mil?

-¡Querida prima! - exclamó Hortensia, abrazando a Isabela con el entusiasmo de un corazón puro.

- No, Isabela; guarde usted su modesta fortuna - dijo Victorino, después de haber estrechado la mano de la lorenesa -. Yo veré mañana lo que ese hombre lleva dentro, y si mi mujer lo consiente sabré impedir y retardar las persecuciones, pues sería horrible ver atacar la consideración de mi padre. ¿Qué diría el ministro de la Guerra? El sueldo de mi padre, empeñado desde hace tres años, no quedará libre hasta el mes de diciembre; no hay medio, pues, de ofrecerlo en garantía. Ese Vauvinet ha renovado once veces las letras de cambio; figuraos las sumas que mi padre ha pagado de intereses. Hay que cerrar ese abismo.

-¡Si la señora de Marneffe quisiese abandonarle; - dijo Hortensia con amargura.

-¡Ah! Dios nos libre - dijo Victorino -. Mi padre buscaría tal vez otra, mientras que con ésa los gastos más considerables están ya hechos.

¡Qué cambio el de aquellos hijos, tan respetuosos antes con su padre, por quien la esposa les había hecho sentir durante tanto tiempo una adoración absoluta! Lo tenían ya juzgado.

-A no ser por mí - observó Isabela -, vuestro padre estaría aún más arruinado de lo que está.

Librodot

- Vámonos allá - dijo Hortensia -, pues mamá es astuta y sospecharía algo. Como dice nuestra buena Sabela, ocultémoselo todo..., estemos alegres.

- Victorino, usted no sabe adónde les llevará su padre con su afición a las mujeres - dijo Isabela - Piensen ustedes en asegurarse rentas casándome con el mariscal. Deberían ustedes hablarle de ello esta misma noche, para lo cual ya me marcharé yo temprano expresamente. Bueno, hijita mía - dijo Isabela en voz baja a su primita -, ¿y tú cómo harás?...

- Ven a comer con nosotros mañana, y hablaremos - respondió Hortensia -. No sé cómo arreglármelas; tú, que entiendes en las dificultades de la vida, me aconsejarás.

Mientras que toda la familia reunida procuraba imbuir al mariscal la idea del matrimonio, y mientras Isabela volvía a la calle de Vanneau, ocurría allí uno de esos acontecimientos que estimulan la energía del vicio en las mujeres como la señora Marneffe, obligándolas a desplegar todos los recursos de la perversidad. Reconozcamos, por lo menos, este hecho constante: en París, la vida está demasiado ocupada para que las gentes viciosas hagan el mal por instinto; lo único que hacen es defenderse, con la ayuda del vicio, contra las agresiones de que son objeto. Eso es todo.

La señora Marneffe, cuyo salón estaba lleno de sus fieles, había armado ya las partidas de whist, cuando el criado militar retirado que le había sido proporcionado por el barón, anunció:

- El señor barón Montes de Montejanos.

Valeria sintió una violenta conmoción en el corazón; pero se encaminó a la puerta gritando:

-¡Mi primo!

Y una vez junto al brasileño, le dijo al oído:

- Pasa por pariente mío, o todo ha acabado entre nosotros. ¡Hola! - repuso en voz alta, llevando al brasileño hacia la chimenea -. Enrique, ¿con que no has naufragado, como me habían dicho? Te he llorado tres años.

- Buenos días, amigo mío - dijo el señor Marneffe, tendiéndole la mano al brasileño, cuyo porte era el de un verdadero brasileño millonario.

El señor barón Enrique Montes de Montejanos, dotado por el clima ecuatorial del físico y del color que atribuimos todos al Otelo del teatro, asustaba con su aire sombrío, efecto puramente plástico, pues su carácter, lleno de dulzura y de suavidad, le predestinaba a la explotación que las débiles mujeres practican con los hombres fuertes. El desdén que expresaba su cara, el poder muscular que denotaba su estatura y todas sus fuerzas, sólo se desplegaban con los hombres, adulación dirigida a las mujeres y que éstas saborean con tanta embriaguez, que las gentes que dan el brazo a sus queridas afectan todos aires de matamoros verdaderamente regocijantes. Soberbiamente dibujado su cuerpo por una levita azul con botones de oro, macizos, pantalón negro, calzado con botas finas de irreprochable brillo y guantes, según la ordenanza, el barón no tenía de brasileño más que un enorme diamante de unos cien mil francos, que brillaba como una estrella sobre una suntuosa corbata de seda azul que resaltaba en la abertura del chaleco blanco, entreabierto de modo que dejaba ver una camisa de tela de

Librodot

una finura fabulosa. La frente, bombeada como la de un sátiro, signo de testarudez en la pasión, estaba provisto de una cabellera negra y tupida como un bosque virgen, bajo la cual chispeaban dos ojos claros y salvajes capaces de hacer creer que la madre del barón había tenido miedo de algún jaguar cuando estaba embarazada de él.

Este magnífico ejemplar de la raza portuguesa del Brasil se colocó de espaldas a la chimenea, en una postura que denotaba costumbres parisienses, y con el sombrero en una mano y el brazo apoyado en el terciopelo de una mesita, se inclinó hacia la señora Marneffe para hablar con ella en voz baja, preocupándose muy poco de las personas que tan inoportunamente a su juicio llenaban el salón.

Esta entrada en escena, aquella postura y el aire del brasileño determinaron dos movimientos de curiosidad mezclada de angustia, enteramente iguales, en Crevel y en el barón. Se notó en uno y otro la misma expresión, el mismo presentimiento, y la actitud de aquellas dos pasiones reales llegó a ser tan cómica, por la simultaneidad de aquella gimnástica, que hizo sonreír a la gente que tenía bastante talento para ver en aquello una revelación. Crevel, que seguía siendo tendero a pesar de su calidad de alcalde de París, permaneció por desgracia más tiempo que su colaborador en aquella situación, y el barón pudo coger al vuelo la involuntaria revelación de Crevel. Fue una flecha más clavada en el corazón del enamorado anciano, que resolvió tener una explicación con Valeria.

- Esta noche - se dijo también Crevel, arreglando las cartas - hay que acabar.

- Tiene usted oros - le gritó Marneffe - y acaba usted de hacer un renuncio.

-¡Ah! Dispense usted - respondió Crevel, queriendo recoger la carta -. Ese barón me parece que está aquí de sobra - continuó, hablando para sus adentros -. Que Valeria viva con el barón, es mi venganza, y yo sabré el medio de desembarazarme de él cuando quiera; pero ¡ese primito!... es un barón de más; y como no quiero ser puesto en ridículo, he de saber cómo es su pariente.

Aquella noche, por una de esas casualidades que sólo les ocurren a las mujeres bonitas, Valeria estaba admirablemente vestida. Su blanco pecho brillaba a través de una blonda cuyos tonos rojos realzaban el satén mate de esos hermosos hombros de las parisienses que saben (se ignora por qué procedimientos) tener hermosas carnes y permanecer esbeltas. Vestida con un traje de terciopelo negro que parecía próximo a cada instante a dejar sus hombros, estaba peinada con encajes mezclados con flores en racimo. Sus brazos, lindos y gordos a la vez, salían de unas mangas forradas de encajes. Se parecía a una de esas ricas frutas instaladas con gusto en una hermosa fuente y que dan dentera hasta al acero del cuchillo que las corta.

- Valeria - decía el brasileño a la joven al oído -, vuelvo siéndote fiel. Mi tío ha muerto, y soy dos veces más rico que cuando me marché. Quiero vivir y morir en París a tu lado y para ti.

- Habla más bajo, Enrique, por favor.

-¡Ah! ¡Bah! Aunque tuviese que arrojar a toda esa gente por la ventana, quiero hablarte esta noche, sobre todo después de haber pasado dos días buscándote. Me quedaré el último, ¿verdad?

Librodot

Valeria sonrió a su pretendido primo y le dijo:

- Piense usted que debe pasar por hijo de una hermana de mi madre, que se casó con su padre durante la campaña de Junot en Portugal.

-¡Yo, Montes de Montejanos, bisnieto de uno de los conquistadores del Brasil! ¡Mentir yo!

- Más bajo, o no volveremos a vernos nunca más.

-¿Y por qué?

-Porque Marneffe, como los moribundos que tienen un último capricho, se siente apasionadísimo por mí.

-¿Ese lacayo? - dijo el brasileño, que conocía muy bien a Marneffe -. Ya le pagaré.

-¡Qué violencia!

- Pero oye, ¿de dónde te viene este lujo? - dijo el brasileño, que acabó por notar las suntuosidades del salón.

Valeria se echó a reír.

-¡Eso es de muy mal tono, Enrique! - dijo ella.

Acababa de recibir dos miradas preñadas de celos que le habían impresionado hasta el punto de obligarle a mirar a las dos almas en pena. Crevel, que jugaba contra el barón y contra el señor Coquet, llevaba por compañero a Marneffe. La partida se igualó a causa de las respectivas distracciones de Crevel y del barón, los cuales cometieron falta tras falta. Estos dos enamorados ancianos confesaron en un momento la pasión que Valeria había logrado hacerles tener oculta durante tres años; pero no había sabido tampoco disimular la alegría que le producía el volver a ver al hombre que primero había hecho latir su corazón, el objeto de su primer amor. Los derechos de estos felices mortales viven tanto como la mujer que se los ha concedido.

Entre estas tres pasiones absolutas, apoyada la una en la insolencia del dinero, la otra en el derecho de posesión y la última en la juventud, la fuerza y la primacía, la señora Marneffe permaneció tranquila y serena, como lo estuvo el general Bonaparte cuando en el sitio de Mantua tuvo que responder a dos ejércitos deseando continuar el bloqueo de la plaza. Los celos, dibujándose en la cara de Hulot, le hicieron parecer tan terrible como el difunto mariscal Montcornet cuando daba una carga de caballería contra un cuadro ruso. En su calidad de hombre guapo, el consejero de Estado no había conocido nunca los celos, del mismo modo que Murat desconocía el sentimiento del miedo. Siempre se había creído seguro del triunfo. Su derrota con Josefa, que era la primera de su vida, la atribuía a la sed del dinero; decía que había sido vencido por un millón, y no por un aborto, como llamaba al duque de Herouville. Los filtros y los vértigos que derrama a torrentes ese sentimiento loco acababan de penetrar en un instante en su corazón. El anciano Héctor se volvía desde la mesa del whist hacia la chimenea con movimientos a lo Mirabeau, y cuando dejaba las cartas para abrazar con provocativa mirada al brasileño y a Valeria, los habituales del salón sentían ese temor

mezclado de curiosidad que inspira una violencia que amenaza estallar de un momento a otro. El falso primo miraba al consejero de Estado como hubiera examinado cualquier grueso idolillo chino. Aquella situación no podía durar sin que produjese un ruidoso desenlace. Marneffe temía al barón Hulot tanto como Crevel temía a Marneffe, pues se había aferrado a la idea de no morir siendo subjefe. Los moribundos creen en la vida como los forzados en la libertad. Aquel hombre quería ser jefe de Negociado a toda costa. Justamente asustado de la pantomima de Crevel y del consejero de Estado, se levantó, le dijo una palabra al oído a su mujer, y con gran asombro de la asamblea, Valeria se fue a su dormitorio con el brasileño y con su marido.

-¿Le ha hablado a usted alguna vez de ese primo la señora Marneffe? - preguntó Crevel al barón Hulot.

- Nunca - respondió el barón, levantándose -. Basta por esta noche - añadió -; pierdo dos luises, ahí están.

Y arrojando dos monedas de oro sobre la mesa fue a sentarse en un diván, en una actitud que todo el mundo interpretó como un aviso para que se fuesen. El señor y la señora Coquet, después de haber cambiado algunas palabras, abandonaron el salón, y Claudio Vignon, desesperado, les imitó. Estas dos salidas arrastraron a las personas inteligentes, que creyeron estar allí de sobra. El barón y Crevel se quedaron solos, sin decirse palabra. Hulot, que acabó por no ver a Crevel, se fue de puntillas a escuchar a la puerta del cuarto, y dio un prodigioso salto hacia atrás, pues Marneffe abrió la puerta y se presentó con frente serena asombrado de no encontrar más que dos personas.

-¿Y el té? - preguntó.

-¿Dónde está Valeria? - respondió el barón, furioso.

-¿Mi mujer? - replicó Marneffe -. Ha subido a casa de su prima y volverá en seguida.

-¿Y por qué nos ha dejado plantados por esa estúpida cabra?

- No - dijo Marneffe -; es que la señorita Sabela ha llegado de casa de su señora con una especie de indigestión, y como Maturina ha venido a pedirle té a Valeria, ésta ha ido a ver lo que tiene su señora prima.

-¿Y el primo?

- Se ha marchado.

-¿De veras? - preguntó el barón.

- Yo mismo le he acompañado hasta el coche - replicó Marneffe con atroz sonrisa.

En este momento se oyó el rodar de un coche en la calle de Vanneau. El barón, contando a Marneffe por cero, salió y subió a casa de Isabela. Acudía a su cabeza una de esas ideas que se le ocurren a uno cuando el corazón está incendiado por los celos. Conocía de tal modo la bajeza de Marneffe, que supuso innobles connivencias entre la mujer y el marido.

Librodot

- Pero ¿qué ha sido de esos señores y de esas señoras? - preguntó Marneffe al verse solo con Crevel.

- Cuando el sol se pone, las gallinas se van a su gallinero - respondió Crevel -. La señora Marneffe ha desaparecido y sus adoradores se han marchado. Le propongo a usted una partida de piquet - añadió Crevel, que quería quedarse.

Él también creía que el brasileño estaba en la casa. El señor Marneffe aceptó. El alcalde era tan astuto como el barón; podía permanecer indefinidamente jugando con el marido, el cual, desde la supresión de los juegos públicos, se contentaba con los mezquinos juegos de sociedad.

El barón Hulot subió rápidamente a la casa de su prima Bela; pero encontró la puerta cerrada, y las preguntas ordinarias que se hacen a través de la puerta emplearon bastante tiempo para permitir a mujeres astutas que dispusiesen la comedia de una indigestión combatida con té. Isabela sufría tanto, que inspiraba a Valeria los más vivos temores; así es que Valeria apenas hizo caso de la rabiosa entrada del barón. La enfermedad es uno de los parapetos que las mujeres ponen más frecuentemente entre ellas y la tormenta de una disputa. Hulot miró por todas partes a hurtadillas; no vio en el cuarto de la prima Bela ningún lugar propio para esconder a un brasileño.

- Tu indigestión, Bela, hace honor a la comida de mi mujer - dijo, examinando a la solterona, que estaba completamente buena y que procuraba imitar el ruido de las convulsiones del estómago cuando bebía el té.

- Ya ve usted qué suerte la de que nuestra querida Bela esté en mi casa, pues a no ser por mí, la pobre muchacha estaría muerta - dijo la señora Marneffe.

- Parece que me cree usted completamente sana - repuso Isabela, dirigiéndose al barón - y eso sería una infamia.

-¿Por qué? - preguntó el barón -. ¿Sabe usted, pues, la causa de mi visita?

Y esto diciendo, miraba de soslayo a la puerta de un gabinete tocador, cuya llave había sido quitada de la cerradura.

-¿Habla usted en griego? - respondió la señora Marneffe con una expresión desgarradora de ternura y de fidelidad desconocidas.

- Sí, primo querido; por usted, por usted me hallo en este estado - dijo Sabela con energía.

Este grito distrajo la atención del barón, el cual miró a la solterona con profundo asombro.

- Ya ve usted si le querré, que estoy aquí - repuso Isabela -. Empleo las últimas fuerzas de mi vida en velar por los intereses de usted al velar por los de nuestra querida Valeria. Su casa le cuesta diez veces menos cara que otra casa que estuviese montada como la suya. Primo mío, a no ser por mí, en lugar de dos mil francos al mes tendría usted que dar tres o cuatro mil.

Librodot

- Ya sé todo eso - respondió el barón con impaciencia -. Usted nos protege de muchas maneras - añadió, yendo al lado de la señora Marneffe y cogiéndola por el cuello -. ¿No es verdad, hermosa mía?

- A fe - exclamó Valeria - si no le creo a usted loco.

- Bueno, usted no duda de mi afecto - repuso Sabela -; pero yo quiero también a mi pobre Adelina, y la he encontrado anegada en llanto. ¡Hace un mes que no le ha visto! No, eso no está bien. Usted deja sin dinero a mi pobre Adelina. Su hija Hortensia ha estado a punto de morir al saber que hemos comido hoy gracias a su hermano. Hoy no había pan en su casa. Adelina ha tomado la resolución heroica de arreglarse por su cuenta, y me ha dicho: «Haré como tú.» Estas palabras me han oprimido de tal modo el corazón después de comer, que al pensar lo que era mi prima en 1811 y ver lo que es en 1841, al cabo de treinta años, se me ha cortado la digestión. He querido vencer el mal, pero al llegar he creído morir...

- Valeria - dijo el barón -, ya ve hasta dónde me lleva mi adoración por usted; hasta a cometer crímenes domésticos.

-¡Oh, qué razón he tenido en permanecer soltera! - exclamó Isabela con salvaje energía -. Usted es un hombre bueno y excelente; Adelina es un ángel, y he aquí la recompensa de un cariño ciego.

- Un ángel viejo - dijo dulcemente la señora Marneffe, dirigiendo una mirada medio cariñosa, medio risueña, a su Héctor, que la contemplaba como contempla un juez de instrucción a un presunto reo.

-¡Pobre mujer! - dijo el barón -. Hace ya más de nueve meses que no le he entregado dinero, y lo encuentro para usted, Valeria, ¡y a qué costa! Nunca será usted amada de este modo por nadie. ¡Y qué penas me da usted en cambio!

-¿Penas? ¿Pues a qué llama usted dicha?

- Yo no sé aún cuáles han sido sus relaciones con ese pretendido primo, de quien no me había usted hablado nunca - continuó el barón sin hacer caso de las palabras pronunciadas por Valeria -; pero cuando ha entrado, he recibido como una puñalada en el corazón. Aunque no veo claro, no soy ciego, y he leído en sus ojos y en los de él. En fin, de las pupilas de aquel mono se desprendían destellos que reflejaban en usted, cuya mirada... ¡Oh! Nunca me ha mirado usted a mí de ese modo. Respecto a ese misterio, Valeria, ya se descubrirá. Usted es la única mujer que me ha hecho conocer los celos; así es que no se asombre de lo que la digo. Pero otro misterio que ha salido hoy a la superficie y que me parece una infamia...

¡Adelante, adelante! - dijo Valeria.

- Es que Crevel, esa masa informe de carne y estupidez, le ama a usted, y usted acoge sus galanterías con bastante benevolencia para que ese necio haya dejado ver su pasión a todo el mundo...

-¡Y van tres! ¿No ve usted ningún otro más? - preguntó la señora Marneffe.

Librodot

- Tal vez los haya - dijo el barón.

- Si el señor Crevel me ama, está en su derecho; pero que yo fuese favorable a su pasión, sería cosa de una coqueta o de una mujer a quien dejaría usted mucho que desear... Pero en fin, ámeme usted con mis defectos o déjeme. Si usted me devuelve mi libertad, ni usted ni el señor Crevel volverán aquí, y tomaré a mi primo para no perder las encantadoras costumbres que usted me atribuye. Adiós, señor barón de Hulot.

Y dicho esto, se levantó; pero el consejero de Estado la cogió por un brazo y la hizo sentarse. El anciano no podía ya reemplazar a Valeria; era para él una necesidad más imperiosa que las necesidades de la vida y, por lo tanto, prefirió permanecer en la incertidumbre que adquirir la más ligera prueba de la infidelidad de Valeria.

- Pero mi querida Valeria, ¿no ves que estoy sufriendo? ¿Qué más deseo yo sino que te justifiques, que me presentes algún argumento en tu favor?

- Pues bien; vaya a esperarme abajo, porque supongo que no querrá usted asistir a los diferentes cuidados que exige el estado de su prima.

Hulot se retiró lentamente.

- Viejo libertino - exclamó la prima Bela -, ¡no me pide siquiera noticias de sus hijos!... ¿Qué hará usted por Adelina? Yo, por de pronto, mañana le llevaré mis economías.

- A la mujer propia se le debe al menos el pan cotidiano - dijo la señora Marneffe, sonriéndose.

El barón, sin ofenderse del tono de Sabela, que le reprendía tan duramente como Josefa, se fue, como hombre satisfecho de poder evitar una pregunta importuna.

Una vez echado el cerrojo, el brasileño salió del gabinete tocador en que esperaba y se presentó con los ojos arrasados en lágrimas, en un estado que daba lástima. Evidentemente, Montes lo había oído todo.

- Ya no me amas, Enrique, lo veo - dijo la señora Marneffe, tapándose la cara con el pañuelo y rompiendo a llorar.

Éste era el grito del amor verdadero. El clamor de desesperación de la mujer es tan persuasivo, que arranca el perdón que hay en el fondo del corazón de todos los enamorados cuando la mujer es joven, bonita y está descotada para salirse por lo alto de su vestido en traje de Eva.

- Pero ¿por qué no lo deja usted todo por mí si me ama? - preguntó el brasileño.

Este natural de América, lógico como lo son todos los hombres criados en la Naturaleza, continuó la conversación en el punto donde le habían dejado, volviendo a coger por el talle a Valeria.

Librodot

-¿Por qué? - dijo ella, levantando la cabeza y mirando a Enrique, a quien dominó con una mirada cargada de amor -. Pero gatito mío, porque soy casada, porque estamos en París y no en las sabanas, en las pampas, en las soledades de América. Mi buen Enrique, mi primero y único amor, escúchame. Mi marido, sencillo subjefe del Ministerio de la Guerra, quiere ser jefe de negociado y oficial de la Legión de Honor, ¿y puedo yo impedirle que tenga ambición? Pues por la misma razón que nos dejaba enteramente libres a nosotros dos (pronto hará cuatro años, ¿te acuerdas, granuja?), hoy Marneffe me impone al señor de Hulot. No puedo deshacerme de ese horrible administrador, que sopla como una foca, que tiene patillas en las narices y sesenta y tres años; que desde hace tres ha envejecido diez años más queriendo ser joven; que me es tan odioso, que al día siguiente que Marneffe sea jefe de Negociado y oficial de la Legión de Honor...

-¿Cuánto más de sueldo tendrá tu marido?

- Mil escudos.

- Se los daré en renta vitalicia - respondió el barón Montes -. Dejemos París y vayámonos.

-¿Adónde? - dijo Valeria, haciendo una de esas bonitas muecas con las que las mujeres se mofan de los hombres de quienes están seguras- París es el único sitio donde podemos vivir felices. Me interesa demasiado nuestro amor para que lo vea disminuir estando solos en un desierto; escucha, Enrique, tú eres el único hombre a quien he amado en el mundo; escribe eso en tu cráneo de tigre.

Las mujeres persuaden siempre a los hombres a quienes han convertido en corderos siendo leones y que tienen un carácter de hierro.

Ahora, escúchame bien: el señor Marneffe no vivirá cinco años, está gangrenado hasta la medula de los huesos; de los doce meses del año, siete se los pasa bebiendo tisanas, tomando drogas y metido entre franelas; en fin, como dice el médico, tiene suspendida la guadaña de la muerte sobre su cabeza; la enfermedad más inocente para un hombre sano será mortal para él; la sangre está corrompida; la vida está atacada en su principio. Desde hace cinco años no he querido que me abrazase una sola vez, pues ese hombre es la peste. Un día, y ese día no está lejano, seré viuda; pues bien: yo, pedida ya por un hombre que posee sesenta mil francos de renta; yo, que soy dueña de ese hombre como de este terrón de azúcar, te declaro que aunque tú fueses pobre como Hulot, leproso como Marneffe, y aunque me pegaras, serías tú el que desearía para mi marido; tú, a quien amo y cuyo nombre quiero llevar. Y estoy dispuesta a darte todas las pruebas de amor que quieras...

- Pues bien; esta noche...

- Pero hijo de Río, hermoso jaguar salido para mí de los bosques vírgenes del Brasil - dijo ella, cogiéndole la mano y besándosela y acariciándola -, respeta un poco a la criatura de la que quieres hacer tu mujer. ¿Seré tu mujer, Enrique?

- Sí - dijo el brasileño, vencido por la habladuría desenfrenada de la pasión.Y se arrodilló ante ella.

- Veamos, Enrique - dijo Valeria, cogiéndole las dos manos y mirándole al fondo de los ojos con fijeza - ¿me juras aquí, en presencia de Isabela, mi mejor y mi única amiga, mi hermana, que me tomarás por mujer al cabo de mi año de viudez?

- Lo juro.

-¡Esto no basta! ¡Júralo por las cenizas y la salvación eterna de tu madre, júralo por la Virgen María y por tus esperanzas de católico!

Valeria sabía muy bien que el brasileño haría aquel juramento, aunque ella hubiese caído en el fondo del cenagal social más asqueroso. El brasileño hizo aquel juramento solemnemente, con la nariz tocando casi el blanco pecho de Valeria y con los ojos fascinados; estaba borracho, como lo está uno al volver a ver a la mujer amada después de una travesía de cuatro meses.

- Pues bien; ahora, estate tranquilo. Respeta en la señora Marneffe a la futura baronesa de Montejanos. No gastes un céntimo por mí, te lo prohíbo. Quédate aquí, en la primera habitación, acostado sobre el canapé; yo misma vendré a advertirte cuándo podrás dejar tu sitio... Mañana por la mañana almorzaremos juntos y te irás a eso de la una, como si hubieses venido al mediodía a hacerme una visita. No temas nada, los porteros me pertenecen como si fueran mis padres... Voy a bajar a mi casa a servir el té.

E hizo una seña a Isabela, la cual le acompañó hasta el descansillo. Allí, Valeria le dijo al oído a la solterona:

- Ese negrito ha venido demasiado pronto; pero yo me moriría si no te vengases de Hortensia.

- Tranquilízate, diablillo mío querido - dijo la solterona, besándole en la frente -; el amor y la venganza, cazando juntos, jamás serán vencidos. Hortensia me espera mañana, está en la miseria. Por tener mil escudos, Wenceslao te abrazará mil veces.

Al dejar a Valeria, Hulot había bajado a la portería y se había presentado súbitamente a la señora Olivier.

-¿Señora Olivier?

Al oír aquella llamada imperiosa y al ver el gesto con que la acompañó el barón, la señora Olivier salió de la portería y se fue al patio al lugar donde la condujo el barón.

- Ya sabe usted que si alguien puede facilitar algún día a su hijo la adquisición de un despacho, soy yo, y a mí me debe usted el que sea tercer pasante de notario y que acabe su carrera.

- Sí, señor barón, y por eso el señor barón puede contar con nuestro agradecimiento. No hay día que deje de rogar a Dios por la felicidad del señor barón.

- No tantas palabras, buena mujer - dijo Hulot -, sino pruebas...

-¿Qué es necesario hacer? - preguntó la señora Olivier.

Librodot

- Un hombre con equipaje ha venido esta noche. ¿Le conoce usted?

La señora Olivier había reconocido a Montes. ¿Cómo había de olvidarle? Montes deslizaba en sus manos, en la calle del Deanato, una moneda de cinco francos todas las veces que salía por la mañana de la casa demasiado temprano. Si el barón se hubiera dirigido al señor Olivier, tal vez lo hubiera descubierto todo; pero Olivier dormía. En las clases inferiores, la mujer no solamente es superior al hombre, sino que ella le gobierna casi siempre. Desde hacía tiempo, la señora Olivier había tomado su partido en el caso de una disputa entre sus dos bienhechores, y consideraba a la señora Marneffe como la más fuerte de aquellas dos potencias.

-¿Si le conozco?... - respondió ella - No, no le he visto nunca...

-¡Cómo! ¿El primo de la señora Marneffe no había ido nunca a verla cuando vivía en la calle del Deanato?

-¡Ah! ¿Es su primo? - exclamó la señora Olivier -. Puede que haya venido, pero no le he conocido. La primera vez que venga, señor, ya me fijaré bien...

- Ahora va a bajar - dijo Hulot vivamente, cortando la palabra a la señora Olivier.

-¡Pero si ya se ha marchado! - replicó la señora Olivier, que lo comprendió todo - El coche no está ya ahí...

-¿Le ha visto usted marchar?

- Como le veo a usted. Ha dicho a su criado: «¡A la Embajada!»

Aquel tono, aquella seguridad arrancaron un suspiro de satisfacción al barón, que cogió una mano a la señora Olivier y se la estrechó.

- Gracias, querida señora Olivier; pero no es esto todo. ¿Y el señor Crevel?

-¿El señor Crevel? ¿Qué quiere usted decir? No comprendo - dijo la señora Olivier.

-¡Escúcheme bien! Ama a la señora Marneffe...

-¡No es posible, señor barón, no es posible! - dijo ella, juntando las manos.

- Ama a la señora Marneffe - repitió muy imperativamente el barón -. ¿Cómo se las arreglan? No lo sé, pero quiero saberlo, y usted lo sabrá. Si puede usted descubrir esta intriga, su hijo será notario.

- Señor barón, no se pudra usted la sangre de esa manera - dijo la señora Olivier -. La señora le quiere a usted, y a usted sólo; su camarera lo sabe muy bien, y nosotros decimos que usted es el hombre más feliz de la Tierra, pues usted sabe lo que vale la señora... ¡Ah! Es una perfección. Se levanta a las diez todos los días, almuerza bien, emplea una hora en arreglar su persona, y a las dos, terminado ya su tocado, va a pasearse por las Tullerías a la vista de todo el mundo, y vuelve a casa a las cuatro, hora en que usted llega... ¡Oh! Es exacta como un

Librodot

reloj. No tiene secretos para su camarera, y Reina no los tiene para mí, como tampoco puede tenerlos con mi hijo, para quien tiene bondades... Ya ve usted que si la señora Marneffe tuviese relaciones con el señor Crevel, nosotros lo sabríamos.

El barón subió a casa de la señora Marneffe con el rostro radiante de alegría y convencido de ser el único hombre amado por aquella terrible cortesana, tan embustera, pero tan hermosa, tan graciosa como una sirena.

Crevel y Marneffe empezaban un segundo piquet. Crevel perdía como pierden todos los hombres que no están en el juego. Marneffe, que conocía las causas de la distracción del alcalde, se aprovechaba de ellas sin escrúpulo; miraba las cartas que tenía que coger y cortaba en consecuencia; además, como veía el juego de su contrario, jugaba a lo seguro. El precio de la ficha era de un franco, y había robado ya treinta francos al alcalde en el momento en que el barón volvía.

-¡Cómo! - dijo el consejero de Estado, asombrado de no encontrar a nadie -. ¿Están ustedes solos? ¿Dónde están los demás?

- El buen humor de usted ha puesto en fuga a todo el mundo - respondió Crevel.

- No, ha sido la llegada del primo de mi mujer - replicó Marneffe -. Esas señoras y esos señores han pensado que Valeria y Enrique tendrían algo que decirse, después de una separación de tres años, y se han retirado discretamente... Si yo hubiese estado aquí les habría retenido; pero hubiese hecho mal, pues la indisposición de Isabela, que sirve siempre el té a eso de las diez y media, lo ha desbaratado todo...

-¿Está realmente indispuesta Isabela? - preguntó Crevel, furioso.

- Así me lo han dicho - replicó Marneffe con la inmoral despreocupación de los hombres para quien las mujeres ya no existen.

El alcalde había mirado el reloj; vio que el barón había pasado cuarenta minutos en casa de Isabela. El aire gozoso de Hulot incriminaba gravemente a Héctor, a Valeria y a Isabela.

- Vengo de verla, y sufre horriblemente la pobre joven - dijo el barón.

- Parece que el sufrimiento de los demás le alegra a usted, mi querido amigo - repuso agriamente Crevel -, pues vuelve usted con una cara donde brilla el júbilo. ¿Acaso Sabela está en peligro de muerte? Según dicen, la hija de usted la hereda. No es usted el mismo; se ha marchado con la fisonomía del Moro de Venecia y vuelve usted con la del Espíritu Santo. Me gustaría verle la cara a la señora Marneffe.

-¿Qué quiere usted decir con esas palabras? - preguntó el señor Marneffe a Crevel, recogiendo sus cartas y poniéndolas ante él.

Los apagados ojos de aquel hombre decrépito, de cuarenta y siete años, se animaron; pálidos colores sombrearon sus flacas y enjutas mejillas; entreabrió su desdentada boca de negros labios, en los cuales apareció una especie de espuma caseiforme y blanca como el yeso.

Librodot

Aquella rabia de hombre impotente, cuya vida pendía de un hilo, y que en un duelo no hubiese arriesgado nada, mientras que Crevel podría perderlo todo, asustó al alcalde.

- Digo - respondió Crevel - que me gustaría verle la cara a la señora Marneffe, con tanta más razón cuanto que la de usted en este momento es muy desagradable. Palabra de honor, mi querido Marneffe, está usted horriblemente feo.

-¿Sabe usted que es poco cortés lo que me dice?

- Un hombre que me gana treinta francos en cuarenta y cinco minutos no me parece nunca guapo.

-¡Ah, si me hubiese usted visto - repuso el subjefe - hace diecisiete años!

-¿Era usted lindo? - replicó Crevel.

- Eso es lo que me ha perdido. Si hubiese sido como usted, sería par de Francia y alcalde.

- Sí - dijo Crevel, sonriendo -, ha guerreado usted demasiado, y de los dos metales que uno gana cultivando el dios del comercio ha cogido usted el peor: el mercurio.

Crevel soltó una carcajada. Si Marneffe se enfadaba a propósito de su honor en peligro, sin embargo aceptaba aquellas vulgares e innobles bromas; eran moneda corriente en la conversación entre Crevel y él.

- Eva me cuesta cara, es verdad; pero corta y buena, ése es mi lema.

- Prefiero larga y feliz - replicó Crevel.

La señora Marneffe entró, vio a su marido jugando con Crevel y el barón, los tres solos en el salón; comprendió con sólo el aspecto de la cara del dignatario municipal todos los pensamientos que le habían agitado, y tomó en seguida una determinación.

- Marneffe, gato mío - dijo, yendo a apoyarse en el hombro de su marido y pasándole sus bonitos dedos por los cabellos, de un color gris ordinario, sin poder cubrir la cabeza, desparramándolos -, es muy tarde y deberías acostarte. Ya sabes que mañana tienes que purgarte, el doctor lo ha dicho, y Reina te llevará hierbas cocidas a las siete... Si quieres vivir, deja el piquet.

-¿Hagámoslo a cinco juegos? - preguntó Marneffe a Crevel.

- Bueno... yo tengo ya dos - respondió Crevel.

-¿Cuánto durará? - preguntó Valeria.

- Diez minutos - contestó Marneffe.

- Ya son las once - replicó Valeria -. Y la verdad, señor Crevel, cualquiera diría que quiere usted matar a mi marido. Dense prisa al menos.

Librodot

Aquella frase de doble sentido hizo sonreír a Crevel, a Hulot y hasta al mismo Marneffe. Valeria fue a hablar con su Héctor.

- Vete, querido mío - dijo Valeria al oído de Héctor -, paséate por la calle de Vanneau y vuelve cuando veas salir a Crevel.

- Preferiría salir de aquí y entrar en tu habitación por la puerta del gabinete tocador; podrías decir a Reina que lo abriese.

- Reina está arriba cuidando a Isabela.

-¿Y si subiese a casa de Isabela?

Todo era peligro para Valeria, la cual, previniendo una explicación con Crevel, no quería que Hulot estuviese en su habitación, desde donde podría oírlo todo, y el brasileño esperaba en casa de Sabela.

- Verdaderamente, vosotros los hombres, cuando tenéis un capricho, pegaríais fuego a la casa para entrar en ella - dijo Valeria a Hulot -. Isabela está en un estado que no puede recibir a nadie... ¿Teme usted coger un constipado en la calle?... Váyase, o buenas noches.

- Adiós, señores - dijo el barón en voz alta.

Una vez atacado en su amor propio de anciano, Hulot quiso probar que podía hacer el joven esperando en la calle la hora propicia para entrar, y salió.

Marneffe dio las buenas noches a su mujer, a quien, como una demostración de aparente ternura, le cogió las manos. Valeria estrechó de una manera significativa la mano de su marido, la cual quería decir:

- Desembarázame de Crevel.

- Buenas noches, Crevel - dijo entonces Marneffe espero que no estará usted mucho tiempo con Valeria. ¡Ah! Estoy celoso... algo tarde, es verdad; pero no puedo remediarlo... y volveré a ver si se ha marchado usted.

Tenemos que hablar de negocios, pero no estaré mucho tiempo - dijo Crevel.

-¡Hable usted bajo! ¿Qué me quiere usted? - dijo Valeria en dos tonos, mirando a Crevel de una manera en la que la altivez se mezclaba con el desprecio.
Al recibir aquella mirada altiva, Crevel, que prestaba inmensos servicios a Valeria y que quería valerse de ellos, se volvió humilde y sumiso.

- Ese brasileño...

Crevel, asustado por la mirada fija y despreciativa de Valeria, se detuvo.

-¿Qué más? - dijo ella.

Librodot

- Ese primo...

- No es primo mío - repuso ella -, es mi primo para el mundo y para el señor Marneffe. Aunque fuese mi amante, no tendría usted nada que decir. Un tendero que compra una mujer para vengarse de un hombre está por debajo de mi estimación del que la compra por amor. Usted no estaba enamorado de mí. Usted no ha visto en mí más que a la querida del señor Hulot, y usted me ha adquirido como aquel que compra una pistola para matar a su adversario. Yo tenía hambre, y he consentido.

- Usted no ha cumplido el trato - respondió Crevel, volviendo a ser comerciante.

-¡Ah! ¿Quiere usted que el barón sepa que usted le quita su querida para tomar la revancha del rapto de Josefa?... Nada me prueba mejor la bajeza de usted. Usted dice que ama a una mujer, la trata como a una duquesa y ¿quiere usted deshonrarla? Mire, querido mío, tiene usted razón: esa mujer no vale lo que Josefa. Esa mujer tiene el valor de su infamia, mientras que yo soy una hipócrita que debía ser azotada públicamente. ¡Ay de mí! Josefa se protege por su talento y su fortuna; mi único valor es mi honradez, y soy aún una digna y virtuosa burguesa; pero si usted quiere dar un escándalo, ¿qué será de mí? Si yo tuviera fortuna, todavía pase. ¡Pero ahora todo lo más que tengo son quince mil francos de renta, y no es nada!

- Mucho más - dijo Crevel -; yo he doblado en dos meses sus economías en Orleans.

- Pues bien; la consideración en París empieza con cincuenta mil francos de renta, y usted no puede compensarme con dinero la posición que yo perdería. ¿Qué es lo que yo quería? Hacer nombrar a Marneffe jefe de Negociado; tendría seis mil francos de sueldo, y como tiene veintisiete años de servicios, dentro de tres años yo tendría derecho a mil quinientos francos de pensión si él muriese. ¡Usted, colmado de bondades por mí, lleno de felicidad, no sabe usted esperar! ¿Y a eso llama usted amor? - exclamó ella.

- Sí; he empezado por cálculo - dijo Crevel - y después me he convertido en su corderito. Me patea usted el corazón, me aplasta, me absorbe, y la amo como no he amado nunca. Valeria, la amo a usted tanto como a Celestina. Por usted soy capaz de todo... Mire, en lugar de ir dos veces por semana a la calle del Delfín, vaya tres.

-¿Nada más que eso? Se rejuvenece usted, querido mío.

- Déjeme usted que despida a Hulot, que le humille, que le desembarace a usted de él - dijo Crevel sin responder a aquella insolencia -; no reciba más a ese brasileño, sea toda mía, y no se arrepentirá usted. Primeramente la daré una inscripción de ocho mil francos de renta, pero vitalicia; no le daré la nueva propiedad hasta después de cinco años de constancia...

-¡Siempre tratos! ¡Los burgueses no aprenderán nunca a dar! ¿Quiere usted tener postas de amor en la vida por medio de inscripciones de renta? ¡Ah, tendero, vendedor de pomada, a todo pones etiqueta! ¡Héctor me decía que el duque de Herouville había llevado treinta mil francos de renta a Josefa en un cucurucho de papel! ¡Yo valgo seis veces más que Josefa! ¡Ah, ser amada! - dijo, arreglándose el cabello y yendo a mirarse al espejo -. Enrique me ama, le mataría a usted como a una mosca a una sola indicación de mis ojos. Hulot me ama, deja a su mujer en la miseria. Vamos, sea usted buen padre de familia, querido mío. ¡Oh! Usted tiene

Librodot

para sus calaveradas trescientos mil francos, fuera de su fortuna; en fin, un gato, y no piensa más que en aumentarlo.

- Para ti, Valeria, pues te ofrezco la mitad - dijo Crevel, cayendo de rodillas.

-¡Cómo! ¿Aún está usted ahí? - exclamó el horrible Marneffe en bata de casa - ¿Qué hace usted?

- Me está pidiendo perdón por una proposición insultante que acaba de dirigirme. No pudiendo obtener nada de mí, este señor intentaba comprarme.

Crevel hubiera querido bajar a la bodega por una trampa, como se hace en el teatro.

- Levántese usted, mi querido Crevel - le dijo Marneffe, sonriéndose -; está usted ridículo. Por el aspecto de Valeria veo que no hay peligro para mí.

- Sí, ve a acostarte y duerme tranquilo - dijo la señora Marneffe.

-¡Qué ocurrente es! - pensé Crevel - ¡Es adorable, me ha salvado!
Cuando Marneffe se volvió a su cuarto, el alcalde tomó las manos de Valeria y las besó, dejando en ellas las huellas de algunas lágrimas.

- Todo a tu nombre - dijo.

- Eso es amar - le respondió ella en voz baja -. Ahora bien, amor por amor. Hulot está abajo, en la calle. Ese pobre viejo espera para venir aquí a que yo coloque una bujía en una de las ventanas de mi dormitorio. Ahora bien; yo le permito que le diga que es usted el único amado; él no querrá creerle ni a tiros, pero llévele a la calle del Delfín y dele pruebas, anonádelo, yo se lo permito, se lo ordeno. Esa foca me aburre, me revienta. Reténgale en la calle del Delfín durante toda la noche, asesínele lentamente, vénguese del rapto de su Josefa. Tal vez muera Hulot de ésta, pero así salvaremos a su mujer y a sus hijos de una ruina espantosa. La pobre señora Hulot tiene que trabajar para vivir...

-¡Oh, pobre dama! A fe que eso es atroz - exclamó Crevel, animado por sus buenos sentimientos naturales.

- Celestino, si me amas, retenlo, o estoy perdida - dijo en voz baja al oído de Crevel, el cual le rozó la cara con las manos -. Marneffe tiene sospechas, y Héctor tiene la llave de la puerta cochera y piensa volver.

Crevel estrechó a la señora Marneffe entre sus brazos y salió en el colmo de la dicha; Valeria le acompañó cariñosamente hasta el descansillo, y después, como una mujer magnetizada, bajó hasta el primer piso y llegó con él hasta el portal.

- Valeria, sube, no te comprometas por mí a los ojos de los porteros. Anda, mi vida y mi fortuna todo es tuyo... vuélvete, vuélvete, duquesa mía.

-¡Señora Olivier! - gritó suavemente Valeria cuando la puerta se cerró.

-¡Cómo! Señora, ¿usted aquí? - dijo la señora Olivier, estupefacta.

- Eche usted los cerrojos de arriba y de abajo a la puerta grande, y no abra a nadie.

- Está bien, señora.

Una vez echados los cerrojos, la señora Olivier contó la tentativa de corrupción que se había permitido el elevado personaje respecto a ella.

- Ha obrado usted como un ángel, mi querida Olivier, pero mañana hablaremos de eso.
Valeria se fue al tercer piso con la rapidez de una flecha, dio tres golpecitos a la puerta de Isabela y se volvió a su habitación para darle órdenes a la señorita Reina, pues jamás pierde una mujer la ocasión de un Montes que llega del Brasil.

- No, ¡Pardiez!, no hay como las mujeres distinguidas para amar de ese modo - se decía Crevel -. Cuando ella bajaba la escalera alumbrándome con sus miradas, yo la arrastraba. No, nunca, jamás Josefa hizo otro tanto. Josefa es una ordinaria comparada con ella. ¡Dios mío! Si Valeria no me educa, no puedo ser nada. ¡Y yo que tengo tanto interés en parecer gran señor! ¡Ah, qué mujer! Cuando me mira fríamente me remueve todo el cuerpo como un cólico. ¡Qué gracia, qué talento! Jamás me procuró Josefa emociones semejantes. ¡Y qué desconocidas perfecciones! ¡Ah, ahí está mi hombre!

Diciendo esto, vio en las tinieblas de la calle de Babilonia al gran Hulot un poco encorvado, deslizándose a lo largo del vallado de madera de una casa en construcción, y se encaminó hacia él.

- Buenos días, barón, porque ya es cerca de media noche, querido mío - ¿Qué diablos hace usted ahí? Se está usted paseando con una lluvia fina. A nuestra edad eso es malo. ¿Quiere usted que le dé un buen consejo? Volvámonos cada uno a nuestra casa, porque aquí, para entre nosotros, puedo decirle que no verá usted luz en la ventana.

Al oír esta última frase, el barón sintió que tenía sesenta y tres años y que su capa estaba mojada.

-¿Quién ha podido decirle a usted eso? - preguntó.

- Valeria, ¡pardiez!; nuestra Valeria, que quiere ser únicamente mi Valeria. Estamos en paz, barón, y ya jugaremos la buena cuando usted quiera. Usted no puede enfadarse, porque sabe que ha quedado siempre estipulado el derecho a tomar la revancha, y usted empleó tres meses en quitarme a Josefa, mientras que yo le he quitado a Valeria en... Pero no hablemos de esto - repuso -. Ahora la quiero para mí solo, esperando que no por eso dejaremos de seguir siendo buenos amigos.

- Crevel, no bromees - respondió el barón con voz ahogada por la rabia -. Es un asunto para mí de vida o muerte.

-¡Hombre! ¿Así toma usted las cosas? Barón, ¿no se acuerda ya de aquello que me dijo el día de la boda de Hortensia?: «¿Es que dos viejos ridículos como nosotros van a malquistarse por unas faldas? Eso es propio de tenderos, de gentes insignificantes.» Queda convenido que

nosotros somos Regencia, Pompadour, siglo XVIII, rocalla, todo lo que hay de más, mariscal Richelieu y, si me atrevo a decirlo, ¡Amistades peligrosas!

Crevel hubiera podido soltar frases literarias durante largo tiempo, pues el barón escuchaba como escuchan los sordos al principio de su sordera. Al ver a la claridad del gas el rostro de su enemigo, que estaba lívido, el vencedor se detuvo. Después de las declaraciones de la señora Olivier y después de la última mirada de Valeria, aquello era un rayo para el barón.

-¡Dios mío, había tantas mujeres en París! - dijo al fin.

- Es lo que yo te dije cuando me quitaste a Josefa - repitió Crevel.

- Mira, Crevel, eso es imposible... Deme usted pruebas... ¿Tiene usted una llave como yo para entrar?

Y el barón, llegado hasta la casa, metió una llave en la cerradura; pero encontró la puerta inmóvil y trató inútilmente de abrirla.

- No meta usted ruido de noche - dijo tranquilamente Crevel - Mire, barón, yo tengo llaves mejores que las suyas.

-¡Pruebas, pruebas! - repitió el barón, exasperado hasta enloquecer por el dolor.

- Venga usted, voy a dárselas - respondió Crevel.

Y siguiendo las instrucciones de Valeria, arrastró al barón hacia el muelle, por la calle de Hillerin-Bertin. El infortunado consejero de Estado iba como van los negociantes la víspera del día en que tienen que declararse en quiebra, se perdía en conjeturas acerca de las razones de la depravación oculta en el fondo del corazón de Valeria y se creía juguete de alguna burla. Al pasar por el puente Real vio su existencia tan vacía, tan terminada, tan embrollada por sus negocios financieros, que estuvo a punto de ceder al mal pensamiento que le acudió de arrojar a Crevel al río y de tirarse él detrás.

Llegados a la calle del Delfín, que en aquel tiempo aún no se había alargado, Crevel se detuvo ante una puerta de dos hojas. Por esta puerta se iba a un largo corredor enlosado con losas negras y blancas, formando peristilo, al cabo del cual se encontraban la escalera y la portería iluminadas por un patinillo interior, como hay tantos en París. Este patio, medianero con la casa vecina, ofrecía la singular particularidad de una división desigual. La casita de Crevel, pues él era el propietario, tenía un apéndice con tejado de vidrio, construido sobre el terreno vecino y grabado con la interdicción de elevar aquella construcción, completamente oculta a la vista por la portería y lo saledizo de la escalera.

Este local había servido mucho tiempo de habitación, de trastienda y de cocina a una de las dos tiendas situadas en la calle. Crevel había separado de la casa estas tres piezas del piso bajo y Grindot las había transformado en una casa económica. Se entraba en ella de dos maneras: primero, por la tienda del vendedor de muebles a quien la alquilaba Crevel muy barata y por meses, a fin de poder castigarle en caso de indiscreción, y después por una puerta oculta en la pared del corredor bastante hábilmente para que fuese casi invisible. Esta pequeña habitación, compuesta de comedor, de salón y de dormitorio, que recibía la luz de arriba y que estaba

situada parte en la casa vecina y parte en casa de Crevel, era casi inencontrable. Excepto el comerciante de muebles de ocasión, los inquilinos ignoraban la existencia de aquel paraíso en miniatura. La portera, pagada para ser la cómplice de Crevel, era una excelente cocinera. El señor alcalde podía, pues, entrar en su casita económica y salir de ella a cualquier hora de la noche sin temor a ningún espionaje. Durante el día, una mujer vestida como van las parisienses para hacer sus compras y provista de una llave, no exponía nada yendo a casa de Crevel; examinaba las mercancías de ocasión, ajustaba algunas, entraba en la tienda y la abandonaba sin excitar la menor sospecha si alguien la encontraba.

Cuando Crevel hubo encendido los candelabros del gabinete, quedó el barón asombrado del lujo inteligente y coquetón desplegado allí. El anciano perfumista había dejado carta blanca a Grindot, y el viejo arquitecto se había distinguido con una creación de estilo Pompadour que, por otra parte, costaba sesenta mil francos.

- Quiero - había dicho Crevel a Grindot - que aunque entre una duquesa, quede sorprendida.
Había querido el más hermoso edén parisiense para poseer en él a su Eva, a su mujer de mundo, a su Valeria, a su duquesa.

- Hay dos camas - dijo Crevel a Hulot, mostrándole un diván de donde se sacaba una cama como saca uno un cajón de una cómoda. Ésta es una, la otra está en el dormitorio. De este modo podemos pasar aquí la noche los dos.

-¡Pruebas! - dijo el barón.

Crevel cogió una bujía y condujo a su amigo al dormitorio, donde sobre una butaca, Hulot vio una bata magnífica perteneciente a Valeria y que ésta había llevado en la calle de Vanneau para lucirla allí antes de usarla en la casita de Crevel. El alcalde tocó un resorte de un bonito mueble de marquetería llamado felicidad del día, lo registró, cogió de él una carta y se la entregó al barón, diciéndole:

- Toma, lee.

El consejero de Estado leyó la siguiente misiva escrita con lápiz.

«¡Te he esperado en vano, viejo ratón! Una mujer como yo no espera a un antiguo perfumista. No había encargada comida, ni cigarrillos... Ya me pagarás todo esto.»

-¿Es su letra?

-¡Dios mío! - dijo Hulot, sentándose anonadado -. Reconozco todo lo que le ha pertenecido; ahí veo sus gorros y sus babuchas. ¡Ah! Vamos a ver: ¿desde cuándo...?

Crevel hizo un signo de que comprendía, y cogió del secreter de marquetería un legajo de papeles.

- Mira, viejo mío, he pagado a los contratistas en diciembre de 1838. En octubre, dos meses antes, fue estrenada esta deliciosa casita.

El consejero de Estado bajó la cabeza.

Librodot

-¿Cómo se las arreglan ustedes? Pues conozco el empleo de su tiempo hora por hora.

-¿Y el paseo por las Tullerías? - dijo Crevel, frotándose las manos de júbilo.

-¿Qué?... - dijo Hulot, atontado.

- La que se llama tu querida va a las Tullerías y está obligada a pasearse desde la una a las cuatro; pero ¡zas! en dos saltos se planta aquí. ¿Conoces a Molière? Pues bien; barón, no hay nada imaginado en tu título.

Hulot, no pudiendo ya dudar de nada, cayó en un silencio siniestro. Las catástrofes llevan a todos los hombres fuertes e inteligentes a la filosofía. El barón estaba moralmente como un hombre que busca su camino de noche en un bosque. Aquel silencio sombrío, el cambio que se ofreció en aquella fisonomía demacrada, todo inquietó a Crevel, que no deseaba la muerte de su colaborador.

- Como te decía, viejo mío, estamos en paz; juguemos la buena. ¿Quieres jugar la buena?

-¿Por qué - dijo Hulot, hablándose a sí mismo - de diez mujeres hay lo menos siete perversas? Él estaba demasiado anonadado para encontrar la solución de aquel problema. La belleza es el mayor poder humano. Todo poder sin contrapeso, sin trabas, autocrático, lleva al abuso, a la locura. Lo arbitrario es la demencia del poder. En la mujer, lo arbitrario es el capricho.

- No tienes de qué quejarte, mi querido cofrade, pues tienes la más hermosa de las mujeres y es virtuosa.

- Merezco mi suerte - se dijo Hulot -. No he apreciado en lo que vale a mi mujer, le hago sufrir ¡y es un ángel! ¡Oh, mi pobre Adelina, estás bien vengada! Ella sufre sola, en silencio, es digna de ser adorada, merece mi amor, yo debería... porque es admirable aún, blanca, rejuvenecida... Pero ¿se ha visto jamás mujer más innoble, más infame, más perversa que esa Valeria?

- Es una bribona - dijo Crevel -, una tuna a la que se debería azotar en la plaza del Chatelet; pero mi querido Canillac, si nosotros somos cosacos azules, mariscales de Richelieu, entrepaños, Pompadour, Barry, burlados y todo lo que hay de más siglo XVIII, no tenemos ya teniente de Policía.

¿Cómo hacerse uno amar? - se preguntaba Hulot sin escuchar a Crevel.

- Es una estupidez la nuestra de querer ser amados, querido mío dijo Crevel -; nosotros sólo podemos ser soportados, pues la señora Marneffe es cien veces más astuta que Josefa...

-¡Y ávida! ¡Me cuesta ciento ochenta mil francos! - exclamó Hulot.

-¿Y cuántos céntimos? - preguntó Crevel con la insolencia del financiero que encuentra la suma pequeña.

- Se ve que tú no la amas - dijo melancólicamente Hulot.

- Yo ya tengo bastante - replicó Crevel -, pues me cuesta más de trescientos mil francos.

-¿Y dónde mete todo ese dinero? - dijo el barón, cogiéndose la cabeza entre las manos.

- Si nosotros nos hubiésemos entendido como esos jovenzuelos que se entienden para sostener a una horizontal de franco, nos hubiese costado menos cara.

- Es una idea - dijo el barón -; pero nos hubiese engañado lo mismo, porque ¿qué piensas tú de ese brasileño?

-¡Ah! Viejo astuto, tienes razón, nos han burlado como... como a accionistas - dijo Crevel -. Todas esas mujeres son comanditas.

-¿Es ésta, pues, la que te ha hablado de la luz en la ventana? - dijo el barón.

- Querido mío - dijo Crevel, tomando su posición favorita -, se ha burlado de nosotros. Valeria es una... Me ha dicho que te entretuviese aquí. Ahora veo claro... Está con su brasileño. ¡Ah! Renuncio a ella, pues si la tuviesen atadas las manos encontraría manera de engañarle a uno con los pies. ¡Es una infame, una bribona!

- Está por debajo de las prostitutas - dijo el barón -. Josefa y Jenny Cadine estaban en su derecho engañándonos, pues trafican con sus encantos.

-¡Pero ella, que se hace la santa, la melindrosa! - dijo Crevel -. Mira, Hulot, vuelve al lado de tu mujer, pues tus negocios andan mal, se empieza a hablar de ciertas letras de cambio firmadas a un usurero cuya especialidad consiste en prestar a las cocottes, un cierto Vauvinet. Respecto a mí, ya estoy completamente curado de las mujeres. Por otra parte, ¿qué necesidad tenemos a nuestra edad de esas tunas que, soy franco, no pueden dejar de engañarnos? Barón, tienes los cabellos blancos y dientes postizos. Yo me parezco a Sileno. Voy a ponerme a recoger. El dinero no engaña. Si el Tesoro se abre para todo el mundo cada seis meses, al menos da intereses y esa mujer cuesta... Contigo, mi querido cofrade Gubetta, mi viejo cómplice, podría aceptar una situación chocante... no filosófica; pero con un brasileño que tal vez trae de su país géneros coloniales sospechosos...

- La mujer - dijo Hulot - es un ser inexplicable.

- Yo me lo explico - dijo Crevel -: nosotros somos viejos, el brasileño es joven y guapo...

- Sí, es verdad, lo confieso, envejecemos - dijo Hulot -. Pero amigo mío, ¡cómo renunciar a ver a esas hermosas criaturas desnudarse, recoger sus cabellos, mirarnos con astuta sonrisa a través de sus dedos cuando se ponen los papelitos, hacernos muecas, pensando sus mentiras y diciéndose poco amadas, cuando nos ven llenos de trabajo, y distrayéndonos a pesar de todo!

- Sí, es verdad, es la única cosa agradable de la vida... - exclamó Crevel -. ¡Ah! Cuando una carita bonita le sonríe a uno y le dice: «Querido mío, ¡qué amable eres! Yo, seguramente que soy diferente de las demás mujeres que se enamoran de jovencitos barbilampiños, de esos granujas que fuman y que son groseros, como lacayos, pues su juventud les da una insolencia... En fin, vienen, le dan a una las buenas noches y se van... Yo, que dices que soy coqueta, prefiero a esos mocosos la gente de cincuenta años, pues los guardamos más tiempo

Librodot

junto a nosotras; son abnegados, saben que una mujer se encuentra difícilmente y nos aprecian... Por eso te amo, tunantón.» Y acompañan esta especie de confesión de mimos, de niñerías, de... ¡Ah! Es falso como los programas del Ayuntamiento...

- La mentira vale a veces más que la verdad - dijo Hulot, recordando algunas encantadoras escenas evocadas por la pantomima de Crevel, que imitaba a Valeria-. Se ve uno obligado a decir mentiras, a coser lentejuelas a sus trajes de teatro.

- Pero uno las posee a esas embusteras - dijo brutalmente Crevel.

- Valeria es un hada - exclamó el barón -; metamorfosea un anciano en joven.

-¡Ah! Sí - repuso Crevel -, es una anguila que se escurre de entre las manos; pero es la más bonita de las anguilas..., blanca y dulce como el azúcar, granuja como Arnal, y tiene unas invenciones... ¡Ah!

¡Oh! Sí, es muy ocurrente - exclamó el barón, no pensando ya en su mujer.

Los dos cofrades se acostaron los mejores amigos del mundo, recordándose una a una las perfecciones de Valeria, las entonaciones de su voz, sus gatadas, sus burlas, sus salidas, las de su corazón, pues esta artista en amor tenía arranques admirables, como los tenores que cantan mejor un aire un día que otro. Y ambos se durmieron mecidos por estas reminiscencias tentadoras y diabólicas, iluminados por los fuegos del infierno.

Al día siguiente, a las nueve, Hulot habló de ir al Ministerio; Crevel tenía que ir al campo. Salieron juntos y Crevel le tendió la mano al barón, diciéndole:

- Sin rencor, ¿eh?, pues ni uno ni otro pensamos ya en la señora Marneffe.

-¡Oh! Eso se ha acabado del todo - respondió Hulot, expresando una especie de horror.

A las diez y media, Crevel subía de cuatro en cuatro las escaleras de la casa de la señora Marneffe. Encontró a la infame criatura, a la adorable encantadora, en el desarreglo más coquetón del mundo, almorzando en compañía del barón Enrique Montes de Montejanos y de Isabela. A pesar del golpe que sintió al oír la voz del brasileño, Crevel rogó a la señora Marneffe que le concediese dos minutos de audiencia. Valeria pasó al salón con Crevel.

- Valeria, ángel mío - dijo el enamorado Crevel -, el señor Marneffe tiene vida para poco tiempo; si quieres serme fiel, cuando muera nos casaremos. Piensa en ello. Te he desembarazado de Hulot... De modo que si ese brasileño vale tanto como un alcalde de París, hombre que por ti querrá obtener las más altas dignidades y que posee ya ochenta mil y pico de francos de renta...

- Pensaré en ello - dijo ella -. Estaré a las dos en la calle del Delfín, y hablaremos; pero sea prudente y no olvide la transferencia que me prometió usted ayer.

Y volvió al comedor seguida de Crevel, que se alababa de haber encontrado el medio de poseer él solo a Valeria; pero vio al barón de Hulot, el cual, durante aquella corta conferencia, había entrado para realizar el mismo deseo.

Como Crevel, el consejero de Estado pidió una audiencia.

La señora Marneffe se levantó para volver al salón, sonriendo al brasileño como para decirle: «Están locos. ¿No te ven, pues, a ti?»

- Valeria, hija mía - dijo consejero de Estado -, ese primo es un primo de América...

-¡Oh, basta! - exclamó ella, interrumpiendo al barón -. Marneffe no ha sido nunca, no lo será ni puede ser mi marido. El primero, el único hombre a quien he amado, ha vuelto sin ser esperado. ¿Es mía la culpa? Mire a Enrique y mírese usted. Después pregúntese si una mujer, sobre todo cuando ama, puede dudar. Querido mío, yo no soy una entretenida. Desde hoy ya no quiero estar, como Susana, entre dos ancianos. Si me quiere usted, serán usted y Crevel nuestros amigos; pero todo ha acabado, pues tengo veintisiete años y quiero convertirme en una santa, digna y excelente mujer... como la de usted.

-¡Ah! - dijo Hulot -. ¿Es así como me acoge usted, cuando venía como un Papa con las manos llenas de indulgencias? Pues bien; su marido no será nunca jefe de Negociado ni oficial de la Legión de Honor.

- Eso ya lo veremos- dijo la señora Marneffe, mirando a Hulot de cierto modo.

- No nos enfademos - repuso Hulot, desesperado -. Vendré esta noche y nos entenderemos.

- Si va usted a casa de Isabela, sí.

- Pues bien, sí - dijo el anciano enamorado -; a casa de Isabela.

Hulot y Crevel bajaron juntos sin decirse palabra, hasta que llegaron a la calle; pero una vez en la acera, se miraron y se pusieron a reír tristemente.

- Somos dos viejos locos - dijo Crevel.

- Ya los he despedido - dijo la señora Marneffe a Isabela, volviendo a sentarse a la mesa -. No he amado nunca, no amo ni amaré jamás a otro que a mi jaguar - añadió sonriendo a Enrique Montes -. Isabela, amiga mía ¿no sabes? Enrique me ha perdonado las infamias que la miseria me había obligado.

- Porque yo tengo la culpa - dijo el brasileño -. Yo debía haberte enviado cien mil francos.

-¡Pobre hijo! - exclamó Valeria -. No, yo debía haber trabajando para vivir; pero mis manos no se han hecho para el trabajo... Pregúntaselo a Isabela.

El brasileño se fue, considerándose el hombre más feliz de París.

A eso de las doce, Valeria e Isabela conversaban en el magnífico dormitorio en que aquella peligrosa parisiense daba a su tocado esa última mano que las mujeres quieren siempre dar por sí mismas. Corridos los cerrojos y echadas las cortinas, Valeria contó con sus menores detalles todos los acontecimientos de la velada, de la noche y de la madrugada.

Librodot

-¿Estás contenta, rica mía? - dijo a Isabela, terminando -. ¿Qué crees que debo yo ser algún día, la señora Crevel o la señora Montes? ¿Cuál es tu opinión?

- A Crevel, que es un libertino, no le quedan, a lo sumo más que diez años de vida - respondió Sabela -, mientras que Montes es joven. Crevel te dejará unos treinta mil francos de renta. Que espere Montes y que se dé por contento siendo el Benjamín. De este modo, querida mía, a los treinta y tres años, conservándote hermosa, puedes casarte con tu brasileño y desempeñar un gran papel con sesenta mil francos de renta propia, sobre todo protegida por una mariscala.

- Sí; pero Montes es brasileño y no llegará nunca a ser nada - advirtió Valeria.

- No - dijo Isabela -; estamos en una época de ferrocarriles en que los extranjeros acaban en Francia por ocupar grandes posiciones.

- Ya lo veremos cuando Marneffe esté muerto - repuso Valeria -. Creo que no le queda mucho tiempo que sufrir.

- Esas enfermedades que se le presentan - dijo Isabela - son como los remordimientos de lo físico. Bueno; me voy a casa de Hortensia.

- Sí, anda, ángel mío, y tráeme a mi artista - respondió Valeria -. ¡No haber podido ganar en tres años ni una pulgada de terreno! Eso es una vergüenza para las dos. Wenceslao y Enrique, ésas son mis dos únicas pasiones. El uno es el amor y el otro el capricho.

-¡Qué hermosa estás esta mañana! - dijo Sabela, cogiendo a Valeria por el talle y besándola en la frente -. Yo gozo de tus placeres, de tu fortuna, de tu lujo... Sólo vivo desde el día en que nos hicimos hermanas...

- Espera, hermosa mía - dijo Valeria riéndose -; llevas el chal torcido. A pesar de mis lecciones, al cabo de tres años aún no sabes llevar un chal, ¿y quieres ser la señora mariscala Hulot?

Calzada con borceguíes y medias de seda gris y vestida con un magnífico traje de seda y los cabellos en bandó bajo una bonita capota de terciopelo negro, forrada de satén amarillo, Isabela se fue a la calle de Santa Dominica, por el bulevar de los Inválidos, preguntándose si el desaliento de Hortensia la haría dueña al fin de aquella alma viril y si la inconstancia sármata sorprendida en un momento en que todo es posible a esos caracteres acabaría por vencer el amor de Wenceslao.

Hortensia y Wenceslao ocupaban el piso de una casa situada en el lugar en que la calle de Santa Dominica desemboca en la explanada de los Inválidos.

Aquella habitación, que estuvo antes en armonía con la luna de miel, ofrecía en este momento un aspecto medio fresco, medio ajado, que sería preciso llamar el otoño del mobiliario. Los recién casados son malbaratadores y gastan sin saberlo, ni quererlo las cosas que les rodean, como abusan del amor. Llenos de confianza en sí mismos, piensan poco en el porvenir, que preocupa más tarde a la madre de familia.

Librodot

Isabela encontró a su prima Hortensia en el momento en que ella misma acababa de vestir a su pequeño Wenceslao que había sido llevado al jardín.

- Buenos días, Bela - dijo Hortensia, que fue a abrirle la puerta a su prima.

La cocinera había ido al mercado y la camarera, que a la vez hacía de niñera, estaba jabonando.

- Buenos días, hija mía - respondió Isabela, abrazándose a Hortensia - Oye, ¿está Wenceslao en el taller? - le preguntó al oído.

- No, está en el salón con Stidmann y con Chanor.

-¿No podríamos estar solas? - preguntó Isabela.

- Ven a mi cuarto.

Aquel cuarto, tendido de seda persa de fondo blanco y con flores de color rosa y follaje verde, estaba un tanto pasado, lo mismo que la alfombra, a causa de haber sido herido constantemente por los rayos del sol. Hacía tiempo que las cortinas no habían sido lavadas, y se sentía allí el olor del humo del cigarro de Wenceslao, el cual, habiendo pasado a ser gran señor del arte y habiendo nacido hidalgo, depositaba la ceniza del cigarro sobre los brazos del sofá y sobre las cosas más bonitas, como hombre a quien hay que sufrírselo todo, como hombre rico que no tiene con las cosas el cuidado que tienen los burgueses.

- Bueno; hablemos de tus negocios - preguntó Isabela al ver a su hermosa prima muda en el sofá que se había sentado -. Pero ¿qué tienes? Te encuentro paliducha, querida mía.

- Es que han salido dos nuevos artículos en los que se ataca duramente a mi pobre Wenceslao; los he leído y los he escondido, porque se desanimaría por completo. El mármol del mariscal Montcornet ha sido juzgado detestable. Sólo exceptúan los bajorrelieves, para alabar con atroz perfidia el talento adornista de Wenceslao, dando así mayor peso a la opinión de que mi marido no puede dedicarse al arte severo. Stidmann mismo, instado por mí a que me dijese la verdad, me ha desesperado confesándome que su opinión estaba conforme en un todo con la de todos los artistas, la de los críticos y la del público. «Si Wenceslao - me ha dicho en el jardín antes de almorzar - no expone el año próximo una gran obra maestra, tiene que abandonar la gran escultura y atenerse a los idilios, a las figuritas y a las obras de joyería y platería.» Esta opinión me ha causado honda pena, porque temo que Wenceslao no querrá atenerse a ella; él se siente con fuerzas ¡y tiene ideas tan hermosas!...

- Sí, pero con ideas no se paga a los proveedores...- advirtió Isabela - Todo mi afán era hacerle ver esto. Se paga con dinero, y el dinero no se obtiene más que con cosas hechas y que gusten bastante a los burgueses para que las compren. Cuando se trata de vivir, es preferible que el escultor tenga en su taller el modelo de una lámpara, de un cenicero o de una mesa, que un grupo o que una estatua, pues todo el mundo necesita aquello, mientras que el aficionado a grupos se hace esperar a veces durante meses enteros.

- Tienes razón mi buena Isabela; dile tú eso, porque yo no tengo valor para ello... Además, como él le decía a Stidmann, si se vuelve a dedicar al adorno o a la escultura en pequeño,

Librodot

tendrá que renunciar al Instituto, a las grandes creaciones del arte, y nosotros no tendríamos ya los trescientos mil francos de trabajo de Versalles, la ciudad de París, y el Ministerio nos tenían reservados. He aquí lo que nos quitan esos malditos artículos dictados por los competidores, que quisieran heredar nuestros pedidos.

- Y no es eso lo que tú soñabas, gatita mía - dijo Bela, besando en la frente a Hortensia -. Tú querías un hidalgo que dominara el arte y estuviese a la cabeza de los escultores. Pero ya lo ves, todo es poesía. Ese sueño exige cincuenta mil francos de renta, y vosotros no tendréis más que dos mil cuatrocientos mientras viva; tres mil después de mi muerte.

Algunas lágrimas acudieron a los ojos de Hortensia, y Bela las lamió con la mirada como una gatita bebe la leche.

He aquí la historia sucinta de aquella luna de miel, cuyo relato tal vez no resulte inútil para los artistas.

El trabajo moral, la caza en las altas regiones de la inteligencia es uno de los mayores esfuerzos del hombre. Lo que debe merecer la gloria en el arte - pero es preciso comprender en esta palabra todas las creaciones del pensamiento - es sobre todo el valor, un valor cuya existencia no sospecha el vulgo y del que tal vez sea ésta la primera vez que se habla. Empujado por la terrible presión de la miseria, mantenido por Isabela en la situación de esos caballos a los que se les ponen anteojeras para impedirles que miren a la derecha y a la izquierda del camino, azotado por aquella dura muchacha, imagen de la Necesidad, esa especie de Destino subalterno, Wenceslao, nacido poeta y soñador, había pasado de la concepción a la ejecución, franqueando sin medirlos los abismos que separan esos dos hemisferios del arte. Pensar, soñar y concebir obras hermosas es una deliciosa ocupación Es fumar cigarrillos encantados, es hacer la vida de cortesana ocupada a su gusto. La obra aparece entonces con toda la gracia de la infancia, con el goce loco de la generación, con los embalsamados colores de la flor y con los rápidos jugos del fruto gustado de antemano. Tal es la concepción y sus placeres. El que puede trazar su plan con la palabra pasa ya por un hombre extraordinario. Esta facultad la poseen todos los artistas y los escritores. Pero ¡producir, dar a luz, educar laboriosamente al hijo, acostarle bien amamantado todas las noches, abrazarlo todas las mañanas con el corazón inagotado de la madre, besuquearlo sucio, vestirlo cien veces con los trajes más lindos que él incesantemente desgarra; no rechazar las convulsiones de esa vida loca y con ella hacer la obra maestra animada, que habla, en escultura, a todas las miradas; en literatura, a todas las inteligencias; en pintura, a todos los recuerdos; en música, a todos los corazones!, eso es la ejecución y sus trabajos. La mano tiene que moverse en todo momento, dispuesta siempre a obedecer a la cabeza. Ahora, la cabeza no tiene las disposiciones creadoras y de mando más que cuando el amor es continuo.

Esta costumbre de crear, este amor infatigable de la maternidad que hace la madre (¡esa obra maestra natural tan bien comprendida de Rafael!), en fin, esa maternidad cerebral, tan difícil de conquistar, se pierde con una rapidez prodigiosa. La inspiración es la ocasión del genio. Corre no sólo sobre una navaja de afeitar, sino que está en los aires y huye con la desconfianza de los cuervos; no tiene estola por donde el poeta pueda agarrarla; su cabellera es una llama y se escapa como esos bellos flamencos blancos y rosados, desesperación de los cazadores. Así es como el trabajo es una lucha fatigosa que a la vez temen y quieren las hermosas y potentes organizaciones, que frecuentemente se estrellan contra él. Un gran poeta de nuestro tiempo decía hablando de esta labor espantosa: «Me pongo a hacerla con

desesperación y la dejo con pena.» ¡Que lo sepan los ignorantes! Si el artista no se arroja a su obra como Curcio al abismo y como el soldado a la brecha, sin reflexionar, y si en este cráter no trabaja como el minero sepultado bajo las ruinas de un hundimiento; si contempla, en fin, las dificultades, en lugar de vencerlas una a una, siguiendo el ejemplo de esos enamorados de los cuentos de hadas, que para obtener a sus princesas combatían encantamientos renacientes, la obra permanece incompleta y perece en el fondo del taller, donde la producción llega a hacerse imposible y el artista asiste al suicidio de su talento. Rossini, ese genio hermano de Rafael, ofrece un sorprendente ejemplo de esto en su juventud indigente superpuesta a su vejez opulenta. Tal es la razón de la recompensa semejante, del semejante triunfo, del mismo laurel concedido a los grandes poetas y a los grandes generales.

Wenceslao, naturaleza soñadora, había gastado tanta energía en producir, en instruirse y en trabajar bajo la despótica dirección de Isabela, que el amor y la felicidad produjeron una reacción. Reapareció el verdadero carácter. La pereza y la negligencia, la molicie del sármata volvieron a ocupar en su alma los cómodos surcos de donde, por la verga del maestro de escuela, habían sido arrojadas. Durante los primeros meses el artista amó a su mujer. Hortensia y Wenceslao se entregaron a las adorables niñerías de la pasión legítima, feliz e insensata. Hortensia fue entonces la primera en dispensar a Wenceslao de todo trabajo; orgullosa de triunfar así de su rival, la escultura. Por otra parte, las caricias de una mujer hacen desvanecerse a la musa y agotan la fuerza, la brutal firmeza del trabajador. Pasaron de seis a siete meses, y los dedos del escultor perdieron el hábito de manejar el cincel. Cuando se dejó sentir la necesidad de trabajar; cuando el príncipe de Wissemburgo, presidente del Comité de suscripción quiso ver la estatua, Wenceslao pronunció la frase suprema de los distraídos: «Voy a ponerme a ella.»

Y meció a su querida Hortensia con las falaces palabras, con los magníficos planes del artista fumador. Hortensia redobló el amor para su poeta, pues entreveía una estatua del mariscal Montcornet sublime. Montcornet debía ser la idealización de la intrepidez, el tipo de la caballería, el valor a lo Murat, ¡Y qué ejecución! El lápiz, muy complaciente, obedecía a la palabra.

En lugar de estatua llegó un pequeño Wenceslao encantador.

Cuando se trataba de ir al taller del Gros Caillou a manejar el yeso y a ejecutar el modelo, ya era el reloj del príncipe que exigía la presencia de Wenceslao en el taller de Florent y Chanor, donde las figuras se cincelaban; ya el día era frío y oscuro; un día eran los negocios; otro, una comida de familia y, en fin, los días en que se retoza con la mujer adorada... El mariscal príncipe de Wissemburgo viose obligado a enfadarse para obtener el modelo, y a decirle que revocarían el acuerdo. El Comité de suscriptores no pudo, pues ver el yeso hasta después de mil reproches y de mil discusiones. Cada día de trabajo, Steinbock volvía ostensiblemente fatigado, quejándose de aquella labor de albañil y de su debilidad física. Durante aquel primer año el matrimonio gozaba de cierta holgura. La condesa de Steinbock, loca por su marido, en las alegrías del amor satisfecho maldecía al ministro de la Guerra; fue a verle para decirle que las grandes obras no se fabricaban como los cañones y que el Estado debía estar, como lo habían estado Luis XIV, Francisco I y León X, a las órdenes del genio. La pobre Hortensia, creyendo tener un Fidias entre sus brazos, empleaba con su querido Wenceslao la cobardía materna de una mujer que lleva el amor hasta la idolatría.

Librodot

- No te des prisa - le dijo a su marido -; todo nuestro porvenir depende de esa estatua; tómalo con calma y haz una obra maestra.

Hortensia iba al taller, y Steinbock, enamorado, perdía con su mujer, de siete horas, cinco, en describirle la estatua en lugar de hacerla. Así es que empleó dieciocho meses en terminar aquella obra, capital para él.

Cuando el modelo estuvo acabado, después de haber asistido a los enormes esfuerzos de su marido, cuya salud se resintió con ese cansancio que pesa sobre el cuerpo, los brazos y las manos de los escultores, la pobre Hortensia juzgó la obra admirable. Su padre, ignorante en escultura, y la baronesa, no menos ignorante, la proclamaron una obra maestra, y entonces el ministro de la Guerra, llevado por ellos y seducido por ellos, quedó satisfecho de aquel yeso aislado, admirablemente presentado ante una tela verde. Pero ¡ay!, en la Exposición de 1841, la crítica se mostró unánime e irritadísima contra un ídolo que tan pronto había sabido formarse un pedestal. Stidmann quiso desengañar a su amigo Wenceslao, y fue acusado de envidioso; los artículos de los periódicos fueron para Hortensia los gritos de la envidia. Stidmann, aquel muchacho digno, logró artículos en que las críticas fueron combatidas y en los que se advertía que los escultores modificaban de tal modo sus obras entre el yeso y el mármol, que siempre se exponía el mármol. «Entre el proyecto en yeso y la estatua ejecutada - decía Claudio Vignon - se podía desfigurar una obra maestra o hacer una gran cosa de una obra mala. El yeso es el manuscrito y el mármol es el libro.»

En dos años y medio Steinbock hizo una estatua y un hijo: el hijo estaba dotado de sublime belleza; la estatua fue detestable.

El reloj del príncipe y la estatua pagaron las deudas del joven matrimonio. Steinbock había contraído entonces la costumbre de frecuentar el mundo de los salones y del teatro: concurría a los Italianos, hablaba admirablemente cerca de arte manteniéndose a los ojos del mundo como gran artista por la palabra y por sus explicaciones críticas. Hay genios en París que pasan la vida hablando y que se contentan con una especie de gloria de salón. Steinbock, imitando a esos encantadores eunucos, contraía una aversión cada día más creciente por el trabajo. Veía todas las dificultades de una obra al querer empezarla, y el desaliento que sentía acababa por anular su voluntad. La inspiración, esa locura de la generación intelectual, huía a respetable distancia de aquel artista enfermo.

La escultura, como el arte dramático ,es a la vez la más difícil y la más fácil de las artes. Copiad un modelo, y la obra está realizada; pero imprimir en ella un alma,, crear un tipo representando a un hombre o a una mujer, es el pecado de Prometeo. Se cuentan estos éxitos en los anales de la escultura como se cuentan los poetas en la humanidad. Miguel Ángel, Miguel Columb, Juan Goujon, Fidias, Praxíteles, Policleto, Puget, Canova, Alberto Durero son hermanos de Milton, de Virgilio, de Dante, de Cervantes, de Shakespeare, del Tasso, de Homero y de Molière. Esta obra es tan grandiosa, que una estatua basta para la inmortalidad de un hombre, como la de Fígaro, la de Lovelace y la de Manon Lescaut bastaron para inmortalizar a Beaumarchais, a Richardson y al abate Prevost. Las gentes superficiales (y los artistas cuentan muchas en su seno) han dicho que la escultura existía para el desnudo únicamente, que había muerto con Grecia, y que el vestido moderno la hacía imposible. En primer lugar, los antiguos han hecho estatuas sublimes completamente veladas, como la Polimnia, la Julia, etc., y nosotros no hemos encontrado la décima parte de sus obras. Además, que los verdaderos amantes del arte vayan a ver a Florencia el Pensador, de Miguel

Ángel, y en la catedral de Maguncia la Virgen, de Alberto Durero, que ha hecho de ébano una mujer viviente bajo sus triples ropajes, y la cabellera más ondulante y más manejable que se haya peinado jamás mujer alguna; que corran allá los ignorantes, y todos reconocerán que el genio puede imprimir al traje y a la armadura un pensamiento, y poner en él un cuerpo del mismo modo que el hombre imprime su carácter y las costumbres de su vida a su envoltura. La escultura es la realización continua del hecho que se llamó Rafael por sola y única vez en la pintura. La solución de este terrible problema no se halla más que en un trabajo constante y sostenido, pues las dificultades materiales tienen que ser vencidas de tal modo y la mano debe estar tan castigada y tan presta y obediente, que el escultor pueda luchar alma a alma con esa intangible naturaleza moral que es preciso transfigurar materializándola. Si Paganini, que hacía hablar a su alma por las cuerdas de su violín, hubiese pasado tres días sin estudiar, hubiera perdido su expresión, el registro de su instrumento; designaba así el enlace existente entre la madera, el arco, las cuerdas y él; desaparecido este acuerdo, hubiérase convertido de repente en un violinista vulgar. El trabajo constante es la ley del arte como lo es de la vida, pues el arte es la creación idealizada. Así es que los grandes artistas, los poetas completos, no esperan los encargos ni los parroquianos: engendran hoy, mañana y siempre. Resulta de esto ese hábito de la labor, ese perpetuo conocimiento de las dificultades que los mantienen en concubinato con las musas y las fuerzas creadoras. Canova vivía en su taller como Voltaire ha vivido en su despacho. Homero y Fidias debieron vivir de este modo.

Wenceslao Steinbock estaba en el árido camino recorrido por esos grandes hombres, y que lleva a los Alpes de la gloria, cuando Isabela lo había encadenado en su guardilla. La felicidad, en figura de Hortensia, había vuelto al poeta a la pereza, estado normal de todos los artistas, pues su pereza es, en cierto modo, una ocupación. Es el placer de los bajás en el serrallo: acarician las ideas, se embriagan en los manantiales de la inteligencia. Grandes artistas como Steinbock, devorados por la imaginación, han sido llamados en justicia soñadores. Esos tomadores de opio caen todos en la miseria, mientras que, mantenidos por la inflexibilidad de las circunstancias, hubieran sido grandes hombres. Por otra parte, estos semiartistas son encantadores; los hombres los quieren y los embriagan con sus elogios; parecen superiores a los verdaderos artistas, tachados de personalidad, de adustez, de rebeldía contra las leyes del mundo. He aquí por qué los grandes hombres pertenecen a sus obras. Su desafecto a todo y su apego al trabajo les hacen pasar por egoístas a los ojos de los necios; porque se les quisiera ver vestidos con los mismos trajes que el petimetre, realizando las evoluciones sociales llamadas deberes de sociedad. Se desearía ver a los leones del Atlas peinados y perfumados como perrillos de marquesa. Estos hombres, que cuentan pocos pares y que rara vez los encuentran, caen en el exclusivismo de la soledad; se hacen inexplicables para la mayoría, compuesta, como ya se sabe, de necios, de envidiosos, de ignorantes y de gentes superficiales. ¿Comprenderéis ahora el papel de una mujer al lado de estas grandiosas excepciones? Una mujer debe ser a la vez lo que había sido Isabela durante cinco años y ofrecer además el amor, el amor humilde, discreto, siempre dispuesto, siempre sonriente.

Hortensia, aleccionada por sus sufrimientos de madre, agobiada por espantosas necesidades, se enteraba demasiado tarde de las faltas que su excesivo amor le había hecho cometer involuntariamente; pero como digna hija de su madre, su corazón se quebraba ante la idea de atormentar a Wenceslao; amaba demasiado para convertirse en el verdugo de su querido poeta, y veía llegar el momento en que la miseria iba a alcanzarles, a ella, a su hijo y a su marido.

Librodot

-¡Ah, hija mía - dijo Bela, viendo brotar las lágrimas de los lindos ojos de su primita -, no hay que desesperarse! ¡Un vaso lleno de lágrimas tuyas no pagaría un plato de sopa! ¿Qué necesitáis?

- Pues de cinco a seis mil francos.

- Yo no tengo, a lo sumo, más que tres mil - dijo Isabela -. ¿Y qué hace en este momento Wenceslao?

- Le proponen, por seis mil francos, hacer, en compañía de Stidmann, un servicio de mesa para el duque de Herouville. Chanor se encargaría entonces de pagar cuatro mil francos que debe a los señores León de Lora y Bridau; una deuda de honor.

-¡Cómo! ¿Habéis recibido el importe de la estatua y de los bajorrelieves del monumento alzado al mariscal Montcornet y no habéis pagado eso?

- Pero... - dijo Hortensia -, ¡si hace tres años que gastamos doce mil francos al año, y yo no tengo más que cien luises de renta! El monumento del mariscal, después de pagados todos los gastos, no ha dado más de dieciséis mil francos. La verdad es que si Wenceslao no trabaja, no sé lo que va a ser de nosotros. ¡Ah!, si yo pudiese aprender a hacer estatuas, ¡cómo movería el barro! - dijo, extendiendo sus hermosos brazos.

Velase que la casada cumplía las promesas de la soltera. La mirada de Hortensia chispeaba; corría por sus venas una sangre llena de hierro, impetuosa; deploraba emplear su energía en tener a su hijo.

-¡Ah!, gatita mía, una muchacha juiciosa no se debe casar con un artista hasta el momento en que tiene hecha su fortuna, y no cuando está por hacer.

En este momento oyose el ruido de los pasos y de las voces de Stidmann y de Wenceslao, que acompañaban hasta la puerta a Chanor; después volvieron ambos al lado de las dos mujeres. Stidmann, artista engolfado en el mundo de los periodistas, de las actrices ilustres y las cortesanas célebres, era un joven elegante, que Valeria había querido tener en su casa, donde ya había sido presentado por Claudio Vignon. Stidmann acababa de terminar sus relaciones con la famosa señora Schontz, casada desde hacía algunos meses y que había marchado a provincias. Valeria e Isabela, que habían sabido esta ruptura por Claudio Vignon juzgaron necesario atraer a la calle de Vanneau al amigo de Wenceslao. Como Stidmann, por discreción, visitaba poco a los Steinbock y como Isabela no había sido testigo de su presentación hecha por Claudio Vignon, le veía por primera vez. Examinando a este célebre artista, sorprendió ciertas miradas dirigidas por él a Hortensia, que le hicieron entrever la posibilidad de poder llegar a entregárselo, como consolación, a la condesa de Steinbock, si Wenceslao llegaba a traicionar a su esposa. Stidmann pensaba, efectivamente, que, si Wenceslao no fuese su camarada, Hortensia, aquella joven y magnífica condesa, haría una adorable querida; pero este deseo, contenido por el honor, le alejaba de aquella casa. Isabel notó ese malestar significativo que molesta a los hombres cuando están en presencia de una mujer con la cual se han prohibido coquetear.

- Está muy bien ese joven - dijo Isabela al oído de Hortensia.

-¡Ah! ¿Te gusta? - respondió -. Nunca me he fijado en él.

- Stidmann, amigo mío - le dijo Wenceslao a su compañero al oído -, no te molestes, pero tenemos que hablar de negocios con esta solterona.

Stidmann saludó a las dos primas y se fue.

- Es cosa hecha - dijo Wenceslao, volviendo después de haber acompañado a Stidmann -; pero este trabajo exigirá seis meses y es preciso poder vivir durante todo este tiempo.

- Tengo mis diamantes - exclamó la joven condesa de Steinbock con el sublime entusiasmo de las jóvenes que aman.

Una lágrima acudió a los ojos de Wenceslao.

-¡Oh! Voy a trabajar - exclamó el artista, yendo a sentarse cerca de su mujer y haciéndola sentarse sobre sus rodillas -. Voy a hacer trabajos de batalla, una canastilla de boda, grupos en bronce...

- Pero queridos míos - dijo Isabela -, ya sabéis que habéis de ser mis herederos y que os dejaré un lindo gato, sobre todo si me ayudáis a casarme con el mariscal. Si nosotros lográsemos pronto esto, yo os tomaría como huéspedes en mi casa, a vosotros y a Adelina. ¡Ah, qué felices viviríamos todos juntos! Por de pronto, escuchad a mi experiencia. No recurráis al Monte de Piedad, que es la pérdida del que pide prestado. Yo siempre he visto que los necesitados nunca tienen el dinero necesario para pagar los intereses y acaban por perderlo todo. Puedo hacer que os presten dinero al cinco por ciento sin más garantía que la firma de una letra.

-¡Ah! ¡De ese modo estaríamos salvados! - dijo Hortensia.

- Pues hijita mía, que venga Wenceslao a casa de la persona que le sacaría de apuros a instancias mías. Es la señora Marneffe. Adulándola, pues es vanidosa como toda advenediza, os sacará de apuros con la mayor amabilidad. Ven a su casa, mi querida Hortensia.

Hortensia miró a Wenceslao en la misma actitud que deben tener los condenados a muerte al subir al patíbulo.

- Claudio Vignon ha presentado en esa casa a Stidmann - respondió Wenceslao -. Dice que es una casa muy agradable.

Hortensia bajó la cabeza. Lo que experimentaba sólo puede hacerlo comprender una frase: no era dolor, sino una enfermedad.

- Pero querida Hortensia, hay que saber vivir - gritó Isabela, comprendiendo la elocuencia de los ademanes de Hortensia -, porque si no te verás deportada, como tu madre, a un cuarto desierto, donde llorarás como Calipso después de la marcha de Ulises, a una edad en que ya no hay Telémacos - exclamó Isabel, repitiendo una burla de la señora Marneffe -. Hay que considerar a la gente en el mundo como utensilios que se toman o se dejan, según sean o no útiles. Hijos míos, servíos de la señora Marneffe y dejadla después. ¿Temes acaso que

Wenceslao que te adora, se enamore de una mujer que tiene cuatro o cinco años más que tú y está ajada como un fardo de alfalfa?

- Prefiero empeñar mis diamantes - dijo Hortensia -. ¡Oh, no vayas nunca a esa casa, Wenceslao! ¡Es el infierno!

- Hortensia tiene razón - dijo Wenceslao, abrazando a su mujer.

- Gracias, amigo mío - respondió la joven en el colmo de la dicha -. Mira, Isabela, mi marido es un ángel; no juega, vamos juntos a todas partes, y si se pusiese a trabajar, yo sería demasiado feliz. ¿Por qué presentarnos en casa de la querida de mi padre, en casa de una mujer que le arruina y que es causa de las penas que matan a nuestra heroica madre?

- Hija mía, la ruina de tu padre no proviene de ahí. Lo que le ha arruinado es la cantante, y después tu matrimonio - respondió la prima Bela - ¡Dios mío! La señora Marneffe le es muy útil..., créelo..., pero en fin, no quiero decir nada.

- Querida Bela, tú defiendes a todo el mundo.

Hortensia fue llamada al jardín por los gritos de su hijo, e Isabela se quedó sola con Wenceslao.

- Wenceslao, tiene usted una mujer que es un ángel - dijo la prima Bela -. Quiérala usted mucho, y no le dé nunca ningún disgusto.

- Sí, la amo tanto, que le oculto nuestra situación - respondió Wenceslao -; pero a usted, Isabela, ya puedo hablarle con franqueza. Mire, aunque llevásemos los diamantes de mi mujer al Monte de Piedad no habríamos adelantado un paso.

- Pues bien, pídale usted prestado a la señora Marneffe - dijo Isabela -. Si no logra usted que Hortensia le permita venir, ¡qué caray!, venga usted sin que ella lo sepa.

- Eso es lo que pensaba hacer - respondió Wenceslao cuando me negué a ello para no afligir a Hortensia.

- Escuche usted, Wenceslao: yo les quiero demasiado a los dos para no prevenirle el peligro. Si viene usted, procure cogerse el corazón con las dos manos, porque esa mujer es un demonio. Todos los que la ven la adoran; es tan viciosa, tan atractiva, que fascina como una obra de arte. Pídale el dinero prestado, y procure no dejarle el alma en prenda. Jamás me consolaría si llegase usted a serle infiel a mi prima. Ahí está - exclamó Isabela -; no digamos nada, ya arreglaré yo su asunto.

- Abraza a Isabela, ángel mío - dijo Wenceslao a su mujer -; ella nos sacará de apuros prestándonos sus economías.

E hizo una seña a Isabela, que ésta comprendió.

- Entonces, espero que trabajarás, ¿verdad, querubín mío? - dijo Hortensia.

-¡Ah! - respondió el artista -. Desde mañana.

- Ese mañana es el que nos arruina - respondió Hortensia, sonriéndole.

-¡Ah!, querida mía; di tú misma si no me he encontrado siempre con impedimentos, con obstáculos y con negocios.

- Sí, tienes razón, amor mío.

- Yo tengo aquí - repuso Steinbock golpeándose la frente - grandes ideas y quiero llenar de asombro a mis enemigos. Quiero hacer un servicio de mesa de estilo alemán del siglo XVI. ¡Estilo soñador! Arrollaré hojas llenas de insectos y pondré sobre ellas niños acostados; mezclaré quimeras nuevas, verdaderas quimeras, el cuerpo de nuestros sueños. Ya lo tengo pensado. Será sencillo, ligero y elocuente a la vez. Chanor ha salido maravillado... Necesitaba ser animado por alguien, pues el último artículo que hicieron acerca del monumento del mariscal Montcornet me había hundido.

Durante un momento del día en que Wenceslao e Isabela estuvieron solos, el artista convino con la solterona en ir al día siguiente a ver a la señora Marneffe, pues aun en el caso de que su mujer no se lo permitiera, iría secretamente.

Valeria, instruida aquella misma noche de aquel triunfo, le exigió al barón de Hulot que fuese a invitar a comer a Stidmann, a Claudio Vignon y a Steinbock, pues comenzaba a tiranizarle como saben tiranizar esa clase de mujeres a los ancianos, que corren de un lado a otro por la ciudad y van a suplicar favores a quienes son necesarios a los intereses y a las vanidades de estas duras amantes.

Al día siguiente Valeria se preparó haciéndose uno de esos tocados que inventan las parisienses cuando quieren ostentar todas sus gracias. Se repasó como el hombre que va a batirse repasa sus fintas y sus romper. Ni un pliegue, ni una arruga. Valeria gozaba de su más hermosa blancura, de su suavidad y de toda su delicadeza. Sus lunares atraían insensiblemente la mirada. Se creen perdidos o suprimidos los lunares del siglo XVIII, y se engañan. Las mujeres de hoy, más hábiles que las del siglo pasado, mendigan el que les asesten los lentes con estratagemas audaces. Ésta descubre, la primera, una cocarda de cintas en cuyo centro pone un diamante, y acapara durante toda una noche todas las miradas; aquélla resucita la redecilla donde coloca un puñal hundido en los cabellos para hacer pensar en su liga; la otra se pone unas muñequeras de terciopelo negro; la de más allá reaparece con barbas. Estos sublimes esfuerzos, especie de Austerlitz de la coquetería o del amor, originan modas que las clases inferiores adoptan cuando sus dichosas creadoras buscan otras nuevas. Aquella noche en que Valeria quería vencer, se pintó tres lunares y se peinó con un agua que cambió sus cabellos rubios en cabellos cenicientos. La señora de Steinbock tenía el cabello de un color rubio ardiente, y Valeria no quería parecérsele en nada. Aquel nuevo color del pelo comunicó algo de picante y de extraño a Valeria, la cual llegó a preocupar a sus amantes de tal modo, que Montes le dijo: «¿Qué tiene usted esta noche?...» Además, se puso un ancho collar de terciopelo negro, para hacer resaltar la blancura de su escote. El tercer lunar se podía comparar al ex asesino de nuestras abuelas. Valeria se colocó el más lindo capullo de rosa en el centro de su talle, en lo alto de la ballena de su corsé, en el hueco más coquetón. Era para hacerles bajar los ojos a todos los hombres menores de treinta años.

Librodot

«Estoy para volver locos a los hombres», se dijo repasando sus actitudes ante el espejo, absolutamente igual a como una bailarina estudia sus flexiones.

Isabela había ido al mercado, y la comida había de ser uno de esos banquetes superfinos que Maturina cocinaba para su obispo cuando éste obsequiaba al prelado de la diócesis vecina.

Stidmann, Claudio Vignon y el conde de Steinbock llegaron a eso de las seis casi juntos. Una mujer vulgar o natural se hubiese presentado en seguida al oír el nombre del ser tan ardientemente deseado; pero Valeria, que hacía cinco horas que esperaba en su cuarto, dejó solos a sus tres convidados, segura de ser objeto de su conversación o de sus pensamientos secretos. Ella misma, al dirigir el arreglo de su salón, había puesto en evidencia esas deliciosas insignificancias que produce París y que ninguna otra ciudad podrá producir, y que revelan a la mujer y, por decirlo así, la anuncian recuerdos de esmalte adornados con perlas, copas llenas de encantadores anillos, obras maestras de Sevres o de Sajonia montadas con un gusto exquisito por Florent y Chanor; en fin, estatuitas y álbumes y todas esas chucherías que valen enormes sumas y que pide a los fabricantes la pasión, en su primer delirio, o para su última reconciliación. Por otra parte, Valeria se hallaba bajo la impresión que causa el éxito. Le había prometido a Crevel ser su mujer si Marneffe se moría, y el enamorado Crevel había hecho operar a nombre de Valeria Fortin la transferencia de los diez mil francos de renta, importe de sus ganancias en ferrocarriles de tres años a aquella parte, es decir, todo lo que había producido el capital de cien mil escudos que había ofrecido a la baronesa de Hulot. Valeria poseía, pues, treinta y dos mil francos de renta. Crevel acababa de hacerle una promesa que tenía mucha más importancia que el regalo de sus ganancias. En el paroxismo de la pasión en que su duquesa le había sumido (tal era el nombre que daba a la señora de Marneffe para completar sus ilusiones), porque Valeria se había excedido a sí misma en la calle del Delfín, creyó deber animar la fidelidad prometida ofreciéndole comprarle un lindo palacete que un imprudente constructor había edificado en la calle de Barbete y que iba a ser puesto en venta. Valeria se veía ya en aquella encantadora casa, entre patio y jardín y con coche.

-¿Qué vida honrada puede procurar todo esto en tan poco tiempo y tan fácilmente? - le había dicho a Sabela.

Isabela comía aquel día en casa de Valeria, a fin de poder decirle a Steinbock lo que nadie puede decirse a sí mismo. La señora Marneffe, con la cara radiante de felicidad, hizo su entrada en el salón con una gracia modesta, seguida de Bela, la cual, vestida toda de negro y de amarillo, le servía para hacer resaltar aún más sus gracias.

- Buenos días, Claudio - dijo, tendiendo la mano al antiguo y célebre critico.

Claudio Vignon se había convertido, como tantos otros, en un hombre político, palabra nueva que servía para designar a un ambicioso en la primera etapa de su carrera. El hombre político de 1840 es, en cierto modo, el abate del siglo XVIII. Ningún salón estaría completo sin su hombre político.

- Querida mía, aquí tienes a mi primito, el conde de Steinbock - dijo Sabela presentando a Wenceslao, que parecía pasar inadvertido para Valeria.

Librodot

- Sí, ya he reconocido al señor conde - dijo Valeria haciendo con la cabeza un gracioso saludo al artista -. Le veía a usted con frecuencia en la calle del Deanato, y tuve el gusto de asistir a su matrimonio. Querida mía - dijo a Sabela -, es difícil olvidar a tu ex hijo, aun cuando no se le haya visto más que una vez. El señor Stidmann es muy amable - repuso, saludando al escultor - por haber aceptado mi invitación con tan poco tiempo hecha; pero ¡la necesidad no tiene ley! Sabía que en usted amigo de estos dos señores, y como nada hay más frío, más soso que una comida en la que los invitados no se conocen, le he reclutado a usted por cuenta de ellos; pero otra vez vendrá usted por mí, ¿verdad? ¡Diga usted que sí!...

Durante algunos instantes se paseó con Stidmann, pareciendo únicamente preocupada de él. Se anunció sucesivamente a Crevel, al barón Hulot y a un diputado llamado Beauvisage. Este personaje, un Crevel de provincias, uno de esos hombres que han venido al mundo para hacer bulto, militaba bajo la bandera del consejero de Estado Giraud y de Victorino Hulot. Estos dos políticos querían formar un partido intermedio de progresistas en la gran falange de los conservadores. Giraud iba a veces por la noche a casa de la señora Marneffe, la cual se alababa de tener también a Victorino Hulot; pero el abogado puritano hasta entonces había encontrado pretextos para oponer resistencia a su suegro. Presentarse en casa de la mujer que era la causa de las lágrimas de su madre le pareció un crimen. Victorino Hulot era a los puritanos de la política lo que una mujer piadosa es a las devotas. Beauvisage, antiguo gorrero de Arcis, quería iniciarse en la vida de París. Este hombre, que era uno de los zoquetes de la Cámara, se formaba en casa de la deliciosa y encantadora señora Marneffe, donde, seducido por Crevel, aceptó a éste, por indicación de Valeria, como maestro y por modelo; le consultaba en todo, le pedía las señas de su sastre, le imitaba y hasta trataba de copiar su posición favorita. Valeria, rodeada de todos estos personajes y de los tres artistas, bien acompañada por Isabela, pareciole a Wenceslao una mujer tanto más distinguida cuanto que Claudio Vignon le elogió a la señora Marneffe como hombre enamorado.

- Es la señora Maintenon dentro del traje de Ninon - le dijo el antiguo crítico - Agradarla es cuestión de una noche en que esté de vena; pero ser amado por ella es un triunfo que puede bastar al orgullo de un hombre y llenar su vida.

Valeria, fría e indiferente en apariencia con su antiguo vecino, atacó su vanidad sin saberlo, pues desconocía el carácter polaco. Hay en el eslavo un algo pueril como en todos los pueblos primitivamente salvajes que, habiendo hecho irrupción en las naciones civilizadas, no se han civilizado realmente. Esta raza se ha extendido como una inundación y ha cubierto una inmensa superficie del globo. Habita desiertos cuyos espacios son tan vastos que vive uno allí a sus anchas, y como no se roza, como en Europa, con los demás pueblos, su civilización resulta imposible sin el roce continuo de las inteligencias y de los intereses. Ucrania, Rusia, las llanuras del Danubio y el pueblo eslavo son un punto de unión entre Europa y Asia, entre la civilización y la barbarie. Así el polaco, la fracción más rica del pueblo eslavo, tiene en el carácter puerilidades y la inconstancia de las naciones imberbes. Posee el valor, el coraje y la fuerza; pero heridos de inconsistencia su valor, su coraje y su fuerza no tienen método ni ingenio, pues los polacos ofrecen una movilidad semejante a la del viento que reina en aquella inmensa llanura plagada de pantanos; si tiene la impetuosidad de los ventisqueros que hunden y arrastran las casas, lo mismo que esas terribles avalanchas aéreas va a perderse en el primer estanque que encuentra disuelto en agua. El hombre toma siempre algo del medio en que vive; en guerra continua con los turcos, los polacos han adquirido el gusto de las magnificencias orientales; sacrifican a veces lo necesario para brillar; se adornan como mujeres y, sin embargo, el clima les ha dado la dura constitución de los árabes. El polaco, sublime en el

Librodot

dolor, ha cansado el brazo de sus opresores a fuerza de dejarse golpear, reanudando así, en el siglo XIX, el espectáculo que ofrecieron los primeros cristianos. Introducid un diez por ciento de socarronería inglesa en el carácter polaco, tan franco y tan abierto, y la generosa águila blanca reinaría hoy en todas las partes donde reina el águila de dos cabezas. Un poco de maquiavelismo hubiera impedido a Polonia el salvar a Austria, que la ha repartido; el pedir prestado a Prusia, su usurera, que la ha minado; y el dividirse en el momento del primer reparto. En el bautizo de Polonia una hada Carabosa, olvidada por los genios que dotaban a esta seductora nación las más brillantes cualidades, llegó sin duda a decir: «¡Conserva todos los dones que mis hermanas te han dispensado; pero no serás nunca lo que quieras...!» Si Polonia hubiese triunfado en su duelo heroico con Rusia, los polacos se batirían hoy entre sí, como antaño en sus Dietas, para impedirse los unos a los otros el ser reyes. El día en que esta nación, compuesta únicamente de temperamentos sanguíneos, tenga el buen sentido de buscar un Luis XI en sus entrañas y de aceptar su tiranía y la dinastía, quedará salvada. Lo que Polonia fue en política lo son la mayor parte de los polacos en su vida privada, sobre todo cuando llegan los desastres. Así Wenceslao Steinbock, que hacía tres años adoraba a su mujer y sabía era un dios para ella, se sintió tan herido en su amor propio al ver que pasaba casi desapercibido para la señora Marneffe, que se propuso a sí mismo, como cuestión de honor, obtener de ella alguna atención. Comparando a Valeria con su mujer, dio preferencia a la primera. Hortensia era una buena moza, como decía Valeria a Isabela; pero la señora Marneffe poseía, además, la delicadeza de las formas y el atractivo del vicio. La abnegación de Hortensia es un sentimiento que, para un marido, parece cosa debida; la conciencia del inmenso valor de un amor absoluto se pierde pronto, como el deudor se figura, al cabo de algún tiempo, que el préstamo es suyo. Esta sublime lealtad se convierte en cierto modo en el pan cotidiano del alma, y la infidelidad seduce como una golosina. La mujer desdeñosa, sobre todo una mujer peligrosa, irrita la curiosidad del mismo modo que las especies revelan la buena carne. El desprecio, tan bien fingido por Valeria era, además, una novedad para Wenceslao, después de tres años de fáciles placeres. Hortensia fue la mujer y Valeria fue la querida.

Muchos hombres quieren tener estas dos ediciones de la misma obra, a pesar de ser una inmensa prueba de inferioridad en un hombre el no saber hacer de su mujer su querida. La variedad en este género es un signo de impotencia. ¡La constancia será siempre el genio del amor, el indicio de una fuerza inmensa, lo que constituye al poeta! La mujer propia debe encarnar a todas las mujeres, como los embarrados poetas del siglo XVII hacían de sus Manon Iris y Cloes.

- Bueno - dijo Isabela a su primo en el momento en que le vio fascinado -; ¿qué le parece a usted Valeria?

-¡Demasiado encantadora! - respondió Wenceslao.

- Usted no quiso escucharme - repuso la prima Bela -. ¡Ah, Wenceslao mío; si hubiéramos seguido juntos hubiera sido el amante de esa sirena, se hubiera casado con ella al quedar viuda y serían suyos los cuarenta mil francos de renta que tiene...

-¿De veras?

-¡Ya lo creo! - respondió Isabela -. Bueno; ahora tenga usted cuidado; yo ya le he prevenido del peligro, no vaya a quemarse. Deme usted el brazo, que ya está la mesa puesta.

Librodot

Ningún discurso podía ser más desmoralizador que aquél, porque no tenéis más que enseñar un abismo a un polaco para que se arroje a él en seguida. Este pueblo tiene sobre todo el genio de la antigua caballería, y cree poder vencer todos los obstáculos y salir victorioso de ellos. Aquel espolazo dado por Isabela a la vanidad de su primo viose apoyado por el espectáculo del comedor, donde brillaba un magnífico servicio de plata, donde Steinbock pudo ver todas las delicadezas del lujo parisiense.

- Habría hecho mejor - se dijo para sus adentros -, casándome con Celimena.

Durante aquella comida, Hulot, contento de ver allí a su yerno, y más satisfecho aún de la certidumbre de una reconciliación con Valeria, estuvo encantador. Stidmann respondió a la amabilidad del barón con su chispeante gracia de artista. Steinbock no quiso dejarse eclipsar por su compañero y desplegó su ingenio; tuvo grandes salidas y produjo tanto efecto que quedó satisfecho de sí mismo; la señora Marneffe le sonrió varias veces, demostrándole que le comprendía. La comida y los vinos generosos acabaron de hundir a Wenceslao en lo que es preciso llamar el lodazal del placer. Un poco alegre por el vino, después de comer fue a tenderse sobre un diván, en medio de una felicidad física y espiritual, que fue llevada al colmo por la señora Marneffe, yendo a sentarse a su lado, ligera, perfumada y en un estado capaz de condenar a los ángeles. La libertina se inclinó hacia Wenceslao y le rozó casi la oreja para hablarle en voz baja.

- Esta noche no podemos hablar de ciertos asuntos, a menos que no quiera ser usted el último en marcharse. Entre usted, Sabela y yo arreglaremos las cosas a su gusto.

-¡Ah, señora, es usted un ángel! - dijo Wenceslao, respondiéndole de la misma manera -. He hecho una solemne tontería en no escuchar a Isabela.

-¿Qué le decía a usted Isabela?

- Me aseguraba, en la calle del Deanato, que usted me amaba.

La señora Marneffe miró a Wenceslao, fingió estar confusa y se levantó bruscamente. Una mujer joven y bonita no ha despertado nunca impunemente en un hombre la idea de un éxito inmediato. Aquel arranque de mujer virtuosa, reprimiendo una pasión guardada en el corazón, era mil veces más elocuente que la declaración más apasionada.

De este modo los deseos d e Wenceslao fueron tan vivamente irritados, que el polaco redobló sus atenciones para con Valeria. Mujer vista, mujer deseada. De ahí proviene el terrible poder de las actrices. La señora Marneffe, al saber que era observada, obró como una actriz aplaudida. Estuvo encantadora y obtuvo un triunfo completo.

- No me asombran las locuras de mi suegro - dijo Wenceslao a Isabela.

- Wenceslao, si habla usted de ese modo - respondió la prima - me arrepentiré toda la vida de haber hecho que le prestasen esos diez mil francos. ¿Estará usted, acaso, como todos - dijo mostrando a los convidados - enamorado como un loco de esa criatura? No olvide que será usted el rival de su suegro. En fin, tenga en cuenta la inmensa pena que le causaría a Hortensia.

Librodot

- Es verdad - dijo Wenceslao -. Hortensia es un ángel y yo sería un monstruo.

- Sí, basta ya con uno en la familia - replicó Sabela.

- Los artistas no deberían casarse nunca - exclamó Steinbock.

-¡Ah! Eso es lo que yo le decía en la calle del Deanato. Sus hijos deben ser los grupos, las estatuas, las obras maestras.

-¿Qué está usted diciendo? - se llegó a preguntar Valeria, uniéndose a Isabel -. Sirve el té, prima.

Steinbock, llevado de su fanfarronería polaca, quiso mostrarse familiar con aquella hada del salón. Después de haber insultado a Stidmann, a Claudio Vignon y a Crevel con la mirada, tomó a Valeria de la mano y la obligó a sentarse a su lado.

- Conde Steinbock, es usted demasiado gran señor - le dijo ella, resistiéndose un poco.
Y diciendo esto, se echó a reír, dejándose caer a su lado, no sin mostrarle un capullito de rosa que llevaba en el talle.

-¡Ay de mí! Si fuese gran señor -dijo- no vendría aquí a pedir prestado.

-¡Pobre muchacho! ¡Cómo me acuerdo de sus noches de trabajo en la calle del Deanato! Fue usted un poco tonto. Se ha casado usted como un hambriento se arroja sobre un pan. Usted no conoce París. Vea usted cómo se halla. Pero es claro, se mostró usted sordo a la abnegación de la Bela como al amor de la parisiense que se sabe a París de memoria.

- No me diga nada más - exclamó Steinbock -; bien castigado estoy.

- Mi querido Wenceslao, tendrá usted sus diez mil francos, pero con una condición - dijo, jugando con sus admirables rizos.

-¿Cuál?

- Que no quiero intereses.

- Señora...

-¡Oh! No se enfade usted. Sustituirá los intereses por un grupo en bronce. Ya que comenzó usted la historia de Sansón, acábela. Haga una Dalila cortándole los cabellos al Hércules judío... Pero usted, que será, si quiere escucharme, un gran artista, espero que comprenderá el asunto. Se trata de expresar el poder de la mujer. Sansón allí no es nada: es el cadáver de la fuerza. Dalila es la pasión que todo lo arruina. ¡Cómo esta réplica...! ¿Es así como dicen ustedes? - añadió finamente, viendo a Claudio Vignon y a Stidmann que se acercaban a ellos al oír que se hablaba de escultura -. ¡Cómo esta réplica de Hércules a los pies de Onfala es mucho más hermosa que el mito griego! ¿Es Grecia la que ha copiado a Judea, o Judea la que ha sacado de Grecia este símbolo?

-¡Ah, señora! Promueve usted con esa pregunta una grave cuestión: la de las épocas en que han sido compuestos los libros de la Biblia. El grande e inmortal Espinosa, tan estúpidamente comprendido entre el número de los ateos, a pesar de haber demostrado matemáticamente la existencia de Dios, pretendía que el Génesis y la parte política, por decirlo así, de la Biblia, son del tiempo de Moisés, y demostraba las interpolaciones por medio de pruebas filológicas. Así es como recibió tres cuchilladas a la entrada de la sinagoga.

- No sabía yo que fuese tan sabia - dijo Valeria, contrariada al ver su entrevista interrumpida.

- Las mujeres lo saben todo por instinto - replicó Claudio Vignon.

- Bueno; ¿me lo promete usted? - dijo ella a Steinbock, cogiéndole la mano con una precaución de muchacha enamorada.

- Querido mío - exclamó Stidmann -, ¡qué feliz es usted! ¡Cuánto desearía yo que esta señora me pidiese algo!

-¿Y qué es ello? - dijo Claudio Vignon.

- Un pequeño grupo en bronce: Dalila cortándole los cabellos a Sansón.

- Es difícil - advirtió Claudio Vignon -, a causa del lecho.

- Al contrario, es excesivamente fácil - replicó Valeria, sonriéndose.

-¡Ah! Hablemos de la escultura - dijo Stidmann.

-¿Es la señora la que ha de ser esculpida? - replicó Claudio Vignon, dirigiendo a Valeria una maliciosa mirada.

- Bueno - dijo ésta -; he aquí cómo concibo yo la composición. Sansón se ha despertado sin cabellos, como muchos dandys que los llevan postizos. El héroe yace al borde del lecho, como Mario sobre las ruinas de Cartago; cruzados los brazos y la cabeza afeitada, Napoleón en Santa Elena; ¡eh!, Dalila está arrodillada, poco más o menos como la Magdalena de Canova. Cuando una muchacha ha arruinado a su hombre, le adora. A mi juicio, la judía temió al Sansón terrible y poderoso, pero tuvo que amar al Sansón débil. Dalila deplora, pues, su falta, quisiera devolver a su amante sus cabellos, no se atreve a contemplarle, y le mira sonriendo, porque ve su perdón en la debilidad de Sansón. Este grupo y el de la bravía Judit dan una explicación de la mujer: la virtud corta la cabeza y el vicio no corta más que los cabellos. Conque, cuidadito, señores, con sus tupés.

Y dejó confundidos a los dos artistas, que hicieron, en unión del crítico, un concierto de alabanzas en su honor.

- No es posible ser más deliciosa - exclamó Stidmann.

-¡Oh! - dijo Claudio Vignon - Es la mujer más inteligente y más deseable que yo he visto. ¡Es tan raro reunir la belleza y el talento!

Librodot

- Si usted, que ha tenido el honor de conocer íntimamente a Camila Maupin, dice usted lo que dice - respondió Stidmann -, ¿qué pensaremos nosotros?

- Si quiere usted hacer de Dalila, mi querido conde, un retrato de Valeria - dijo Crevel, que había dejado el juego por un momento y lo había oído todo -, le pago mil escudos por un ejemplar de su grupo. ¡Oh! ¡Sí! ¡Diantre! Mil escudos, me corro.

-¡Me corro! ¿Qué quiere decir eso? - preguntó Beauvisage a Claudio Vignon.

- Sería preciso que la señora sirviese de modelo - dijo Steinbock a Crevel, señalándole a Valeria -. Pregúnteselo.

En aquel momento Valeria llevaba una taza de té a Steinbock, lo cual era más que una distinción: era un favor. En la manera como una mujer ejecuta esta función hay todo un lenguaje, y las mujeres lo saben bien. Así es que hay que estudiar con curiosidad sus movimientos, sus gestos, sus miradas, sus tonos, su acento, cuando cumplen este acto de cortesía en apariencia tan sencillo. Desde las preguntas: «¿Toma usted té?» «¿Quiere usted té?» «¿Una taza de té?» fríamente formuladas; de la orden de traerlo dada a la ninfa que tiene la tetera, hasta el enorme poema de la odalisca yendo de la mesa del té, con la taza en la mano, hasta el bajá del corazón y presentándosela con aire sumiso, ofreciéndosela con voz cariñosa y con una mirada llena de promesas voluptuosas, un fisiólogo puede observar todos los sentimientos femeninos, desde la aversión y la indiferencia hasta la declaración de Fedra a Hipólito. Las mujeres pueden hacerse aquí, a voluntad despreciativas hasta el insulto, humildes hasta la esclavitud del Oriente. Valeria fue más que una mujer: fue la serpiente hecha mujer; acabó su obra diabólica encaminándose hacia Steinbock con una taza de té en la mano.

- Tomaría - dijo el artista a Valeria al oído, levantándose y rozando sus dedos con los de Valeria - tantas tazas de té como usted quisiera ofrecerme, para ver presentármelas así.

-¿Qué habla usted de servir de modelo? - preguntó ella sin parecer haber recibido en el corazón aquella explosión tan rabiosamente esperada.

- El padre Crevel me compra por mil escudos un ejemplar del grupo de usted.

-¿Él, más de mil escudos por un grupo?

- Sí, si quiere usted servir de modelo para la Dalila - dijo Steinbock.

- No será verdad - repuso ella -. El grupo valdría más que su fortuna, pues Dalila debe estar un poco escotada.

Del mismo modo que Crevel tenía una posición favorita, todas las mujeres tienen una actitud victoriosa, una posición estudiada, en la que se hacen admirar irresistiblemente. Las hay que pasan su vida en los salones mirando el encaje de sus camisetas y poniendo en su lugar las hombreras de sus vestidos, o bien haciendo jugar el brillo de sus pupilas contemplando las cornisas. La señora Marneffe no triunfaba de frente como todas las demás. Se volvió bruscamente para ir a la mesa del té a encontrar a Isabela, y este movimiento de bailarina agitando su vestido, con el cual había conquistado a Hulot, fascinó a Steinbock.

- Tu venganza es completa - dijo Valeria a Isabela al oído -. Hortensia llorará a mares y maldecirá el día en que te quitó a Wenceslao.

- Hasta que no sea la señora mariscala no habré hecho nada - respondió la lorenesa -; pero ya empiezan todos a quererlo. Esta mañana he ido a casa de Victorino. Me he olvidado de contarte esto. El matrimonio ha comprado a Vauvinet las letras de cambio del barón, y suscriben mañana una obligación de setenta y dos mil francos al cinco por ciento de interés, reembolsables en tres años, con hipoteca sobre su casa. Ya tienes al hijo de Hulot apurado para tres años, y le será imposible ahora encontrar dinero sobre esa propiedad. Victorino está horriblemente triste; ha comprendido a su padre. En fin, Crevel es capaz de no ver más a sus hijos; tanto se enojará al ver esta abnegación.

- El barón debe de estar ahora sin recursos - dijo Valeria al oído de Isabela, sonriendo a Hulot.

- No veo de dónde puede sacar dinero ahora; pero volverá a cobrar su sueldo en el mes de septiembre.

- Tiene su póliza de seguro; la ha renovado. Vaya, ya es tiempo de que haga a Marneffe jefe de negociado; voy asesinarle esta noche.

- Primo mío - fue a decir Isabela a Wenceslao -, retírese, se lo ruego. Está usted ridículo, mira usted a Valeria de un modo comprometedor para ella, y su marido es horriblemente celoso. No imite usted a su suegro, y váyase a su casa; estoy seguro de que Hortensia le espera.

- La señora Marneffe me ha dicho que me quedara el último, para arreglar entre nosotros tres nuestro negocio - respondió Wenceslao.

- No - dijo Isabela -; voy a devolverle los diez mil francos, pues su marido tiene los ojos fijos en usted, y sería una imprudencia que se quedase. Mañana, a las once, traiga la letra de cambio; a esa hora ese chino de Marneffe está en su oficina, Valeria está tranquila... ¿Le ha pedido usted que le sirviese de modelo para un grupo?... Antes entre usted en mi casa. ¡Ah! Ya sabía yo que era usted un libertino en germen - dijo Isabela sorprendiendo la mirada con que saludó Steinbock a Valeria -. Valeria es muy hermosa, pero trate usted de no disgustar a Hortensia.

Nada irrita tanto a los casados como el encontrar en todo tiempo a su mujer entre ellos y un deseo, aunque éste sea pasajero.

Wenceslao volvió a su casa cerca de la una de la madrugada; Hortensia le esperaba desde las nueve y media. Desde las nueve y media hasta las diez escuchó el ruido de los coches, diciéndose que Wenceslao, cuando comía sólo en casa de los Chanor y Florent, nunca volvía tan tarde. Cosía al lado de la cuna de su hijo, pues empezaba a ahorrar el jornal de una obrera, haciendo por sí misma ciertos arreglos. Desde las diez a las diez y media tuvo un pensamiento de desconfianza y se preguntó:

-¿Habrá ido a comer a casa de Chanor y Florent como me ha dicho? Ha querido para vestirse, su corbata más linda y su mejor alfiler. Ha empleado en arreglarse tanto tiempo como una mujer que quiere parecer mejor de lo que es. ¡Estoy loca! Me ama. Ya está aquí.

Librodot

En vez de detenerse el coche que oyó la mujer, pasó. De las once a las doce, Hortensia se entregó a terrores inauditos, causados por la soledad de su barrio.

- Si ha vuelto a pie - dijo -, puede haberle ocurrido alguna desgracia. Se mata uno tropezando contra el bordillo de una acera, o no esperando encontrar lagunas. ¡Son tan distraídos los artistas...! ¡Si le habrán atracado...!

Ésta es la primera vez que me deja sola durante seis horas y media. ¿Por qué atormentarme? No ama a nadie más que a mí.

Los hombres deberían ser fieles a las mujeres que les aman, aunque no fuese más que a causa de los milagros perpetuos producidos por el verdadero amor en el mundo sublime, llamado mundo espiritual. Una mujer amante está, con respecto al hombre amado, en la situación de una sonámbula a quien el magnetizador diese el triste poder, cesando de ser el espejo del mundo, de tener conciencia, como mujer, de lo que ve como sonámbula. La pasión hace llegar las fuerzas nerviosas de la mujer a un estado extático en que el presentimiento equivale a la visión de los videntes. Una mujer sabe que es traicionada, no escucha a nadie, duda, ¡ama tanto!, y desmiente el grito de su poder de pitonisa. Este paroxismo del amor debería tener un culto. En los espíritus nobles, la admiración de este fenómeno divino será siempre una barrera que los separará de la infidelidad. ¿Cómo no adorar a una hermosa, a una espiritual criatura cuya alma llega a manifestaciones semejantes? A la una de la madrugada Hortensia había llegado a tal grado de angustia, que se precipitó hacia la puerta al conocer a Wenceslao en su manera de llamar; lo cogió entre sus brazos, estrechándole maternalmente.

-¡Al fin, ya estás aquí!... - dijo ella, recobrando el uso de la palabra -. Amigo mío, de aquí en adelante iré contigo adonde tú vayas, pues no quiero experimentar por segunda vez la tortura de semejante espera... Te he visto tropezar contra un bordillo de acera y con la cabeza abierta, ¡muerto por unos ladrones! No, comprendo que otra vez me volvería loca. ¿Te has divertido mucho... sin mí? ¡Vil!

-¿Qué quieres, angelito mío? Estaba allí Bixiou, que nos ha hecho nuevos cargos; León de Lora, cuyo espíritu no se agota; Claudio Vignon, a quien debo el único artículo consolador que se ha escrito acerca del monumento del mariscal Montcornet. Había...

-¿No había mujeres? - preguntó vivamente Hortensia.

- La respetable señora Florent...

- Tú me habías dicho que era en el Rocher de Cancale. ¿Era, pues, en su casa?

- Sí, en su casa, me he equivocado.

-¿No has venido en coche?

- No.

-¿Y vienes a pie desde la calle de Tournelles?

- Stidmann y Bixiou me han acompañado por los bulevares hasta la Magdalena, al mismo tiempo que charlábamos.

-¡Pues están bien secos los bulevares, la plaza de la Concordia y la calle de Borgoña! ¡No te has ensuciado! - dijo Hortensia, examinando las lustrosas botas de su marido.

Había llovido; pero desde la calle de Vanneau a la de San Dominico, Wenceslao no había podido ensuciarse las botas.

- Toma, aquí tienes cinco mil francos que Chanor me ha prestado generosamente - dijo Wenceslao para cortar en seco aquellas interrogaciones casi judiciales.

Había hecho dos paquetes con sus diez billetes de mil francos, uno para Hortensia y otro para él pues tenía cinco mil francos de deudas ignoradas de Hortensia. Debía a su desbastador y a sus obreros.

- Ya estás tranquila, querida mía - dijo, abrazando a su mujer -. Desde mañana me voy a poner a trabajar. ¡Oh! Mañana, mañana saldré a las ocho y media y me iré al taller; de modo que me voy a acostar en seguida para levantarme temprano, ¿me lo permites, monona?

La sospecha que había penetrado en el corazón de Hortensia desapareció; viose a mil leguas de la verdad. Ya no pensaba en la señora Marneffe. Temía para su Wenceslao la sociedad de las loretas, pues los nombres de Bixiou y de León de Lora, dos artistas conocidos por su vida desenfrenada, la habían inquietado.

A la mañana siguiente vio marchar a Wenceslao a las nueve, completamente tranquilizada.

- Ya está entregado al trabajo - se decía, procediendo a vestir al niño -. ¡Oh, lo veo, está animado de los mejores propósitos! ¡Bueno; si no tenemos la gloria de Miguel Ángel, tendremos la Benvenuto Cellini!

Mecida por sus propias esperanzas, Hortensia creía en un porvenir feliz, y hablaba a su hijo, que tenía veinte meses, ese lenguaje lleno de onomatopeyas que hace sonreír a los niños, cuando, a eso de las once, la cocinera, que no había visto salir a Wenceslao, hizo pasar a Stidmann. - Dispense, señora - dijo el artista -. ¡Cómo, ¿Ha salido ya Wenceslao?

- Está en su taller.

- Venía a entenderme con él para dar principio a nuestros trabajos.

- Voy a enviarle a buscar - dijo Hortensia, haciendo una seña a Stidmann para que se sentase.

Hortensia, dando las gracias al Cielo por aquella casualidad, quiso retener a Stidmann, a fin de obtener detalles de la velada de la víspera. Stidmann se inclinó para darle las gracias a la condesa por aquel favor. La señora Steinbock llamó, acudió la cocinera y le dio orden de que fuese a buscar al señor al taller.

- Se habrán divertido ustedes mucho ayer - dijo Hortensia -, pues Wenceslao no volvió hasta la una de la madrugada.

Librodot

-¿Divertido...? No, precisamente - respondió el artista, que la víspera había querido conquistar a la señora Marneffe -. Uno no se divierte en el mundo más que cuando se agitan en él intereses. Esa señora Marneffe es excesivamente espiritual, pero es coqueta...

-¿Y qué le ha parecido a Wenceslao? - preguntó la pobre Hortensia, tratando de permanecer tranquila -. No me ha dicho nada.

- Sólo le diré una cosa - respondió Stidmann -, y es que me parece muy peligrosa.
Hortensia palideció como una recién parida.

- De modo que es... en casa de la señora Marneffe... y no... en casa de Chanor, donde comieron ustedes ayer... - dijo ella -, con Wenceslao, ¿y él...?

Stidmann, sin saber qué desgracia ocasionaba, adivinó que causaba una. La condesa no terminó su frase; se desmayó. El artista llamó y acudió la camarera. Cuando Luisa trató de llevar a la condesa de Steinbock a su habitación, un ataque de nervios de la mayor gravedad se declaró en medio de horribles convulsiones. Stidmann, como todos los que en una involuntaria indiscreción destruyen el catafalco elevado por la mentira de un marido en su hogar, no podía creer qué palabra tuviese semejante poder; pensó que la condesa se hallaba en ese estado enfermizo en que la contrariedad más ligera se convierte en un peligro. La cocinera vino a anunciar, desgraciadamente en voz alta, que el señor no estaba en su taller. En medio de su crisis, la condesa oyó aquella respuesta, y las convulsiones se repitieron.

-¡Vaya usted a buscar a la madre de la señora... - dijo Luisa a la cocinera - ¡Corra!

- Si supiese dónde se encuentra Wenceslao iría a advertirle - dijo Stidmann desesperado.

- Está en casa de esa mujer - exclamó la pobre Hortensia -. Se ha vestido de otro modo que para ir al taller.

Stidmann corrió a casa de la señora Marneffe, reconociendo la verdad de ese cálculo debido a la segunda vista de las pasiones. En aquel momento Valeria posaba para la Dalila. Demasiado astuto para preguntar por la señora Warneffe, Stidmann pasó muy tieso por la portería y entró rápidamente en el segundo piso, haciéndose este razonamiento: «Si pregunto por la señora Marneffe, no estará en casa. Si pregunto estúpidamente por Steinbock, se reirán en mis narices... ¡Saltemos por todo!» Al oír el campanillazo, Reina acudió.

-¡Diga usted al señor conde de Steinbock que venga! ¡Su señora se muere!

- Reina, que era tan lista como Stidmann, le miró con aire pasablemente estúpido.

- Pero señor, no sé... lo que usted...

- Le digo que mi amigo Steinbock está aquí, su mujer se muere, y la cosa vale la pena para que moleste usted a su señora.

Y Stidmann se fue, diciéndose:

-¡Oh, está!

En efecto, Stidmann, que permaneció algunos instantes en la calle de Vanneau, vio salir a Wenceslao y le hizo seña de que se acercase rápidamente. Después de haber contado la tragedia que se desarrollaba en la calle de San Dominico, Stidmann riñó a Steinbock por no haberle advertido que le guardase el secreto acerca de la comida de la víspera.

-¡Estoy perdido! - le dijo Wenceslao -. Pero te perdono. He olvidado nuestra cita para esta mañana, y he cometido la falta de no decirte que debíamos haber comido en casa de Florent. ¿Qué quieres? Esta Valeria me ha vuelto loco; pero querido mío, vale la gloria, vale la desgracia... ¡Ah! Es... ¡Dios mío!, me veo sin salida. Aconséjame. ¿Qué decir? ¿Cómo justificarme?

-¿Aconsejarte? No sé nada - respondió Stidmann -. Pero tu mujer te ama, ¿verdad? Pues bien; creerá todo lo que le digas. Sobre todo dile que ibas a mi casa mientras yo iba a la tuya, y de este modo salvarás la situación de esta mañana. Adiós.

Cuando estaba en el ángulo de la calle de Hillerin-Bertin, Isabela, advertida por Reina, y que corría tras Steinbock temiendo a su candidez polaca, se unió a él. No queriendo verse comprometida, dijo algunas palabras a Wenceslao, el cual, en su alegría, la abrazó en medio de la calle. Sin duda había tendido el artista una plancha para cruzar aquel estrecho de la vida conyugal.

Al ver a su madre, que había llegado a toda prisa, Hortensia derramó torrentes de lágrimas. De modo que la crisis nerviosa cambió felizmente de aspecto.

-¡Traicionada, mi querida mamá! - le dijo -. Wenceslao, después de haberme dado su palabra de honor de no ir a casa de la señora Marneffe, comió ayer allí y no ha vuelto hasta la una y cuarto de la madrugada. ¡Si tú supieses! Anteayer habíamos tenido, no una disputa, sino una explicación... ¡Le dije cosas conmovedoras!: «Que estaba celosa, que una infidelidad me mataría, que estaba triste, que debía respetar mis debilidades, puesto que procedían de mi amor hacia él; que tenía en las venas tanta sangre de mi padre como tuya, y en el primer momento de verme traicionada sería capaz de hacer locuras para vengarme, de deshonrarnos a todos, a él, a su hijo y a mí; en fin, que podría matarlo a él y matarme yo después, etcétera.» ¡Y ha ido allá! ¡Y está ahora allí! Esa mujer se ha propuesto hacernos desgraciados a todos. Ayer mi hermano y Celestina se comprometieron a recoger setenta y dos mil francos en letras suscritas para esa tuna... Sí, mamá, iban a perseguir a mi padre y a encarcelarlo. ¿No tiene bastante esa mujer con mi padre y con tus lágrimas? ¿Por qué me ha de quitar a Wenceslao? ¡Iré a su casa y la coseré a puñaladas!

La señora Hulot, herida en el corazón por la horrible confidencia, que en medio de su rabia le hacía Hortensia sin saberlo, ocultó su dolor con uno de esos heroicos esfuerzos de que son capaces las abuelas y colocó la cabeza de su hija sobre su seno para cubrirla de besos.

- Espera a Wenceslao, hija mía, y todo se aclarará. El mal no debe de ser tan grande como tú crees. ¡Yo también he sido traicionada, mi querida Hortensia! Tú me encuentras hermosa, soy virtuosa y, sin embargo, hace veintitrés años que me veo abandonada por las Jenny Cadine, por las Josefas, por las Marneffe... ¿Lo sabías esto?

-¡Tú, mamá, tú!... ¿Tú sufres como yo sufro ahora, desde hace veinte años?...

Librodot

Y se detuvo ante sus propias ideas.

- Imítame, hija mía - repuso la madre -. Sé dulce y buena y tendrás la conciencia tranquila. Cuando en el lecho de muerte un hombre se dice: «¡Mi mujer no me ha causado jamás la menor pena!», Dios, que oye estos últimos suspiros, nos los tiene en cuenta. Si yo me hubiese entregado a furores como tú, ¿qué hubiera sucedido? A tu padre se le hubiese agriado el carácter; tal vez me hubiese abandonado, y no se habría visto retenido por el temor de afligirme. Nuestra ruina, que se ha consumado hoy, lo hubiese sido diez años antes y hubiésemos ofrecido el espectáculo de un marido y una mujer viviendo cada uno por su lado, escándalo horrible y desolador, porque es la muerte de la familia. Ni tu hermano ni tú hubieseis podido casaros... Yo me he sacrificado, y tan valerosamente que, sin esta última pasión de tu padre, el mundo me creería aún feliz. Mi oficiosa y muy valerosa mentira ha protegido hasta ahora a Héctor, y es aún muy considerado; únicamente que esa pasión de anciano le lleva demasiado lejos, lo veo. Su locura, lo temo, romperá el biombo que yo había colocado entre el mundo y nosotros... Pero he mantenido durante veintitrés años ese obstáculo, detrás del cual yo lloraba, sin madre y sin confidente, sin otro socorro que el de la religión, y he procurado durante veintitrés años por el honor de la familia.

Hortensia escuchaba a su madre con los ojos fijos. La voz tranquila y la resignación de aquel supremo dolor calmaron la irritación de la primera herida hecha al corazón de la recién casada; las lágrimas acudieron a sus ojos y las derramó a torrentes. En un acceso de piedad filial, aplastada por la sublimidad de su madre, se arrodilló ante ella, le cogió la fimbria de su falda y la besó, como los católicos piadosos besan las santas reliquias de un mártir.

- Levántate, Hortensia mía - dijo la baronesa -. ¡Semejante testimonio de mi hija borra muchos malos recuerdos! Ven a mi corazón, que sólo está oprimido por tu pena. La desesperación de mi pobre hija, cuya alegría era mi única alegría, ha roto el sello sepulcral que nada debía quitar de mis labios. Sí, quería llevar mis dolores a la tumba como un sudario más. Para calmar tu dolor he hablado... ¡Dios me perdonará! ¡Oh!, si mi vida tuviese que ser tu vida, ¡qué no haría yo!... Los hombres, el mundo, la casualidad, la Naturaleza, hasta creo que Dios, nos venden el amor al precio de las más crueles torturas. Pagaría veinticuatro años de desesperación, de penas incesantes, de amarguras, diez años felices...

- Tú has tenido diez años, mi querida mamá, y yo tres solamente - dijo la egoísta enamorada.

- Nada se ha perdido, hija mía; espera a Wenceslao.

- Mamá - dijo ella -. ¡Ha mentido! ¡Me ha engañado!... ¡Me ha dicho: «No iré», y ha ido! Y esto ante la cuna de su hijo.

- Los hombres, ángel mío, cometen por su placer las mayores cobardías, infamias, hasta crímenes; según parece lo llevan en el carácter. Nosotras, las mujeres, estamos consagradas al sacrificio. Creía que mis desgracias habían terminado, y ahora empiezan, pues no esperaba sufrir doblemente sufriendo en mi hija. ¡Valor y silencio! Hortensia mía, júrame no contar a nadie más que a mí tus penas, no dejar ver nada delante de terceros... ¡Oh, sé tan orgullosa como tu madre!

En este momento Hortensia se estremeció: oyó los pasos de su marido.

Librodot

- Según parece - dijo Wenceslao al entrar -, Stidmann ha venido mientras yo le he ido a buscar a su casa.

-¿De veras? - exclamó la pobre Hortensia con la salvaje ironía de una mujer ofendida que se sirve de la palabra como de un puñal.

- Sí, acabamos de encontrarnos - respondió Wenceslao, fingiendo sorpresa.

- Pero ¿Y ayer?... - repuso Hortensia.

- Bien; te he engañado, amor mío, y tu madre va a juzgarnos.

Aquella franqueza desahogó el corazón de Hortensia. Todas las mujeres verdaderamente nobles prefieren la verdad a la mentira. No quieren ver a su ídolo degradado, quieren estar orgullosas de la dominación que aceptan.

Este sentimiento existe en los rusos a propósito de su zar.

- Escuche usted, querida madre - dijo Wenceslao -. Amo tanto a mi buena y dulce Hortensia, que le he ocultado la extensión de nuestra estrechez. ¡Qué quiere usted!... Criaba aún, y las penas le hubiesen causado mucho daño. Ya sabe usted lo que peligra una mujer en este estado. Su hermosura, su frescura y su salud están en peligro. ¿Ha sido un error? Ella cree que sólo debemos cinco mil francos, pero debemos otros cinco mil... Anteayer estábamos desesperados... ¡Nadie quiere prestar a los artistas! Desconfían de nuestro talento tanto como de nuestras fantasías. He llamado en vano a todas las puertas. Isabela nos ha ofrecido sus economías.

-¡Pobre muchacha! - dijo Hortensia.

-¡Pobre muchacha! - dijo la baronesa.

Pero ¿qué son los diez mil francos de Isabela?... Para ella, todo; para nosotros, nada. Entonces la prima nos ha hablado, ya sabes, Hortensia, de la señora Marneffe, la cual, por amor propio, debiéndoselo todo al barón, nos dejaría sin el menor interés... Hortensia ha querido llevar sus diamantes al Monte de Piedad. Tendríamos algunos millares de francos y necesitábamos diez mil. Estos diez mil francos se encontraban allí, sin interés, por un año... y me he dicho: «Hortensia no sabrá nada; vayamos a por ellos.» Esta mujer me invitó, por conducto de mi suegro, a comer ayer en su casa, dándome a entender al mismo tiempo que Isabela había hablado y que tendría el dinero. Entre la desesperación de Hortensia y esa comida, no he dudado. Esto es todo. ¿Cómo Hortensia, a los veinticuatro años, fresca y pura y virtuosa; ella, que es mi dicha y mi gloria; de quien no me he separado un momento desde nuestro casamiento, puede imaginar que prefiera, ¡a quién!..., a una mujer curtida, ajada y pasada? - dijo, empleando una atroz expresión de la jerga de los talleres para hacer creer en su desprecio con una de esas exageraciones que agradan a las mujeres.

-¡Ah! ¡Si tu padre me hubiese hablado así! - exclamó la baronesa.

Hortensia se arrojó graciosamente al cuello de su marido.

- Sí, eso es lo que yo hubiese hecho - dijo Adelina -. Wenceslao, amigo mío, su mujer ha estado a punto de morir - añadió gravemente -. Ya ve usted cuánto le ama. Es de usted, ¡ay de mí!

Y suspiró profundamente.

- Puede hacer de ella una mártir o una mujer feliz - se dijo a sí misma, pensando lo que piensan todas las madres después del matrimonio de sus hijas -. Me parece que sufro bastante para ver a mis hijos felices - añadió en voz alta.

- Tranquilícese, querida mamá - dijo Wenceslao en el colmo de la dicha, al ver que había terminado tan felizmente aquella crisis -. En dos meses habré devuelto el dinero a esa horrible mujer. ¿Qué quiere usted? - añadió, repitiendo una palabra esencialmente polaca con la gracia polaca -. Hay momentos en que uno pediría prestado al diablo. Después de todo, es dinero de la familia. Y una vez invitado, ¿hubiese tenido ese dinero que nos cuesta tan caro, si hubiese contestado con groserías a una atención?

-¡Oh, mamá! ¡Cuánto daño nos causa papá! - exclamó Hortensia.

La baronesa colocó un dedo sobre sus labios, y Hortensia se arrepintió de aquella queja, la primera que dejaba escapar acerca de un padre, tan heroicamente protegido por un sublime silencio.

- Adiós, hijos míos - dijo la señora de Hulot -, ya ha vuelto el buen tiempo; pero no os enfadéis más.

Cuando, después de haber despedido a la baronesa, Wenceslao y su mujer estuvieron solos en su habitación, Hortensia dijo a su marido:

- Cuéntame tu velada.

Y espió el rostro de Wenceslao durante aquel relato, entrecortado por esas preguntas que se escapan de los labios de una mujer en semejante caso. Aquel relato puso pensativa a Hortensia, la cual entreveía las diabólicas diversiones que los artistas debían encontrar en aquella sociedad viciosa.

- Sé franco, mi Wenceslao... Estaban allí Stidmann, Claudio Vignon, Verniset, ¿quién más? En fin, ¿te divertiste?

-¡Yo!... No pensaba más que en nuestros diez mil francos, y me decía: «Mi Hortensia no tendrá inquietudes.»

Este interrogatorio cansábale enormemente al livoniano, y se aprovechó de un momento de alegría para decir a Hortensia:

- Y tú, ángel mío, ¿qué hubieses hecho si tu artista hubiera sido culpable?

- Yo - dijo ella con un airecillo decidido - hubiese tomado a Stidmann, pero, se comprende, sin amarle.

-¡Hortensia! - exclamó Steinbock, levantándose con brusquedad y con un movimiento teatral - ¡No hubieses tenido tiempo! ¡Te hubiera matado!

Hortensia se arrojó sobre su marido, lo abrazó fuertemente, le cubrió de caricias y le dijo:

-¡Ah! ¡Me amas, Wenceslao! ¡Ya no temo nada! Pero basta de Marneffe. No te sumerjas jamás en semejantes pantanos...

- Te juro, mi querida Hortensia, que no volveré más que para retirar mi letra.

Hortensia se enfurruñó, pero como se enfurruñan las mujeres amantes que quieren los beneficios de semejante enfurruñamiento. Wenceslao, cansado de semejante mañana, dejó a su mujer que se enfurruñase y se fue a su taller a hacer el modelo del grupo de Sansón y Dalila, cuyo diseño estaba en su bolsillo. Hortensia, inquieta por su enfado, y creyendo enojado a Wenceslao, fue al taller en el momento en que su marido terminaba de amasar la arcilla con esa rabia que concede a los artistas más potencia que fantasía. Al ver a su mujer, arrojó vivamente un trapo mojado sobre el grupo esbozado y cogió a Hortensia entre sus brazos, diciéndole:

-¡Ah! No estamos enfadados, ¿verdad, nena mía?

Hortensia había visto el grupo, el trapo arrojado encima de él, y no dijo nada; pero antes de abandonar el taller se volvió, quitó el trapo, miró el busto y preguntó:

-¿Qué es esto?

- Un grupo cuya idea se me ha ocurrido.

-¿Y por qué me lo has ocultado?

- Quería enseñártelo terminado.

-¡La mujer es muy bonita! - dijo Hortensia.

Y mil sospechas nacieron en su alma, como nacen en las Indias, de la noche a la mañana, esas vegetaciones grandes y frondosas.

Al cabo de unas tres semanas, la señora Marneffe estaba profundamente irritada contra Hortensia. Las mujeres de esta clase tienen su amor propio, quieren que se bese el espolón del diablo y jamás perdonan a la virtud que no teme su poder o que lucha con ellas. Ahora bien, Wenceslao no había hecho una sola visita a la calle de Vanneau, ni siquiera la que exige la cortesía después de la pose de una mujer en Dalila. Cada vez que Isabela había ido a casa de los Steinbock no había encontrado a nadie en ella. Los señores vivían en el taller. Isabela, que fue a buscar a los dos tortolillos a su nido del Gros Caillou, vio allí a Wenceslao trabajando con ardor y supo por la cocinera que la señora no dejaba nunca solo al señor. Wenceslao sufría el despotismo del amor. Valeria adoptó, pues, por su cuenta el odio que Isabela tenía a Hortensia. Las mujeres sienten tanto el interés por los amantes que les disputan, como los hombres por las mujeres que son deseadas por varios fatuos; así es que las reflexiones hechas con motivo de la señora Marneffe pueden aplicarse perfectamente a los hombres afortunados

en amor, que son una especie de cortesanas machos. El capricho de Valeria fue una verdadera rabia: deseaba a toda costa tener su grupo, y un día se proponía ya ir al taller a ver a Wenceslao, cuando ocurrió uno de esos graves acontecimientos que pueden llamarse frutus belli para esta clase de mujeres. He aquí cómo dio cuenta Valeria de este hecho, enteramente personal. Almorzaba con Isabela y con el señor Marneffe.

- Dime, Marneffe: ¿sospechas tú que vas a ser padre por segunda vez?

-¿De veras estás embarazada?... ¡Oh! Déjame besarte.

Se levantó, dio la vuelta a la mesa, y su mujer le aproximó la frente de manera que el beso rozase sus cabellos.

- De esta hecha sí que soy jefe de negociado y oficial de la Legión de Honor - repuso -. ¡Ah! Hermosa mía, no quiero que Estanislao quede arruinado. ¡Pobrecillo!

- Sí, pobrecillo - exclamó lsabela -. Hace siete meses que no le han visto ustedes; yo paso en el colegio por madre suya, porque soy la única de la casa que se ocupa de él.

-¡Un hijo que nos cuesta cien escudos trimestrales! - dijo Valeria -. Por otra parte, ése es hijo tuyo, Marneffe, y deberías pagar su pensión de tu sueldo... El nuevo, lejos de ocasionarte gasto alguno, nos salvará de la miseria.

- Valeria - respondió Marneffe imitando a Crevel en la actitud -, espero que el señor barón de Hulot se ocupará de su hijo y no lo dejará a cargo de un pobre empleado. Yo pienso mostrarme muy exigente con él. Así es que procure usted asegurarse, señora. Procure lograr de él documentos en que hable de su dicha, pues veo que se hace rogar bastante para mi nombramiento.

Y Marneffe se fue a la oficina, donde la preciosa amistad de su director le permitía ir a las once; trabajaba poco, gracias a su notoria incapacidad y a su aversión al trabajo.

Una vez solas Isabela y Valeria, miráronse durante un instante como augures, y soltaron a la vez una sonora carcajada.

- Pero ¿es verdad eso, Valeria - dijo Isabela -, o es una comedia?

-¡Es una verdad física! - respondió Valeria -. Hortensia me revienta. Esta noche pensaba hacer caer como una bomba la noticia de este hijo en casa de Wenceslao.

Valeria se fue a su cuarto seguida de Isabela, y le enseñó, ya terminada, la siguiente carta:

«Wenceslao, amigo mío, aunque no te he visto hace ya más de veinte días, sigo creyendo en tu amor. ¿Me desprecias acaso? Dalila no puede creerlo. ¿No será más bien un efecto de la tiranía de una mujer a quien me has dicho que ya no podrías amar? Wenceslao, eres demasiado buen artista para dejarte dominar de ese modo. El hogar es la tumba de la gloria... Mira si te pareces en nada al Wenceslao de la calle del Deanato. Has fracasado con el monumento de mi padre; pero en ti el amante es muy superior al artista y has tenido más suerte con la hija: mi adorado Wenceslao, eres padre. Si no vinieses a verme en el estado en

Librodot

que me encuentro, pasarías por un mal sujeto a los ojos de tus amigos; pero lo veo, te amo tan locamente, que nunca tendré fuerza para maldecirte.
¿puedo seguir diciéndome tu Valeria?»

-¿Qué te parece mi proyecto de enviar esta carta al taller en el momento en que nuestra querida Hortensia esté sola? - preguntó Valeria a Isabela -. Ayer por la noche supe por Stidmann que Wenceslao tiene que ir a las once a casa de Chanor; de modo que esa fregona de Hortensia estará sola.

- Sí; pero después de ese golpe - respondió Isabela - yo no podré ser ya ostensiblemente amiga tuya, y será preciso que me despida de ti y que finja no verte ni hablarte.

- Es claro - dijo Valeria -; pero...

-¡Oh! No tengas cuidado - respondió Isabela -. Nos volveremos a ver cuando yo sea la señora mariscala. Ahora todos lo desean; el barón es el único que ignora este proyecto, pero tú le decidirás.

- Pero es muy posible que yo esté pronto reñida con el barón - respondió Valeria.

- La señora Olivier es la única que puede fingir que Hortensia le sorprende la carta - dijo Isabela -. Hay que enviarla primero a la calle de San Dominico, antes de ir al taller.

-¡Oh! Nuestra gatita estará en casa - respondió la señora Marneffe, llamando a Reina para que hiciese venir a la señora Olivier.

Diez minutos después del envío de aquella fatal carta, el barón de Hulot se presentó, y la señora Marneffe se arrojó como una gata al cuello del anciano para decirle al oído:

-¡Héctor, eres padre! He aquí lo que resulta de reñir y reconciliarse.

Al ver cierto asombro que el barón no pudo disimular bastante pronto, Valeria afectó un aire frío, que desesperó al consejero de Estado. Se hizo arrancar las más decisivas pruebas una a una. Cuando la convicción, auxiliada por la vanidad, hubo penetrado en el espíritu del anciano, ella le habló del furor del señor Marneffe.

- Viejo mío, gruñón - le dijo -, no te será difícil hacer que nombren oficial de la Legión de Honor y jefe de negociado a tu editor responsable, nuestro gerente, porque al pobre hombre lo has arruinado; adora a su Estanislao, a su pequeño monstruo, que se parece a él y a quien yo no puedo sufrir. A no ser que quieras dar una renta de doce mil francos a Estanislao, en nuda propiedad, cediéndome a mí el usufructo.

-¡Pero mujer, si yo he de asegurar una renta, prefiero hacerlo a nombre de mi hijo y no al del monstruo! - dijo el barón.

Esta frase imprudente, en que la palabra mi hijo brotó como un río que se desborda, fue transformada, al cabo de una hora de conversación, en una promesa formal de procurar al niño que había de venir una renta de mil doscientos francos. Hecha esta promesa, fue para Valeria como un tambor en manos de un niño, pues debía tocarlo durante veinte días.

Librodot

En el momento en que el barón de Hulot, feliz como el recién casado que desea un heredero, salía de la calle de Vanneau, la señora Olivier se había hecho arrancar por Hortensia la carta que debía entregar en las propias manos del señor conde. La joven dio por aquella carta una moneda de veinte francos. El suicida paga el opio, la pistola o el carbón de que se sirve. Hortensia la leyó y la releyó; sólo veía aquel papel blanco plagado de líneas oscuras; en la Naturaleza no existía más que aquel papel, y en torno de ella todo se había vuelto negro. El resplandor del incendio que devoraba el edificio de su felicidad iluminaba el papel, pues la noche más profunda reinaba en torno suyo. Los gritos de su pequeño Wenceslao, que jugaba, llegaban a sus oídos como si el niño estuviese en el fondo de un valle y ella ocupase la cima. Ultrajada a los veinticuatro años, en todo el brillo de su belleza y animada por un amor puro y sincero, aquello no fue para ella una puñalada, sino la muerte. El primer ataque había sido puramente nervioso, y el cuerpo había cedido bajo el peso de los celos; pero la certidumbre atacó al alma y el cuerpo quedó anonadado. Hortensia permaneció durante cerca de diez minutos bajo esta opresión. El fantasma de su madre se le apareció y operó en ella una revolución; tornose tranquila y fría, recobrando la razón. Luego llamó.

- Querida mía - le dijo a la cocinera -, que le ayude a usted Luisa. Hagan entre las dos, lo antes posible, unos paquetes con todo lo que nos pertenece a mí y a mi hijo.

Les doy a ustedes una hora de tiempo. Cuando todo esté dispuesto, vayan a la plaza a buscar un coche y adviértanmelo. ¡Nada de observaciones! Yo dejo la casa y me llevo a Luisa. Usted se quedará con el señor; procure cuidarle bien.

Dicho esto, pasó a su cuarto, se sentó a la mesa y escribió la siguiente carta:

«Señor conde:
La carta adjunta a la mía le explicará la causa de la resolución que he tomado.
Cuando lea usted estas líneas habré dejado su casa y me habré ido con nuestro hijo al lado de mi madre.

No cuente usted con que yo vuelva nunca de mi acuerdo. No crea tampoco que esto es producto de la fogosidad de la juventud, de su irreflexión, ni de la vivacidad del amor juvenil ofendido, porque se engañaría absurdamente.

Desde hace quince días pienso detenidamente en la vida, en el amor, en nuestra unión y en nuestros deberes mutuos. Yo he conocido por entero la abnegación de mi madre, porque ella me ha contado sus dolores. Es heroica todos los días, desde hace ya veintitrés años; pero yo no me siento con fuerzas para imitarla, no porque le haya a usted amado menos de lo que ella ama a mi padre, sino por razones sacadas de nuestro carácter. Nuestra casa se convertiría en un infierno, y yo podría perder la cabeza hasta el punto de deshonrarle a usted, de deshonrarme y de deshonrar a nuestro hijo. Yo no quiero ser una señora Marneffe, porque, ya en esa senda, una mujer de mi temple tal vez no se detendría. Desgraciadamente para mí, yo soy una Hulot y no una Fischer.

Sola, y lejos del espectáculo de sus desórdenes, respondo de mí, sobre todo ocupada en nuestro hijo y junto a mi fuerte y sublime madre, cuya vida obrará sobre los movimientos tumultuosos de mi corazón. Allí puedo ser una buena madre, educar bien a nuestro hijo y vivir. En su casa la mujer anularía a la madre y las incesantes disputas agriarían mi carácter.

Yo aceptaría la muerte de una vez; pero no quiero estar enferma durante veinticinco años como mi madre. Si usted me ha hecho traición después de tres años de un amor absoluto y continuo, con la querida de su suegro, ¿qué rivales no me daría usted más tarde? ¡Ah!, señor, usted empieza mucho antes que mi padre esa carrera de libertinaje y de prodigalidad que deshonra a un padre de familia, que disminuye el respeto de los hijos y al cabo de la cual se encuentran la vergüenza y la desesperación.

Yo no soy implacable. Sentimientos inflexibles no convienen a seres débiles que viven bajo la mirada de Dios. Si conquista usted gloria y fortuna mediante trabajos sostenidos, si renuncia a las cortesanas y a los innobles y cenagosos senderos, volverá a encontrar una mujer digna de usted.

Le creo demasiado noble para recurrir a la ley. Señor conde, espero respetará mi voluntad dejándome en casa de mi madre y, sobre todo, no se presente nunca allí. Le he dejado todo el dinero que le ha prestado esa odiosa mujer. Adiós.

Hortensia Hulot.»

Esta carta fue escrita penosamente, pues Hortensia se entregaba a los llantos y gritos de la pasión ahogada. Tomaba y dejaba la pluma para expresar sencillamente lo que el amor declama ordinariamente en estas cartas testamentarias. El corazón se producía mediante interjecciones, quejas y llantos, pero la razón dictaba.

La joven, advertida por Luisa de que todo estaba dispuesto, recorrió lentamente el jardinito, el cuarto, el salón, y miró todo por última vez. Luego hizo a la cocinera las recomendaciones más vivas para que mirase por el bienestar del señor, prometiéndole recompensarla si se mostraba buena. Por fin, subió al coche para trasladarse a casa de su madre, con el corazón lacerado, llorando hasta apenar a su camarera, y cubriendo de besos al pequeño Wenceslao con un goce delirante que todavía traicionaba el amor por el padre.

La baronesa sabía ya por Isabela que el suegro era culpable en parte de la falta del yerno; no la sorprendió, pues, ver llegar a su hija, y aprobó y consintió en conservarla a su lado. Adelina, viendo que el cariño y la abnegación no habían detenido nunca a su Héctor, que empezaba ya a perder su afecto, juzgó que su hija tenía razón en seguir otra senda. En veinte días, la pobre madre acababa de recibir dos heridas cuyos sufrimientos sobrepasaban a todas las torturas que había sufrido hasta entonces. El barón había puesto a Victorino y a su mujer en verdaderos apuros; además, él era, según Isabela, la causa de los desórdenes de Wenceslao, quien había depravado a su yerno. La majestad de aquel padre de familia, mantenida durante tanto tiempo mediante insensatos sacrificios, estaba degradada. Sin sentir su dinero, el joven matrimonio Hulot sentía a la vez desconfianza e inquietudes con respecto al barón. Este sentimiento bastante visible afligía profundamente a Adelina, que presentía la disolución de la familia. La baronesa albergó a su hija en el comedor, que prontamente quedó transformado en dormitorio, gracias al dinero del mariscal, y la antesala pasó a ser comedor, como ocurre en muchas casas.

Cuando Wenceslao volvió a su casa y acabó de leer las dos cartas sintió una mezcla de alegría y de tristeza. Viéndose vigilado hasta cierto punto por su mujer, se había rebelado interiormente contra aquella nueva prisión a lo Isabela. Hastiado de amor desde hacía tres años, él también había reflexionado durante aquellos últimos quince días y encontraba pesada

la familia. Acababa de ser felicitado por Stidmann con motivo de la pasión que inspiraba a Valeria, pues Stidmann, con una intención fácil de adivinar, juzgaba conveniente adular la vanidad del marido de Hortensia esperando consolar a la víctima. Wenceslao se consideró, pues, feliz pudiendo volver a casa de la señora Marneffe. Pero recordó la dicha entera y pura de que había gozado, las perfecciones de Hortensia, su juiciosa conducta y su sencillo e inocente amor, y lo sintió vivamente. Quiso correr a casa de su suegra para obtener su perdón; mas hizo como Hulot y como Crevel: fue a ver a la señora Marneffe, llevándole la carta de su mujer para hacerla ver el desastre que había causado y, por decirlo así, para descontar su desgracia, pidiendo en cambio los favores de su querida. Encontró a Crevel en casa de Valeria. El alcalde, henchido de orgullo, iba y venía por el salón como hombre agitado por sentimientos tumultuosos, se ponía en posición, como si quisiera hablar y luego no se atrevía. Su fisonomía resplandecía, y corría a la ventana a tamborilear con los dedos en los cristales. Miraba a Valeria con aire conmovido y tierno. Afortunadamente para Crevel, entró Isabela.

- Prima - le dijo al oído -, ¿sabe usted la nueva? ¡Soy padre! ¡Ya me parece que quiero menos a mi pobre Celestina! ¡Oh! ¡Lo que es tener un hijo de la mujer que se idolatra! ¡Unir la paternidad del corazón a la paternidad de la sangre! ¡Oh! Mire, dígaselo a Valeria; voy a trabajar para ese hijo, pues quiero que sea rico. Me ha dicho que por ciertos indicios cree que será un niño. Si es un niño, quiero que se llame Crevel: consultaré a mi notario.

- Yo sé lo mucho que le ama a usted - dijo Isabela -, pero en nombre del porvenir de usted y del suyo, conténgase y no se frote las manos a cada paso.

Mientras que Isabela hacía este aparte con Crevel, Valeria le había vuelto a pedir su carta a Wenceslao, y le decía al oído palabras que disipaban su tristeza.

- Ya estás libre, amigo mío. ¿Acaso deben casarse nunca los artistas? Vosotros no podéis vivir sin caprichos ni sin libertad. Oh, mi querido poeta, yo te amaré tanto que nunca echarás de menos a tu mujer. Sin embargo, si, como muchas gentes, quieres guardar las apariencias, yo me encargo de hacer volver a Hortensia a tu casa dentro de poco tiempo.

-¡Oh, si eso fuese posible!

- Estoy segura de ello - dijo Valeria, picada -. Tu pobre suegro es un buen hombre en toda la extensión de la palabra, que por amor propio quiere parecer que es amado y hacer creer que tiene una querida, y tiene en ese punto tanta vanidad, que yo lo gobierno por completo. La baronesa ama todavía tanto a su viejo Héctor (¡siempre me parece que hablo de La Ilíada!), que los dos viejos lograrán que Hortensia se reconcilie; únicamente que, si no quieres tener disgustos en tu casa, es preciso que no dejes pasar veinte días sin venir a ver a tu querida. Si no, yo me moriría. Cuando un hombre es noble, querido mío, debe tener toda clase de consideraciones a la mujer a quien ha comprometido del modo que yo lo estoy, sobre todo cuando esta mujer tiene que tomar sus precauciones para guardar su reputación. Quédate a comer, ángel mío..., y piensa que yo debo mostrarme tanto más fría contigo cuanto que tú eres el autor de esta falta demasiado visible.

Anunciaron al barón Montes, y Valeria se levantó, corrió a su encuentro, le habló al oído durante algunos instantes y empleó con él la misma actitud reservada que había empleado con Wenceslao; esto dio por resultado el que el brasileño afectase una actitud diplomática,

apropiada a la gran noticia que le colmaba de alegría, pues él sí que estaba seguro de su paternidad.

Gracias a esta estrategia, basada en el gran amor propio del hombre en estado de amante, Valeria tuvo a su mesa, muy contentos y satisfechos, a cuatro hombres que se creían adorados y que Marneffe, bromeando con Isabela, llamó los cinco padres de la Iglesia, incluyéndose él también.

Sólo el barón Hulot dio muestras al principio de cierta preocupación. He aquí por qué: en el momento de salir de su despacho había ido a hablar con el jefe del personal, que era un general compañero suyo desde hacía más de treinta años, para pedirle que nombrase a Marneffe para la plaza de Coquet, el cual se avenía a presentar la dimisión.

- Querido mío - le dijo -, no quisiera pedir este favor al mariscal sin que estemos de acuerdo y yo viese que es de su agrado

- Amigo mío - respondió el jefe del personal -, permítame que le advierta que usted es el primero que no debe insistir en este nombramiento. Ya le he dicho cuál es mi opinión. Sería un escándalo entre los empleados, que se ocupan ya mucho de usted y de la señora Marneffe. Esto aquí para internos Yo no quiero atacarle en su punto sensible ni disgustarle en nada, y voy a darle la prueba. Si tiene usted tanto interés, si quiere pedir la plaza del señor Coquet, que será verdaderamente una perdida para las oficinas de la guerra (está ahí desde 1809), yo me iré quince días fuera, a fin de dejarle el campo libre junto al mariscal, que le quiere a usted como a un hijo. Así yo no haré nada ni en pro ni en contra, ni habré hecho nada contra mi conciencia de administrador.

- Mil gracias - respondió el barón - Reflexionaré acerca de lo que acaba usted de decirme.

- Querido amigo, si me permito esta observación es más en interés de usted que en el mío, o por mi amor propio. Después de todo, el mariscal es el amo. Además, querido, ¡nos reprochan ya tantas cosas, que una más o menos no importa! No poseemos ya la virginidad en cuestión de críticas. Cuando la Restauración, se hicieron muchos nombramientos con el solo objeto de dar sueldos y sin preocuparse del servicio... Somos amigos antiguos.

- Sí - respondió el barón -, y precisamente por no alterar nuestra antigua y preciosa amistad es por lo que...

- Vamos - repuso el jefe del personal al ver la contrariedad que denotaba la cara de Hulot -, amigo mío, me iré de viaje. Pero tenga cuidado, porque tiene usted enemigos, es decir, gentes que codician su magnífico sueldo y usted sólo está amarrado por un áncora. ¡Ah!, si fuese usted diputado, como yo, no tendría nada que temer; de modo que mucho cuidado.

Estas amistosas palabras produjeron viva impresión al consejero de Estado.

- Pero en fin, Roger, ¿qué hay? No se haga usted el misterioso conmigo.

El personaje a quien Hulot llamaba Roger miró a Hulot, le tomó la mano y se la estrechó.

- Somos demasiado amigos para que no me permita darle un consejo. Si quiere usted permanecer en su cargo, será preciso que usted mismo se busque un retiro. De modo que, en la situación en que usted se halla, en lugar de pedir al mariscal la plaza del señor Coquet para el señor Marneffe, yo le rogaría que emplease su influencia para reservarme el Consejo de Estado, donde moriría tranquilo y, como el castor, abandonaría mi dirección general a los cazadores.

-¡Cómo! ¿Olvidaría el mariscal...?

- Querido mío, el mariscal le ha defendido a usted tan bien en el Consejo de Ministros, que ya no se piensa en destituirle a usted; pero se ha tratado de ello; así es que no dé usted pretextos. No quiero decirle nada más. En este momento puede usted imponer condiciones y ser consejero de Estado y par de Francia. Si espera usted demasiado, si da usted que hablar, no respondo de nada. Conque, ¿quiere usted que viaje?

- No, espere - respondió Hulot -; veré al mariscal y enviaré a mi hermano a sondear el terreno cerca del patrón.

Fácil es comprender el humor que llevaría a casa de la señora Marneffe el barón, el cual había olvidado casi que era padre, pues Roger le había dado pruebas de verdadera y buena amistad aclarándole su posición. Sin embargo, era tal la influencia que ejercía sobre él Valeria, que a la mitad de la comida el barón se puso al unísono y dio pruebas de una alegría tanto mayor cuanto que eran muchas las preocupaciones que tenía que olvidar; pero el desgraciado no sospechaba que durante aquella velada iba a hallarse en la alternativa de su dicha y el peligro señalado por el jefe del personal, es decir, obligado a optar entre la señora Marneffe y su posición. A eso de las once, en el momento en que la velada llegaba a su apogeo de animación, pues el salón estaba lleno de gente, Valeria se llevó a Héctor consigo y se sentó con él en el rincón de un diván.

- Viejo mío - le dijo al oído -, tu hija se ha irritado tanto porque Wenceslao viene aquí, que lo ha plantado. Esa Hortensia es una mala cabeza. Dile a Wenceslao que te enseñe la carta que le ha escrito esa tontuela. Esta separación de dos enamorados, de la cual dicen que yo soy la causa, puede hacerme mucho daño, pues éste es el modo que emplean las mujeres virtuosas para atacarme. Es un escándalo el hacerse la víctima para criticar a una mujer que no ha cometido más culpas que tener una casa agradable. Si tú me quieres, me disculparás reconciliando a los dos tortolitos. Por otra parte, yo no tengo interés alguno en recibir a tu yerno, pues ya sabes que eres tú el que lo has traído; puedes llevártelo si quieres. Si tienes autoridad en tu familia, me parece que bien puedes exigirle a tu mujer que haga esta reconciliación. Dile de mi parte a esa buena vieja que si me echan injustamente la culpa de haber sembrado la discordia en un matrimonio joven y turbar la unión de una familia echando a perder al padre y al yerno, haré méritos para esa reputación defendiéndome a mi manera. ¿No ves a Isabela que habla ya de dejarme? Prefiere a su familia, y no quiero criticarla. Acaba de decirme que si los jóvenes no se reconcilian, ella no se queda aquí. Y entonces sí que estaríamos bien, el gasto triplicado.

-¡Oh! Respecto a eso - dijo el barón al saber el escándalo de su hija -, yo pondré orden en mi casa.

- Bueno - repuso Valeria -; a otra cosa. ¿Y la plaza de Coquet?

- Eso - respondió Héctor bajando los ojos - es más difícil, por no decir imposible.

-¡Imposible, mi querido Héctor! - dijo la señora Marneffe al oído del barón -. Tú no sabes cómo se va a poner Marneffe. Yo estoy en su poder, y él en cosas de interés es inmoral, como todos los hombres; pero es excesivamente vengativo, como todos los espíritus raquíticos e impotentes. En la situación en que me has puesto, estoy a su discreción. Si me reconcilio con él, dentro de algunos días es capaz de no dejar mi cuarto.

Hulot hizo un prodigioso alzamiento de hombros.

- Me dejaba tranquila con la condición de ser jefe de negociado. Esto es infame, pero es lógico.

- Valeria, ¿me amas?

- Querido mío, esa pregunta, en el estado en que me encuentro, es una injusticia de lacayo.

- Pues bien; si yo quisiera intentar, nada más que intentar, pedir al mariscal una plaza para Marneffe, no sería ya nada para él y Marneffe sería destituido.

-¡Yo creía que el príncipe y tú erais dos amigos íntimos!

- Sí, y así me lo ha probado más de una vez. Pero hija mía, por encima del mariscal hay alguien.... está todo el Consejo de Ministros... Con un poco de tiempo, bordeando el asunto, llegaremos a ello... Para triunfar es preciso esperar el momento en que él me pida algún favor, y entonces podré decirle: Toma y daca.

- Mi pobre Héctor, si yo le digo eso a Marneffe, nos jugará alguna mala pasada. Mira, dile tú mismo que tiene que esperar, porque yo no quiero encargarme. ¡Oh!, conozco mi suerte, y él, que sabe cómo castigarme, no querrá dejar mi cuarto. ¡Ah!, no olvides los mil doscientos francos de renta para el pequeño.

Al sentirse amenazado en su placer, Hulot llamó aparte al señor Marneffe, y le asustaba tanto la perspectiva de aquel agonizante en el cuarto de aquella mujer bonita, que por primera vez abandonó el tono altanero que acostumbraba a emplear con él.

- Marneffe, amigo mío - le dijo -, hoy hemos tratado de usted y he podido ver que sólo con el tiempo podré lograr que sea usted jefe de negociado.

- Señor barón, lo seré - replicó terminantemente Marneffe.

- Pero querido mío...

- Señor barón, lo seré - repitió Marneffe, mirando alternativamente al barón y a Valeria - Usted ha puesto a mi mujer en la necesidad de reconciliarse conmigo, y ahora yo me aprovecho, porque, querido mío, está encantadora - añadió con espantosa ironía -. Yo soy aquí más amo que usted en el Ministerio.

Librodot

El barón sintió en sí mismo uno de esos dolores que producen en el corazón el efecto de un dolor de muelas, y estuvo a punto de dejar ver que lloraba. Durante aquella corta escena, Valeria notificó a Enrique Montes la pretendida voluntad de Marneffe y se desembarazaba así de él por algún tiempo.

De los cuatro fieles, Crevel, poseedor de su casita económica, fue el único exceptuado de esta medida; así es que dejaba ver en su fisonomía un aire de beatitud insolente, a pesar de las reprimendas que le dirigía Valeria por medio de fruncidos de cejas y significativas muecas; pero su radiante paternidad se reflejaba en todas sus acciones. A una palabra de reproche que Valeria fue a decirle al oído, le cogió la mano y le respondió:

- Duquesa mía, mañana tendrás tu palacete; mañana es la adjudicación definitiva.

-¿Y el mobiliario? - respondió ella sonriente.

- Tengo mil acciones de Versalles, orilla izquierda, compradas a ciento veinticinco francos, y muy pronto se pondrán a trescientos, a causa de una fusión de dos caminos en cuyo secreto me han puesto. Tendrás un mobiliario como una reina; pero serás únicamente mía, ¿verdad?

- Sí, gordo alcalde - dijo sonriéndose aquella señora Merteuil burguesa -; pero cuidado, respeta a la futura señora de Crevel.

- Mi querido primo - le dijo Isabela al barón -, mañana temprano estaré en casa de Adelina, porque ya comprenderá usted que decentemente yo no puedo permanecer aquí. Iré a llevar la casa de su hermano el mariscal.

- Esta noche vuelvo a mi casa - dijo el barón.

- Bueno, yo iré mañana a almorzar - respondió Isabela, sonriendo.

La solterona comprendió cuán necesaria sería su presencia en la escena de familia que tendría lugar al día siguiente. Así, muy de mañana se fue a casa de Victorino, a quien comunicó la separación de Hortensia y de Wenceslao.

Cuando el barón entró en su casa, a eso de las diez y media de la noche, Marieta y Luisa, que habían trabajado mucho aquel día, cerraban la puerta de la habitación, de modo que Hulot no tuvo necesidad de llamar. El marido, muy contrariado por tener que ser virtuoso, se encaminó directamente al cuarto de su mujer y, por la puerta entreabierta, la vio prosternada ante un crucifijo, sumida en la oración, en una de esas actitudes que bastan para labrar la gloria de los pintores y de los escultores bastante afortunados para reproducirlas con fidelidad. Adelina, embriagada por la exaltación, decía en voz alta:

-¡Dios mío, haznos la gracia de iluminarle!

Así rogaba la baronesa a Dios por su Héctor.

Ante aquel espectáculo, tan diferente del que acababa de dejar, y al oír esta frase dictada por el acontecimiento de aquel día, el barón, enternecido, dejó escapar un suspiro. Adelina se volvió con el rostro cubierto de lágrimas y creyó tan ciegamente que había sido escuchada por

Dios, que dio un salto y se abrazó a su Héctor con la fuerza que da la pasión dichosa. Adelina se había despojado de todo interés de mujer, pues el dolor apagaba hasta la memoria. No había en ella ya más que maternidad, honor de la familia y el más puro afecto de una esposa cristiana hacia un marido descarrilado: aquella santa ternura que sobrevive a todo en el corazón de la mujer. Todo esto se adivinaba.

-¡Héctor! - le dijo al fin -. ¿Volverás otra vez a nuestro lado? ¿Se habrá apiadado Dios de nuestra familia?

- Querida Adelina - repuso el barón, entrando y sentando a su mujer en un sofá a su lado -; eres la criatura más santa que conozco, y hace mucho tiempo que me considero ya digno de ti.

- Amigo mío, ¡qué poco, qué poco tendrías que hacer para restablecer el orden! - dijo ella tomando la mano de Héctor y temblando de tal modo, que parecía atacada de perlesía.

No se atrevió a seguir, comprendió que cada palabra sería una queja, y no quería turbar la dicha que aquella entrevista le proporcionaba, entrando a raudales en su alma.

- Hortensia me trae aquí - repuso Hulot -. Esa muchacha puede hacernos tanto daño con su precipitado paso como nos ha hecho mi absurda pasión por Valeria. Pero mañana por la mañana hablaremos de todo esto, porque, según me ha dicho Marieta, Hortensia está durmiendo y debemos dejarla tranquila.

- Sí - dijo la señora Hulot, embargada de pronto por profunda tristeza.

Adivinó que el barón volvía a su casa traído, más que por el deseo de ver a su familia, por un interés extraño.

- Dejémosla tranquila también mañana, porque la pobre muchacha está en un estado deplorable y se ha pasado todo el día llorando - dijo la baronesa.

Al día siguiente, a las nueve de la mañana, el barón, esperando a su hija, a quien había mandado recado de que deseaba verla, se paseaba por el inmenso salón inhabitado, buscando razones para vencer la testarudez más difícil de domar, la de una joven ofendida e implacable, como es la juventud irreprochable, que no conoce las vergonzosas conveniencias del mundo, porque ignora sus pasiones y sus intereses.

-¡Aquí me tienes, papá! - dijo con voz temblorosa Hortensia, pálida aún a causa del disgusto de la víspera.

Hulot, sentado en una silla, tomó a su hija por el talle y la obligó a que se sentara en sus rodillas.

- Vamos a ver, hija mía - dijo, besándola en la frente -. ¿Ha habido tormenta en el hogar y hemos hecho una calaverada? Esto no es propio de una muchacha bien educada. Mi Hortensia no debía tomar por sí sola una decisión como la de dejar su casa y abandonar a su marido sin consultar a sus padres. Si mi querida Hortensia hubiese venido a ver a su buena y excelente madre, no me habría causado el violento disgusto que ahora siento. Tú no conoces el mundo: es muy malo. Habrá quien dirá que ha sido tu marido quien te ha despedido de su casa. Las

niñas criadas como tú en el regazo materno no dejan de ser niñas tan pronto como las demás y no conocen la vida. La pasión sencilla y única, como la que tú sientes por Wenceslao, no calcula, desgraciadamente, nada, y se deja llevar por sus primeros impulsos. Vuestro corazoncito se indigna y la cabeza le sigue. Para vengaros seríais capaces de pegarle fuego a París sin pensar en los Tribunales. Cuando tu anciano padre viene a decirte que no has respetado las conveniencias sociales, puedes creerle; y no te hablo aún del profundo dolor que me has causado, que es muy amargo, pues haces recaer tus quejas sobre una mujer cuyo corazón no conoces y cuya enemistad puede llegar a ser terrible. ¡Ay de mí! Tú, tan llena de candor, de inocencia y de pureza, no sospechas nada, no sabes que puedes ser deshonrada y calumniada. Por otra parte, angelito mío, has tomado en serio lo que es una broma, y yo puedo garantizarte la inocencia de tu marido. La señora Marneffe...

Hasta aquí el barón, como consumado diplomático, modulaba admirablemente sus amonestaciones. Como se ha visto, había dorado la píldora antes de pronunciar aquel nombre; pero al oírlo, Hortensia hizo un gesto propio de una persona herida en lo más vivo.

- Escúchame, que yo tengo experiencia y lo he observado todo - repuso el padre, impidiendo que su hija hablase. Esa dama trata a tu marido muy fríamente. Sí; tú has sido objeto de una mixtificación, y yo voy a darte las pruebas. Mira, Wenceslao estaba ayer comiendo...

-¡Cómo! ¿Comía allí? - exclamó la joven irguiéndose y mirando a su padre con el horror pintado en el semblante - ¡Ayer! ¿Después de haber leído mi carta? ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Por qué no he entrado en un convento en lugar de casarme? Hoy la vida ya no me pertenece, porque tengo un hijo - añadió, sollozando.

Estas lágrimas llegaron al alma a la señora Hulot, la cual salió de su cuarto, corrió hacia su hija, la tomó en sus brazos y la hizo esas estúpidas preguntas que el dolor nos dicta en los primeros instantes.

- Ya tenemos las lágrimas - se decía el barón -. ¡Qué lástima, cuando iba todo tan bien! ¿Qué hacer ahora con mujeres que lloran?

- Hija mía - dijo la baronesa a Hortensia -, escucha a tu padre, porque él te quiere.

- Vamos a ver, Hortensia, hijita mía, no llores; te pones demasiado fea - dijo el barón -. Vamos a ver, un poco de juicio. Vuelve tranquilamente a tu casa, y yo te prometo que Wenceslao no volverá a poner más los pies en esa casa. Te pido este sacrificio, si es que puede llamarse sacrificio el hecho de perdonar a un marido a quien se quiere la más ligera de las faltas. Te lo pido por mis canas, por el amor que tienes a tu madre. ¿Quieres llenar los últimos años de mi vida de amargura y de pena?

Como una loca, Hortensia se arrojó a los pies de su padre de un modo tan desesperado, que sus cabellos, mal sujetos, se desataron, tendiéndole las manos con un gesto que dejaba ver todo el dolor de su alma.

- Padre mío, tome usted mi vida si la quiere - le dijo -; pero al menos tómela pura y sin mancha, que yo se la daré gustosa; pero no me pida que muera deshonrada, criminal. Yo no me parezco a mi madre; no puedo soportar ultrajes. Si vuelvo al hogar conyugal, soy capaz de ahogar a Wenceslao en un momento de celos, o hacer alguna cosa todavía peor. No exija

usted de mí cosas que son superiores a mis fuerzas. No tengan que llorarme estando viva, porque lo menos que puede ocurrir es que me vuelva loca. ¡Siento la locura a dos pasos de mí! ¡Ayer! ¡Ayer comía en casa de esa mujer después de haber leído mi carta! ¿Son todos los hombres lo mismo? Le doy a usted mi vida, pero que no sea ignominiosa mi muerte. ¿Ligera su falta? ¡Tener un hijo de esa mujer!

-¡Un hijo! - dijo Hulot, dando dos pasos atrás -. Vamos, seguramente eso debe ser una broma.
En este momento, Victorino y la prima Bela entraron y quedaron asombrados ante aquel espectáculo. La hija estaba prosternada a los pies de su padre. Y la baronesa, muda y animada por el doble sentimiento de madre y de esposa, enseñaba una cara descompuesta, llena de lágrimas.

- Isabela - dijo el barón, cogiendo a la solterona por la mano y señalándole a Hortensia -, tú puedes venir en mi ayuda. Mi buena Hortensia no está buena de la cabeza y cree que su Wenceslao ama a la señora Marneffe, cuando, en realidad, lo único que ésta deseaba era tener un grupo suyo.

-¡Sí, Dalila! - gritó la joven -. La única cosa que ha hecho en un momento después de nuestro matrimonio. Ese señor no podía trabajar para mí ni para su hijo, y ha trabajado para esa perdida con un ardor... ¡Oh! Acabe usted, padre mío, porque cada una de sus palabras es para mí una nueva puñalada en el corazón.

Dirigiéndose a la baronesa y a Victorino, Isabela se encogió de hombro, y, con un gesto de compasión, señaló al barón, el cual no podía verla en aquel momento.

- Escuche usted, primo mío - dijo Isabela -. Yo no sabía lo que era la señora de Marneffe cuando usted me rogó que fuese a vivir con ella y a dirigir su casa; pero en tres años se aprenden muchas cosas. Esa criatura es una cualquiera, y está tan depravada, que sólo puede ser comparada a su infame y horrible marido. Usted está siendo la burla, el hazmerreír de esas gentes, que le llevarán más lejos de lo que usted se piensa. Es preciso hablarle claramente, porque le veo al borde de un abismo.

Oyendo hablar de aquel modo a Isabela, la baronesa y su hija le dirigieron miradas semejantes a las que los devotos dirigen a la Virgen después de haberles salvado la vida.

- Esa horrible mujer ha querido destruir el hogar de su yerno. ¿Con qué objeto? No lo sé; porque mi inteligencia es demasiado débil para que pueda ver claro en esas tenebrosas intrigas, tan perversas, innobles e infames. La señora Marneffe no ama a su yerno, pero lo quiere a sus pies por venganza. Acabo de tratar a esa miserable como se merece. Es una cortesana sin pudor, y le he dicho que abandonaba su casa porque quería desprender mi honor de ese cenagal. Yo soy ante todo de mi familia. He sabido que mi primita había dejado a Wenceslao, y vengo. Su Valeria, a quien cree usted una santa, es la causa de esta separación. ¿Puedo yo permanecer en casa de semejante mujer? Nuestra querida Hortensia - dijo, tocando el hombro al barón de una manera significativa - es tal vez víctima del deseo de una de esas mujeres que por tener una alhaja sacrificarían a una familia. Yo no creo culpable a Wenceslao; pero lo creo débil, y no digo que no sucumba ante tan refinadas coqueterías. Mi resolución está tomada. Esa mujer le es a usted funesta y le dejará sin camisa. No quiero que crea que tomo parte en la ruina de mi familia, yo, que estoy allí hace tres años para impedirla. Primo mío, está usted engañado. Dígale claramente que no gestionará usted el ascenso del

Librodot

señor Marneffe, y ya verá lo que le ocurre. Ya veréis cómo os arrojan por las orejas, aunque estéis bien afirmado en los estribos.

Isabela levantó a su primita y la abrazó apasionadamente, diciéndole al oído:

- Hortensia querida, sigue manteniéndote firme.

La baronesa abrazó a su prima Bela con el entusiasmo de una mujer que se ve vengada. Toda la familia guardaba silencio ante su padre, lo bastante listo para comprender lo que significaba aquel silencio. Una cólera formidable se pintó en su frente y en su rostro, todas sus venas se hincharon, los ojos se le inyectaron en sangre y su tez tomó aspecto marmóreo. Adelina se apresuró a arrojarse a sus pies y, tomándole las manos, le dijo:

- Amigo mío, amigo mío, perdón.

-¡Os soy odioso! - dijo el barón, dejando escapar el grito de su conciencia.

Todos conocemos nuestras culpas y suponemos en nuestras víctimas los sentimientos odiosos que debe inspirarles la venganza. A pesar de los esfuerzos de la hipocresía, nuestro lenguaje o nuestro rostro confiesa en medio de una tortura imprevista, como confesaba antaño el criminal entre las manos del verdugo.

- Nuestros hijos - dijo, para volver sobre su confesión - acaban por convertirse en nuestros enemigos.

- Padre mío - dijo Victorino.

- No interrumpa usted a su padre - repuso el barón con formidable voz, mirando a su hijo.

- Escuche usted, padre mío - dijo Victorino con voz firme y serena, la voz de un diputado puritano -; conozco el respeto que le debo para no faltar nunca a él, y usted tendrá siempre en mí seguramente un hijo el más sumiso y el más obediente.

Todos los que asisten a las sesiones de las Cámaras hubieran reconocido las costumbres de la lucha parlamentaria en aquellas frases correosas con que suelen calmarse las irritaciones momentáneas para ganar tiempo.

- Estamos muy lejos de ser enemigos suyos - dijo Victorino -. Yo he reñido con mi suegro, el señor Crevel, por haber retirado los sesenta mil francos de letras de cambio de Vauvinet, y seguramente ese dinero está en manos de la señora Marneffe. ¡Oh!, no le critico a usted, padre mío - añadió al ver un gesto del barón -; pero quiero únicamente unir mi voz a la de la prima Isabela y hacerle observar que si mi abnegación por usted es ciega y sin límites, padre mío, desgraciadamente nuestros recursos pecuniarios son limitados.

-¡Dinero! - dijo, cayendo sobre una silla, el apasionado anciano, aplastado ante aquel razonamiento -. ¡Y es mi hijo el que me lo dice! Se le devolverá a usted, señor mío - añadió, levantándose.

Encaminose hacia la puerta.

-¡Héctor!

Este grito hizo volver al barón, el cual mostró a su mujer un rostro inundado por las lágrimas. Ella le abrazó con la fuerza de la desesperación.

- No te vayas así... No nos dejes de ese modo; yo no te he dicho nada.

Al oír este grito sublime, los hijos se arrojaron a los pies de su padre.

- Todos le queremos a usted - dijo Hortensia.

Isabela, inmóvil como una estatua, observaba aquel grupo con una sonrisa de soberbia en los labios. En este momento, el mariscal Hulot entró en la antesala, y la familia, al oír su voz, comprendió la importancia del secreto, y la escena cambió de pronto su aspecto. Los dos hijos se levantaron y cada cual procuró ocultar su emoción.

En aquel mismo instante se originaba también una disputa a la puerta entre Marieta y un soldado, que decía tener tanta prisa, que la cocinera entró en el salón diciendo:

- Señor, un furriel del regimiento que viene de Argelia quiere hablarle a usted a toda costa.

- Que espere.

- Señor - dijo Marieta al oído de su amo -, me ha encargado que le dijese en voz baja que se trataba de su señor tío.

El barón tembló, creyó que le enviaban los fondos que había pedido secretamente hacía dos meses para pagar sus letras de cambio y, dejando a su familia, corrió a la antesala, donde vio a un tipo alsaciano.

-¿Es el señor barón de Hulot?

- Sí.

-¿En persona?

- En persona.

El furriel, que removía durante este coloquio el forro interior de su quepis, sacó una carta, que el barón abrió rápidamente, leyendo lo siguiente:

«Sobrino mío: Lejos de poder enviar a usted los cien mil francos que me ha pedido, mi situación es insostenible si no toma usted enérgicas medidas para salvarme. Tenemos encima un fiscal que habla de moral y arma un guirigay de tonterías acerca de la Administración. Imposible hacer callar a ese tal. Si el Ministerio de la Guerra se deja ganar la mano por los «trajes negros», estoy perdido. Estoy seguro del portador; trate de recompensarle, porque nos ha hecho un buen servicio. No me deje abandonado a merced de los cuervos.»

Aquella carta hizo el efecto de un rayo, viendo en ella el barón cómo salían a luz las luchas intestinas que todavía hoy surgen en el gobierno de Argelia entre el elemento civil y el militar, y que inmediatamente debía buscar algún paliativo para curar la llaga que se declaraba. Le dijo al soldado que volviese al día siguiente y, después de haberle despedido, no sin prometerle una buena recompensa, volvió al salón.

- Buenos días, y adiós, hermano mío - le dijo al mariscal -. Adiós, hijos míos; adiós, mi buena Adelina. Y ¿qué va a ser de ti, Isabela?

- Voy a encargarme de la casa del mariscal, pues es preciso que acabe mi vida prestándoos siempre servicios a los unos o a los otros.

- No dejes a Valeria sin que yo te haya visto - dijo Hulot al oído de su prima -. Adiós, Hortensia, mi pequeña insubordinada; procura ser muy razonable; cuando yo arregle ciertos asuntos graves continuaremos la cuestión de tu reconciliación. Piensa en ella, gatita mía - le dijo, abrazándola.

Abandonó a su mujer y a sus hijos, dando muestras de tal turbación, que éstos quedaron sumamente intranquilos.

- Isabela - dijo la baronesa -, es preciso saber lo que tiene Héctor, porque nunca le he visto en ese estado. Quédate dos o tres días más en casa de esa mujer, porque a ella se lo dice todo, y así podremos saber lo que le ocurre. No tengas cuidado, ya me cuidaré yo de arreglar tu matrimonio con el mariscal, matrimonio que es hoy más necesario que nunca.

- Nunca olvidaré el valor que has tenido esta mañana - dijo Hortensia a Isabela, abrazándola.

- Has vengado a nuestra pobre madre - dijo Victorino.

El mariscal observaba con curiosidad los testimonios de afecto que prodigaban a Isabela, la cual se fue en seguida a contarle la escena a Valeria.

Esta descripción permite a las almas inocentes adivinar los diferentes estragos que las señoras Marneffe producen en las familias y los medios que tienen de herir a pobres mujeres virtuosas, en apariencia tan lejos de ellas. Pero si se quiere transportar con el pensamiento estos disgustos al piso superior de la sociedad, a las gradas del trono, se ve lo que deben de haber costado las queridas de los reyes, se adivina la extensión de las obligaciones del pueblo para con sus soberanos cuando éstos dan ejemplo de buenas costumbres y de vida de familia.

En París cada ministerio es una pequeña ciudad, de la que están desterradas las mujeres; sin embargo, hay en ellos chismes y cuentos, como si estuviesen ocupados por la población femenina. Desde hacía tres años la posición del señor Marneffe se había visto, por decirlo así, aclarada, puesta a la luz del día, y en las oficinas se preguntaban: «¿Será o no será el señor Marneffe sucesor del señor Coquet?», del mismo modo que en la Cámara se preguntaban poco antes: «¿Pasará la dotación o no pasará?» Se observaban los menores movimientos en la dirección del personal, y se escudriñaba todo en la división del señor Rulot. El astuto consejero de Estado había procurado atraerse a su partido a la víctima de la promoción de Marneffe, un hombre trabajador y capaz, diciéndole que si quería hacer el trabajo de Marneffe

sería infaliblemente su sucesor, cosa que no estaba lejos de suceder a causa de la escasa salud que Marneffe tenía. Este empleado intrigaba por Marneffe.

Cuando Rulot atravesó su salón de audiencia, lleno de visitantes, vio en un rincón la cara lívida de Marneffe y se apresuró a llamarle el primero.

-¿Qué tiene usted que pedirme, querido? - dijo el barón, ocultando su inquietud.

- Señor director, se burlan de mí en las oficinas, porque se acaba de saber que el señor director del personal se ha ido esta mañana con licencia, por razón de salud, y su viaje durará próximamente un mes. Esperar un mes ya se sabe lo que quiere decir. Usted me hace ser la risa de mis enemigos, y me parece que basta que le critiquen a uno por un lado, porque siendo por dos, señor director, la caja podría reventar.

- Mi querido Marneffe, es preciso un poco de paciencia para llegar al fin. No podrá usted ser jefe de negociado, si es que es posible, hasta dentro de dos meses. Yo no puedo pedir un ascenso escandaloso en el momento preciso en que tengo que consolidar mi posición.

- Si usted se va, yo no seré nunca jefe de negociado - dijo fríamente el señor Marneffe -. Conque así, haga que se me nombre, que no será ni más ni menos por eso.

-¿De modo que he de sacrificarme por usted? - preguntó el barón.

- Si no lo hiciera, perdería usted mucho en mi concepto.

- Es usted demasiado Marneffe, señor Marneffe - dijo el barón, levantándose y señalándole la puerta al subjefe.

- Tengo el honor de saludarle, señor barón - respondió humildemente Marneffe.

-¡Qué infame pillastre! - se dijo el barón -. Esto se parece bastante a un requerimiento de pago antes de las veinticuatro horas, so pena de expropiación.

Dos horas después, en el momento en que el barón acababa de instruir a Claudio Vignon, a quien quería enviar al Ministerio de Justicia para tomar informes acerca de las autoridades judiciales que entendían en el asunto de Juan Fischer, abrió Reina el despacho del señor director y fue a entregarle una cartita que esperaba respuesta.

-¡Enviar a Reina! - se dijo el barón -. Valeria está loca, nos compromete a todos y compromete el nombramiento de ese abominable Marneffe.

Despidió al secretario particular del ministro y leyó lo que sigue:

«¡Ah, amigo mío! ¡Qué escena acabo de sufrir! Si me has procurado la dicha estos tres años, bien cara te la pago. Ha vuelto de la oficina en un estado tal de furor, que me ha hecho temblar. Sabía que era muy feo, pero le he visto monstruoso. Sus cuatro dientes propios temblaban y me ha amenazado con su odiosa compañía si continuaba recibiéndote. ¡Ay de mí!, gatito mío, nuestra puerta estará cerrada para ti en lo sucesivo. Ya ves mis lágrimas que caen sobre el papel y que lo empapan. ¿Podrás leer esta carta, mi querido Héctor? ¡Ah! ¡No

verte más! ¡Renunciar a ti, cuando me has dado un poco de tu vida, como me diste tu corazón, es morir! Piensa en nuestro pequeño Héctor, no me abandones; pero no te deshonres tampoco por Marneffe, no cedas aún a sus amenazas. ¡Ah!, te amo aún como no he amado nunca. Me he acordado de todos los sacrificios que has hecho por tu Valeria, y ésta no te es ni te será ninguna ingrata; tú eres y serás mi único marido. No pienses ya en los mil doscientos francos de renta que te pido para nuestro pequeño Héctor, que vendrá dentro de algunos meses. Ya no quiero costarte más nada. Por otra parte, mi fortuna será siempre tuya.

¡Ah! Héctor mío, si tú me amases como yo te amo, pedirías el retiro, dejaríamos aquí cada uno a nuestras familias y nos iríamos a vivir con Isabela a algún país bonito, a Bretaña, o adonde tú quisieras. Allí no veríamos a nadie y seríamos felices lejos de todo este mundo. Tu retiro y lo poco que yo tengo a mi nombre nos bastará. Tú, que te vuelves celoso, verías a tu Valeria ocupada únicamente en su Héctor, y no tendrías que enfadarte como el otro día. No tendré nunca más que un hijo, y ése será el nuestro. No tengas duda de ello, viejo gruñón, amado mío. No, tú no puedes figurarte mi rabia, porque es preciso saber cómo me ha tratado y las groserías que ha vomitado contra tu Valeria. Sus palabras ensuciarían este papel, y una mujer como yo, la hija de Montcornet, no debiera haber oído nunca ni una sola de aquéllas. ¡Oh! Yo hubiera querido que hubieses estado aquí para castigarle con el espectáculo de la pasión insensata que por ti siento. Mi padre hubiese dado de sablazos a ese miserable; pero yo sólo puedo hacer lo que puede una mujer: ¡amarte con frenesí! Amor mío, en el estado de desesperación en que me encuentro me es imposible renunciar a verte. Sí, quiero verte en secreto todos los días. Nosotras las mujeres somos así: yo me adhiero a tu modo de pensar. Por favor, si me amas, no le hagas jefe de negociado, déjalo que reviente siendo subjefe. En este momento no tengo buena la cabeza, pues aún me parece oír sus injurias. Bela, que quería dejarme, se ha apiadado de mí y se queda algunos días.

Querido mío, no sé aún qué hacer. No veo más que la huida. Siempre me ha gustado el campo; conque así, vámonos a Bretaña, a Languedoc, o donde más quieras, con tal de que pueda amarte en libertad. ¡Pobre gato! ¡Cómo te compadezco? Hete ya obligado a volverte con tu vieja Adelina, a aquella urna lagrimal, pues el monstruo ha debido decirte que me velará noche y día, y llegó hasta a nombrar a la policía. No vengas, pues, porque desde el momento en que hacía conmigo la más innoble de las especulaciones, le creo capaz de todo.

Quisiera poder devolverte todo lo que debo a tus generosidades. ¡Ah! mi buen Héctor, yo habré podido coquetear y te habré parecido ligera; pero tú no conocías a tu Valeria; le gustaba atormentarte, pero te prefiere a todo el mundo. No te pueden impedir que vengas a ver a tu prima, y yo voy a combinar con ella el medio de hablarnos. Gatito mío, a falta de tu querida presencia, escríbeme por favor cuatro letras para tranquilizarme... (¡Oh, daría una mano por tenerte en mi diván!) Una carta tuya me hará el efecto de un talismán; escríbeme algo que encierre toda tu alma hermosa. Como no sabría dónde esconderla, te devolveré la carta, pues él lo registra todo y es preciso ser prudente. En fin, tranquiliza a tu Valeria, a tu mujer, a la madre de tu hijo. ¡Estar obligada a escribirte yo, que te veía todos los días! Ahora le digo a Isabela: «Yo no conocía mi dicha.» Mil caricias, gatito mío. Quiere mucho a tu
Valeria»

- Y hay lágrimas - se dijo Hulot al acabar la carta -, lágrimas que hacen ilegible su nombre. ¿Qué tal está? - le dijo a Reina.

Librodot

- La señora está en la cama y tiene convulsiones - respondió Reina -. Después de haber escrito, le ha dado un ataque de nervios terrible. ¡Oh!, es de haber llorado... Se oía la voz del señor en la escalera.

El barón, en medio de su turbación, escribió la siguiente carta en un papel con membrete oficial:

«No tengas cuidado, ángel mío, que reventará siendo subjefe. Tu idea es excelente. Nos iremos a vivir lejos de París, seremos felices con nuestro pequeño Héctor, pediré mi retiro y encontraré algún buen destino en ferrocarriles. ¡Ah!, amiga querida, con tu carta me siento rejuvenecido. Empezaré vida nueva y, ya lo verás, le legaré una fortuna a nuestro pequeño. Leyendo tu carta, mil veces más ardiente que las de la nueva Eloísa, he visto realizarse un milagro: yo no creía que mi amor pudiese aumentar. Esta noche verás en casa de Isabela a quien será para siempre tu
Héctor.»

Reina se llevó esta respuesta, que era la primera carta que el barón escribía a su amable amiga. Semejantes emociones formaban un contrapeso a los desórdenes que se cernían en el horizonte; pero en aquel momento, el barón, creyendo estar seguro de parar los golpes dirigidos a su tío Juan Fischer, sólo se preocupaba ya del déficit.

Una de las particularidades del carácter bonapartista es la fe en el poder del sable, la certidumbre de la preeminencia de lo militar sobre lo civil. Hulot se burlaba del fiscal de Argelia, donde reina el ministro de la Guerra. El hombre sigue siendo lo que ha sido. ¿Cómo pueden los oficiales de la Guardia Imperial olvidarse de haber visto a los alcaldes de las buenas ciudades del Imperio y a los prefectos del emperador, esos emperadores a pie, que iban a recibir a la Guardia Imperial, a despedirla al límite de los distritos que atravesaba, y a hacerla, en fin, honores soberanos?

A las cuatro y media, el barón se encaminó a casa de la señora Marneffe y, al subir la escalera, el corazón le latía como a un joven, pues se hacía mentalmente esta pregunta: «¿La veré? ¿No la veré?» ¿Cómo había de acordarse de la escena de la mañana, en que su familia toda yacía a sus pies llorando? La carta de Valeria, guardada sobre su corazón en una elegante cartera, ¿no le probaba que era más amado que el más amado de los jóvenes? Después de haber llamado el infortunado barón, oyó pasos y la execrable tos del inválido Marneffe, el cual abrió la puerta para ponerse en posición e indicar a Hulot la escalera, mediante un gesto enteramente semejante a aquel que había empleado Hulot para enseñarle la puerta de su despacho.

- Es usted demasiado Hulot, señor Hulot - le dijo.

El barón quiso pasar; pero Marneffe sacó una pistola de su bolsillo y la montó.

Señor consejero de Estado, cuando un hombre es tan vil como yo, porque usted me cree muy vil, ¿verdad?, sería el último de los bandidos si no supiese sacar todos los beneficios de su honor vendido. Ya que quiera usted guerra, sea, guerra sin cuartel. No vuelva más y no intente pasar, porque he avisado al comisario de Policía explicándole mi situación con usted.

Y aprovechándose de la estupefacción de Hulot lo empujó hacia fuera y cerró la puerta.

Librodot

-¡Qué consumado bandido! - se dijo Hulot, subiendo al piso de Isabela -. ¡Oh! Ahora comprendo la carta. Valeria y yo nos iremos de París. Valeria es mía para el resto de mis días. Ella me cerrará los ojos.

Isabela no estaba en su casa. La señora Olivier comunicó a Hulot que su prima había ido a casa de la baronesa, esperando encontrar allí al señor barón.

-¡Pobre muchacha! Nunca la hubiera creído tan astuta como lo ha sido esta mañana - se dijo el barón, recordando la conducta de Isabel, al mismo tiempo que emprendía el camino desde la calle de Vanneau a la de Plumet.

Al salir de la calle de Vanneau para entrar en la de Babilonia, el barón dirigió una mirada al Edén de donde el esposo le desterraba con la espada de la ley en la mano. Valeria, asomada a la ventana, seguía a Hulot con los ojos, y cuando éste levantó la cabeza, ella agitó su pañuelo; pero el infame Marneffe dio un cachete a su mujer y la obligó a dejar la ventana. Entonces una lágrima acudió a los ojos del consejero de Estado.

-¡Ser amado de este modo, ver que maltratan a una mujer y estar próximo a cumplir setenta años! - se dijo.

Isabela había ido a anunciar a la familia la buena nueva. Adelina y Hortensia sabían ya que el barón, no queriendo deshonrarse a los ojos de todos sus compañeros nombrando a Marneffe jefe de negociado, sería despedido por este marido convertido en un hulótfobo. La feliz Adelina había encargado una buena comida para que Hulot la encontrase mejor que en casa de Valeria, y la adicta Isabela ayudó a Marieta a obtener este difícil resultado. La prima Bela había pasado al estado de ídolo; la madre y la hija le besaban las manos y le hablan comunicado con gran alegría que el mariscal consentía en que fuese su ama de llaves.

- Querida mía, de aquí a ser su mujer no hay más que un paso - le había dicho Adelina.

- En fin, cuando Victorino le habló de ello, él no dijo que no - añadió la condesa de Steinbock. El barón fue acogido por su familia con testimonios de afecto tan conmovedores y tan llenos de amor, que se vio obligado a disimular su pena. El mariscal fue a comer con ellos. Después de comer, Hulot no salió. Victorino y su mujer se presentaron y se jugó al whist.

- Héctor, hacía mucho tiempo que no nos dedicabas la velada - dijo gravemente el mariscal.

Esta frase del veterano, que mimaba a su hermano y de este modo implícitamente le vituperaba, causó una impresión profunda. Se reconoció en ella las largas y profundas lesiones de un corazón donde todos los adivinados dolores habían encontrado un eco. A las ocho el barón quiso acompañar a Isabela, prometiendo volver.

- Bueno, Isabela, ¿sabes que la maltrata? ¡Ah! Nunca la he querido tanto.

-¡Ah! Yo no hubiera creído que Valeria le quisiese como le quiere - respondió Isabela -. Es ligera, es coqueta, le gusta verse cortejada; pero usted es su único amor.

-¿Y qué te ha dicho para mí?

- Ya sabe usted - repuso Isabela - que ella ha tenido ciertas bondades con Crevel, cosa que no hay que echarle en cara, porque es quien la ha librado de la miseria para el resto de sus días; pero en realidad, le detesta y me parece que ya ha acabado con él. Ahora bien, ha conservado la llave de una habitación...

-¿En la calle del Delfín? - exclamó el afortunado Hulot -. Sólo por eso le perdonaría lo de Crevel... Ya he estado allí, ya sé...

- Aquí tiene usted la llave - dijo Isabela -; mande que le hagan mañana mismo una igual, o dos, si es posible.

-¿Y después? - dijo ávidamente Hulot.

- Yo vendré a comer mañana con ustedes, usted me devolverá la llave de Valeria (pues el padre Crevel podría pedírsela) y pasado mañana acude usted al punto de la cita para ponerse de acuerdo. Estarán ustedes en completa seguridad, porque tiene dos salidas. Si, por casualidad, Crevel, que indudablemente tiene costumbres de Regencia, como él dice, entrase por el pasillo, saldrá por la tienda, y viceversa. ¿Qué le parece a usted, viejo pillo? A mí es a quien le debe todo esto. ¿Qué hará usted por mí?

- Lo que tú quieras.

- Bueno, no se oponga a mi matrimonio con su hermano.

-¡Tú mariscala de Hulot! ¡Tú condesa de Forzheim! - exclamó Héctor, sorprendido.

- Bien es baronesa Adelina - respondió la Bela con tono agrio y formidable -. Escuche usted, viejo libertino; ya sabe cómo están sus asuntos, y su familia puede verse mañana sin pan y sin hogar.

- Ése es mi terror - dijo Hulot, azorado.

- Si su hermano muere, ¿quién sostendrá a su mujer y a su hija? La viuda de un mariscal de Francia debe de tener lo menos seis mil francos de retiro, ¿verdad? Pues bien, viejo insensato, yo me caso para asegurar el pan de su mujer y de su hija.

- No me había fijado en eso - dijo el barón -. Ya le predicaré a mi hermano, porque de ti estamos seguros... Dile a mi ángel que mi vida es suya.

Y el barón, después de haber visto entrar a Isabela en la calle de Vanneau, se volvió a casa a hacer el whist. La baronesa estaba loca de alegría, porque hacía unos quince días que el barón parecía vuelto a la vida de familia, toda vez que se iba a la oficina a las nueve de la mañana, estaba de vuelta a las seis de la tarde para comer, pasaba la noche con su familia y llevó dos veces al teatro a Adelina y a Hortensia. La madre y la hija hicieron decir tres misas en acción de gracias y rogaron a Dios que les conservase el marido y el padre que les había devuelto. Una noche, Victorino Hulot, al ver que su padre iba a acostarse, le dijo a su madre:

- Vaya, somos felices, hemos vuelto a conquistar a nuestro padre, y ni mi mujer ni yo sentiremos el dinero empleado... si esto dura.

Librodot

- Vuestro padre va a cumplir pronto setenta años - dijo la baronesa -, y he notado que aún piensa en la señora Marneffe. Pero yo creo que esto durará poco: la pasión de las mujeres no es como el juego, la especulación y la avaricia, sino que tiene un término.

La hermosa Adelina, pues esta mujer seguía siendo hermosa a pesar de sus cincuenta años y de sus penas, se engañaba en esto. Los libertinos, esas gentes a quienes la Naturaleza ha dotado de la preciosa facultad de amar más allá de los límites que el amor señala, casi nunca tienen su edad. Durante aquel lapso de virtud, el barón había ido tres veces a la calle del Delfín y nunca había tenido setenta años. La pasión reanimada le rejuvenecía, y hubiese entregado a Valeria su honor, su familia, todo su ser, sin pesar alguno. Pero Valeria, completamente cambiada, no le hablaba nunca de dinero ni de los mil doscientos francos de renta para su hijo; al contrario, le ofrecía dinero, y parecía amar a Hulot como ama una mujer de treinta años a un estudiante de Derecho, muy pobre, muy poético y muy enamorado. ¡Y la pobre Adelina creía haber reconquistado a su querido Héctor! La cuarta cita de los dos amantes había quedado acordada, en el último momento de la tercera, absolutamente como antaño en la Comedia Italiana se anunciaba al fin de la representación la función del día siguiente. La hora señalada eran las nueve de la mañana. El día señalado para esta dicha, cuya esperanza hacía aceptar al apasionado anciano la vida de familia, a eso de las ocho de la mañana Reina fue a llamar al barón. Hulot, temiendo una catástrofe, deseó hablar a Reina, mas ésta no quiso entrar en la habitación. La fiel camarera entregó al barón la siguiente carta:

«Viejo gruñón mío: No vayas a la calle del Delfín; nuestra pesadilla está enfermo y tengo que cuidarle; pero no dejes de estar allí esta noche a las nueve. Crevel está en Corbeil, en casa del señor Lebás, y estoy segura de que no llevará ninguna princesa a su casita. Yo me he arreglado para tener la noche libre y puedo estar de vuelta antes de que Marneffe se despierte. Contéstame sobre esto, pues temo que tu elegiaca mujer no te deje en libertad como antes. Eres tú tan libertino y dicen que está ella tan hermosa aún, que te creo capaz de serme infiel. Quema esta carta, pues desconfío de todo.»

Hulot le escribió estas cuatro letras:

«Amor mío: Corno te he dicho ya, mi mujer desde hace veinticinco años nunca se ha opuesto a mis placeres. ¡Sacrificaría por ti a cien Adelinas! Esta noche, a las nueve, estaré en el templo de Crevel, esperando a mi divinidad. ¡Ojalá que el subjefe reviente pronto para que no tengamos que separarnos más! Éste es el mayor deseo de tu
Héctor.»

Por la noche, el barón dijo a su mujer que tenía que ir trabajar con el ministro a Saint-Cloud y que volvería a las cuatro o las cinco de la mañana, y se fue a la calle del Delfín. Eran entonces los últimos días de junio.

Pocos hombres han sentido realmente en su vida la terrible sensación de ir a la muerte, porque son contados los que se han salvado del patíbulo; pero algunos soñadores han sentido vigorosamente esa agonía en sueños, llegando hasta a sentir la cuchilla que se aplica sobre el cuello en el momento en que con la luz del día llega el despertar a librarles. Pues bien; la sensación que sintió el consejero de Estado a eso de las cinco de la mañana, en la elegante y coqueta cama de Crevel, excedió en mucho a la que se experimenta creyéndose en el fatal banquillo, en presencia de diez mil espectadores que os miran con sus veinte mil ojos llameantes. Valeria dormía en una postura encantadora. Estaba hermosa como están hermosas

las mujeres que son bastante hermosas para estarlo durmiendo. Aquello era el arte invadiendo la naturaleza; era, en fin, el cuadro reducido a la realidad. En su posición horizontal, el barón tenía sus ojos a tres pies del suelo; sus miradas extraviadas como las de todo hombre que se despierta y que procura ordenar sus ideas, se fijaron en la puerta cubierta de flores pintadas por Jan, artista que despreció la gloria. El barón no vio, como el condenado a muerte, veinte mil ojos que le miraban, sino que vio dos únicamente, cuya mirada era más punzante que los veinte mil de la plaza pública. Esta sensación en pleno placer, mucho más rara que la de los condenados a muerte, ciertamente que sería pagada a mejor precio por alguno de esos excéntricos ingleses. El barón quedése acostado, bañado siempre su cuerpo por un sudor frío. Quería dudar de lo que veía; pero aquellos ojos le aterraban y, además, detrás de la puerta se oía el murmullo de voces.

-¿Si será Crevel que querrá darme una broma? - se dijo el barón, no pudiendo ya dudar de la presencia de alguna persona en el templo.

La puerta se abrió. La majestuosa ley francesa, que figura en los edictos después de la realeza, se presentó bajo la forma de un pequeño comisario de Policía, acompañado de un alto juez de paz, guiados ambos por el señor Marneffe. El comisario de Policía, calzado con borceguíes atados con unas cintas de aparatosos lazos, remataba en una cabeza amarilla, escasa de cabellos, que denotaba al socarrón vivo y burlón, para quien la vida de París no tiene secretos. Sus ojos, provistos de gafas, perforaban el vidrio con sus miradas astutas y burlonas. El juez de paz, antiguo procurador, viejo adorador del bello sexo, envidiaba al justiciable.

- Señor barón, le ruego que disimule el rigor de la Justicia - dijo el comisario -. Venimos requeridos por un interesado. El señor juez de paz asiste a la apertura del domicilio. Sé quién es usted y quién es la delincuente.

Valeria abrió asombrada los ojos lanzó el grito penetrante que las actrices han inventado para denotar la locura en el teatro, se retorció en convulsiones sobre el lecho como una poseída del demonio en la Edad Media dentro de su camisa de azufre sobre un lecho de haces de leña.

-¡La muerte, mi querido Héctor; pero la policía correccional, nunca!

Y dicho esto dio un salto, pasó como una centella por entre los tres espectadores y fue a acurrucarse sobre una butaca, escondiendo la cabeza entre las manos.

-¡Perdida! ¡Muerta! - gritó ella.

- Caballero - dijo Marneffe a Hulot -: si mi mujer se volviese loca, usted sería algo más que un libertino, sería un criminal.

¿Qué puede hacer, qué puede decir un hombre sorprendido en un lecho que no le pertenece, ni siquiera en calidad de arrendado, y con una mujer que tampoco es suya? Esto:

- Señor juez de paz, señor comisario de Policía - dijo el barón con dignidad -, ocúpense de la desgraciada mujer cuya razón parece estar en peligro, y luego podrán instruir las diligencias. Las puertas deben estar cerradas y, dado el estado en que estamos, no pueden ustedes temer una evasión ni por su parte ni por la mía.

Los dos funcionarios accedieron al deseo del consejero de Estado.

- Ven a hablar conmigo, miserable lacayo - dijo Hulot a Marneffe, tomándolo por el brazo y llevándolo a un rincón -. El asesino no sería yo, sino tú. ¿Quieres ser jefe de negociado y oficial de la Legión de Honor?

- Eso ante todo, señor director - respondió Marneffe, inclinando la cabeza.

- Lo serás, pero tranquiliza a tu mujer y despide a esos señores.

-¡Ca! - replicó maliciosamente Marneffe -. Es preciso que estos señores levanten acta de flagrante delito, porque, sin este requisito, ¿de qué valdría mi queja? La alta Administración rebosa en engaños. Usted me ha robado a mi mujer y no me ha hecho jefe de negociado. Señor barón, le doy a usted dos días de tiempo. Aquí tengo las cartas...

-¿Cartas? - dijo el barón, interrumpiendo a Marneffe.

- Sí, cartas que prueban que el hijo que mi mujer lleva en el vientre es de usted. ¿Me comprende? Y usted está obligado a entregarle a mi hijo una renta igual a la parte que ese bastardo le arrebatará mañana. Como eso no me importa, seré modesto, pues no estoy loco de paternidad. Me contentaré con cien luises de renta. Eso sí, o mañana mismo soy sucesor del señor Coquet y figuro en la lista de los propuestos para oficiales con motivo de las fiestas de julio, o el proceso seguirá adelante. Soy un buen marido, ¿no?

-¡Dios mío, qué mujer más bonita! - decía el juez de paz al comisario de Policía -. ¡Qué pérdida para el mundo si se volviese loca!

- No se vuelve loca, no - respondió sentenciosamente el comisario de Policía.
La policía es siempre la encarnación de la duda.

- El señor barón de Hulot ha caído en un lazo - añadió el comisario en voz lo bastante alta para que Valeria le oyese.

Valeria lanzó al comisario una mirada que lo hubiese matado si las miradas pudiesen comunicar toda la rabia que expresan. El comisario se sonrió; había tendido también su lazo, y la mujer caía en él. Marneffe invitó a su mujer a que entrase en el cuarto y a que se vistiese decentemente, pues se había entendido en un todo con el barón, el cual tomó una bata de casa y volvió a la primera habitación.

- Señores - dijo a los funcionarios -, no creo necesario pedirles secreto.

Los dos funcionarios se inclinaron. El comisario de Policía dio dos golpecitos a la puerta, y entró su secretario; se sentó ante una mesita y se puso a escribir lo que su jefe le dictaba en voz baja. Valeria continuaba llorando a lágrima viva. Cuando acabó de vestirse, Hulot entró en el cuarto y se vistió también. Entretanto se levantó el acta. Entonces Marneffe quiso llevarse a su mujer; pero Hulot, creyendo que la vería por última vez, imploró con un gesto el favor de hablarle.

Librodot

- Caballero, esta señora me cuesta lo bastante cara para que me permita al menos decirla adiós..., claro está, delante de todos.

Valeria se aproximó al barón y Hulot le dijo al oído:

- No nos queda más remedio que huir. Pero ¿cómo comunicarnos, habiendo sido vendidos?

-¡Por Reina! - respondió aquélla -. Pero amigo mío; yo creo que, después de este escándalo, lo mejor es que no volvamos a vernos. Estoy deshonrada. Además te dirán infamias de mí y tú las creerás.

El barón hizo un gesto negativo.

- Sí, las creerás, y yo daré gracias al Cielo, porque quizá así no me eches en falta.

- No reventaré siendo subjefe - dijo Marneffe al oído del consejero de Estado, yendo a tomar a su mujer, a la cual le dijo bruscamente -: Basta, señora; si soy débil con usted, no quiero que los demás me tomen por tonto.

Valeria dejó la casita de Crevel, dirigiendo una última mirada tan maliciosa al barón, que éste se creyó adorado. El juez de paz dio galantemente el brazo a la señora Marneffe para acompañarla hasta el coche. El barón, que tenía que firmar el acta, se quedó solo con el comisario de Policía, en actitud medio alelada. Cuando el consejero de Estado hubo firmado, el comisario de Policía le miró con un aire fino por encima de las gafas, y le dijo:

- Señor barón, ¿quiere usted mucho a esa señora?

- Por mi desgracia, ya lo ve usted.

-¿Y si ella no le quisiera a usted - repuso el comisario -, si le engañase?

-¡Oh, señor! Ya lo he sabido aquí, en esta misma casa. El señor Crevel y yo nos lo hemos dicho.

-¡Ah! De modo que sabe usted que está en la casita del alcalde.

- Perfectamente.

El comisario de Policía se quitó el sombrero para saludar al anciano.

- Está usted muy enamorado y me callo - dijo -. Respeto las pasiones inveteradas, como los médicos las enfermedades crónicas. He visto al banquero Nucingen atacado de una pasión de este género.

- Es amigo mío - repuso el barón -. Yo cené muchas veces con la hermosa Ester, que valía los dos millones que le ha costado.

- Más - dijo el comisario -. Aquel capricho del viejo banquero costó la vida a cuatro personas. ¡Oh, esas pasiones son como el cólera!

Librodot

-¿Qué tenía usted que decirme? - preguntó el consejero de Estado, que no tomó a bien este consejo indirecto.

-¿Por qué he de quitarle sus ilusiones? - preguntó el comisario de Policía -. ¡Es tan raro conservarlas a su edad!

-¡Líbreme usted de ellas, quítemelas! - exclamó el consejero de Estado.

- No, porque más tarde se maldice al médico - respondió el comisario, sonriendo.

-¡Por favor, señor comisario!

- Pues bien, esa mujer estaba de acuerdo con su marido.

-¡Oh!

- Esto, señor, ocurre, de cada diez veces, dos, y nosotros lo conocemos.

-¿Qué pruebas tiene usted de esa complicidad?

-¡Oh, en primer lugar, el marido! - dijo el comisario de Policía con la calma del cirujano acostumbrado a sondar heridas -. La especulación está escrita en su cara, vulgar y atroz. Pero no debía usted de apreciar gran cosa cierta carta que le escribió esa mujer, en que le hablaba del niño.

- Estimo en tanto esa carta, que la llevo siempre encima - le respondió Hulot al comisario de Policía, rebuscando en el bolsillo del costado para sacar la carterita que llevaba siempre consigo.

- Deje usted la cartera donde está - dijo el comisario, fulminador como una requisitoria -. Aquí tiene usted la carta. Ahora ya sé lo que deseaba saber. La señora Marneffe debía de estar en el secreto de lo que contenía esa cartera.

- Ella sola en el mundo.

- Es lo que me figuraba. Ahora, he aquí la prueba que usted me pide de la complicidad de esa mujerzuela.

- Veamos - dijo el barón, todavía incrédulo.

- Cuando hemos llegado, señor barón - repuso el comisario -, ese miserable Marneffe entró delante y cogió esta carta, que su mujer había colocado sin duda sobre este mueble - dijo, señalando la mesita -. Evidentemente, ese lugar había sido convenido entre la mujer y el marido para el caso en que ella pudiera cogerla mientras usted dormía, pues la carta que esa dama le ha escrito, en unión de las que usted le ha dirigido, son decisivas en el proceso correccional.

El comisario hizo ver a Hulot la carta que el barón había recibido por Reina en su despacho del ministerio.

- Forma parte del proceso y le ruego que me la devuelva, caballero - dijo el comisario.

- Está bien, señor - dijo Hulot, cuya cara se descompuso -. Esa mujer es el libertinaje en persona, y ahora estoy seguro de que tiene tres amantes.

- Eso está claro - dijo el comisario de Policía -. ¡Ah! No se crea usted que todas están en la calle. Cuando se hace ese oficio, señor barón, en viaje, en los salones o en su casa, ya no se trata ni de francos ni de céntimos. La señorita Ester, de quien hablaba usted hace un momento y que acabó envenenándose, devoró millones... Señor barón, si quiere usted hacerme caso, abandone esta clase de asuntos. La última partida le costará cara. Ese sinvergüenza de marido tiene la ley de su parte, y a no ser por mí, esa mujerzuela le atrapaba de nuevo.

- Gracias, señor - dijo el consejero de Estado, procurando guardar una actitud digna.

- Caballero, vamos a cerrar la casa; la comedia está representada, y usted entregará la llave al señor alcalde.

Hulot volvió a su casa en tal estado de abatimiento que estaba próximo a desfallecer, embargando su ánimo los más sombríos pensamientos. Despertó a su noble, pura y santa mujer; le contó la historia de aquellos tres años, sollozando como un niño a quien se le quita un juguete. Esta confesión de un anciano, joven aún de corazón; aquella horrible y nunca oída epopeya, al mismo tiempo que enterneció a Adelina le causó un vivo goce interior, y dio gracias al Cielo creyendo que aquel golpe último dejaría para siempre a su marido en el seno de la familia.

- Isabela tenía razón - dijo la señora Hulot con voz dulce, sin hacerle inútiles reconvenciones - Ella nos había advertido ya eso.

- Sí. ¡Ah, si yo la hubiese escuchado, en lugar de encolerizarme aquel día que yo deseaba que la pobre Hortensia volviese a su hogar para no comprometer la reputación de esa...! ¡Oh! Adelina querida, es preciso salvar a Wenceslao, que está metido en ese fango hasta el cuello.

-¡Pobre amigo mío! La burguesa no te ha dado mejor resultado que las actrices - dijo Adelina, sonriendo.

La baronesa estaba asustada del cambio que se había operado en su Héctor; cuando le veía desgraciado, apenado, encorvado bajo el peso de las penas, era todo corazón, todo piedad y todo amor, y hubiese dado toda su sangre por hacer a Hulot feliz.

- Quédate con nosotros, mi querido Héctor. Dime cómo hacen esas mujeres para sujetarte de ese modo. Yo procuraré imitarlas. ¿Por qué no me has formado a tu gusto? ¿Es por falta de inteligencia? Porque, por lo demás, veo que aún me consideran suficientemente hermosa para hacerme la corte.

Muchas mujeres casadas, adictas a sus deberes y a sus maridos, se preguntarán ahora tal vez por qué esos hombres tan fuertes, tan buenos y tan sumisos con las señoras Marneffe, no toman a sus mujeres por objeto de sus caprichos y de sus pasiones, sobre todo cuando se parecen a la baronesa Adelina Hulot. Esto forma parte de los más profundos misterios de la organización humana. El amor, ese inmenso desarreglo de la razón, ese viril y severo placer

Librodot

de las almas grandes, y el placer, esa vulgaridad que se compra y se vende en la plaza, son dos fases diferentes de un mismo hecho. La mujer que satisface estos dos vastos apetitos de las dos naturalezas es tan rara en el sexo como lo es en una nación un gran general, un gran escritor, un gran artista, un gran inventor. Lo mismo el hombre de talento que el imbécil, el Hulot que el Crevel, sienten la necesidad del ideal y del placer; todos van buscando a ese misterioso andrógino, a esa rareza que la mayor parte del tiempo parece ser una obra en dos volúmenes. Esta investigación es una depravación debida a la sociedad. Ciertamente que el matrimonio debe ser aceptado como una labor penosa, pues es la vida con sus trabajos Y sus duros sacrificios, igualmente hecha de dos caras. Los libertinos, esos buscadores de tesoros, son tan culpables como otros malhechores que suelen recibir más severo castigo. Esta reflexión no es un embutido de moral, sino que explica muchas desgracias incomprensibles.

Por otra parte, el relato de esta escena implica moralidades de muy diverso género.

El barón se fue inmediatamente a casa del mariscal, príncipe de Wissemburgo, cuya elevada protección era su último recurso. Protegido hacía treinta y cinco años por el anciano guerrero, tenía entrada a todas horas en su casa, y pudo verlo a la hora de levantarse.

- Buenos días, mi querido Héctor - le dijo aquel bueno y gran capitán -. ¿Qué tiene usted? Parece preocupado. Ahora yo hablo de las sesiones como hablaba antes de nuestras campañas. Por supuesto, creo que los periódicos también llaman campañas parlamentarias a las sesiones.
- En efecto, mariscal, se pasan algunos apuros; pero es la miseria del tiempo - dijo Hulot -. ¿Qué quiere usted? El mundo está hecho de este modo. Cada época tiene sus inconvenientes. La mayor desgracia del año 1841 estriba en que ni la Corona ni los ministros son libres de obrar como lo era el emperador.

El mariscal dirigió a Hulot una de esas miradas de águila, cuya lucidez y perspicacia demostraban que pesar de los años, aquella alma seguía siendo firme vigorosa.

-¿Quieres algo de mí? - dijo adoptando un aire alegre.

- Como me encuentro en la necesidad de pedirle un favor personal, el ascenso de uno de mis subjefes para el grado de jefe de negociado y su promoción para el grado de oficial de la Legión de Honor.

-¿Cómo se llama? - dijo el mariscal, dirigiendo al barón una mirada que fue como un rayo.

- Marneffe.

- Tiene una mujer bonita, sí, la vi en el matrimonio de tu hija... Sí, Roger...; pero Roger ya no está aquí... Héctor, hijo mío, se trata de tu placer. ¡Cómo! ¿Aún te das esos gustos? ¡Ah, diablo! Haces honor a la Guardia Imperial. Ya ves lo que es haber pertenecido a la intendencia: tienes reservas. Mira, hijo mío; deja estar ese asunto, que es demasiado galante para convertirse en administrativo.

- No, mariscal; es un mal asunto, pues se trata de la policía correccional. ¿Quiere usted verme procesado?

-¡Ah, diantre! - exclamó el mariscal, poniéndose pensativo -. Continúa.

Librodot

- Pero ¿no me ve usted en la misma actitud de un zorro que ha sido cogido en un lazo? Usted ha sido siempre tan bueno para mí, que se dignará sacarme de la vergonzosa situación en que me encuentro.

Hulot contó de la manera más alegre y más ocurrente que supo su percance.

- Príncipe, ¿quiere usted - dijo para terminar - hacer morir de pena a mi hermano, a quien tanto quiere, y permitir que se deshonre uno de sus directores, un consejero de Estado? Ese Marneffe es un miserable, y dentro de dos o tres años le daremos el retiro.

- Amigo mío, ¡cómo hablas tú de dentro de dos o tres años! - dijo el mariscal.

- Pero príncipe, la Guardia Imperial es inmortal.

- Mira, soy ahora el único mariscal de la primera promoción - dijo el ministro -. Escucha, Héctor. Tú no sabes lo mucho que te quiero, y ahora vas a verlo. El día que yo deje el Ministerio lo dejaremos juntos. ¡Ah! Amigo mío, tú no eres diputado, hay muchos que pretenden tu plaza, y a tu edad y en la posición que ocupas... Pero amigo mío, estás haciendo demasiadas brechas a tu crédito. Si este nombramiento da lugar a rumores, nos criticarán. Por mi parte, me importa poco; pero a ti puede perjudicarte, y en ese caso, en la próxima sesión te echarán. Tu herencia es ofrecida como cebo a cinco o seis personas influyentes, y si sigues ocupando el cargo es gracias a la sutileza de mis razonamientos. Dije yo que el día en que tú te retires y tu plaza sea adjudicada tendremos cinco descontentos y uno satisfecho, mientras que apoyándote por espacio de cinco o seis años contaríamos con seis votos. Se echaron a reír en el Consejo y me dijeron que el viejo de la víspera, como dicen, empezaba a ser muy entendido en táctica parlamentaria. Además, encaneces. Pero ¡qué feliz eres pudiendo verte aún en semejantes apuros! ¿Dónde está el tiempo en que el subteniente Cottin tenía queridas?
El mariscal llamó.

- Es preciso anular este proceso - añadió.

- Monseñor, obra usted como un padre, y yo no me atrevía a hablarle de mi ansiedad.

- Quiero que Roger esté aquí siempre - exclamó el mariscal al ver a su ordenanza Mitouflet -, e iba a hacer que le llamasen. Váyase usted, Mitouflet, y tú, amigo mío, vete a preparar ese nombramiento, yo lo firmaré. Pero ese infame intrigante no gozará mucho del fruto de sus crímenes: será vigilado, y a la menor falta quedará sustituido. Conque ahora que ya estás salvado, Héctor mío, procura no reincidir. No canses a tus amigos. Esta misma mañana te enviaré el nombramiento, y tu hombre será oficial. ¿Qué edad tienes ahora?

- Dentro de tres meses cumpliré setenta años.

-¡Y qué fuerte estás! - dijo el mariscal, sonriéndose -. Tú sí que merecías un ascenso; pero ¡mil bombas!, no estamos en tiempos de Luis XV.

Tal es el efecto del compañerismo que une entre sí a los gloriosos restos de la falange napoleónica, los cuales, creyendo seguir siempre en el vivaque, se consideran obligados a protegerse contra todos.

Librodot

- Un favor más de este género y estoy perdido - se dijo Hulot al atravesar el patio.

El desgraciado funcionario se fue a casa del barón de Nucingen, al que sólo debía una suma insignificante, y logró que le diese cuarenta mil francos, empeñando su paga por dos años más; pero el barón estipuló que, en el caso que Hulot se retirase, su retiro quedaría embargado hasta el completo reembolso del capital y de los intereses. Este nuevo negocio fue hecho, lo mismo que el primero, a nombre de Vauvinet, a quien el barón suscribió letras por valor de doce mil francos. Al día siguiente, el fatal proceso, la demanda del marido, las cartas, todo fue destruido, y los escandalosos ascensos del señor Marneffe, que pasaron casi desapercibidos en medio de las fiestas de julio, no dieron lugar a ningún artículo de periódico.

Malquistada Isabela en apariencia con la señora Marneffe, se instaló en casa del mariscal Hulot. Días después de estos acontecimientos se publicó la primera amonestación del casamiento de la solterona con el ilustre anciano a quien, para obtener su consentimiento, Adelina había contado la catástrofe financiera ocurrida a su Héctor, rogándole que no le hablase nunca de ella al barón, el cual según ella, estaba abatido, sombrío, anonadado.

-¡Ay de mí! Ya tiene sus años - añadió.

Isabela triunfaba. Iba a lograr el objeto de su ambición, iba a ver su plan realizado y satisfecho su odio. Gozaba por adelantado de la dicha de reinar sobre la familia que tanto tiempo la había despreciado. Se prometía ser la protectora de sus protectores, el ángel salvador que sostendría a la familia arruinada, y se llamaba a sí misma señora condesa o señora mariscala, saludándose ante el espejo. Adelina y Hortensia acabarían sus días en la angustia, luchando con la miseria, mientras que la prima Bela, admitida en las Tullerías, imperaría en el mundo.

Un terrible acontecimiento derribó a la solterona de la cima social que con tanta altivez creía llegar a ocupar.

El mismo día en que publicó la primera proclama, el barón recibió otro mensaje de África. Se le presentó un segundo alsaciano, entregó una carta después de asegurarse que se la daba al barón de Hulot, y después de haberle dejado las señas de su domicilio dejó al alto funcionario, el cual pareció herido por un rayo al leer las primeras líneas de esta carta:

«Sobrino mío: Según mis cálculos, recibirá usted esta carta el siete de agosto. Suponiendo que emplee usted tres días en enviarnos los auxilios que reclamamos y que el emisario eche quince días en llegar aquí, los recibiremos a primeros de septiembre.

Si las acciones responden a estas hipótesis, habrá usted salvado el honor y la vida de Juan Fischer.

He aquí lo que pide el empleado que usted me dio por cómplice, pues al parecer estoy expuesto a comparecer ante la Audiencia o ante un Consejo de guerra. Ya comprenderá usted que nunca llevarán a Juan Fischer ante un Tribunal, sino que él mismo comparecerá ante el Tribunal de Dios.

El empleado en cuestión me parece un mal sujeto, muy capaz de comprometerle; pero es inteligente como un bribón, pretende que debe usted gritar más fuerte que los demás y enviarnos un inspector, un comisario especial encargado de descubrir a los culpables, de

buscar los abusos; en suma, de castigar con rigor; pero que empezará por interponerse entre nosotros y los tribunales, provocando un conflicto.

Si su comisario llega aquí el día 1 de septiembre y trae noticias suyas; si usted nos envía doscientos mil francos para reponer en el almacén las cantidades que decimos tener en localidades lejanas, seremos considerados funcionarios puros y sin mancha.

Puede usted confiar al soldado que le entregue esta carta una letra a mi orden contra alguna casa de Argel. Es un hombre de confianza, un pariente incapaz de querer saber siquiera lo que lleva. He tomado mis medidas para asegurar la vuelta de ese muchacho. Si no puede usted hacer nada, yo moriré gustoso por aquel a quien debemos la dicha de nuestra Adelina.»

Las angustias y los placeres de la pasión y la catástrofe que acababa de poner fin a su carrera de galante habían impedido al barón pensar en el pobre Juan Fischer, cuya primera carta amenazaba que el peligro empezaba a hacerse inminente. El barón abandonó el comedor en tal estado de azoramiento, que se dejó caer sobre el sofá del salón. Estaba anonadado, sumido en la desesperación que produce una caída violenta. Miraba fijamente una rosa de la alfombra, sin notar que tenía en la mano la fatal carta de Juan. Adelina oyó desde su cuarto el ruido que hizo su marido al dejarse caer sobre el sofá «Aquel ruido fue tan extraño, que creyó en algún ataque de apoplejía; miró en el espejo por la puerta, con ese miedo que corta la respiración y que hace permanecer inmóvil, y vio a su Héctor en esa postura propia de un hombre aterrado. Yendo de puntillas, de modo que el barón no pudiese oírla, la baronesa pudo aproximarse, vio la carta, la cogió, la leyó y tembló de pies a cabeza. Experimentó una de esas revoluciones nerviosas tan violentas que dejan huellas eternas en el cuerpo. Algunos días después quedó sujeta a un temblor continuo, pues pasado aquel primer momento la necesidad de obrar le prestó esa fuerza que sólo se adquiere en los manantiales mismos del poder vital.

- Héctor, ven a mi cuarto - le dijo Adelina con una voz que parecía un soplo -, que no te vea tu hija de ese modo; ven, amigo mío, ven.

-¿Dónde encontrar doscientos mil francos? ¡Oh! Yo podría obtener el nombramiento de Claudio Vignon, que es un muchacho listo e inteligente. Es cuestión de dos días. Pero mi hija no tiene doscientos mil francos y su casa está ya grabada con trescientos mil de hipotecas. Mi hermano tiene a lo más treinta mil francos de economías. Nucingen se burlaría de mí. ¿Vauvinet? Casi se resistía a darme los diez mil francos para completar la suma que di por el hijo del infame Marneffe. No, no hay más remedio; tengo que ir a arrojarme a los pies del mariscal, a confesarle el estado de las cosas, a oír decir que soy un canalla y a aceptar su riña para salir del apuro.

- Pero Héctor, eso no es sólo la ruina, sino también la deshonra - dijo Adelina -. Mi pobre tío se matará. Tú tienes derecho a matarnos a nosotros; pero no te conviertas en un asesino. Anímate, que aún hay solución.

-¡Ninguna! - dijo el barón -. En el Gobierno nadie puede encontrar doscientos mil francos, aun cuando se tratase de salvar un ministerio. ¡Oh! Napoleón, ¿dónde estás?

-¡Mi tío, pobre hombre! Héctor, no podemos permitir que se mate deshonrado.

- Sólo hay un recurso - dijo -; pero es poco probable porque Crevel no está muy bien con su hija. ¡Ah! Él tiene mucho dinero, y es el único que podría...

- Mira, Héctor, vale más que perezca tu mujer que mi tío, tu hermano y el honor de la familia - dijo la baronesa, animada por una idea luminosa -. Sí, yo puedo salvaros a todos. Sí, Dios mío, ¡qué pensamiento más innoble! ¿Cómo ha podido ocurrírseme?

Y se cruzó de manos, cayó de rodillas y pronunció una plegaria. Al levantarse vio una expresión de goce tan vivo en la cara de su marido, que el diabólico pensamiento volvió a ocurrírsele a Adelina, sumiéndola entonces en la tristeza de los idiotas.

- Anda, amigo mío, corre al Ministerio - gritó, procurando despertarse de aquella torpeza -, y trata de enviar un comisario; es preciso. Engatusa al mariscal, y cuando vuelvas a las cinco, tal vez encuentres, sí, encontrarás los doscientos mil francos. Tu familia, tu honor de hombre, de consejero de Estado y de administrador, tu probidad, tu hijo, todo quedará salvado; pero tu Adelina quedará perdida y ya no la verás nunca más. Héctor, amigo mío, échame la bendición, dime adiós - dijo arrodillándose, estrechándole las manos y besándoselas.

Aquello fue tan desgarrador, que al tomar a su mujer para levantarla y abrazarla, Hulot le dijo:

- No te comprendo.

- Si me comprendieses - repuso ella - morirías de vergüenza o me faltaría a mí fuerza para realizar este último sacrificio.

- Señora, la mesa está servida - fue a decirla Marieta.

Hortensia fue a saludar a su padre y a su madre. Era preciso ir a almorzar y ostentar rostros risueños.

- Id almorzando sin mí, que yo iré en seguida - dijo la baronesa.

Adelina se sentó ante una mesa y escribió la siguiente carta:

«Mi querido señor Crevel: Tengo que pedirle un favor; le espero esta mañana y cuento con su reconocida galantería para que no haga esperar demasiado a su afectísima servidora,
Adelina Hulot»

- Luisa - le dijo a la camarera de su hija, que servía -, dele esta carta al portero y dígale que la lleve a su destino y que espere contestación.

El barón, que leía los periódicos, tendió a su mujer un diario republicano, señalándole un artículo y diciéndole:

-¿Estaremos aún a tiempo?

He aquí el artículo, uno de esos terribles sueltos con los que los periódicos matizan sus notas políticas:

Librodot

«Uno de nuestros corresponsales nos escribe desde Argel diciéndonos que se han descubierto tales abusos en el servicio de víveres de la provincia de Orán, que ha tenido que intervenir la Justicia. Las malversaciones son evidentes y conocidos los culpables. Si la reprensión no es severa, continuaremos perdiendo más hombres a causa de las concusiones que se hacen con sus alimentos que por el hierro de los árabes y el ardor del clima. Esperamos nuevos informes antes de continuar ocupándonos de este asunto. No nos asombra ya el temor que causa el establecimiento de la prensa en Argel, como lo ha examinado la Carta de 1830.»

- Voy a vestirme para ir al Ministerio - dijo el barón, levantándose de la mesa -, porque el tiempo urge y un minuto perdido puede quitar la vida a un hombre.

-¡Oh, mamá, ya no tengo esperanza?! - dijo Hortensia.

Y, sin poder contener las lágrimas, tendió a su madre una Revista de Bellas Artes. La señora de Hulot vio un grabado del grupo de Dalila por el conde de Steinbock, y debajo de éste se lela: Perteneciente a la señora Marneffe. Desde las primeras líneas, el artículo, que llevaba por firma una V, revelaba el talento y la complacencia de Claudio Vignon.

-¡Pobrecilla! - dijo la baronesa.

Asustada del acento casi indiferente de su madre, Hortensia la miró, reconoció la expresión de un dolor junto al cual el suyo no era nada, y yendo a abrazarla, le dijo:

-¿Qué tienes, mamá? ¿Qué ocurre? ¿Podemos ser más desgraciadas de lo que somos?

- Hija mía, en comparación de lo que sufro hoy, me parece que mis horribles penas no son nada. ¿Cuándo dejaré de sufrir?

-¡En el Cielo, mamá! - dijo gravemente Hortensia.

- Ven, ángel mío, me ayudarás a vestirme... Pero no, no quiero que tú te ocupes de esto. Envíame a Luisa.

Adelina, una vez en su cuarto, empezó a mirarse al espejo. Contemplose triste y curiosamente, preguntándose:

-¿Soy hermosa aún? ¿Puedo ser deseada? ¿Tengo arrugas?

Después, levantando sus hermosos cabellos rubios, descubrió sus sienes. Todo era fresco en ella como en una joven. Adelina fue más allá, descubrió sus hombros, y como quedase satisfecha del examen, hizo un movimiento de orgullo. La belleza de los hombros que son hermosos es lo último que pierde la mujer, sobre todo cuando su vida ha sido pura. Adelina escogió con cuidado los elementos de su tocado; pero la mujer piadosa y casta quedó castamente vestida, a pesar de sus pequeñas invenciones de coquetería. ¿Para qué medias de seda grises completamente nuevas, zapatos de raso con tacón alto, sí ignoraba por completo el arte de sacar en el momento decisivo un pie bonito haciéndole sobresalir algunas líneas de una falda medio levantada para abrir horizontes al deseo? Se puso, sí, su traje más bonito de muselina escotado y con mangas cortas; pero asustada de sus desnudeces, cubrió sus hermosos brazos con una gasa clara y tapó sus hombros y su pecho con una manteleta

Librodot

bordada. Su peinado a la inglesa pareciole demasiado significativo, y procuró ocultarlo en parte con un bonito gorro; pero con gorro o sin él, ¿hubiera sabido remover sus cabellos dorados para exhibir, para hacer admirar sus lindas manos ahiladas? La certidumbre de su criminalidad, los preparativos de una falta deliberada, causaron a aquella santa mujer una violenta fiebre que le comunicó momentáneamente todo el esplendor de la juventud. Brillaron sus ojos y resplandeció su tez. En lugar de afectar un aire seductor, notó que tenía una actitud desvergonzada, que le causó horror. Isabela, a instancias de la baronesa, había contado las circunstancias de la infidelidad de Wenceslao, y entonces aquélla supo, con gran asombro, que en una sola noche, en un momento, la señora Marneffe se había hecho dueña del artista embrujado.

-¿Cómo hacen esas mujeres? - había preguntado la baronesa a Isabela.

No hay nada que iguale a la curiosidad de las mujeres virtuosas respecto a este punto, las cuales quisieran poseer las seducciones del vicio y permanecer puras.

- Lo que hacen esas mujeres es seducir, que es su profesión - había contestado la prima Bela -. Mira, querida, aquella noche Valeria era capaz de tentar a un ángel.

- Cuéntame, pues, cómo se las compone.

- En ese oficio no hay teoría; sólo vale la práctica - había dicho Isabela burlonamente.

La baronesa, recordando esta conversación, hubiera querido consultar a la prima Bela; pero no había tiempo. La pobre Adelina, incapaz de inventar un lunar, de colocarse un capullo de rosa en el centro del talle, de encontrar las estratagemas del tocado destinadas a resucitar en los hombres deseos amortiguados, no hizo más que vestirse cuidadosamente. No toda la que quiere es cortesana. «La mujer es el potaje del hombre», ha dicho jocosamente Molière por boca del juicioso Gros-René. Esta comparación supone en el amor una especie de ciencia culinaria, en cuyo caso la mujer virtuosa y digna resultaría ser la comida homérica, la carne arrojada sobre las ascuas. La cortesana, por el contrario, sería el plato exquisito por sus condimentos y especias. La baronesa no podía, no sabía servir su blanco pecho en una magnífica fuente de encaje, en competencia con la señora Marneffe: ignoraba el secreto de ciertas actitudes, el efecto de ciertas miradas; en una palabra, no estaba en el secreto. Aunque la noble dama hubiérase dado cien vueltas, no habría sabido ofrecer nada al ojo clínico de un libertino.

Ser mujer honrada y gazmoña para el mundo y convertirse en cortesana para su marido es ser una mujer de genio, y de éstas hay pocas. Aquí está el secreto de esos grandes cariños inexplicables para las mujeres que carecen de estas dobles y magníficas facultades. Suponed a la señora Marneffe virtuosa, y tendréis una idea de la marquesa de Pescaire. Estas grandes e ilustres mujeres, estas hermosas Dianas de Poitiers, virtuosas, son contadas.

La escena con que comienza este serio y terrible estudio de las costumbres parisienses iba, pues, a reproducirse, con la diferencia de que las miserias profetizadas por el capitán de milicianos habían trocado los papeles. La señora de Hulot esperaba a Crevel con las mismas intenciones que éste iba, repantigado en su coche haciendo sonreír a las parisienses, tres años antes. En fin, ¡cosa rara!, la baronesa era fiel a su amor y a sí misma al entregarse a la más

grosera de las infidelidades, a aquella que la inclinación de una pasión no justifica a los ojos de ciertos jueces.

-¿Cómo hacer para ser una señora Marneffe? - se dijo Adelina al oír que llamaban.

La pobre y noble criatura reprimió sus lágrimas, se prometió ser muy cortesana, y entonces la fiebre animó sus facciones.

-¿Qué diablos me querrá esa buena baronesa Hulot? - se decía Crevel al mismo tiempo que subía la gran escalera -. ¡Bah! Querrá hablarme de mi disputa con Celestina y Victorino, pero no cederé.

Al entrar en el salón, acompañado de Luisa, se dijo al ver la desnudez del local (estilo Crevel).

-¡Pobre mujer! Hela aquí como uno de esos hermosos cuadros abandonados en el desván por un hombre que no entiende de pinturas.

Crevel, que veía al conde de Popinot, ministro de Comercio, comprando cuadros y estatuas, quería hacerse célebre entre los Mecenas parisienses, cuyo amor por las artes consiste en adquirir por cinco francos las monedas de veinte. Adelina le sonrió graciosamente a Crevel y le señaló una silla.

- Aquí me tiene usted a sus órdenes, hermosa señora - dijo Crevel.

El señor alcalde, convertido en hombre político, había adoptado la ropa negra. Su cara aparecía encima de aquel traje como una luna llena dominando una cortina de nubes negras. Su camisa, estrellada con tres grandes perlas de quinientos francos cada una, daba una idea clara de sus capacidades torácicas, y decía: «¡Aquí está el futuro atleta de la tribuna!» Sus manos, anchas y bastas, iban enguantadas de amarillo desde por la mañana. Sus botas lustrosas acusaban la existencia del cochecito negro con un caballo que le había traído. Hacía tres años que la ambición había modificado las posturas de Crevel. Al igual que los grandes pintores, estaba en su segunda manera. En el gran mundo, cuando iban a casa del príncipe de Wissemburgo, a la prefectura, a casa del conde de Popinot, etcétera, conservaba el sombrero en la mano de una manera desenvuelta, que Valeria le había enseñado, y se metía el pulgar de la otra mano en la escotadura de su chaleco en actitud coquetona, haciendo carantoñas de la cabeza a los pies. Esta otra postura era debida a Valeria que, so pretexto de rejuvenecer a su alcalde, habíale dotado con una ridiculez más.

- Mi bueno y querido Crevel - dijo la baronesa con voz turbada -, le he mandado llamar para un asunto de la mayor importancia.

- Lo adivino, señora - dijo Crevel con un aire fino -; pero me pide usted lo imposible. ¡Oh! No es que yo sea un padre bárbaro, un hombre, según la frase de Napoleón, tan cuadrado por arriba como por abajo en su avaricia. Escúcheme usted, hermosa señora. Si mis hijos se arruinasen por ellos, yo les ayudaría; pero señora, responder por su marido es querer llenar el tonel de las Danaides. ¡Una casa hipotecada en trescientos mil francos por un padre incorregible! Los pobres no tienen nada, no se han divertido tampoco, y ahora tendrán que vivir con lo que gane Victorino en la Audiencia. ¡Que trabaje mucho con la garganta su señor

hijo...! ¡Ah, ese doctorcito que debía ser ministro, que era la esperanza de todos! Bonita carga que tontamente se ha echado encima. Si se hubiese empeñado por medrar, para obtener votos y aumentar su influencia, yo le diría: «¡Aquí está mi bolsa; agótalo, hijo mío!» ¡Pero pagar las calaveradas del papá, las locuras que yo le había a usted previsto! ¡Ah! Su padre le ha apartado del Poder... Soy yo el que será ministro...

-¡Ay, querido Crevel, no se trata de nuestros hijos, pobres sacrificados...! Si su corazón se cierra para Victorino y Celestina, yo los amaré tanto, que tal vez pueda endulzar la amargura que les causa la cólera de usted, castigando a sus hijos por una buena acción.

- Sí, una buena acción mal hecha, un semicrimen - dijo Crevel, muy contento de aquella palabra.

- Hacer el bien, mi querido Crevel, no es tomar dinero de un bolsillo que rebosa, sino que es sufrir privaciones a causa de la generosidad; sufrir para hacer beneficios, hacer favores contando con la ingratitud. La caridad que no cuesta nada no llega al Cielo.

- Señora, a los santos les es permitido ir al hospital, porque saben que es para ellos la puerta del Cielo. Pero yo soy un mundano, temo a Dios y temo aún más el infierno de la miseria. Estar sin un céntimo es el último grado de la desgracia en nuestro actual orden social. Yo soy de mi tiempo y honro al dinero.

- Tiene usted razón - dijo Adelina - desde el punto de vista del mundo.

Se hallaba a cien leguas de distancia de lo que decía Crevel, y se sentía como San Lorenzo, sobre unas parrillas, al pensar en su tío y verle disparándose un pistoletazo. Bajó los ojos y después los fijó en Crevel, llenos de angelical dulzura y no de aquella provocadora lujuria tan espiritual en casa de Valeria. Tres años antes hubiese fascinado a Crevel con aquella adorable mirada.

- Yo le he conocido a usted más generoso. Hablaba usted de trescientos mil francos como hablan los grandes señores.

Crevel miró a la señora de Hulot, la vio como un lirio al final de su floración, y sintió vagas sospechas acerca de su actitud; pero hondaba tanto a aquella santa criatura, que no se atrevió a manifestar sus ideas.

- Señora, yo soy siempre el mismo; pero un antiguo negociante ha de ser gran señor con método, con economía: debe tener orden ante todo. Se abre una cuenta a los caprichos, se les concede un crédito y se consagra a este capítulo ciertos beneficios, pero tocar el capital sería una locura. Mis hijos tendrán todos los bienes míos y los de su madre; pero supongo que no pretenderán que su padre se aburra, se haga fraile y se momifique. Mi vida es alegre y voy descendiendo el río sin penas. Cumplo todos los deberes que me imponen la ley, el corazón y la familia, como pagaba escrupulosamente mis letras a su vencimiento. Que mis hijos obren como yo en su hogar, y estaré contento; y, en cuanto al presente, con tal que las locuras que yo hago no cuesten nada a nadie más que a los que pierden en Bolsa, no tendrán nada que reprocharme y a mi muerte aún encontrarán una hermosa fortuna. Los hijos de usted no podrán decir otro tanto de su padre, el cual anda por ahí haciendo el calavera y arruinando a su hijo y a mi hija.

Librodot

Cuanto más hablaba, más se alejaba la baronesa de su objeto.

- Veo que quiere usted mal a mi marido, mi querido Crevel, y, sin embargo, sería usted su mejor amigo si su mujer hubiese sido débil.

Dirigió a Crevel una mirada ardiente. Pero entonces hizo como Dubois, que daba demasiados puntapiés al regente, se descubrió demasiado, y las ideas libertinas transformaron tan bien al perfumista-regencia, que se dijo:

-¿Querrá vengarse de Hulot? ¿Le gustaré más vestido de alcalde que de guardia nacional? ¡Son tan raras las mujeres!

Y se colocó en su postura de la segunda manera, mirando a la baronesa con un aire Regencia.

- Cualquiera diría que toma usted venganza en él de una virtud que le ha opuesto a usted resistencia, de una mujer a la que amaba usted lo bastante para... comprarla - añadió en voz baja.

- De una mujer divina - repuso Crevel, sonriendo significativamente a la baronesa, que bajó los ojos y cuyas pestañas se humedecieron -. Pero cuántos malos tragos ha pasado usted en tres años, ¿verdad, hermosa mía?

- No hablemos de mis sufrimientos, querido Crevel, que son superiores a las fuerzas humanas. ¡Ah! Si me amase usted aún podría sacarme del abismo en que estoy. Sí, estoy en el infierno. Los regicidas a quienes se martirizaba atándolos a la cola de cuatro caballos estaban sobre rosas comparados conmigo, porque a ellos les despedazaban el cuerpo y yo tengo el corazón desgarrado por cuatro caballos.

Crevel quitó las manos del chaleco, colocó el sombrero sobre un sofá, deshizo su posición y empezó a sonreír. Su sonrisa fue tan estúpida, que la baronesa se engañó y la tomó por expresión de bondad.

- Aquí tiene usted una mujer, no desesperada, sino en la agonía del honor y determinada a todo, mi amigo, para impedir crímenes.

Adelina, temiendo que Hortensia se presentase, echó el cerrojo a la puerta, y después fue a echarse a los pies de Crevel, le tomó la mano, se la besó y le dijo:

-¡Sea usted mi salvador!

La pobre supuso que había fibras generosas en el corazón de aquel negociante, y abrigó la esperanza de obtener los doscientos mil francos sin deshonrarse.

- Compre un alma, usted que quería comprar una virtud - repuso, dirigiéndole una mirada extraviada -. Confíe usted en mi probidad de mujer, en mi honor, cuya solidez ya conoce. Sea usted amigo mío. Salve a una familia entera de la ruina, de la vergüenza, de la desesperación; impida que se suma en un lodazal cuyo fango se convertirá en sangre. ¡Oh, no me pida explicaciones! - dijo, al ver que Crevel se disponía a hablar -. Sobre todo no me diga: «Se lo había predicho», como los amigos que se alegran de una desgracia. Vamos, obedezca a la que

Librodot

usted amaba, a una mujer cuyo rebajamiento a los pies de usted es tal vez el colmo de la nobleza. No me pida nada, espérelo todo de mi agradecimiento. No, no me dé nada; pero présteme, préstele a la que llamaba usted su Adelina.

Las lágrimas brotaron con tal abundancia, que sollozó Adelina de tal modo, que mojó los guantes de Crevel. Las palabras «necesito doscientos mil francos» apenas pudieron oírse en medio del torrente del llanto del mismo modo que las piedras, por gruesas que sean, pasan inadvertidas en las cascadas alpinas hinchadas por el deshielo.

¡Tal es la inexperiencia de la virtud! El vicio no pide nada, como se ha visto por la señora Marneffe, sino que se lo hace ofrecer todo. Esta clase de mujeres no se vuelven exigentes hasta el momento en que se han hecho indispensables o cuando se trata de explotar a un hombre como se explota una cantera donde la piedra va escaseando, en ruina, como dicen los canteros. Al oír aquellas palabras «doscientos mil francos», Crevel lo comprendió todo y levantó galantemente a la baronesa, diciéndole esta insolente frase, que Adelina no oyó en medio de su extravío: «Vamos, madrecita mía, no hay que apurarse.» La escena cambiaba de aspecto, pasando a ser Crevel el amo de la situación. La enormidad de la suma impresionó de tal modo a Crevel, que se disipó la viva emoción que había sentido al ver llorando a sus pies a Adelina. Además, por angelical y santa que sea una mujer, cuando llora a lágrima viva su belleza desaparece. Las señoras Marneffe, como ya se ha visto, lloriquean a veces y dejan que una lágrima se deslice a través de sus mejillas; pero no cometen nunca la falta de llorar hasta el punto de que se les pongan rojos los ojos y la nariz.

- Vamos a ver, hija mía, calma, ¡pardiez! - repuso Crevel, tomando las manos de la hermosa señora de Hulot entre las suyas y golpeándolas amistosamente -. ¿Para qué me pide usted doscientos mil francos? ¿Qué quiere usted hacer con ellos? ¿Para quién son?

- No me exija - repuso ella - ninguna explicación y démelos. Habrá usted salvado la vida de tres personas y el honor de nuestros hijos.

-¿Y cree usted, madrecita - dijo Crevel -, que encontrará usted en París un hombre que, fiando en la palabra de una mujer medio loca, vaya a buscar sin más ni más, en un cajón, o donde sea, doscientos mil francos que allí se estén cociendo, esperando a que ella se digne espumarlos? ¡Qué poco conoce usted la vida y los negocios, hermosa mía! Si sus gentes están muy enfermas, ya puede usted enviarles los Sacramentos; porque nadie en París, excepto Su Divina Alteza la Banca, el ilustre Nucingen o algunos insensatos avaros enamorados del oro como nosotros de una mujer, nadie puede realizar semejante milagro. La lista civil, por muy civil que sea, le diría a usted que volviese al día siguiente. Todo el mundo hace valer su dinero y lo maneja lo mejor que puede. Usted se engaña, querido ángel, si cree que es el rey Luis Felipe el que reina, por más que tampoco él lo cree. Sabe, como todos nosotros, que por encima de la Carta está la santa, la venerable, la sólida, la amable, la graciosa, la hermosa, la noble, la joven, la omnipotente moneda de cinco francos. Ahora bien, ángel mío, el dinero exige intereses y está siempre ocupado en percibirlos. «¡Dios de los judíos, tú te lo llevas!», ha dicho el gran Racine. En fin, ¡la eterna alegoría del becerro de oro!... ¡Desde los tiempos de Moisés se negociaba en el desierto! ¡Nosotros hemos vuelto a los tiempos bíblicos! El becerro de oro fue el primer libro conocido - repuso -. ¡Adelina mía, cómo se conoce que vive usted encerrada en la calle de Plumet! Los egipcios debían enormes cantidades a los hebreos, y no iban detrás del pueblo de Dios, sino detrás de su dinero.

Miró a la baronesa con un aire que quería decir: «¡Tengo ingenio!»

-¿Ignora usted el amor de todos los ciudadanos para su santa hacienda? - repuso después de una pausa -. Dispénseme usted, pero escúcheme bien. Fíjese en este razonamiento. ¿Quiere usted doscientos mil francos?... Nadie puede dárselos sin cambiar colocaciones ya hechas. Cuente usted. Para tener doscientos mil francos en dinero contante es preciso vender cerca de siete mil francos de renta en papel al tres por ciento. Pues bien; no podrá usted tener su dinero hasta al cabo de tres días. Ése es el camino más rápido. Para decidir a alguien a desprenderse de toda una fortuna, pues doscientos mil francos son la fortuna para muchas gentes, es preciso decirles, al menos, adónde van a ir a parar, por qué motivo...

- Se trata, mi bueno y querido Crevel, de la vida de dos hombres, uno de los cuales se morirá de pena y el otro se matará. En fin, se trata de mí, que me volveré loca. ¿No lo estoy ya un poco?

- No tan loca - dijo, tomando a la señora de Hulot por las rodillas -. El padre Crevel tiene su valor, puesto que te has dignado pensar en él.

- Al parecer es preciso dejarse coger las rodillas - pensó la noble y santa mujer, escondiendo la cara entre las manos -. ¡Antaño me ofrecía usted una fortuna! - dijo, ruborizándose.

-¡Ah, madrecita mía, hace tres años! - repuso Crevel -. ¡Oh, pero está usted más hermosa que nunca! - exclamó, cogiendo el brazo de la baronesa y estrechándolo contra su corazón -. Pero caramba, ¡qué memoria tiene usted! ¿Ve cómo hizo mal en rechazarme entonces? Porque los trescientos mil francos que rechazó usted noblemente están ahora en el bolsillo de otra. Yo la amaba a usted, y la amo todavía; pero retrocedamos a hace tres años. Cuando yo le decía «será mía», ¿cuál era mi deseo? Quería vengarme de este malvado de Hulot. Pero hermosa mía, su marido buscose para querida una alhaja de mujer, una perla, una perillana que entonces tenía veintitrés años, pues hoy tiene veintisiete. Me pareció más picaresco, más completo, más Luis XV, más mariscal de Richelieu, más animado soplarle aquella encantadora criatura, que, por otra parte, nunca ha querido a Hulot, y que desde hace tres años está loca de su servidor.

Mientras decía esto, Crevel, de entre cuyas manos había retirado las suyas la baronesa, recobró su posición. Sostenía las sisas de su chaleco y se golpeaba el pecho con ambas manos, como si fuesen dos alas, creyendo ser deseable y encantador. Parecía decir: «Aquí tiene usted al hombre que echó de su casa.»

- Ya ve usted, hija mía, estoy vengado, porque su marido ya lo ha sabido. Le he demostrado categóricamente que estaba en ridículo, que estábamos en paz... La señora Marneffe es mi querida, y cuando su marido reviente será mi mujer...

La señora de Hulot miraba a Crevel con ojos fijos y casi extraviados.

-¿Ha sabido Héctor eso? - dijo.

- Sí, y sin embargo, ha vuelto - respondió Crevel -, y lo he consentido porque Valeria quería ser la mujer de un jefe de negociado; pero me ha jurado arreglar las cosas de manera que nuestro barón se vea tan por los suelos que no vuelva más a aparecer por allí. Y mi duquesita

(porque esa mujer ha nacido para duquesa, palabra de honor) ha cumplido su palabra. Como ella dice ingeniosamente, le ha devuelto a su Héctor virtuoso a perpetuidad. La lección ha sido buena y el barón las ha visto duras; no volverá a liarse con bailarinas ni mujeres de mundo; está curado radicalmente, pues está limpio como un vaso de cerveza. Si hubiese usted escuchado a Crevel en lugar de humillarle y ponerle a la puerta de su casa, hoy tendría usted cuatrocientos mil francos, porque mi venganza me cuesta mucho más; pero confío en recobrar mi dinero a la muerte de Marneffe. Lo he colocado en mi futura. Éste es el secreto de mis prodigalidades. He resuelto el problema de ser gran señor a poca costa.

-¿Sería usted capaz de dar semejante madrastra a su hija? - exclamó la señora de Hulot.

- Señora, usted no conoce a Valeria - repuso gravemente Crevel, que adoptó la posición de su primera manera -. Es a la vez una mujer bien educada, una mujer distinguida y una mujer que goza de la más alta consideración. Mire usted, ayer el vicario de la parroquia comió en su casa. Como ella es piadosa, le hemos regalado para la iglesia un soberbio cáliz. ¡Oh! Es hábil, es ingeniosa, es instruida, es deliciosa, lo tiene todo. Por mi parte, Adelina querida, se lo debo todo a esa encantadora mujer; ella ha pulido mi espíritu y depurado mi lenguaje, como puede usted ver; me corrige cuando digo alguna falta y me procura palabras e ideas nuevas. Ahora ya no digo nada inconveniente. Se han obrado grandes cambios en mí, y usted ha debido notarlos. En fin, ella ha despertado mi ambición. Si fuese diputado, ya no cometería errores, porque consultaría a mi Egeria en las menores cosas. Esos grandes políticos, como Numa, nuestro ilustre ministro actual, tienen todos su sibila. Valeria recibe en su casa a más de veinte diputados, empieza a tener influencia, y ahora va a trasladarse a un magnífico palacio: será una de las soberanas ocultas de París. Semejante mujer es una altiva locomotora. ¡Ah, cuántas veces me he felicitado de su rigor!

- Esto le haría a una dudar de la bondad de Dios - dijo Adelina, en quien la indignación había secado las lágrimas -. Pero no, la justicia divina tiene que cernirse sobre esa cabeza.

- Usted no sabe lo que es el mundo, hermosa señora - repuso el gran político Crevel, profundamente herido -. Al mundo, Adelina mía, le gusta el éxito. Vamos a ver: ¿va a buscar su sublime virtud, cuya tarifa es de doscientos mil francos?

Estas palabras hicieron temblar a la señora de Hulot la cual volvió a ser presa de su estremecimiento nervioso. Comprendió que el perfumista retirado se vengaba de ella innoblemente, como se había vengado de Hulot; el disgusto agitó su corazón y le secó la garganta hasta el punto de que no podía pronunciar palabra.

-¡El dinero! ¡Siempre el dinero! - dijo ella, al fin.

- Me ha conmovido usted mucho - repuso Crevel, considerando nuevamente por aquella palabra la humillación de aquella mujer- , cuando la he visto llorando a mis pies. Usted no quiere creerme; pero mire, si hubiese llevado la cartera encima, se la hubiera dado. Vamos a ver: ¿le hace a usted falta esa suma?...

Al oír esta frase, Adelina olvidó las abominables injurias de aquel gran señor a poca costa ante aquella excitación de triunfo, tan maquiavélicamente presentada por Crevel, que sólo deseaba penetrar los secretos de Adelina para reírse luego de ellos con Valeria.

-¡Ah, lo haré todo! - exclamó la desgraciada mujer -. Señor, me venderé, me convertiré, si es preciso, en otra Valeria.

- Eso os sería difícil - respondió Crevel -. Valeria es lo sublime en su género. Madrecita mía, veinticinco años de virtud siempre dejan rastro, como una enfermedad mal cuidada. Y bien que se ha cubierto aquí de moho su virtud, querida. Pero va usted a ver hasta qué punto la quiero. Voy a proporcionarle los doscientos mil francos.

Adelina le cogió una mano a Crevel, se la puso sobre el corazón, sin poder articular palabra, y una lágrima de alegría humedeció sus párpados.

-¡Oh, espere usted, que habrá trabajo! Yo soy un hombre que sabe vivir, un buen muchacho, sin preocupaciones, y voy a hablarle con franqueza. Usted quiere hacer como Valeria... Bueno, esto no basta; es preciso buscar un accionista, un Hulot. Conozco un rico abacero retirado, que ha sido también gorrero. Es un hombre humilde, sin ideas, a quien yo estoy formando, y no sé cuándo podrá honrarme. Mi hombre es diputado, estúpido y vanidoso; conservado en el fondo de una provincia por la tiranía de una especie de mujer con turbante; está completamente virgen acerca del lujo y de los placeres de la vida parisiense; pero Beauvisage (se llama Beauvisage) es millonario, y daría, lo mismo que yo hace tres años, cien mil francos por ser amado por una mujer distinguida... Sí - dijo, creyendo haber interpretado bien el gesto que hizo Adelina -, me tiene envidia, ya ve usted, si, envidia mi suerte con la señora Marneffe, y el mocito sería capaz de vender una propiedad por ser propietario de una...

-¡Basta señor Crevel basta! - dijo la señora de Hulot, sin disimular más su disgusto y dejando resplandecer sobre su rostro toda su bondad -. Ahora me veo castigada mucho más de lo que a mi pecado corresponde. Mi conciencia, retenida violentamente por la mano de hierro de la necesidad, me dice ante este último insulto que tales sacrificios son imposibles. Ya no tengo más orgullo, ya no me indigno como antes, ya no le diré: «¡Salga usted de aquí!» después de haber recibido este golpe mortal. He perdido el derecho, pues me he ofrecido a usted como una prostituta... Sí - repuso ella, respondiendo a un gesto negativo -, he manchado mi vida, pura hasta ahora, con una intención innoble, y ya sé que no tengo excusa. Merezco todas las injurias que usted quiera echar sobre mí. ¡Que se cumpla la voluntad de Dios! Si desea la muerte de dos seres dignos de ir hacia Él, que mueran... Lloraré y rezaré por ellos. Si quiere la humillación de nuestra familia, inclinémonos bajo la espada vengadora, y siendo, como somos, cristianos, besémosla. Ya sé cómo expiar esta vergüenza de un momento que será el tormento del resto de mi vida. Ya no es la señora de Hulot la que le habla, caballero sino la pobre, la humilde pecadora, la cristiana cuyo solo sentimiento, el de arrepentirse, y que se entregará por completo a la oración y a la caridad. Yo sólo puedo ser ya la última de las mujeres y la primera de las arrepentidas por la fuerza de mi falta. Usted ha sido el instrumento que me ha hecho volver a la razón, a la voz de Dios, que ahora habla en mí. Le doy las gracias.

Temblaba con aquel temblor que desde aquel momento ya no la abandonó más. Su voz, llena de dulzura, contrastaba con la febril palabra de la mujer decidida a deshonrarse para salvar a una familia. La sangre se alejó de sus mejillas, perdió el color y sus ojos quedaron secos.

- Por otra parte, qué mal desempeñaba mi papel, ¿verdad? - repuso ella, mirando a Crevel con la dulzura que los mártires debían poner en sus ojos al mirar al procónsul -. El amor verdadero, el amor santo y fiel de una mujer tiene placeres muy distintos de los que se

compran en el mercado de la prostitución... Mas ¿para qué estas palabras? - dijo, volviendo sobre sí misma y dando un paso más hacia la senda de la perfección -. Parecerían irónicas, y yo no las siento. ¡Perdonádmelas! Por otra parte, señor, quizá no haya querido herir más que a mí misma...

La majestad de la virtud y su luz celestial habían barrido la impureza pasajera de aquella mujer que, resplandeciente con la belleza que le era propia, pareció agrandarse ante los ojos de Crevel. Adelina fue en aquel momento sublime, como esas figuras de la religión, sostenidas por una cruz, que los antiguos venecianos pintaron; pero además expresaba toda la grandeza de su infortunio y la de la Iglesia católica, donde ella se refugiaba en un vuelo de paloma herida. Crevel quedó deslumbrado, ensordecido.

- Señora, soy suyo incondicionalmente - dijo en un impulso de generosidad -. Vamos a examinar el asunto. ¿Qué quiere usted? Aunque me pida lo imposible, lo haré. Depositaré papel en el Banco, y dentro de dos horas tendrá usted su dinero.

-¡Dios mío!, ¡qué milagro! - dijo la pobre Adelina, echándose a sus pies.

Recitó una plegaria con una devoción que conmovió tan profundamente a Crevel, que la señora Hulot le vio algunas lágrimas en los ojos, cuando se puso en pie, terminada su oración.
- Señor, sea usted amigo mío - le dijo -. Usted tiene el alma mejor que la acción y que la palabra. El alma se la ha dado Dios, mientras que las ideas le provienen del mundo y de sus pasiones. ¡Oh, cuánto le querré a usted! - exclamó con un amor angelical, cuya expresión contrastaba singularmente con sus malvadas coqueterías.

- No tiemble usted así - dijo Crevel.

-¿Acaso tiemblo? - preguntó la baronesa, que no notaba aquel achaque tan rápidamente adquirido.

- Sí; mire usted - dijo Crevel, tomando el brazo de Adelina y haciéndole ver que tenía un temblor nervioso -. Vamos, señora - repuso con respeto -, cálmese; yo voy ahora al Banco...

-¡Vuelva usted pronto! Piense usted amigo mío - dijo ella, entregando sus secretos -, que se trata de impedir el suicidio de mi pobre tío Fischer, comprometido por mi marido, pues ahora que confío en usted se lo diré todo. ¡Ah! Si no llegamos a tiempo, conozco la delicadeza del mariscal, y sé que le costaría la vida.

- Entonces, me voy - dijo Crevel, besando la mano de la baronesa -. Pero ¿qué ha hecho ese pobre Hulot?

- Ha robado al Estado.

-¡Ah! ¡Dios mío! Corro, señora; la comprendo a usted y la admiro.

Crevel hincó una rodilla en tierra, besó la falda de la señora de Hulot y desapareció diciendo:

- Hasta pronto.

Desgraciadamente, para ir de la calle de Plumet a su casa, a coger los títulos, Crevel hubo de pasar por la calle de Vanneau y no pudo resistir al deseo de ver a su duquesita. Llegó con el rostro aún descompuesto. Entró en el cuarto de Valeria y la encontró peinándose. Ésta examinó a Crevel en el espejo, y extrañole, como a toda esa clase de mujeres, sin saber nada aún, al ver con una emoción tan fuerte de que ella no era la causa.

-¿Qué tienes, mono mío? - le dijo a Crevel -. ¿Se entra acaso así en casa de su duquesita? No seré ya para usted una duquesa, caballero, pero soy siempre su nena, viejo monstruo.
Crevel respondió con una sonrisa triste y señaló a Reina.

- Reina, hija mía, basta por hoy. Yo misma acabaré de peinarme. Dame la bata chinesca, pues mi señor me parece lindamente achinado.

Reina, muchacha cuyo rostro estaba picado como una espumadera y que parecía haber sido hecha expresamente para Valeria, cambió una sonrisa con su ama y le llevó la bata. Valeria quitose el peinador. Estaba en camisa y se metió en su bata como una culebra bajo la alfombra de hierba.

-¿Diré que no está en casa la señora para nadie?

- Es claro - dijo Valeria -. Vamos a ver, gatito mío, ¿qué pasa? ¿Ha bajado el papel de la ribera izquierda?

- No.

-¿Temes que el palacio se encarezca?

- No.

-¿Crees acaso que no eres el padre del pequeño Crevel?

-¡Qué tontería! - replicó el hombre, seguro de ser amado.

- Pues a fe que no te entiendo - dijo la señora Marneffe -. Pues mira, yo, cuando tengo que sacar las penas como quien saca los corchos de las botellas de Burdeos, lo dejo todo... Conque vete, me cargas.

- Si no es nada - dijo Crevel -. Necesito doscientos mil francos para dentro de dos horas.

-¡Oh! Ya los encontrarás. Mira, yo no he empleado los cincuenta mil francos del juicio verbal de Hulot, y puedes pedirle cincuenta mil francos más a Enrique.

-¡Enrique! ¡Siempre Enrique! - exclamó Crevel.

- Pero gran Maquiavelo en agraz, ¿crees acaso que yo voy a despedir a Enrique? ¿Francia desarmaría su flota? Enrique es el puñal en su vaina colgado de un clavo. Ese muchacho - dijo ella - me sirve para saber si me quieres, y hoy veo que no me quieres.

-¿Que no te quiero, Valeria? - dijo Crevel -. Te quiero más que a un millón.

Librodot

- No es bastante - respondió ella, sentándose en las rodillas de Crevel y pasándole ambos brazos en torno del cuello, como alrededor de una pátera para colgarse de ella. Quiero ser amada como diez millones, como todo el oro de la Tierra, y más aún. Enrique no permanecería cinco minutos sin decirme lo que llevaba dentro. Vamos a ver: ¿qué te pasa, mono mío? Cuéntaselo todo a tu nenita.

Y frotaba el rostro de Crevel con sus cabellos, retorciéndole la nariz.

-¿Será posible tener una nariz semejante - repuso - y guardarle un secreto a su Vava-lele-riaria?

Cuando decía Vava, la nariz poníala hacia la izquierda; cuando decía lele, a la derecha, y cuando decía riaria, la volvía a poner en su sitio.

- Pues bien, acabo de ver...

Crevel se detuvo y miró a la señora Marneffe.

- Valeria, joya mía, ¿me prometes por tu honor, es decir, por el nuestro, no decir nunca una palabra de lo que voy a decirte?

-¡Entendido, alcalde! Levanto la mano..., mira, y hasta el pie.

Se puso de un modo capaz de volver a Crevel, como ha dicho Rabelais, limpio de cerebro hasta los talones; tan atrevido y sublime fue el desnudo visible a través de la niebla de la batista.

- Acabo de ver la desesperación de la virtud.

-¿Es que tiene virtud la desesperación? - dijo Valeria, meneando la cabeza y cruzándose de brazos a lo Napoleón.

- Esa pobre señora de Hulot necesita doscientos mil francos; si no, el mariscal y el padre Fischer se levantarán la tapa de los sesos; y como tú eres en parte la causa de todo esto, mi duquesita, yo voy a reparar el mal. ¡Oh, la conozco, es una santa mujer y me lo devolverá todo!

Al oír la palabra Hulot y la cantidad de doscientos mil francos, Valeria lanzó una mirada que cruzó por entre sus largas pestañas como el resplandor de un cañonazo.

-¿Pero qué te ha hecho esa vieja para inspirarte lástima? ¿Qué te ha enseñado? ¿Su religión?

- No te burles de ella, corazón mío, porque es una noble, santa y piadosa mujer, digna de respeto.

-¿Yo no soy también digna de respeto? - dijo Valeria, mirando a Crevel con aire siniestro.

- Yo no digo eso - respondió Crevel, comprendiendo lo mucho que aquel elogio de la virtud debía herir a la señora de Marneffe.

Librodot

- Yo también soy piadosa - dijo Valeria, yendo a sentarse en su sofá -; pero no comercio con la religión y me escondo para ir a la iglesia.

Permaneció callada y no hizo ya caso de Crevel. Éste, excesivamente inquieto, fue a ponerse ante el sofá donde se había hundido Valeria, y la encontró sumida en las ideas tan tontamente despertadas.

- Valeria, ángel mío.

Profundo silencio. Una lágrima bastante problemática fue enjugada furtivamente.

- Una palabra, nena mía.

-¡Caballero!

-¿En qué pensáis, amor mío?

-¡Ah, señor Crevel! Pienso en el día de mi primera comunión. ¡Qué hermosa estaba! ¡Qué pura! ¡Qué santa! ¡Que inmaculada! ¡Ah! Si alguien hubiera ido a decir a mi madre: «Su hija será una arrastrada: engañará a su marido. Un día, un comisario de Policía la encontrará en una casita, vendiendo a Crevel para engañar a Hulot, dos viejos horribles...»¡Puah!... ¡Ah! La pobre mujer me quería tanto, que habría muerto antes de acabar la frase.
¡Cálmate!

- Tú no sabes cuánto es preciso amar a un hombre para imponer silencio a estos remordimientos que vienen a herir siempre el corazón de una mujer adúltera. Me molesta que Reina se haya ido, porque te habría dicho que esta mañana me encontró llorando y pidiendo perdón a Dios. Mire usted, señor Crevel, yo no me burlo nunca de la religión ¿Me ha oído usted alguna vez hablar mal de ella?

Crevel hizo un gesto negativo.

- Hasta prohíbo que hablen delante de mí. Yo charlaré acerca de todo lo que se quiera: de los reyes, de política, de hacienda, de todo lo que hay de más sagrado para el mundo, de los jueces, del matrimonio, del amor, de los jóvenes, de los viejos, pero ante la Iglesia Y ante Dios me detengo. Yo ya sé que hago mal y que les sacrifico a ustedes mi porvenir... y ¡aún duda usted de lo grande de mi amor!

Crevel juntó las manos.

-¡Ah! Sería preciso penetrar en mi corazón y medir toda la extensión de mis convicciones, para saber todo lo que le sacrifico. Yo me siento de la madera de una Magdalena. Por eso habrá usted notado el respeto con que trato a los sacerdotes. Cuente usted los regalos que hago a la Iglesia. Mi madre me educó en la fe católica y comprendo a Dios. A las pervertidas es a las que nos habla con más severidad.

Valeria se enjugó dos lágrimas que rodaban por sus mejillas. Crevel se asustó, y la señora Marneffe se levantó, exaltada.

Librodot

-¡Cálmate, nena mía! Me asustas.

La señora de Marneffe se dejó caer de rodillas.

-¡Dios mío, yo no soy mala! - dijo, juntando las manos -. Dignaos recoger a esta oveja descarriada, heridla, anonadadla, para sacarla de las manos que la convierten en infame y adúltera. Ella se acurrucará gozosa en vuestro regazo y volverá completamente feliz al hogar.

Se levantó, miró a Crevel y éste sintió miedo al ver las extraviadas miradas de Valeria.

- Además, Crevel, ¿sabes?, hay momentos en que tengo miedo. La justicia de Dios lo mismo le alcanza a uno en este mundo que en el otro. ¡Qué puedo esperar yo de Dios! Su venganza alcanza de todas suertes al culpable, tomando prestados todos los caracteres de una desgracia.

Todas las desgracias que se ven en este mundo y que los imbéciles no saben explicarse, no son más que expiaciones. Esto me decía mi madre en su lecho de muerte, hablándome de su vejez. ¡Y si yo te perdiese! - añadió, agarrando a Crevel con un furioso abrazo de salvaje energía -. ¡Ah, moriría!

La señora de Marneffe soltó a Crevel, se arrodilló de nuevo ante su sofá, cruzó las manos (¡y en qué arrebatada postura!) y dijo con increíble devoción la siguiente plegaria:

- Y vos, Santa Valeria, mi buena patrona, ¿por qué no visitáis más a menudo la cabecera del lecho de la que os está confiada? ¡Oh! Venid esta noche como habéis venido esta mañana a inspirarme buenos pensamientos, y así abandonaré el mal sendero, renunciaré, como Magdalena a los goces engañosos, al brillo embustero del mundo y hasta a aquel a quien tanto amo.

¡Nena mía! - dijo Crevel.

-¡Ya no hay más nena mía, caballero!

Y se volvió, altiva, como una mujer virtuosa, con los ojos humedecidos por el llanto; mostrose digna, fría, indiferente.

- Déjeme usted - dijo, rechazando a Crevel -. ¿Cuál es mi deber? Ser de mi marido. Este hombre está moribundo, y ¿qué hago yo? Le engaño al borde de la tumba. Cree que es suyo nuestro hijo. Voy a decirle la verdad. Voy a empezar por implorar su perdón antes de pedir el de Dios. Separémonos. Adiós, señor Crevel - añadió, poniéndose de pie y tendiendo a Crevel una mano helada -. Adiós, amigo mío; únicamente nos veremos en un mundo mejor. Usted me debe algunos placeres criminales, muy criminales y, ahora, sí, ahora, quiero ganarme su estimación.

Crevel lloraba a lágrima viva.

-¡Gran cornudo! - exclamó ella, soltando una carcajada infernal -. Éstas son las mañas que emplean las mujeres piadosas para dar un timo de doscientos mil francos. ¿Y tú, que hablas del mariscal de Richelieu, del original Lovelace, te dejas coger de ese modelo como dice Steinbock? ¿Cuántos doscientos mil francos te arrancaría yo de ese modo, si quisiera, gran

imbécil? ¡Guarda tu dinero! ¡Y si tienes de sobra, esa sobra me pertenece! Si le das los cuartos a esa mujer respetable que causa nuestra piedad porque tiene cincuenta y siete años, no volveremos a vernos nunca, y la tomas a ella como querida; al día siguiente volverás a mí herido por sus caricias angulosas y harto de sus lágrimas, de sus gorritos flojillos, de sus gimoteos, que deben convertir sus favores en chaparrones...

- La verdad es - dijo Crevel - que doscientos mil francos es mucho dinero...

-¡Las mujeres piadosas suelen tener mucho apetito!... ¡Ah, infeliz! Venden mejor sus sermones que nosotras lo más preciado y más seguro que hay en el mundo: el placer. ¡Hacen cada novela! ¡Bah! Las conozco, porque he visto muchas en casa de mi madre. Se creen que la Iglesia se lo perdonará todo... Mira, deberías estar avergonzado, tú, bicho mío, tan poco espléndido... pues a mí, ¡tú no me has dado doscientos mil francos!

-¡Ah! Sí - repuso Crevel -. Sólo el palacio costará eso...

-¿De modo que tienes cuatrocientos mil francos? - dijo ella con aire soñador.

- No.

-¿De modo que querías prestarle a esa vieja horrorosa los doscientos mil francos de mi palacio? He aquí un crimen de lesa nenita...

- Pero escúchame.

- Si al menos le dieses ese dinero a cualquier idiota institución filantrópica, pasarías por ser un hombre de porvenir - dijo ella animándose -, y yo sería la primera en aconsejártelo; porque tú eres demasiado inocente para escribir algunos libros de política que te labraran una reputación, ni tienes bastante estilo para adobar algunos volúmenes, podrías colocarte como todos aquellos que están en tu caso y que dan gloria a su nombre poniéndose al frente de una cosa social, moral, nacional o general... Te han robado la beneficencia, porque ahora se lleva poco... Las pequeñas obras de justicia, a los que obran mejor entre los pobres diablos honrados, está gastado. Quisiera verte inventar, por doscientos mil francos, algo más difícil, más realmente útil. Se hablaría de ti como de una capita azul, de un Montyon, y yo estaría orgullosa. Pero tirar doscientos mil francos en una pila de agua bendita, prestárselos a una beata abandonada por su marido por algún motivo, ¡bah, siempre hay algún motivo! (¿me abandonan a mí?), es una estupidez que en nuestra época no puede germinar más que en el cerebro de un antiguo perfumista. Eso huele a mostrador. Dentro de dos días ni tú mismo te atreverías a mirarte al espejo. Anda, corre a depositar el dinero en la caja de amortización, corre, pues no vuelvo a recibirte sin el recibo de la suma. Anda y de prisa.

Empujaba a Crevel fuera de su cuarto, viendo sobre su rostro florecida de nuevo la avaricia. Cuando la puerta de la habitación se cerró, dijo:

- Ya está Isabela más que vengada. ¡Qué lástima que esté en casa del viejo mariscal! ¡Lo que nos hubiéramos reído! ¡Ah! La vieja quiere quitarme el pan de la boca. Ya la arreglaré yo.

Obligado a tomar una habitación en armonía con la primera dignidad militar, el mariscal Hulot se había instalado en un magnífico palacio, situado en la calle de Montparnasse, donde

se encontraban dos o tres casas regías. Aunque la había alquilado, no ocupaba más que el piso bajo. Cuando Isabela fue a gobernar la casa quiso subarrendar en seguida el primer piso que, según decía, daría lo suficiente para que la habitación del conde le saliese casi de balde; pero el veterano se negó. Hacía algunos meses que el mariscal estaba agitado por tristes pensamientos. Había adivinado los apuros de su cuñada y, sin penetrar la causa, sospechaba sus desgracias. Aquel anciano, dotado de una sordera tan alegre, se volvía taciturno y pensaba que su casa sería algún día el asilo de la baronesa de Hulot y de su hija, y les reservaba aquel primer piso. La escasez de fortuna del conde de Forzheim era tan conocida, que el ministro de la Guerra, el príncipe de Wissemburgo, había obligado a su camarada a que aceptase una indemnización para la instalación. Hulot empleó aquella indemnización en amueblar el piso bajo, donde todo era conveniente, pues según decía, no quería llevar a pie el bastón de mariscal. Habiendo pertenecido el palacio bajo el Imperio a un senador, los salones del piso bajo habían sido restaurados con gran magnificencia, en blanco y oro, todo tallado, y estaban bien conservados. El mariscal lo había amueblado con lujo; tenía en la cochera un magnífico coche, en cuyos tableros estaban los dos bastones cruzados en aspa, y alquilaba caballos cuando tenía que ir in fiocchi, ya al Ministerio o ya al palacio, a alguna ceremonia o a alguna fiesta. Como hacía treinta años que le servía de criado un antiguo soldado, de sesenta años de edad, cuya hermana era su cocinera, podía economizar unos diez mil francos, con los que iba formando un pequeño tesoro destinado a Hortensia. El anciano iba a pie todos los días, de la calle de Montparnasse a la calle de Plumet, por el bulevar, y al verle venir, todos los inválidos se cuadraban y le hacían el saludo militar, agradecido por el mariscal con una sonrisa.

-¿Quién es ése por quien usted se ha cuadrado? - le decía un día un joven obrero a un anciano, capitán de inválidos.

- Voy a decírtelo mocito - le respondió el oficial.

El muchacho se puso en la actitud del hombre que se resigna a escuchar a un charlatán.

- En 1809 - dijo el inválido -, protegíamos nosotros el flanco del Gran Ejército mandado por el emperador, que se encaminaba a Viena. Llegamos a un puente defendido por una triple batería de cañones instalados sobre una especie de roca, y que, formando tres reductos, uno sobre otro, enfilaban el puente. Nosotros íbamos a las órdenes del mariscal Massena. Ése que ves era entonces coronel de granaderos y yo iba con él... Nuestras columnas ocupaban un lado del río, y los reductos estaban al otro lado. Tres veces se atacó el puente, y tres veces hubo que retroceder. «¡Que vayan a buscar a Hulot - dijo el mariscal -. Sólo él y sus hombres son capaces de apechugar con ese trozo.» Entonces llegamos nosotros. El último general que acababa de retirarse delante del puente detuvo a Hulot bajo el fuego para decirle lo que había de hacer, embarazándonos el camino. «No necesito consejos, sino sitio para pasar», dijo tranquilamente el general, franqueando el puente al frente de su columna, y en seguida una descarga de treinta cañones sobre nosotros...

-¡Al diablo! - exclamó el obrero -. Debió de ser una cosa para sembrar muletas.

- Si tú hubieses oído decir tranquilamente aquella frase como yo, créeme, pequeño, saludarías a ese hombre hasta besar la tierra. Esto no es tan conocido como lo del puente de Arcole; pero tal vez es más hermoso. Nosotros llegamos a la carrera con Hulot hasta las baterías, «¡Honor a los que han sobrevivido!», dijo el mariscal, quitándose el sombrero. Los Kaiserliks quedaron

aturdidos del golpe. El emperador nombró conde al viejo a quien has visto, nos honró a todos en nuestro jefe, y los de ahora han hecho muy bien al nombrarle mariscal.

-¡Viva el mariscal! - dijo el obrero.

-¡Oh! Ya puedes gritar... El mariscal está sordo de tanto oír retumbar el cañón.

Esta anécdota puede dar una idea del respeto con que trataban los inválidos al mariscal Hulot, cuyas invariables opiniones republicanas le valían las simpatías populares de todo el barrio.

La aflicción, embargando aquella alma tan noble, tan pura y tan serena, era un espectáculo desolador. La baronesa, con esa astucia propia de las mujeres, sólo podía mentir y ocultar a su cuñado toda la espantosa verdad. Durante aquella desastrosa mañana, el mariscal, que dormía poco, como todos los ancianos, había obtenido de Isabela confesiones acerca de la situación de su hermano, prometiéndole casarse con ella como premio de su indiscreción. Todo el mundo comprenderá el placer que tuvo la solterona dejándose arrancar confidencias que desde su entrada en la casa deseaba hacer a su futuro; sobre todo cuando así consolidaba su matrimonio.

- Su hermano es incurable - gritaba Isabela en la oreja buena del mariscal.

La voz fuerte y clara de la lorenesa le permitía hablar con el anciano. Es verdad que fatigaba sus pulmones, pero se proponía demostrar a su futuro que nunca sería sordo para ella.

-¡Haber tenido tres queridas - decía el anciano - teniendo a una Adelina! ¡Pobre Adelina!

- Si quiere usted hacerme caso - gritó Isabela -, debe aprovechar su influencia con el príncipe de Wissemburgo para lograrle a mi prima una plaza honrosa, pues buena falta le hará, teniendo como tiene el barón empeñada la paga por tres años.

- Voy a ir al Ministerio - respondió - a ver al mariscal para saber lo que piensa de mi hermano y para pedirle su activa protección para mi hermana. ¿Qué plaza le parece a usted digna de ella?

- Las damas de caridad de París han formado una asociación de beneficencia de acuerdo con el arzobispo; necesitan inspectoras honrosamente retribuidas, empleadas en reconocer las verdaderas necesidades. Tal cargo convendría a mi querida Adelina, porque estaría de acuerdo con su corazón.

- Mande usted a buscar los caballos - dijo el mariscal -, yo voy a vestirme. Si es preciso iré a Neully.

-¡Cuánto la ama! La hallaré, pues, siempre y en todas partes - dijo la lorenesa.

Isabela imperaba ya en la casa, pero lejos de las miradas del mariscal. Había inspirado temor a los tres criados, se había procurado una camarera y desplegaba su actividad de solterona, haciéndose dar cuenta de todo, examinándolo todo y buscando en todo el bienestar de su querido mariscal. Tan republicana como su futuro, Isabela le gustaba mucho al militar por sus ribetes democráticos; además, lo adulaba con una habilidad prodigiosa; y desde hacía dos

semanas, el militar, que vivía mejor y se veía cuidado como un niño por su madre, acabó por ver en Isabela una parte de su sueño.

- Mi querido mariscal - le gritaba, acompañándole hasta la puerta -, levante los cristales de las portezuelas y evite las corrientes; hágalo por mí.

El mariscal, aquel solterón que no habla sido nunca mimado, aunque llevaba el corazón lacerado de dolor, no pudo menos de sonreír a Isabela al marcharse.

En aquel mismo momento, el barón de Hulot dejaba las oficinas de la Guerra y se trasladaba al despacho del mariscal, príncipe de Wissemburgo, que le había mandado llamar. Aunque no tuviese nada de extraordinario el que un ministro llamase a uno de sus directores generales, la conciencia de Hulot estaba tan enferma, que vio no sé qué de siniestro y frío en la cara de Mitouflet.

- Mitouflet, ¿cómo está el príncipe? - preguntó, cerrando su despacho y alcanzando al ordenanza, que marchaba delante.

- Debe de tener algo contra usted, señor barón - respondió el ordenanza -, porque su voz, su mirada y su cara denotan la tormenta.

Hulot se puso lívido y guardó silencio, atravesó la antesala, los salones y llegó a la puerta del despacho con grandes palpitaciones de corazón. El mariscal, que contaba a la sazón setenta años, con los cabellos completamente blancos, con la cara tostada como los ancianos de esa edad, llamaba la atención por una frente tan espaciosa, que la imaginación parecía ver en ella un campo de batalla. Bajo aquella cúpula gris cargada de nieve brillaban, sombreados por el pronunciado saliente de dos tupidas cejas, unos ojos de un azul napoleónico, ordinariamente tristes y llenos de pensamientos amargos y de penas. Aquel rival de Bernadotte había esperado sentarse sobre un trono. Pero sus ojos se convertían en dos formidables rayos cuando algún sentimiento grande se pintaba en ellos. La voz, cavernosa casi siempre, lanzaba entonces estridentes sonidos. Encolerizado, el príncipe se convertía en soldado, hablaba el lenguaje del subteniente Cottin, y ya no se cuidaba de nada. Hulot de Ervy vio a aquel viejo león con los cabellos dispersos como una melena, de pie ante la chimenea, con las cejas fruncidas, el hombro apoyado en el mármol y los ojos en apariencia distraídos.

- Aquí estoy, a vuestras órdenes, príncipe mío - dijo Hulot, con amabilidad y aire desenvuelto.

El mariscal miró fijamente al director sin decirle palabra durante todo el tiempo que tardó en llegar del umbral de la puerta a dos pasos de él. Aquella mirada de plomo fue como la mirada de Dios. Hulot no pudo soportarla y bajó los ojos en actitud confusa.

- Lo sabe todo - pensó.

-¿No le dice a usted nada su conciencia? - dijo el mariscal con voz sorda y grave.

- Príncipe mío, me dice que probablemente he hecho mal en hacer razzias en Argelia sin consultarle. A mi edad y con mis gustos, después de cuarenta y cinco años de servicio, estoy sin fortuna. Usted conoce los principios de los cuatrocientos elegidos de Francia. Esos señores envidian todas las posiciones, han escatimado el sueldo de los ministros, que es todo lo que se

puede decir. ¡Id, pues, a pedirles dinero para un anciano servidor! ¿Qué esperar de gentes que pagan tan mal como lo está la magistratura; que dan a los obreros del puerto de Tolón seis reales diarios, cuando hay imposibilidad material de que ninguna familia pueda vivir allí con menos de dos pesetas; que no reflexionan en la atrocidad de los sueldos de los empleados con seiscientos, mil y mil doscientos francos en París? ¿Qué esperar de gentes que desean para sí nuestras plazas cuando son de cuarenta mil francos y, en fin, que niegan un bien de la Corona, confiscado a la Corona en 1830 y una adquisición hecha con los dineros de Luis XVI, cuando se les pedía para un príncipe pobre?... Si no tuviese usted fortuna, príncipe mío, le dejarían, como a mi hermano, con su sueldo pelado, sin acordarse de que salvó al Gran Ejército conmigo en las llanuras pantanosas de Polonia.

- Usted ha robado al Estado, usted se ha expuesto a ir a la cárcel - le dijo el mariscal - como cajero del Tesoro, ¿y toma usted eso, caballero, con esa ligereza?

-¡Qué diferencia, monseñor! - exclamó el barón de Hulot -. ¿Acaso he metido yo las manos en la caja que me estaba confiada?

- Cuando se cometen semejantes infamias - dijo el mariscal -, se resulta doblemente culpable, por su posición y por hacer las cosas torpemente. ¡Usted ha comprometido innoblemente nuestra Administración, que era hasta ahora la más pura de Europa! Y todo eso, caballero, por doscientos mil francos y por una perdida... - dijo el mariscal con una voz terrible -. Usted es consejero de Estado, y se castiga con la muerte al simple soldado que vende los efectos del regimiento. He aquí lo que me dijo un día el coronel Pourin, del segundo de lanceros... En Saverna, uno de sus hombres amaba a una joven alsaciana que deseaba un chal; la tunanta hizo tanto, que aquel pobre diablo de lancero, que debía ser ascendido a sargento y era desde hacía veinte años el honor del regimiento, vendió efectos de su compañía para regalar el chal... ¿Sabe usted lo que hizo el lancero, señor barón de Ervy? Se comió los vidrios de una ventana, después de machacarlos, y murió a las once horas en el hospital... Procure usted morir de una apoplejía para que podamos salvarle el honor.

El barón miró al anciano guerrero con ojos extraviados y el mariscal, al ver aquella actitud reveladora de un cobarde, sintió el rubor en sus mejillas y sus ojos se encendieron.

-¿Sería usted capaz de abandonarme? - dijo Hulot, balbuceando.

En este momento, el mariscal Hulot, habiendo sabido que su hermano y el ministro estaban solos, se permitió entrar y, como todos los sordos, se fue derecho hacia el príncipe.

-¡Oh! - gritó el héroe de la campaña de Polonia -. Ya sé lo que vienes a hacer, mi antiguo camarada; pero todo es inútil.

-¿Inútil? - repuso el mariscal Hulot, que no oyó más que esta palabra.

- Sí, vienes a hablarme por tu hermano; pero ¿sabes tú lo que es tu hermano?

-¿Mi hermano? - preguntó el sordo.

- Pues bien - gritó el mariscal -; es un ladrón indigno de ti.

Y la cólera del mariscal le hizo lanzar aquellas fulgurantes miradas que, semejantes a las de Napoleón, quebraban las voluntades y los cerebros.

- Has mentido, Gottin - respondió el mariscal Hulot, poniéndose lívido -. Olvida tus galones como yo olvido los míos... Estoy a tus órdenes.

El príncipe se encaminó hacia su compañero, le miró fijamente y le dijo al oído, estrechándole la mano:

-¿Eres un hombre?

- Ya lo verás.

- Pues bien, mantente fuerte. Se trata de la mayor desgracia que puede ocurrirte.

El príncipe se volvió, tomó una carpeta de encima de la mesa y la puso en manos del mariscal Hulot, gritándole:

- Lee.

El conde de Forzheim leyó la siguiente carta, que estaba sobre la carpeta:

«Al Exmo. Sr. Presidente del Consejo (confidencial).
Argel...
Mi querido príncipe: Tenemos entre manos un malísimo negocio, como puede usted ver por los documentos que le envío.

En resumen, el barón Hulot de Ervy ha enviado a la provincia de Orán a uno de sus tíos para traficar con los granos y con los forrajes, procurándole la complicidad de un guardaalmacén. Este guardaalmacén ha hecho confesiones para hacerse el interesante y ha acabado por evadirse. El fiscal ha llevado el asunto con toda severidad, no viendo en él más que a dos subalternos encausados; pero Juan Fischer, tío del director general, al verse amenazado de ir a presidio, se ha dado muerte en la cárcel con un clavo.

Todo habría acabado aquí si este hombre digno y honrado, engañado seguramente por su sobrino y por su cómplice, no hubiese escrito al barón de Hulot. Esta carta, que llegó a la Audiencia, asombró tanto al fiscal, que éste vino a verme. Sería un golpe tan terrible el arresto y procesamiento de un consejero de Estado, de un director general, que cuenta tan buenos y leales servicios, pues nos salvó a todos después del Beresina, reorganizando la Administración, que he hecho que me entregasen todas las piezas.

¿Debe seguir su curso este asunto, o toda vez que ha muerto el principal culpable visible, se hace condenar al guardaalmacén en rebeldía?

El fiscal consiente en que las piezas os sean remitidas, y estando el barón de Ervy domiciliado en París, el proceso corresponderá a esa Jurisdicción real. Aunque no es completamente legal, hemos hallado medio de salvar por el momento esta dificultad.

Lo único que le recomiendo, mi querido mariscal, es que tome pronto una resolución. Se habla ya demasiado de este deplorable asunto, que nos haría mucho daño si la complicidad del gran culpable, que sólo es aún conocida por el fiscal, por el juez de instrucción, por el procurador general y por mí, llegase a hacerse pública.»

Al llegar aquí, el papel cayó de las manos del mariscal Hulot, que miró a su hermano y vio que era inútil compulsar el documento; buscó la carta de Juan Fischer y se la tendió, después de haberla leído en un segundo.

«Desde la cárcel de Orán...

Sobrino mío: Cuando lea usted esta carta ya no existiré.

No tema que se encuentren pruebas contra usted. Muerto yo y habiendo logrado escaparse el jesuita Chardin, el proceso quedará suspendido. La figura de nuestra Adelina, tan feliz por usted, me ha hecho la muerte muy grata. Ya no necesita usted enviarme los doscientos mil francos. Adiós.

Esta carta le será entregada por un detenido con quien creo que puedo contar.
Juan Fischer.»

- Le pido a usted perdón - dijo, con conmovedora altivez, el mariscal Hulot al príncipe de Wissemburgo.

-¡Vamos, sigue tuteándome, Hulot! - replicó el ministro, estrechando la mano de su viejo amigo -. El pobre lancero no mató a nadie más que a él - dijo, clavando a Hulot de Ervy con una mirada.

-¿Cuánto ha tomado usted? - dijo severamente el conde de Forzheim a su hermano.
- Doscientos mil francos.

- Mi querido amigo - dijo el conde, dirigiéndose al ministro - antes de cuarenta y ocho horas tendrá usted los doscientos mil francos. Jamás podrá decirse que un hombre que lleva el apellido de Hulot ha perjudicado en un cuarto a la cosa pública.

-¡Qué niñería! - dijo el mariscal -. Yo sé dónde están los doscientos mil francos y voy a hacer que los restituyan. Presente usted su dimisión y pida su retiro - repuso, haciendo volar una hoja de papel hasta el sitio de la mesa donde se había sentado el consejero de Estado, cuyas piernas temblaban -. Este proceso sería una vergüenza para todos nosotros; así es que el Consejo de Ministros me ha facultado para obrar con la libertad que obro. Puesto que acepta usted la vida sin honor y sin mi estimación, una vida degradada, tendrá usted el retiro que le corresponde; pero procure usted hacerse olvidar.

El mariscal llamó y dijo:

-¿Está ahí el empleado Marneffe?

- Sí, monseñor - dijo el ordenanza.

Librodot

- Que entre.

- Usted - exclamó el ministro viendo a Marneffe- y su mujer han arruinado a ciencia cierta al barón de Ervy, aquí presente.

- Señor ministro, le ruego que me perdone; nosotros somos muy pobres: sólo tengo un sueldo para vivir y tengo dos hijos, el menor de los cuales ha sido traído a mi familia por el señor barón.

-¡Qué cara de pillo! - dijo el príncipe al marisca Hulot, señalando a Marneffe -. Basta de discursos a lo Sganarello - repuso -: o devuelve usted los doscientos mil francos o va usted a parar a Argel.

- Pero, señor ministro, usted no conoce a mi mujer, se lo ha comido todo. El señor barón invitaba todos los días a seis personas a comer. Se gastaban en mi casa cincuenta mil francos anuales.

- Retírese - dijo el ministro con voz formidable, que sonaba como en las cargas de los campos de batalla -. Dentro de dos horas recibirá usted la orden de su traslado. Váyase.

- Prefiero presentar la dimisión - dijo insolentemente Marneffe, marchándose -. Sería demasiado: tras de cornudo, apaleado.

Y salió.

-¡Qué pillo más sinvergüenza! - dijo el príncipe.

El mariscal Hulot, que durante aquella escena había permanecido en pie, inmóvil, pálido como un cadáver, examinando a su hermano a hurtadillas, fue a tomar la mano del príncipe y le repitió:

- Dentro de cuarenta y ocho horas el daño material quedará reparado, pero el honor... Adiós, mariscal, éste es el último golpe, el que mata. Sí, a mí me acarreará la muerte - le dijo al oído.

-¿Por qué diantre has venido esta mañana? - le respondió el príncipe, conmovido.

- Venía por su mujer - replicó el conde, señalando a Héctor -, que no tiene pan que llevarse a la boca, y sobre todo ahora.

- Tiene su retiro.

- No, porque está empeñado.

- Se necesita tener el diablo en el cuerpo - dijo el príncipe, encogiéndose de hombros -. Pero ¿qué filtro le dan a usted esas mujeres para quitarle así el sentido? - le preguntó a Hulot de Ervy -. ¿Cómo ha podido usted, que conoce la minuciosa exactitud con que la Administración francesa lo escribe todo, consumiendo resmas de papel para hacer constar la entrada y la salida de unos cuantos céntimos; usted, que deploraba que fuese preciso centenares de firmas para la menor cosa, para librar un soldado, para comprar estribos, cómo confiaba en tener

oculto un robo durante mucho tiempo? ¿Y los periódicos? ¿Y los envidiosos? ¿Y las gentes que quisieran robar? ¿Os quitan el sentido esas mujeres? ¿Os ponen una venda en los ojos? ¿O es que son ustedes distintos a los demás? Era preciso que dejase el servicio del Estado cuando se convenció que ya no era un hombre, sino un temperamento. Si ha sido usted tan tonto en la comisión de los crímenes, no quiero decirle dónde acabará.

- Prométeme ocuparte de ella, Cottin - dijo el conde de Forzheim, que no oía nada y sólo pensaba en su cuñada.

- No tengas cuidado - dijo el ministro.

- Bueno, gracias, y adiós. Venga usted conmigo, caballero - le dijo a su hermano.

El príncipe miró con aparente tranquilidad a los dos hermanos, tan distintos en su actitud, en su carácter y en su conformación, al valiente y al cobarde, al voluptuoso y al rígido, al honrado y al concusionario, y se dijo:

- Ese cobarde no sabrá morir, y mi pobre Hulot, tan probo, lleva la muerte en el alma.

Dicho esto se sentó en un sofá y reanudó la lectura de los despachos de África, con un movimiento que denotaba a la vez la sangre fría del capitán y la piedad profunda que engendra el espectáculo del campo de batalla, pues no hay nadie, en realidad, más humano que los militares, tan rudos en apariencia y a quienes el hábito de la guerra comunica ese frío glacial, tan necesario en los campos de batalla.

Al día siguiente, algunos periódicos contenían, bajo títulos diversos, estos diferentes artículos:

«El señor barón Hulot de Ervy acaba de pedir su retiro. Los desórdenes en la contabilidad de la Administración argelina, que causaron la muerte y la huida de dos funcionarios, han influido en la determinación tomada por este funcionario. Al saber las faltas cometidas por empleados en quienes desgraciadamente había depositado su confianza, el señor barón de Hulot sufrió en el despacho del ministro un ataque de parálisis.

«El señor Hulot de Ervy, hermano del mariscal, cuenta cuarenta y cinco años de servicios. Esta resolución, combatida en vano, ha sido vista con pena por todos los que conocen al barón de Hulot, cuyas cualidades privadas igualan a sus méritos administrativos. Nadie ha olvidado la abnegación del ordenador en jefe de la Guardia Imperial en Varsovia, ni la actividad maravillosa con que supo organizar los diferentes servicios del ejército improvisado en 1815 por Napoleón.

Es una de las glorias imperiales que van a abandonar la escena. Desde 1830, el señor barón de Hulot no ha cesado de ser una de las lumbreras necesarias en el Consejo de Estado y en el Ministerio de la Guerra.»

«Argel.- El asunto llamado de los forrajes, al que algunos periódicos dieron proporciones ridículas, ha terminado con la muerte del principal culpable. El señor Juan Wisch se ha matado en la cárcel, y su cómplice ha huido, pero será juzgado en rebeldía.

Wisch, antiguo abastecedor de los ejércitos era un hombre honrado y muy estimado, que no ha podido soportar la idea de haber sido engañado por el señor Chardin, guardalmacén huido.»

En las gacetillas de París se leía lo siguiente:

«El ministro de la Guerra, para evitar en lo sucesivo todo desorden ha resuelto crear una oficina de Subsistencias en África. Se designa al jefe de negociado señor Marneffe para ir a encargarse de esta nueva oficina.»

«La plaza del barón de Hulot excita todas las ambiciones. Según dicen, esta dirección está prometida al conde Marcial de la Roche Hugon, diputado, cuñado del señor conde de Rastignac. El señor Massol, refrendario, será nombrado consejero de Estado, y el señor Claudio Vignon, refrendario.»

De todas las especies de mentiras, la más peligrosa para los periódicos de la oposición es la mentira oficial. Por astutos que sean los periodistas, resultan a veces engañados, voluntaria o involuntariamente, por la habilidad de aquellos que, como Claudio Vignon, han pasado desde la Prensa a las elevadas regiones del Poder. El periódico sólo puede ser vencido por el periodista. Así puede decirse, parodiando a Voltaire: «La noticia no es aquella que un pueblo vano piensa.»

El mariscal Hulot se llevó a su hermano, el cual ocupó en el coche la bigotera, dejando respetuosamente a su hermano mayor el asiento del fondo. Ni uno ni otro cambiaron palabra; Héctor estaba anonadado. El mariscal permaneció pensativo, como hombre que procura reunir sus fuerzas para soportar un peso abrumador. Al llegar a su palacio, sin pronunciar palabra y hablando únicamente por gestos, condujo a su hermano a su gabinete. El conde había recibido del emperador un magnífico juego de pistolas, fabricadas en Versalles; sacó de un secreter, donde la guardaba, la caja que las contenía, sobre la cual velase grabada la inscripción: «Regaladas por el emperador al mariscal Hulot» y, mostrándosela a su hermano, le dijo:

- Ahí tienes tu médico.

Isabela, que miraba esta escena por la puerta entreabierta, corrió al coche y dio orden al cochero para que la llevase a escape a la calle de Plumet. A los veinte minutos próximamente, ya estaba de vuelta con la baronesa, después de haber enterado a ésta de la amenaza hecha por el mariscal a su hermano.

El conde, sin mirar a su hermano, llamó a su factotum, veterano que le servía hacía treinta años.

- Beaupied - le dijo -, vete a buscar a mi notario, al conde Steinbock, a mi sobrina Hortensia y al agente de cambio del Tesoro. Son las diez y media, y a las doce quiero que todo el mundo esté aquí. Toma coches, y ve más de prisa aún que eso - dijo, hallando una frase republicana que en otro tiempo tenía a menudo entre sus labios.

E hizo la terrible mueca que tan atentos ponía a sus soldados cuando él examinaba las retamas de Bretaña en 1799 (véanse Los chuanes).

- Mariscal, se cumplirán sus órdenes - dijo Beaupied, haciendo el saludo militar.

Sin ocuparse de su hermano, el anciano volvió a su gabinete, tomó una llave escondida en un secreter y abrió una cajita de malaquita con incrustaciones de acero, regalo del emperador Alejandro. Por orden del emperador Napoleón había ido a devolver al emperador ruso algunos objetos suyos, cogidos en la batalla de Dresde por los cuales esperaba Napoleón obtener Vandamme. El zar recompensó espléndidamente al mariscal Hulot, regalándole aquella cajita, y le dijo que esperaba poder tener algún día ocasión de obsequiar de igual modo al emperador de los franceses; pero conservó Vandamme. Sobre la cubierta de aquella caja, guarnecida toda de oro, veíanse grabadas, también en oro, las armas imperiales de Rusia. ¡El mariscal contó los billetes de Banco y el oro que allí guardaba; poseía ciento cuarenta y dos mil francos! y, al verlos, dejó escapar un movimiento de satisfacción. En aquel momento entró la señora Hulot en un estado capaz de enternecer a jueces políticos. Se arrojó sobre Héctor, contemplando alternativamente, con mirada extraviada, la caja de las pistolas y el mariscal.

-¿Qué tiene usted contra su hermano? ¿Qué le ha hecho a usted mi marido? - dijo ella con voz tan vibrante, que el mariscal la oyó.

-¡Nos ha deshonrado a todos! - respondió el veterano de la República, haciendo un esfuerzo tan grande, que se le volvió a abrir una de sus heridas -. ¡Ha robado al Estado! Ha hecho mi nombre odioso, me hace desear la muerte, me ha matado... Sólo me quedan fuerzas para llevar a cabo la restitución. He sido humillado ante el Conde de la República, ante el hombre a quien más estimo, al cual he dado injustamente un mentís, ante el príncipe de Wissemburgo... ¿Es esto nada? He aquí la cuenta con la patria.
Se enjugó una lágrima y repuso:

- Ahora le toca a su familia. Os roba el pan que yo os guardaba, el fruto de treinta años de economías, el tesoro de las privaciones del veterano. ¡He aquí lo que os destinaba! - dijo, enseñando los billetes de Banco -. Ha matado a su tío Fischer, noble y digno alsaciano, que no ha podido soportar como él la idea de una mancha sobre su nombre de aldeano. En fin, Dios, llevado de su inaudita clemencia, le permitió escoger a un ángel entre todas las mujeres, por esposa una Adelina, y él la ha traicionado, ha amargado su vida a fuerza de penas, la ha abandonado por perdidas, por tunantes, por actrices, por bailarinas, por Cadines, por Josefas, por Marneffes. ¿Eres tú el ser a quien yo consideré como hijo y en quien cifraba todo mi orgullo? Anda, desgraciado, sal, si tienes valor para aceptar la vida infame que te has preparado. Yo no tengo fuerza para maldecir a un hermano a quien tanto quise, y soy con él tan débil como usted misma, Adelina; pero que no vuelva a parecer ante mí. Le prohíbo asistir a mi entierro, seguir mi ataúd. Si no tiene remordimiento, que tenga al menos el pudor del crimen.

El mariscal, que se había puesto lívido, dejose caer sobre el diván de su despacho, agobiado por aquellas palabras solemnes, y quizá por primera vez en la vida dos lágrimas brotaron de sus ojos y surcaron sus mejillas.

-¡Pobre tío Fischer! - dijo Adelina, yendo a arrodillarse ante el mariscal -. Viva usted para mí... Ayúdeme en la obra que voy a emprender para reconciliar a Héctor con la vida y hacer que se enmiende de sus faltas.

-¡Él! - dijo el mariscal -. Si vive, aún no ha acabado de cometer crímenes. Un hombre que ha desconocido a una Adelina y que ha dejado apagar en él los sentimientos de verdadero republicano, aquel amor al país, a la familia y al pobre, que yo me esforzaba por inculcarle, ese hombre es un monstruo, un puerco... Lléveselo de aquí, si le ama usted aún, porque siento en mi interior una voz que me dice que cargue las pistolas y le levante la tapa de los sesos.

Matándole os salvará a todos y le salvaría a él mismo.

El anciano mariscal se levantó en una actitud tan temible, que la pobre Adelina exclamó:

-¡Ven, Héctor!

Cogió a su marido y se lo llevó, abandonando aquella casa, arrastrando tras sí al barón en un estado tan deplorable, que se vio obligada a tomar un coche para transportarlo a la calle de Plumet, donde se metió en cama. Aquel hombre, casi aniquilado, permaneció varios días en el lecho, negándose a tomar todo alimento, sin decir palabra. A fuerza de lágrimas, Adelina lograba que tomase algunos caldos y le velaba sentada a la cabecera de la cama, no sintiendo ya de todos los sentimientos que poco antes habían embargado su corazón más que una profunda piedad.

A las doce y media Isabela introducía en el despacho de su querido mariscal, al cual ya no dejó un momento, pues tan asustada estaba al ver los cambios que se operaban en él, al notario y al conde Steinbock.

- Señor conde - dijo el mariscal -, le ruego que dé a mi sobrina, su mujer, la autorización necesaria para vender una inscripción de renta de la que ella no posee todavía más que la nuda propiedad. Señorita Fischer, espero que usted consentirá en esta venta renunciando al usufructo.

- Sí, querido conde - dijo Isabela sin titubear.

- Bien, querida mía - respondió el veterano -. Espero vivir lo bastante para poder recompensarla. No dudaba de usted; es usted una verdadera republicana, una hija del pueblo.

Tomó la mano de la solterona y puso en ella un beso.

- Señor Hanequin - dijo al notario -, haga usted inmediatamente el poder, de modo que lo tenga aquí para las dos, a fin de poder vender la renta hoy mismo en la Bolsa. Mi sobrina, la condesa, tiene el título, va a venir y firmará el poder tan pronto como usted lo traiga, lo mismo que esta señorita. El señor conde le acompañará a su casa para darle la firma.

El artista, a una seña de Isabela, saludó respetuosamente al mariscal y salió.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, el conde de Forzheim se hizo anunciar en casa del príncipe de Wissemburgo y fue recibido inmediatamente.

-¡Hola, mi querido Hulot! - dijo el mariscal Cottin, presentando unos periódicos a su viejo amigo -. Ya ve usted que hemos cubierto las apariencias... Lea.

El mariscal Hulot colocó los periódicos sobre la mesa y le tendió doscientos mil francos, diciéndole:

- He aquí lo que mi hermano ha robado al Estado.

-¡Qué locura! - exclamó el ministro -. Nos es imposible - añadió, tomando la trompetilla que le presentó el mariscal y hablándole al oído -. Nos veríamos obligados a confesar las concusiones de su hermano y hemos hecho ya todo lo posible para ocultarlas.

- Hagan ustedes lo que les parezca, pero yo no quiero que en la fortuna de la familia de Hulot haya ni un céntimo robado al Estado - dijo el conde.

- Seguiré las órdenes del rey respecto a este punto. No hablemos más - respondió el ministro, reconociendo la imposibilidad de vencer la sublime testarudez del anciano.

- Adiós, Cottin - dijo el anciano, tomando la mano del príncipe de Wissemburgo -; siento mi alma helada.

Después de haber dado un paso, se volvió, miró al príncipe, a quien vio sumamente emocionado, abrió los brazos para estrecharle entre ellos, y el príncipe abrazó al mariscal.

- Al decirte adiós a ti - dijo - me parece que me despido de todo el Gran Ejército.

- Adiós, pues, mi bueno y antiguo camarada - dijo el ministro.

- Sí, adiós, porque me voy adonde están todos aquellos de nuestros soldados que tanto hemos llorado.

En aquel momento entró Claudio Vignon. Los dos viejos despojos de las falanges napoleónicas se saludaron gravemente, haciendo desaparecer toda huella de emoción.

- Príncipe mío, debe usted estar contento de los periódicos - dijo el futuro refrendario -. Me las he compuesto de modo que he hecho creer a todos los periódicos de oposición que publican nuestros secretos.

- Desgraciadamente todo es inútil - replicó el ministro, mirando al mariscal, que se alejaba por el salón -. Acabo de dar un último adiós que me ha hecho mucho daño. Al mariscal Hulot no le quedan tres días de vida; bien lo vi yo ayer. Ese hombre, que es una de esas honradeces divinas, un soldado que fue respetado por las balas, a pesar de su bravura, recibió ayer en aquel sofá y de mi mano el golpe mortal por conducto de un papel. Llame usted y pida mi coche. Me voy a Neully - dijo, guardando los doscientos mil francos en su cartera ministerial.

A pesar de los cuidados de Isabela, tres días después el mariscal Hulot había muerto. Tales hombres son la honra de los partidos a que pertenecen. Para los republicanos, el mariscal era el ideal del patriotismo; así es que acudieron todos a su entierro, que fue seguido por una multitud inmensa. El Ejército, la Administración, la corte, el pueblo, todo el mundo fue a rendir el último homenaje a aquella acrisolada virtud, a aquella intacta probidad, a aquella gloria tan pura. No todo el que quiere puede llevar al pueblo a su entierro. Aquellas exequias fueron uno de los testimonios llenos de delicadeza, de buen gusto y de corazón que recuerdan

de tarde en tarde los méritos y la gloria de la nobleza. Detrás del ataúd del mariscal se vio al anciano marqués de Montauran, hermano de aquel que había sido desgraciado adversario de Hulot en el levantamiento de los chuanes en 1799. Al morir, herido por las balas de los azules, el marqués había confiado los intereses de su joven hermano al soldado de la República (véanse Los chuanes). Hulot cumplió tan bien el testamento verbal que le confió el noble, que logró salvar los bienes de aquel joven, emigrado entonces. Así se concibe que el homenaje de la antigua nobleza francesa no le faltara al soldado que nueve años antes había vencido a Madame.

Esta muerte, ocurrida cuatro días antes de la última proclama de matrimonio, fue para Isabela el rayo que incendia la mies amontonada en la granja. El mariscal había muerto a consecuencia de los golpes dados a aquella familia por ella y por la señora de Marneffe. El odio de la solterona, que pareció apaciguado con el éxito, creció al ver frustradas todas sus esperanzas. Isabela fue a llorar de rabia a casa de la señora de Marneffe, pues habiendo subordinado el mariscal la duración de su arriendo a la de su vida, se encontró sin domicilio. Para consolar a la amiga de su Valeria, Crevel tomó sus economías, las dobló espléndidamente y colocó aquel capital al cinco por ciento, haciendo cesión del usufructo a la solterona y poniendo la propiedad a nombre de Celestina. Gracias a esta operación, Isabela poseyó dos mil francos de renta vitalicia. Al hacer el inventario se encontraron cuatro cartas del mariscal dirigidas a su cuñada, a su sobrina Hortensia y a su sobrino Victorino, encargándoles que diesen mil doscientos francos de renta vitalicia a la que debía ser su mujer, a la señorita Isabela Fischer.

Adelina, viendo al barón entre la vida y la muerte, logró ocultarle durante algunos días la defunción del mariscal, pero Isabela se presentó vestida de luto, revelando así la fatal verdad a los once días de los funerales. Este terrible golpe devolvió energías al enfermo, el cual se levantó y encontró a toda su familia reunida en el salón, vestida de luto y, al verla, permaneció silencioso. En quince días, Hulot, que había adelgazado como un espectro, mostró a su familia una sombra de lo que había sido.

- Hay que tomar una decisión - dijo con apagada voz, sentándose en una butaca y contemplando aquella reunión en la que faltaban Crevel y Steinbock.

- No podemos seguir aquí - advirtió Hortensia en el momento en que su padre apareció -; el alquiler es demasiado caro.

- Respecto a la cuestión de albergue - dijo Victorino, rompiendo aquel penoso silencio - yo ofrezco a mi madre...

Al oír estas palabras, que parecían excluirle, el barón levantó la cabeza, inclinada sobre la alfombra, cuyas flores contemplaba, sin verlas, y dirigió al abogado una deplorable mirada. Los derechos del padre son siempre tan sagrados, aun cuando sea un infame y esté despojado del honor, que Victorino se detuvo.

- A su madre... - repuso el barón -. Tiene usted razón, hijo mío.

- La habitación de nuestro pabellón, que está sobre la nuestra - dijo Celestina, acabando la frase de su marido.

Librodot

-¿Os molesto, hijos míos? - preguntó el barón con la amabilidad de las gentes que se condenan a sí mismas -. ¡Oh! No temáis por el porvenir, porque en lo sucesivo ya no tendréis que quejaros de vuestro padre, y no le volveréis a ver hasta el momento en que no tengáis ya más que avergonzaros de él.

Fue a coger a Hortensia y la besó en la frente. Abrió los brazos a su hijo, que se arrojó en ellos adivinando las intenciones de su padre. El barón hizo una seña a Isabela, que se acercó, y la besó en la frente. Después se retiró a su cuarto, adonde le siguió Adelina, cuya inquietud era muy grande.

- Adelina, mi hermano tenía razón - le dijo, cogiéndola de la mano -. Yo no soy digno de la vida de familia. Sólo desde el fondo de mi corazón me he atrevido a bendecir a mis pobres hijos, cuya conducta ha sido sublime; diles que no he podido hacer más que abrazarles, pues de un hombre infame, de un padre que se convierte en asesino, en azote de la familia, en lugar de ser su protector y su gloria, una bendición podría ser funesta; pero todos los días les bendeciré desde lejos. En cuanto a ti, sólo Dios, porque es todopoderoso, puede darte las recompensas proporcionadas a tus merecimientos. Te pido perdón - dijo, arrodillándose ante su mujer, cogiéndola las manos y mojándolas con sus lágrimas.

-¡Héctor! ¡Héctor! Grandes son tus faltas, pero la misericordia divina es infinita, y puedes repararlo todo permaneciendo conmigo... Inspírate en sentimientos cristiano, amigo mío... Soy tu mujer y no tu juez. Soy tu cosa, haz de mí lo que quieras y llévame adonde tú vayas, pues me siento con fuerzas para consolarte, para hacerte la vida soportable, a fuerza de amor, de cuidados y de respeto... Nuestros hijos están ya colocados; no tienen necesidad de mí. Déjame que trate de ser tu distracción, tu entretenimiento. Permíteme compartir las penas de tu destierro, de tu miseria, para mitigarlas. Yo te serviré siempre para algo, aunque sólo sea para ahorrarte el sueldo de una criada.

-¿Me perdonas, mi querida y muy amada Adelina?

- Sí; pero levántate, amigo mío.

-¡Pues bien, con este perdón podré vivir! - repuso, levantándose -. He entrado en nuestro cuarto para que nuestros hijos no fuesen testigos de la humillación de su padre. ¡Ah! Ver todos los días ante sí a un padre criminal como yo, es algo espantoso que aniquila el poder paternal y disuelve la familia. Yo no puedo, pues, permanecer entre vosotros, y os dejo para ahorraros el odioso espectáculo de un padre sin dignidad. No te opongas a mi huida. Sería cargar por ti misma la pistola con que me levantaría la tapa de los sesos... En fin, no me sigas tampoco a mi retiro, porque me privarías de la única fuerza que me queda: la del remordimiento.

La energía de Héctor impuso silencio a la moribunda Adelina. Aquella mujer, tan grande en medio de tantas ruinas, sentía renacer su valor con su íntima unión con su marido; le veía suyo y percibía la sublime misión de consolarle, de devolverle a la vida y de reconciliarse consigo mismo.

- Héctor, ¿quieres, pues, dejarme morir de desesperación, de ansiedad y de inquietud? - dijo ella al ver que iba a perder el principio de su fuerza.

- Volveré, ángel descendido del Cielo para mí; volveré, sólo por ti; volveré, si no rico, al menos en buena posición. Escucha, mi buena Adelina, yo no puedo permanecer aquí por una multitud de razones. En primer lugar, mi pensión, que será de diez mil francos, está empeñada por cuatro años; no tengo, pues, nada. ¡No es esto sólo! Dentro de unos días dictarán contra mí auto de prisión, a causa de las letras de cambio suscritas a Vauvinet. Así es que tengo que ausentarme hasta que mi hijo, a quien voy a dar instrucciones precisas, haya rescatado esas letras. Mi desaparición facilitará mucho el arreglo. Cuando mi pensión esté libre, cuando Vauvinet esté pagado, volveré. Tú descubrirías el secreto de mi destierro. Tranquilízate, no llores, Adelina. Sólo se trata de un mes de ausencia...

-¿Adónde vas? ¿Qué harás? ¿Qué será de ti? ¿Quién te cuidará, que ya no eres joven? Déjame desaparecer contigo; nos iremos al extranjero - dijo ella.

- Bueno; ya veremos - respondió.

El barón llamó, dio orden a Marieta de que reuniese todos sus efectos y que los metiese secreta y rápidamente en unas maletas. Luego rogó a su mujer, después de abrazarla con una efusión de ternura a la que no estaba acostumbrada, que le dejase solo un momento para escribirle a Victorino las instrucciones necesarias, prometiéndole que no saldría de casa hasta la noche y con ella. Tan pronto como la baronesa hubo vuelto al salón, el astuto anciano se fue por el gabinete tocador a la antesala y salió, entregando a Marieta un pedazo de papel, en el cual había escrito lo siguiente: «Dirija usted mis maletas, por el ferrocarril de Corbeil, al señor Héctor, lista de Correos, Corbeil.» El barón, que había tomado un coche, corría ya por París, cuando Marieta fue a enseñarle a la baronesa aquel papel, diciéndola que el señor acababa de salir. Adelina se trasladó al cuarto temblando más fuertemente que nunca; sus hijos, asustados, no tardaron en alcanzarla, al oír un grito penetrante. Levantaron a la baronesa desmayada, siendo preciso meterla en cama, presa de una fiebre nerviosa que la mantuvo entre la vida y la muerte durante un mes.

-¿Dónde está? - era la única palabra que se obtenía de ella.

Las indagaciones de Victorino resultaron infructuosas. He aquí por qué: El barón se había hecho conducir a la plaza del Palacio Real. Allí, aquel hombre, que recobró todo su ingenio para realizar un proyecto meditado durante los días en que había permanecido en la cama, anonadado de dolor y de pena, atravesó el Palacio Real y se fue a tomar otro coche de alquiler magnífico a la calle del Joquelet. Cumpliendo las órdenes recibidas, el cochero entró en la calle de la Villa l'Évèque y penetró en el palacio de Josefa, cuyas puertas se abrieron a la voz del cochero y a la vista de aquel espléndido coche. Llevada por la curiosidad, Josefa salió; su ayuda de cámara le había dicho que un anciano impedido, incapaz de dejar el coche, le rogaba que bajase al instante.

- Josefa, soy yo.

Sólo por la voz reconoció la ilustre cantante a su Hulot.

-¡Cómo! ¿Eres tú, pobre viejo mío? Palabra de honor que te pareces a las monedas de veinte francos lavadas por los judíos alemanes y rechazadas por los cambistas.

-¡Ay de mí! Sí - respondió Hulot -. Salgo de los brazos de la muerte. Pero tú sigues tan hermosa como siempre. ¿Serás buena conmigo?
- Según; todo es relativo - repuso ella.

- Escúchame - añadió Hulot -. ¿No podrías albergarme por algunos días en un cuarto de criado, en las guardillas? Estoy sin un céntimo, sin esperanzas, sin pan, sin pensión, sin mujer, sin hijos, sin asilo, sin honor, sin valor y sin amigos, y lo que es peor aún, amenazado de ir a la cárcel.

-¡Pobre viejo! ¡Cuántos sin! ¿Estás también sin calzones?

-¡Tú te ríes, pero estoy perdido! - exclamó el barón -. Sin embargo, contaba contigo como Gourville con Ninón.

- Según me han dicho, ¿es una mujer de mundo la que te ha puesto de este modo? - le dijo Josefa -. Las farsantes entienden más que nosotras en eso de desplumar pavos... ¡Oh! Estás como un esqueleto abandonado por los cuervos; se ve la luz a través de tus huesos.

- Josefa, el tiempo urge.

-¡Entra, viejo mío! Estoy sola y mis criados no te conocen. Despide tu coche. ¿Lo has pagado ya?

- Sí - dijo el barón, bajando apoyado en el brazo de Josefa.

- Si quieres, pasarás por mi padre - dijo la cantante, apiadada.
Hizo sentar a Hulot en el magnífico salón donde éste la había visto la última vez.

-¿Es verdad, viejo mío, que mataste a tu hermano y a tu tío, que has arruinado a tu familia e hipotecado la casa de tus hijos, y que te has comido con la princesa algo del gobierno en África?

El barón inclinó tristemente la cabeza.

- Está bien, me gusta esto - exclamó Josefa, levantándose llena de entusiasmo -. Eso es una quema general, es Sardanápalo, es grande, es completo. Podrá ser uno canalla, pero prueba tener corazón. Prefiero un despilfarrador apasionado por las mujeres como tú, que no esos fríos banqueros sin alma que se dicen virtuosos y que arruinan a millares de familias con sus rieles, que son de oro para ellos y de hierro para los tontos. Tú no has hecho más que arruinar a los tuyos, sólo has dispuesto de ti y, además, tienes una disculpa física y moral...

Adoptó una actitud trágica y dijo:

- Es Venus por entero agarrada a su presa...

-¡Ahí está! - agregó, haciendo una pirueta.

Hulot se veía absuelto por el vicio, el cual le sonreía en medio de su desenfrenado lujo. La grandeza de los crímenes era allí, como para los jurados, una circunstancia atenuante.

Librodot

-¿Es guapa, al menos, tu mujer de mundo? - preguntó la cantante, procurando, como primera limosna, distraer a Hulot, cuyo dolor le causaba piedad.

- Caray, casi tanto como tú - le respondió astutamente el barón.

- Y me han dicho que es muy farsante. ¿Qué te hacía? ¿Es más original que yo?

- No hablemos de eso - dijo Hulot.

- Dicen que ha engatusado a mi Crevel, al pequeño Steinbock y a un magnífico brasileño.

- Es muy posible.

- Vive en un palacio tan bonito como éste, que la regaló Crevel. Esa tunanta es mi preboste, porque acaba a aquellos que yo he comenzado. Ahí tienes, viejo mío, por qué tengo tanta curiosidad por saber cómo es. La vi un día en el Bosque, en coche, pero desde lejos. Carabina me ha dicho que es una redomada ladrona. Trata de comerse a Crevel, pero no podrá más que roerlo. Crevel es un rata. Un rata buena persona, que dice siempre que sí, pero que no hace más que lo que quiere. Es vanidoso, apasionado y frío para dar dinero. No hay manera de sacarle más de mil a tres mil francos mensuales, pues es de esos que se detienen ante los gastos excesivos como asnos delante de un río. No es como tú, viejo mío; tú eres un hombre apasionado, capaz de vender a tu patria. Mira, por eso estoy dispuesta a hacerlo todo por ti. Tú me has lanzado, eres mi padre, y esto es sagrado. ¿Qué necesitas? ¿Quieres diez mil francos? Seré capaz de cambiarme el carácter por buscártelos. Respecto a mesa y habitación, eso no es nada. Tendrás aquí cubierto puesto todos los días, puedes ocupar un buen cuarto del segundo piso y dispondrás de cien escudos mensuales para el bolsillo.

El barón, conmovido ante aquella recepción, tuvo un último arranque de nobleza.

- No, hermosa mía; no he venido para que me mantengas - dijo.

- A tu edad no es pequeño triunfo - añadió ella.

- He aquí lo que deseo, hija mía: tu duque de Herouville tiene en Normandía inmensas propiedades, y quisiera ser su administrador con el nombre de Thoul. Tengo capacidad y honradez, pues aunque haya robado al Gobierno, soy incapaz de coger un céntimo de una caja.

-¡Eh, eh! - dijo Josefa -. El que hace un cesto hace ciento.

- En suma: lo único que deseo es vivir ignorado durante tres años.

- Eso es cuestión de un instante - dijo Josefa -. Esta noche, después de comer, no tengo más que hablarle. El duque se casaría conmigo si yo quisiese; pero tengo su fortuna, ¿puedo pedir más?, y su cariño. Es un duque a la alta escuela. Aunque enano, es noble, distinguido y grande como Napoleón y Luis XIV juntos. Además, yo he hecho con él como la Schontz con Rochefide: gracias a mis consejos, acaba de ganar dos millones. Pero escúchame, viejo mío. Te conozco, sé que te gustan las mujeres y que vas a correr allá abajo detrás de las normandas, que son muy guapas, hasta que algún padre o algún marido te rompa un hueso y

el duque se vea obligado a despacharte. ¿Acaso no veo, por la manera que tienes de mirarme, que el joven no ha muerto en ti, como dijo Fenelón? Esa administración no es lo que te conviene. Mira, viejo mío, no se renuncia tan fácilmente a París y a nosotras. En Herouville te morirías de aburrimiento.

-¿Qué hacer, pues? - preguntó el barón -. Porque yo sólo quiero permanecer en tu casa el tiempo necesario para tomar una determinación.

- Vamos a ver: ¿quieres que te diga lo que opino? Mira, viejo, tú necesitas mujeres, porque esto te consolará de todo. Escúchame bien. Más abajo de la Courtille, en la calle de San Maur del Temple, conozco yo una pobre familia que posee un tesoro. Una niña más bonita que yo cuando tenía dieciséis años. ¡Ah! ¡Ya se te encandilan los ojos! La pobre trabaja dieciséis horas al día bordando preciosas telas para los comerciantes de las sederías, y gana ochenta céntimos diarios, cinco céntimos por hora: una miseria. Come como los irlandeses, patatas, pero fritas con grasa de rata, pan cinco veces a la semana, y bebe agua del Oureq en las fuentes públicas, porque la del Sena es demasiado cara; no puede establecerse por su cuenta por falta de siete u ocho mil francos. Tu familia y tu mujer te aburren, ¿verdad?..., es claro. Por otra parte, no es posible ser nada allí donde uno ha sido dios. Un padre sin dinero y sin honor es algo que se rellena de paja y se coloca en una vitrina.

El barón no pudo por menos que sonreír al oír aquellas tremendas bromas.

- Ahora bien; la pequeña Bijou vendrá mañana a traerme una bata bordada, una preciosidad en la que han empleado seis meses de trabajo. Nadie tendrá nada parecido. La Bijou me quiere porque la doy golosinas y ropa usada. Además envío bonos de pan, de carne y de leña a su familia, la cual sería capaz de romperle las dos piernas por mí a cualquiera. En fin, procuro hacer el bien, porque sobradamente sé lo que sufrí cuando tenía hambre. La Bijou me ha hecho algunas confidencias íntimas y por ella sé que la pobrecilla sueña con llevar bonitos trajes como los míos y sobre todo con ir en coche. Yo le diré: «Hijita mía, ¿querrías un señor?...» ¿Qué edad tienes? ¿Setenta y dos? - dijo, interrumpiéndose.

- Yo ya no tengo edad.

-«¿Quieres, le diré, a un señor de setenta y dos años, muy limpio, que no toma tabaco, que está sano como una manzana que vale tanto como un joven? Te casarás con él por detrás de la iglesia, él vivirá alegremente con vosotros, os dará siete mil francos para que os establezcáis por vuestra cuenta y te amueblará toda una habitación de caoba; además, si eres juiciosa, te llevará alguna vez al teatro. Te dará cien francos al mes para ti y cincuenta francos para el gasto.» Conozco a la Bijou y sé que es como yo cuando tenía catorce años. ¡Salté de alegría cuando aquel abominable Crevel me hizo estas atroces proposiciones! Ahora bien, viejo, así estarás arreglado por tres años. Ella es juiciosa y honrada y además tendrá ilusiones para dos o tres años, no más.

Hulot no dudaba, estaba decidido a negarse; mas para darle las gracias a la buena y excelente cantante, que hacía el bien a su modo, pareció titubear entre el vicio y la virtud.

-¡Ah! ¿Qué es eso? Te quedas frío como una losa en diciembre - repuso ella asombrada -. Mira, de ese modo harás la dicha de una familia compuesta de un abuelo que trota, de una madre que se mata trabajando y de dos hermanas, una de ellas muy fea, que ganan entre las

dos seis reales diarios quedándose ciegas. Esto compensará la desgracia que has causado en tu casa, y así purgarás las faltas divirtiéndote como una entretenida en Mabibille.

Hulot, para poner término a aquella seducción, hizo el gesto de contar dinero.

- No te apures por los medios - repuso Josefa -. Mi duque te prestará diez mil francos: siete para una tienda de bordados a nombre de la Bijou y tres mil para muebles y, además, cada tres meses contarás con seiscientos cincuenta francos. Cuando recobres tu pensión, le devolverás al duque esos diecisiete mil francos. Entretanto serás feliz como un gallo empapujado y ocuparás un escondite en el que ni la policía será capaz de encontrarte. Te pondrás una gran levita de paño y tendrás todo el aspecto de un propietario acomodado del barrio. Llámate Thoul, si es ese tu gusto, y yo te presentaré a la Bijou como un tío mío llegado de Alemania, y serás mimado como un dios. ¿Quién sabe, papá? Tal vez no eches nada de menos. Si por casualidad te aburrieses, conserva algunas de tus ropas y así podrás venir aquí algún día a comer conmigo y a pasar la velada.

-¡Yo que quería hacerme virtuoso, moderado! Mira, haz que me presten veinte mil francos y me voy a hacer fortuna a América, siguiendo el ejemplo de mi amigo Aiglemont cuando Nucingen lo arruinó.

-¡Tú! - exclamó Josefa -. Deja esas costumbres para los tenderos, para los ciudadanos franceses, que sólo poseen su virtud para hacerse valer. Tú has nacido para ser algo más que un zamacuco. Tú eres como hombre lo que soy yo como mujer, un genio...

- La noche le hace a uno reflexionar. Mañana hablaremos de todo eso.

- Vas a comer con el duque; mi HerouvilIe te recibirá cortésmente, cual si hubieses salvado al Estado, y mañana tomas una resolución. Vamos, alegría, viejo mío. La vida es un vestido: cuando está sucio, se cepilla; cuando está agujereado, se remienda; pero se permanece vestido mientras uno puede.

Esta filosofía del vicio y de sus atractivos disiparon las crudas penas de Hulot.

Al día siguiente, a las doce, después de un suculento almuerzo, Hulot vio entrar a una de esas animadas obras maestras que sólo París puede fabricar, a causa del incesante concubinato que en él existe del lujo y de la miseria, del vicio y de la honestidad, del deseo reprimido y de la tentación renaciente, que convierten a esa ciudad en heredera de las de Nínive, Babilonia y la Roma imperial. La señorita Olimpia Bijou, muchachita de dieciséis años, tenía el rostro sublime que Rafael creó para sus Vírgenes, y unos ojos dotados de una inocencia entristecida por los excesivos trabajos, ojos negros y soñadores, provistos de largas pestañas, y cuya humedad era secada por el ardiente fuego de la noche laboriosa, ojos ensombrecidos por la fatiga, más una tez de porcelana casi enfermiza, una boca como una granada entreabierta, un ceño tumultuoso, formas llenas, manos bonitas, dientes de aristocrático esmalte y cabellos negros y abundantes. Todo vestido con un traje de indiana de setenta y cinco céntimos el metro, adornado con un cuello bordado, zapatos de piel sin clavos y decorado con unos guantes de a seis reales. La niña, que no conocía su valor, se había vestido con la mayor elegancia posible para ir a casa de la gran dama. El barón, presa otra vez de las garras de la voluptuosidad, sintió que toda su vida se le escapaba por los ojos y lo olvidó todo ante aquella

sublime criatura. Hizo como el cazador que descubre la caza; ante un emperador se echa la escopeta a la cara.

- Se garantiza su virginidad y honradez - le dijo Josefa al oído -. Y sin pan. He aquí lo que es París. Lo mismo fui yo.

- Hecho - replicó el anciano, levantándose y frotándose las manos.

Cuando Olimpia Bijou se hubo marchado, Josefa miró al balcón con aire malicioso y le dijo:

- Papá, si no quieres tener disgustos, sé severo como un fiscal en su estrado. Mira, tenle corta la rienda a la pequeña. Sé Bartolo. Cuidado con los Augustos, con los Hipólitos, con los Néstores, con los Víctor. ¡Todos fuera! Porque una vez que se haya vestido bien y esté bien alimentada, si levanta la cabeza te verás arrastrado como un ruso. Voy a ver si acabo de arreglarte. El duque hace bien las cosas: te presta, es decir, te da diez mil francos y pone ocho en casa de su notario, el cual quedará encargado de darte seiscientos cada trimestre, porque yo te tengo miedo. ¿No soy buena?

-¡Adorable!

Diez días después de haber abandonado a su familia, en el momento en que ésta, arrasada en lágrimas, estaba agrupada en torno al lecho de Adelina, moribunda, la cual decía con voz débil: «¿Qué hace?», Héctor, bajo el nombre de Thoul, se hallaba con Olimpia en la calle de San Maur, al frente de un establecimiento de bordados, bajo la sinrazón social Thoul y Bijou.
Victorino Hulot recibió de la desgracia que se encarnizaba con su familia esa última lección que perfecciona o desmoraliza al hombre. Se hizo perfecto. En las grandes tempestades de la vida se imita a los capitanes que afrontan las tormentas aligerando al buque de las más pesadas mercancías. El abogado perdió su orgullo interior, su visible aplomo, sus aires de orador y sus pretensiones políticas. En suma, fue como hombre lo que su madre era como mujer. Resolvió aceptar a su Celestina, que no realizaba ciertamente sus sueños, y juzgó sanamente la vida viendo que la ley común le obliga a uno a contentarse en todo con las aproximaciones. Le causó tanto horror la conducta de su padre, que se juró a sí mismo cumplir con sus deberes. Estos sentimientos se fortificaron a la cabecera del lecho de su madre el día en que ésta quedó salvada. Esta primera dicha no vino sola. Claudio Vignon, que iba todos los días de parte del príncipe de Wissemburgo a enterarse del estado de la señora de Hulot, rogó al diputado reelegido que le acompañase a casa del príncipe de Wissemburgo, diciéndole:

- Su excelencia desea tener una conferencia con usted sobre asuntos de su familia.

Victorino Hulot y el ministro se conocían hacía ya tiempo; así es que el mariscal le recibió con una amabilidad característica y de buen augurio.

- Amigo mío - le dijo el viejo guerrero -, en este despacho juré a su tío el mariscal que cuidaría de su madre. Me han dicho que esa santa mujer va a recobrar la salud, y creo llegado el momento de curar sus llagas. Tengo doscientos mil francos para usted y voy a entregárselos.

El abogado hizo un gesto digno de su tío el mariscal.

Librodot

- Tranquilícese usted - dijo el príncipe, sonriéndose -. Es un fideicomiso. Mis días están contados, yo no estaré siempre aquí y le ruego que tome esta suma y que me reemplace en el seno de su familia. Puede usted servirse de ese dinero para pagar las hipotecas que gravan sobre su casa. Estos doscientos mil francos pertenecen a su madre y a su hermana. Si yo diese esta suma a la señora de Hulot, su ceguera por su marido me haría temer que los disipase, y la intención de los que la dan es que sea el pan de la señora de Hulot y de su hija, la condesa de Steinbock. Usted es un hombre juicioso, digno hijo de su noble madre y digno sobrino de mi amigo el mariscal. Querido amigo, usted es aquí apreciado lo mismo que en otros sitios. Sea usted, pues, el ángel tutelar de su familia y acepte el legado de su tío y el mío.

- Monseñor - dijo Hulot, tomando la mano del ministro y estrechándosela -, los hombres como usted saben que el agradecimiento en palabras no sirve nada, que el agradecimiento se prueba.

-¡Pruébeme usted el suyo! - dijo el veterano.

-¿Qué es preciso hacer?

- Aceptar mis proposiciones - dijo el ministro -. Quieren nombrarle a usted abogado de lo Contencioso de Guerra que, en la sección de los ingenieros, se encuentra recargado de asuntos litigiosos por causa de las fortificaciones de París; además abogado consultor de la prefectura de Policía y consejero de la lista civil. Estos tres cargos le darán a usted dieciocho mil francos de renta sin privarle de su independencia. Votará usted en la Cámara según sus opiniones políticas y según su conciencia... Obrará usted con completa libertad, ¡quién lo duda! Aviados estaríamos si no tuviésemos una oposición nacional. Cuatro letras de su tío dirigidas a mí algunas horas antes de que exhalase el último suspiro han bastado para que yo supiese la norma de mi conducta para con su madre, a quien tanto quería el mariscal. Las señoras de Popinot, Rastignac, Navarreins, Spard, Gandlieu, Carigliano, Lenoncourt y La Batie han creado para su querida madre una plaza de inspectora de beneficencia. Estas presidentas de sociedades benéficas no pueden hacerlo todo, necesitan una dama de confianza que pueda suplirlas activamente para visitar a los desgraciados, saber si la caridad está o no bien hecha, ver si los socorros han sido entregados a los que los han pedido, penetrar en casa de los pobres vergonzantes, etc., etc. Su madre desempeñará la misión de un ángel, sólo se relacionará con los señores curas y con las damas de caridad, tendrá seis mil francos al año y coche. Joven, ya ve usted que desde el fondo de su tumba, el hombre puro, el hombre noblemente virtuoso, sigue protegiendo a su familia. Nombres como el de su tío son y deben ser una égida contra la desgracia en las sociedades bien organizadas. Siga usted, pues, las huellas de su tío, persista en ellas, pues ya sé que usted va por ellas.

- Príncipe, no me asombra tanta delicadeza en el amigo de mi tío - dijo Victorino -; procuraré responder a todas sus esperanzas.

- Vaya usted en seguida a consolar a su familia... ¡Ah! Diga usted - repuso el príncipe, cambiando un apretón de manos con Victorino -: ¿es cierto que ha desaparecido su padre?
¡Ay de mí! Sí.

- Tanto mejor. Ese desgraciado ha tenido lo que no le falta nunca: ingenio.

- Tiene encima unas letras de cambio que le amenazan.

-¡Ah! Recibirá usted seis meses anticipados del sueldo de sus tres destinos - dijo el mariscal -. Estas pagas anticipadas le ayudarán, sin duda, a retirar esos títulos de manos del usurero. Por otra parte, yo veré a Nucingen y tal vez pueda desempeñar la paga de su padre sin que le cueste un céntimo ni a usted ni a mi ministerio. El par de Francia no ha hecho desaparecer al banquero. Nucingen es insaciable, y pide una concesión de no sé qué.

A su vuelta a la calle de Plumet, Victorino pudo, pues, realizar su proyecto recibiendo en su casa a su madre y a su hermana.

El joven y célebre abogado poseía por toda fortuna uno de los inmuebles más hermosos de París, una casa comprada en 1834, en previsión de su matrimonio, y situada en el bulevar, entre la calle de la Paz y la calle de Luis el Grande. Un especulador había construido dos casas, que daban una a la calle y otra al bulevar, y entre ellas, situado entre dos jardinillos y un patio, había un magnífico pabellón, despojo de los esplendores del gran palacio de Verneuil. El hijo de Hulot compró por un millón aquella soberbia propiedad, en pública subasta, pagando únicamente al contado quinientos mil francos. En un principio se instaló en el piso bajo del pabellón, esperando que podría hacer el pago con el importe de los alquileres. Pero si las especulaciones con casas en París son seguras, en cambio son lentas y caprichosas, pues dependen de circunstancias imprevistas. Como han podido notar los callejeros parisienses, el bulevar comprendido entre la calle de Luis el Grande y la calle de la Paz mejoró muy lentamente; se limpió y se embelleció con tanto trabajo, que hasta 1840 el comercio no fue a establecer allí sus espléndidos escaparates, el oro de los cambistas, los caprichos de la moda y el lujo desenfrenado de sus tiendas. A pesar de los doscientos mil francos pagados por Victorino en siete años, la deuda que pesaba sobre el inmueble se elevaba todavía a quinientos mil francos, a causa de la abnegación del hijo por el padre. Afortunadamente, la elevación continua de los alquileres y lo hermoso de la situación del edificio daban en aquel momento todo su valor a las dos casas. La especulación se realizaba a ocho años de plazo durante los cuales el abogado se había aniquilado pagando intereses y sumas insignificantes a cuenta del capital debido. Los comerciantes proponían ellos mismos ventajosos alquileres por las tiendas, a condición de que los alquileres fuesen por dieciocho años. Las habitaciones adquirían mayor valor a causa del cambio del centro de los negocios, el cual se fijaba entonces entre la Bolsa y la Magdalena, asiento que fue luego del poder político y de la Banca de París. La suma entregada por el ministro, unida al año pagado por adelantado y a las fianzas de los inquilinos, iban a reducir la deuda de Victorino a doscientos mil francos. Los dos inmuebles, completamente arrendados, iban a dar unos cien mil francos anuales; de manera que al cabo de dos años, durante los cuales el hijo de Hulot tenía que vivir de sus honorarios, duplicados por los sueldos de sus destinos, se encontraría en una posición soberbia. Aquello era el maná caído del cielo. Victorino podía dar a su madre todo el primer piso del pabellón y a su hermana el segundo, donde Isabela tendría dos cuartos. En fin, dirigida por su prima Bela, aquella triple casa soportaría todas sus cargas y presentaría una superficie honrosa, cual convenía al célebre abogado. Los astros del palacio se eclipsaban rápidamente, y el hijo de Hulot, dotado de profunda oratoria y de severa probidad, era escuchado por los jueces y por los consejeros, estudiaba los asuntos, no decía nada que no pudiese probar, no defendía indistintamente todas las causas y honraba la toga.

Su casa de la calle de Plumet era tan odiosa a la baronesa, que se avino a trasladarse a la calle de Luis el Grande. Gracias a los cuidados de su hijo, Adelina ocupó, pues, una magnífica habitación, y no tuvo que cuidarse de las nimiedades de la existencia, pues Isabela aceptó la misión de reanudar los milagros económicos realizados en casa de la señora de Marneffe, al

ver así un medio de hacer pesar su sorda venganza sobre aquellas tres nobles existencias, objeto de un odio atizado por la pérdida de todas sus esperanzas. Una vez al mes, Bela iba a ver a Valeria, a cuya casa era enviada por Hortensia, que quería tener noticias de Wenceslao, y por Celestina, sumamente inquieta con las relaciones confesadas y reconocidas de su padre con una mujer a quien su suegra y su cuñada debían su ruina y su desgracia. Como se supondrá, Isabela se aprovechó de esta curiosidad para ver a Valeria con tanta frecuencia como quería.

Transcurrieron unos veinte meses, durante los cuales la salud de la baronesa mejoró mucho, sin que por eso cesase su temblor nervioso. La santa mujer se puso al corriente de sus deberes, que ofrecían nobles distracciones a su dolor y alimento a las divinas facultades de su alma. Vio en ellos un medio de encontrar a su marido con motivo de los azares que la conducían a todos los barrios de París. Durante este tiempo, las letras de cambio de Vauvinet fueron pagadas y la pensión de seis mil francos que le correspondía al barón de Hulot quedó casi libre. Victorino pagaba todos los gastos de su madre, así como los de Hortensia, con los diez mil francos de intereses del capital que le había entregado el mariscal en fideicomiso. Ahora bien; el sueldo de Adelina era de seis mil francos, y esta suma, unida a los seis mil francos del barón, debían producir pronto a la madre y a la hija una renta de doce mil francos libres de toda carga. La pobre mujer casi hubiera sido feliz, a no ser por sus perpetuas inquietudes acerca de la suerte del barón, a quien hubiera querido hacer gozar de la fortuna que comenzaba a sonreír a la familia, y a no ser también por el espectáculo de su hija abandonada, y por los terribles golpes que inocentemente le daba Isabela, cuyo infernal carácter halló ocasión de desarrollarse libremente.

Por otra parte, una escena que ocurrió a principios del mes de marzo de 1843 va a explicar los efectos producidos por el odio persistente y latente de Isabela, ayudada siempre por la señora de Marneffe. Dos grandes acontecimientos se habían realizado en casa de la señora de Marneffe. En primer lugar, había echado al mundo un hijo no viable, cuyo ataúd le valía dos mil francos de renta; después, en cuanto al señor de Marneffe, he aquí la noticia que Isabela había dado a la familia once meses antes, de vuelta de una exploración hecha al palacio Marneffe.

- Esta mañana, esa horrible Valeria - había dicho aquélla - ha mandado llamar al doctor Bianchon para saber si no se engañaban los médicos que la víspera desahuciaron a su marido. Este doctor dijo que esta misma noche aquel hombre inmundo pertenecerá al infierno, que le espera. El padre Crevel y la señora Marneffe acompañaron al médico, al que su padre de usted, mi querida Celestina, le dio cinco monedas de oro por esta buena noticia. Al volver al salón, Crevel ha tocado las castañuelas como un bailarín y ha abrazado a aquella mujer, diciendo: «¡Ah! ¡Al fin serás la señora de Crevel!» Y cuando nos ha dejado solos para ir a ponerse a la cabecera del lecho de un marido que agonizaba, su honorable padre de usted me ha dicho a mí: «¡Con Valeria por mujer llegaré a ser par de Francia! Compraré una posesión que me gusta, la posesión de Presles, que la señora de Serizy quiere vender, y seré Crevel de Presles, me convertiré en miembro del Consejo general del Sena y Oise y diputado. ¡Tendré un hijo! En fin, seré todo lo que quiera ser.» «Bueno - le he dicho -; ¿y su hija?» «¡Bah! Es una hija - me ha respondido - que se ha vuelto demasiado Hulot, y Valeria tiene horror a esa familia... Mi yerno no ha querido venir nunca aquí. ¿Por qué se las echa de mentor, de Espartaco, de puritano, de filántropo? Además, yo he rendido cuentas a mi hija y ésta ha recibido ya toda la fortuna de su madre y doscientos mil francos más de los que le correspondían. De modo que puedo obrar a mi antojo. Juzgaré a mi yerno y a mi hija después

de que me case; lo que ellos hagan haré yo. Si son buenos para su madrastra, ya veré. ¡Yo soy todo un hombre!» En fin, todas estas tonterías dichas colocado en su napoleónica postura.

Los diez meses de viudez oficial ordenados por el código de Napoleón habían expirado hacía ya algunos días. La posesión de Presles había sido ya comprada. Victorino y Celestina habían enviado aquella misma mañana a Isabela en busca de noticias a casa de la señora de Marneffe, acerca del matrimonio de esta encantadora viuda con el alcalde de París, convertido en miembro del Consejo general del Sena y Oise.

Celestina y Hortensia, cuyos lazos de afecto se habían estrechado al vivir bajo el mismo techo, estaban casi siempre juntas. La baronesa, llevada de su sentimiento de probidad que le hacía exagerar los deberes de su cargo, se sacrificaba en aras de la beneficencia, de la que era intermediaria, y salía todos los días, de once de la mañana a cinco de la tarde. Las dos cuñadas, unidas por los cuidados de sus hijos, a los que vigilaban en comunidad, permanecían juntas trabajando en casa. Habían llegado a pensar en voz alta, ofreciendo la conmovedora armonía de dos hermanas, la una feliz y la otra melancólica. Hermosa, llena de desbordante vida, risueña y ocurrente, la hermana desgraciada parecía desmentir su situación real por su exterior; mientras que la melancólica, amable y tranquila, pensativa y reflexiva habitualmente, hubiese hecho creer en la existencia de penas ocultas. Tal vez este contraste contribuía a su viva amistad. Aquellas dos mujeres se prestaban una a otra lo que les faltaba. Sentadas en un pequeño quiosco en medio de un jardinito, que la paleta de la especulación había respetado por un capricho del constructor, que creía conservar sus cien pies cuadrados para sí mismo, gozaban del nacimiento de las primeras filas, fiesta primaveral que sólo es saboreada en toda su extensión en París, donde los parisienses viven durante seis meses en el mayor olvido de la vegetación, entre los muros de piedra en que se agita su océano humano.

- Celestina - decía Hortensia, respondiendo a una observación de su hermana, que se quejaba de que su marido tuviese que estar en la Cámara con tan buen tiempo -, creo que no sabes apreciar bastante tu dicha. Victorino es un ángel y tú a veces lo atormentas.

- Querida mía, a los hombres les gusta ser atormentados. Ciertas triquiñuelas son una prueba de afecto. Si tu pobre madre hubiese sido no exigente, pero sí dispuesta siempre a serlo tal vez no hubieseis tenido que deplorar tantas desgracias.

-¡Isabela no vuelve! Voy a cantar la canción del Mambrú - dijo Hortensia -. ¡Cuánto me tarda el tener noticias de Wenceslao! ¿De qué vivirá? En dos años no ha hecho nada.

- Victorino me ha dicho que lo vio el otro día con esa odiosa mujer y supone que es ella la que lo mantiene en ociosidad. ¡Ah! Si tú quisieras, hermana querida, aún podrías atraer a tu marido.

Hortensia hizo con la cabeza un gesto negativo.

- Créeme, tu situación no tardará en ser intolerable - dijo Celestina, continuando -. En el primer momento, la cólera, la desesperación y la indignación te han dado fuerzas. Después, las desgracias inauditas que han caído sobre nuestras familias: dos muertes, la ruina y la catástrofe del barón de Hulot, ocuparon tu alma y tu corazón; pero ahora que vives en la calma y el silencio, no soportarás fácilmente el vacío de tu vida, y como tú no puedes ni quieres salir del sendero del honor, sería preciso que te reconcilies con Wenceslao. Victorino,

que te quiere tanto, es también de esta opinión. Hay algo más fuerte que nuestros sentimientos, y es la naturaleza.

-¡Un hombre tan cobarde! - exclamó la altiva Hortensia -. Quiere a esa mujer porque le mantiene. ¿Habrá ella pagado sus deudas?... Dios mío, noche y día pienso en la situación de ese hombre. Es el padre de mi hijo y se deshonra.

- Mira a tu madre, amiga mía... - repuso Celestina.

Celestina pertenecía a ese género de mujeres que, cuando han escuchado razones suficientes para convencer al más terco, repiten por centésima vez su razonamiento primitivo. El carácter de su figura, un poco vulgar, frío y común; sus cabellos, de un castaño claro, dispuestos en rígidas ondas; el color de su tez, todo indicaba en ella a la mujer sin encantos, pero también sin debilidad.

- La baronesa bien desea estar al lado de su marido deshonrado para consolarle y ocultarlo en su corazón a todas las miradas - dijo Celestina, continuando -. Ha hecho arreglar arriba el cuarto del señor de Hulot, cual si de un día a otro fuese a encontrarlo e instalarlo allí.

-¡Oh! ¡Mi madre es sublime! - respondió Hortensia -. Es sublime a cada instante, todos los días, desde hace veinte años; pero yo no tengo su temperamento... ¿Qué quieres? A veces me enfado conmigo misma. ¡Ah! Celestina, tú no sabes lo que es tener que pactar con la infamia.

-¿Y mi padre? - repuso tranquilamente Celestina -. Es indudable que está en la misma senda en que pereció el tuyo. Mi padre tiene diez años menos que el barón, ha sido comerciante, es cierto, pero ¿cómo acabará? Esa señora Marneffe, le ha convertido en su perrito, dispone de su fortuna, de sus ideas, y nadie puede hacerle ver claro. En fin, tiemblo al pensar que se han publicado ya las proclamas de su matrimonio. Mi marido intenta un esfuerzo y considera como un deber el vengar a la sociedad y a la familia y el pedir cuentas a esa mujer de todos sus crímenes. ¡Ah! Hortensia querida, las almas nobles como la de Victorino, los corazones como los nuestros, comprenden demasiado tarde el mundo y sus medios. Esto, hermana querida, es un secreto que te confío, porque te interesa; pero ni una palabra, ni un gesto que se le revele a Isabela, ni a tu madre, ni a nadie, porque...

- Aquí está Isabela - dijo Hortensia -. Buena prima, ¿cómo va el infierno de la calle del Barbet?

- Mal para vosotras, hijas mías. Tu marido, mi buena Hortensia, está más entusiasmado que nunca con esa mujer, la cual hay que confesar que siente por él una pasión loca. Su padre de usted, mi querida Celestina, está completamente ciego por ella. Esto no es nada, porque es lo que veo cada quince días, y verdaderamente me considero feliz de no haber conocido nunca a ningún hombre. Son verdaderos animales. Dentro de cinco días Victorino y usted, querida mía, habrán perdido la fortuna de su padre.

-¿Se han publicado las proclamas? - preguntó Celestina.

- Sí - respondió Isabela -. Acabo de defender vuestra causa. Le he dicho a ese monstruo, que sigue las mismas huellas que el otro, que si quería sacaros del apuro en que estabais, desempeñando la casa, le ayudaríais agradecidos y recibiríais a vuestra suegra.

Librodot

Hortensia hizo un gesto de espanto.

- Victorino dará su opinión - respondió fríamente Celestina.

-¿Sabe usted lo que me ha contestado el señor alcalde? - repuso Isabela -. Me dijo que se alegraba de que estén apurados, porque a los caballos sólo se les doma por el hambre, la falta de sueño y el azúcar. El barón de Hulot valía más que el señor Crevel. Así es que, hijas mías, ya podéis poneros luto por la herencia. ¡Y qué fortuna! Su padre ha pagado los tres millones por la posesión de Presles, y aún le quedan treinta mil francos de renta. ¡Oh! No tiene secretos para mí. Habla de comprar el palacio de Navarreins en la calle del Bac. La señora Marneffe posee, por su parte, cuarenta mil francos de renta. ¡Ah! Ahí está nuestro ángel guardián. Aquí está tu madre - exclamó al oír el rodar de un coche.

En efecto, la baronesa no tardó en descender la escalinata y unirse al grupo de familia. A los cincuenta y cinco años, agobiada por tantos dolores, temblando sin cesar, como si estuviese atacada de un temblor febril, Adelina, pálida y llena de arrugas, conservaba su hermoso talle, líneas correctas y su nobleza natural. Al verla, decía la gente: «Ha debido de ser muy hermosa.» Devorada por la pena de ignorar la suerte de su marido y de no poder hacerle participar de aquel oasis parisiense, en el retiro y en la soledad, del bienestar de que su familia iba a gozar, ofrecía la suave majestad de las ruinas. A cada destello de esperanza frustrada, a cada indagación inútil, Adelina caía en negras melancolías que desesperaban a sus hijos. La baronesa, que había salido por la mañana con una esperanza, era impacientemente esperada. Un teniente general, obligado a Hulot, al que debía su fortuna administrativa, decía haber visto al barón en un palco en el teatro del Ambigú Cómico, con una mujer de una hermosura espléndida. Adelina se dirigió a casa del barón de Vernier. Este alto funcionario, aunque afirmó que había visto a su antiguo protector y que la manera de estar durante la representación con aquella mujer acusaba un matrimonio clandestino, acababa de decir a la señora de Hulot que su marido, para evitar su encuentro, había salido mucho antes de terminar la función.

- Estaba como un hombre en familia, y su porte denotaba miseria oculta - acabó diciendo.

-¿Qué hay? - preguntaron las tres mujeres a la baronesa.

- El señor de Hulot está en París, y el saber que está cerca de nosotras es para mí un destello de dicha - respondió Adelina.

- Al parecer no se ha enmendado - dijo Isabela, cuando acabó Adelina de contar su entrevista con el barón de Vernier -. Se habrá liado con alguna obrera. Pero ¿de dónde sacará el dinero? Apuesto a que se lo pide a sus antiguas queridas, a la señorita, Jenny Cadine, o a Josefa.

La baronesa sintió doblemente excitados sus nervios, se enjugó las lágrimas que acudieron a sus ojos y alzó sus miradas dolorosamente hacia el cielo.

- No creo que un oficial de la Legión de Honor haya descendido tan bajo - dijo.

-¿Qué no haría por darse gusto? - repuso Isabela -. Ha robado al Estado, y será capaz de robar a los particulares, y quizá de asesinar.

-¡Oh! Isabela - exclamó la baronesa -, guárdate esos pensamientos para ti.

En aquel momento Luisa se acercó al grupo formado por la familia, al cual se habían unido los dos pequeños Hulot y el pequeño Wenceslao para ver si los bolsillos de su abuela contenían golosinas.

¿Que pasa, Luisa? - le interrogaron.

- Un hombre que pregunta por la señorita Fischer.

-¿Qué hombre es? - dijo Isabela.

- Señorita: está lleno de andrajos, va cubierto de plumón como un colchonero, tiene la nariz roja como un tomate, y apesta a vino y a aguardiente. Debe de ser uno de esos obreros que apenas si trabajan media semana.

Esta descripción poco grata dio por resultado el que Isabela saliese al patio de la casa de la calle de Luis el Grande, donde encontró a un hombre que fumaba en una pipa cuyo culottage anunciaba al fumador artista.

¿Por qué viene usted aquí, padre Chardin?. - le dijo -. Habíamos convenido en que estaría usted todos los primeros sábados de cada mes a la puerta del palacio Marneffe, en la calle de Barlet de Touy. Llego ahora; he estado allí cerca de cinco horas y usted no se presentó.

- He estado, mi respetable y caritativa señorita - respondió el colchonero -; pero había una gran partida de honor en el café de los Sabios, en la calle del Corazón Volante, y cada uno tiene sus pasiones. La mía es el billar. A no ser por el billar, podría yo comer en platos de plata; pero fíjese usted bien - dijo, sacando un papel del bolsillo de su desgarrado pantalón -: el billar trae las copitas y las guindas en aguardiente... Es ruinoso, como todas las cosas buenas, por los accesorios. Conozco la consigna; pero el viejo está en un apuro tan grande, que me he atrevido a venir al terreno prohibido... Si nuestra crin fuera toda crin, se dormiría bien encima; pero allí hay mezcla. Dios no es igual para todos, como dicen, sino que tiene preferencias; está en su derecho. Aquí está el escrito de su estimado pariente, tan buen amigo del colchón... Ésa es su opinión política.

El padre Chardin trató de hacer algunos zigzags en la atmósfera con el índice de su mano derecha.

Isabela, sin escuchar, leía estas dos líneas:

«Querida prima: ¡Sea usted mi providencia! Deme hoy mismo trescientos francos.
Héctor.»

-¿Para qué quiere tanto dinero?

-¡El propietario! - dijo el padre Chardin, que seguía tratando de dibujar arabescos -. Además, mi hijo ha vuelto de Argelia por España y... no ha podido traer nada, contra su costumbre. Porque, crea usted, está acabado, con perdón, mi hijo. ¿Qué quiere usted? Tiene hambre; pero

Librodot

nos devolverá lo que le prestemos, pues dice que va a hacer una gorda; tiene ideas que pueden llevarle lejos...

- Sí, a la cárcel - repuso Isabela -; es el asesino de mi tío y no lo olvidaré nunca.

-¿Él? ¡Si no podría sangrar a un pollo, respetable señorita!

- Bueno; aquí tiene trescientos francos - dijo Isabela, sacando quince monedas de oro del bolsillo -. Váyase y no vuelva nunca más aquí.

Esto diciendo, acompañó al padre del guardaalmacén de víveres de Orán hasta la puerta, y una vez allí, le dijo al portero:

- Siempre que ese hombre venga, si por casualidad vuelve, no le deje entrar y dígale que no estoy en casa. Si quisiese saber si el hijo del señor Hulot o si la señora baronesa viven aquí, le responderá usted que no conoce a estas personas.

- Está bien, señorita.

- Le va en ello su colocación, en caso de una torpeza, aunque sea involuntaria - le dijo la solterona al oído a la portera -. Primo mío - le dijo al abogado, que llegaba entonces -, está usted amenazado de una gran desgracia.

-¿Cuál?

- Dentro de algunos días tendrá usted por suegra a la señora de Marneffe...

-¡Ya lo veremos! - respondió Victorino.

Hacía ya medio año que Isabela pagaba puntualmente todos los meses una pequeña pensión a su protector, el señor barón de Hulot, de quien era la protectora; conocía el secreto de su morada y saboreaba las lágrimas de Adelina, a la cual solía decir, cuando la veía alegre o esperanzada: «Espere usted ver algún día el nombre de mi primo en la sección de Tribunales.» En esto, como precedentemente, iba demasiado lejos en su venganza, tanto que había despertado la prudencia de Victorino. Éste había resuelto acabar con aquella espada de Damocles mostrada incesantemente por Isabela y con el demonio hembra a quien su madre y la familia debían tantas desgracias. El príncipe de Wissemburgo, que conocía la conducta de la señora Marneffe, apoyaba la empresa secreta del abogado y le había prometido, como promete un presidente del Consejo, la intervención secreta de la Policía para instruir a Crevel y para salvar toda una fortuna de las garras de la diabólica cortesana, a la que no perdonaba ni la muerte del mariscal de Hulot ni la ruina total del consejero de Estado.

Aquellas palabras. «se lo pedirá a sus antiguas queridas», dichas por Isabela, ocuparon durante toda la noche a la baronesa. Como los enfermos desahuciados que se entregan a los charlatanes; como las gentes llegadas al último círculo dantesco de la desesperación, o como los abogados que toman las estacas flotantes por amarras, acabó por creer cierta la bajeza, cuya sola sospecha le había indignado, y se decidió a recurrir a alguna de aquellas odiosas mujeres. Al día siguiente, por la mañana, sin consultar a sus hijos, sin decir una palabra a nadie, se fue a casa de la señorita Josefa Mirah, prima donna de la Academia Real de Música,

Librodot

a fin de realizar o de ver desvanecida la esperanza que acababa de relucir como un fuego fatuo. A mediodía, la camarera de la célebre cantante la entregaba la tarjeta de la baronesa de Hulot, diciéndola que esta señora esperaba a la puerta, después de haberla preguntado si la señorita podía recibirla.

-¿Está arreglado el salón?

- Sí, señorita.

-¿Han sido renovadas las flores?

- Sí, señorita.

- Pues dile a Juan que dé un vistazo para que nada falte, antes de introducir a esa señora, y que procure tener con ella las mayores consideraciones. Anda, y vuelve a vestirme, porque quiero estar lo más hermosa posible.

Y diciendo esto, fue a mirarse en su espejo, pensando:

- Acicalémonos. Es necesario que el vicio se presente armado ante la virtud. ¡Pobre mujer! ¿Qué me querrá?... Me conmueve el ver

¡De la desgracia a una víctima augusta!...

Acababa de cantar este célebre aire, cuando la camarera volvió.

- Señora - dijo la camarera -, esa dama parece presa de un temblor nervioso.

- Ofrécela agua de azahar, ron, un caldo...

- Ya lo he hecho, señorita; pero lo ha rechazado todo, diciendo que era un pequeño ataque de los nervios.

-¿Dónde la habéis hecho entrar?

- En el salón grande.

- Date prisa, hija mía, vamos, mis zapatillas más lindas, la bata de flores que me hizo Bijou, todos mis encajes. Hazme un peinado para que asombre a una mujer. Esa señora representa un papel opuesto al mío. Que le digan a esa dama (porque es una gran dama, hija mía, ¡qué digo!, es más aún: es lo que tú no serías nunca, es una mujer cuyas oraciones libran a las almas de vuestro purgatorio) que estoy en la cama, que representé ayer y que me estoy levantando.

La baronesa, introducida en el gran salón de la casa de Josefa no notó el tiempo que había pasado allí aunque esperó durante media hora larga. Aquel salón, renovado ya desde la instalación de Josefa en aquel palacio, estaba cubierto de sederías color massaca y oro. El lujo que antaño desplegaban en sus casas los grandes señores, y del que tantos magníficos restos son testimonio de aquellas locuras que tan bien justificaban su nombre, brillaba con la perfección debida a los medios modernos en las cuatro estancias abiertas, cuya temperatura

Librodot

estaba mantenida por un calorífero de bocas invisibles. La baronesa, aturdida, examinaba cada objeto de arte con profundo asombro, encontrando en ellos la explicación de aquellas fortunas fundidas en el crisol bajo el que la vanidad y el placer atizan un fuego devorador. Aquella mujer que, desde hacía veintiséis años, vivía en medio de las frías reliquias del lujo imperial, cuyos ojos contemplaban alfombras de flores deslucidas, bronces desdorados, sederías tan marchitas como su corazón, entrevió el poder de las seducciones del vicio examinando sus resultados. No era posible dejar de envidiar aquellas hermosas cosas, aquellas admirables creaciones a las que habían contribuido los grandes artistas desconocidos que constituyen el París actual. Allí todo sorprendía, por la perfección de la pieza única. Rotos los modelos, las formas, las figuritas y las esculturas eran todas originales. Era aquélla la última palabra del lujo moderno. Poseer cosas que no estén vulgarizadas por dos mil opulentos burgueses, que creen vivir con lujo por haber adquirido esas riquezas que llenan los almacenes, es el sello del verdadero lujo, el lujo de los grandes señores modernos, estrellas efímeras del firmamento parisiense. Examinando jardineras llenas de las más raras flores exóticas, guarnecidas de bronces grabados, según el estilo de Poulle, la baronesa quedó espantada ante las riquezas que contenía aquella habitación. Necesariamente, este sentimiento hubo de reaccionar sobre la persona en derredor de la cual corrían a torrentes aquellas profusiones. Adelina pensó que Josefa Mirah, cuyo retrato, debido al pincel de José Bridau, brillaba en el vecino tocador, era una cantante de genio, una Malibrán, y esperaba ver una verdadera leona. Sintió haber ido. Pero iba empujada por un sentimiento tan poderoso, tan natural y tan poco calculador, que procuró armarse de valor para sostener aquella conferencia. Además iba a satisfacer aquella curiosidad que la punzaba, de estudiar el canto que poseen esa clase de mujeres, para extraer tanto oro de los yacimientos avaros del suelo parisiense. La baronesa se miró al espejo para saber si no formaba un contraste en medio de todo aquel lujo; pero iba bien con su traje de terciopelo, sobre el que se ostentaba un cuello de magnífico encaje; su sombrero, de terciopelo del mismo color, le sentaba admirablemente. Viéndose todavía imponente como una reina, siempre reina, aunque se viese aniquilada, pensó que la nobleza de la desgracia valía tanto como la nobleza del talento. Después de haber oído abrir y cerrar varias puertas, notó al fin la presencia de Josefa. La cantante se parecía a la Judit de Alloris, grabada en el recuerdo de todos los que la han visto en el palacio Pitti, cerca de la puerta del salón grande: la misma postura altiva, el mismo rostro sublime, cabellos negros y retorcidos sin apresto y una bata amarilla con millares de flores bordadas absolutamente semejante al brocado con que está vestida la inmortal homicida creada por el sobrino de Broncino.

- Señora baronesa, me confunde usted con el honor que me hace viniendo a mi casa - dijo la cantante, que se había comprometido a desempeñar bien el papel de gran dama.

Acercó por sí misma una butaca a la baronesa y ella tomó para sí una silla. Notó la marchita belleza de aquella mujer y sintió una profunda piedad viéndola agitada por aquel temblor nervioso que la menor emoción hacía convulsivo. Leyó con una sola mirada aquella vida santa que en otro tiempo la pintaban Hulot y Crevel, y no sólo abandonó la idea de luchar contra aquella mujer, sino que, comprendiendo su grandeza, se humilló aún más ante ella. La sublime artista admiró aquello mismo que sirviera de burla a la cortesana.

- Señorita, vengo empujada por la desesperación, que nos hace recurrir a todos los medios...
Un gesto de Josefa le hizo comprender a la baronesa que acababa de herir a aquella de quien tanto esperaba, y se quedó mirando a la artista. Aquella mirada llena de súplica apagó la llama de los ojos de Josefa, que acabó por sonreír. Fue esto, entre aquellas dos mujeres, un diálogo mudo de horrible elocuencia.

Librodot

- Hace ya dos años y medio que el señor de Hulot dejó a su familia, e ignoro dónde está, aunque sé que vive en París - repuso la baronesa con voz emocionada -. Un sueño me ha sugerido la idea de que usted ha debido interesarse por el señor de Hulot. Si usted pudiese hacer que yo volviese a ver al señor Hulot, ¡oh, señorita!, mientras yo viviese rogaría a Dios por usted todos los días.

Dos gruesas lágrimas que brotaron de los ojos de la cantante anunciaron su respuesta.

- Señora - dijo con acento de profunda humildad -, le he hecho daño sin conocerla; pero ahora que tengo la dicha al verla, de haber conocido a la imagen de la virtud que hay en la Tierra, créame que comprendo todo el alcance de mi falta y que siento un verdadero arrepentimiento; así es que estoy dispuesta a todo para repararla.

Tomó la mano de la baronesa sin que ésta pudiera oponerse a semejante movimiento, se la besó de la manera más respetuosa y se humilló hasta el punto de hincar una rodilla en tierra. Después se levantó altiva, como cuando entraba en escena representando el papel de Matilde, y llamó a su ayuda de cámara.

- Tome usted un caballo - le dijo -, reviéntelo si es preciso, búsqueme a la pequeña Bijou en la calle de Saint-Maur del Temple y tráigamela en coche, dándole al cochero una buena propina para que venga al galope. No pierda usted un minuto... o le despido. Señora - dijo volviéndose hacia la baronesa y hablándola con tono respetuoso -, debe usted perdonarme. Tan pronto como tuve por protector al duque de Herouville despedí al barón, al saber que por mí estaba arruinando a su familia. ¿Qué más podía hacer? En la carrera del teatro todas necesitamos protección cuando empezamos. Nuestro sueldo no basta para sufragar la mitad de los gastos y por eso nos procuramos maridos temporeros. Yo no quería al señor de Hulot, que me hizo abandonar a un hombre rico, a un animal vanidoso. Seguramente el padre Crevel se hubiera casado conmigo.

- Él mismo me lo ha dicho - dijo la baronesa, interrumpiendo a la cantante.

-¿Lo ve usted, señora? De ese modo, hoy sería una mujer honrada, habiendo tenido un solo marido legal.

- Señorita, tiene usted excusas, y Dios las apreciará - dijo la baronesa -. Pero yo, lejos de hacerle reproches, he venido, por el contrario, a contraer con usted una deuda de agradecimiento.

- Señora, pronto hará tres años que sostengo al señor barón...

-¿Usted? - exclamó la baronesa, llorando -¡Ah! ¿Qué puedo hacer yo por usted? Sólo puedo rogar...

- Yo y el señor duque de Herouville, un noble corazón, un verdadero hidalgo - repuso la cantante.

Y Josefa contó la llegada y el concubinato del padre Thoul.

Librodot

- De modo, señorita - dijo la baronesa -, que gracias a usted mi marido no ha carecido de nada.

- Señora, para lograrlo hemos hecho cuanto hemos podido.

-¿Y dónde está ahora?

- Hace unos seis meses me dijo el señor duque que el barón, a quien su notario conoce por el nombre de Thoul había agotado los ocho mil francos que sólo debían serle entregados por partidas iguales de tres en tres meses - respondió Josefa -. Ni yo ni el señor de Herouville hemos oído hablar más del barón. Nuestra vida está tan ocupada, que no he tenido tiempo para seguirle los pasos al padre Thoul. Además, hace seis meses que Bijou, mi bordadora, su... ¿cómo diré yo?

- Su querida - dijo la señora de Hulot.

- Su querida - repitió Josefa - no ha venido aquí. Pudiera muy bien haber ocurrido que la señorita Olimpia Bijou se haya divorciado... El divorcio es muy frecuente en nuestra clase.

Josefa se levantó, fue recorriendo las flores raras de sus jardineras e hizo un encantador, un delicioso ramillete para la baronesa, cuya atención estaba, digámoslo francamente, equivocada. Al igual que esos buenos burgueses que consideran a los genios como una especie de monstruos que comen, beben, andan y hablan de distinto modo que los demás hombres, la baronesa esperaba ver a Josefa la fascinadora, a Josefa la cantante, la insinuante y amorosa cortesana, y se encontraba con una mujer tranquila y sosegada que poseía la nobleza de su talento, la sencillez de una actriz que sabe que sólo reina durante la noche y, en suma, algo mejor aún, la sinceridad de la muchacha que con sus miradas, su actitud y sus modales tributaba un pleno y completo homenaje a la mujer virtuosa, a la Mater dolorosa del himno santo, que hacía florecer las llagas, como en Italia las hace florecer la Madona de las rosas.

- Señora, ahora viene la madre de la Bijou - se presentó a decir el ayuda de cámara, vuelto al cabo de una hora -; pero lo que es con la pequeña Olimpia me parece que no debe usted contar. La bordadora de la señora se ha vuelto mujer de su casa: se ha casado.

-¿Por detrás de la iglesia? - preguntó Josefa.

- No, señora, se ha casado de veras. Está al frente de un magnífico establecimiento. Se ha casado con el propietario de un gran almacén de novedades, donde se han gastado millones, en el bulevar de los Italianos, y ha dejado su establecimiento de bordados a sus hermanas y a su madre. Se llama hoy la señora de Grenouville. Este gran negociante...

-¡Un Crevel!

- Sí, señora - dijo el criado -. Ha reconocido treinta mil francos de renta en el contrato de matrimonio de la señorita Bijou. Según se dice, su hermana mayor va a casarse con un rico carnicero.

- Su negocio me parece que va mal - dijo la cantante a la baronesa -. El señor barón no está ya donde le había puesto.

Librodot

Diez minutos después anunciaron a la señora Bijou. Por prudencia, Josefa hizo pasar a la baronesa a su gabinete tocador, corriendo la cortina. -

- La intimidaría usted - le dijo a la baronesa -, y sabiendo que está usted interesada, no diría nada de lo que deseamos saber. ¡Déjeme usted confesarla! Ocúltese aquí y lo podrá oír todo. Esta escena se representa con tanta frecuencia en la vida como en el teatro. ¡Hola, madre Bijou! - dijo la cantante a una mujer vieja, que llevaba un traje de tartán y que parecía una portera endomingada -. ¿Conque ya son ustedes felices? Su hija ha tenido suerte.

-¡Oh, felices! Mi hija nos da cien francos mensuales y va en coche, come en servicios de plata y es millonaria. Olimpia bien podía haberme puesto fuera de cuidados. A mi dad trabajar, ¿es cosa agradable?

- Hace mal en ser ingrata, por que a usted le debe su belleza - repuso Josefa -, pero ¿por qué no ha venido a verme? Yo fui la que la saqué de apuros casándola con mi tío.

- Si, señora, el padre Thoul; pero está muy viejo y muy cascado.

-¿Qué han hecho ustedes, pues, de él? ¿Está en su casa? Hizo mal en abandonarlo, porque hoy es millonario.

-¡Ah! ¡Dios de Dios! - dijo la madre Bijou -. ¿Cree usted que no se lo decíamos cuando se portaba mal con el pobre viejo, que era la amabilidad misma? ¡Ah! ¡No sabe usted lo que la hacía rabiar! Señora, Olimpia ha sido pervertida.

-¿Cómo?

- Señora, con su perdón, conoció a uno de la claque, sobrino de un viejo colchonero del arrabal de Saint-Marceau. Ese holgazán, como todos los mozos guapos, semejante rufián es la peste del bulevar del Temple, donde trabaja en las obras nuevas, y cuida las entradas de las actrices, como él suele decir. Por la mañana almuerza, y antes de la función como para ponerse en situación; en fin, le gustan los licores y el billar desde la cuna. ¿Acaso es esto una profesión, como le decía yo a Olimpia?

- Desgraciadamente es una profesión - dijo Josefa.

- En fin, señora, Olimpia había perdido la cabeza por ese muchacho, que frecuentaba muy malas compañías, tan malas, que estuvo a punto de ser preso en la taberna donde se reúnen los ladrones; pero el señor Braulard, jefe de la claque, lo reclamó. Llevaba pendientes de oro y vivía sin hacer nada, colgado de mujeres que enloquecen por esos buenos mozos... Se comió todo el dinero que el señor Thoul le daba a la pequeña. La tienda iba muy mal. Lo que se ganaba con los bordados se lo llevaba el billar. Por entonces, señora, ese mozo tenía una hermana muy bonita que hacía la misma vida del hermano, no gran cosa en el barrio de los estudiantes.

- Una entretenida del barrio de la Cabaña - dijo Josefa.

- Sí, señora - añadió la madre Bijou -. Idamoro, así se llamaba como nombre de guerra, pues el suyo verdadero es Chardin, supuso que su tío debía tener más dinero del que decían, y halló

la manera de enviar a nuestra casa como obrera, sin que mi hija lo sospechase, a su hermana Elodia (le ha dado un nombre de teatro). ¡Dios de Dios! ¡Lo que nos ha revuelto todo! Pervirtió a todas aquellas pobres muchachas, que se volvieron tales que ya no se las podía limpiar. Hizo tanto, que logró conquistar al padre Thoul y se lo llevó no sabemos dónde, lo cual nos ha colocado en un gran apuro a causa de las letras. Aún estamos sin poder pagar...; pero mi hija, que está en ello, vigila los vencimientos... Cuando Idamoro vio al viejo en su poder por mediación de su hermana, plantó a mi pobre hija y está ahora con una primera corista de los Funámbulos. De esto provino el matrimonio de mi hija, como va usted a ver.

- Pero ¿sabe usted dónde vive el colchonero? - preguntó Josefa.

-¿El viejo padre Chardin? ¿Acaso se puede llamar vivir a lo que él hace? Está borracho desde las seis de la mañana, hace un colchón al mes, se pasa el día en las lóbregas tabernas y haciendo poules.

-¿Cómo haciendo poules?... ¡Es un gallo altivo!

- No me entiende usted, señora; se trata de la poule en el billar, de las que gana tres o cuatro todos los días y se las bebe.

-¡Caldos de gallina! - dijo Josefa -. Pero Idamoro funciona en el bulevar y, dirigiéndose a su amigo Braulard, se le encontrará.

- Señora, no sé, porque estos acontecimientos ocurrieron hace ya seis meses. Idamoro es uno de esos jóvenes llamados a ir a la cárcel, de allí a Melun, y después...

- A presidio - dijo Josefa.

-¡Ah! Veo que la señora lo sabe todo - dijo la madre Bijou, sonriéndose -. Si mi hija no hubiese conocido a ese pillo sería... De todos modos, me dirá usted que ha tenido mucha suerte, porque el señor de Grenouville se enamoró hasta tal punto que se ha casado con ella.

-¿Y cómo se hizo ese matrimonio?

- Por la desesperación de Olimpia, señora. Cuando se vio abandonada por la corista, a la que le dio una sopapina... ¡la claveteó!... y vio que había perdido al padre Thoul, que la adoraba quiso renunciar a los hombres. Por entonces el señor Grenouville, que iba a comprar mucho a nuestra casa, doscientas estolas de China bordadas por trimestre, quiso consolarla; pero ella, cierto o no, no quiso escuchar nada a no ser en la alcaldía y en la iglesia. «Quiero ser honrada o pereceré», solía decir siempre, y se mantuvo firme. El señor Grenouville consintió en casarse con ella con la condición de que renunciase a nosotros, y nosotros lo hemos consentido.

-¿Mediante una prima? - dijo la perspicaz Josefa.

- Sí, señora, diez mil francos, y una renta a mi padre, que no puede ya trabajar.

- Yo rogué a su hija que hiciese feliz al padre Thoul, y lo ha sumido en un lodo. Eso no está bien. Nunca más me interesaré por nadie. He ahí lo que resulta de dedicarse a la beneficencia.

Librodot

Decididamente la beneficencia no es buena más que como especulación. ¡No venir siquiera a decirme nada Olimpia, de todos esos cambios! Si encuentra usted al padre Thoul antes de quince días le daré mil francos. - Mi buena señora, la cosa es muy difícil; pero en mil francos hay muchos duros, y yo voy a procurar ganar ese dinero.

- Adiós, señora Bijou.

Al volver a su gabinete tocador la cantante encontró a la señora de Hulot completamente desmayada; pero a pesar de haber perdido los sentidos, el temblor nervioso continuaba agitándola, como se agitan los trozos de una culebra recién cortada en pedazos. Algunas sales fuertes, agua fresca y otras cosas de costumbre, volvieron la vida a la baronesa o mejor dicho, el sentimiento de sus dolores.

-¡Ah, señorita! ¡Hasta dónde ha caído! - exclamó al reconocer a la cantante y viéndose sola con ella.

- Tenga usted valor, señora - respondió Josefa, que se había arrodillado en un cojín a los pies de la baronesa y la besaba las manos -; ya lo encontraremos y, si está en el fango, bueno, ya se limpiará. Créame, para las personas bien educadas, esto es cuestión de hábitos... Permítame reparar mis culpas con usted, porque al ver que ha venido usted aquí, comprendo lo mucho que quiere usted aún a su marido, a pesar de su conducta... ¡Diantre! A ese pobre hombre le gustan las mujeres... Bueno, si usted hubiera tenido un poco de nuestro chic, le hubiera usted impedido corretear, porque hubiera usted sido lo que nosotras sabemos ser: todas las mujeres para un hombre. El Gobierno debiera crear una escuela de Gimnasia para las mujeres honradas. Pero los Gobiernos son tan mojigatos... porque están formados por los hombres a quienes nosotras manejamos. Yo compadezco a los pueblos... Pero ahora se trata de trabajar para usted y no de reír. Señora, váyase usted a su casa, esté usted tranquila y no se atormente más. Yo le devolveré a su Héctor como era hace treinta años.

-¡Oh, señorita, vamos a casa de esa señora de Grenouville! - dijo la baronesa -. Ella debe de saber algo, y tal vez podré ver hoy al señor de Hulot y podré arrancarle inmediatamente de la miseria, de la vergüenza...

- Señora, empezaré por testimoniarle el agradecimiento profundo que le he de guardar por el honor que me ha hecho haciendo que nadie vea a la cantante Josefa, a la querida del duque de Herouville junto a la imagen más hermosa y más santa de la virtud. La respeto a usted demasiado para presentarme acompañada de usted. Y no tome esto como una humildad de cómica, sino como un homenaje que la rindo. Señora, usted me hace arrepentirme de no haber seguido su senda, a pesar de las espinas que ensangrientan sus manos y sus pies; pero ¿qué quiere usted? Yo pertenezco al arte como usted pertenece a la virtud.

-¡Pobre joven! - dijo la baronesa, conmovida en medio de sus dolores por un singular sentimiento de simpatía y conmiseración -. Yo rogaré por usted, porque veo que es usted víctima de la sociedad que necesita espectáculos. Cuando empiece a ser vieja haga penitencia y será perdonada si Dios se digna escuchar las plegarias de una...

- De una mártir, señora - dijo Josefa, besando respetuosamente la falda de la baronesa.

Pero Adelina tomó la mano de la cantante, la atrajo hacia sí y la besó en la frente. Roja de placer la cantante, acompañó a Adelina hasta su coche, haciendo las demostraciones más serviles.

- Debe de ser alguna dama de caridad - dijo el ayuda de cámara a la camarera -, porque no es así con nadie, ni aun con su buena amiga la señora Jenny Cadine.

- Señora, espere usted algunos días - dijo -, y lo verá, o renegaré del Dios de mis padres, lo cual, para una judía, ya ve usted, es tanto como prometerla el éxito.

En el momento en que la baronesa entraba en casa de Josefa, Victorino recibía en su despacho a una vieja de unos setenta y cinco años, la cual para llegar hasta el célebre abogado había echado por delante el terrible nombre del jefe de Policía de Seguridad. El ayuda de cámara anunció:

- La señora de Saint-Esteve.

- He empleado uno de mis nombres de guerra - dijo, sentándose.

Victorino sintiose presa de un estremecimiento exterior, por decirlo así, ante el aspecto de aquella espantosa vieja. Aunque iba ricamente vestida, causaba espanto por los signos de fría maldad que ofrecía su cara vulgar, horriblemente arrugada, blanca y musculosa. Marat, de mujer y a aquella edad, hubiese sido, como la Saint-Esteve, la imagen animada del Terror. Aquella vieja siniestra denotaba en sus ojillos claros la avidez sanguinaria de los tigres. Su nariz aplastada, cuyas fosas agrandadas en agujeros ovales parecían despedir el fuego del infierno, recordaba el pico de las peores aves de presa. El genio de la intriga parecía asentarse en su frente baja y cruel. Los largos pelos de su barba, brotados al azar de todos los huecos de su cara, anunciaban la virilidad de sus proyectos. Cualquiera que hubiese visto a aquella mujer hubiese creído que ningún pintor había sabido representar a Mefistófeles.

- Mi querido señor - le dijo con aire protector -, desde hace mucho tiempo no me dedico a nada. Lo que voy a hacer por usted va a ser por consideración a mi querido sobrino, a quien quiero más que si fuese mi hijo... Ahora bien, el prefecto de Policía, a quien el presidente del Consejo dijo dos palabras al oído referentes a usted, ha conferenciado con el señor Chapuzot, y ambos han acordado que la policía no debía figurar para nada en un asunto de este género. Han dado carta blanca a mi sobrino; pero mi sobrino no intervendrá en ello más que para aconsejar, pues no debe comprometerse...

-¿Es usted tía de...?

- Ha acertado usted y me siento un poco orgullosa de ello - respondió, cortando la palabra al abogado -, porque es discípulo mío, pero un discípulo que no tardó en convertirse en maestro. Hemos estudiado su asunto y lo hemos juzgado ya. ¿Da usted treinta mil francos si le dejamos libre de todo estorbo? Yo le liquido el asunto y usted no paga hasta que el negocio esté hecho.

-¿Conoce usted las personas?

- No, mi querido señor; espero sus informes. Nos han dicho que hay un bienaventurado viejo que está en manos de una viuda... Esta viuda, de veintinueve años, ha desempeñado tan bien

su oficio de ladrona, que tiene ya cuarenta mil francos de renta sacados a dos padres de familia. Está a punto de tragarse ochenta mil francos de renta casándose con un infeliz de sesenta y un años; arruinará a toda una familia honrada y dará toda su fortuna al hijo de algún amante, desembarazándose prontamente de su anciano marido. Éste es el problema.

- Exactamente - dijo Victorino -. Mi suegro, el señor Crevel...

- Antiguo perfumista, un alcalde; vivo en su distrito bajo el nombre de señora Nourrison - respondió ella.

- La otra persona es la señora Marneffe.

- No la conozco - dijo la señora de Saint-Esteve -; pero dentro de tres días estaré en situación de decirle a usted hasta las camisas que tiene.

-¿Podría usted impedir el matrimonio? - preguntó el abogado.

-¿En qué estado se halla?

- En la segunda proclama.

- Habría que secuestrar a la mujer. Estamos en domingo y no quedan más que tres días, porque se casarán el miércoles. ¡Es imposible! Pero podríamos matarla.

Al oír esta- dos últimas palabras, dichas con gran sangre fría, Victorino de Hulot no pudo menos de dar un salto de hombre honrado.

-¡Asesinar! - dijo -. ¿Y cómo se las compondría usted?

- Señor, hace ya cuarenta años que reemplazamos al Destino - respondió con un orgullo formidable - y que hacemos en París cuanto queremos. ¡Uy! Más de una familia, y del arrabal de Saint-Germain, me ha puesto al tanto de sus secretos. He hecho y he roto muchos matrimonios, he anulado muchos testamentos y he salvado muchas honras. Guardo aquí - dijo, señalando su frente- un montón de secretos que me valen treinta y seis mil francos de renta, y usted será uno de mis corderos. Una mujer como yo, ¿sería lo que soy si dijese los medios que empleo? Yo obro. Mi querido señor, todo lo que yo haga será obra de la casualidad, y usted no tendrá el más ligero remordimiento. Le ocurrirá a usted como a las gentes que curan las sonámbulas que, al cabo de un mes, creen que la Naturaleza lo ha hecho todo.

Victorino sintió un sudor frío. El aspecto del verdugo no le hubiera espantado tanto como el de aquella hermana sentenciosa y pretenciosa del presidio, cuyo vestido color de vino pareciole empapado en sangre.

- Señora, renuncio al auxilio de su experiencia y de su actividad si el éxito ha de costar la vida a alguien y si se ha de realizar el más insignificante crimen.

- Señor, es usted un niño grande - respondió la señora de Saint-Esteve -. Quiere usted permanecer probo a sus propios ojos, sin dejar de desear que su enemigo sucumba.

Librodot

Victorino hizo un gesto negativo.

- Sí - repuso la vieja -, usted quiere que esa señora Marneffe abandone la presa que tiene entre los dientes; pero ¿cómo haría usted para arrancarle a un tigre su pedazo de carne? ¿Pasándole la mano por el lomo y diciéndole: gatito, gatito? No es usted lógico. Usted ordena que se realice un combate y no quiere que haya heridas. Está bien, voy a hacerle merced de esa inocencia que tanto anhela; siempre he visto en la honradez el disfraz de la hipocresía. Dentro de tres meses vendrá un día un pobre sacerdote a pedirle cuarenta mil francos para una obra pía, para un convento arruinado en Levante, en el desierto... Si está usted contento de su suerte, dele al buen hombre los cuarenta mil francos, que más tendrá usted que vaciar sobre el fisco. Eso no será nada comparado con lo que usted recogerá.

Se irguió sobre sus anchos pies, contenidos apenas en unos zapatos de satén, de los que se desbordaba la carne, saludó sonriéndose y se retiró.

- El diablo tiene una hermana - dijo Victorino, levantándose.

Acompañó a aquella horrible desconocida, evocada de los antros del espionaje, como del escotillón de la ópera se yergue un monstruo al golpe de la varita de virtudes de una hada en un baile de espectáculo. Después de haber terminado sus asuntos en la Audiencia, Victorino fuese a casa del señor Chapuzot, jefe de uno de los servicios más importantes de la Delegación de Policía, con el fin de pedirle informes acerca de aquella dama desconocida. Al ver solo al señor Chapuzot en su despacho, Victorino le dio las gracias por su concurso y después le dijo:

- Me ha enviado usted a una mujer que podría servir para personificar a la ciudad de París, considerada desde el punto de vista criminal.

El señor Chapuzot colocó los lentes sobre sus papeles y miró al abogado con aire de asombro.

- Yo no me hubiera nunca permitido enviarle a nadie sin advertírselo antes o sin darle por lo menos una carta de presentación.

- Entonces, acaso haya sido el señor prefecto.

- No lo creo - dijo Chapuzot -. La última vez que el príncipe de Wissemburgo comió en casa del ministro de la Gobernación vio al señor prefecto y le habló de la situación en que usted estaba, una situación deplorable, preguntándole amistosamente si podía acudir en su socorro. El señor prefecto, vivamente interesado por el afán que su excelencia mostró con relación a este asunto de familia, tuvo la complacencia de consultarme sobre este punto. Desde que el señor prefecto tomó las riendas de este ramo de la Administración tan calumniado y tan útil, se ha propuesto no intervenir para nada en cuestiones de familia. En principio, y como moral, ha tenido razón; pero en realidad ha hecho mal. Desde 1799 a 1813, en los cuarenta y cinco anos en que yo figuro en ella, la policía ha prestado inmensos servicios a las familias. Desde 1820 la Prensa y el Gobierno constitucional han cambiado por completo las condiciones de nuestra existencia; así es que yo le aconsejé que no se ocupase de semejante asunto, y el señor prefecto ha tenido la bondad de seguir mi consejo. El jefe de la Policía de Seguridad recibió la orden delante de mí de no seguir adelante, y si por casualidad ha recibido usted a alguien de su parte, yo le reprenderé. Podría ser motivo para una destitución. Se dice muy pronto: «La

policía hará esto.» ¡La policía! ¡La policía! Pero señor mío, el mariscal y el Consejo de Ministros ignoran lo que es la policía. Sólo la policía se conoce a sí misma. Los reyes, Napoleón, Luis XVIII sabían los negocios de la suya; pero los de la nuestra sólo Fouché, el señor Lenoir, el señor Sartines y algunos prefectos, hombres de talento, la han conocido. Hoy todo ha cambiado, habiéndonos quedado empequeñecidos, desarmados. Yo he visto germinar muchas desgracias privadas que se hubieran evitado con cinco escrúpulos de arbitrariedad. Se nos echará de menos por los mismos que nos han aniquilado, cuando se encuentren como usted ante ciertas monstruosidades morales que sería preciso recoger, como se recogen los lodos. En política la policía está llamada a prevenirlo todo tratándose del orden público, pero la familia es sagrada. Yo sería capaz de hacerlo todo por descubrir e impedir un atentado contra la vida del rey. Haría que fuesen transparentes las paredes de una casa; pero ir a meter nuestras garras en los hogares, en los intereses privados, nunca, mientras yo ocupe este despacho, porque temo...

-¿A quién?

- A la Prensa, señor diputado del centro izquierda.

-¿Qué debo hacer? - dijo el hijo de Hulot, después de una pausa.

- Usted representa a la familia - repuso el jefe de división -, conque, obre como le parezca; pero ¿es posible que yo le ayude, que convierta la policía en un instrumento de las pasiones y de los intereses privados? Mire usted, ahí está el secreto de la persecución necesaria, que los magistrados juzgaron ilegal, dirigida contra el predecesor de nuestro jefe actual de Seguridad. Bibi-Lupin empleaba la policía por cuenta de los particulares. Esto encerraba un inmenso peligro social. Con los medios de que disponía aquel hombre hubiese sido formidable, hubiera sido una especie de Fatalidad.

- Bueno, pero ¿qué haría usted en mi lugar? - dijo Hulot.

-¡Oh! ¿Me pide usted una consulta, siendo el que las vende? - replicó el señor Chapuzot -. Vamos, señor mío, no se burle usted de mí.

Hulot saludó al jefe de división y se fue sin notar el imperceptible movimiento de hombros que hizo el funcionario cuando se levantó para acompañarle.

-¿Y éste quiere ser un hombre de Estado?. - se dijo el señor Chapuzot, disponiéndose a reanudar su trabajo.

Victorino volvió a su casa conservando sus dudas y sin poder comunicárselas a nadie. A la hora de la comida, la baronesa anunció alegremente a sus hijos que antes de un mes su padre podría participar de su desahogo y acabar apaciblemente sus días con su familia.

-¡Ah! De buena gana daría mis tres mil seiscientos francos de renta por ver al barón aquí - exclamó Isabela -. Pero mi buena Adelina, no te apresures a concebir tamaños goces, te lo ruego.

- Isabela tiene razón - dijo Celestina -. Mamá querida, espere usted los acontecimientos.

La baronesa, toda corazón, toda esperanza, contó su visita a Josefa, juzgó desgraciadas a todas las entretenidas en medio de su dicha y habló del colchonero Chardin, padre del guardaalmacén de Orán, mostrando de ese modo que no se entregaba a una falsa esperanza.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, Isabela iba en un coche por el muelle de la Tournelle, haciéndolo parar en el ángulo de la calle de Poissy.

- Vaya usted - le dijo al cochero - a la calle de los Bernardinos, número siete, que es una casa con pasillo y sin portero. Suba usted al cuarto piso, llame a la puerta de la izquierda, en la que leerá usted un letrero que dice: «Señorita Chardin, obrera de encajes y de casimires.» Saldrán a abrirle, y entonces preguntará usted por el caballero. Le responderán «ha salido», y entonces usted contestará «ya lo sé»; pero búsquele, porque su criada está en un coche en el muelle y desea verle.

Veinte minutos después un anciano que parecía tener ochenta años, con los cabellos completamente blancos, nariz enrojecida por el frío, cara pálida y arrugas como una vieja, caminando con paso arrastrado, metidos los pies en unas zapatillas de orillo, encorvado de hombros y vestido con una levita de paño despeluzado, no ostentando condecoración alguna, saliendo sus muñecas de las mangas de un chaleco de punto y la camisa de un amarillo inquietante, se presentó con timidez, miró al coche, reconoció a Isabela y se aproximó a la portezuela.

-¡Ah, querido primo mío! - dijo ella -. ¡En qué estado se encuentra usted!

- Elodia se lo guarda todo para sí - dijo el barón de Hulot -. Estos Chardin son unos asquerosos canallas.

-¿Quiere usted volver a nuestro lado?

-¡Oh, no, no! - respondió el viejo -. Desearía irme a América.

- Adelina le sigue su pista.

-¡Ah, si pudiesen pagar mis deudas! - repuso el barón con desconfiado acento -. Porque Samanon me persigue.

- Aún no hemos pagado los atrasos, y su hijo debe todavía cien mil francos.

-¡Pobre muchacho!

- Su pensión no quedará libre hasta dentro de seis o siete meses. Si quiere usted esperar, yo traigo aquí dos mil francos.

El barón tendió la mano con un gesto ávido, espantoso:

- Dame, Isabela; que Dios te recompense; dámelos, que yo sabré adónde ir.

- Pero ¿me lo dirá usted, viejo monstruo?

Librodot

- Sí. Puedo esperar esos ocho meses, porque he descubierto un angelito, una buena criatura, una inocente que no tiene aún bastantes años para estar depravada.

- Piense usted en la cárcel - dijo Isabela, que acariciaba la idea de ver allí algún día a Hulot.

-¡Es en la calle de Charona! - dijo el barón de Hulot -. Un barrio donde todo ocurre sin escándalo. ¡Oh! Nunca podrán encontrarme. Isabela, me he disfrazado de padre Thorec; me tomarán por un antiguo ebanista; la pequeña me ama y ya no me dejaré explotar.
- Está bien - dijo Isabela, mirando la levita -. ¿Y si yo le acompañase a usted allí, primo?
El barón subió al coche abandonando a la señorita Elodia, sin decirle adiós, como se arroja una novela después de leída.

Media hora después, durante la cual el barón de Hulot no habló de otra cosa más que de la pequeña Atala Judice, pues había llegado por grados a esas espantosas pasiones que aniquilan a los ancianos, su prima lo dejó, provisto de dos mil francos, en la calle de Charona, en el arrabal de San Antonio, a la puerta de una casa de sospechosa y amenazadora fachada.

- Adiós, primo; desde ahora será el padre Thorec, ¿verdad? No me envíes más que recaderos, y tómalos siempre en lugares distintos.

- Convenido. ¡Oh! ¡Qué feliz soy! - dijo el barón, cuyo rostro viose iluminado por la alegría de una nueva y futura dicha.

-¡Ah, no le encontrarán! - se dijo Isabela, despidiendo al coche en el bulevar de Beaumarchais, desde donde se fue en ómnibus hasta la calle de Luis el Grande.

Al día siguiente Crevel fue anunciado en casa de sus hijos, en el momento en que toda la familia estaba reunida en el salón después del almuerzo. Celestina corrió a arrojarse al cuello de su padre y lo trató como si lo hubiese visto la víspera, siendo así que después de dos años era aquélla la primera visita que les hacía.

- Buenos días, padre mío - dijo Victorino, tendiéndole la mano.

- Buenos días, hijos míos - dijo el importante Crevel -. Señora baronesa, a los pies de usted. ¡Dios mío, cómo crecen estos niños! ¡Éstos nos empujan y parecen decirme: «Abuelo, yo también quiero un puesto al sol.»! Señora condesa, usted sigue estando admirablemente hermosa - añadió, mirando a Hortensia -, y aquí está el resto de nuestros escudos, mi prima Bela, la virgen juiciosa. ¡Pero si están ustedes todos tan bien aquí! - dijo, después de haber distribuido aquellas frases a cada uno, acompañadas de grandes carcajadas que removían difícilmente las rubicundas masas de su ancha cara.

Luego miró el salón de su hija con una especie de desprecio.

- Mi querida Celestina, te doy todo el mobiliario de la calle de Saussayes; estará muy bien aquí. Tu salón necesita ser renovado... ¡Ah! Aquí está ese pillastre de Wenceslao. ¿Qué hay, hijos míos, somos juiciosos? Es preciso tener buenas costumbres.

- Sí, por los que nos las tienen - dijo Isabela.

Librodot

- Mi querida Isabela, ese sarcasmo no me concierne. Hijos míos, voy a poner término a la falsa posición en que me encontraba hace ya tiempo y, como buen padre de familia, vengo a anunciaros, así, francamente, mi matrimonio.

- Tiene usted derecho a casarse - dijo Victorino -. Y por mi parte, le devuelvo la palabra que me dio al concederme la mano de mi querida Celestina.

-¿Qué palabra? - respondió Crevel.

- La de no casarse - respondió el abogado -. Usted me hará la justicia de confesar que yo no le exigía ese compromiso y que usted lo adquirió a pesar mío, porque en aquella época recuerdo perfectamente que le hice observar no debía usted comprometerse de ese modo.

- Sí, me acuerdo, amigo mío - dijo Crevel, avergonzado -. Y mirad, hijos míos, si vosotros quisieseis vivir bien con la señora Crevel, no tendríais por qué arrepentiros. Victorino, su delicadeza me conmueve y nadie es impunemente generoso conmigo. Vaya, ¡qué demonio!, acoged bien a vuestra suegra, venid a mi casamiento.

- Padre mío, aún no nos ha dicho usted quién es la novia - dijo Celestina.

- Ése es el secreto de la comedia - repuso Crevel -. Pero vaya, no juguemos al escondite. Isabela ha debido decíroslo.

- Mi querido señor Crevel - replicó la baronesa -; hay nombres que no pueden ser pronunciados aquí.

- Pues bueno, es la señora de Marneffe.

- Señor Crevel - respondió severamente el abogado -, ni mi mujer ni yo asistiremos a esa boda, no por motivos de interés, pues acabo de hablarle con sinceridad. Sí, celebraría que fuese usted feliz con esa unión; pero me veo movido en esta ocasión por motivos de delicadeza y de honor, que usted debiera comprender y que yo no puedo expresar, porque abrirían heridas que aquí están sangrando aún.

La baronesa hizo una seña a la condesa, y ésta, tomando a su hijo en brazos, le dijo:

- Wenceslao, vamos a tomar el baño. Adiós, señor Crevel.

La baronesa saludó a Crevel en silencio, y éste no pudo menos de sonreír al ver el asombro del niño cuando se vio amenazado de aquel baño improvisado.

- Señor - exclamó el abogado cuando se quedó solo con Isabela, con su mujer y con su suegro

-, se casa usted con una mujer cargada con los despojos de mi padre y que le ha conducido fríamente al estado en que se halla; con una mujer que vive con el yerno después de haber arruinado al suegro y que causa las penas mortales de una madre. Y ¿cree usted que han de vernos sancionando su locura con nuestra presencia? Mi querido señor Crevel, le compadezco a usted sinceramente, porque no tiene el espíritu de familia, ni conoce la solidaridad del honor, que une a todos sus miembros. Por desgracia, sé de sobra que las pasiones no razonan.

Las gentes apasionadas son sordas y ciegas. Su hija Celestina conoce demasiado sus deberes para decirle nada en son de vituperio.

-¡Estaría bonito! - dijo Crevel, que trató de cortar aquella filípica.

- Celestina no sería mi mujer si le hiciese a usted una sola observación - repuso el abogado -; pero yo puedo intentar detenerle antes de que ponga el pie en el abismo, sobre todo después de haber dado pruebas de mi desinterés. No es ciertamente su fortuna, sino usted mismo, lo que me preocupa, y para que conozca usted a fondo mis sentimientos, puedo añadir, aunque sólo sea para tranquilizarle respecto a su futuro contrato de matrimonio, que mi situación de fortuna es tal, que no tenemos nada que desear.

- Gracias a mí - exclamó Crevel, cuya cara se tornó violácea.

- Gracias a la fortuna de Celestina - respondió el abogado -; y si siente usted haberle dado a su hija como dote entregada por usted sumas que no representan la mitad de lo que la dejó su madre... estamos dispuestos a devolvérselas.

- Señor yerno - dijo Crevel, poniéndose en posición -, sepa usted que, al cubrir con mi nombre a la señora de Marneffe, no tiene que responder ya al mundo de su conducta más que en calidad de señora de Crevel.

- Eso es muy bonito para dicho y muy generoso tratándose de cosas del corazón - dijo el abogado -; pero yo no conozco ley, nombre ni título que puedan cubrir el robo de trescientos mil francos innoblemente arrancados a mi padre. Mi querido suegro, le digo claramente que su futura es indigna de usted, que le engaña y que está locamente enamorada de mi cuñado Steinbock, cuyas deudas ha pagado.

- No, el que las ha pagado he sido yo.

- Bueno - repuso el abogado -, lo celebro por el conde de Steinbock, que así podrá verse libre algún día; pero lo cierto es que es amado, muy amado, amado con bastante frecuencia.

-¡Amado! - dijo Crevel, cuyo rostro denotaba un desconcierto general -. Amigo mío, calumniar de ese modo a una mujer es cobarde, es sucio, es mezquino, es bajo... Cuando se anuncian hechos de esa índole es preciso probarlos.

- Le daré a usted pruebas.

- Las espero.

- Mi querido señor Crevel, pasado mañana le diré a usted el día, la hora y el momento en que estaré en disposición de hacerle ver la espantosa depravación de su futura esposa.

- Muy bien, lo celebraré - dijo Crevel, recobrando su sangre fría -. Adiós, hijos míos, hasta la vista. Adiós, Isabela.

- Isabela, síguele - dijo Celestina a la prima Bela, al oído.

-¡Cómo! ¿Se va usted así ya? - dijo Isabela a Crevel. -¡Ah! - dijo Crevel -. Mi yerno se ha formado, se ha hecho hombre. La Audiencia, la Cámara, las tunantearías judiciales y las políticas le han transformado por completo. ¡Ah! Sabe que me caso el miércoles próximo, y el domingo, dentro de tres días, ese señor se propone demostrarme que mi mujer es indigna de mí. No está mal la cosa. Me vuelvo a firmar el contrato. Vamos, ven conmigo, Isabela, ven; ellos no sabrán nada. Yo quería dejar cuarenta mil francos de renta a Celestina, pero Hulot acaba de portarse de un modo que ha perdido mi cariño para siempre.

- Padre Crevel, aguárdeme diez minutos, espéreme con su coche a la puerta, que yo voy a dar una disculpa para marcharme.

- Convenido.

- Amigos míos - dijo Isabela, que encontró a la familia en el salón -, me voy con Crevel, porque esta noche se firma el contrato y así podré deciros sus disposiciones. Probablemente, ésta será mi última visita a esa mujer. Vuestro padre está furioso y va a desheredaros.

- Su vanidad se lo impedirá - respondió el abogado -. Ha querido poseer la posesión de Presles, y como le conozco, sé que la guardará. Aunque tuviese hijos, Celestina siempre recogerá la mitad de lo que deje, pues la ley le impide dar toda su fortuna. Pero estas cuestiones no son nada para mí; ahora sólo pienso en nuestro honor. Vaya usted, prima, y escuche bien el contrato - dijo, estrechando la mano de Isabela.

Veinte minutos después Isabela y Crevel entraban en el palacio de la calle de Barbet, donde la señora Marneffe esperaba con grata impaciencia el resultado del paso que había ordenado. A la larga, Valeria acabó por sentir por Wenceslao ese prodigioso amor que una sola vez en la vida se apodera de las mujeres. Aquel artista frustrado se convirtió entre las manos de la señora de Marneffe en un amante tan perfecto como ella lo había sido para el barón de Hulot. Valeria tenía una zapatillas en una mano, y la otra estaba entre las de Steinbock, en cuyo hombro apoyaba su cabeza. Ocurre con la conversación que habían entablado después de la marcha de Crevel como con esas grandes obras literarias de nuestro tiempo, en cuya portada se lee: Queda prohibida la reproducción. Como es natural, aquella obra maestra de poesía íntima hizo acudir a los labios del artista quejas amargamente expresadas.

-¡Ah, qué desgracia que me haya casado! - dijo Wenceslao -. Porque si hubiese esperado, como me aconsejaba Isabela, hoy podría casarme contigo.

- Se necesita ser polaco para desear convertir en mujer a una querida adicta - exclamó Valeria -. Cambiar el amor por el deber, el placer por el aburrimiento.

-¡Como sé que eres tan caprichosa! - respondió Steinbock -. ¿No te he oído hablar con Isabela del barón Montes, de ese brasileño?

-¿Quieres desembarazarme de él?

- Sería el único modo de impedir que le vieses - respondió el ex escultor.

- Querido mío - respondió Valeria -, sabe que yo lo manejaba para convertirlo en mi marido, porque a ti te lo digo todo... Las promesas que he hecho a ese brasileño... (¡Oh!, antes de

Librodot

conocerte - dijo, respondiendo a un gesto de Wenceslao -), esas promesas en que él se basa para atormentarme, me obligan a casarme casi en secreto: pues si él supiese que voy a ser mujer de Crevel, sería capaz de matarme.

-¡Oh! Respecto a ese punto, no temas - dijo Steinbock, haciendo un gesto de desprecio, que quería decir que aquel peligro debiera ser insignificante para una mujer amada por un polaco -. Tened en cuenta que, como valiente, no hay la menor fanfarronería entre los polacos, pues son real y seriamente bravos.

- Y ese imbécil de Crevel, que quiere dar una fiesta y que se entrega a sus gustos de fasto económico con motivo de mi boda, me pone en un apuro del que no sé cómo salir.

¿Podría Valeria confesar a aquel a quien adoraba que, desde la ruptura con el barón de Hulot, el barón Enrique Montes había heredado el privilegio de ir a su casa a cualquiera hora de la noche, y que a pesar de su astucia, no había podido encontrar una causa de riña, en la que el brasileño creyese tener toda la culpa? Conocía demasiado bien el carácter semisalvaje del barón, que se parecía mucho al de Isabela, para no temblar pensando en aquel Otelo de Río de Janeiro. Al ruido del coche Steinbock dejó a Valeria, a la que tenía abrazada por el talle, y cogió un periódico, en cuya lectura le encontraron absorto. Valeria bordaba con minuciosa atención unas zapatillas para su futuro.

-¡Cómo la calumnian! - dijo Isabela al oído de Crevel en el umbral de la puerta, mostrándole aquel cuadro -. ¿Ve usted su peinado? ¿Está acaso deshecho? De dar fe a Victorino, ahora debiera usted de haber sorprendido a los dos tortolitos en el nido.

- Mira, mi querida Isabela - respondió Crevel, en posición -, para hacer de una Aspasia una Lucrecia, basta inspirarla una pasión.

-¿No le he dicho yo a usted siempre que a las mujeres les gustan los grandes libertinos como usted? - respondió Isabela.

- Es que también sería muy ingrata - respondió Crevel -, porque ¡cuánto dinero no he empleado yo aquí! Sólo Grindot y yo lo sabemos.

Y enseñaba la escalera. En el arreglo de aquel palacio, que Crevel miraba como suyo, Grindot había procurado competir con Clereti, arquitecto de moda, a quien el duque de Herouville había encargado la casa de Josefa; pero Crevel, incapaz de comprender las artes, había querido, como todos los burgueses, gastar una suma fija, señalada de antemano. Teniendo que sujetarse a un presupuesto, le fue imposible a Grindot realizar su sueño de arquitecto. La diferencia que distinguía al palacio de Josefa del de la calle de Barbet era la misma que existe entre las cosas originales y las corrientes. Lo que en casa de Josefa se admiraba no se veía en ninguna parte, mientras que lo que brillaba en casa de Crevel se podía comprar en cualquier sitio. Estos dos lujos se ven separados por el río del millón. Un espejo único vale seis mil francos, y el espejo inventado por el fabricante que lo explota cuesta quinientos. Una araña auténtica de Boule llega en pública subasta a tres mil francos, y la misma araña moldeada puede fabricarse por mil o mil doscientos francos; lo uno es en arqueología lo que un cuadro de Rafael en pintura, lo otro es la copia. ¿Qué vale una copia de Rafael? El palacio de Crevel era, pues, un magnífico modelo del lujo de los tontos, así como el de Josefa era el más hermoso tipo de una habitación de artista.

Librodot

- Tenemos guerra - dijo Crevel, yendo hacia su futura.

La señora de Marneffe llamó.

- Vaya usted a buscar al señor Berthier - dijo al ayuda de cámara - y no vuelva sin él. Padrecito mío - dijo, abrazando a Crevel -, si tú hubieses salido airoso hubiéramos retrasado nuestra dicha y habríamos dado una fiesta espléndida; pero amigo mío, cuando toda una familia se opone a un matrimonio, la decencia exige que se haga sin aparato, sobre todo cuando la novia es viuda.

- Al contrario, quiero ostentar un lujo a lo Luis XIV - dijo Crevel, que desde hacía algún tiempo juzgaba pequeño el siglo XVIII -. He encargado coches nuevos, tenemos el coche del señor y el de la señora, dos bonitos cupés, una calesa y una berlina de aparato con un soberbio asiento que tiembla como la señora de Hulot.

¡Ah! ¿Quiero? ¿No serás ya mi cordero? No, no, animalito mío, harás lo que yo quiera. Esta misma noche vamos a firmar el contrato entre nosotros. Después, el miércoles nos casaremos oficialmente como en realidad se casan, en catimini, según decía mi pobre madre. Iremos a pie la iglesia, vestidos con sencillez; mandaremos decir una misa rezada y nuestros testigos serán Stidmann, Steinbock, Vignon y Massol, hombres todos de talento, que se hallarán en la Alcaldía como por casualidad y nos harán el sacrificio de oír una misa. Por excepción, tu colega nos pasará a las nueve de la mañana. La misa es a las diez, y a las once y media ya estaremos aquí para almorzar. He prometido a nuestros convidados que no nos levantaremos de la mesa hasta la noche. Tendremos a Bixiou, a Tillet, tu antiguo camarada; a Lousteau, a Verniset, a León, de Lora, a Vernou, la flor de los talentos, que no sabrán que estamos casados; los engañaremos, nos alegraremos un poco, e Isabela también vendrá, porque quiero que aprenda el matrimonio. Bixiou tiene que hacerle proposiciones... y avisparla.

Durante dos horas la señora de Marneffe dijo multitud de locuras, que contribuyeron a que Crevel se hiciese esta juiciosa reflexión:

-¿Cómo puede estar depravada una mujer tan alegre? Locuela, sí; pero perversa..., no lo creo.

-¿Qué te han dicho tus hijos de mí? - preguntó Valeria a Crevel en un momento en que lo tuvo a su lado en la confidente -. ¿Muchos horrores?

- Afirman que estás enamorada criminalmente de Wenceslao - respondió Crevel -, tú, que eres la virtud misma.

- Ya lo creo que le quiero a mi pequeño Wenceslao - exclamó Valeria llamando al artista, cogiéndole la cabeza y besándosela -. ¡Pobre muchacho! Sin apoyo, sin fortuna despreciado por una jirafa color de zanahoria. ¿Qué quieres, Crevel? Wenceslao es mi poeta, y le quiero a la luz del día, como si fuese mi hijo. Esas mujeres virtuosas ven el mal en todas partes y en todo. ¡Ah! Ellas no serían capaces de permanecer junto a un hombre sin pecar. Yo soy como los niños mimados a quienes nunca se les ha negado nada: los bombones ya no me causan ninguna emoción. ¡Pobres mujeres! Las compadezco. ¿Y quién era el que me criticaba de ese modo?

- Victorino - dijo Crevel.

-¿Y por qué no le has cerrado el pico a ese lorito judicial contándole lo de los doscientos mil francos de la mamá?

-¡Ah! La baronesa había huido - dijo Isabela.

- Que tengan cuidado, Isabela - dijo la señora de Marneffe, frunciendo las cejas -; o me recibirán en su casa con todo género de consideraciones y vendrán a casa de su suegra todos, o los haré caer más bajo que está el barón...; díselo de mi parte. Quiero hacerme mala al fin, porque creo, palabra de honor, que el mal es la hoz con que se arregla el bien.

A las tres, el notario Berthier, sucesor de Cardot, leyó el contrato de matrimonio, después de una corta conferencia entre él y Crevel, pues ciertos artículos dependían de la resolución que tomase el hijo de Hulot y su esposa. Crevel reconocía a su futura esposa una fortuna compuesta: primero, de cuarenta mil francos de renta, cuyos títulos eran designados; segundo, del palacio y todo el mobiliario que contenía, y tercero, tres millones en dinero. Además, hacía a su futura esposa todas las donaciones permitidas por la ley, le dispensaba de todo inventario y, en el caso de que los contrayentes no tuviesen hijos al morir uno de ellos, se daban mutuamente la universalidad de sus bienes muebles e inmuebles. Este contrato reducía la fortuna de Crevel a dos millones de capital. Si tenía hijos con su nueva mujer, reducía la parte de Celestina a quinientos mil francos, a causa del usufructo de la fortuna concedida a Valeria, lo cual era aproximadamente la novena parte de su fortuna actual.

Isabela se fue a comer a la calle de Luis el Grande, con la desesperación pintada en el rostro. Comentó el contrato de matrimonio, lo explicó, y pudo notar que lo mismo Celestina que Victorino se mostraron insensibles ante aquella desastrosa nueva.

- Hijos míos, habéis irritado a vuestro padre - les dijo -. La señora de Marneffe ha jurado que recibiríais en vuestra casa a la mujer del señor Crevel y que iríais a la suya.

-¡Nunca! - dijo Hulot.

-¡Nunca! - dijo Celestina.

-¡Nunca! - exclamó Hortensia.

Isabela sintió deseos de vencer la actitud soberbia de todos los Hulot.

- Parece que tiene armas contra nosotros - dijo. Yo no sé aún de qué se trata, pero lo sabré. Ha hablado vagamente de una historia de doscientos mil francos que atañe a Adelina.

La baronesa de Hulot se dejó caer suavemente en el sillón en que se hallaba y empezó a ser presa de espantosas convulsiones.

- Id allá, hijos míos - gritó la baronesa -. Recibid a esa mujer. El señor Crevel es un hombre infame, merece el último suplicio... Obedeced a esa mujer... ¡Ah! ¡Es un monstruo! Lo sabe todo.

Después de estas palabras, mezcladas con lágrimas y con sollozos, la señora de Hulot sacó fuerzas de flaqueza para subir a su habitación, apoyada en el brazo de su hija y en el de Celestina.

-¿Qué quiere decir todo esto? - exclamó Isabela al quedarse sola con Victorino.
El abogado, plantado de pie, lleno de una estupefacción muy concebible, ni siquiera oyó a Isabela.

-¿Qué tienes, Victorino?

- Estoy asustado - dijo el abogado, cuya mirada se volvió amenazadora -. Desgraciado el que toque a mi madre, porque entonces no tendré escrúpulos. Si pudiese aplastaría a esa mujer como se aplasta a una víbora. ¡Ah! Ataca la vida y el honor de mi madre.

- Mi querido Victorino, tú no digas nada, pero acaba de decirme que os hundirá a todos aún más bajo que a vuestro padre, y ha reprochado acremente a Crevel el que no os hubiese tapado la boca con ese secreto que tanto parece asustar a Adelina.

Se mandó a buscar a un médico, porque el estado de la baronesa empeoraba. El médico recetó una poción de opio, y Adelina, después de tomarla, cayó en profundo sueño; pero toda aquella familia viose presa del más vivo terror. Al día siguiente el abogado se fue muy temprano a la Audiencia y pasó por la Prefectura de Policía para suplicar al jefe de Seguridad Vautrin que le enseñase a la señora de Saint-Esteve.

- Señor, nos han prohibido que nos ocupásemos de usted; pero la señora de Saint-Esteve es negociante, y se pondrá a sus órdenes - respondió el célebre jefe.

De vuelta a su casa, el pobre abogado supo que la razón de su madre inspiraba serios temores. El doctor Bianchon, el doctor Larabit y el profesor Angard, reunidos en consulta, acababan de decidir el empleo de medios heroicos para evitar la aglomeración de sangre en la cabeza. En el momento en que Victorino escuchaba al doctor Bianchon, que le detallaba las razones que tenía para esperar que aquella crisis fuese pasajera, aunque sus compañeros desesperaban de ello, el ayuda de cámara acudió a anunciarle al abogado que su cliente la señora de Saint-Esteve le esperaba. Victorino dejó a Bianchon con la palabra en la boca y bajó las escaleras con la rapidez de un loco.

-¿Habrá en la casa algún principio de locura contagiosa? - dijo Bianchon, volviéndose hacia Larabit.

Los médicos se fueron, dejando a un interno encargado de velar a la señora de Hulot.

-¡Toda una vida de virtud!

Tal era la única frase que la enferma pronunciaba después de la catástrofe.

Isabela no abandonaba la cabecera de la cama, velaba a Adelina y era admirada por las dos jóvenes.

-¿Cómo va el asunto, mi querida señora Saint-Esteve? - dijo el abogado, introduciendo a la horrible vieja en su despacho y cerrando después las puertas.

-¿Ha reflexionado usted ya, amiguito mío? - dijo, mirando a Victorino de un modo irónico.

-¿Ha hecho usted algo?

-¿Da usted cincuenta mil francos?

- Sí - respondió Hulot -; porque es preciso obrar. ¿Sabe usted que esa mujer ha puesto en peligro la vida y la razón de mi madre con una sola frase? Conque... adelante.

- Ya hemos hecho algo - replicó la vieja.

-¿Qué? - dijo Victorino convulsivamente.

-¿No pondrá usted reparo a los gastos?

- Al contrario.

- Es que se han gastado ya veintitrés mil francos.

El hijo de Hulot miró a la Saint-Esteve de un modo estúpido.

-¡Hombre! ¿Sería usted tonto acaso, siendo considerado como una de las lumbreras de la Audiencia?. - dijo la vieja -. Por esta suma podemos comprar la conciencia de una camarera y un cuadro de Rafael, lo cual no es caro. Hulot seguía en actitud estúpida, abriendo desmesuradamente los ojos.

- Bueno - repuso la Saint-Esteve -;hemos comprado a la señora Reina Tousard, para quien la señora de Marneffe no tiene secretos.

- Comprendo.

- Pero si ha de andar usted con cicaterías, dígalo.

- Pagaré lo que se me pida - respondió -. Adelante. Mi madre me ha dicho que esas gentes merecían los mayores suplicios.

-¡Ya no se engaña a nadie! - dijo la vieja.

-¿Me responde usted del éxito?

- Déjeme usted hacer - respondió la Saint-Esteve -. Su venganza se prepara.

Miró el reloj, que señalaba las seis de la tarde.

- Su venganza no está lejos. Los hornillos del Rocher de Cancale están encendidos, los caballos de los coches piafan, mis hierros se calientan. ¡Ah! Me sé de memoria a esa señora

de Marneffe; todo está preparado, las ratoneras están armadas; mañana le diré si el ratón se envenenará. Yo creo que sí. Adiós, hijo mío.

- Adiós, señora.

-¿Sabe usted inglés?

- Sí.

-¿Ha visto usted representar Macbeth en inglés?

- Sí.

- Pues bien, hijo mío, ¡tú serás rey!, es decir, tú heredarás - dijo aquella espantosa bruja adivinada por Shakespeare y que parecía conocerlo.

Dejó a Hulot alelado a la puerta de su despacho.

- No olvides que la citación es para mañana - añadió, como pleitista consumada.

Veía llegar a dos personas y quería pasar a sus ojos por una condesa de Pimbeche.

-¡Qué aplomo! - se dijo Hulot, saludando a su pretendida cliente.

El barón Montes de Montejanos era un elegante, pero un elegante inexplicable. El París de la moda, la gente de las carreras de caballos y las mujeres de vida alegre admiraban los chalecos especiales de aquel señor extranjero, sus botas de brillo irreprochable, sus bastones incomparables, sus envidiados caballos, sus coches guiados por verdaderos negros esclavos y muy bien arreglados. Su fortuna era conocida, pues tenía un crédito por setecientos mil francos en casa del banquero Tullet; pero se te veía siempre solo. Si iba a los estrenos ocupaba generalmente una butaca de orquesta, no frecuentaba ningún salón, no había dado nunca el brazo a ninguna mujer de vida alegre y no se podía unir su nombre al de ninguna de las mujeres conocidas. Por pasatiempo jugaba al whist en el Jockey Club, y la gente no podía hacer otra cosa que calumniar sus costumbres o, lo que es más raro aún, su persona. Le llamaban Combabus. Bixiou, León de Lora, Lousteau, Florinalla, señorita Eloísa Brisetout y Nathan, cenando en casa de la ilustre Carabina, con muchos elegantes y mujeres de moda, habían inventado esta explicación excesivamente burlesca. Massol, en su calidad de consejero de Estado, y Claudio Vignon, en su calidad de antiguo profesor de griego, habían contado a las ignorantes libertinas la famosa anécdota recogida en la Historia antigua, de Rollin, concerniente a Combabus, aquel Abelardo voluntario encargado de guardar a la mujer de un rey de Asiria, de Persia, Bactriana y Mesopotamia y otras comarcas propias de la geografía propia del antiguo profesor Bocage, que continuó Ambille, el creador del antiguo Oriente. Este apodo, que hizo reír más de un cuarto de hora a los convidados de Carabina, dio materia para una multitud de bromas sobrado ligeras en una obra a la que la Academia podría no dar el premio Monthyon, pero entre las cuales se notará el nombre que le quedó al hermoso barón, a quien Josefa llamaba un magnífico brasileño, cual si dijese un magnífico Catoxantha. Carabina, la más ilustre de las pirujas, aquella cuya distinguida belleza y graciosas ocurrencias hablan arrancado el cetro del tercer distrito de las manos de la señora Turquet,

más conocida con el nombre de Málaga, la señorita Serafina Sinet (pues tal era su nombre), era al banquero Tillet, lo que Josefa Mirah al duque de Herouville.

Ahora bien; la mañana misma del día en que la Saint-Esteve profetizaba el éxito a Victorino, Carabina había dicho a Tillet, a eso de las siete de la mañana:

- Si fueses tan amable que me dieses una comida en el Rocher de Cancale y llevases a Combabus. Queremos saber al fin si tiene querida. Yo he apostado a favor... y quiero ganar.

- Siempre está en el hotel de los Príncipes; pasaré a buscarle y nos divertiremos - respondió Tillet -. Que estén allí todos nuestros compañeros -. el mozo Bixiou, el mozo Lora; en suma, toda nuestra pandilla.

A las siete y media, en el salón más hermoso del establecimiento, donde ha comido Europa entera, brillaba sobre la mesa un magnífico servicio de plata, hecho expresamente para las comidas en que la vanidad pagaba el exceso en billetes de Banco. Torrentes de luz caían cual cascadas sobre la plata, haciéndola brillar. Multitud de criados, que un provinciano habría tomado por diplomáticos, se mantenían serios, como gentes que sabían que habían de ser espléndidamente pagados.

Cinco personas llegadas esperaban a otras nueve. Eran en primer término, Bixiou, sal de toda cocina intelectual aún con reputación en 1843, con una provisión de bromas siempre nuevas, fenómeno tan raro en París como la virtud. Después, León de Lora, que era el mejor paisajista y marinista que había, pues tenía sobre sus rivales la ventaja de que nunca descendía. Las mujeres de vida alegre no podían pasarse sin estos dos reyes de la broma. No había almuerzo, ni comida, ni jira alguna sin ellos. Serafina Sinet, apodada Carabina, en su calidad de querida del anfitrión, había sido una de las primeras en llegar y hacía resplandecer sobre los manteles llenos de luz sus hombros, sin rival en París; un cuello como torneado por un tornero, sin un pliegue, y su rostro picaresco. Llevaba un traje de raso brochado, azul sobre azul, adornado con encajes de Inglaterra, en cantidad suficiente para que con su producto pudiera mantenerse por espacio de un mes toda una aldea. La bonita Jenny Cadine, que no trabajaba en su teatro, y cuya figura es sobradamente conocida para que digamos aquí nada de ella, llegó con un tocado de riqueza fabulosa. Una jira es siempre, para esta clase de mujeres, un Longchamps de vestidos donde cada cual quiere obtener que sus millonarios ganen el premio, diciendo a sus rivales:

- He aquí lo que yo valgo.

Una tercera mujer, sin duda en los comienzos de su carrera, miraba casi avergonzada el lujo de aquellas dos comadres tan ricamente compuestas. Sencillamente vestida, con un traje de casimir blanco, adornado con pasamanerías azules, había sido peinada con flores por un peluquero de la clase de los Merlan, cuya torpe mano había sabido, sin quererlo, comunicar las gracias de la inocencia a unos adorables cabellos rubios. Incómoda aún con su vestido, según la frase consagrada, tenía la timidez inseparable del primer estreno. Llegaba de Valognes para dar salida en París a una frescura desesperante, a un candor capaz de excitar los deseos de un moribundo, y una belleza digna de todas las que Normandía ha proporcionado ya a los diferentes teatros de la capital. Las líneas de aquella cara intacta parecían el ideal de la pureza de los ángeles. Su láctea blancura relucía de tal modo que parecía un espejo. Sus finos colores parecían haber sido puestos en sus mejillas con un pincel. Se llamaba Cydalisa.

Como se va a ver, era un peón necesario en la partida que jugaba la señora Nourrison contra la señora Marneffe.

- Hijita mía, ¡vaya unos brazos más hermosos! - había dicho Jenny Cadine a aquella joven cuando Carabina le presentó aquella obra maestra de dieciséis años de edad. En efecto, Cydalisa ofrecía a la admiración pública unos brazos magníficos, de un tejido apretado, granoso, coloreados por una sangre pura.

-¿Cuánto vale? - Preguntó Jenny Cadine, en voz baja, a Carabina.

-¡Una herencia!

-¿Qué quieres hacer de ella?

- Quiero hacerla la señora Combabus.

-¿Y cuánto te dan por ello?

- Adivínalo.

-¿Un servicio de plata?

- Tengo tres.

-¿Diamantes?

- Los vendo.

-¿Un mono verde?

- No, un cuadro de Rafael.

- Pero ¡qué caprichos tienes!

- Es que Josefa me está dando la lata con sus cuadros y quiero llegar a tenerlos mejores que los suyos - respondió Carabina.

Tillet acompañaba al héroe de la comida, al brasileño, y el duque de Herouville lo seguía, acompañado de Josefa. La cantante se había puesto un sencillo traje de terciopelo, pero en torno de su cuello brillaba un collar de ciento veinte mil francos, collar de perlas, apenas distinguibles sobre su piel de camelia blanca. Entre los mechones de su pelo llevaba una sola camelia roja, una mosca de un efecto despampanante, y se había puesto once brazaletes de perlas en cada uno de sus brazos. Al entrar fue a dar la mano a Jenny Cadine, la cual le dijo:

-¿Me prestas tus mitones?

Josefa se quitó los brazaletes y, colocándolos en un plato, se los ofreció a su amiga.

Librodot

-¡Qué lujo! - dijo Carabina -. ¡Ni que fuera una duquesa! ¡Vaya unas perlas! Señor duque, ha agotado usted los mares para adornar a esa muchacha - añadió, volviéndose hacia el pequeño duque de Herouville.

La actriz tomó sólo dos brazaletes, colocó los otros veinte en los brazos de la cantante y la dio un beso.

Lousteau, el gorrón literario; la Palferina y Málaga, Massol y Vauvinet y Teodoro Gaillard, uno de los propietarios de los más importantes periódicos, completaban el número de los invitados. El duque de Herouville, cortés con todo el mundo como un gran señor, dirigió al conde de la Palferina ese saludo especial que, sin acusar estimación o intimidad, parece decir a todo el mundo: «Somos de la misma familia, de la misma raza, valemos tanto el uno como el otro.» Este saludo el sihvoleth de la aristocracia, ha sido creado para desesperación de las gentes de talento de la alta burguesía.

Carabina tomó a Combabus a su izquierda y al duque de Herouville a su derecha. Cydalisa ocupó el otro lado del brasileño y Bixiou se sentó junto a la normanda. Málaga se puso al lado del duque.

A las siete empezó el ataque a las ostras. A las ocho, entre los dos servicios, se tomó el ponche helado. Todo el mundo conoce el menú de estos festines. A las nueve se charlaba como se charla después de cuarenta y dos botellas de diferentes vinos, bebidas entre catorce personas. Los postres, esos horribles postres del mes de abril, habían sido servidos. Aquella atmósfera embriagadora sólo había emborrachado a la normanda, que tarareaba un villancico. Excepto ésta pobre muchacha, nadie había perdido la razón, pues lo mismo los bebedores que las mujeres de aquella cena eran de lo más selecto del París de noche. Los espíritus estaban alegres, y los ojos, aunque brillantes, seguían llenos de inteligencia, pero los labios se inclinaban a la sátira a la anécdota, a la indiscreción. La charla, que había versado hasta entonces sobre carreras de caballos, jugadas de Bolsa y conocidas historias escandalosas, amenazaba hacerse íntima, fraccionándose en grupos.

Éste fue el momento en que, a unas miradas dirigidas por Carabina a León de Lora, a Bixiou, a la Palferina y a Tillet, se comenzó a hablar de amor.

- Los médicos notables no hablan nunca de medicina, los verdaderos nobles no hablan nunca de sus antepasados, las gentes de talento no hablan de sus obras - dijo Josefa -, ¿por qué hablar de nuestra profesión? Yo, que he hecho suspender la función de hoy de la ópera para venir, no lo he hecho ciertamente para trabajar aquí. Así que no posemos, amigas mías.

- Si se habla del verdadero amor, querida mía - dijo Málaga -, de ese amor que le hace a una hundirse y que le decide a uno a vender a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, y que se vaya hacia Clichy.

- Entonces, hablad - repuso la cantante -, porque de ese amor... no entiendo.

¡No entiendo! Esta frase, pasada de la jerga de los golfillos de París al vocabulario de la piruja es, con ayuda de los ojos y en boca de esas mujeres, todo un poema.

-¿No la amo yo a usted, Josefa? - dijo el duque en voz baja.

- Usted podrá amarme verdaderamente - dijo la cantante al oído del duque, sonriéndose -; pero yo no le amo con el amor de que se habla aquí, con ese amor que hace que el mundo parezca todo negro sin el hombre amado. Me es usted agradable, útil, pero no indispensable, y si mañana me abandonase, en lugar de un duque, tendría tres.

- Pero ¿acaso existe el amor en París? - dijo León de Lora -. Nadie tiene aquí tiempo para hacer su fortuna. ¿Cómo se ha de entregar, pues, nadie al amor verdadero que se apodera de un hombre como se apodera el agua del azúcar? Es necesario ser inmensamente rico para amar, porque el amor anula a un hombre dejándolo poco más o menos como nuestro querido barón brasileño, aquí presente. Hace ya mucho tiempo que lo he dicho: los extremos se tocan. Un verdadero enamorado se parece a un eunuco, porque para él las demás mujeres están de sobra en la Tierra. Es misterioso como un verdadero cristiano solitario en su Tebaida. Ved a ese buen brasileño.

Toda la mesa examinó a Enrique Montes de Montejanos, que sintiose avergonzado al ver que era el blanco de todas las miradas.

- Hace una hora que está allí, pensativo, sin notar que tiene por vecina, no diré yo a la mujer más hermosa de París, pero sí a la más fresca.

- Aquí todo está fresco hasta el pescado, que es la especialidad de la casa - dijo Carabina.
El barón Montes de Montejanos contempló al paisajista con una mirada amable, y le dijo:

- Muy bien, bebo a su salud.

Y saludó a León de Lara haciendo un movimiento de cabeza, llevó a sus labios un vaso lleno de vino de Porto y bebió magistralmente.

-¿De modo que ama usted? - dijo Carabina a su vecino, interpretando así su brindis.
El barón brasileño pidió que le llenasen de nuevo la copa, saludó a Carabina y repitió el brindis.

- A la salud de la señora - dijo entonces la libertina con un tono tan bromista, que el paisajista, Tillet y Bixiou, soltaron una carcajada.

El brasileño permanecía grave, y esta sangre fría irritó a Carabina. Sabía perfectamente que Montes amaba a la señora de Marneffe; pero no se esperaba aquella fe brutal y aquel silencio obstinado del hombre convencido. Generalmente, lo mismo se juzga a una mujer por la actitud de su amante que al amante por el porte de su amada. Orgulloso de amar a Valeria y de ser amado por ella, el barón dirigió a aquellos distinguidos conocedores una sonrisa irónica, y todo su porte era en realidad digno de ser visto: los vinos no habían alterado su color, y sus ojos, que brillaban con el resplandor propio del oro bruñido guardaban los secretos del alma. Carabina no pudo menos de decirse para sus adentros:

-¡Qué mujer! ¡Qué ciego le tiene!

- Es una roca - dijo a media voz Bixiou, que no veía en todo ello más que una carga dada al brasileño y que no sospechaba la importancia dada por Carabina a la rendición de aquella fortaleza.

Librodot

Mientras que estas palabras, tan frívolas en apariencia, se pronunciaban a la derecha de Carabina, la discusión acerca del amor continuaba a su izquierda, entre el duque de Herouville, Lousteau, Josefa, Jenny Cadine y Massol. Trataban de indagar si tan raros fenómenos eran producidos por el amor, por la testarudez o por la pasión. Josefa, muy fastidiada con esas teorías, quiso cambiar de conversación.

- Hablan ustedes de lo que ignoran por completo. ¿Hay alguno que haya amado bastante a una mujer, y a una mujer indigna de él, para comerse su fortuna y la de sus hijos, para vender su porvenir, para empañar su pasado, para exponerse a ir a presidio robando al Estado, para matar a un tío y a un hermano y para dejarse vendar los ojos de tal modo que no pensase que se los tapaban, a fin de impedir que viese el abismo adonde lo lanzaban como última burla? Tiene debajo de la tetilla izquierda una caja. León de Lora, su talento; Bixiou se reiría de sí mismo si amase a otra persona que no fuera él; Massol tiene una cartera ministerial en el sitio del corazón; Lousteau no lleva ahí más que una víscera, él, que se ha dejado abandonar por la señora de la Baudraye; el señor duque es demasiado rico para poder probar su amor con su ruina; Vauvinet no cuenta con lo que descuento al descontador del género humano. Así es que vosotros no habéis amado nunca, ni yo tampoco, ni Jenny, ni Carabina... En cuanto a mí, sólo una vez he visto el fenómeno que acabo de describir. Me refiero - dijo Josefa a Jenny Cadine - a nuestro pobre barón de Hulot, cuya pérdida voy a anunciar como si fuese un perro, porque quiero encontrarle a toda costa.

-¡Caramba! - se dijo Carabina, mirando a Josefa de cierta manera -. ¿Tendrá la señora Nourrison dos cuadros de Rafael?

-¡Pobre hombre! - dijo Vauvinet -. Era muy grande. ¡Magnífico! ¡Qué estilo! ¡Qué porte! Tenía el mismo aire de Francisco I. ¡Qué volcán! ¡Y qué habilidad y qué genio desplegaba para buscar dinero! Dondequiera que estaba, buscaba, y ahora debe de extraerlo de esos muros hechos con los huesos que se ven en los arrabales de París, cercado de las barreras, donde sin duda está escondida.

- Y todo por esa pequeña señora de Marneffe - dijo Bixiou -. ¡Vaya una pájara!

- Se casa ahora con mi amigo Crevel - añadió Tillet.

- Y está loca por mi amigo Steinbock - dijo León de Lora.

Aquellas tres frases fueron como otros tantos pistoletazos que Montes recibió en pleno pecho. Se puso lívido, y sufrió tanto, que se levantó penosamente.

- Son ustedes unos canallas - dijo -. No debieran mezclar el nombre de una mujer honrada con los de todas estas perdidas, y sobre todo para hacerlo blanco de vuestras bromas.

Montes fue interrumpido por una salva de bravos y de unánimes aplausos. Bixiou, León de Lora, Vauvinet y Massol dieron la señal, y aquello fue un verdadero coro.

-¡Viva el emperador! - dijo Bixiou.

-¡Que le corone! - exclamó Vauvinet,

-¡Un gruñido para Medoro! ¡Viva el Brasil! - gritó Lousteau.

-¡Ah! ¿Conque amas a nuestra Valeria, barón cobrizo? - dijo León de Lora -. ¿Aún no estás hastiado?

- Lo que ha dicho no es parlamentario - advirtió Massol -, pero es magnífico.

- Pero ¡cliente mío!, tú me has sido recomendado; soy tu banquero y no puedo consentir tu inocencia.

-¡Ah! Hable usted que es un hombre serio - dijo el brasileño a Tillet.

- Gracias por el favor que nos hace a todos - exclamó Bixiou, saludándole.

- Dígame usted algo positivo - dijo Montes, sin fijarse en las palabras de Bixiou.

- Pues tengo el honor de decirte que estoy invitado a la boda de Crevel - respondió Tillet.

-¡Ah! ¡Conque Cambabus toma la defensa de la señora de Marneffe! - dijo Josefa, levantándose solemnemente.

Aproximose con un aire trágico a Montes, diole un amistoso cachete en la frente, meneando la cabeza al mismo tiempo que le contemplaba un instante, denotando en su rostro cierta admiración cómica.

- Hulot es el primer ejemplo del amor a pesar de todo; aquí está el segundo - dijo ella -; pero éste no debería contarse, ¡porque viene de los trópicos!

En el momento en que Josefa golpeó suavemente la frente del brasileño, Montes desplomose sobre su silla, y dirigiéndose con la mirada a Tillet le decía:

- Si soy objeto de una de vuestras bromas parisienses, si habéis querido arrancarme mi secreto...

Y rodeó a la mesa entera con un círculo de fuego, abarcando a todos los convidados con una ojeada en donde llameaba el sol del Brasil.

-¡Por favor, decídmelo! - dijo con un aire suplicante y casi infantil -. Pero no calumniéis a la mujer a quien amo.

-¡Hombre! - le respondió Carabina al oído -. Y si fuese usted indignamente engañado, burlado, traicionado por Valeria, y yo le diera pruebas dentro de una hora en mi casa, ¿qué haría?

- No puedo decírselo aquí, delante de todos estos Yagos - dijo el barón brasileño.
Carabina entendió magos, en lugar de Yagos.

- Bueno, cállese - le respondió, sonriendo -; no se preste a ser burla de los hombres más ocurrentes de París; venga a mi casa y hablaremos.

Librodot

Montes estaba anonadado.

-¡Pruebas! - dijo, balbuceando -. Piense usted que...

- Las tendrá sobradas - dijo Carabina -. Pero cuando a sola sospecha te descompone tanto, llego a temer por tu razón.

-¡Será testarudo ese muchacho! Es peor que el difunto rey de Holanda.

- Vamos a ver, Lousteau, Bixiou, Massol, ¿no habéis sido invitados para pasado mañana por la señora de Marneffe? - preguntó León de Lora.

- Yes - respondió Tillet -. Barón, tengo el honor de repetirle que si por casualidad tuviese usted intención de casarse con la señora de Marneffe, será usted rechazado como un proyecto de ley y sustituido por una bola que llevará el nombre de Crevel. Amigo mío, mi antiguo compañero Crevel tiene ochenta mil francos de renta y usted de seguro no habrá enseñado otro tanto, porque de otro modo hubiese sido usted preferido.

Montes escuchó con un aire medio soñador y medio sonriente, que pareció terrible a todo el mundo. En este momento un mozo fue a decirle al oído a Carabina que una pariente suya estaba en el salón y deseaba hablarle. La libertina se levantó, salió y encontrose con la señora Nourrison, bajo un velo negro de encaje, que empezó diciéndola:

-¿Tengo que ir a tu casa, hija mía? ¿Ha mordido?

- Sí, mamaíta. La pistola estaba tan bien cargada, que temo mucho que se dispare - respondió Carabina.

Una hora después, Montes, Cydalisa y Carabina, de vuelta del Rocher de Cancale, entraban en la calle de San Jorge, en el saloncito de Carabina. La licenciosa vio a la señora Nourrison sentada junto al fuego, en una poltrona.

-¿Cómo? ¿Está aquí mi respetable tía? - dijo.

- Sí, hija mía, soy yo que vengo a buscar en persona mi pequeña renta. Aunque tengas buen corazón, me olvidarías, y mañana tengo que pagar unas letras. Una tendera perseguida siempre es molesto. Pero ¿a quién traes contigo? Este señor parece muy disgustado.

La horrible señora Nourrison, cuya metamorfosis era en aquel momento completa, y que parecía ser una buena vieja, se levantó a abrazar a Carabina, una de las ciento y pico de muchachas que había lanzado a la horrible carrera del vicio.

- Sí, es un Otelo que no se engaña y que tengo el honor de presentarte: el señor barón Montes de Montejanos.

-¡Oh! Lo conozco por haber oído hablar de él; le llaman a usted Combabus porque no ama más que a una mujer, lo cual en París es como si no se amase a ninguna. ¿Se trata acaso de vuestro amor, de la señora de Marneffe, la mujer de Crevel? Mire usted, querido señor, bendiga su suerte en lugar de maldecirla. Esa mujer no vale nada. Conozco sus mañas.

-¡Oh! Tú no conoces a los brasileños - dijo Carabina a quien la señora Nourrison acababa de entregar una carta al mismo tiempo que la abrazaba -. Son hombres que se dejan matar por cosas del corazón. Cuanto más celosos son, más quieren serlo. El señor habla de destruirlo todo y no destruirá nada, porque ama. En fin, traigo aquí al señor barón para darle las pruebas de su desgracia, que tengo gracias a Steinbock.

Montes estaba ebrio y escuchaba como si no se tratase de sí mismo. Carabina fue a quitarse el sombrero de terciopelo y leyó el facsímile de la siguiente esquela:

«Gatito mío: Él se irá esta noche a comer a casa de Popinto y vendrá a buscarme a la Ópera a eso de las once; yo me iré a las cinco y media, y cuento hallarte en nuestro paraíso, donde encargarás que nos sirvan la comida de la Maison d'Or. Vístete de modo que puedas acompañarme a la Ópera. Podremos disponer de cuatro horas. Me devolverás estas cuatro letras, no porque tu Valeria desconfíe de ti, pues ya sabes que daría mi vida, mi honor y mi fortuna, sino porque temo las bromas del azar.»

- Ten, barón; ahí tienes la cartita que ha recibido esta mañana el conde de Steinbock. El original acaba de ser quemado.

Montes volvió y revolvió mil veces el papel, reconoció la letra y acabó por ver claro en el asunto, lo cual prueba que su cabeza no estaba tan trastornada.

-¿Qué interés tiene usted en desgarrarme el corazón, cuando ha comprado el derecho de tener en sus manos esta esquela el tiempo bastante para hacerla litografiar? - dijo, mirando a Carabina.

-¡Gran imbécil! - dijo Carabina, obedeciendo a una seña de la señora Nourrison -. ¿No ves a esta pobre Cydalisa, una niña de dieciséis años, que te ama con locura hace tres meses y aún no ha podido obtener una mirada tuya?

Cydalisa se llevó el pañuelo a los ojos y empezó a llorar.

- A pesar de su aire inocente, está furiosa al ver que el hombre por quien está loca es engañado por una tunanta - dijo Carabina, siguiendo -, y mataría a Valeria.

-¡Oh, eso es cosa mía! - dijo el brasileño.

-¿Matar? ¿Tú? - dijo la Nourrison -. Eso ya no se estila aquí.

-¡Oh! - repuso Montes -. Yo no soy de este país; vivo en un lugar donde me burlo de las leyes, y si ustedes me diesen pruebas...

-¡Hombre! ¿Y no es nada esta carta?

- No - dijo el brasileño -; yo no creo en escrituras, quiero ver.

-¡Oh, ver! - dijo Carabina, comprendiendo a las mil maravillas un nuevo gesto de su falsa tía -. Ya te lo harán ver, tigre mío; pero con una condición.

-¿Cuál?

- Mire usted a Cydalisa.

A una seña de la señora Nourrison, Cydalisa miró cariñosamente al brasileño.

-¿La amarás, la harás feliz? - preguntó Carabina -. Una mujer tan hermosa bien merece un palacio y un coche, y sería una monstruosidad dejarla a pie. La pobre tiene deudas. ¿Cuánto debes? - dijo Carabina, dando un pellizco en el brazo a Cydalisa.

- Vale lo que vale - dijo la Nourrison -. Basta con que haya quien la compre.

- Escuche usted - exclamó Montes, fijándose, al fin, en aquella admirable obra maestra femenina -. ¿Me harán ustedes ver a Valeria?

- Y al conde de Steinbock, ¡pardiez! - dijo la señora Nourrison.

Desde hacia diez minutos la vieja observaba al brasileño, y como le viese en situación de servirle de instrumento y bastante ciego para no notarlo, intervino en el asunto, diciendo:

- Mi querido brasileño, Cydalisa es sobrina mía y, por consiguiente, este asunto me concierne un poco. Todo esto es cuestión de diez minutos, porque una amiga mía es la que le alquila el cuarto donde tu Valeria toma en este momento su café, un café muy extraño, pero ella le llamaba a aquello su café. Entendámonos, pues, Brasil; a mí me gusta el Brasil porque es un país cálido. ¿Cuál será la suerte de mi sobrina?

-¡Vieja avestruz! - dijo Montes, llamada su atención por unas plumas que la Nourrison llevaba en su sombrero -. ¿Por qué me has interrumpido? Si me haces ver..., ver... a Valeria y a ese artista juntos.

- Tan juntos como tú mismo quisieras estar - dijo Carabina -, entendido.

- Pues bien, tomo a esta normanda y me la llevo.

-¿Adónde? - preguntó Carabina.

- Al Brasil - respondió el barón -; me casaré con ella. Mí tío me ha dejado diez leguas cuadradas de terreno invendibles, y por eso poseo aún aquella propiedad. Entre negros, negras y negritos, tengo allí más de cien, comprados por mi tío.

-¡El sobrino de un negrero! - dijo Carabina, haciendo una mueca -. ¡Pues no es nada, Cydalisa, hija mía! ¿Eres negrófila?

- Bueno, basta de chanza, Carabina, que el señor y yo estamos hablando de negocios - dijo la Nourrison.

- Si vuelvo a querer a una francesa, la quiero toda mía, se lo advierto a usted, señorita - repuso el brasileño -. Yo soy un rey, pero no un rey constitucional, sino un zar que he comprado todos mis súbditos, y nadie sale de mi reino, que se halla a cien leguas de todo lugar habitado,

Librodot

viviendo en él salvajes en el interior, y estando separado de la costa por un desierto tan grande como Francia.

- Prefiero una guardilla aquí - dijo Carabina.

- Eso es lo que yo pensaba - replicó el brasileño -, puesto que he vendido todas mis tierras y todo lo que poseía en Río de Janeiro para venir a buscar a la señora de Marneffe.

- No se hace un viaje de esa índole por nada - dijo la normanda -. Usted tiene derecho a ser amado por sí mismo, siendo como es tan guapo; porque es muy guapo, ¿verdad? - le dijo a Carabina.

- Muy guapo, más guapo que el postillón de Lonjumeau - respondió la libertina.
Cydalisa tomó la mano del brasileño, el cual se desembarazó de ella del mejor modo que pudo.

- Había venido para llevarme a la señora de Marneffe - repuso el brasileño, continuando -. ¿No saben ustedes por qué invertí tres años en volver?

- No, salvaje - dijo Carabina.

- Me había dicho muchas veces que quería vivir sola conmigo en un desierto.

- Esto ya no es un salvaje - repuso Carabina, lanzando una carcajada -, sino que pertenece a la tribu de los tontos civilizados.

- Me lo había dicho tantas veces - repuso el barón, insensible a las burlas de la mundana -, que hice construir una casa deliciosa en el centro de aquella inmensa propiedad. Vine a Francia a buscar a Valeria, y la noche en que volví a verla...

-¿Verla? La palabra es decente - dijo Carabina -; me quedo con ella.

- Me dijo que esperase la muerte de ese miserable de Marneffe, y yo consentí, perdonándole el que hubiese aceptado los homenajes de Hulot. No sé si el diablo se habrá puesto faldas; pero es lo cierto que desde aquel momento esa mujer ha satisfecho todos mis caprichos y todas mis exigencias; en fin, no me ha dado motivo para sospechar de ella ni un minuto.

-¡Tiene gracia la cosa! - dijo Carabina a la señora Nourrison.

La señora Nourrison meneó la cabeza en señal de asentimiento.

- Mi fe en esa mujer es igual a mi amor - dijo Montes llorando -. Hace un momento, en la mesa, he estado a punto de abofetear a toda aquella gente.

- Ya lo he visto - dijo Carabina.

- Si me engaña, si se casa, si está en este momento en los brazos de Steinbock, esa mujer merece mil muertes y la aplastaré como se aplasta a una mosca.

Librodot

-¿Y los gendarmes, hijo mío? - dijo la señora Nourrison, con una sonrisa de vieja que ponía carne de gallina.

-¿Y el comisario de Policía, y los jueces, y la Audiencia, y todo lo que sigue? - dijo Carabina.

- Es usted un tonto, amigo mío - dijo la Nourrison, que deseaba conocer todos los proyectos de venganza del brasileño.

-¡La mataré! - repitió fríamente el brasileño -. ¡Ah! Me habéis llamado salvaje; pero ¿creéis que voy a imitar la estupidez de vuestros compatriotas, que van a comprar veneno a las farmacias? Mientras veníamos, por el camino, he pensado mi venganza para el caso de que Valeria me engañe. Uno de mis negros lleva sobre sí el más seguro de los venenos animales, una enfermedad terrible que vale más que el veneno vegetal y que sólo se cura en el Brasil. Se la haré coger a Cydalisa y la cogeré yo también en unión de Crevel y de su mujer, y cuando la muerte se encuentre en las venas de éstos, yo me hallaré más allá de las Azores con vuestra prima, que se curará y pasará a ser mi mujer. Nosotros, los salvajes, tenemos nuestros procedimientos. Cydalisa es el animal que me falta - dijo, mirando a la normanda -. ¿Cuánto debe?

- Cien mil francos - dijo Cydalisa.

- Habla poco, pero bien - dijo en voz baja Carabina a la señora Nourrison.

-¡Estoy loco! - exclamó el brasileño, con voz ronca dejándose caer en una otomana -. ¡Me moriré! Pero quiero verlo, porque me parece imposible. ¿Quién me dice que no es obra de un falsificador una carta litografiada? ¡Amar el barón de Hulot a Valeria! - dijo, recordando las frases de Josefa -. No, la prueba de que no la quiere es que la deja vivir. Yo no la dejaré vivir para nadie si no es toda mía.

Causaba espanto el ver a Montes, y más espanto aún el oírle. Rugía, se retorcía, rompía cuanto tocaba, y la madera de palisandro parecía vidrio.

-¡Vaya una manera de romper cosas! - dijo Carabina mirando a la Nourrison -. Hijito mío - añadió, dando un golpecito en el hombro del brasileño -, Orlando el furioso está muy bien en un poema, pero en una habitación es prosaico y caro.

- Hijo mío - dijo la Nourrison, levantándose y poniéndose delante del brasileño -, yo soy de tu religión... Cuando se ama de cierto modo, que se ha unido uno hasta la muerte, la vida responde del amor. El que se va se lo lleva todo; es una demolición general. Cuenta con mi estimación, con mi admiración y con mi consentimiento, sobre todo por tu proceder, que me va a convertir en negrófila. Pero tú amas, te echarás atrás.

-¡Yo! Si es una infame le aseguro..,

--Vamos, después de todo, hablas demasiado - repuso la Nourrison, volviendo a ser ella misma -. Un hombre que quiere vengarse y que se dice salvaje obra de otro modo. Para que te hagan ver el objeto de tu amor en su paraíso tienes que tomar a Cydalisa, fingir que entras allí por un error de una criada, con tu amiga, pero sin armar escándalo. Sí quieres vengarte, hay que hacer fullerías, poner cara de desesperado y hacerte golpear por tu querida. ¿Estamos

conformes? - dijo la señora Nourrison, viendo al brasileño sorprendido ante tan sutil maquinación.

- Vamos, avestruz - repuso -, vamos; te comprendo.

- Adiós, mi perrillo - dijo la señora Nourrison a Carabina.

Y haciendo seña a Cydalisa de que bajase con Montes, se quedó sola con Carabina para decirla:

- Ahora, nena mía, lo único que temo es que estrangule. Me pondría en un aprieto, pues no me convienen asuntos ruidosos. ¡Oh! Creo que te has ganado tu cuadro de Rafael; aunque dicen que es un Mignard. No te importe, porque es mucho más bonito. Me han dicho que los Rafaeles estaban todos negros, mientras que éste es lindó como un Girodet.

- Lo único que quiero es superar a Josefa - gritó Carabina -, y me es igual que sea un Mignard o un Rafael. ¡Lo que es esa ladrona, llevaba unas perlas esta noche que había para condenarse por tenerlas!

Cydalisa, Montes y la señora Nourrison subieron a un coche que estaba parado a la puerta de Carabina. La señora Nourrison indicó en voz baja al cochero una casa del barrio de los Italianos, adonde podían llegar en pocos instantes, pues desde la calle de San Jorge la distancia era de siete a ocho minutos; pero la señora Nourrison le ordenó que pasase por la calle de Le Peletier y de ir muy despacio, a fin de pasar revista a los coches allí estacionados.

- Brasileño - dijo la Nourrison -, a ver si ves por aquí los criados y el coche de tu ángel.

El barón señaló con el dedo el carruaje de Valeria en el momento en que el coche pasaba por delante de él.

- Ha dicho a sus criados que viniesen a las diez, y ha ido en un coche de alquiler a la casa donde está con el conde de Steinbock. Comerá allí, y vendrá a la Ópera dentro de media hora. ¡No está mal pensado! - dijo la señora Nourrison -. Eso te dará la explicación de cómo puede haberte engañado tanto tiempo.

El brasileño no respondió. Metamorfoseado en tigre, había recobrado la sangre fría, imperturbable, tan admirada durante la comida. En fin, estaba tranquilo como un quebrado al día siguiente de hacer balance.

A la puerta de la fatal casa estaba estacionado un coche de dos caballos, de los que se llaman Compañía general, del nombre de la Empresa.

- Quédate en el coche - dijo la señora Nourrison a Montes -. No se entra aquí como en una taberna. Ya vendrán a buscarte.

El paraíso de la señora de Marneffe y de Wenceslao no se parecía gran cosa a la casita de Crevel, que éste había vendido al conde Máximo de Trailles. Aquel paraíso, paraíso de mucha gente, consistía en un aposento situado en el cuarto piso, dando a la escalera, de una casa sita en el barrio de los Italianos. En cada piso de aquella casa, en cada descansillo, había un cuarto

Librodot

dispuesto antaño para servir de cocina a cada habitación; pero la casa se había convertido en una especie de posada que servía de refugio a los amores clandestinos a precios exorbitantes, y la verdadera señora Nourrison, tendera en la calle Nueva de San Marcos, había juzgado con razón que sus cocinas tendrían mucho más valor convirtiéndolas en una especie de comedorcitos. Cada una de aquellas piezas, formadas de dos grandes paredes medianeras y con vistas a la calle, se hallaba completamente aislada por medio de puertas batientes, muy gruesas, que hacían un doble cierre sobre el descansillo; de modo que mientras se comía allí, podía hablarse de toda suerte de secretos sin temor a ser oído. Para mayor seguridad, las ventanas estaban provistas de persianas por fuera y de puertas por dentro. A causa de todas estas particularidades, aquellos cuartos costaban trescientos francos mensuales. Aquella casa, llena de paraísos y de misterios, estaba alquilada por veinticuatro mil francos a la señora Nourrison I, la cual, un año con otro, ganaba veinte mil, después de pagar a su gerente, a la señora Nourrison II, pues no la administraba por sí misma.

El paraíso alquilado por el conde de Steinbock había sido alfombrado, y la frialdad de un pavimento de rojos ladrillos no se sentía en los pies, bajo la mullida alfombra. El mobiliario consistía en dos bonitas sillas y una cama en una alcoba, medio oculta a la sazón por una mesa cargada de restos de una comida ya terminada, y donde dos botellas de vino y una de champán, agotada, dentro del hielo, jalonaban los campos de Baco cultivados por Venus. Enviados sin duda por Valeria, veíanse además allí una mecedora, una otomana y una bonita cómoda de palo rosa, con un espejo encuadrado según el estilo Pompadour. En el techo una lámpara producía una semiclaridad aumentada por la que producían las bujías de la mesa y las que decoraban la chimenea.

Esta descripción pintará urbi et orbi el amor clandestino en las mezquinas proporciones que le imprime el París de 1840. ¡Ay de mí! ¡Cuán distante está todo esto del amor adúltero simbolizado por las redes de Vulcano hace tres mil años!

En el momento en que Cydalisa y el barón subían, Valeria, de pie delante de la chimenea, donde ardía alguna leña, se hacía atar el corsé por Wenceslao. Éste es el momento en que la mujer que no es demasiado gruesa, ni demasiado delgada, como le pasaba a la fría y elegante Valeria, ofrece bellezas sobrenaturales. La rosada carne, de tonos húmedos, solicita entonces una mirada de los ojos más somnolientos. Las líneas del cuerpo, tan poco velado entonces, son acusadas con tanta fidelidad por los pliegues de las enaguas y por el bombasí del corsé, que la mujer es irresistible, como todo aquello que uno se ve obligado a abandonar. El rostro feliz y sonriente en el espejo, el pie que se impacienta, la mano que va reparando el desorden de los rizos del peinado mal rehecho, los ojos radiantes de agradecimiento y el fuego de la satisfacción que, cual una puesta de sol, abarca los menores detalles de la fisonomía, todo a aquella hora sirve de imperecedero recuerdo... A decir verdad, el que echando una mirada a los primeros errores de su vida recuerda algunos de estos deliciosos detalles, comprenderá quizá las locuras de los Hulot y de los Crevel, sin excusarlas. Las mujeres conocen tan bien su poder en aquel momento, que siempre encuentran lo que puede llamarse el aperitivo para la siguiente cita.

- Vamos, hombre, después de dos años no sabes todavía atar el corsé a una mujer. La verdad es que eres demasiado polaco. Mira, ya son las diez, Wenceslao - dijo Valeria, riéndose.
En este momento, una malvada sirvienta hizo diestramente saltar con la hoja de un cuchillo la aldaba de la puerta, que era toda la seguridad de Adán y Eva. Abrió bruscamente la puerta, pues los inquilinos de esos edenes suelen disponer de poco tiempo para ellos, y descubrió uno

de esos encantadores cuadros de género expuestos con tanta frecuencia en el salón, a la manera de Gavarni.

Cydalisa entró, seguida del barón Montes.

-¡Pero si hay gente!... Dispense usted, señora - dijo la normanda, asustada.

-¡Cómo! ¡Si es Valeria! - exclamó Montes, cerrando violentamente la puerta.

La señora de Marneffe, presa de una emoción demasiado viva para ser disimulada, se dejó caer en una butaca del rincón de la chimenea- miró a Montes, examinó a la normanda y soltó una carcajada forzada. La dignidad de la mujer ofendida disimuló la incorrección de su tocado a medio hacer y, encarándose con el brasileño, le miró de un modo que sus ojos brillaron como carbones.

-¿Ésa es la fidelidad que tiene usted? - le dijo, señalando a Cydalisa -. Usted, que me ha hecho promesas capaces de convencer a un ateo en amor, usted por quien yo hacía tantas cosas y hasta tantos crímenes. Tiene usted razón, señor mío, yo no soy nada al lado de una muchacha de esa edad y de esa belleza. Ya sé lo que va usted a decirme - repuso, señalando a Wenceslao, cuyo desorden era una prueba demasiado evidente para ser negada -. Esto es cosa mía. Si yo pudiese amarle después de esta infame traición, porque usted me ha espiado y ha comprado cada uno de los peldaños de la escalera, a la dueña de la casa, a la criada y tal vez a Reina... ¡Oh! ¡Qué hermoso es todo esto! Si yo conservase un resto de amor por un hombre tan cobarde, le daría disculpas capaces de redoblar su amor. Pero señor mío, le dejo a usted con todas sus dudas, que se convertirán en remordimientos... Wenceslao, mi traje.

Tomó su traje, se lo puso mirose al espejo y acabó de vestirse sin mirar al brasileño, enteramente lo mismo que si estuviera sola.

- Wenceslao, ¿está usted listo? Vaya usted delante.

Por el espejo, y de reojo, Valeria había examinado la fisonomía de Montes y vio en él y en su palidez un indicio de esa debilidad que hace que un hombre fuerte se fascine ante una mujer; y tomando al brasileño por la mano y acercándose a él para hacerle respirar esos terribles perfumes amados que embriagan a un enamorado, le miró en actitud de reproche y le dijo:

- Le permito que vaya a contar su expedición al señor Crevel, el cual no le creerá nunca, y por eso tengo derecho a casarme con él; será mi marido pasado mañana... Le aseguro que le haré muy feliz. Adiós, y procure usted olvidarme.

-¡Ah, Valeria! - exclamó Enrique Montes, estrechándola entre sus brazos -. Es imposible... ¡Vente al Brasil!

Valeria miró al barón y vio en él a su esclavo.

-¡Ah! Enrique, si siguieses amándome dentro de dos años sería tu mujer; pero en este momento tu cara no me parece franca.

- Te juro que me han emborrachado, que unos malos amigos me han echado en brazos de esta mujer y que todo es obra de la casualidad - dijo Montes.

-¿De modo que aún puedo perdonarte? - le dijo ella, sonriéndose.

- Pero ¿te casarás? - preguntó el barón en medio de horrible ansiedad.

-¡Ochenta mil francos de renta! - dijo ella con entusiasmo semicómico -. Y Crevel me ama tanto que se morirá.

-¡Ah, te comprendo! - dijo el brasileño.

- Bueno; dentro de algunos días nos entenderemos - dijo Valeria.
Y bajó triunfante.

- Ya no tengo escrúpulos - pensó el barón, que permaneció inmóvil algunos instantes -. Ahora lo veo todo. Esa mujer piensa servirse de su amor para desembarazarse de ese viejo imbécil como se desembarazó de Marneffe. Yo seré el instrumento de la cólera divina.

Dos días después aquellos convidados de Tillet que se complacían haciendo tiras de la piel de la señora Marneffe se hallaban sentados a su mesa, una hora después de haber cambiado ella de piel, trocando su nombre por el glorioso, de un alcalde de París. Esta ligereza de lengua es una de la cosas más comunes de la vida parisiense. Valeria había tenido el placer de ver en la iglesia al barón brasileño, a quien Crevel, convertido en un marido completo, invitó por fanfarronería. La presencia de Montes en el almuerzo no asombró a nadie. Hacía mucho tiempo que todos aquellos hombres de talento estaban familiarizados con la cobardía del amor y con las transacciones del placer. La profunda melancolía de Steinbock, que empezaba a despreciar a aquella a quien había adorado, pareció de excelente gusto. El polaco parecía declarar de aquel modo que entre Valeria y él todo había terminado. Isabela fue a abrazar a su querida señora Crevel, excusándose por no asistir al almuerzo a causa del doloroso estado de salud de Adelina.

- No tengas cuidado - le dijo a Valeria al despedirse -. Te recibirán en su casa y tú los recibirás en la tuya. Sólo por haber dicho yo estas tres palabras: Doscientos mil francos, se ha puesto la baronesa a la muerte. ¡Oh! Con esta historia los tienes cogidos; pero ¿me la contarás?

Un mes después de su matrimonio Valeria estaba en su décima disputa con Steinbock, el cual le exigía explicaciones acerca de Enrique Montes, le recordaba sus frases durante la escena ocurrida en el paraíso y, no contento con dirigirle palabras de desprecio, la vigilaba de tal modo, que Valeria, entre los celos de Wenceslao y el amor de Crevel, no tenía un momento de libertad. No teniendo ya a su lado a Isabela, que la aconsejaba admirablemente, se enfadó de tal modo, que llegó a reprochar duramente a Wenceslao el dinero que le había dado. El orgullo de Steinbock se despertó de tal manera, que no volvió más al palacio Crevel, logrando así Valeria su objeto de alejar a Wenceslao durante algún tiempo para recobrar su libertad. Valeria esperó un viaje al campo que Crevel debía hacer con el conde de Popinot a fin de negociar la presentación de la señora de Crevel, y de este modo pudo dar una cita al barón, que deseaba tener todo un día junto a ella, con objeto de darle disculpas que habían de redoblar el amor del brasileño. La mañana misma de aquel día, Reina, juzgando de su crimen

por la gruesa suma recibida, trató de avisar a su ama, la cual, como es natural, le interesaba más que los desconocidos; pero como había sido amenazada de volverla loca y encerrarla en la Salpetrière en caso de indiscreción, sintió miedo y se limitó a decirla:

- La señora es ahora tan feliz, que no sé por qué sigue con ese brasileño. A mí no me gusta nada.

- Es verdad, Reina - respondió -, y por eso quiero despedirle.

-¡Ah, señora! Me alegro, porque me asusta ese negrito. Le creo capaz de todo.

-¡Qué tonta eres! Por quien hay que temer es por él cuando está conmigo.
En este momento entró Isabela.

- Cabrita mía, hace ya mucho tiempo que no nos vemos, y yo soy muy desgraciada - le dijo Valeria -. Crevel me aburre y ya no estoy con Wenceslao, porque hemos reñido.

- Lo sé - respondió Isabela -, y por él vengo. Victorino lo ha encontrado, a las cinco de la tarde, en el momento en que entraba en una fonda de un franco veinticinco céntimos, en la calle de Valois, le ha hablado y lo ha traído a la calle de Luis el Grande. Hortensia, al ver a Wenceslao flaco, enfermo y mal vestido, le tendió la mano. Ya ves cómo me has hecho traición.

- Señora, aquí está don Enrique - fue a decir el ayuda de cámara al oído de Valeria.

- Isabela, déjame, mañana te explicaré todo esto.

Pero como vamos a ver pronto, Valeria no podría contar nada a nadie.

A fines del mes de mayo la pensión del barón de Hulot quedó completamente libre de toda carga, gracias a las entregas de dinero que Victorino había hecho sucesivamente al barón Nucingen. Sabido es que los semestres de las pensiones no se pagan a no ser mediante la presentación de la fe de vida, y como se ignoraba el paradero del barón de Hulot, los semestres retenidos en favor de Vauvinet permanecían acumulados en el Tesoro, siendo indispensable hallar al interesado para poder cobrar los atrasos. Gracias a los cuidados del doctor Bianchon, la baronesa había recobrado la salud. Mediante una carta, cuya ortografía denunciaba la colaboración del duque de Herouville, la buena Josefa contribuyó al completo restablecimiento de Adelina. He aquí lo que la cantante escribió a la baronesa, al cabo de cuarenta días de activas pesquisas:

«Señora baronesa: Hace dos meses, el señor de Hulot vivía en la calle de los Bernardinos, en compañía de Elodia Chardin, que se lo quitó a la señorita Bijou; pero se ha marchado, dejando allí todo cuanto poseía, sin decir una palabra y sin que se pueda saber adónde ha ido a parar. No por eso me he desanimado, y he puesto en su busca a un hombre que cree haberle encontrado en el bulevar Bourdon.

La pobre judía cumplirá la palabra hecha a la cristiana. Que el ángel ruegue por el demonio, como ha de ocurrir algún día en el Cielo.

Librodot

«Con el mayor respeto se repite siempre suya, humilde servidora,
Josefa Mirah.»

Como Victorino no oyese ya hablar de la terrible señora Nourrison, viese a su suegro casado, hubiese reconquistado a su cuñado, vuelto bajo el techo de la familia, no tuviese ningún disgusto con su nueva suegra y viera a su madre cada día mejor, se entregó a sus trabajos políticos y judiciales, arrastrado por la rápida corriente de la vida parisiense, donde los días parecen horas. Encargado de hacer un informe para la Cámara de los Diputados, al final de una sesión se vio obligado a pasar toda la noche trabajando. Habiendo entrado en su despacho a eso de las nueve, cuando esperaba que su criado le llevase los candelabros provistos de pantallas, pensaba en su padre.

Reprochabas el que la cantante se ocupase en su busca, y se proponía ver al señor Chapuzot al siguiente día respecto a este punto, cuando vio aparecer en su ventana, al resplandor del crepúsculo, una sublime cabeza de anciano, de cráneo amarillo, cubierta de cabellos blancos.

- Mi querido señor, dé orden de que permitan entrar en su casa a un pobre ermitaño llegado del desierto y encargado de postular para la construcción de un santo asilo.

Esta visión que recordó de pronto al abogado una profecía hecha por la terrible Nourrison, le hizo temblar.

- Haga entrar a ese anciano - ordenó a su ayuda de cámara.

- Va a apestar el despacho del señor - respondió el criado -, porque lleva un sayal que no se lo ha mudado desde que fue a la Siria, y además va sin camisa.

- Haga entrar a ese anciano - repitió el abogado.

El anciano entró; Victorino examinó con desconfianza a aquel fingido peregrino, y vio en él un soberbio modelo de aquellos monjes napolitanos cuyos sayales son hermanos de los andrajos del lazarone y cuyas sandalias son guiñapos de cuero, como el monje mismo es un guiñapo humano. Parecía tan auténtica la figura que, aunque seguía desconfiando, el abogado lamentó el haber creído en los sortilegios de la señora Nourrison.

-¿Qué me pide usted?

- Lo que usted crea que debe darme.

Victorino tomó una moneda de cinco francos y se la tendió al extranjero.

- Esto es muy poco a cuenta de cincuenta mil francos - dijo el mendigo del desierto.

Esta frase disipó todas las incertidumbres de Victorino.

-¿Y ha cumplido el Cielo sus promesas? - dijo el abogado, frunciendo sus cejas.

- La duda es una ofensa, hijo mío - replicó el solitario -. Si no quiere usted pagar hasta que se hayan celebrado las pompas fúnebres, está usted en su derecho; volveré dentro de ocho días.

-¡Las pompas fúnebres! - exclamó el abogado, levantándose.

- Así se ha tratado, y la muerte va de prisa en París - dijo el anciano, retirándose.

Cuando Hulot, que bajó la cabeza, quiso responder, el ágil anciano había desaparecido.

- No entiendo una palabra - se dijo el hijo de Hulot -; pero si dentro de ocho días no aparece mi padre, le daré el encargo de buscarlo. ¿De dónde sacará la señora Nourrison semejantes actores?

Al día siguiente el doctor Bianchon permitiole a la baronesa bajar al jardín, después de haber examinado a Isabela, que guardaba cama hacía un mes por causa de una ligera enfermedad de los bronquios. El sabio doctor, que no se atrevió a decir nada acerca de Isabela antes de haber observado los síntomas decisivos, acompañó a la baronesa al jardín para ver el efecto que producía el aire libre, después de dos meses de reclusión, en el temblor nervioso que le preocupaba. La curación de esta neurosis intrigaba al talento del de Bianchon. Al ver que aquella eminencia se sentaba y les concedía algunos instantes, la baronesa y sus hijos tuvieron con él una cariñosa conversación.

-¡Hace usted una vida muy laboriosa y muy triste! - le dijo la baronesa -. Yo ya sé lo que es emplear los días en ver miserias o dolores físicos.

- Señora - respondió el médico -, ignoro los espectáculos que la caridad le obliga a contemplar; pero a la larga se acostumbrará a ellos, como nos acostumbramos nosotros. Tal es la ley social. El confesor, el magistrado, el abogado no podrían vivir si el espíritu de profesión no encalleciese el corazón del hombre. ¿Cómo vivir si no fuese por este fenómeno? En tiempo de guerra, ¿no presencia el militar espectáculos mucho más crueles que los nuestros? Y todos los militares que han entrado en fuego son buenos. Nosotros tenemos el placer de realizar una cura que tiene éxito, como ustedes tienen el goce de salvar una familia de los horrores del hambre, de la depravación o de la miseria, devolviéndola al trabajo y a la vida social; pero ¿cómo se consuelan el magistrado, el comisario de Policía y el abogado, que se pasan la vida escudriñando las combinaciones más infames del interés, ese monstruo social, que conoce los dolores de no haber triunfado, pero que no se arrepentirá nunca? La mitad de la sociedad pasa la vida observando a la otra mitad. Hace ya tiempo que yo tengo un amigo procurador, retirado ahora, que me decía que de quince años acá los notarios y los procuradores desconfían tanto de sus clientes como de los adversarios de sus clientes. Su señor hijo el abogado, ¿no se ha visto nunca comprometido por aquel cuya defensa hacía?

-¡Oh, a menudo! - dijo Victorino, sonriéndose.

-¿De dónde proviene ese profundo mal? - preguntó la baronesa.

- De la falta de religión - respondió el médico - y de la invasión del amor al dinero, que no es otra cosa que el egoísmo solidificado. Antaño el dinero no lo era todo y había cosas superiores a él; había la nobleza, el talento, los servicios prestados al Estado; pero hoy la ley lo convierte en peldaño general en base de la capacidad política. Ciertos magistrados no son elegibles. Por ejemplo, Juan Jacobo Rousseau no sería elegible. Las herencias perpetuamente divididas le obligan a uno a pensar en sí mismo desde la edad de veinte años. Pues bien; entre la necesidad de hacer fortuna y la depravación de las combinaciones, no hay obstáculo, pues

el sentimiento religioso falta en Francia, a pesar de los laudables esfuerzos de los que intentan una restauración católica. Esto es lo que dicen todos los que como yo contemplan las entrañas de la sociedad.

-¡De qué pocos placeres disfrutará usted! - dijo Hortensia.

- El verdadero médico - respondió Bianchon. se apasiona por la ciencia y lo soporta todo, tanto por ese sentimiento como por la certidumbre de su utilidad social. Mire, usted, en este momento siento un goce científico, y muchas gentes superficiales me tomarían por un hombre sin corazón. Mañana le voy a anunciar a la Academia de Medicina un hallazgo. En este momento estoy observando una enfermedad perdida, por otra parte una enfermedad mortal, contra la cual somos impotentes en los países templados, que sólo se cura en las Indias. Una enfermedad que reinaba en la Edad Media. Crean ustedes que es hermosa la lucha del médico contra semejante enemigo. Hace diez días que pienso a todas horas en mis enfermos, pues son dos: la mujer y el marido. ¿No están ustedes emparentados con él? Porque, si no estoy equivocado, señora, usted es hija del señor Crevel - añadió, dirigiéndose a Celestina.

-¡Cómo! ¿Es mi padre a quien se refiere? - dijo Celestina -. ¿Viven en la calle Barbet de Jouy?

- Eso es - respondió Bianchon.

-¿Y es mortal la enfermedad? - dijo Victorino, asustado.

- Me voy a casa de mi padre - exclamó Celestina, levantándose.

- Señora, se lo prohíbo a usted terminantemente - dijo con tranquilidad Blanchon -; esa enfermedad es contagiosa.

- Bien va usted, señor - replicó la joven -. ¿Acaso cree usted que los deberes de la hija no son superiores a los del médico?

- Señora, un médico sabe cómo preservarse del contagio, y la irreflexión de vuestro sacrificio me prueba que no tendría usted mi prudencia.

Celestina se levantó, se fue a su cuarto y se vistió para salir.

- Caballero, ¿espera usted salvar al señor y a la señora de Crevel? - dijo Victorino a Bianchon.

- Lo espero y no lo espero - respondió Blanchon -. El hecho es inexplicable para mí. Esta enfermedad sólo es propia de los negros y de las tribus americanas, cuyo sistema cutáneo difiere del de las razas blancas. Pero no puedo establecer ninguna relación entre los negros, los cobrizos y los mestizos con el señor y la señora de Crevel. Por otra parte, si la enfermedad es hermosa para nosotros, es horrible para todo el mundo. La pobre joven, que según dicen era muy bonita, está bien castigada por donde ha pecado, pues su fealdad es hoy horrible. Se le caen los dientes y el pelo, tiene el aspecto de los leprosos y se causa horror a sí misma. Sus manos, que producen espanto, están hinchadas y cubiertas de pústulas verdosas; las uñas se le mueven y se le quedan en las llagas al rascarse; en una palabra, que todas las extremidades se le pudren.

- Pero ¿cuál es la causa de todos esos desórdenes? - preguntó el abogado.

-¡Oh! - dijo Blanchon -. La causa está en una repentina alteración de la sangre, que se descompone con rapidez espantosa. Espero atacar la sangre y la he mandado analizar; vuelvo a mi casa para recoger el resultado del trabajo de mi amigo, el famoso químico Duval, para tomar una de esas decisiones desesperadas que nosotros adoptamos a veces contra la muerte.

- Yo veo en eso la mano de Dios - dijo la baronesa con voz profundamente emocionada -. Aunque esa mujer me haya causado males que me han movido a impetrar en momentos de locura la justicia divina en contra suya, deseo, no obstante, ¡Dios mío!, que usted logre su curación, señor doctor.

El hijo de Hulot sentía vértigos, y miraba alternativamente a su madre, a su hermana y al doctor, temiendo que adivinasen sus pensamientos. Se consideraba un asesino. Hortensia encontraba a Dios muy justo, Celestina se presentó para rogar a su marido que la acompañase.
- Señores, si van ustedes allá, por toda precaución permanezcan a un metro de distancia del lecho de los enfermos. Ni usted ni su mujer deben abrazar al moribundo. Señor de Hulot, acompañe usted a su señora para impedir que olvide mis recomendaciones.

Adelina y Hortensia, que habían quedado solas, fueron a hacer compañía a Isabela. El odio de Hortensia contra Valeria era tan violento, que aquélla no podía contener su explosión.

- Prima, mi madre y yo estamos vengadas - exclamó -. Esa venenosa criatura ha debido morderse y se está descomponiendo.

- Hortensia, en este momento no eres cristiana - dijo la baronesa -. Deberías rogar a Dios que inspirase arrepentimiento a esa desgraciada.

-¿Qué dicen ustedes? - exclamó Bela, levantándose de su silla -. ¿Hablaban de Valeria?

- Sí - respondió Adelina -. Está condenada y va a morir de una enfermedad tan horrible, que su sola descripción hace temblar.

Los dientes de la prima Bela castañetearon, un sudor frío invadió todo su cuerpo y una profunda sacudida reveló la honda amistad que la unía con Valeria.

- Me voy allá - dijo la solterona.

- Pero... ¡si el doctor te ha prohibido salir!

- No importa, me voy. ¡En qué estado debe de estar ese pobre Crevel, que tanto quiere a su mujer!

- También se está muriendo - replicó la condesa de Steinbock -. ¡Ah! Todos nuestros enemigos están en manos del diablo.

-¡De Dios..., hija mía!...

Librodot

Isabela se vistió, tomó su famoso casimir amarillo, su capota de terciopelo negro, se puso los zapatos y, rebelde a los consejos de Adelina y de Hortensia, salió como empujada por una fuerza despótica. Llegada a la calle de Barbet algunos instantes después que el joven matrimonio Hulot, encontró al doctor Bianchon con siete médicos que él había llevado para observar aquel caso único. De pie en el salón, aquellos señores discutían acerca de la enfermedad, la observaban, yendo del cuarto de Crevel al de Valeria, y volvían con un nuevo argumento basado en aquellas rápidas observaciones.

Dos grandes opiniones compartían entre aquellos príncipes de la ciencia. Uno de ellos, único en su opinión, creía en un envenenamiento y hablaba de una venganza particular, negando que hubiese aparecido aquella enfermedad que existiera en la Edad Media. Otros tres lo achacaban todo a descomposición de la linfa y de los humores. La otra opinión, la de Bianchon, afirmaba que aquella enfermedad era causada por un vicio de la sangre corrompida por un principio morbífico desconocido. Bianchon llevaba el resultado del análisis de la sangre, hecho por el profesor Duval. Los medios curativos, aunque desesperados y completamente empíricos, dependían de la solución de este problema médico.

Isabela quedó petrificada a tres pasos del lecho donde moría Valeria, al ver a un vicario de la iglesia de Santo Tomás a la cabecera de la cama de su amiga y a una hermana de la Caridad cuidándola. La religión veía un alma que salvar en aquel montón de podredumbre que, de los cinco sentidos de la criatura, sólo conservaba uno: la vista. La hermana de la Caridad, que era la única que había aceptado la tarea de cuidar a Valeria, se mantenía a cierta distancia. De esta suerte, la Iglesia católica, ese cuerpo divino, animado siempre y en todo por la imposición del sacrificio, asistía bajo su doble forma de espíritu y de carne a aquella infame e infecta moribunda, prodigándole su mansedumbre infinita y sus inagotables tesoros de misericordia. Los criados, asustados, se negaban a entrar en el cuarto de los señores, no pensando más que en sí, y juzgaban a sus amos justamente castigados. La infección era tan grande, que a pesar de estar abiertas las ventanas y haber empleado los perfumes más penetrantes, nadie podía permanecer en el cuarto de Valeria mucho tiempo. Sólo la religión se mantenía allí. Y ¿cómo una mujer de tanto talento como Valeria no había de comprender el interés por que permanecían allí aquellos dos representantes de la Iglesia? La moribunda había escuchado la voz del sacerdote, y el arrepentimiento de su alma había arraigado en aquella alma perversa proporcionadamente a los estragos que la devoradora enfermedad hacía en su cuerpo. La delicada Valeria había ofrecido menos resistencia que Crevel a la enfermedad, y debía de morir primero, sin contar que había sido la primera atacada.

- Si no hubiese estado enferma hubiera venido a verte - dijo al fin Isabela, cambiando una mirada con los ojos abatidos de su amiga -. Hace quince o veinte días que no salía de mi cuarto; pero al saber tu situación por el doctor, he acudido.

-¡Pobre Isabela! Ya veo que tú sigues queriéndome - dijo Valeria -; Escucha, no me quedan más que uno o dos días de vida. ¿Lo ves? Ya no tengo cuerpo, soy un montón de basura, pero en fin, sólo tengo lo que merezco. ¡Ah! ¡Cuánto quisiera reparar todo el mal que he hecho!

-¡Oh! - dijo Isabela -. Si hablas de ese modo, estás bien muerta.

- No impida usted que esa mujer se arrepienta y déjela en medio de sus pensamientos cristianos - dijo el sacerdote.

- Nada - dijo Isabela, asombrada -. Ya no reconozco ni sus mismos ojos ni su boca. No le queda ni un rasgo suyo. Hasta el espíritu ha desaparecido ¡Oh! ¡Esto es espantoso!

- Tú no sabes lo que es la muerte - repuso Valeria -, lo que es pensar continuamente en la otra vida y en lo que se encontrará en el ataúd: gusanos para el cuerpo; pero ¿qué para el alma? ¡Ah! Isabela, siento que hay otra vida y me aqueja un terror que me impide sentir los dolores de mi carne descompuesta... Yo, que le decía en tono de risa a Crevel, burlándome de una santa, que la venganza de Dios se presentaba bajo las formas de la desgracia, era profeta. No juegues con las cosas sagradas, Isabela, y si me quieres, imítame, arrepiéntete.

-¿Yo? - dijo la lorenesa -. He visto la venganza en todos los objetos de la Naturaleza. Los insectos perecen por satisfacer la necesidad de venganza cuando les atacan, y esos señores - dijo, señalando al sacerdote, ¿no nos dicen que Dios se venga y que su venganza dura una eternidad?

El sacerdote dirigió a Isabela una mirada llena de dulzura, y le dijo:

- Señora, usted es atea.

-¿No ves el estado en que me encuentro? - dijo Valeria.

-¿Y de dónde te proviene esa gangrena? - preguntó la solterona sin abandonar su incredulidad de aldeana.

-¡Oh! He recibido una carta de Enrique que no me deja duda alguna acerca de mi suerte. Él me ha matado. ¡Morir en el momento en que quería vivir honradamente, y morir siendo objeto de horror! Isabela, abandona toda idea de venganza. Sé buena para esa familia, a quien yo he dejado ya, por un testamento, todo cuanto la ley me permite. Anda, hija mía, aunque tú seas hoy el único ser que no se aleja de mí con horror, te lo suplico, vete, déjame, pues sólo me queda tiempo para entregarme a Dios.

- Está delirando - se dijo Isabela en el umbral de la puerta.

El sentimiento más violento que se conoce, la amistad de una mujer por otra mujer, no tuvo la heroica constancia de la Iglesia. Isabela, sofocada por los miasmas deletéreos, abandonó el cuarto, y entonces vio que los médicos continuaban discutiendo; pero la opinión más acertada era la de Bianchon, y ya sólo se discutía acerca del modo de realizar la experiencia.

- Siempre será una magnífica autopsia - decía uno de los médicos -, y tendremos dos ejemplares para poder establecer comparaciones.

Isabela acompañó a Bianchon, el cual, yendo a la cabecera de la enferma, cual si no notase la fetidez que exhalaba, le dijo:

- Señora, vamos a probar en usted una medicación poderosa que puede salvarla.

- Y si me salvan ustedes, ¿estaré hermosa cómo antes?

- Tal vez - dijo el sabio médico.

Librodot

- Ya conozco lo que es el tal vez de ustedes - dijo Valeria -. Me quedaré como esas mujeres que se han quemado la cara. Déjeme por completo entregada a la Iglesia. Ahora ya sólo puedo adorar a Dios. Voy a intentar reconciliarme con Él, y ésta será mi última coquetería. ¡Oh, es preciso que haga a Dios!.

- Ésa es la última frase de mi pobre Valeria; la reconozco en ella - dijo Isabela, llorando.
La lorenesa creyó que debía pasar al cuarto de Crevel, donde halló a Victorino y a su mujer sentados a tres pies de distancia de la cama del pestífero.

- Isabela - dijo el enfermo -, me ocultan el estado en que se halla mi mujer, y tú acabas de verla. ¿Qué tal va?

- Está mejor, y se cree salvada - respondió Isabela, permitiéndose aquella broma para tranquilizar al enfermo.

-¡Ah! Bueno - repuso el alcalde, porque temía ser la causa de su enfermedad -; no en vano se ha sido viajante de perfumería. Yo me recrimino, y si la perdiese, ¿qué sería de mí? Hijos míos, palabra de honor, adoro a esa mujer.

-¡Oh, papá! - dijo Celestina - Si se pone usted bueno, hallo voto de recibir a mi suegra.

-¡Pobre Celestina! - repuso Crevel -. Ven a abrazarme.

Victorino detuvo a su mujer, que se disponía a arrojarse sobre su padre.

- Señor, ¿ignora usted que su enfermedad es contagiosa? - dijo el abogado con amabilidad.

- Es cierto - respondió Crevel -. Los médicos celebran haber encontrado en mí no sé qué peste de la Edad Media que creían perdida y que discutían en sus Facultades. ¡Qué cosa más rara!

- Papá - dijo Celestina -, sea usted valiente y triunfará de esa enfermedad.

- No tengáis cuidado, hijos míos, porque la muerte se lo mira mucho antes de herir a un alcalde de París - dijo, con una sangre feria cómica -. Además, si mi distrito es tan desgraciado que haya de perder al hombre a quien dos veces ha honrado con sus votos, sabré hacer mi equipaje. ¿Veis cómo me expreso con facilidad? Además, he sido viajante y estoy acostumbrado a ponerme en viaje. ¡Ah, hijos míos! Soy un hombre de carácter.

- Papá, prométame usted que recibirá a la Iglesia.

- Nunca - respondió Crevel -. ¿Qué queréis? A mí me ha amamantado la Revolución, y aunque no tengo el espíritu del barón de Holbach, tengo su misma fuerza de voluntad. ¡Pardiez! Yo soy más Regencia que nunca. Mi pobre mujer, que pierde la cabeza, acaba de enviarme a un hombre con sotana, a mí, al admirador de Beranger, al amigo de Liseth, al hijo espiritual de Voltaire y de Rousseau. Para tentarme, para saber si la enfermedad me abatía, me ha dicho: «¿Ha visto usted al señor cura?» Pues bien, yo he imitado al gran Montesquieu. Sí, he mirado al médico así - dijo, poniéndose de perfil, como en su retrato y tendiendo la mano con autoridad -, y he dicho:

... Ese esclavo ha venido, ha enseñado su orden y nada ha conseguido.

Su orden es un bonito juego de palabras, que prueba que el señor presidente Montesquieu conservaba en la agonía toda la gracia de su ingenio, porque le habían enviado un jesuita... Me gusta ese pasaje..., no puede decirse de su vida, sino de su muerte. ¡Ah! ¡El pasaje! Un chiste todavía, el pasaje Montesquieu.

El hijo de Hulot contemplaba tristemente a su suegro, preguntándose si la estupidez y la vanidad no poseían una fuerza igual a la de la verdadera grandeza de alma. Las causas que ponen en movimiento los resortes del alma parecen ser completamente extrañas a los resultados. ¿Será acaso igual la fuerza que despliega un gran criminal a la que causa orgullo a un Champcenetz yendo al suplicio?

A fines de la semana la señora de Crevel estaba enterrada, después de inauditos sufrimientos, y Crevel siguió a su mujer dos días después; de modo que los efectos del contrato de matrimonio quedaron anulados y Crevel heredó a Valeria.

El día siguiente mismo del entierro el abogado volvió a ver al monje y le recibió sin decirle palabra. El monje tendió silenciosamente la mano, y silenciosamente también Victorino le entregó ochenta billetes de Banco de a mil francos, tomados de la suma que se encontró en el secreter de Crevel. La hija de Crevel heredó la posesión de Presles y treinta mil francos de renta. La señora de Crevel había legado trescientos mil francos al barón de Hulot. A su mayor edad el escrofuloso Estanislao debía recibir el palacio Crevel y veinticuatro mil francos de renta.

Entre las numerosas y sublimes asociaciones instituidas en París por la caridad católica existe una, fundada por la señora de Chanterie, cuyo objeto es casar civil y religiosamente a las gentes del pueblo que se han unido de buena voluntad. Los legisladores, que sólo se preocupan de los productos del Registro, y la burguesía reinante, que sólo se preocupa de los honorarios del notario, fingen ignorar que las tres cuartas partes de la gente del pueblo no pueden pagar quince francos por su contrato de matrimonio. El colegio de notarios está en esto por debajo del colegio de procuradores de París. Los procuradores de París, clase bastante calumniada se encargan gratuitamente de los procesos de los indigentes, mientras que los notarios no han decidido aún hacer gratis el contrato de matrimonio de los pobres. En cuanto al fisco, habría que remover toda la máquina gubernamental para lograr que él suspendiese su rigor respecto a este punto. El Registro es sordo y mudo. La Iglesia, por su parte, percibe derechos por los matrimonios. La Iglesia es en Francia excesivamente fiscal y se entrega en la casa de Dios a innobles tráficos de sillas y bancos, que indignan a los extranjeros, cual si pudiese haber olvidado la cólera del Salvador al arrojar a los vendedores del Templo. Si la Iglesia se desprende difícilmente de sus derechos, llamados de fábrica, es preciso creer que éstos constituyen hoy uno de sus recursos, y en su caso la culpa no es suya, sino del Estado. La reunión de estas circunstancias en un momento en que se ocupan, tal vez con exceso, de los negros, de los menores condenados por la policía correccional en vez de ocuparse de las gentes honradas que sufren, hace que en muchos hogares honrados se viva en amancebamiento, por no tener los treinta francos, último precio, para que el notario, el Registro, la Alcaldía y la Iglesia puedan unir a dos parisienses. La institución de la señora de la Chanterie, fundada para encauzar a las gentes pobres por la senda religiosa y legal, va en busca de esas parejas, a las cuales les salen al paso con tanta más facilidad cuanto que las socorre como gentes indigentes antes de saber su estado civil.

Cuando la señora baronesa de Hulot estuvo completamente restablecida, reanudó sus ocupaciones, y entonces fue cuando la respetable señora de la Chanterie fue a rogar a Adelina que uniese la legalización de los matrimonios naturales a las buenas obras de que era intermediaria.

Una de las primeras tentativas de la baronesa en este género tuvo lugar en el siniestro barrio llamado antaño La pequeña Polonia, el cual está comprendido entre la calle del Rocher, la calle de la Pépinière y la calle Miromesnil. Existe allí una especie de sucursal del arrabal de Saint-Marceau. Para pintar aquel barrio bastará decir que los propietarios de ciertas casas habitadas por industriales sin industrias, por peligrosos tratantes en hierros viejos y por indigentes dedicados a peligrosos oficios, no se atreven a reclamar sus alquileres y no encuentran alguaciles que quieran expulsar a los inquilinos insolventes. En este momento, la especulación, que tiende a cambiar la faz de ese rincón de París y a construir en el solar que separa la calle de Amsterdam de la calle del Faubourg-du-Roules, modificará sin duda su población, pues la paleta del albañil es en París más civilizadora de lo que parece. Construyendo hermosas y elegantes casas con porteros, tiendas y magníficas aceras, ocurre que el precio del alquiler aleja a las gentes sin ocupación a los hogares sin mobiliario y a los malos inquilinos. De este modo los barrios se desembarazan de esas poblaciones siniestras y de esos chiribitiles donde la policía no pone su planta más que cuando lo ordena la Justicia.

En junio de 1844 el aspecto de la plaza de Laborde y de sus alrededores era todavía poco tranquilizador. El paseante acicalado que desde la calle de la Pépinière subía por casualidad a una de aquellas espantosas calles se asombraba de ver a la aristocracia lindando con un barrio de bohemios. En aquellos barrios donde vegetan la indigencia ignorante y la horrible miseria florecen los últimos escritores públicos que se ven en París. Allí donde veáis escritas estas dos palabras: Escritor público, en gruesa letra, hecha a mano sobre un papel blanco pegado al ventanal de algún entresuelo o de algún fangoso piso bajo, podéis imaginaros sin temor que el barrio oculta muchas gentes ignorantes y, por lo tanto, desgraciadas y criminales. La ignorancia es la madre de todos los crímenes. Un crimen es, ante todo, una falta de juicio.

Ahora bien; durante la enfermedad de la baronesa, este barrio, para el cual era ella una segunda Providencia, había adquirido un escritor público, establecido en el pasaje del Sol, cuyo nombre es una de esas antítesis familiares a los parisienses, pues el tal pasaje es excesivamente oscuro. Aquel escritor, reputado de ser alemán, se llamaba Vyder y vivía maritalmente con una joven, de la cual estaba tan celoso que no la dejaba ir más que a casa de unos honrados fumistas de la calle de San Lázaro, italianos, como todos los del oficio, y que vivían en París hacía muchos años. Esta familia había sido salvada de una quiebra inevitable, que los hubiese lanzado a la miseria, gracias a la señora de Hulot, que obró por cuenta de la señora de la Chanterie. En pocos meses, el desahogo reemplazó a la miseria, y la religión entró en aquellos corazones, que poco antes maldecían a la Providencia, con esa energía propia de los italianos fumistas. Una de las primeras visitas de la baronesa fue, pues, para aquella familia. La baronesa se sintió feliz ante el espectáculo que se ofreció a sus miradas en el fondo de la casa donde vivían aquellas gentes, en la calle de San Lázaro, cerca de la del Rocher. Sobre los almacenes y el taller, entonces bien provistos, donde pululaban aprendices y obreros, todos italianos, del valle de Domodossola, la familia ocupaba una pequeña habitación, donde el trabajo había traído la abundancia. La baronesa fue recibida cual si fuese una aparición de la Virgen Santísima. Después de un cuarto de hora de examen, Adelina, obligada a esperar al marido para saber cómo iban los negocios, empezó su santo espionaje, preguntándole a aquella familia por los desgraciados que conocían.

-¡Ah, mi buena señora! - dijo la italiana -. Usted, que sería capaz de salvar a los condenados del infierno, podrá proteger a una joven que hay muy cerca de aquí y retiraría de la perdición.

-¿La conoce usted bien? - preguntó la baronesa.

- Es nieta de un antiguo patrón de mi marido, llamado Judici, que vino a Francia cuando la Revolución, en 1799. En tiempo del emperador Napoleón el padre Judici fue uno de los más acreditados fumistas, y murió en 1819, dejando a su hijo una bonita fortuna. Pero el hijo de Judici se lo comió todo con malas mujeres y acabó por casarse con una que fue más astuta que las demás, de la cual tuvo una muchacha que acaba de cumplir quince años.

-¿Qué le ha ocurrido? - dijo la baronesa vivamente impresionada por la semejanza de aquel Judici con su marido.

- Pues mire usted, señora: esa pequeña, que se llama Atala, ha abandonado a su padre y a su madre para venir a vivir aquí al lado con un viejo de ochenta años lo menos, llamado Vyder, el cual se ocupa de los negocios de todas las gentes que no saben leer y escribir. Si ese viejo libertino, que dicen que compró a la pequeña por mil quinientos francos, se casase al menos con ella, como le quedan pocos días de vida y como tiene, al parecer, algunos miles de francos de renta, la pobre niña, que es un angelito, se libraría del mal y sobre todo de la miseria, que acabará por pervertirla.

- Le doy a usted las gracias por haberme indicado esa buena acción que hacer - dijo Adelina -; pero hay que obrar con prudencia. ¿Qué tal es ese anciano?

-¡Oh, señora! Es un buen hombre, que hace feliz a la pequeña y no carece de buen sentido, porque, mire usted, creo que dejó el barrio de los Judíos para salvar a esa niña de las garras de su madre. La madre estaba celosa de su hija; tal vez contaba con sacar partido de su hermosura convirtiéndola en una perdida. Atala se acordó de nosotros, aconsejó a su señor que se estableciese cerca de nuestra casa, y como el buen hombre vio quienes éramos, la dejó venir aquí. Pero cásela usted, señora, y hará una acción digna de usted... Una vez casada, la pequeña será libre, y por este medio saldría del poder de su madre, la cual la acecha continuamente, y para sacar partido de ella quisiera verla en el teatro o haciendo fortuna en la horrible carrera a que la han lanzado.

-¿Por qué no se ha casado con ella ese anciano?

- No era necesario - dijo la italiana -; que aunque el buen Vyder no sea malo del todo, creo que es bastante astuto para querer ser dueño de la pequeña, mientras que casado el pobre viejo teme a lo que brota en la frente de todos los viejos.

-¿Puede usted enviar a buscar a la joven? - dijo la baronesa -. La vería aquí y sabría si puede hacerse algo.

La mujer del fumista hizo seña a su hija mayor, la cual partió inmediatamente. Diez minutos después la joven volvió, llevando de la mano a una joven de quince años medio, de una belleza completamente italiana.

La señorita de Judici había heredado de su padre el color que, siendo amarillo a la luz del día, parece deslumbrante de blancura a la luz artificial. Unos ojos de un tamaño, de una forma y de un brillo oriental, pestañas tupidas y arqueadas, que parecían pequeñas plumas negras, cabellera de ébano y esa majestad nativa de la Lombardía, que le hace creer al extranjero, cuando se pasea un domingo por Milán, que las hijas de los porteros son otras tantas reinas. Atala, advertida por la hija del fumista de la visita de aquella dama de quien tanto habla oído hablar, se había puesto a toda prisa una bonita bata de seda, unos borceguíes y una elegante manteleta. Un gorro con cintas color cereza decuplicaba el efecto de su cabeza. Aquella pequeña se mantenía en una actitud de sencilla curiosidad, examinando con el rabillo del ojo a la baronesa, cuyo temblor nervioso le causaba gran asombro. La baronesa lanzó un profundo suspiro al ver a aquella joya femenina en el barrio de la prostitución, y juró conquistarla para la virtud.

-¿Cómo te llamas, hija mía?

- Atala, señora.

-¿Sabes leer y escribir?

- No, señora; pero eso no importa, porque ya sabe el señor.

-¿Te llevaron tus padres a la iglesia? ¿Has hecho la primera comunión? ¿Sabes el Catecismo?

- Señora, papá quería que hiciese cosas que se parecen a lo que usted dice, pero mamá se oponía a ello.

-¿Tu madre? - exclamó la baronesa -. ¡Qué mala debe de ser!

- Me pegaba siempre. No sé por qué, pero es lo cierto que yo era objeto de continuas disputas entre mi padre y mi madre.

-¿De modo que no te han hablado nunca de Dios? - exclamó la baronesa.
La niña abrió desmesuradamente los ojos.

-¡Ah! Papá y mamá decían a veces frases mezcladas con el nombre de Dios - respondió con deliciosa ingenuidad.

-¿No has visto nunca iglesias? ¿No te ha dado nunca la idea de entrar?

-¡Iglesias!. ¡Ah! Nuestra Señora, el Panteón. Las he visto de lejos cuando papá me llevaba a París, lo cual no ocurría muchas veces. En el arrabal no había esa clase de iglesias.

-¿En qué arrabal estabais?

- En la calle de Charona, señora.

Los habitantes del arrabal de San Antonio nunca llaman más que arrabal a este barrio célebre. Para ellos es el arrabal por excelencia, el arrabal soberano y hasta los fabricantes, cuando pronuncian esta palabra, sólo se refieren al arrabal de San Antonio.

-¿No te han dicho nunca lo que está bien hecho y lo que está mal?

- Mamá me pegaba cuando no hacía las cosas a su gusto.

- Pero ¿no sabías que cometías una mala acción dejando a tu padre y a tu madre para ir a vivir con un viejo?

Atala Judici miró con aire severo a la baronesa, y no le respondió.

- Es una muchacha completamente salvaje - se dijo Adelina.

-¡Oh! Señora, hay muchas como ella en el arrabal - dijo la mujer del fumista.

- Lo ignora todo, hasta el mal. ¡Dios mío! ¿Por qué no me respondes? - replicó la baronesa, intentando tomar a Atala por la mano.

Atala, irritada, dio un paso atrás, diciendo:

- Es usted una vieja loca. Mi padre y mi madre estaban en ayunas hacía una semana. Y mi madre quería hacer algo peor, puesto que mi padre le pegó llamándola ladrona. Entonces el señor Vyder pagó todas las deudas de mi padre y les dio dinero, ¡oh!, un saco lleno, y me trajo aquí. Por cierto que mi pobre papá lloraba. Pero era preciso separarnos. ¿Qué, está mal esto? - preguntó.

-¿Y quiere usted mucho a ese señor Vyder?

-¿Si lo quiero? - dijo -. Ya lo creo, señora. Me cuenta cuentos todas las noches. Me ha dado buenos trajes, un chal, voy arreglada como una princesa y ya no llevo zuecos. Además, hace dos meses que no sé lo que es hambre. Ya no como tampoco patatas. ¡Me trae bombones, avellanas, almendras, chocolate! ¡Y qué bueno es el chocolate! Por un saquito de chocolate hago todo lo que quiere. Además, mi buen padre Vyder es tan cariñoso y me cuida tanto, que me hace ver cómo debiera haber sido mi madre. Ahora va a tomar una criada para cuidarme, pues no quiere que me ensucie las manos cocinando. Hace un mes que gana bastante dinero y me trae todas las noches tres francos, que yo meto en una hucha; lo único que me prohíbe es que salga de casa, a no ser para venir aquí. Es un buen hombre y hace de mí todo lo que quiere. Me llama su gatita, mientras que mi madre me llamaba bestia, ladrona, reptil y qué sé yo cuántas cosas más.

- Dime: ¿Por qué no te casas con el padre Vyder?

- Ya lo he hecho - dijo la joven sin ruborizarse, con cierto aire altivo, mirando a la baronesa con ojos serenos, con la frente pura -. Ya me ha dicho que soy su mujercita; pero es bien poco agradable eso de ser mujer de un hombre. ¡Si no fuese por los bombones!

-¡Dios mío! - dijo en voz baja la baronesa -. ¿Quién será el monstruo que se ha atrevido a abusar de una inocencia tan completa y tan santa? Traer a esta niña al buen sendero es evitar muchas faltas. Yo, por mi parte, sabía lo que hacia - se dijo, pensando en su escena con Crevel -; pero ella lo ignora todo.

Librodot

-¿Conoce usted al señor Samanon? - preguntó la pequeña con atrevimiento.

- No, hija mía; pero ¿por qué me preguntas eso?

-¿De veras? - dijo la inocente criatura.

- Atala, no temas nada de esta señora, que es un ángel - le dijo la mujer del fumista.

- Es que mi viejo teme ser hallado por ese Samanon, y se esconde, y a mí me gustaría que pudiera ser libre.

-¿Y por qué?

-¡Diantre! Porque me llevaría a Bobino y tal vez al Ambigú.

-¡Qué criatura más excelente! - dijo la baronesa abrazando a aquella niña.

-¿Es usted rica? - preguntó Atala, que jugaba con el manguito de la baronesa.

- Sí y no - respondió ésta -. Soy rica para las niñas buenas como tú, cuando se dejan instruir por un sacerdote en sus deberes de cristiana y marchan por el buen camino.
-¿Por qué camino? - dijo Atala -. Yo voy muy bien con mis piernas.

-¡Por el camino de la virtud!
Atala miró a la baronesa con aire socarrón y risueño.

- Mira cómo la señora es feliz desde que ha entrado en el seno de la Iglesia - dijo la baronesa señalando a la mujer del fumista -. Tú te has casado del mismo modo que se aparejan las bestias.

-¿Yo? - repuso Atala -. Si quiere usted darme lo que me da el padre Vyder estaré muy contenta por no tener que casarme. ¡Es una sierra! ¿Sabe usted lo que es?

- Es que una vez que una mujer se ha unido a un hombre, la virtud exige serle fiel - repuso la baronesa.

-¿Hasta que se muera? - dijo con astucia -. ¡Oh! Entonces no me quedará para mucho tiempo. ¡Si viera usted cómo sopla y cómo tose el padre Vyder! ¡Je, je! - dijo, imitando al anciano.

- La virtud y la moral exigen que el matrimonio sea consagrado por la Iglesia, que representa a Dios, y por la Alcaldía, que representa a la ley - repuso la baronesa -. Mira cómo la señora está casada legítimamente.

-¿Es que así será eso más divertido? - preguntó la niña.

- Serás más feliz - dijo la baronesa -, porque nadie podrá reprocharte tu matrimonio. Además, agradarás a Dios. Pregúntale a la señora si se ha casado sin haber recibido el sacramento del matrimonio.

Librodot

Atala miró a la mujer del fumista.

-¿Y qué tiene más que yo? - preguntó -. Yo soy más bonita que ella.

- Sí; pero yo soy una mujer honrada - objetó la italiana - y a ti te pueden dar un nombre feo.

-¿Cómo quieres que Dios te proteja si pisoteas las leyes divinas y humanas? - dijo la baronesa -.¿No sabes que Dios reserva el paraíso a los que siguen el mandato de su Iglesia?

-¿Y qué hay en el paraíso? ¿Hay teatros? - dijo Atala.

-¡Oh! El Cielo encierra todos los goces que tú puedes imaginarte - dijo la baronesa -. Está lleno de ángeles, cuyas alas son blancas; se ve a Dios en su gloria, se comparte su poder y se es feliz a todas horas y por toda una eternidad.

Atala Judici escuchaba a la baronesa como si hubiese escuchado música, y Adelina, al ver que no se hallaba en estado de comprenderla, pensó que era preciso tomar otra senda y dirigirse al anciano.

- Vuélvete a casa, hija mía, que yo iré a hablar a ese señor Vyder. ¿Es francés?

- Es alsaciano, señora; pero será rico. Si quiere usted pagar lo que debe a ese maldito Samanon, ya os devolverá lo que le deis, porque dentro de pocos meses tendrá seis mil francos de renta e iremos a vivir muy lejos, al campo, a los Vosgos.

Estas palabras, los Vosgos, hizo caer a la baronesa en profunda meditación. ¡Volvió a ver su aldea! La llegada del fumista, que iba a darle nuevas de su prosperidad, la sacó de aquel sueño.

- Señora, dentro de un año podré devolverle el dinero que me ha prestado, que es el dinero de Dios, el de los pobres y el de los desgraciados. Si hago fortuna, algún día pondré mi bolsillo a su disposición, a fin de socorrer a los demás por mediación suya, como yo fui socorrido.

- En este momento no le pido dinero, sino su cooperación para una buena obra - dijo la baronesa -. Acabo de ver a la pequeña Judici, que vive con un anciano, y quiero casarlos religiosa y legalmente.

-¡Ah! El padre Vyder es un buen hombre, muy digno, tanto, que en dos meses que lleva en el barrio tiene ya mucha gente que le quiere. Me pone mis cuentas en limpio. Yo creo que es un valiente coronel que ha servido al emperador. ¡Ah! ¡Cómo quiere a Napoleón! Está condecorado, pero no lleva nunca sus condecoraciones. El pobre hombre espera rehacerse, pues yo creo que tiene deudas y que se esconde por miedo a los alguaciles.

- Dígale usted que yo pagaré sus deudas si quiere casarse con la pequeña.

-¡Ah! Bueno, en seguida quedará arreglado. Vamos allá, señora, pues es a dos pasos de aquí: en el pasaje del Sol.

La baronesa y el fumista salieron para ir al pasaje del Sol.

- Por aquí, señora - dijo el italiano, señalando la calle de la Pépinière.

En efecto, el pasaje del Sol está al principio de la calle de la Pépinière y desemboca en la del Rocher. En medio de aquel pasaje, de reciente creación, y cuyas tiendas pagan muy módicos alquileres, la baronesa descubrió, encima de una vidriera cubierta de tela verde hasta una altura que no permitía a los transeúntes lanzar indiscretas miradas, un letrero que decía: «Escritor público», y sobre la puerta:

DESPACHO DE NEGOCIOS
SE REDACTAN PETICIONES, SE PONEN MEMORIAS
EN LIMPIO, ETC.-DISCRECIÓN, PRONTITUD

El interior se parecía a esas oficinas de tránsito donde los ómnibus de París hacen esperar los asientos de correspondencia a los viajeros. Una escalera interior conducía sin duda a la habitación del entresuelo, alumbrado por la galería y que dependía de la tienda. La baronesa vio allí una mesa de madera blanca ennegrecida, algunas carpetas y un mal sofá comprado de lance. Un gorro y una pantalla de tela verde, toda grasienta, denotaban las precauciones tomadas para disfrazarse, o una debilidad en la vista bastante concebible en un anciano.

- Debe de estar arriba - dijo el fumista -. Voy a subir a advertirle que está usted aquí para que baje.

La baronesa se dejó caer el velo y se sentó. Un paso pesado hizo temblar la pequeña escalera de madera, y Adelina no pudo contener un grito penetrante al ver a su marido, al barón de Hulot, vestido con chaqueta gris, un pantalón de muletón gris y en zapatillas.

-¿Qué quiere usted, señora? - le dijo galantemente Hulot.

Adelina se levantó, abrazó a Hulot, y le dijo con voz entrecortada por la emoción:

-¡Por fin te encuentro!

-¡Adelina! - exclamó el barón, estupefacto, cerrando la puerta de la tienda -. José - gritó al fumista -, váyase por el pasillo.

- Amigo mío - dijo la baronesa, olvidándolo todo en medio de su alegría -. Puedes volver al seno de la familia; somos ricos; tu hijo tiene sesenta mil francos de renta; tu pensión está desempeñada, y con una sencilla fe de vida puedes percibir quince mil francos. Valeria ha muerto, legándote trescientos mil francos. Tu nombre ha sido olvidado; puedes volver a frecuentar el mundo y vivir con tu hijo, en cuya casa hallarás una fortuna. Ven, nuestra dicha será completa. Hace ya tres años que te busco, y tenía tal seguridad de encontrarte, que tengo habitación preparada para recibirte. ¡Oh! Sal de aquí, sal de la espantosa situación en que te hallas.

- Bien lo veo; pero ¿podré llevarme a la pequeña?

- Héctor, renuncia a ella, hazlo por tu Adelina, que no te ha pedido nunca el menor sacrificio. Te prometo casar a esa niña, dotarla bien y hacer que la instruyan; que no se diga que no has

hecho feliz a alguna de las que te han hecho feliz, y no vuelvas a caer en el fango y en el vicio.

-¿Eras tú la que querías casarme? - repuso el barón, sonriéndose -. Espérame un instante - agregó -, que voy a vestirme arriba; tengo en una maleta ropa conveniente.

Cuando Adelina quedó sola y contempló aquella horrible tienda rompió en amargo llanto, diciendo:

- Él vivía aquí y nosotros estábamos en la opulencia. ¡Pobre hombre! Bien castigado ha sido, él que era la elegancia misma.

El fumista fue a despedirse de su bienhechora, y entonces ésta le dijo que buscase un coche. Cuando el italiano volvió, la baronesa le rogó que recogiese a Atala Judici en su casa y que se la llevase en el acto.

- Dígale usted que si quiere ponerse bajo la dirección del señor cura de la Magdalena, el día que haga la primera comunión le daré treinta mil francos de dote y un buen marido, algún hermoso joven.

- Señora, mi hijo mayor tiene veintidós años y adora a esa muchacha.

En este momento bajaba el barón con los ojos humedecidos por el llanto.

- Me haces dejar a la única criatura que se ha parecido a ti en quererme - le dijo al oído a su mujer -. Esa pequeña se derrite en llanto y no puedo abandonarla de ese modo.

- No temas, Héctor; va a quedar en compañía de una familia honrada y te respondo de ella.

-¡Ah! Entonces puedo seguirte - dijo el barón, acompañando a la baronesa al coche.

Héctor, que se había vuelto a convertir en el barón de Ervy, habíase puesto un pantalón y una levita azul, un chaleco blanco, una corbata negra y unos guantes. Cuando la baronesa estuvo ya sentada en el fondo del coche, Atala se llegó hasta ella, deslizándose con un movimiento de culebra, diciéndola:

-¡Ah, señora! Déjeme acompañarle e ir con usted. Mire, yo soy buena y obediente y haré todo lo que quiera, pero no me separe de mi bienhechor, del padre Vyder, que me daba cosas tan buenas. Ahora me pegarán.

- Vamos, Atala - dijo el barón -; esta señora es mi mujer, y tenemos que separarnos.

- Ella, tan vieja y que tiembla como una hoja - respondió la inocente -. Menea así la cabeza - añadió en tono de burla, imitando el temblor de la baronesa.

El fumista, que corría detrás de la pequeña Judici, se acercó a la portezuela del coche, y entonces la baronesa le dijo:

- Llévesela.

Librodot

El fumista cogió a Atala en sus brazos y se la llevó a su casa a la fuerza.

- Gracias por este sacrificio - dijo Adelina, cogiendo la mano del barón y estrechándosela con delirante goce -. ¡Qué cambiado estás! ¡Cuánto debes de haber sufrido! ¡Qué sorpresa para tus hijos!

Adelina hablaba de mil cosas a la vez, como los amantes que se ven después de una larga ausencia. En diez minutos el barón y su mujer llegaron a la calle de Luis el Grande, donde Adelina encontró la siguiente carta:

«Señora baronesa: El señor barón de Ervy ha permanecido un mes en la calle de Charona con el nombre de Thorec, anagrama de Héctor, y ahora está en el pasaje del Sol, con el nombre de Vyder. Se dice alsaciano, hace copias y vive con una joven que se llama Atala Judici. Señora, tome usted muchas precauciones, porque actualmente se busca al barón, aunque no sé con qué objeto.

La cómica ha cumplido su palabra, y se repite, como siempre, señora baronesa, como su humilde servidora,
J. M.»

La vuelta del barón provocó transportes de alegría que le convirtieron a la vida de familia. El anciano no tardó en olvidar a la pequeña Judici, pues los efectos de la pasión le habían hecho adquirir esa movilidad de sensaciones que distingue a la infancia. La dicha de la familia había sido turbada por los cambios observados en la persona del barón, el cual, habiendo dejado a sus hijos joven aún, volvía casi centenario, cascado, con el rostro demacrado por el vicio. Una comida espléndida, improvisada por Celestina, recordó las comidas de la cantante al anciano, el cual quedó asombrado del esplendor de los suyos.

- Celebráis la vuelta del padre pródigo - le dijo al oído a Adelina.

- Silencio; todo ha sido olvidado - respondió ésta.

-¿E Isabel? - preguntó el barón, al no ver a la solterona.

-¡Ay! La pobre está en la cama, no se levanta y me parece que tendremos la pena de perderla - respondió Hortensia -. Espera verte después de comer.

Al día siguiente, al amanecer, el hijo de Hulot fue advertido por su portero de que los guardias municipales cercaban toda la casa. Los agentes de la Justicia buscaban al barón de Hulot. El guardia de comercio, que seguía a la portera, presentó al abogado documentos en regia, preguntandole si quería pagar por su padre: se trataba de diez mil francos en letras de cambio suscritas a favor de un usurero llamado Samanon, el cual sólo habría dado, probablemente, dos o tres mil francos. El hijo de Hulot rogó al guardia de comercio que hiciese retirar a la fuerza armada y pagó.

-¿Será esto todo? - pensó con inquietud.

Isabela, que se consideraba muy desgraciada con la dicha de que gozaba su familia, no pudo soportar la idea de aquel feliz acontecimiento. Empeoró tanto, que el doctor Bianchon anunció

su muerte para una semana después. Murió al verse vencida al fin en aquella larga lucha que tantas victorias le había proporcionado, y guardó el secreto de su odio en medio de la espantosa agonía de una tisis pulmonar. Por lo demás, tuvo la satisfacción suprema de ver a Adelina, a Hortensia, a Hulot, a Victorino, a Steinbock, a Celestina y a todos los niños llorando en torno de su cama y considerándola como el ángel de la familia. El barón de Hulot, entregado al régimen sustancial que le faltaba hacía ya tres años, recobró fuerza y volvió a reponerse alegrando tanto esto a Adelina, que la intensidad de su temblor nervioso disminuyó.

-¡Acabará por ser feliz! - se dijo Isabela la víspera de su muerte, al ver la especie de veneración que el barón sentía por su mujer, cuyos sufrimientos le habían sido contados por Hortensia y por Victorino.

Este sentimiento apresuró el fin de la prima Bela, cuya muerte fue llorada por toda la familia. Al verse llegados a la edad del reposo absoluto, el barón y la baronesa de Hulot cedieron a los condes de Steinbock las magníficas habitaciones del primer piso, albergándose ellos en el segundo. Gracias a la influencia de su hijo, el barón obtuvo una colocación en ferrocarriles a principios del año 1845, con seis mil francos de sueldo, los cuales, unidos a los seis mil de la pensión y de la fortuna que le legó la señora de Crevel, formaron una renta anual de veinticuatro mil francos. Como Hortensia hubiese estado separada en bienes de su marido durante los tres años de riña, Victorino no titubeó en colocar a nombre de su hermana los doscientos mil francos del fideicomiso, que le daban una pensión de doce mil francos. Wenceslao, marido de una mujer rica, no cometía ninguna infidelidad, pero callejeaba de continuo sin poder resolverse a hacer obra alguna, por insignificante que fuese. Convertido de nuevo en artista in partibus, tenía muchos éxitos en los salones, era consultado por muchos aficionados y acabó por hacerse crítico, como les ocurre a todos los impotentes que no confirman el valor de sus primeras aptitudes. Cada matrimonio gozaba, pues, de una fortuna propia, aunque vivían en familia. Instruida por tantas desgracias, la baronesa dejaba a su hijo el cuidado de dirigir sus negocios y reducía de este modo al barón a su sueldo, esperando que lo módico de la renta le impediría volver a caer en sus antiguos errores. Pero por suerte extraña, con la que no contaban ni la madre ni el hijo, el barón parecía haber renunciado al bello sexo. Aquella tranquilidad, puesta a la cuenta de la naturaleza, había acabado por tranquilizar de tal modo a su familia, que ésta gozaba por completo de la amabilidad y de más encantadoras cualidades del barón de Ervy. Lleno de atenciones para su mujer y para sus hijos, los acompañaba al teatro y a las reuniones y hacía con exquisita gracia los honores del salón de su hijo. En fin, aquel padre pródigo reconquistado causaba la mayor satisfacción a su familia. Era un agradable anciano completamente aniquilado, pero ocurrente, y que sólo había conservado del vicio lo que podría creerse una virtud social. Como es natural, se llegó a tener una seguridad completa en él. ¡Los hijos y la baronesa ponían en las nubes al padre de la familia, olvidando la muerte de los dos tíos! ¡La vida está llena de grandes olvidos!

Celestina que, gracias a las lecciones de Isabela, dirigía con talento aquella enorme casa, viose obligada a tomar un cocinero. El cocinero hizo necesaria una ayudante de cocina. Las ayudantes de cocina son hoy unas criaturas ambiciosas que se ocupan de sorprender los secretos del cocinero y que se hacen cocineras tan pronto como saben revolver salsas. De aquí que cambien de casa con mucha frecuencia. A principios del mes de diciembre del año 1845, Celestina tomó como ayudante de cocina a una gruesa normanda de Isigny, de talle corto, hermosos brazos, rostro vulgar y estúpida, la cual se decidió difícilmente a abandonar el clásico gorro de algodón que acostumbran a usar las hijas de la baja Normandía. Aquella muchacha, dotada de una gordura de nodriza, amenazaba reventar las ropas que envolvían su

cuerpo. Eran tan duras sus facciones, que su cara parecía tallada en una roca. Como es natural, no se hizo ningún caso en la casa al entrar esta muchacha, llamada Ágata, la cual era tan grosera en su lenguaje y en sus modales que ni siquiera agradó al cocinero, para el cual fue objeto de desprecio. El cocinero cortejaba a Luisa, camarera de la condesa de Steinbock, así es que la normanda, al verse además maltratada, quejose de su suerte diciendo que el cocinero la hacía salir de la cocina con un pretexto cualquiera siempre que tenía que hacer algún plato o una salsa.

-¡Vamos, está visto que no tengo suerte; tendré que irme a otra casa! - decía la normanda. Sin embargo, aunque había dicho ya por dos veces que quería marcharse, se quedó.

Una noche Adelina fue despertada por un extraño ruido, y como no viese a Héctor en la cama que éste ocupaba a su lado, pues dormían en una misma habitación y en camas gemelas, como conviene a los ancianos, esperó más de una hora la vuelta del barón. Llena de miedo, creyendo en alguna catástrofe trágica, o tal vez en la apoplejía, subió al último piso, ocupado por los criados, y se encaminó hacia el cuarto de Ágata, llevada tanto por la mucha luz que salía de la puerta entreabierta como por el murmullo de dos voces. La pobre mujer se detuvo asustada al reconocer la voz del barón, el cual, seducido por los encantos de Ágata y ansioso de vencer la calculada resistencia de aquella atroz maritornes, le decía estas odiosas palabras:

- A mi mujer le queda poco tiempo de vida, y si tú quieres podrás ser baronesa. Adelina lanzó un grito, dejó caer la palmatoria y huyó.

Tres días después, la baronesa, sacramentada la víspera, estaba en la agonía y veíase rodeada de su desolada familia. Un momento antes de expirar cogió la mano de su marido, se la estrechó y después le dijo al oído:

- Amigo mío, sólo podía darte mi vida, y dentro de un momento serás libre y podrás hacer baronesa a la que quieras.

Y, ¡cosa rara! Después de estas palabras se vieron salir lágrimas de los ojos de una muerta. La ferocidad del vicio había vencido a la paciencia del ángel, el cual, al borde de la eternidad, dejó escapar de sus labios el único reproche que había hecho en su vida.

El barón de Hulot se fue de París tres días después del entierro de su mujer. Al cabo de once meses, Victorino supo indirectamente el casamiento de su padre con la señorita Ágata Piquetard, que se había celebrado en Isigny el 1 de febrero de 1846.

- Los padres pueden oponerse al matrimonio de sus hijos, pero los hijos no pueden impedir las locuras de sus padres cuando están chochos - dijo el hijo de Hulot a Popinot, segundo hijo del antiguo ministro de Comercio, que le hablaba de aquel matrimonio.